



# La maldición de Anne

Las hermanas Moore I

Dama  Beltrán

# La maldición de Anne

*Dama*  *Beltrán*

©*La maldición de Anne*

©Dama Beltrán

Primera edición: abril 2019

Imágenes de cubierta: ©Adobestock

Corrección y maquetación: Paola C. Álvarez

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito, que, como es lógico, no lo dará porque me he pasado muchas horas y he perdido muchos acontecimientos familiares por escribir la novela.

# *Índice*

[Portadilla](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Capítulo XXXIII](#)

[Capítulo XXXIV](#)

[Capítulo XXXV](#)

[Capítulo XXXVI](#)

[Epílogo](#)

[Avance de El deseo de Mary](#)

[Nota de la autora](#)

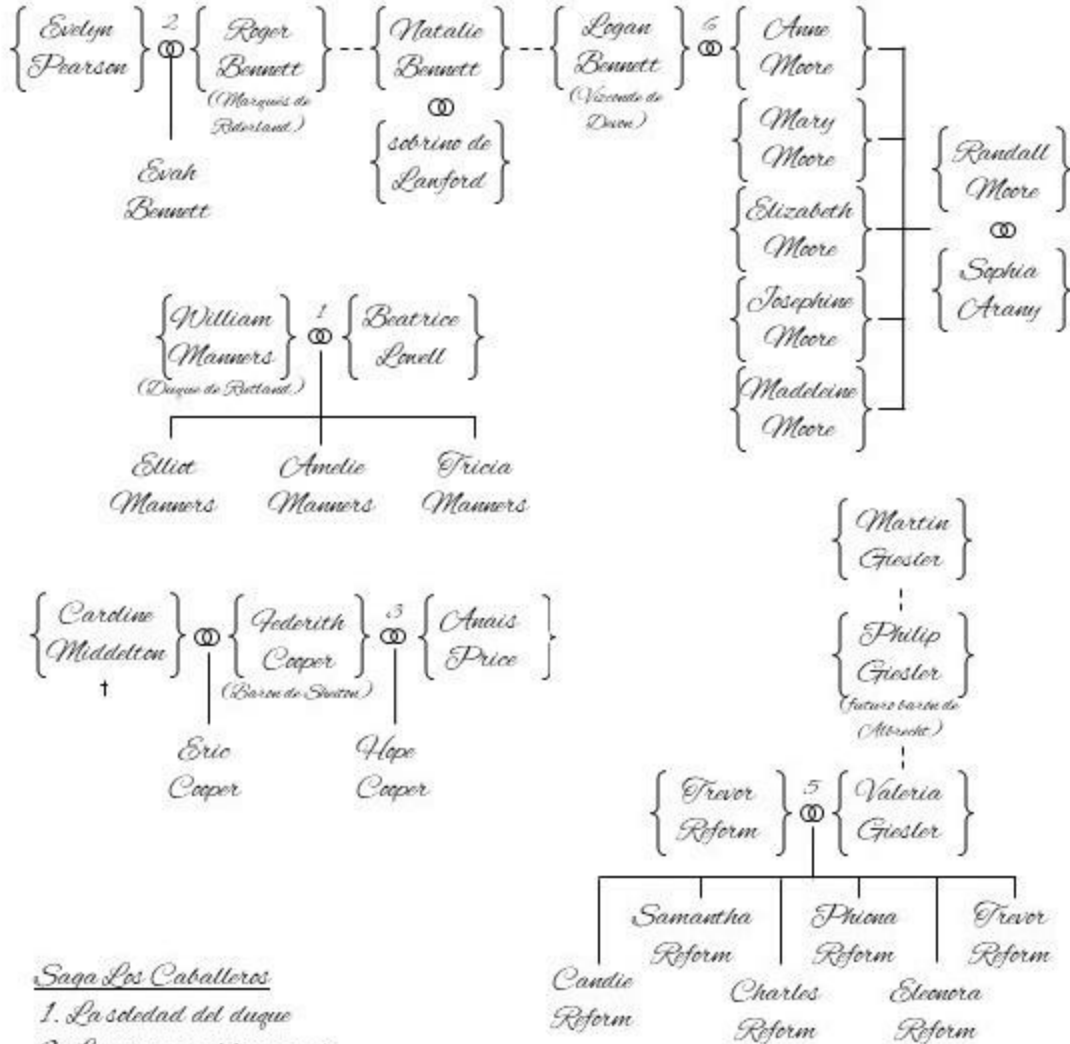
[Serie Los Caballeros](#)

[Libros independientes](#)

Mi querido/a lector/a, te presento la primera novela de la saga *Las hermanas Moore*, que empezará con un personaje que encontraste en la serie *Los Caballeros*, Logan Bennett, hermano del marqués de Riderland. Como siempre digo, todo lo que encuentres en estas páginas es producto de mi imaginación. Espero que disfrutes, no solo de esta novela, sino de todas las anteriores y siguientes.

Atentamente,  
Dama Beltrán

Genealogía de la serie histórica



Saga Los Caballeros

1. La soledad del duque
2. La sorpresa del marqués
3. La tristeza del barón
5. Mi amada pícaro

Saga Las hermanas Moore

6. La maldición de Anne

Para mi hermana Ana.



«La única maldición que tiene el ser humano es morir sin la persona amada».

Dama Beltrán y Francisco Gutiérrez

08/10/2018

# *Prólogo*

**Londres, 14 de octubre de 1882. Residencia Moore.**

Anne se miró al espejo y suspiró. No le apetecía, ni debía, asistir a una fiesta después de lo ocurrido, pero sus padres le prometieron que sería la última vez que la comprometerían a hacer una cosa semejante. Desde que lo supo, hizo todo lo que estuvo a su alcance para que Mary ocupara su lugar. ¡Hasta fingió una torcedura de tobillo! Pero fue inútil. Sus padres descubrieron la mentira con rapidez y volvieron a rechazar la idea de que su segunda hija acompañara a la tercera porque no querían que se convirtiera, otra vez, en el centro de cualquier conversación social. Y no se equivocaban... Si alguien se atrevía a contradecirla en alguna charla sobre medicina, Mary se convertía en una loba y terminaba llamando a todos los que la contrariaban *atajo de cuerpos sin cerebro*. Pese a esa explicación, seguía pensando que erraban. Era preferible que Elizabeth sufriera un sopor momentáneo por la reacción de Mary, a estar constantemente humillada por su propia presencia. Porque ella era la culpable de la transformación de Elizabeth, solo ella y la maldición que sobrellevaba.

Cuando todos, finalmente, aceptaron su existencia, Elizabeth pasó de ser una dulce y tierna niña a una mujer frívola, descarada y atrevida. Ese cambio se debía a la falta de pretendientes; mientras el resto de las hermanas no buscaban un hombre con el que casarse, en el caso de las mellizas, porque eran demasiado jóvenes y en el de Mary, porque era tan fría como un témpano de hielo, Elizabeth utilizaba su increíble belleza y el descaro para encontrarlos con prontitud. Sin embargo, no obtenía el resultado deseado porque, después de lo que les ocurrió a sus dos prometidos, ningún caballero se atrevía a cortejar a una hermana Moore por miedo a fallecer...

Anne continuó mirándose al espejo mientras recordaba sus años de infancia. Había sido muy feliz por aquel entonces. Como cualquier niña, solo se centraba en atender a la profesora que sus padres contrataron, a cumplir las normas del hogar y a pintar. Sí, su único don, porque era muy patosa en todo lo demás, era pintar. Pasó días y días disfrutando de esa paz que le ofrecía su jardín en los días soleados, mientras plasmaba en sus lienzos miles de

paisajes imaginarios. Todo marchaba bien hasta que llegó a la pubertad. Cualquier mujer la dominaría con el sentido común de su condición femenina, pero ella fue incapaz de hacerlo. Según dedujo, esa sangre zíngara que recorría sus venas era la causante de todo. Le ardía. Sí, le quemaba tanto que había momentos en los que el dolor era tan insufrible que se tiraba al suelo llorando. ¿Por qué era tan cruel su naturaleza gitana? Con el paso del tiempo, fue aceptando y asimilando esos cambios en ella. Pero en esa nueva vida, Anne Moore dejó de ser una niña para convertirse en una mujer con un solo deseo: la seducción. Se sentía tan adulta, tan radiante, tan sensual que, cada vez que paseaba por Londres y observaba cómo la miraban los hombres, su sexualidad brotaba desde su interior como una flor al abrir sus pétalos. Debido a ello, una tarde, mientras sus hermanas disfrutaban de un día de picnic, su madre la arrastró hacia el salón y decidió confesarle aquello que había mantenido en secreto durante los diecisiete años de matrimonio.

*—Tu abuelo, mi padre, enfermó —empezó a contarle Sophia una vez que ambas se sentaron en el sofá situado cerca de la chimenea—, y ningún médico quiso asistirlo salvo el bondadoso doctor Randall Moore. Sé que desde que entró en el carruaje no pudo apartar los ojos de mí, al igual que yo de él. Muchas veces me pregunto cómo fue capaz de averiguar la enfermedad si no le prestó atención —prosiguió sonriente—. La atracción que vivimos fue instantánea. Me miró, lo miré y nació el amor.*

*—¿De verdad? ¿Tan fácil fue? —le preguntó ella asombrada.*

*—¿Te he dicho alguna vez que las mujeres de nuestra raza tenemos el don de soñar con el hombre de nuestra vida? —Anne negó con un suave movimiento de cabeza—. Pues yo lo vi durante muchas noches en el mismo sueño. Aparecía entre las llamas de un fuego, que para nosotros significa amor y pasión, me tendía la mano y... bueno, lo demás puedes imaginarlo —expuso dibujando una enorme sonrisa.*

*—Sigo sin entender qué tiene que ver eso con la maldición de la que habla —declaró mientras se frotaba las manos.*

*—Desde esa noche, tu padre y yo nos encontrábamos a escondidas. Ni mi padre ni mi abuela aceptaban la presencia de un gajo, salvo para que les curara cuando la hechicera de nuestro poblado no pudiera hacerlo. La primera noche que me entregué en cuerpo y alma a tu padre, me pidió que huyera con él, que nos casáramos y que fuera para siempre la señora Randall. Durante varios días pensé en aquella propuesta... —suspiró—.*

*Entonces sucedió algo que me hizo tomar una decisión antes de lo que esperaba.*

*—¿Qué ocurrió? —continuó expectante Anne.*

*—Mi abuela paterna, Jovenka, pactó un matrimonio. Quería que me casara con el hijo de otra familia zíngara para que, según ella, la sangre no se contaminara.*

*—Ella conocía que se citaba con padre, ¿cierto?*

*—Sí, mucho me temo que nos descubrió... —apuntó con tristeza—. Por ese motivo, la siguiente noche que nos vimos, acepté sin dudar la propuesta de Randall.*

*—¿Ella fue quien os maldijo? ¿Os buscó? ¿Cómo lo hizo? —preguntó sin respirar.*

*—Durante un mes permanecimos fuera de Londres. Tu padre había ahorrado lo suficiente para alquilar una casa pequeña y quedarnos allí ese tiempo. Pero su trabajo lo requería y tuvimos que regresar. Cuando me presentó en sociedad, todo el mundo se extrañó de que al fin encontrara una esposa...*

*—Como nos extrañaremos nosotros si Mary encuentra un hombre que la soporte —intercedió divertida Anne.*

*—Le supliqué que no desvelara mis orígenes.*

*—¿Por qué pidió una cosa así? —espetó levantándose del asiento en el que había permanecido todo el tiempo—. ¿Rechaza su sangre?*

*—¡No! ¡Jamás la he rechazado! —se defendió, alzándose ella también—. Pero no era sensato en aquel tiempo que un hombre como Randall, con la reputación que se estaba forjando tras luchar contra tantas dificultades, añadiera que su esposa era una zíngara. Me pareció más adecuado decir que era la hija de un burgués.*

*—¿Qué sucedió después? —le preguntó sin apartar los ojos de la lumbre.*

*—Una noche, nos habíamos preparado para acudir a una reunión con otros médicos. Ya sabes, esas que tanto adora Mary y que yo no puedo soportar ni diez minutos. Me encontraba en la puerta de la entrada, esperando a tu padre que había ido a coger sus lentes. Sentí un fuerte viento a mi lado, pero no le hice caso hasta que, momentos después, percibí una presencia. Muy despacio me giré hacia el jardín y... allí estaba mi abuela Jovenka. Me miraba con tanta ira que noté cómo su furia atravesaba mi cuerpo.*

—¿Qué te dijo? —insistió Anne volviendo la mirada hacia su madre.

—Sin hablar, me cogió de la mano y tiró con fuerza. Quería alejarme de la vida que elegí. Pero en ese instante, apareció tu padre y me apartó de sus manos. «¡Ella se queda conmigo!», le gritó.

—¿Qué hizo Jovenka?

—Sonrió con tanta maldad que me quedé congelada —recordó mientras se acariciaba los brazos como si aquel frío volviera a ella—, cerró los ojos y empezó a evocar a las malas almas. Después de ese cántico infernal, escupió sobre el primer peldaño de la escalera, se inclinó, hizo varios círculos con la saliva y me dijo: «Te maldigo, Sophia. Te maldigo por rechazar quién eres, por negar la sangre que recorre tu cuerpo y por convertirte en la mujer de un gajo. Y para que el dolor sea más duradero y cruel no sufrirás tú esa maldición, sino la mayor de tus hijas. Ella, si quiere luchar contra la vida que le espera, tendrá que casarse con un zingaro, de este modo asumirás que la única verdad que existe en el mundo es el poder de la raza y de nuestra sangre» —narró.

—¿Cómo? ¿Qué he de casarme con un...? —Anne apretó los labios para no mostrar a su madre el desagrado que sentía hacia esa palabra. En ningún momento de su vida, pensó que su futuro se hallaría en un campamento zingaro. Ni mucho menos se imaginaba vivir en un carruaje, de aquella manera y convertirse en la esposa de un nómada—. ¿Qué hizo padre?

—Ya sabes cómo es... —comentó dibujando una leve sonrisa—. No ha creído ni creerá en ese tipo de rituales o hechizos, por ese motivo me hizo prometer que jamás contaría lo que sucedió aquella noche. Sin embargo, aquí me tienes, rompiendo una promesa.

—¿Por qué lo ha hecho, madre? ¿Por qué me lo ha confesado ahora?

—Porque tienes mi sangre, Anne —expuso volviendo al sofá—, y veo cómo ella te altera cada día que pasa.

Y era cierto. De un tiempo atrás, ella sentía con mucha fuerza cierta necesidad que no llegaba a entender. Se sentía como un campo repleto de orquídeas en primavera al notar los primeros rayos del sol matinal. Sus emociones, sus sensaciones con respecto al mundo que la rodeaba se habían transformado, en poco tiempo, en irracionales e inapropiadas. ¿Cuántas veces miró a un hombre con descaro? ¿Por qué se contemplaba en el espejo y quería ensalzar su erotismo?

—Nosotras somos y seremos salvajes —le aclaró Sophia al ver cómo

*su hija fruncía el ceño—, nacimos de la madre naturaleza y, como tal, solo buscamos la libertad de amar. Pero quiero prevenirte, antes de que algún caballero ocupe tu corazón, que no será fácil luchar contra esa maldición. No sé qué ocurrirá, te lo prometo, pero no me cabe la menor duda de que sufriré al verte sufrir a ti.*

*—¿De verdad piensa que estoy maldita y que tendré que casarme con un zíngaro para que esa maldición desaparezca? ¿No serán, como bien le dijo padre, palabras carentes de sentido y que solo expresó una tontería semejante para provocarle miedo? —habló mientras se sentaba al lado de su madre.*

*—No, Anne. Mi abuela jamás evocaría a las malas almas para asustarme —afirmó acariciándole su joven rostro—. Creo en esa maldición, lo único que intento averiguar es cómo te librarás de ella sin tener que casarte con un zíngaro.*

¿Cómo iba a enamorarse de un zíngaro? ¿Cómo iba a abandonar una vida cómoda para transformarla en lo opuesto? Nunca había rechazado la mezcla de su sangre, pero jamás aceptaría vivir como ellos. Por ese motivo decidió que la única manera de luchar contra esa parte salvaje era encerrarse en su hogar y que pasaran los años. Sin embargo, su problema creció y creció hasta el punto de llegar a una locura sin precedentes. A los veintidós años decidió enfrentarse esa posible maldición. Empezó a salir, a aparecer en las fiestas que era invitada y a disfrutar de todo aquello que no había gozado por haberse sometido a un enclaustramiento. Durante esas celebraciones su actitud era muy similar a la que Elizabeth tenía en aquellos momentos: charlaba con los invitados sin importarle la clase social a la que pertenecía, aceptaba bailes incluso de los hombres menos apropiados y no esquivaba las miradas de quienes la observaban. Solo se marchaba de esas fiestas cuando sus pies le dolían tanto que no podía aguantar un baile más. Por aquel tiempo, conoció a Dick Hendall, un apuesto burgués con quien coincidió en multitud de ocasiones. Primero fueron unas discretas miradas, después unas leves conversaciones y terminaron encontrándose en las zonas más oscuras de los jardines. Dick era un verdadero seductor y la convirtió en una mujer pasional y desinhibida. Cada vez que estaban solos la enamoraba, no solo con hermosas palabras, sino con besos y caricias que la dejaban temblando. Nunca había imaginado que el cortejo de un hombre hacia una mujer fuera tan embaucador, así que terminó cediendo a esa pasión que ambos mantenían en secreto. Tras

varios encuentros amorosos, Dick le propuso matrimonio alegando que no había una mujer en el mundo a la que pudiera amar tanto. En ese instante y presa de la felicidad, Anne aceptó su proposición, olvidando, de nuevo, la maldición que había confesado su madre.

La tarde que apareció su apuesto señor Hendall por la residencia Moore para realizar formalmente la propuesta de casamiento, estaba tan nerviosa que apenas podía permanecer sentada algo más de tres segundos. Caminaba por el pasillo frotándose las manos mientras esperaba a que saliera alguno de sus padres del despacho y reclamara su presencia. En ese ir y venir por la casa rezaba para que su madre, porque su padre no creía en maldiciones ni hechizos, olvidara la idea de ese encantamiento familiar. Había malgastado casi siete años de su vida creyendo en una tontería y albergaba la esperanza de que todos aceptaran, de una vez por todas, que no existía la maldición. Una hora después de la llegada de Hendall, su madre abrió la puerta y la llamó. Cuando entró pudo observar el entusiasmo en los ojos de Dick. Sus padres habían aceptado el compromiso y, desde ese momento, se convirtió en la prometida del señor Hendall.

Nada podía hacerla más feliz ni más orgullosa de sí misma. No solo se casaría con el hombre del que estaba enamorada, sino que había eliminado con esa acción la estupidez de que estaba maldita.

Fueron días muy dichosos para la familia. Sus hermanas se unieron a esa alegría ayudándola a buscar un vestido para la boda y a elaborar la lista de invitados. Hasta su padre se reunía, cada vez que su trabajo se lo permitía, a esas divertidas reuniones femeninas. La única persona que no compartió ese estado de euforia colectiva fue su madre. Desde que Dick salió de su hogar, ella se mantuvo callada, esquiva y misteriosa. Anne, enfadada por esa actitud tan inapropiada, tuvo la osadía de reprocharle que había pasado toda su juventud asustada por una falsedad y que demostraría, con su matrimonio, que había errado y que ella no necesitaba casarse con un zíngaro para ser feliz. Sophia aceptó, a regañadientes, que todo lo que había pensado sobre sus ancestros era mentira y que ninguno de sus familiares tenía la habilidad de maldecir.

Los días pasaron y, por primera vez en mucho tiempo, la palabra maldición quedó desterrada de su mente. Pero todo eso cambió la noche en la que un sirviente de Dick apareció para informarles de la trágica noticia...

Después de escucharlo tuvo que sentarse en el primer peldaño de la escalera del recibidor para no terminar desplomada sobre el suelo. Las

lágrimas luchaban por brotar mientras se negaba a asumir lo ocurrido. Fue su padre quien decidió averiguar qué había pasado y, tras oír varias veces la versión del sirviente, cogió el abrigo y se marchó acompañado por este. Aturdida y petrificada, Anne percibía los sollozos de sus hermanas como si se encontraran a varias millas de su lado. Todo a su alrededor había desaparecido; dejó de ser Anne Moore, la prometida de Hendall, para convertirse en un fantasma sin nombre ni rumbo. Ese estado de *shock* la mantuvo alejada de la realidad durante tres días, el tiempo que decidieron los padres de Dick velar su cuerpo inerte. Aun así, aunque se encontró durante esos días al lado de un ataúd, solo reaccionó cuando dos personas vestidas de riguroso luto colocaron el féretro en el mausoleo familiar. Entonces tuvo que aceptar la verdad: su prometido había muerto. Un experto jinete, que había competido en un centenar de carreras, había caído de un semental cuando galopaba hacia su hogar.

Tras el cortejo fúnebre se encerró en su habitación y no salió de allí hasta que varios días después su padre accedió al interior y le contó la versión del doctor Flatman; la muerte de Dick se habría evitado si no hubiera montado un caballo sin castrar después de haber ingerido tanto alcohol como para emborrachar a la tripulación del navío más grande de Londres. Pese a ese descubrimiento, aunque Randall intentó convencerla de que ella no había tenido nada que ver, Anne no atendió a razones. Durante año y medio lució un riguroso luto por su difunto prometido y el pensamiento de que estaba maldita volvió a su mente.

Una vez que transcurrió el período de duelo, la mesa de su padre volvió a llenarse de invitaciones. En esta ocasión, no solo la convocaban a ella, sino también a Mary, que había cumplido los veinte, y a Elizabeth, que tenía la tierna edad de diecinueve. La respuesta de Mary siempre fue negativa, sin embargo, Elizabeth no estaba dispuesta a dejar que el tiempo pasara sin disfrutar de los beneficios que le reportaban ser la hija del famoso doctor Randall Moore. Aunque la pequeña siempre intentó captar la atención de los asistentes, apenas le ofrecían conversaciones por ser demasiado joven. Para angustia de Anne, las miradas se centraron otra vez en ella. Nadie hablaba sobre la desafortunada prometida que, a un mes de la boda, perdió a su pretendiente, ni tampoco escuchó rumores sobre una posible maldición. Hasta aquel momento, el secreto seguía protegido. Pero eso cambió tras la muerte de lord Hoostun, el único hijo del conde Hoostun...

No sabía nada del muchacho, quizá porque este jamás había salido de la



residencia en la que vivía desde que nació. Al único que conoció fue al conde viudo. El anciano la observaba con descaro cuando coincidían en algún evento e intentaba, a través de conocidos, entablar conversaciones. Lógicamente, ella rehusó esos acercamientos, pero la fijación del viudo por Anne se hizo cada vez más agotadora.

La noche en la que el anciano conde apareció en su hogar para solicitar un compromiso entre ella y su hijo, Anne puso el grito en el cielo. Les repitió a sus padres, hasta cansarse, que debían recordar la maldición a la que estaba sometida y que, si aceptaban la proposición, matarían a otra persona. Randall rebatió todos sus alegatos recordándole que la muerte de Hendall la provocó él mismo por ser un insensato, y que no podía volverse una egoísta puesto que sus hermanas sufrirían un futuro incierto por su culpa. Anne le rogó a su madre, la única que seguía pensando en la existencia de esa maldición, pero no la escuchó. Tal vez porque, tras confesarle que había perdido la virtud con Dick, creyó que era la última oportunidad que le ofrecería la vida para encontrar un esposo que no la rechazara por no llegar inocente al matrimonio. Según les aclaró el viudo, ni a él ni a su hijo les importaba qué había hecho Anne en el pasado, sino aquello que les ofrecería en un futuro próximo: la descendencia que tanto necesitaba para que el título no regresara a la corona. Pese a sus llantos y súplicas, Randall acordó el compromiso. Dos días después de que los periódicos anunciaran que estaban prometidos, el joven Hoostun, a quien seguía sin conocer en persona, falleció. En esta ocasión, fue el propio doctor Flatman quien la visitó para hablar sobre lo sucedido. Por mucho que insistió en que había sido algo fortuito, porque nadie predijo que el arma se dispararía mientras la limpiaba, Anne se sintió tan culpable que se hundió en una terrible depresión. Aunque no salió de su hogar durante meses, los rumores sobre el aura maligna que la rodeaba llegaron hasta sus oídos. La denominaron de tantas formas distintas que no podía contarlas con los dedos de sus manos. Hasta un dibujante, que trabajaba para un periódico semanal, realizó una caricatura de ella explicando que, si deseaban hacer desaparecer al libertino que andaba tras una dama honrada, la mejor manera para apartarlo era prometiéndolo con la hija mayor del doctor Moore. Lógicamente, las invitaciones a eventos sociales desaparecieron. La mesa de su padre estaba vacía y eso causó una controversia familiar bastante peligrosa. Por un lado, Mary seguía sin querer un marido, Josephine perfeccionaba la destreza militar con la que nació y Madeleine mantendría a salvo su excesiva timidez. Sin embargo, Elizabeth no quiso adoptar esa posición. Cada vez que el tema

aparecía en las escasas reuniones familiares en las que ella participaba, le recriminaba que por su culpa jamás alcanzaría su sueño: el de casarse con un aristócrata. Anne, desesperada, decidió apartarse incluso de su propia familia. Se encerró en una habitación y pasó muchas horas practicando aquello que le hizo feliz cuando era niña: la pintura.

Despacio, se levantó de la banqueta, estiró su vestido y caminó hacia la puerta. Antes de salir miró de reojo a Mary, que, como era habitual en ella, ya estaba metida en la cama leyendo un nuevo libro sobre medicina.

—No pongas esa cara —comentó al descubrirla mirándola sin parpadear—. Seguro que disfrutarás de la bonita ceremonia.

—Si tan segura estás, ¿por qué no vas tú? —le recriminó con cierto enfado.

—Porque yo tengo una cita que no puedo retrasar —comentó levantando el libro que tenía en sus manos—. Y me parece más apropiado informarme de cómo nos enfrentaremos a futuras enfermedades que evitar las miradas reprobatorias de los caballeros que acudirán a esa dichosa fiesta. Además, yo no estoy tan desesperada como Elizabeth. No busco un hombre que me arruine la vida.

—Según Madeleine, terminarás casada —comentó mordaz Anne.

—Las visiones de nuestra hermana menor no me causan ninguna inquietud. Solo las acepté para que no te marcharas de Londres tras la muerte de tu segundo pretendiente. Aunque ya he escuchado que sigues con esa idea y que padre se reunirá esta noche con la persona que te llevará a tu querido París —expuso mientras se sentaba sobre la cama.

—No puedo permanecer aquí durante más tiempo, os hago daño —declaró Anne con tristeza.

—Yo no opino igual. Todas somos muy felices, salvo tú.

—¿Acaso no eres consciente de la actitud que ha tomado nuestra hermana? ¿No ves lo que yo veo? Como siga así, terminará mal y nunca encontrará un marido.

—Lo que haga Elizabeth con su vida es problema suyo, no mío. Ella ha de ser consciente de que es una burguesa y que no alcanzará el sueño de comprometerse con un aristócrata. Lo que me parece insufrible es que te culpe de ello. Si utilizara algo más su cerebro en vez de mirarse tanto en el espejo, se daría cuenta de que tiene un don tan precioso que cualquier hombre, sea o no aristócrata, caería a sus pies. Pero, por suerte para ella y para pesar tuyo,

es más fácil culpar a los demás de la imprudencia que ella misma realiza a diario.

—¿Y la maldición? —preguntó Anne acercándose a la cama de su hermana.

—¡Eso es una sandez! ¿Por el amor de Dios, de verdad crees en ella?

—Después de las muertes de...

—¡Fueron unos ineptos! Hendall fue un insensato por montar ebrio en un semental, el pobre Hoostun no tenía cerebro y su padre creyó que, casándolo con una mujer sana, arreglaría el problema. Además, tú misma fuiste testigo de la impaciencia del conde. Cualquier hombre honrado hubiera puesto el grito en el cielo cuando nuestra madre le confesó que no conservabas tu virtud y, ¿qué dijo él?

—Que no le importaba lo que había hecho en el pasado, que lo único que le interesaba era que su hijo tuviera descendencia pronto —comentó Anne sonrojándose ante la frialdad con la que su hermana exponía el hecho de que había entregado el tesoro de su virginidad a Dick.

—¡Exacto! —exclamó Mary colocándose de rodillas sobre la cama—. Ese hombre solo quería nietos sanos para que ostentaran su noble título, pero se olvidó de la demencia de su propio vástago. Tal vez si te hubiera reclamado él mismo como esposa, habría tenido una oportunidad.

—O hubiese muerto él —aseveró Anne un tanto enfadada.

—Bueno, seguro que su corazón no habría aguantado una noche a tu lado. Si la sangre zíngara, esa que dice nuestra madre que te hizo enloquecer hasta tal punto de no ser consciente de lo que hiciste con Dick, corre aún por tus venas, el anciano habría fallecido nada más verte desnuda. —Y tras esa afirmación, soltó una carcajada.

—¿Y tú? ¿No tienes sangre zíngara? Porque tu madre es la misma que la mía —replicó.

—Según he escuchado, la sangre gitana nos incita a vivir pasiones y deseos hacia los hombres y yo, por ahora, no anhelo yacer en los brazos de ninguno. Así que, por suerte para mí, no debo tener ni una sola gota. Es más probable que predomine la Moore, de ahí que solo necesite llenar mi mente de sabiduría y no posea sueños absurdos. La castidad, mi querida hermana, ha de ser el secreto de que sea más inteligente que tú —comentó con orgullo.

—¡Espero que encuentres el hombre que vio Madeleine y te vuelvas más lujuriosa de lo que fui yo! —le gritó Anne mientras caminaba hacia la salida.

—¿Otra maldición? —espetó sarcástica Mary.

—Si eso te convierte en una mujer menos erudita, sí, es otra maldición —declaró antes de cerrar la puerta de un golpe.

No podía soportar la frivolidad que Mary expresaba al hablar sobre el problema que tenían con Elizabeth, ni cómo podía burlarse de ella por entregarse al hombre a quien amó, ni cómo se reía de esa maldición. ¡Ella era la culpable de todo lo que ocurría! ¡Solo ella! Pero pronto se resolvería el problema... Esa misma noche, su padre hablaría con el hombre que la alejaría de Londres y de su familia. Una vez que la hija maldita dejara de existir para la sociedad, sus hermanas recuperarían aquello que habían perdido por su culpa y por fin hallarían la paz.

Cuando apareció en la parte superior de la escalera, observó que Elizabeth la esperaba en la entrada junto a sus padres. Su hermana había elegido un vestido azul claro para la ocasión y, como siempre, su elección fue muy acertada. No solo el tono de la tela resaltaba el color de sus ojos, sino que enfatizaba aún más el color dorado de su cabello. Anne sintió lástima por ella. Era demasiado hermosa para que adoptara un comportamiento tan inadecuado. Si se hiciera una mujer respetable y diera a conocer su don, como explicó Mary, los hombres caerían enloquecidos a sus pies.

—¡Por fin! —exclamó al verla—. ¿Por qué has elegido ese vestido tan horrendo? ¿No te das cuenta de que ese color no te favorece? Si te pones unas alhajas de hojalata parecerás una auténtica zíngara y estarán todo el tiempo pidiéndote que les leas el futuro —alegó antes de soltar una risotada.

—Elizabeth... —advirtió su madre—. Deberías estar agradecida de que tu hermana haya decidido acompañarte a la ceremonia en vez de burlarte de ella.

—Anne, te agradezco que me acompañes —refunfuñó Eli—. Pero hubiera preferido a Mary.

—¡Elizabeth! —clamó su padre—. ¿Cómo puedes ser tan pérfida?

—No soy pérfida, padre —comentó suavizando el tono—. Soy realista y lo único que observo en esta compañía es que nadie se acercará a mí porque estaré bajo la protección de una maldita que además luce un vestido horroroso.

—¡Elizabeth Moore! ¡Estás castigada! —gritó Sophia iracunda.

—¿No me permitirá ir? ¿Qué pensará mi amiga cuando no me vea? ¿Qué rumor expandirán los invitados cuando no haya representación de los Moore en el acontecimiento más importante del año? —preguntó con inquina.

—No se preocupe, madre. Cuidaré de ella —apaciguó Anne.

—Si observas algo inapropiado, si el comportamiento de Elizabeth se vuelve insufrible, no dudes en arrastrarla hasta aquí —le pidió Sophia entornando los ojos—. Ya me ocuparé de que cambie su actitud cuando entre por la puerta.

—Recuerde, madre, que mi sangre zíngara recorre mis venas y, al igual que usted hizo en su momento, yo también busco un hombre que me haga feliz —expuso Elizabeth mientras el ama de llaves la ayudaba a ponerse el abrigo.

—Mi sangre zíngara me advierte de que sufrirás durante mucho tiempo —masculló Sophia—. Y cuando la tristeza cubra ese corazón oscuro, no hallarás la luz.

—Por favor... —intervino Anne—. No es el momento de empezar otra discusión. Seguro que no sucederá nada y Elizabeth se comportará de manera correcta.

—Eso espero —susurró Randall antes de coger la mano a su esposa y darle un beso para tranquilizarla.

Una vez que salieron de su hogar, Elizabeth se subió en primer lugar al carruaje, se acomodó en el asiento y miró a Anne con los ojos entornados.

—Espero que no me avergüences de nuevo.

—¿Yo? —preguntó atónita Anne—. Si algo debe avergonzarte es tu comportamiento. Pareces una buscona.

—Si no hubieras enterrado a dos pretendientes, yo no tendría que estar mostrando escote para hallar un marido.

—Madeleine te dijo que lo encontrarías —le recordó Anne.

—Sí, también dijo que aparecería por el sendero que hay entre nuestro hogar y el de los Bohann y, ¿has visto algún caballero merodeando por esa zona?

—Deberías tener algo de paciencia y...

—¡No tengo tiempo! —clamó alterada—. ¿No te das cuenta de que estoy a punto de cumplir los veintidós años? ¡Soy muy mayor!

—Pero...

—No hay peros, Anne. Los días pasan cada vez más rápidos, mi belleza desaparecerá y, si no encuentro un marido antes de que acabe el año, me convertiré en una solterona amargada como tú —dijo antes de girar el rostro hacia la ventana del carruaje y dar por finalizada la conversación.

Anne la observó en silencio. Estaba tan desesperada por lograr su propósito que, como había dicho Mary, podría sucederle cualquier cosa de la que se arrepentiría el resto de su vida. Pero, por suerte, ella permanecería a su

lado esa noche para que no cometiera ninguna tontería y, una vez que regresaran a su hogar, sus padres se encargarían de ella. Solo esperaba que ese capitán de barco aceptara la propuesta de su padre y que zarparan cuanto antes...

Tras suspirar hondo, posó las manos de manera involuntaria sobre su pecho. No entendía la razón por la que últimamente se encontraba tan inquieta. Quizá se debía a la angustia que sentía por Elizabeth, o la ansiedad de averiguar cuándo se marcharía de una vez. Fuera cual fuese la razón de eso, el palpito aumentó durante el viaje y su sangre gitana, esa que se había congelado tras la muerte de Dick, recobraba vida, como si le indicara que esa tarde su destino cambiaría para siempre...

# *Capítulo I*

Como ya se temía, la ceremonia nupcial no solo consistió en acompañar al futuro matrimonio a la iglesia, sino que después tuvieron que acudir a la celebración que el marqués de Riderland tenía preparada en su residencia londinense. Anne, cansada después de tantas horas sin poder sentarse, decidió esconderse y apoyarse detrás de uno de los pilares que rodeaban el salón. Aquel lugar apartado le permitiría seguir vigilando a su hermana mientras apaciguaba el insufrible dolor de pies. Sin poder parpadear, para no perderse ni un solo movimiento que realizara Elizabeth, advirtió que ella y su amiga Natalie, convertida ya en la señora Lawford, miraban de reojo hacia el lugar del salón destinado para los jóvenes solteros. Anne maldijo en silencio al descubrir quiénes eran los posibles protagonistas de la conversación. ¿Cómo podía actuar Elizabeth de esa forma? ¿Acaso no tenía un poquito de dignidad? Aquellos dos muchachos a los que observaban, no solo eran más jóvenes que ella, sino que también eran los hijos de dos importantes aristócratas de Londres. Eso confirmaba que el problema de su hermana era mayor del que pensaba. Cuando las dos amigas miraron hacia otro lado, Anne contempló en silencio a esos dos jóvenes. El primero, salvo por el color de ojos, era una réplica idéntica al duque de Rutland. Hasta se asemejaba a su padre en su gran corpulencia. Según comentaban sus clientas, a quienes retrataba frente a un hermoso paisaje y con vestidos que ella jamás compraría por su exagerada arrogancia, el apuesto adolescente se había convertido en uno de los solteros más codiciados de la ciudad. Al ser el primogénito del duque, y el único varón, heredaría un legado que muchas mujeres casaderas ansiaban obtener, aunque, por suerte para él, aún no estaba interesado en buscar una esposa con quien compartir dicha herencia, sino en terminar los estudios que acababa de empezar.

El segundo muchacho al que Elizabeth observó durante unos instantes, se trataba de Eric Cooper, el hijo del barón de Sheiton. Un joven alto, de ojos color zafiro y con una tonalidad de cabello inusual, puesto que sobre aquella melena rojiza brillaban unos mechones tan rubios como el oro. Otro candidato a esposo por el que no solo suspiraban las jóvenes, sino también las madres

de estas. Si el hijo del duque desprendía un aura de respeto, seriedad y honorabilidad que intimidaba a cualquier persona que se le acercara, lord Cooper asustaba aún más ante su distinguido comportamiento. Nadie se atrevía a propagar un falso rumor sobre él. Su honradez superaba con creces a la del hombre más honesto del mundo y, según las declaraciones de esas muchachas que les fascinaba ser retratadas, el futuro barón de Sheiton se negaba, de manera contundente, a ostentar una vida de libertinaje. ¿Qué mujer en su sano juicio no soñaría con tener un marido que se dedicara solo a complacer a su esposa? Esa conducta tan inusual entre los aristócratas londinenses la confirmaba en cualquier acontecimiento social. Uno de los ejemplos más significativos de esa actitud fría y distante se podía advertir en el momento de los bailes. Nunca sacaba a bailar a ninguna mujer salvo a la esposa de su padre, a su hermana Hope, a la hija del marqués de Riderland o a las del duque de Rutland. Debido a esa actitud distante, cada vez que el joven caminaba próximo a un grupo de mujeres casaderas, los suspiros se hacían tan profundos como los gemidos de tristeza.

Después de la reflexión sobre los dos jóvenes, decidió salir de la zona en la que se encontraba y dirigirse hacia los asientos que colocaron para las damas de edad avanzada que se encontraran cansadas durante la velada, o para aquellas jovencitas que esperaban a que un generoso caballero las sacara a bailar. Ella se encontraba en la primera opción, pese a que no había alcanzado los veinticinco años. Pero no podía aguantar de pie ni un segundo más. Mientras caminaba por ese amplio pasillo que formaban las columnas y la pared, observó a los asistentes. Todos bebían, sonreían, bailaban y conversaban sin reparar en su presencia, como si no existiera. Eso, en cierto modo, la agradó. De este modo, no tendría que ofrecer absurdas excusas sobre el comportamiento esquivo que mantenía o escuchar de nuevo la triste historia de las muertes de sus prometidos. La sociedad, en vez de hablar sobre la habilidad que había adquirido pintando y lo considerada que estaba entre las damas de la alta sociedad por sus trabajos, prefería regocijarse en los peores momentos de su vida. Aunque eso dejaría de importarle después de esa noche. Una vez que la persona a quien visitaría su padre aceptara llevarla en su barco, se marcharía. Olvidaría quién fue y se centraría en quién deseaba ser: Anne Moore, la pintora.

Fue Dick quien le habló de viajar a París durante los encuentros románticos que mantuvieron. Ella siempre le contaba que se había cansado de vivir en Londres porque, por mucho que lo intentara, no encontraba su lugar en



una ciudad tan esquiva y orgullosa. Por supuesto, nunca le habló de que una parte de ella, su lado zíngaro, le incitaba a viajar de un lado para otro y descubrir nuevos mundos como si fuera una nómada. Al final, resultaba evidente que su sangre gitana era mayor que la Moore...

Después de la muerte del hijo del conde, recordó todas las historias que Dick le narró sobre la ciudad y terminó obsesionándose con un tema: la sociedad parisina era muy diferente a la inglesa. Nadie indagaba en el pasado de los demás. Lo único que les interesaba era la persona que había llegado y jamás le preguntarían qué le ocurrió para abandonar su ciudad. Aquella nueva visión de la vida sería fabulosa porque, una vez que pusiera los pies en París, se olvidaría de la tragedia que vivió en Londres y se presentaría como una joven artista que buscaba triunfar en la pintura.

«Una joven artista...», suspiró para sí.

Ya no era tan joven pero sí que dentro de ella había nacido una gran pintora y todo se lo debía a la muerte de su segundo pretendiente. ¡Algo bueno sacó de ese horrible pasado!

Durante la depresión que padeció tras el suceso, se centró en la pintura y en desarrollar su técnica. Lo único que la hacía salir de su hogar era visitar alguna librería donde comprar libros que le explicaran cómo evolucionar en el don que poseía desde niña. Al principio, solo plasmaba paisajes llenos de oscuridad y tenebrosidad, sin embargo, con el paso del tiempo, empezó a ver luz y belleza en ellos. Su madre, como recompensa a esa nueva perspectiva, colocó los lienzos más hermosos en la entrada de la vivienda, permitiendo que todo el que los visitara pudiera admirarlos. Una de esas visitas fue el matrimonio Flatman. El compañero de su padre deseaba averiguar cómo se encontraba después del segundo trance. Pero no hablaron nada sobre la enfermedad mental que padeció porque la esposa del médico centró todas las conversaciones en su maravillosa habilidad. Durante la cena, la señora Flatman decidió pedirle que retratara a sus hijas porque, según ella, ambas poseían una belleza semejante a la de las diosas griegas. Aceptó el trabajo con rapidez, esperanzada de que esa alternativa fuera beneficiosa para ella. Y así fue. Antes de terminar el segundo retrato de las hijas del doctor había confirmado un sinnúmero de encargos más. Casi todas las damas que podían permitirse pagar las tarifas requerían sus servicios. Pese a que solo pintaba mujeres, porque los caballeros no se atrevían ni a mirarla por si los envenenaba con los ojos, disfrutó de ese nuevo giro que le dio la vida. Sin embargo, con el paso del tiempo empezó a cansarse de ir de un lado para otro

con el caballete, de las conversaciones que las jóvenes le ofrecían y de retratar a hermosas mujeres que escondían una maldad semejante a la de su bisabuela Jovenka.

Ese era el segundo motivo por el que deseaba alejarse de su familia. Además de liberarlos de la maldición, ella podría darse una oportunidad. No quería convertirse en una testigo silenciosa de las maravillosas proyecciones que se planteaban las jóvenes a las que retrataba, ella quería ser la protagonista de esas vivencias. Ya había asumido que su sangre materna era más poderosa que la paterna, que dentro de ella había una mujer pasional que deseaba amar y ser amada y que, cada día que pasaba encerrada, sus años de vida se reducían. ¿Qué le dijo su madre? Que debía casarse con un gitano para que la maldición desapareciera, pero en ningún momento le explicó que no pudiera mantener relaciones con hombres. Lógicamente, debido a la reputación de su padre, no pretendía buscar amantes en Londres, pero sí que los encontraría en París. Tal vez... hasta... Sí, hasta podría convertirse en madre. Anne cerró los ojos y suspiró. Si lograba tener un hijo de sus entrañas, si conseguía engendrarlo, lo amaría y lo cuidaría hasta el final de sus días. Jamás le hablaría al padre de la existencia de ese niño para que no insistiera en casarse y convertirse en el tercer fallecido por la maldición. Nunca pensó en ello mientras mantuvo relaciones amorosas con Dick. Tal vez porque era demasiado joven o quizá porque este le prometió que hasta que no se casaran no dejaría su semilla en su interior. Fuera cual fuese el motivo, no se imaginó con un hijo en sus brazos hasta que decidió marcharse de la ciudad que odiaba. ¡Solo París podía ofrecerle lo que soñaba y anhelaba!

Justo cuando estaba a punto de alcanzar esa zona del salón a la que se dirigía, escuchó muy próximas a ella unas voces masculinas. Por el tono que empleaban, no parecían mantener una conversación cordial, sino todo lo contrario. Pese a que debía ser discreta, Anne miró de reojo hacia esas dos figuras que permanecían alejadas de los invitados. Una, sin duda alguna, era el marqués de Riderland. Aunque estuviera de espaldas, el cabello rubio y la altura eran sus rasgos más característicos. Sin embargo, los ojos marrones de Anne se clavaron en el caballero desconocido. Su espalda era tan ancha como la del marqués y apenas se diferenciaban en altura. Sus piernas, largas y torneadas, quedaban perfectamente encajadas en el pantalón. Parecían dos figuras exactas, sin embargo, aquel extraño lucía una larga melena oscura recogida en un lazo de color negro, acorde con el tono del traje que llevaba. Anne, al descubrir que este empezaba a mover su gran cuerpo para girarse

hacia ella, emprendió el camino hacia las sillas, apartando con rapidez los ojos de aquel lugar. Si regañaba a Elizabeth por su comportamiento descarado, no podía ella hacer justo aquello que recriminaba. Pero la curiosidad de averiguar quién enfadaba al marqués en un día tan importante para la familia provocó que volviese lentamente su rostro hacia ellos. En el momento que descubrió las facciones de aquel extraño, alargó la mano hacia el respaldo de la silla que tenía más próxima y se aferró a este con fuerza. Eran familia, de eso no había duda. Solo los Riderland podían tener aquel color de ojos tan especial y raro. Según le había contado Elizabeth, era un rasgo muy típico de los Bennett. Pero Anne no solo fijó sus ojos en los de aquel hombre, sino que continuó observándolo con descaro. Su mandíbula, varonil y fuerte, lucía una barba bastante espesa y larga. Parecía que había despedido a su ayuda de cámara años atrás. Despacio, y sin poder dejar de mirarlo, contempló su nariz aguileña, las arrugas de la frente y esa forma de corazón que exhibían sus labios tan rojos como el carmín. Azorada por ese comportamiento tan atrevido, se colocó frente a la silla que agarraba y se sentó. Sin embargo, sus ojos parecían no haber notado esa vergüenza que le recorría el cuerpo y seguían clavados en el extraño, recopilando cada detalle de aquel cuerpo tan masculino y magnético. Una de las preguntas que se hizo mentalmente obtuvo respuesta con rapidez; era un Bennett legítimo, pese a ser moreno. Tal vez sería un sobrino, un primo o un tío joven del marqués. Pero sin duda alguna, un Bennett.

Se hallaba tan embelesada en él, tan atraída por ese cuerpo musculoso y sensual, que no reparó en que llevaba tanto tiempo observándolo que terminaron por cruzar sus miradas. En el momento que aquel extraño enarcó la ceja derecha, preguntándole en silencio qué estaba mirando, Anne, abochornada aún más, agachó la cabeza. Notaba que él no había apartado sus ojos de ella. Sentía cómo la miraba, cómo contemplaba cada centímetro de ella y, en ese mismo momento, quiso que una cortina de humo, como la que utilizaban los ilusionistas que actuaban en el teatro, la rodeara para poder escapar. Pero esa niebla espesa no aparecía y continuaba notando el escrutinio de aquel hombre sobre ella. Se lo merecía. Aquel bochorno se lo había causado ella por insensata. ¿Cómo se atrevía a mirar a un hombre de esa forma? ¿No se había enfadado porque Elizabeth había hecho lo mismo con los dos jóvenes aristócratas? Pues ahora... ¿quién se enfadaría por su inapropiada actitud? Ella. Ella misma se enojó por su indiscreción y por la repercusión que su mal hacer había tenido.

Posó las manos en el vestido, eliminó las pocas arrugas que había y respiró hondo para calmarse. Como la única culpable de esa indecencia había sido ella, ella la haría terminar. Muy despacio se fue levantando de la silla, necesitaba volver al rincón en el que había pasado las dos horas anteriores. Allí nadie la observaría y aquel hombre dejaría de mirarla. Pero cuando alzó el rostro, cuando sus ojos se dirigieron de manera involuntaria hacia la zona en la que él se hallaba, descubrió aterrada que seguía mirándola. Las piernas empezaron a temblarle, las manos le sudaban tanto que podía ver las manchas de esa exudación en sus guantes y su corazón, ese que había dejado de latir cuando Dick falleció, comenzó a palpitar con tanta fuerza que la obligó a balancearse al ritmo de esos latidos. ¿Qué diablos le estaba sucediendo? ¿Por qué se había quedado tan paralizada? Y... ¿por qué su temperatura aumentaba? Desesperada, porque no había otra palabra que la definiera mejor, se giró sobre sus talones, apartó sus ojos de aquel extraño y tropezó, al dar el primer paso, con una mujer que conocía desde algo más de veinte años.

—¿Señorita Moore, se encuentra bien?

—Milady —respondió Anne haciendo una leve reverencia—. Sí, muy bien, gracias.

—¿Iba a marcharse? —quiso averiguar la baronesa.

—No, acabo de llegar. Me disponía a sentarme —mintió.

Extendió la mano hacia la anciana y la ayudó a colocarse frente a la silla contigua a la que había permanecido.

—Pues acompañeme, si no tiene nada mejor que hacer —pidió a la mayor de las hijas de su buen amigo Randall.

—Será un honor —respondió Anne, acomodándose de nuevo.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? No la he visto antes.

—Desde que comenzó la tarde, milady. Como bien sabe, Elizabeth es la mejor amiga de la actual esposa del señor Lawford y no podíamos perdernos un día tan especial —explicó de forma pausada.

—Entonces, el hecho de que no haya sabido nada de usted hasta ahora se debe a que ha empleado este tiempo en velar por la integridad de su hermana en vez de disfrutar de la fiesta, ¿me equivoco? —preguntó Vianey con suma confianza.

—Es usted muy aguda, baronesa —apuntó Anne dibujando una leve sonrisa.

—Pues he de informarle que no sirve usted como carabina —le dijo a modo de regañina—. Por si no se ha dado cuenta, Elizabeth ha decidido bailar

con lord Lorre y le puedo asegurar que no es muy apropiada esa compañía.

Anne, ante el comentario de la baronesa, dirigió sus ojos hacia la zona de baile y confirmó las palabras de esta. Elizabeth danzaba y sonreía a su acompañante. ¿Cómo había aceptado bailar con él sin pedirle permiso? ¿Tan desesperada estaba para saltarse los protocolos sociales? Y... ¿qué hacía ella para no impedir esa compañía?

—Es solo un baile... —murmuró Anne a la baronesa—. Seguro que, cuando terminen, ella se dirigirá hacia mí y todo quedará resuelto.

—Su hermana, querida, no dejará nada resuelto. No sé si sus padres serán conscientes de la actitud tan inapropiada que ha adoptado la tercera de sus hijas, pero el resto de la sociedad sí —afirmó severa—. Sería una lástima que, después del tiempo que ha necesitado su padre para posicionarse en el lugar que se encuentra, la mala reputación de una de sus hijas lo destruyera.

—Milady, con el debido respeto, he de decirle que está dramatizando una actitud afable. Mi hermana no adopta una...

—¿Cómo definiría el comportamiento de una joven que busca desesperadamente casarse con un aristócrata, Anne?

El hecho de que aquella mujer la llamara por su nombre de pila la dejó atónita. Era cierto que sus padres y la baronesa de Swatton tenía una relación muy íntima después de que su padre salvara al amante de esta, el administrador Arthur Lawford, de una terrible enfermedad. Pero nunca se había dirigido a ella con tanta familiaridad. Eso solo podía indicarle que estaba muy preocupada por la fama que podría adquirir Elizabeth y el drama que conllevaría a la familia.

—Se le pasará... —aseguró Anne tras respirar hondo.

—¿De verdad cree que si se marcha de la ciudad su hermana se enmendará? —espetó mirándola sin parpadear.

—¿Cómo sabe que...? —intentó decir.

—Su madre y yo, como bien sabe, somos muy buenas amigas y me contó que había decidido marcharse a París por el bien de sus hermanas —le confesó.

—No solo por eso, milady, sino también por el deseo de evolucionar como artista. No puedo pasarme el resto de mi vida retratando damas, eso me destruirá de nuevo y, como ya conoce, después de lo sucedido en el pasado, he podido salir de aquel horrendo estado a través de la pintura.

—Así que... ningún caballero ha intentado convertirse en su tercer pretendiente, ¿verdad? —se interesó Vianey.

—No. Ninguno. Y tampoco quiero que lo hagan. He llegado a la conclusión de que deseo estar sola. No quiero un hombre a mi lado que esté continuamente revisando qué haré durante el día. Necesito libertad para hacer lo que me plazca —comentó con las mismas palabras que Mary utilizó cuando su madre insistió, tres semanas atrás, que debía levantar los ojos de los libros para fijarlos en algún hombre.

—Ya veo... —murmuró la baronesa apartando la mirada de Anne para clavarla en el otro extremo del salón. Para su sorpresa descubrió que el hermano del marqués, el vizconde de Devon, no paraba de observar el lugar en el que ellas se encontraban. Muy a su pesar, estaba segura de que aquel hermoso caballero no la contemplaba a ella, sino a su acompañante. Rápidamente volvió a clavar sus ojos en la mayor de las hijas de Randall e hizo una mueca de fastidio al reparar en el color de aquel vestido—. París no me gusta. Allí los esposos son infieles.

—¿Los de esta ciudad no? —preguntó Anne enarcando sus castañas cejas.

—Los de aquí también, pero menos que los de esa ciudad —prosiguió con su discurso—. Además, no todo está perdido. Tal vez aparezca un caballero que no tema enfrentarse a la muerte y desee averiguar qué esconde bajo ese horrible vestido naranja. ¿Su madre no se lo prohibió cuando la vio? Porque si fuera mi hija, lo habría hecho jirones.

—Mi madre, como bien sabe, respeta mucho las decisiones de sus hijas. Por ese motivo me ha permitido llevar este precioso vestido de seda naranja y me apoya en la decisión de marcharme a París —aseveró con sarcasmo.

—Bueno, siendo así, entonces me queda advertirle que se centre, durante el tiempo que permanezca aquí, en la actitud de su hermana, no creo que mi querida Sophia desee escuchar conversaciones sobre el puesto que ocupará su tercera hija si desea mantener una relación con lord Lorre.

—¿A qué puesto se refiere? —preguntó volviéndose hacia la baronesa.

—No ha escuchado los últimos rumores sociales, ¿cierto?

—Como comprenderá, no soy muy dada a prestar atención a diálogos absurdos sobre lo que hace o deja de hacer la aristocracia —apuntó con seriedad.

—En ese caso, le haré un resumen. Según parece, los barones de Pherguin, padres de lord Lorre, han hecho todo lo que ha estado a su alcance para traerlo de vuelta de España. El muy ingrato ha lapidado más de dos tercios de la herencia familiar y se han visto en la obligación de acordar un

futuro casamiento con la hija pequeña del matrimonio Bakalyan, los dueños de la segunda empresa más poderosa en hierro. En cuanto se haga público el convenio, el único puesto que podrá ofrecer el distinguido lord Lorre es el de amante. ¿Quiere acaso su bella hermana convertirse en la querida de un hombre semejante? ¿Sophia también respetará esa alternativa hacia su hija? —espetó con inquina.

—Estoy segura de que Elizabeth ignora esta información, milady. De lo contrario, se habría negado a concederle ese baile —masculló mientras observaba a la pareja tan sonriente—. Pero no se preocupe, en cuanto finalice la pieza, hablaremos de ello y ya verá cómo todo ha sido un tremendo error.

—Espero que la ponga en su sitio —comentó la baronesa levantándose del asiento tras descubrir que Arthur se dirigía hacia ella—. Sería horrible que ese comportamiento tan alocado que ha decidido tener la conduzca por el mal camino. He sido testigo de catástrofes irreparables sobre el honor de una mujer.

—Como le he dicho, seguro que se ha tratado de un error —expuso Anne alzándose también de su asiento.

—Bien, confío en su sensatez, Anne. No me gustaría presenciar la terrible humillación que soportarían sus queridos padres —insistió.

—No sería la primera vez... —masculló para sí, pero la baronesa la escuchó.

—Que sus prometidos murieran no sería tan importante como ver arruinada la honradez de su hermana. Y ahora, si me disculpa, he de reunirme con Arthur. Estará cansado y querrá que nos marchemos.

—Buenas noches, milady —se despidió Anne haciendo una leve reverencia.

—Buenas noches, Anne, y recuerde una cosa, la esperanza es lo último que se pierde.

—Si se refiere a Elizabeth, no se preocupe, seguro que todo finalizará en breve.

—No me refiero a esa arpía disfrazada de niña, sino a ti. No pierdas la esperanza de vivir lo que has soñado aquí, porque auguro que tu vida cambiará mucho antes de lo que te imaginas —dijo antes de caminar despacio hacia el lugar donde la esperaba el administrador.

Mientras intentaba mantener la calma, observaba cómo la baronesa caminaba hacia su amante sin importarle las habladerías de los demás. Era ilógico que una mujer como ella, quien mantenía un idilio con el tío del esposo

de Natalie desde cinco décadas atrás, reparase en el comportamiento infantil de Elizabeth. Pero eso afianzaba lo que ya había concluido, que la aristocracia siempre estaría por encima del resto del mundo. Sin poder borrar la cólera que sentía, Anne frunció el ceño y maldijo en silencio que sus padres no hubieran elegido a Mary para que ocupase su lugar. Seguramente, tras escuchar las palabras de la baronesa, ella se habría levantado de la silla, se habría dirigido hacia ambos y, después de abofetear aquel rostro masculino bien cuidado, habría agarrado a Elizabeth del brazo para sacarla a rastras de la residencia del marqués. Sin embargo, ella estaba paralizada, mirando de manera iracunda los gestos coquetos de Elizabeth y rezando para que las cuerdas de todos los violines se rompieran y se clausurara el baile *ipso facto*.

«Unos minutos más...», pensó al tiempo que emprendía el camino hacia esa zona donde quería esconderse hasta que terminara la música. Si ya era bastante penitencia el hecho de soportar que todo el mundo la evitara y que su hermana no se comportara adecuadamente, no deseaba añadir a esa lista que los invitados advirtieran que estaba enfadada, muy enfadada. Seguro que saldrían corriendo de allí gritando que la bruja tenía ganas de matar a otra persona. Pero cuando iba a colocarse detrás de esa gran columna que la protegería hasta que pudiera agarrar a su hermana y hacerla regresar a su hogar, volvió a sentir unos ojos clavados en ella. Atemorizada, porque era consciente de quién sería la única persona que tendría el valor de hacerlo, alzó lentamente la barbilla y lo confirmó. Allí estaba, aquel extraño de ojos azules, vigilándola. Sin apartar la vista de ella, se llevó la copa que tenía en la mano hacia su boca, bebió despacio y, tras ingerir ese sorbo, se lamió lentamente los labios. Aquel acto tan descarado provocó un ardor tan inmenso en Anne que casi se arrodilló. Su corazón volvió a latir alocado, sus manos sudaron de nuevo y un extraño dolor apareció en su abdomen. ¿Qué diablos le ocurría? ¿Su sangre zíngara había resurgido de las cenizas al verlo? ¿Qué tenía de especial aquel hombre? ¿Por qué estaba tan alterada? Anne respiró hondo y, pese a que las piernas no le respondían como deseaba, se ocultó detrás de la columna, pero la falda de su vestido naranja, un color precioso pero poco discreto, brotaba por ambos lados como si vistiese ese poste de mármol. «Si existes, ayúdame a salir de aquí», pidió al cerrar los ojos.

—¿Otra vez escondiéndote? —le preguntó Elizabeth.

—¡Elizabeth! —exclamó sobresaltada.

—¿Qué? —espetó, mirándola con asombro—. ¿Qué sucede? ¿Alguien se ha reído de tu espantoso vestido? —se burló.



—Tenemos que marcharnos. Tenemos que salir de aquí... ¡ahora! —Y, como había pensado, la agarró del brazo y la arrastró hacia el *hall*.

—¡Tengo que despedirme de Natalie! —le decía una y otra vez.

—Mañana le envías una carta, te disculpas alegando que no quisiste hacerle perder más tiempo y que te marchaste porque era muy tarde —le indicó sin mirarla.

Su abrigo. Lo único que necesitaba para salir de allí era su abrigo. Pero si el mayordomo tardaba mucho en ofrecérselo, se iría sin él. Ya mandaría a Shira a que lo recogiera al día siguiente.

—¡Pero, Anne! —insistió Elizabeth—. ¡No es correcto esta actu...!

—¡Lo es después de lo que has hecho! ¿Sabes lo que me ha sugerido la baronesa de Swatton mientras bailabas con lord Lorre?

—Viniendo de ella, cualquier cosa —apuntó divertida Eli.

—Que los hombres no te ven como una futura esposa, sino como una amante —declaró sin dudar.

—¿Y eso lo dice una mujer que lleva décadas manteniendo una relación secreta con un administrador de fama sospechosa? —tronó Elizabeth ofendida.

—Si ella lo piensa, el resto del mundo también. Ella solo desea avisarnos de lo que sucederá si no reaccionas pronto.

Al girarse, para coger el abrigo que finalmente le ofreció un mayordomo, su cuerpo se quedó rígido como una tabla. La había seguido. Aquel hombre la estaba siguiendo. ¿Por qué hacía eso? ¿Qué interés tenía hacia ella?

—Escucha una cosa, Anne Moore —le dijo Eli señalándola con el dedo—. Ni se te ocurra decirles a nuestros padres tal insensatez. Yo no busco ser la amante de nadie, sino la esposa de alguien. Quizá tú te has rendido cuando han muerto tus dos pretendientes, tal vez la tontería de esa maldición de nuestra bisabuela te haya atemorizado, pero a mí no. No quiero convertirme en una solterona y pienso aprovechar el físico que tengo para encontrar un hombre con quien casarme.

—El físico no es importante... —murmuró Anne asombrada.

—Para llegar a convertirme en la esposa de un aristócrata, sí —afirmó antes de darse la vuelta y salir de la residencia con el mentón tan alzado como una duquesa.

Anne, antes de dar un paso hacia delante y correr tras Elizabeth, se giró hacia el lugar donde había visto al hombre y descubrió que aún seguía allí, apoyado en la pared, con aquel traje negro impecable, exhibiendo un aura de

misterio y mirándola sin parpadear. Azorada, por esa forma tan osada de observarla, se volvió y corrió hacia la salida. Una vez que se subió al carruaje y este emprendió la marcha, sus ojos, involuntariamente, se clavaron en la entrada de la residencia del marqués y, cuando observó la figura apoyada en el marco de la puerta, su sangre zíngara empezó a hervir y le quemó la piel.

## *Capítulo II*

Cuando Randall llegó a su hogar, después de hablar con el vizconde de Devon, se dirigió directamente hacia el salón norte, donde él y su esposa solían desayunar con tranquilidad antes de que sus hijas se despertaran. Al acceder al interior, Sophia, tal como acordaron antes de que se marchara, lo esperaba sentada frente al calor de la chimenea. Se había soltado el cabello y esa mata de pelo negro lisa le llegaba a la cintura. Despacio, Randall se dirigió hacia ella, se colocó a su espalda y le dio un tierno beso en la cabeza.

—Se ha negado a llevársela, ¿verdad? —le preguntó sin apartar la mirada del fuego.

—Sí, lo ha hecho, a pesar de haberle entregado el sobre —le contestó él. Se giró con suavidad y se sentó al lado de su mujer—. Ni lo ha mirado... —añadió tras respirar—. No puedo culparlo, Sophia. Porque el culpable de todo soy yo... —continuó afligido.

—Tú no tienes nada que ver con ese rechazo. Las cosas suceden por una razón y estaba predicho que él no aceptaría esa propuesta, aunque le hubieras ofrecido un millón de libras —aseveró.

—No sé si lo estaba o no —afirmó reclinando la cabeza en el hombro de ella—. La cuestión es que se ha negado en rotundo tras hablarle de la maldición de nuestra hija.

—Y, ¿por qué le contaste eso? —espetó Sophia levantándose de un salto. Se quedó mirándolo y, al observar la tristeza en aquel rostro que amaba, se relajó.

—No lo sé... —apuntó Randall frotándose la cara con desesperación—. Las palabras fluían de mi boca sin poder controlarlas y, cuando quise parar, ya era demasiado tarde.

—¿Qué le dijiste... exactamente? —exigió saber mientras se colocaba frente a él. Se arrodilló, posó las manos sobre las piernas de Randall y lo miró con mucho cariño.

—Como se negaba a zarpar con una mujer en su barco, pensé que al explicarle tu pasado cambiaría de opinión.

—¿Y? —insistió Sophia.

—Le confesé cuál era tu verdadero origen, lo que hizo tu abuela, el sueño que tuviste al nacer Anne y los fallecimientos de sus pretendientes —expuso sin mirarla.

—¿Y? —siguió insistiendo.

—Y, por supuesto, se negó todavía más. ¿Qué capitán de barco llevaría entre su tripulación a una mujer maldita?

—¿Ese fue el motivo del rechazo? ¿Salieron de su boca esas mismas palabras? —perseveró de nuevo.

—No. El vizconde no hizo alusión a la maldición, sino a la disparatada idea de alejar a nuestra hija de nosotros.

—¿Qué sucedió cuando le hablaste de las muertes de los pretendientes de nuestra hija?

—Pensé que me echaría a patadas de su hogar —reveló con pesar—. Primero se quedó pálido, como si no diera crédito a mis palabras, luego, cuando le expliqué que ningún hombre se acercaba a ella y que él pudo confirmarlo en la fiesta, me culpó de la desgracia de nuestra hija. Según el vizconde, fueron nuestras desacertadas elecciones las que provocaron esa catástrofe.

—Nosotros no tuvimos nada que ver con la aceptación de Anne al compromiso con el señor Hendall. Ella misma decidió qué deseaba con sus inapropiados actos —le recordó Sophia.

—Cierto y si ese canalla no nos hubiera confesado que Anne perdió su virtud con él, no lo habría aceptado. Pero tú misma fuiste testigo de cómo utilizó la honradez de nuestra hija para lograr su propósito.

—Y el destino castigó su mala obra con la muerte —apuntó Sophia incorporándose. Se giró lentamente y se sentó de nuevo junto a su esposo.

—Por suerte para ella... —meditó en voz alta—. Aún sigo preguntándome cómo Anne no fue capaz de descubrir quién era en realidad ese hombre y lo que pretendía con ese matrimonio —comentó Randall colocando sus manos sobre las rodillas, como si quisiera apaciguar la frialdad que sentía tras la retirada de las de su esposa—. Toda la ciudad conocía la mala reputación de Hendall y, a pesar de ello, Anne permitió que la sedujera sin importarle el motivo por el que se acercó a ella.

—Una mujer enamorada es incapaz de ver más allá de los ojos de su amado. Aunque escuchara rumores sobre los idilios amorosos de Hendall y las pretensiones que este tenía para casarse, ella lo negaría ciegamente —señaló Sophia colocando sus manos sobre las de su marido—. ¿Crees, de verdad, que

nuestra hija podría admitir que su prometido salió de un club en un estado semejante de embriaguez y tras mantener relaciones con meretrices? ¿O que el motivo por el que deseaba casarse con ella era obtener el prestigio que le ofrecería a su empresa tu buen nombre?

—No.

—Pues ahí tienes la respuesta, Randall. Ninguna mujer sería capaz de sobrevivir a una humillación semejante. Ni su don por la pintura la habría liberado de esa amargura.

—Y, ¿qué me dices del hijo del conde? ¿Alguien pensó que estaba tan desquiciado que se mataría con su propia arma? —preguntó el médico volviéndose hacia Sophia.

—Ambos sabíamos que el muchacho no estaba bien cuando fue incapaz de presentarse para pedir la mano de nuestra hija. Asimismo, tú le recriminaste al viejo conde que la decisión de elegir a Anne fue porque era una mujer sana y podría utilizarla como paridora... —reflexionó acariciando con sus dedos las palmas de su marido.

—Ya no sé qué hacer ni qué pensar. La única opción que he barajado hasta el momento se ha esfumado cuando el vizconde se ha negado a llevarla en su barco. Tal vez Anne debería asumir que su destino es permanecer aquí, con nosotros, y dejar que el tiempo transcurra hasta que todo el mundo olvide lo que ocurrió. El único inconveniente que veo en esto es que ella no lo aceptará con facilidad. Ya has visto la insistencia que tiene por marcharse, por convertirse en una mujer diferente y, mucho me temo, que la depresión que pasó regresará cuando le expliques lo sucedido —dedujo Randall con pesar.

—Tienes toda la razón. Anne no se quedará con los brazos cruzados cuando sepa que el vizconde se ha negado a llevársela y buscará otra manera de conseguirlo. Además, ya no lo hace solo por ella, sino también por sus hermanas. ¿No te has dado cuenta de lo triste que se encuentra tras el cambio de actitud de Elizabeth? Se siente culpable de la desesperación de su hermana y piensa que Eli volverá a ser la niña que una vez fue cuando ella se marche —explicó volviendo la mirada al fuego.

—Lo único que comprendo es que por nuestra mala elección...

—Por la maldición —le interrumpió Sophia.

—¿Sabes que no creo en esa tontería! No hay ningún estudio científico que explique una cosa así, cariño. Solo son conjeturas de una creencia... —Randall se quedó en silencio al ver cómo las facciones de su esposa se endurecían. Le dolía hablar de su gente, de su cultura y de todo aquello que

había creído desde niña. Pero él no aceptaba esa ideología. Su hija no estaba maldita. Su primogénita solo había sufrido las malas decisiones de sus padres, tal como había dicho el vizconde, y la recriminación de una sociedad frívola e injusta. ¿Cuánto tuvo que luchar él para saltar todos los obstáculos que le pusieron en su camino? ¡Muchísimos! Pero el paso de los años y su tenacidad le otorgaron la reputación que se merecía. ¡Ni la aristocracia podía hacerle sombra! Entonces... ¿por qué su hija no podía luchar como lo hizo él? La respuesta que apareció en su cabeza le causó mucho dolor, tanto que notó cómo se le abrían las entrañas. Mujer. Solo por el hecho de que Anne fuera mujer debía sufrir aquella miserable agonía.

—¿Por qué estás tan callado? —le preguntó después de darle un beso en la mejilla.

—Pienso en la injusticia, en la sociedad tan miserable en la que viven nuestras hijas. Estamos a punto de terminar un siglo y no veo ninguna evolución.

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestras hijas, sobre el hecho de que sean mujeres y del futuro que tendrán... —confesó Randall tras inspirar hondo.

—No debes inquietarte tanto porque Morgana cuidará de ellas y las convertirá en mujeres bienaventuradas —apuntó girándose hacia él.

—No estarás pensando otra vez en la visión de Madeleine, ¿verdad? —espetó entornando sus viejos ojos.

—Ella no habría comentado nada sobre ese tema si no lo creyera —la defendió con firmeza.

—Madeleine adora a su hermana mayor y estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por ella, hasta mentir, pese a que, como bien sabes, cada vez que lo hace le sale un sarpullido en la cara.

—Pues, que yo recuerde, no tuvo nada en su pequeño rostro cuando lo dijo —volvió a defenderla. Aunque Randall no admitía las creencias de su sangre, ella sí que lo hacía y estaba segura de que lo que vio Madeleine en el sueño del que habló sería real.

—¿No dejó de comer?

—No.

—¿No tuvo sarpullido en ninguna parte de su cuerpo? —prosiguió Randall dibujando una pequeña sonrisa.

—No —negó otra vez Sophia.

—Entonces... ¿de verdad piensas que encontraremos un esposo para

nuestra Mary? —dijo burlón.

—¿Qué comentó Madeleine al respecto? —preguntó levantándose del asiento apocada.

—Pero... ¿de verdad que no dudas de ella?

—No.

—Tienes mucha fe... —susurró mirando el fuego.

—Mary encontrará a ese marido que venerará su inteligencia y aplacará su lengua.

—Ajá —continuó Randall sin apartar los ojos del fuego.

—Josephine...

—¿Josephine? —preguntó volviendo la mirada hacia su amada esposa y enarcando las cejas—. Si Mary es un tema complicado, Josephine son dos —añadió con sarcasmo.

—Si no alentaras su actitud guerrera, si no le hubieras comprado esa dichosa arma, Shira se habría encargado de vestirla como una niña y no se pondría esos dichosos pantalones. ¿Sabes cómo me miran las dependientas cuando les pido ropa de caballero que pueda lucir una mujer? —espetó enfadada.

—Josephine tiene alma de guerrera y has de admitir que ningún hombre tiene la habilidad que posee ella para la lucha. No me cabe la menor duda de que sería el soldado más valeroso de un ejército.

—¡No es un hombre, Randall! ¡Es una mujer! ¿No te has dado cuenta de que empiezan a brotar de su torso ciertas protuberancias? Según el término médico son pechos, ¿verdad?

—¡Cómo me gustas cuando hablas así! —exclamó levantándose del sofá, pero cuando fue a abrazar a su esposa, esta lo rechazó.

—Mary encontrará un marido, Josephine el suyo, Elizabeth... Ella se enamorará del hombre que Morgana haya elegido, aunque no sea aristócrata y Madeleine tendrá que abandonar ese miedo para enfrentarse al suyo.

—Te olvidas de Anne... ¿se casará con un zíngaro?

—Sí —afirmó sin dudarle un solo segundo—. Lo hará.

—¿Cómo? No pensarás llevártela a un asentamiento gitano, ¿verdad?

—No, no voy a hacer tal insensatez. Mañana hablaré con ella y le contaré lo sucedido con el vizconde. Entre las dos buscaremos esa solución. Tal vez podamos encontrar una clienta que viva fuera de Londres y, de este modo, pueda marcharse de aquí, aunque no sea a París. Seguro que ese zíngaro aparecerá en cualquier momento...

—Y, mientras tanto, ¿qué hacemos con Elizabeth? No podemos permitir que siga actuando de esa forma tan poco decorosa —preguntó al tiempo que extendía la mano hacia Sophia.

—Si hace falta encerrarla en su habitación hasta que cambie su comportamiento, lo haré —aseveró Sophia con entereza, aceptando la mano de su esposo.

—Espero que Anne no se enfade mucho cuando le digas que su padre le confesó que estaba maldita —apuntó el médico mientras ambos caminaban hacia la salida.

—¿De verdad que te miró como si estuvieras loco?

—Ni te imaginas... Cuando le dije que él tuvo que reparar en ella porque ningún hombre se le acercaba, casi se le salen los ojos de su sitio. ¡Y eso que no le hablé sobre ese dichoso vestido naranja! ¿Cómo permitiste que fuera así vestida? Si lo que intentaba era pasar desapercibida, no lo consiguió. ¡Hasta un ciego la habría visto! —exclamó divertido.

—Te prometo que cuando la vi bajar la escalera con ese color casi la obligué a volver a su habitación para que se cambiara, pero algo en mi interior me gritó que no lo hiciera —declaró Sophia inclinando la cabeza sobre el hombro izquierdo de su marido.

—Es, de todas nuestras hijas, la que más se parece a ti. Tiene tanta sangre zíngara recorriendo sus venas que no puede controlarlo. Solo le faltó las alhajas de las que habló Elizabeth para ir gritando quién es en realidad.

—Por eso mismo está maldita y por eso mismo se entregó a ese canalla. Si hubiera sido más sensata y menos pasional, habría meditado sobre la pérdida de su honra —masculló Sophia.

—No te enfades por algo que ya no podemos remediar. Anne tiene casi veinticinco años y puede hacer lo que se le antoje. Además, ya sabes el carácter bohemio que tienen las artistas...—continuó hablando de forma jocosa.

—Si Madeleine tiene razón, su sangre zíngara evocará pronto a la persona que está destinada para ella y ese hombre calmará la pasión que aflora en ella.

—¿Tú crees? —inquirió dudoso Randall.

—¿No lo hice yo contigo?

—¿De verdad? Pensé que había llegado a tu poblado para sanar a un hombre enfermo, no para buscar esposa —expuso el médico parándose frente a la escalera que les conduciría hacia la segunda planta.



—Mi querido Randall, eres la persona más bondadosa que he conocido jamás. ¿Aún piensas, después de conocer qué somos capaces de hacer los de mi raza, que mi padre enfermó solo? ¿Que no realicé un conjuro para que aparecieras antes de que me obligaran a emparejarme?

—¿Lo hiciste? —le preguntó enarcando las cejas.

—No, por supuesto que no —dijo antes de soltar una carcajada y subir los primeros peldaños. Cuando vio que Randall no la seguía, se giró hacia él—. ¿Vas a quedarte ahí parado toda la noche?

—¿Lo hiciste? —volvió a repetir.

—Randall Moore —empezó a decir bajando los dos peldaños que los distanciaban—, haría cualquier cosa para encontrarte.

—¿Incluso envenenar a tu padre?

—Incluso envenenar a mi padre —repitió antes de darle un beso en los labios—. Y ahora, vamos a la cama. Tenemos que descansar. Auguro que mañana será un día muy especial para todos nosotros.

—¿Especial? —preguntó entornando los ojos.

—Sí —afirmó Sophia antes de animar a Randall a subir hacia el dormitorio—. Muy especial...

—¿Otra videncia? —preguntó al colocarse a su lado y abrazarla.

—Un presentimiento zíngaro —claudicó ella.

## Capítulo III

*Anne se apoyó en el tronco que tenía a su lado y mantuvo la mirada clavada al frente. El canto, ese que la sacó de la cama y que la atrajo hacia aquel lugar desconocido, se hacía más intenso a cada paso que daba. La oscuridad de la noche le impedía ver más allá de lo que encontraba al avanzar, pero eso no le causó pavor, al contrario, sentía en aquel instante tanta fuerza y seguridad que se olvidó del significado de la palabra miedo. Retiró la mano de ese tronco en el que se sostenía, dio otro paso más y escuchó un ruido sobre su cabeza. Despacio alzó el rostro y halló el cuervo más grande que había visto jamás. Este, tras batir las alas, graznó y emprendió el vuelo hacia el lugar en el que la melodía se hacía más fuerte. Hechizada por la canción, se olvidó del ave y se adentró en el interior del frondoso bosque. Sin preguntarse el motivo por el que se dirigía hacia esa voz cantarina, atravesó el escarpado sendero hasta llegar a un pequeño claro en mitad de ese bosque. Con asombro dedujo, al ver una gran hoguera en el centro de ese amplio lugar, que no estaba sola y que tal vez la persona que había encendido la lumbre era la misma que cantaba. Parada, sin tan siquiera mover un dedo de sus pies descalzos, miró a su alrededor, buscando la figura humana que debía permanecer en algún lado. Sin embargo, no halló a nadie. Estaba sola frente a ese fuego que la invitaba, con su calor y luz, a acercarse y a sentirse resguardada bajo sus llamas.*

*Cuanto más se aproximaba a la gran hoguera, más confiada se encontraba, a pesar de que la tela de su camión quemaba tanto que le ardía la piel. Pero era incapaz de frenar en mitad del camino, necesitaba, sin saber por qué, tocar aquellas llamas tan atractivas y seguras.*

*Dio un paso, luego otro, mientras sus oídos captaban con más claridad las frases de esa canción: «Acércate al fuego, siéntelo en tu piel, en tu alma, en tu seno. Él te librará de tu dolor, de tu tristeza y te conducirá hasta lo que anhelas».*

*¿Cómo era capaz de entender esas frases si las escuchaba en otra lengua? ¿Por qué le resultaban tan familiares? ¿Qué tenía de especial aquel cántico para dejarla sin el poder de decisión? Su mente buscaba las*

posibles respuestas al tiempo que extendía la mano hacia el fuego. No se quemó, ni sintió dolor. Por muy extraño que le pareciese, no percibía nada salvo tranquilidad, como cuando llegaba a su hogar después de una intensa jornada de trabajo. Con los ojos clavados en ese vaivén amarillo y naranja y con esa canción que repetía una y otra vez que allí encontraría lo que andaba buscando, respiró hondo. ¿Qué había deseado durante sus años de vida? ¿Cómo se libraría del dolor? ¿Qué tenía de especial aquel fuego? ¿Tendría que atravesarlo para averiguar las respuestas?

Cerró los ojos, extendió ambas manos y, decidida a conocer todos los enigmas que aparecían en su mente, colocó los pies sobre las ascuas ardientes. Pero estos tampoco se quemaron. Su camión seguía intacto y ella continuaba... viva.

—¿Qué quieres? —se atrevió a decir en medio de esa hoguera—. ¿Qué encontraré? ¿Por qué me has traído hasta aquí? —Pero todo se quedó en silencio. Hasta la voz cantarina, que la había acompañado durante el camino, cesó en el momento en el que se introdujo en el fuego—. ¿Qué quieres? —repitió tras abrir los ojos.

Tras pasarse varios segundos esperando la respuesta, decidió salir de allí y regresar hacia esa cama fría que había dejado. Sin embargo, cuando se alejó del fuego, escuchó cómo el viento agitaba las copas de los árboles.

—Te quiero a ti y tú solo me encontrarás a mí —dijo una voz de hombre detrás de ella.

Asustada, se giró sobre sí misma y descubrió que el fuego había desaparecido. En su lugar se encontraba una figura masculina, una que reconoció con rapidez. Aterrorizada se llevó las manos al pecho y gritó.

—Tómame porque soy tuyo, igual que tú eres mía —continuó hablando él.

Intentó caminar hacia atrás, alejarse de ese hombre que extendía sus manos hacia ella, pero su cuerpo rehusaba hacerlo. Sentía una atracción tan inmensa hacia él que podía notar cómo su piel se separaba de ella y volaba hacia aquel extraño.

—No luches, no tienes por qué hacerlo. Tú eres mía y yo soy tuyo —continuó hablándole al tiempo que recortaba la distancia entre los dos.

Cerró los ojos, no quería ver nada más. Deseaba volver a la cama de la que no debió marcharse, a su hogar, a su horrible vida, a la soledad... Cuando el hombre la abrazó para consolar esa agónica inquietud, todo a su alrededor dejó de existir y una liberación apareció en su interior.

*Sed, tenía sed y calor. Tanto calor que podía derretirse en cualquier momento. Y esa sed no era humana, sino espiritual. Como si al permanecer unidos, su cuerpo no tuviera sangre y necesitara la de él.*

*—Mírame... —le dijo, levantándole la barbilla con un solo dedo—. Mírame y descubre en mis ojos todo aquello que has preguntado.*

*Muy despacio, hizo lo que le indicó y, aquellos ojos azules como el mar, le ofrecieron unas visiones tan nítidas que parecían reales. Se vio en la fiesta, escondiéndose tras el muro, pero él la seguía, la buscaba. También observó la escena de su partida y percibió la angustia que él había sentido al marcharse. Luego apareció una vivienda, grande y sólida como un castillo. Ella corría riendo, divertida, mientras cogía sus faldas para no caerse al suelo. Sus risas se mezclaron con otras, las de él. Apareció otra escena, ya no estaba en mitad de un prado, sino en una habitación. Estaba desnuda, gimiendo, aceptando los besos que él le ofrecía. Se retiró, lo empujó hacia la cama, él rebotó al caer sobre el colchón y sonrió. Después ella se colocó sobre sus caderas, atesorando en su interior aquel sexo masculino. Seguía jadeando, moviéndose, mientras él le tocaba los pechos, acercaba su boca a la de ella y aspiraba todos sus gemidos. Su cabello castaño bailaba al compás de ese acto pasional, de ese encaje, de esa unión...*

*—¡No! —exclamó desesperada al verse de aquella manera tan lujuriosa—. ¡No! —gritó apoyando sus manos sobre aquel duro torso desnudo, empujándolo para que se alejara de ella.*

Anne se incorporó en la cama, apartó bruscamente las sábanas y se llevó las manos hacia el rostro. Las mejillas le ardían y algunos mechones de su cabello se habían quedado pegados a ellas debido al sudor producido por el sueño. Azorada, se retiró esos húmedos cabellos, miró hacia el frente y suspiró angustiada. ¿Cómo había sido capaz de soñar algo tan prohibido con un hombre que no conocía? ¿Por qué su mente le ofreció esas imágenes tan impúdicas? Asombrada a la par que temerosa, se movió por el colchón, despacio, posó los pies sobre el suelo e intentó apaciguar ese estado de exaltación. Pero le resultó imposible relajarse. Pese a que ya estaba despierta y consciente de dónde se encontraba, las imágenes de esa fantasía seguían en su cabeza como si fueran reales. Cerró los ojos, apretó las manos sobre el rostro y sollozó. Ella no podía permitir que su mente le mostrara algo tan inmoral, tan pecaminoso o tan real porque la conducirían hacia la locura. Ella

no era... Ella no podía... Estaba maldita.

Tras respirar hondo, se levantó, caminó hacia los pies de su cama, se agarró al dosel de madera y apoyó la frente. No podía definir lo vivido como un sueño sino como una pesadilla. Una en la que ella se dejaba arrastrar por la pasión de un hombre que solo había visto una vez y que, posiblemente, no encontraría de nuevo. Entonces, ¿por qué su mente le gritaba que él sería suyo? «Tú eres mía y yo soy tuyo», lo escuchó de nuevo como si él estuviera a su lado. Sin apartarse de ese dosel, intentó eliminar lo sucedido, pero no lo logró. Se vio de nuevo en un lugar que no conocía y el canto regresó. ¿Qué significaba aquel sueño? ¿Estaría enloqueciendo? ¿Tan hechizada se había quedado al verlo? No podía negar que, desde que lo descubrió, nació en ella una atracción inconfesable. ¡Cualquier mujer la habría tenido al verlo! Era, de entre los caballeros que se encontraban en la fiesta, el hombre más viril, seductor y enigmático. Su aura peligrosa desprendía tanto magnetismo que ninguna mujer podría apartar la mirada de un ser semejante. No obstante, eso no podía servirle como excusa para tenerlo en sus sueños, para sentir sus caricias sobre su piel y escuchar de nuevo sus propios jadeos al poseerla... Con los ojos aún cerrados, Anne se agarró al dosel con las dos manos y lloriqueó de nuevo. Ni su amado Dick le había hecho el amor de esa manera tan apasionada, tan salvaje y tan... antinatural. Aquel extraño la había llevado a un estado de frenesí tan grande que había tomado las riendas de aquel encuentro y había sido ella quien se subía a él. ¡Ella! ¿Desde cuándo una mujer evadía el recato para comportarse de aquella manera tan desvergonzada? ¡Desnuda! ¡Totalmente desnuda y desinhibida! Y le tocaba... Y la besaba... Y...

Los mofletes le ardieron de nuevo...

Enfada por esa reacción, se alejó de la cama y caminó hacia el baño. Debía hallar algo de cordura y sensatez. Ella no era una mujer que se dejara llevar por emociones ardientes, ya no. Lo había hecho cuando conoció a Dick, pero después de su muerte, su corazón y su alma estaban encarcelados en una urna de hielo.

—¿Anne? ¿Qué te sucede?

La voz de su madre la sacó de ese trance. Estaba tan ensimismada que no la escuchó entrar en la habitación ni acercarse.

—¿Madre? —preguntó confundida—. ¿Qué hace aquí?

—¿Qué sucede, Anne? ¿Por qué tiembles? ¿Por qué lloras? ¿Han vuelto los ataques de pánico? —soltó acercándose a su hija. La última vez que la vio

en aquel estado fue tras la muerte del hijo del conde.

Anne la miró un tanto confusa. ¿Debía ser sincera? ¿Era apropiado confesarle que había visto a un hombre, a quien conoció la noche pasada, salir del fuego y que vio en sus ojos unas escenas pecaminosas? No, por supuesto que no.

—Solo ha sido una pesadilla —comentó al fin.

—¿Una pesadilla? ¿Qué pesadilla? ¿Qué has visto? —insistió en saber. Hasta ahora, Anne había heredado un don, el de la pintura. ¿Sería posible que también fuera clarividente?

—Me encontraba en un bosque, sola, sin nada a mi alrededor. De repente apareció un cuervo y empezó a perseguirme. Por mucho que corría, él seguía a mi lado porque quería hacerme daño.

—¿Un cuervo? —preguntó Sophia enarcando las cejas—. ¿Te has asustado por un cuervo?

—Era enorme. El más grande que he visto en mi vida —añadió.

—¿No has visto nada más? ¿Un fuego? ¿Has escuchado una canción?

En ese momento, Anne olvidó respirar. ¿Cómo podía saber su madre eso? ¿Acaso había tenido un sueño parecido? ¿La sangre que compartían era tan semejante que ambas soñaban lo mismo? Esperaba que eso no fuera cierto porque no podría ni mirarla a la cara...

—No —negó despacio mientras agarraba con fuerza el camisón. No le saldrían ampollas como le ocurría a Madeleine al mentir, pero su rostro enrojecía tanto que nadie dudaría de su engaño.

—Bueno, entonces solo te asustó un cuervo... —reflexionó Sophia sin apartar la mirada de ella.

Si su intuición no se confundía, Anne acababa de soñar con su hombre, aunque no quisiera confesarlo. Eso significaba que él había entrado en su vida y que su sangre zíngara lo evocaba. Pero... ¿dónde lo vio? ¿En la ceremonia de la señora Lawford? ¿Quién sería?

—Solo un cuervo... —admitió Anne sin poder levantar los ojos del suelo.

—Y... ¿te picó? ¿Te hizo daño? —perseveró audaz Sophia—. Cuando yo soñé con un cuervo, te prometo que me hizo tanto daño...

—¿Qué deseaba, madre? —la interrumpió bruscamente.

—He venido a buscarte para hablar sobre lo que ocurrió ayer. —Sophia dejó que Anne cambiara de tema. Si había soñado lo que ella suponía, tenía que asimilar muchas cosas.

—¿Quiere que salga ahora, mientras mis hermanas aún duermen?  
—preguntó desesperada por salir de allí.

—Hablaemos del tema cuando te prepares —expuso la madre caminando hacia la puerta—, y salvo Mary, todas están despiertas. —Miró de reojo a la segunda de sus hijas, a quien solo se le veían los tubos metálicos que Shira le ponía en el cabello antes de dormir—. ¿Otra vez ha estado leyendo hasta el amanecer?

—Empezó un nuevo libro —aclaró Anne.

—¡Voy a quemarlos todos! —gruñó Sophia—. Voy a hacer la hoguera más grande de Londres cuando los tire al fuego.

Y, en ese preciso momento, Anne se llevó las manos al pecho y su madre sonrió al descubrir que, en efecto, el hombre que Morgana había elegido para su hija había aparecido al fin.



Cuando Sophia cerró la puerta, Anne se dirigió hacia el baño no sin antes mirar a Mary. Estaba tan tranquila, dormía con tanta dulzura, que deseó ser ella por unos momentos. Tal como le dijo la noche anterior, su sangre Moore era tan poderosa que la salvaba de pensar cosas tan impúdicas como la que ella había tenido esa noche.

Abrió el grifo del agua caliente, se desnudó y esperó a que el jabón empezara a hacer espuma. Por lo menos podía estar sola para recapacitar sobre lo sucedido. Gracias a la tenacidad de su padre y a la aceptación de ciertas innovaciones, no necesitaba la ayuda de una sirvienta para tener un poco de agua caliente. Lo que menos deseaba en aquel momento tan apremiante era tener a su lado a Shira preguntándole mil veces por qué su piel estaba tan roja como una flor.

La diferencia entre Mary y ella volvió a aparecer. Allí donde aceptó con buen grado las reformas de los baños, Mary puso el grito en el cielo y llamó a las nuevas bañeras aparatos demoniacos. ¿Cómo se le ocurrió denominarlos de esa forma? ¡A ella! Una mujer que no creía en ángeles, dioses, demonios ni en nada sobrenatural. ¡Si cuando su madre hablaba de las visiones que tuvo en el pasado le preguntaba cuánto opio había tomado! Anne se llevó las manos a la boca para aplacar la carcajada que deseaba soltar al recordar los castigos

que había sufrido Mary por expresar tales comentarios. Pero jamás cambiaba de opinión. Era tan fuerte, tan segura de sí misma y tan... especial. Pese a que su madre la regañaba, pese a que se enfadaba mucho con ella cuando su padre le hablaba de otra discusión en una reunión de médicos, en la que su hija había destrozado la vanidad de algún que otro caballero, Mary no cambiaba de actitud y eso la convertía en la más poderosa de las cinco hijas.

Colocó los pies sobre el grifo y movió los dedos impregnados de espuma blanca. El agua la había relajado un poco. Lo suficiente para meditar sobre ese sueño. No tenía nada que temer. Aquel hombre no volvería a aparecer en su vida, si de algo debía sentir miedo era de que la caldera explotara y rebotara al otro extremo del baño, como explicó Mary cuando las vio por primera vez. Al recordar aquel momento, esa carcajada que había reprimido brotó con fluidez. ¡Solo a ella se le podían ocurrir ese tipo de cosas! No había duda de que Mary tenía más sangre Moore que Arany.

*—¿De verdad quiere que nos fiemos de esto? —le preguntó a su padre cuando las reformas habían finalizado.*

*—No sucederá nada. Hay muchos nobles que las utilizan y todos alaban la comodidad de tener agua caliente de manera inmediata —le respondió Randall.*

*—Usted ansía deshacerse de nosotras... —masculló Mary.*

*—¡Sophia! —gritó llamando a su esposa. Cada vez que discutían, le pedía que intercediera en la conversación. Tal vez porque Mary y él eran tan similares que, después de un angustioso debate, quedaban en tablas—. ¡Ven, por favor! ¿Puedes explicarle a tu querida hija Mary que no deseo deshacerme de ella y que no corre peligro si se mete en la nueva bañera?*

*—¿Qué sucede esta vez? —inquirió Sophia con resignación.*

*—Padre me asegura que no me ocurrirá nada mientras me doy un baño, pero, según aprecio, no recuerda el artículo que publicaron los periódicos hace unos años.*

*—¿Qué decía el artículo, Mary? —dijo su madre con voz cansada.*

*—Que el calentador de gas de lord Fhautun se estropeó e hizo explotar la bañera y al propio lord que permanecía en su interior. ¡Ambos quedaron en el lado opuesto de la habitación! —exclamó desesperada.*

*—¿Eso es cierto, Randall? —le dirigió la pregunta a su esposo, que no paraba de reír al recordar aquel día, porque él tuvo que asistir al pobre barón.*



—Sí, pero en defensa de esta innovadora creación, he de explicar que eso sucedió hace algunos años y que lo han perfeccionado para que nadie salga disparado como si fuera la bala de un cañón.

—¡No permitiré que ninguna de mis hijas vuele por la casa como si fueran aves, Randall Moore! —exclamó horrorizada Sophia—. Que Shira y otra doncella continúen calentando el agua en la cocina. Este método es más seguro para ellas —declaró con solemnidad.

Y mientras el médico acompañaba a su esposa al salón y le ofrecía un sinfín de razones por las que no debía temer por la utilización de los nuevos grifos, Mary observó desde el pasillo cómo una de sus doncellas subía cubos de agua caliente y las vertía dentro de la flamante tina.

Sin embargo, todo cambió cuando las mellizas enfermaron. Shira, su madre y las doncellas estaban tan ocupadas en cuidar de las pequeñas, que Mary decidió aceptar una derrota. Los primeros meses, pese a que su madre se enfadaba bastante, se bañaba en camisón por si volaba como lord Fhautun. Si le parecía bochornoso padecer una situación semejante, más lo era que le ocurriera desnuda. Y, aunque había pasado de aquello algo más de cinco años, los baños de Mary no duraban mucho...

Divertida tras el recuerdo, salió de la bañera, se puso una bata de seda negra y caminó hacia su dormitorio. Debía arreglarse lo antes posible para conversar con su madre. ¿Qué le diría? ¿Le informaría sobre la decisión del capitán? ¿Habría aceptado la propuesta de su padre? Esperaba que fuera eso y que al fin pudiera marcharse de Londres. Quizás, alejándose de la ciudad no volvería a soñar con aquel hombre y Elizabeth no volvería a mantener una actitud tan descarada con otro milord. Al recordar lo sucedido la tarde anterior, la agonía que le había producido el sueño desapareció de golpe y regresó la cruda realidad. ¿Qué palabras empleó su madre para informarle que deseaba hablar con ella?

«He venido a buscarte para hablar sobre lo que ocurrió ayer». Pero en la tarde de ayer habían ocurrido varias cosas y entre ellas...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó abriendo los ojos como platos—. ¡La baronesa le ha contado lo que hizo Elizabeth con lord Lorre!

## *Capítulo IV*

Sophia miraba su jardín a través de la ventana. En él solo permanecía Josephine con aquella horrible arma en las manos. Apuntaba hacia otro objetivo. Se acercó un poco más al cristal y exhaló todo el aire que contenía en sus pulmones al ver otra jarra de porcelana blanca de la vajilla que guardaba en el trastero. Tenía que hablar muy seriamente con la cuarta de sus hijas. No podía utilizar las escasas pertenencias que Randall había heredado de sus padres como objetivos de sus disparos porque, cuando terminase con ellas, ¿qué sería lo siguiente? Apoyada en el marco de la ventana observó cómo Elizabeth salía del invernadero para gritarle a Josephine. Eso solo podía indicarle que la bala había atravesado un cristal del invernadero.

—¡Por el amor de Morgana! —exclamó horrorizada, llevándose las manos al pecho.

Los problemas crecían y no sabía cómo eliminarlos. Necesitaba ir poniendo orden a todo ese caos familiar; lo primero sería pedirle a Randall que hiciera desaparecer ese fusil. Quizá si le comentaba que el jardín era demasiado pequeño y que algunas de sus hijas o empleadas podrían salir heridas, ambos recapacitarían. «¡Tonterías! —pensó—. ¿Alguno de los dos te haría caso? ¿Escucharían tus explicaciones?». No, claro que no. Randall seguiría aplaudiendo la destreza de su hija y en vez de obligarla a guardar aquella arma se la llevaría al campo, donde el peligro de matar a una persona se minimizaría.

Se volvió hacia el sofá, donde pasaba muchas horas cosiendo, y miró su caja de costura. La bobina de color naranja llamó su atención. ¿Cómo se le ocurrió a Anne llevar un vestido tan poco discreto? ¿Cuándo lo compró y por qué no le había dicho nada al respecto? Siempre le mostraba todo aquello que adquiriría y jamás se había escondido nada. Entonces, ¿qué había cambiado? ¿Qué le estaba sucediendo?

Sophia se sentó en la mecedora, colocó sus manos sobre el regazo y se las apretó. La única persona que conoció en su vida y que se había vestido de aquella manera tan poco discreta era su abuela Jovenka. Todos los días lucía algo de color naranja. Si no era un vestido, era un pañuelo o un abrigo, pero

nunca faltaba en su atuendo aquel tono tan zíngaro. Suspiró profundo al recordar a su abuela y la horrible obsesión de no contaminar su sangre. Si Randall no hubiera aparecido aquella noche... ¿Qué habría sido de ella? Pero, aunque se apartó, aunque parecía que les había dejado vivir tranquilos, no fue así. Ella se quedó, pese a que el campamento decidió marcharse de Londres. Vivió resguardada en el bosque, acechándolos en silencio hasta cumplir su promesa...

Una noche, que con el tiempo descubrió que fue la misma en la que engendraron a Anne, decidieron dejar el ventanal abierto para que la luz de la luna ambientara aquel momento tan romántico y pasional. Corría una ligera brisa y las cortinas se movían con suavidad, como si fueran unas elegantes y delicadas bailarinas. Ambos se entregaron como tantas veces habían hecho. Sin embargo, esa vez fue especial porque cuando Randall culminó, depositando su simiente en su interior, el silencio del exterior desapareció al ser interrumpido por un horrible trueno. Su esposo, al verla temblar de miedo, se levantó, cerró el ventanal y regresó a la cama para apaciguar su temor. Pero lo que encontró al llegar hasta ella lo dejó atónito. En cuestión de segundos, los que tardó en regresar a su lado, la temperatura de su cuerpo había ascendido tanto que se agitaba por los temblores febriles. Como había hecho desde que la vio en aquel carromato, estuvo ayudándola en todo momento. Cada vez que le ponía un paño de agua fría, las manos de su esposo enrojecían del calor que transpiraba la tela. Asustado, llamó a una de las empleadas para que cogiera el carruaje y trajera lo antes posible varios bloques de hielo. La metieron en una tina con ellos, aun así, la fiebre no bajó hasta que llegó el amanecer. Como si solo fuera un terrible sueño, esas convulsiones y ese calor desaparecieron ante la llegada de los primeros rayos de sol. Por supuesto, Randall jamás admitió que el sol la había sanado, sino que los hielos, los calderos y sus paños la aliviaron.

Tras pasar una noche tan agitada, decidieron quedarse a descansar el resto del día. Pero su marido tuvo que marcharse porque alguien apareció en la residencia requiriendo sus servicios. Cuatro horas después de su partida, regresó y le informó que el asunto que lo había sacado del hogar fue su abuela. Un hombre que paseaba por el campo descubrió un cuerpo tirado, al pensar que se había desmayado, corrió hasta ella, pero cuando encontró una daga clavada en su abdomen y vio que era zíngara, pidió ayuda a los judiciales y estos a él, porque ningún otro médico les atendería.

Tras contarle lo sucedido, ella lloró, pero no de tristeza sino de gozo, de

placer y de entusiasmo porque creyó, absurdamente, que esa muerte les libraría de la maldición. Pero se equivocó, solo acababa de empezar...

Dos meses después, supo que estaba encinta. Estaba tan entusiasmada por ser madre, que no fue capaz de pensar en nada salvo en el bebé que venía en camino y que su abuela ya no estaba viva para hacerle daño.

No fue así....

Cuando Anne nació, la tuvo en brazos y observó aquel rostro, aquel cabello y aquellos ojos marrones, sufrió tal miedo al ver que era tan parecida a Jovenka que quedó inconsciente. Durante ese desfallecimiento, vio a su abuela la noche que concibieron a Anne en el balcón. Luego la vio alejarse de su hogar hasta donde la encontraron muerta. Ella misma se clavó la daga justo cuando el trueno sonó. Estuvo con ella durante ese desmayo y le mostró el nacimiento de sus otras cuatro hijas mientras le gritaba una y otra vez que su sangre contaminada las destruiría. Al despertar, estaba tan asustada que no quiso ni mirar a su pequeña recién nacida. Anne lloraba en la cuna porque necesitaba alimentarse de la madre que le dio la vida, pero ella rehusaba su contacto. Gracias a la ayuda de Randall, a su ternura, a su comprensión y a esa grandísima paciencia, terminó admitiendo que solo había sido un mal sueño generado por el cansancio del parto y, una vez que se tranquilizó, él le ofreció a su bebé. Con los ojos cerrados, le dio de mamar. Pero los abrió al sentir el calor de aquel pequeño cuerpecito y el tacto de sus diminutas manos en la piel. En ese instante, concluyó que lo único que Anne tenía de su abuela era el físico y que Randall confirmó por algo que llamó coincidencia genética. Sin embargo, el tiempo le indicó que se había confundido de nuevo. Anne era tan fogosa y apasionada como Jovenka. ¡Hasta había heredado su don de la pintura! ¿Cuántos rostros masculinos pintó su abuela con el carbón de las hogueras? Todos los que pasaron por su carruaje. Ninguno se quedó sin retratar. Era su triunfo, su sino, su vida y, por desgracia, regresaba aquel espíritu endemoniado mucho más joven y fuerte que antes. Solo esperaba que el deseo de engendrar no hubiera aparecido en Anne, porque del seno de su abuela nacieron quince hijos bastardos. Unos dejaron de respirar en su vientre, otros fueron abandonados en las puertas de las iglesias de los pueblos en los que se asentaron y otros... otros no corrieron ni una suerte ni la otra y se convirtieron en los sirvientes de su pueblo. Esclavos sin opción a vivir salvo la servidumbre a la que ella los sometía. El único hijo con sangre pura fue su padre, por eso ansiaba que su nieta continuara su legado de pureza casándola con otro zingaro. Pero ella no quería vivir en el poblado ni seguir las normas

de su abuela porque, desde que Randall apareció en sus sueños, lo amó.

Sophia se balanceaba despacio mientras recordaba lo sucedido veinticinco años atrás. Sus ojos, hasta ahora fijos en sus manos, se clavaron en la puerta por donde debía entrar Anne. No solo debía centrarse en contarle la respuesta del vizconde, sino que intentaría sonsacarle algo sobre el sueño que había tenido durante la noche. ¿A quién había conocido? ¿Quién, de todas las personas que había en Londres, tendría sangre zíngara? ¿Dónde lo vio? ¿En qué momento? ¿Hablaron? ¿Se conocieron?

—Morgana —dijo en voz alta—, si mi hija ha encontrado a ese hombre, si por fin has decidido que halle a la persona que la salvará de la maldición, que olvide la idea de marcharse, dale fuerzas para que asuma su destino y que elimine su pasado. Aleja de una vez ese espíritu que la atormenta, libérala de la presión, de la cárcel, de mi abuela...

Cerró los ojos, se agarró las manos y comenzó a cantar a esa madre que había creado su raza, la única que podía escucharla. Pero ese canto se interrumpió al escuchar un golpe en el cristal de la ventana en la que había permanecido. Asustada y preocupada, se levantó de un salto, caminó hacia esa zona del salón y soltó un grito.

—¡Josephine Moore! ¡Estás castigada! —tronó al ver un agujero y cristales en el suelo.

—Le prometo, le juro que... —intentó decir la joven—. ¡Ha sido culpa de Elizabeth! ¡Me ha tirado una piedra!

—¡Elizabeth Moore! ¡Estás...! —pero no terminó la imposición de ese segundo castigo. La tercera de sus hijas se volvió hacia el invernadero sin escucharla.

Anne tenía razón. El comportamiento de la muchacha cambió desde que su segundo pretendiente murió. Creyó que, tras la visión de Madeleine, dejaría de actuar de aquella manera tan espantosa, pero se equivocó. Lo único que produjo la revelación de la pequeña fue una diminuta tregua familiar. No obstante, la incertidumbre había regresado... ¿Cuándo sucedería todo aquello que vaticinó Madeleine? ¿Tardaría mucho en llegar? ¿Morgana esperaba en silencio la destrucción de sus hijas para actuar? Apenada, regresó a la hamaca, mientras escuchaba cómo Shira regañaba a Josephine. Se sentó muy lentamente, como si en vez de tener cuarenta y cinco años tuviera noventa, cerró los ojos y rememoró la tarde en la que Madeleine les confesó aquello que había visto en sueños para averiguar si, en algún momento, ella indicó alguna fecha exacta.

—*¡Pero qué tontería!* —exclamó Mary levantándose del asiento—. *¿De verdad quieres alejarte de nosotras por esa irracionalidad?*

—*Es lo más sensato* —manifestó Anne tras explicar que quería marcharse de Londres y viajar a París—. *Aquí no tendré la vida que merezco como artista y vosotras no hallaréis un buen futuro debido a la maldición.*

—*¡Yo lucharé contra esa maldición hasta el final!* —comentó Josephine, alzando su mano derecha como si portara una espada—. *¡Una Moore no se rinde tan fácilmente!*

—*La maldición solo le afecta a ella, ¿verdad?* —preguntó Elizabeth después de escuchar a Anne. *No sentía lástima ante el deseo de su hermana por abandonar a la familia, sino por ella. Desde que falleció el hijo del conde, nadie las invitaba a ninguna fiesta, ningún hombre las miraba... El tiempo pasaba y ella no encontraba a su aristócrata.*

—*Sí* —contestó Sophia—. *Pero como habéis podido comprobar, todas estáis implicadas porque, hasta el momento, nadie ha aparecido por aquí para pedir un compromiso con alguna de vosotras.*

—*¡Bendita maldición!* —exclamó eufórica Mary—. *¡Ahora sí que creo en ella! Por favor, Anne, continúa prometiéndote con todos los osados que deseen casarse contigo, a ver si se asustan tanto que se aparten de nuestro camino y nos dejen las calles de Londres libres para transitar en paz. Además, puedo prepararte una lista de nombres que deberías aniquilar por engreídos. Si quieres, mañana mismo empezamos por la A.*

—*¡Mary!* —le regañó Sophia—. *Que tú no desees encontrar un esposo no significa que tus hermanas opinen igual.*

—*¿Alguna de vosotras quiere vivir bajo la dominación de un hombre salvo Elizabeth?* —preguntó clavando la mirada en el rostro de la aludida. *Al ver que esta se mantenía callada, se sentó bruscamente y se cruzó de brazos.*

—*¡Yo tampoco quiero casarme!* —intervino de nuevo Josephine.

—*Por supuesto que ahora no quieres hacerlo, cariño, eres muy joven para pensar en eso* —manifestó Sophia con ternura—. *Pero el día de mañana no querrás convertirte en una solterona, ¿verdad?*

—*Una soldado no puede comprometerse a nada salvo al amor hacia su país* —declaró solemne mientras colocaba sus manos en la cinturilla de su pantalón.

—¿Soldado? —preguntó Randall a su esposa un tanto desconcertado.

—Desde que le compraste esa dichosa arma y acierta cada disparo que realiza a los jarrones que ha colocado en el jardín, ha decidido que, cuando tenga la edad suficiente para alistarse en el ejército, se cortará esa preciosa melena rubia, se vendará el pecho y luchará contra cualquier enemigo de Inglaterra —refunfuñó Sophia mirando a su esposo como si quisiera fulminarlo allí mismo.

—Bueno... no es una opción muy descabellada. Dado que no albergo la esperanza de encontrarle un marido que sea más ducho que ella en la esgrima o en la caza, es una alternativa a tener en cuenta. Además, no creo que exista en el mundo un hombre que pueda descansar al lado de nuestra Josephine sin pensar que en cualquier momento puede rebanarle el cuello —expuso el padre con cierta diversión.

—¡Randall Moore! ¿Cómo puedes proclamar una cosa tan horrenda sobre Josephine? ¡Es una muchacha valiente, no una criminal! —le recriminó.

Como siempre, la educación que su esposo daba a la cuarta hija fue motivo de discusión. Ella insistía en aclararle que no era un niño, sino una mujercita que pronto tendría que asistir a fiestas en las que todo el mundo hablaría de su comportamiento masculino. Prosiguió el debate con la actitud inadecuada de Elizabeth. Su marido declaraba a viva voz que prefería una hija que pudiera defenderse ante la osadía de un hombre a los aleteos seductores de Elizabeth. Entonces, justo cuando el tono de charla comenzaba a sobrepasar el límite correcto, una suave y tierna voz los dejó mudos.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Sophia a Madeleine, la melliza de Josephine, al no poder oírla con claridad.

—Anne no tendrá que marcharse porque el hombre que la libraré de la maldición está a punto de llegar —les repitió con timidez. Moviéndose ligeramente su cuerpo, sentado sobre el alféizar de la ventana, hacia su familia y, tras observar la expectación en los rostros, continuó—: Lo he visto en mis sueños. Anne se casará con un hombre de sangre zingara, pero nadie sabe que lo es porque lo mantiene en secreto y solo admitirá serlo cuando la conozca. —Señaló con la barbilla a su hermana mayor.

Randall la miró estupefacto, solo le faltaba saber que una de sus hijas tenía alucinaciones para morir en ese momento, pero cuando su esposa alzó y bajó los hombros, quitándole importancia a las palabras de su hija menor,

*respiró con tranquilidad. Lo más sensato era deducir que la pequeña hacía todo lo posible para que su hermana mayor, a quien le unía un gran afecto, no se alejara de la familia.*

*—¿Qué es lo que has visto? —le preguntó Anne con voz aterciopelada mientras caminaba hacia ella.*

*—He visto al hombre que será tu marido. Él te miraba a los ojos mientras te susurraba que jamás te sucedería nada porque él te libraría de tu maldición —le respondió con calma—. Y será cierto.*

*—¿Qué más has visto? —le preguntó su madre sin moverse del lado de su esposo por si este necesitaba una mano para no desplomarse al suelo.*

*—He visto a Mary enamorada, aunque intentará frenar los sentimientos que ese hombre le provocará desde el momento que se encuentren por primera vez —prosiguió con firmeza.*

*—¿Yo? ¡Bobadas! —resopló añadiendo un gesto de desdén—. Seguro que la noche en la que aparecí habías tomado más zumo de naranja de lo que debiste y ya sabes que un exceso de vitamina C no es bueno para la mente.*

*—No le hagas caso —la reconfortó Sophia después de amenazar con la mirada a Mary—. Ya sabes que a tu hermana no le gusta escuchar que alguien cambiará su vida y mucho menos un hombre.*

*—Pero lo hará —insistió Madeleine mirando a su hermana Mary fijamente.*

*—¿Has visto algo más? ¿Has soñado conmigo? ¿Me casaré con un aristócrata? —preguntó impaciente Elizabeth.*

*—No lo sé... —murmuró la pequeña de las hermanas desviando la mirada hacia quien le hacía las preguntas—. Solo he podido ver que el hombre que esperas aparecerá por el sendero que une nuestro hogar con el de los Bohann. No puedo confirmarte si es un familiar del matrimonio o pariente de alguien que pronto conoceremos, pero estoy segura de que será la persona con la que te casarás —claudicó antes de fijar los ojos verdes en su melliza—. Y Josephine...*

*—¿Seré una soldado? ¿Lucharé con honor? ¿Me convertiré en la mujer más valiente de mi batallón? ¿Me condecorarán? —preguntó la muchacha sin respirar.*

*—No. Te convertirás en la esposa de un hombre más honorable que un soldado, más temible que una espada y más inexorable que el impacto de una bala —declaró.*



—*¡Eso sí que no me lo esperaba!* —exclamó Randall mirando a su esposa divertido—. *¡Ves, querida, al final mis inadecuados regalos le servirán para protegerse de ese estirado esposo!* —alegó antes de soltar una carcajada.

—*¿Y tú?* —le preguntó Anne acariciándole con suavidad el cabello mientras escuchaba las carcajadas de su padre.

—*Yo sabré que es el elegido cuando tienda su mano hacia mí para ayudarme a levantarme de una desafortunada caída* —apuntó fijando sus verdes ojos en esa mano que él tocaría.

—*Entonces, todo aclarado* —expresó Mary—. *Anne no tiene que marcharse y, para su tranquilidad* —se dirigió a Sophia—, *nos verá casadas. Aunque solo espero que mi futuro esposo tenga un cerebro prodigioso y un cuerpo flojo, así no me visitará por las noches y podré seguir leyendo tranquilamente...* —comentó irónica.

—*¡Mary Moore no vuelvas a hablar de esa forma delante de tus hermanas o quemaré todos tus libros!* —la amenazó ella mientras la señalaba con el dedo.

«Anne no tendrá que marcharse porque el hombre que la libraré de la maldición está a punto de llegar», evocó la frase que estaba buscando en ese recuerdo. Bueno, habían pasado dos años desde esa conversación y el tiempo luchaba en contra de la familia. Si Madeleine tenía razón y Anne había tenido su primer sueño con el fuego, eso podía dar un halo de luz a la familia. Tal vez, solo tal vez, ese tiempo de paz estaba a punto de aparecer. Pero... ¿quién mantenía en secreto que su sangre era zíngara? ¿Por qué motivo?

—*¿Madre?* —preguntó Anne al aparecer en el saloncito.

—*Pasa* —le dijo sin levantarse de la hamaca—. *Siéntate a mi lado. Quiero hablarte de lo que sucedió con el capitán de ese barco.*

Al escuchar el tema del que conversarían, Anne sintió que la fuerte presión que había tenido en el pecho desapareció al momento. Por suerte, la baronesa le había dado una pequeña tregua, aunque no estaba muy segura de cuánto duraría.

—*¿Qué le dijo? ¿Aceptó la petición de llevarme?* —quiso saber una vez que se sentó a su lado.

—*No.*

—*¿No? ¿Por qué?* —preguntó arrugando entre sus manos el vestido que había elegido para ese día. Para tranquilidad de su madre, no era naranja,

aunque pudo apreciar ese color en el pasador de su cabello.

—Porque, según él, no sería apropiado navegar con una mujer.

—¿Y si le prometo que no saldré de mi camarote? —propuso esperanzada.

—Según tu padre, hasta le ofreció cortarte el cabello, pero se negó en rotundo.

—¿De verdad hizo todo lo que estuvo a su alcance? —preguntó suspicaz.

—¿Estás poniendo en tela de juicio las palabras de tu padre? —soltó Sophia enfadada.

—No, madre, lo siento —respondió agachando la cabeza.

—Créeme cuando te digo que hizo todo lo que pudo, hasta le ofreció un sobre con...

—¿Un sobre? —repitió Anne mirándola sin pestañear.

—Sí, un sobre que aún no ha devuelto —aclaró.

—Entonces... tal vez... —dijo levantándose del asiento—. ¡Tal vez tenga una posibilidad! —exclamó eufórica.

—Yo no albergaría ninguna esperanza, Anne. Quizás hoy aparezca un sirviente con ese sobre.

—Madre... —dijo arrodillándose ante ella—, lo único que me queda es tener fe en que ese hombre reconsidere la oferta.

—Pero...

—No hay peros, madre. ¿No se ha dado cuenta de la destrucción que sufren mis hermanas por mi culpa? —sollozó.

—Solo he visto que Elizabeth ha cambiado su actitud, pero las demás siguen siendo las mismas de siempre —apuntó mientras acariciaba el cabello de su hija para tranquilizarla.

—Yo necesito salir de aquí... Quiero olvidar mi pasado... —Hipó.

—Lo sé, Anne, lo sé... Sin embargo, algo me dice que debes esperar un poco más.

—¿Ha tenido otra visión? —preguntó levantando el rostro.

—No, es un ligero pálpito. Quizá, si me cuentas qué has soñado y por qué te ha dado tanto miedo ese cuervo... —insistió.

Anne se incorporó despacio, caminó hacia la ventana que tenía un agujero y suspiró. ¿Sería conveniente contarle la verdad? ¿Qué pensaría de ella al desvelarle lo que vio? Durante mucho tiempo la había mirado con odio, con recelo tras confesarle que había perdido su virginidad con Dick. Cometió un error que estaba pagando con creces. Ahora había llegado el momento de

liberar su dolor, su pena y que su madre la observara con respeto.

—Anne... —dijo Sophia levantándose del asiento. Caminó hasta ella, le tendió una mano sobre el hombro y se lo apretó con ternura—. Te prometo que no te juzgaré. Sé que estás pensando en lo que sucedió entre nosotras en el pasado. Lo presiento aquí, en mi corazón. Pero ya no eres una jovencita, sino toda una mujer y te juro por esa sangre que ambas tenemos que no te juzgaré más, sino que te ayudaré en todo lo que pueda.

—¿Está segura? —preguntó sin mirarla.

—Totalmente.

—Ayer conocí a un hombre —dijo después de tomar aire—. Intenté mirar para otro lado, no fijarme en él, pero no pude controlar algo tan básico como mis ojos. Quizá no debí mirarlo tanto... Posiblemente, él no me habría descubierto si... —suspiró triste.

—¿Y?

—Y he soñado con él. Un canto me sacaba de una cama que no era la mía, anduve por un camino desconocido, vi ese cuervo y este me dirigió hacia un prado. Allí había una hoguera... No quemaba... La toqué, me introduje en ella y...

—¿Él salió del fuego? ¿Te mostró en sus ojos imágenes de tu futuro? —perseveró girándola hacia ella.

—No sé si será mi futuro, pero sé que todo aquello me asustó —confesó.

—¡Oh, cariño! —exclamó Sophia abrazándola con fuerza—. ¡Ha llegado! ¡Él ha llegado!

## Capítulo V

—Bueno, aquí me tienes. ¿Qué diablos quieres? —dijo Philip cuando abrió la puerta del despacho de Logan sin esperar a que fuera anunciado.

—Buenas tardes, gracias por venir tan rápido. Esta vez solo han pasado quince horas desde que te pedí que te presentaras en mi residencia —comentó extendiendo la mano hacia su amigo.

—Soy un hombre muy ocupado, lord Bennett —respondió con sarcasmo mientras apretaba esa fuerte mano y lo abrazaba con hermandad—. O si no, que se lo pregunten a la amante que he abandonado por ti.

—¿Una nueva? —preguntó Logan al sentarse.

—No me acuerdo de su nombre, pero sí, es nueva. Esta vida de sedentarismo me aburre demasiado como para permanecer siempre con la misma mujer... —manifestó desabrochándose los botones de la chaqueta color granate.

—El día que encuentres a tu futura esposa, auguro que tendrás que soportar una vida estable y virtuosa...

—¡Antes prefiero comerme una rata viva! —exclamó horrorizado Philip—. ¿Qué sería de mí sin el placer del sexo? ¡Oh, no quiero ni pensarlo! —exclamó divertido. Se acomodó en la silla, movió su espalda de derecha a izquierda para que se encajara en un respaldo tan pequeño y miró a Logan—. ¿Qué tema te preocupa?

—¿Cómo sabes que...? —intentó decir.

—Porque me has hecho llamar con urgencia y porque tu rostro tiene tantas sombras que pareces un espíritu errante. ¿Qué ocurre? ¿Tienes problemas en la idílica vida Riderland? ¿O tu amante te ha echado de su alcoba?

—Finalicé mi relación con ella hará unas semanas —comentó mientras cogía la caja de puros.

—¿Por qué motivo? ¿Ya no era tan cariñosa? ¿Te mostró su verdadera personalidad? —persistió burlón.

—Quería consolidar la relación y no he aceptado. Ella siempre ha sido...

—Una amante —concretó Philip—. Muy pocas reconocen el puesto que

se les otorga. Por eso, nunca duermo con la misma mujer dos veces.

—¿Acaso duermes una? —preguntó entornando los ojos.

—¡Cierto! —exclamó divertido Giesler. Una vez que dejó de sonreír, cogió uno de los puros que Logan le ofreció, lo encendió y expulsó el humo con tranquilidad—. ¿Qué te ocurre? —repitió.

—Hace tres días, después de la fiesta que mi hermano Roger celebró en su residencia...

—Una locura, según he escuchado —intercedió Philip.

—Estabas invitado.

—No pude ir.

—Porque no quisiste.

—Porque tenía otro plan más interesante —explicó Giesler soltando otra bocanada de humo.

—¿Continúo o vas a explicarme qué plan era?

—Mujeres y sí, puedes seguir.

—Cuando regresé de la fiesta apareció por aquí el señor Moore.

—¿El médico? ¿Estás enfermo? ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Qué te diagnosticó? —preguntó Philip abriendo los ojos como platos e incorporándose hacia delante.

—No estoy enfermo, así que puedes estar tranquilo —le aseguró Logan dibujando una gran sonrisa.

—Menos mal... —comentó aliviado. Solo le faltaba caer enfermo y tener a su hermana Valeria todo el día a su lado hablándole del deber, de la lealtad y del futuro que le esperaría siendo el barón.

—El motivo por el que el doctor vino a verme fue para suplicarme que, en nuestro próximo viaje, llevara entre la tripulación a la primogénita de sus hijas.

—¿Por qué te pidió tal locura? —preguntó enarcando sus cejas rubias.

—Porque, según él, cae sobre ella una maldición que afecta a toda la familia —explicó con voz cansada.

—¡Santo cielo! ¡Pensé que había escuchado todas las tonterías existentes en el mundo! —exclamó jocoso Philip—. ¿De verdad que ese hombre es uno de los mejores médicos de Londres? Porque, después de esto, empiezo a dudar de su gran juicio... —añadió mientras cambiaba el puro de mano.

—Pues, aunque no lo creas, ese pobre hombre parecía muy convencido de sus palabras —apuntó Logan al tiempo que cogía el sobre que el doctor Moore le había entregado antes de marcharse. Lo cerró de mala gana y lo

lanzó sobre la mesa—. Me pagó por adelantado —refunfuñó—, y me dio una foto de la joven.

—¿Miraste la foto? ¿No te ha hechizado su imagen? —preguntó divertido.

—¡No digas sandeces! Esto es muy serio... —le advirtió—. El señor Moore quiere deshacerse de la muchacha lo antes posible.

—Pero... ¿qué es lo que ha pasado para que ese pobre desdichado alegue una tontería semejante? ¿Acaso no pensó que si utilizaba la palabra maldición lo rechazarías antes de que terminara la frase? —dijo cogiendo el sobre. Lo miró de manera esquiva y observó que en el interior habría unas quinientas libras. Mucho dinero para un médico. Eso solo le advertía de que estaba muy desesperado.

—Ha deducido tal *insensatez* —recalcó—, porque los dos prometidos de su hija han fallecido.

—*Augen des Teufels!*<sup>1</sup> —tronó Philip atragantándose con una nueva calada del puro y soltando el sobre en la mesa como si ardiera—. ¿Los dos? ¿Muertos? —espetó perplejo—. ¿Y desea que nos acompañe en el próximo viaje? Si hubiera estado en tu lugar, habría llamado a una sacerdotisa para que limpiara el aura de mi residencia... ¿No se ha dado cuenta de que somos muy jóvenes para morir? ¿Qué sucedería si viajáramos con ella? ¿Nos atacaría un pulpo gigante? ¡Oh, pobre Valeria! ¡Qué triste se pondría cuando su hermano muriera entre los tentáculos de un pulpo sin haber aceptado la baronía! —ironizó sin poder dejar de reír.

—¿Quieres tomarte el tema con un poco de seriedad? —tronó Logan—. Estamos hablando de la reputación de una mujer y de la que hemos alimentado nosotros durante este tiempo.

—Lo hago, amigo mío, lo hago —continuó burlón.

—No entiendo cómo pudo estar tan desesperado como para creer que eso cambiaría mi decisión —comentó levantándose del sillón. Colocó las manos en la espalda y comenzó a andar—. Deduzco que no ha meditado, ni un instante, sobre el problema que causaría su hija en el barco. Cuando los hombres llevaran en alta mar algo más de dos semanas... —Logan apretó los labios. No quería ni pensar en lo que sucedería si ocurriera tal fatalidad, ni lo que él podría hacer en un momento así. Era mejor dejar la mente en blanco a imaginar que un hombre la tocara... ¡Lo degollaría en el acto!

—Sí, no me cabe la menor duda de que se matarían entre ellos por obtener el placer de esa mujer —continuó burlón—. Creo que hasta yo me

uniría a esa lucha. Ya sabes que no puedo estar mucho tiempo sin una amante en mi lecho...

—¡Cierra esa boca ahora mismo! —le ordenó—. ¡A ella no la tocará nadie! ¿Entendido?

Philip apartó con la mano el humo de su puro para poder observar mejor a su amigo. Esos ojos azulados habían cambiado a un color tan sombrío que ni una noche de tormenta en mitad del océano podría atemorizarlo tanto. Meditó con tranquilidad las palabras que iba a decirle, pero como no halló algo sensato o serio, se quedó en silencio.

—Voy a devolverle ese maldito pago y a dejarle bien claro que no voy a llevarla en mi barco —expuso Logan después de recobrar una actitud serena.

—Me parece una decisión muy acertada. De esta manera sigues manteniendo la educación y dignidad propia de un caballero de tu linaje y proteges tu espalda de esa maldición, por si el médico al final no se equivoca...

—¡No lo hago por eso! —bramó de nuevo.

—Entonces... ¿por qué lo haces, amigo mío? —le instó—. ¿Hay algo que no me has contado? ¿Ese, quizá, sea el motivo por el que me has hecho salir de mi alcoba sin despedirme de la mujer con quien he descansado esta noche?

—Antes de comentarte el motivo por el que te he hecho venir, me gustaría explicarte qué ha descubierto John sobre esas muertes —comentó Bennett regresando al asiento, se reclinó y miró a su amigo sin parpadear.

—¿John? ¡Genial! ¡Esto se pone cada vez más interesante! —apuntó Philip apagando el cigarro en el cenicero de cristal que tenía Logan sobre su mesa. Alargó la mano y se llenó una copa de brandy. Era muy temprano para beber, pero algo le decía que necesitaba emborracharse de nuevo para afrontar la conversación que mantendrían a continuación—. ¿Por qué diablos le has pedido ayuda a ese indio? ¿Acaso dudas de mis capacidades? Recuerda que, antes de vigilar tu espalda, trabajé con Borshon en Scotland Yard. Él podría haberme informado de lo que sucedió sin tener que pedir favores al perro fiel de tu hermano.

—No te enfades, Giesler, pero sabes que John es el mejor rastreador que he conocido y, además, no has dado señales de vida desde que desembarcamos. El asunto tenía prioridad absoluta —declaró con rapidez. El defecto más grande que podía tener su amigo era el orgullo y, si no quería que su amistad peligrase, debía elegir muy bien sus palabras para que un tema tan personal no repercutiera en la relación.

—Como bien sabes, tengo una hermana muy irritante y, si no me hubiese dejado ver por su hogar nada más poner mis lindos piecitos en Londres, ella misma habría aparecido en mi residencia gritándome como una vendedora de pescado —refunfuñó.

—Cierto. Por ese motivo no quise molestarte. Además, sé que Martin está ansioso por verte cuando regresamos y también soy consciente de que la señora Reform podría mandarme a la horca si ocupo tus días de descanso —aclaró Logan dibujando por fin una enorme sonrisa. Por supuesto que conocía el carácter de la señora Reform y no había duda de que esa sangre española que vagaba por sus venas era más peligrosa que diez hombres diestros en el lanzamiento de cuchillos—. Por ese motivo me decanté por John.

—Y, ¿qué has averiguado? —quiso saber Philip aceptando la derrota.

La explicación fue tan convincente que no podía sentirse herido. Era cierto que su hermano Martin lo esperaba cada vez que desembarcaba. Por muy inverosímil que pareciera, durante los días que residía en Londres, él abandonaba la universidad, donde impartía clases de matemáticas avanzadas, y hablaban durante horas sobre qué había sucedido durante su ausencia. Lógicamente, para Martin descubrir una nueva fórmula con la que hallar un mismo resultado era algo fascinante, tanto que le brillaban los ojos. A él solo le brillaban los ojos de forma semejante cuando una nueva amante se desnudaba en su dormitorio. Pero claro, Martin Giesler no había heredado el don para seducir a las mujeres, sino la habilidad de matarlas de aburrimiento porque... ¿quién deseaba oír esas charlas sobre temas aritméticos cuando podían esconderse en algún rincón y satisfacer una pasión repentina? Y, por otro lado, estaba Valeria... ¿Alguna vez podía olvidar el tema de la baronía y el de buscarle esposa? ¡Jamás! Su hermana tenía grabado esos dos temas en su cabeza y nada más saludarle, con su acostumbrada efusividad, le preguntaba... «¿Has visitado a nuestro abuelo? ¿Has encontrado una mujer?». «No y no», respondía antes de escuchar los gritos ensordecedores de Valeria y de los consuelos cariñosos que su esposo Trevor le ofrecía.

—Su primer pretendiente fue el señor Hendall —empezó a explicarle—. Murió tras caerse de un semental. Según John, este visitó uno de los clubs de Hondherton antes de intentar regresar a su residencia.

—Bueno, lo único que había escuchado sobre Hendall era que su empresa no prosperaba como deseaba y que el principal motivo de esa destrucción era su afición al juego, a la bebida y a disfrutar cada noche de



compañías inapropiadas —indicó Philip tras tocarse su incipiente barba rubia.

—Sí, así es. John habló con el doctor Flatman y con uno de los antiguos empleados de Hendall y ambos concluyeron que había ingerido demasiado *bourbon* como para controlar el caballo que montó —manifestó Logan con tranquilidad.

—Eso se llama imprudencia o estupidez por parte del *estimado* señor Hendall, así que su muerte no tuvo nada que ver con la maldición de la que habla Moore. ¿Puedes decirme quién fue el segundo pretendiente? Estoy ansioso por conocer la versión que *el indio* te dio —comentó con inquina Philip. Apoyó ligeramente la espalda sobre el respaldo del asiento y cruzó las largas piernas por los tobillos.

—Se trataba del hijo de los condes de Hoostun —dijo tras tomar aire—. Y todo Londres conocía que no nació con una mente sensata, por esa razón sus padres lo mantuvieron escondido en la residencia. Aunque el desesperado conde, al ver que su final estaba cerca, como así fue, temería por su afamado título si no tenía descendencia y decidió buscar a una mujer sana que le ayudara con su propósito.

—En resumen, que ese pretendiente estaba algo desquiciado y que el exasperado conde pensó que, al casarlo con la hija de un médico, no solo arreglaría la cabeza de su vástago, sino que podría darle una descendencia normal —resumió Giesler—. Buen razonamiento, sí, señor. ¿Qué lo mató?

—Desafortunadamente, después de hacerse público el compromiso, decidió limpiar el arma y se le disparó —dijo enfadado Logan—. Aunque mucho me temo que la versión correcta fue que no soportó la presión del casamiento.

—Una vez que se pacta un compromiso, solo la muerte puede librarte de él —apuntó Philip antes de soltar una carcajada.

—¡No es gracioso! —vociferó Logan levantándose del asiento y colocando las palmas sobre la mesa—. ¡Ella piensa que es la culpable de esas muertes!

—Discúlpeme, excelencia. No quería mofarme del sufrimiento de esa desventurada muchacha —manifestó Giesler con una mezcla de asombro y sarcasmo—. Ha sido una impertinencia por mi parte alegar tal insensatez. Le ruego me disculpe.

Logan lo miró airado. Pese a esas palabras, su rostro no mostraba ni una pequeña señal de arrepentimiento. Más bien expresaba burla, la misma que

deseaba hacer desaparecer mediante un buen rechazazo. Sin embargo, no lo había hecho llamar para discutir, ni para enfrascarse en una pelea, sino porque necesitaba su ayuda más que nunca.

—Lo siento... —se disculpó tras serenarse—. Este tema me altera demasiado. Pero odio las injusticias y me parece muy cruel que una muchacha cargue sobre sus espaldas la muerte de dos hombres —añadió tomando asiento de nuevo.

—Acepto tus disculpas y espero que tú aceptes las mías —dijo con tranquilidad.

Logan realizó un leve movimiento de cabeza, admitiendo la disculpa, mientras Philip, sin dejar de mirarlo, tomaba otro sorbo de la bebida.

—Quiero que me acompañes a la residencia de los Moore —le pidió—. Por eso te he llamado con tanta urgencia.

En ese momento, el licor que Philip ocultaba en el interior de su boca, brotó como si fuera el agua de una de las fuentes que su hermana tenía en el jardín.

—¿Cómo dices? —preguntó tras limpiarse con la manga los labios—. ¿Me estás sugiriendo que te acompañe a esa casa donde el propio Moore declara que hay una maldición? ¿No te he dicho que no quiero morir todavía? ¿Qué pretendes?

—No hay maldición —masculó—. Ambos hemos deducido que fueron unos desafortunados incidentes. Y lo único que pretendo es devolverle ese dichoso pago. —Señaló con la barbilla el lugar donde se encontraba el sobre.

—¿No puedes enviar a Kilby? Seguro que estará mucho más seguro que nosotros —expuso como alternativa.

—Quiero ir en persona, Philip. Para demostrarle que no existe ninguna maldición en ese hogar.

—Kilby puede hacerles llegar también una nota en la que expliques que eres un hombre ocupado y...

—¡No! ¡No haré eso! ¡Ella pensaría que le tengo miedo!

—¿Ella? ¿Quién? ¿La viuda negra? Seguro que ya lo tiene asumido...

—¿Vas a acompañarme? —soltó Logan enojado.

—Así que el motivo por el que me has hecho llamar ha sido, solo y exclusivamente, para que te siga protegiendo las espaldas... —reflexionó tocándose de nuevo la barba.

—En cierto modo...

—¿Qué me ocultas, Logan Bennett? —preguntó Giesler entornando los

ojos—. Si no crees en esa maldición, ¿por qué necesitas mi presencia?

—Porque no sería apropiado aparecer sin acompañante en un hogar donde hay cinco muchachas casaderas —dijo al fin.

—¡Cinco! —exclamó abriendo los ojos de par en par—. ¿Ese pobre hombre ha de casar a cinco mujeres? ¡He ahí la maldición, amigo! ¿Cómo se pueden tener tantas hijas?

—Tu hermana tiene cuatro —apuntó.

—Sí, y dos varones más. Pero ella no tendrá problemas para encontrarles un esposo. El problema lo tendrá Reform porque ningún hombre que intente casarse con ellas le parecerá apropiado. Sin embargo, estamos hablando del señor Moore y la maldición. Aunque ya me has explicado que todas las muertes ocurrieron de manera racional, empiezo a dudar de ello... ¿Qué pasará si nos adentramos en ese castillo mortal? ¿Moriremos cuando salgamos al exterior? ¿Nos atropellará un carruaje? ¿Nos caerá un rayo, pese a no ver ni una sola nube sobre el cielo? O peor todavía... —siguió hablando mientras se levantaba de la silla y se dirigía hacia la puerta, como si en el interior del despacho de su amigo no albergara el oxígeno suficiente para poder respirar—. ¿No has pensado que alguien podría vernos entrar en esa casa y extender el rumor de que pretendemos cortejar a una de esas cinco mujeres?

—¿Vas a exponer mil excusas para no ir? ¿Me obligarás a pedirle ayuda a John? ¿Quieres que le informe que has rehusado protegerme porque te dan miedo cinco jovencitas? —le chinchó. Philip Giesler tenía tanto orgullo que no consentiría ser reemplazado en otra misión por el indio.

—¡Maldigo al indio, a tu sentido del honor y a la miserable maldición! —exclamó abriendo la puerta con brusquedad.

—¿Eso es un sí?

—¿A qué diablos estás esperando? —gruñó, agarrando el pomo como si quisiera arrancarlo—. No tengo todo el día.

—Gracias —le dijo Logan tras coger el sobre y caminar hacia su amigo.

—No me agradezcas nada hasta que regrese *vivo* a mi hogar —apuntó antes de resoplar como un dragón—. Espero no encontrarme con una bruja en esa casa o me tendrás que recoger del suelo.

—John me ha dicho que son unas muchachas adorables... Cinco adorables mujercitas que no son capaces de hacer daño ni a una diminuta flor —alegó sonriendo como un niño travieso.

—Sí, adorables y malditas —agregó Philip antes de cerrar la puerta del despacho con un gran golpe.

## *Capítulo VI*

Anne se levantó de la cama con el pelo mojado. Tres noches... El sueño no la dejaba en paz y se repetía cada vez que se dormía. Había hecho todo lo posible por hacerlo desaparecer. ¡Hasta leyó uno de los libros de Mary! Pero ni llenando su cabeza con datos clínicos y enfermedades mortales lo alejó de su mente. Al contrario, cada vez era más real y lo sentía con tal intensidad que se despertaba bañada en sudor por la pasión que vivía en él. Ya no contemplaba en los ojos del hombre aquello que sucedería, según su madre, en el futuro. Desde la segunda noche, ambos terminaban desnudos sobre el suelo de ese pequeño prado y se entregaban a un deseo sin precedentes.

Angustiada, se frotó la cara, se levantó y se dirigió hacia el baño. No podía perder mucho tiempo, su madre aparecería en cualquier momento para preguntarle si el cuervo la había visitado de nuevo. Como no deseaba mentirle, le respondería que sí y ella se marcharía con una sonrisa de oreja a oreja. Sin embargo, la felicidad de su madre a ella le causaba un terrible pesar, porque no había sido capaz de explicarle que el hombre de su sueño era un familiar del marqués de Riderland. ¿Cómo iba a tener sangre zíngara un aristócrata? Fuera primo, sobrino o lo que fuese que lo emparentara con el marqués, no albergaría en sus venas sangre roja, sino azul. ¿Seguiría admitiendo que la maldición estaba a punto de terminar si descubría quién era él? Posiblemente no. La ilusión que mostraba su madre durante el día se transformaría en agonía y Elizabeth volvería a salir de su hogar buscando el pretendiente ideal. Las únicas que parecían imposibles a esa esperanza eran sus otras hermanas, que prosiguieron con sus rutinarias vidas después de la feliz reunión familiar.

Abrió el grifo del agua, se quitó el camisón y dejó que su cuerpo se relajara en un cálido baño de espuma. Ya no le daba placer algo que antes le parecía maravilloso. No se contentaba con nada y resultaba agobiante no hallar algo de paz donde antes la encontraba. Se enjabonó el cabello y se lo aclaró sin confirmar que estaba reluciente. Salió de la bañera, se puso la bata de seda negra y, cuando salió del baño, encontró a Sophia inclinada sobre Mary.

—Sigue dormida como un tronco —comentó enfadada—. Le he tapado la nariz a ver si se despertaba, pero se ha puesto a respirar por la boca.

—Ayer leyó otro libro hasta... —intentó decir.

—¡Me da igual! —la interrumpió—. ¡No voy a permitir que pase sus años viviendo de esta manera! —exclamó airada—. Desde hoy, Shira apartará las cortinas de esa ventana —señaló con el dedo hacia el lugar donde se encontraba la cristalera—, para que entre algo de luz en la habitación. A ver si, de este modo, entiende que no puede dormir hasta la hora del almuerzo —añadió mientras caminaba hacia ella—. Pero no he venido hasta aquí para enfadarme... —suavizó el tono—, quería saber si hoy también has soñado con él.

—Sí, madre. Esta noche también ha aparecido el cuervo —respondió clavando sus ojos en el suelo, para no mostrar la vergüenza que le causaba hablar sobre algo tan íntimo con su madre.

—¡Maravilloso! —exclamó dándole un beso en la mejilla—. Eso significa que aparecerá pronto y que nuestros pesares están a punto de finalizar —prosiguió con voz satisfecha.

—Si usted lo dice... —murmuró.

—¿No confías en mis palabras? ¿Acaso dudas de mí? —Al no levantar el rostro su hija, ella puso un dedo bajo su barbilla y se lo alzó—. Anne, ¿recuerdas de dónde vengo? ¿Eres consciente de la sangre que poseo?

—Sí —respondió mirándola a los ojos. Nunca, en sus casi veinticinco años de vida, había visto tanto brillo en aquella mirada verde.

—Cielo, esta noche, antes de acostarme recé a Morgana y le pedí que me llevara hasta tu sueño.

—¿Cómo dice? —Se separó de ella abriendo los ojos de par en par.

—Pero ella no me regaló ese momento —le aclaró sonriendo de oreja a oreja—. La creadora jamás interrumpe la intimidad de una pareja.

Y Anne pudo respirar tranquila.

—¿Qué le mostró?

—Morgana me ofreció una imagen preciosa de la familia, la misma que comentó Madeleine aquella tarde. Por primera vez en veinticinco años, no había oscuridad sobre nosotros, sino luz.

—¿Está segura? ¿De verdad piensa que el hombre que veo al dormir nos librá de todo esto?

—¿Por qué desconfías? ¿Me estás ocultando algo importante? —preguntó entornando los ojos.

—No, madre.

—Entonces, ¿qué te preocupa? ¿Piensas que estoy tan desesperada que soy capaz de provocarme esas visiones?

—¡No! ¡Jamás haría tal cosa! —dijo rápidamente.

—Por favor... —comentó Mary con voz somnolienta—. Mi cerebro necesita descanso...

—¡Tu cerebro necesita un par de azotes! —tronó Sophia volviéndose hacia la segunda hija—. ¡Levántate de una vez! ¿No recuerdas que esta mañana tenemos que salir?

—¿Me vas a comprar más libros? —preguntó sin apartarse las sábanas de la cara.

—¡Por supuesto que no! —clamó la madre a esa cama en la que solo podía ver una colcha de color rosa pastel y los tubos metalizados que Mary tenía enredados en su negro cabello.

—Entonces... ¡dejadme dormir!

—Mary Moore, ¡quiero que apartes esas sábanas ahora mismo! —ordenó Sophia como si fuera un alto rango del ejército.

—Madre, reconsidere su decisión —le pidió Anne cuando la vio dirigirse hacia ella—. Creo que sería más apropiado que no nos acompañara. ¿Acaso ha olvidado lo que sucedió la última vez que la obligó a unirse a nosotras?

Sophia miró a su primogénita, luego a la segunda y frunció el ceño. ¡Claro que se acordaba! ¡No solo ella, sino cualquier habitante de Londres! ¿Cómo olvidar que golpeó con sus puños el carruaje del hijo de un lord porque, tras una acalorada conversación sobre un descubrimiento médico, le dijo que ella debía centrarse en mantener la boca cerrada? Ni las cuatro tazas que tomó de tilo al regresar calmaron el bochorno que sufrieron ella y el resto de sus hijas.

—Está bien —claudicó—. Hasta que tu situación se aclare, es mejor que se mantenga alejada de nosotras.

—Gracias. Ha hecho lo correcto.

—Si tú lo dices... —murmuró—. Te espero en la sala de costura. Necesito revisar ciertas cosas antes de salir.

—¿Mis hermanas estarán allí? —quiso saber mientras se dirigía hacia el guardarropa.

—No, Elizabeth está en el invernadero, me ha dicho que necesitaba plantar unas semillas que le trajo ayer noche vuestro padre. Madeleine ayuda a

la cocinera con un nuevo postre y Josephine ha comentado algo sobre que pretendía limpiar el cañón de un instrumento —explicó sin apartar los ojos de Mary.

—No tardaré en bajar —le aseguró Anne apretando los labios para no reírse al escuchar la palabra instrumento. ¿Su madre no se había dado cuenta que el instrumento era otra arma? Pese a la reprimenda que le ofrecieron después de que agujereara el cristal del salón de descanso, seguía empeñada en colocar en sus manos lo que le habían prohibido.

—Antes de que bajes necesito que hagas dos cosas.

—¿Qué desea? —preguntó volviéndose hacia ella.

—Quiero que hoy escojas el vestido esmeralda —le informó.

—¿No será demasiado elegante? Recuerde que lo compramos para una ocasión especial —intentó disuadirla.

—Si ese hombre está a punto de llegar, quiero que se fije en tu belleza y no en los escotes que luce Elizabeth.

—Pero...

—¡No hay discusión posible respecto a ese tema! ¿Entendido? —aseveró.

—Sí, madre, el vestido esmeralda. ¿Qué es lo segundo que desea pedirme? —preguntó Anne con resignación.

—Antes de que te marches, recuérdale a tu querida hermana que, aunque no estemos en casa, ha de bajar arreglada. Como se le ocurra salir de esta habitación en camisón... ¡estará castigada para siempre! —apuntó Sophia antes de abandonar el dormitorio.

—Ni se te ocurra repetirlo —comentó Mary dándose la vuelta en el colchón—. La he escuchado yo y cualquiera que se encuentre a cinco millas de distancia.

—Pero tiene razón, Mary. No es apropiado que salgas en camisón. Si tanto te cuesta vestirme antes de tomar el desayuno, pídele a Shira que te lo suba.

—Me parece buena idea... Saldré de la habitación en camisón y le gritaré desde lo alto de la escalera que lo traiga.

—Mary...

—Hazme un favor, Anne. Vístete en otro dormitorio. Me duele la cabeza tras escuchar tanta tontería.

—¿Piensas que madre se olvidará de ti? ¿Crees de verdad que podrás evitarla el resto de tu vida?

—Por ahora solo quiero evitarla hoy... Mañana, mañana ya me preocuparé de seguir luchando contra ella.

Anne la miró sin pestañear, asombrada por la actitud desafiante de Mary. No entendía cómo era capaz de seguir durmiendo después de escuchar las órdenes de su madre. ¡Hasta el más fiero soldado se pondría a temblar! Sin embargo, parecía no importarle nada salvo sus libros. Tras suspirar hondo, y rezando para que algún día ella cambiara su comportamiento, se volvió hacia el guardarropa, cogió el vestido que le indicó su madre, un pañuelo de color naranja y caminó de puntillas hacia la puerta.

—Si te encuentras con Shira dile que estoy enferma, así no correrá las cortinas —le pidió arremolinándose de nuevo en la cama.

Sin responder a esa petición, Anne salió de la habitación, cerró la puerta y, justo cuando caminaba hacia la alcoba de las mellizas, se topó con Shira.

—¡Señorita! —exclamó horrorizada al ver que llevaba en sus manos las prendas elegidas para salir—. ¿Por qué no me ha esperado?

—Buenos días, Shira. Mary está enferma y no quiero molestarla.

—¿Enferma? ¿Qué tiene esta vez? —espetó poniéndose las manos en la cintura.

—Fiebre, creo...

—Pues la señora me ha ordenado correr las cortinas y ya sabe usted que jamás desobedeceré a su madre.

—¿Puedes esperar, por favor, a que nosotras estemos fuera de la casa? No quiero escuchar más gritos por hoy —le pidió.

—Su madre ha indicado que lo haga después de ayudarla a vestirse, así que...

—Lo comprendo —afirmó entregándole la ropa a Shira.

Una vez que llegaron al dormitorio de las pequeñas, la doncella puso mucho empeño en dejarla tal como le había indicado su madre. Le apretó tanto el corsé que sus pechos parecían tan grandes como los melones que compraba en el mercado. ¿Qué pretendía? ¿Qué luchara contra la belleza de Elizabeth? Pues era una batalla perdida. Allí donde la tercera de las Moore tenía una estatura ideal para ser mujer, ella le sobrepasaba una cabeza. Sus ojos eran marrones y su cabello tan oscuro como la noche. Elizabeth había heredado una mirada azulada y un cabello tan dorado como el oro. Además, cuando ella andaba apenas movía la tela de la falda; en cambio, Eli parecía una bailarina de ballet. ¿Comparación? ¿Superación? No podía compararse a ella ni tampoco superarla. Lo único en que la aventajaba era en esa pasión salvaje



con la que había nacido. Elizabeth se comportaba de forma descarada, pero a la hora de la verdad atesoraba su virginidad por encima de todo.

—Tal como predijo su madre, este vestido le queda perfecto —reafirmó Shira cuando terminó de arreglarla.

—Sigo sin estar conforme, pero es cierto que es tan bonito que no se fijarán en mi estatura, sino en el brillo de la seda —comentó mirándose en el espejo.

—Se subestima, señorita, usted es una mujer muy apuesta, lo único que debe hacer es confiar en sí misma.

—Gracias, Shira —le dijo dándole un grandísimo beso en la mejilla.

—Baje lo antes posible, su madre la espera y yo tengo que dejar pasar la luz en su habitación. Espero que su hermana no decida lanzarme el último libro que tenga bajo el colchón.

—Si lo hace, cierra la puerta, ¡porque es enorme! —exclamó entre carcajadas.

Después de relajarse, caminó de puntillas por el pasillo, para que Mary no la escuchara pasar antes de que Shira abriese la puerta, se colocó en lo alto de la escalera y miró hacia abajo. De repente, extendió la mano hacia la baranda y se agarró. ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué al mirar hacia la puerta su corazón comenzó a latir tan deprisa? ¿Por qué sus rodillas querían tocar el suelo? Sofocada y asustada por ese repentino cambio, bajó despacio las escaleras sin soltarse de la baranda. Sin embargo, cuanto más se acercaba a la entrada, la debilidad aumentaba y sus latidos retumbaban en sus oídos como las balas de las armas de Josephine.

—Morgana... —se dirigió por primera vez a la madre de la que hablaba Sophia—, ¿qué me ocurre? ¿Qué quieres decirme?

Tras bajar el último peldaño, enredó el pañuelo naranja en sus manos y respiró entrecortado. La quemaba. Esa prenda que arriba estaba fría por la temperatura ambiente, abajo, frente a la puerta, ardía. Se la desenredó de las manos, la cogió con la punta de los dedos y la aireó. Las cuatro borlas que tenía cosidas en las cuatro esquinas se movieron al agitarlo y, de repente, un halo de luz atravesó ese pañuelo. Asustada más que nunca, lo agarró con fuerza y, sin aminorar el paso, se dirigió hacia el salón de descanso. Cuanto antes se presentase a su madre, antes desaparecería aquello que le estuviera sucediendo.

—¡Estás estupenda! —exclamó Sophia al verla—. Pero no quiero que te pongas eso —añadió señalando el pañuelo naranja que agarraba con fuerza su

hija en la mano derecha—. ¿No ves que no es apropiado?

—A mí me gusta... —susurró. Como había imaginado, una vez que entró en el salón, su cuerpo recobró la normalidad y el pañuelo dejó de quemar.

—¡Es horrendo! —insistió su madre—. No me gusta el color, ni la tela ni esas borlas. ¿Dónde lo has comprado? Últimamente haces cosas que no me consultas...

—Me lo compré el mismo día que Elizabeth adquirió ese sombrero de flores —explicó caminando hacia ella.

—¿En el establecimiento de la señora Jancks? ¿No te mostró otros menos... naranja?

—¡Oh, sí! Pero ninguno me gustó tanto como este... —respondió mientras se lo colocaba sobre los hombros.

—¡Ni se te ocurra salir con eso puesto, Anne Moore! ¡O lo dejas sobre esa silla o...!

No pudo terminar la frase de advertencia pues alguien llamó a la puerta. Sophia miró hacia la entrada del salón, luego a su hija y respondió.

—Adelante.

—Señora, perdone que la interrumpa —comentó Shira exhibiendo en el rostro dos mofletes tintados de color de rojo—, pero tiene una visita.

—¿Una visita? —se asombró Sophia enarcando las cejas—. ¿Para nosotras?

—No, señora. Dos caballeros han venido buscando al señor. Sin embargo, cuando les he informado de que no se encuentra en el hogar y que no llegará hasta bien entrada la tarde, uno de ellos ha insistido...

—¿En qué? —exigió saber Sophia.

—En hablar con usted —declaró sofocada.

—¿Conmigo? —inquirió perpleja la señora Moore.

¿Por qué desearía hablar con ella? ¿Qué podría ser tan urgente para no esperar la llegada de su esposo? ¿Quiénes serían esos caballeros? Sophia respiró hondo alejando las preguntas y la inquietud que estas le producían. Debía adoptar el comportamiento de la esposa de Randall, del médico más admirado de Londres, y recibir esa inesperada visita cómo dictaba el protocolo. Caminó despacio hacia la mitad del salón, se palmeó el vestido de seda beis, alzó el mentón y le dijo a su ama de llaves:

—Hazles pasar. Voy a recibirlos —apuntó con determinación.

—¿Está segura? —preguntó Shira abriendo los ojos como platos—. Puedo ponerle cualquier excusa razonable. Una señora con sus hijas, sin la

compañía de su esposo...

—Lo estoy —aseguró Sophia lanzándole una furtiva mirada a la mayor de sus hijas para que se colocara a su lado y adoptara la compostura adecuada para recibir a los visitantes.

—¿Quiénes serán? —preguntó Anne mirando hacia la puerta—. ¿Por qué insisten en hablar con usted y no regresan cuando se encuentre padre?

—En cuanto aparezcan por esa puerta, lo averiguaremos —declaró Sophia solemne.



Shira, después de confirmar que madre e hija se habían situado en el lugar idóneo y habían adoptado la compostura perfecta, se alejó de la entrada, regresó al *hall* e informó al insistente hombre que la señora Moore les atendería en aquellos momentos.

—¿Me acompañas? —le preguntó Logan a Philip, quien había dado un solo paso hacia delante y no tenía la intención de avanzar ni uno más.

—Es tu problema no el mío. Además, en nuestro convenio no hay referencia a protegerte de una dama maldita —aseveró Giesler.

—¿Me vas a dejar solo? ¿No deseas averiguar cómo es la madre de esas cinco hijas? —dijo enarcando las cejas.

—No quiero saber nada de nada. Lo único que pretendo es salvar mi pellejo mientras tú le devuelves ese dichoso sobre. Además, si me encontrara en peligro, esta zona de la casa es la ideal para huir sin mirar atrás —declaró Philip tras estudiar con precisión el interior de la vivienda Moore.

Mientras se dirigían hacia la residencia, había pensado en cómo sería el hogar y sus alrededores. Para su tranquilidad, no halló nada extraño. La residencia era bastante espaciosa e iluminada. Esa tenebrosidad que había visto en su mente no fue real. La luz del día entraba por las cristaleras de la primera planta y llegaba hasta los jarrones repletos de flores colocados a ambos lados de esa escalera que se comunicaba con la segunda planta. La edificación de ese segundo piso le resultó muy similar al suyo. Un amplio rellano, una escalera de unos cuarenta peldaños de mármol claro, una baranda de madera oscura y, detrás de ese amplio descansillo había dos galerías; una conducía hacia el ala derecha y la otra, a la izquierda. También había

advertido que fuera, en el grandioso jardín, se había construido un pequeño invernadero de cristal. Todo aquello le indicaba que la familia Moore, pese a esa maldición que supuestamente caía sobre ellos, eran una familia bastante acaudalada, de lo contrario, no poseería un hogar tan similar al de un aristócrata.

—Está bien. Si algo te asusta, grita y acudiré en tu ayuda —claudicó Logan divertido antes de emprender el camino que le señalaba la sirvienta.

Giesler lo observó hasta que se quedó frente a la puerta y contuvo el aliento cuando lo vio alisarse la chaqueta, adoptar una postura rígida y confirmar que el sobre aún perduraba en el bolsillo derecho. En aquel momento, no lo envidiaba. Lo único que sentía por su amigo era piedad. El pobre insensato se dirigía hacia la habitación donde se hallaba la madre de las muchachas malditas. Solo esperaba que saliera de allí de una pieza y... vivo.

Logan respiró hondo, alargó la mano hacia la manivela, la abrió y, cuando dio un paso hacia delante, se quedó petrificado. Había pensado en ello. Se le había pasado por la cabeza un millar de veces mientras se dirigían hacia la residencia Moore, pero una cosa era la actitud que había adoptado él durante esa imagen mental, en la que había controlado a la perfección su extraño deseo por ella, y otra bien distinta era encontrársela de manera real. Si en la fiesta, con aquel vestido naranja, ya le había parecido la mujer más hermosa de Londres, verla allí, en mitad de la sala, esperando su aparición con aquel vestido esmeralda lo dejó tan impactado que tuvo que hacer llamar a su razón para poder dar otro paso hacia delante.

—Buenos días, señora Moore —saludó mirando a la esposa del doctor, haciendo un gran esfuerzo para dejar de observar a la muchacha, quien, al verlo, se había quedado pálida—. Soy el vizconde de Devon y tenía el propósito de hablar...

Logan no terminó la frase porque en ese momento corrió hacia Anne. La joven, tras él dar ese segundo paso, empezó a tambalearse.

—¡Anne! —exclamó Sophia al ver cómo su hija extendía una mano hacia ella para evitar una caída—. ¡Anne! ¿Qué te ocurre? —gritó desesperada.

Y, justo cuando Anne se encontraba en mitad de ese desplome hacia atrás, cuando su cuerpo iba a impactar sobre el suelo, Logan llegó a tiempo para cogerla y alzarla en sus brazos.

—¡Por el amor de Cristo! —vociferó Sophia, imitando las palabras que utilizaba su esposo cuando algo lo dejaba perplejo.

No sabía qué la impactaba más, si el desmayo inesperado de Anne o cómo la sostenía aquel hombre. Sus grandes y poderosas manos se pegaron al vestido de Anne de una forma tan posesiva, tan ruda, que las yemas de esos dedos atravesarían la prenda de su hija y terminaría por crearle marcas en la piel.

—Señora... —comenzó a decir Logan colocando la cabeza de la joven sobre su torso, sintiendo cómo el aliento de su respiración acariciaba su pecho y cómo su corazón respondía a esas respiraciones—. ¿Dónde puedo...?

—¡Ahí! —Le señaló el diván donde su esposo solía adormilarse mientras ella cosía.

Con paso firme, Bennett caminó hacia el lugar donde la señora Moore le indicaba y, con muchísima suavidad, posó a Anne sobre el sillón.

—¡Shira! —gritó Sophia mientras corría hacia la puerta—. ¡Shira! —repitió desesperada.

—¿Señora? —preguntó esta, apareciendo justo cuando Sophia iba a salir del salón.

—¡Trae las sales! —le ordenó—. Anne ha sufrido un desmayo.  
En ese momento, se escuchó un grito procedente de la entrada.

## Capítulo VII

Sabía maldecir en muchos idiomas, todos los que había aprendido desde que empezó a leer.

Cuando notó que su rostro se calentaba por la luz que entraba a través de la ventana, Mary cubrió sus ojos con el antebrazo derecho y gritó horrorizada. ¿Por qué habían corrido las cortinas? ¿Anne no le explicó a Shira que no debía hacerlo porque estaba enferma? ¿No la había creído? ¿Su madre seguía imponiéndose a sus deseos? ¿Nadie de la casa entendía que ella debía descansar después de pasar una noche llenando su cerebro de exhaustiva sabiduría?

—*Für alle Übel der Welt!*<sup>2</sup> —vociferó tras apartarse la sábana del cuerpo como si en vez de estar compuesta de algodón estuviera repleta de cardos espinosos—. El día que tenga mi propio hogar, ordenaré que dejen el dormitorio a oscuras hasta que me despierte —declaró malhumorada mientras posaba los pies en el suelo—. ¡Y pobre del que se atreva a desobedecer mi orden!

Se levantó y, como solía hacer, caminó hasta la puerta descalza, en camión y con esos rulos que Shira le obligaba a ponerse antes de retirarse a dormir. Cuando su mano tocó el pomo, sonrió de oreja a oreja, miró hacia la ventana, para confirmar que el desafío que realizaría era una respuesta a la batalla que su madre empezó al descorrer las cortinas, y abrió la puerta. Con actitud segura y valiente, porque había imaginado que todas se habían marchado de compras, caminó por el pasillo sin preocupaciones y bostezando. Un café. Necesitaba un café antes de poder soportar la laboriosa tarea de lavarse, vestirse y peinarse.

Con los ojos cerrándose y abriéndose, pues su somnolencia no desaparecería hasta que le diera el primer trago a ese café, meditó sobre lo diferentes que eran las cinco hermanas al despertar. Anne saltaba de la cama, se metía en la bañera y disfrutaba de un largo baño de espuma. Elizabeth no salía de la habitación sin estar aseada, vestida y, por supuesto, perfectamente peinada. Si el tirabuzón del lado izquierdo no quedaba con las dimensiones y

el bucle exacto para que la punta del cabello tocara ligeramente la piel de su tremendo escote, regresaba a su alcoba y no salía de allí hasta que lo conseguía. Josephine tenía que hacer sus ejercicios matutinos. Por supuesto, esos ejercicios no eran habituales en una mujer. La cuarta hija lanzaba cuchillos a un cuadro que escondía bajo el colchón, en el mismo lugar que guardaba esa media docena de puñales con los que practicaba. Si comprobaba que su puntería no había mermado desde la noche anterior, se aseaba, se ponía esas ropas que su madre odiaba, bajaba, desayunaba y salía al jardín con la nueva arma en las manos. Madeleine... la pequeña era de otro mundo. Cada vez que se levantaba, mostraba una enorme sonrisa en su rostro. Todo la hacía feliz, nada la enfadaba y se sentía muy cómoda... en casa. Su cara angelical desaparecía cuando tenía que salir de la residencia. Y por otro lado estaba ella, que necesitaba una buena taza de café para meterse en la bañera porque, mientras sus hermanas disfrutaban de un cálido baño, ella se mantenía en alerta por si en algún momento la caldera de gas emitía ruidos extraños, como le sucedió a lord Fhautun antes de salir disparado con bañera incluida.

En resumen... cinco hijas, cinco personalidades.

Antes de girar hacia la izquierda para alcanzar el rellano del segundo piso, se rascó el trasero por encima del camisón y un enorme bostezo le hizo cerrar los ojos y abrir tanto la boca que parecía la mandíbula de una ballena. Con los ojos aún cerrados, alargó la mano que había tocado su nalga hacia el pasamanos y empezó a bajar las escaleras hasta que escuchó algo parecido a un gruñido. Sorprendida, juntó los labios, abrió los ojos y... gritó con todas sus fuerzas.

—¿Qué hace ahí parado? ¿Quién le ha dejado entrar? —preguntó, cuando terminó de gritar, al hombre que se encontraba en la entrada, mirándola con cara de espanto y que alargaba sus manos hacia la puerta, como si necesitara confirmar que aún seguía cerca de la salida.

—*Eine Hexe!*<sup>3</sup> —exclamó Philip sin poder apartar sus ojos de aquella terrorífica imagen. ¿Qué era aquello que veía? ¿Un fantasma? ¿Un diablo? ¿Qué criatura de la naturaleza sería? Fuera lo que fuera, debía salir de allí lo antes posible porque, por lo que tenía sobre su cabeza, dedujo que era un familiar de la diosa Medusa y que podría convertirlo en piedra en cualquier instante.

—¿Me has llamado bruja?! —tronó enfadada Mary al escuchar cómo se había referido a ella en alemán—. ¿A mí?! —En ese ataque de ira se llevó las manos al pelo, se deshizo con rapidez los rulos metálicos que tocaba y se los

fue lanzando con toda la fuerza que su rabia le otorgaba—. ¡No soy una bruja, pedazo de asno! —continuó vociferando irritada, arrojándole los cilindros como si fueran dardos.

—¿Qué diantres me tiras, bruja? —preguntó Philip, moviéndose de derecha a izquierda, para que aquello que lanzaba no lo tocara—. ¿Quieres convertirme en piedra?

—¿En piedra?! —Ahora sí que no podía enfadarse más. ¿La estaba comparando con Medusa, la diosa que, a través de sus ojos, transformaba en roca a las personas? Dándose unos fuertes tirones en el cabello, logró arrancar más de cinco rulos metálicos a la vez y los disparó a tropel contra el ingrato—. ¡Vas a saber qué significa convertirse en piedra, titán deslenguado!

*Arsch! Dumm!*<sup>4</sup>

—¡Mary Moore! —exclamó Sophia al ver lo que hacía la segunda de sus hijas—. ¡Basta!

—¡No! ¡No voy a parar jamás porque ese asno me ha llamado bruja! ¡A mí! ¡En mi propia casa! —bramó con tanta ira que las venas de su cuello se asemejaron a las cuerdas que utilizaban en la Edad Media para ahorcar a los ladrones.

En ese instante, acudió al rescate Josephine, quien agarraba con fuerza la última escopeta que su padre le había regalado. Se colocó entre su hermana y el extraño, levantó el cañón y apuntó hacia el gran pecho.

—Salga de esta casa si quiere continuar vivo porque, aunque sea una mujer, puedo apretar el gatillo y hacer que una bala atravesara su corazón —le advirtió.

—¡Josephine Moore, baja esa arma ahora mismo! —gritó Sophia sofocada, asombrada y a punto de convertirse en la bruja que había nombrado Mary.

Y, como no hay dos sin tres, de la cocina salió corriendo Madeleine al escuchar tantas voces. Pero cuando vio a un hombre de un tamaño tan grande en la puerta, a su hermana Josephine apuntándolo con el arma, a Mary en la escalera en camión tirándose de los rulos y a su madre intentando poner paz a la situación, frenó la carrera, se dio la vuelta y abrió la puerta del salón de descanso, el lugar idóneo para ocultarse. Sin embargo, en el salón también había gente. Madeleine abrió los ojos de par en par, se llevó la mano derecha hacia la boca y gritó al ver que un hombre, que besaba a Anne hasta que lo interrumpió, giró la cabeza hacia ella y la miró sin parpadear.

—¡Ya... está! ¡Vino...! ¡Maldición! ¡Él...! —regresó a la cocina gritando



entre hipos.

Sophia permanecía a cinco pasos del salón y a siete de donde se encontraba aquel caballero rubio. Miró hacia su izquierda y resopló al observar a Madeleine corriendo y chillando palabras sin sentido. Luego dirigió sus ojos hacia Josephine. Ella aún no había acatado su orden y continuaba encañonando el pecho de aquel hercúleo caballero que tenía el rostro más blanco que el de la asustada pequeña. ¿Por qué Morgana le ofrecía una situación tan disparatada? ¿Debía pasar aquel calvario para encontrar la paz? No era normal lo que había sucedido en menos de dos minutos: Anne se había desmayado al entrar aquel caballero que no pudo ni presentarse, Madeleine había visto algo en aquel salón que la había desquiciado, Josephine seguía con el arma en sus manos, apuntando el pecho del hombre que no era capaz de apartar los ojos de Mary. Si alguna vez pensó que los espectáculos que su segunda hija ofrecía en las reuniones médicas eran bastante humillantes para ella, se equivocó. ¡Aquello superaba todo lo que había visto en su vida!

—¡Josephine Moore, he dicho que bajas esa pistola! —repitió con más energía y desesperación.

—Madre, le prometo que lo haré en cuanto este hombre aparte la mirada de Mary. Como siga observándola de esa forma, descubrirá que bajo el camisón está desnuda —alegó como excusa Josephine.

En ese momento, Mary gritó de nuevo. Josephine continuó apuntado a Philip y este, pese a escuchar la advertencia de quien sostenía el arma, no apartó la mirada de la mujer a quien habían llamado Mary, intentando descubrir qué figura femenina tendría la Medusa endiablada.

—¡Vete ahora mismo a tu habitación, Mary Moore! Espero que esto te enseñe a no salir de ella sin adecentarte —tronó Sophia—. ¡Eugene! —llamó a la cocinera.

Pero Mary no subió, se quedó allí, petrificada por el bochorno, contemplando con rabia cómo el atrevido buscaba el ángulo perfecto para averiguar qué escondía bajo el largo camisón.

—¿Sí, señora? —le dijo rápidamente la empleada que, ante la algarabía que se había formado en un abrir y cerrar de ojos en el apacible hogar, abandonó sus quehaceres para acudir a la entrada.

—Prepara a Madeleine un té relajante y que no salga de la cocina hasta que todo esto esté bajo control —ordenó sin apartar los ojos de Josephine.

—Sí, señora —respondió antes de girarse y buscar a la hija más pequeña.

—¡Shira! —llamó al ama de llaves.

—Estoy aquí, señora —contestó a la espalda de Sophia.

—Dirígete al salón y que Anne inspire las sales a ver si se despierta de una vez. No salgas de allí hasta que yo aclare todo este enredo porque el caballero que deseó hablar conmigo continúa a solas con ella —expuso seria.

—Ahora mismo —respondió Shira dando rápidos pasos hacia el salón.

—Si no bajas el arma, Josephine, te prometo que no vas a tener una mientras respires. Te juro por mi sangre que se acabarán las clases de esgrima y esas escapadas al campo con tu padre —amenazó a su cuarta hija.

—Madre... —dijo, bajando la pistola—. Ese hombre...

—¡Señor! —le corrigió Sophia—. Es un señor que ha llegado a nuestro hogar para buscar a vuestro padre y... ¿cómo le habéis tratado? —gritó mirando a Mary y luego a Josephine—. ¿Qué imagen han ofrecido mis hijas? ¿Así expresáis la educación que con tanto esmero os hemos inculcado? —persistió en voz alta.

Josephine, al descubrir el alcance de ese enfado maternal y asustada por las repercusiones que iba a tener, decidió disculparse antes de que su madre recogiera todas sus espadas, cuchillos, fusiles y los regalara al primer herrero que pasara por los alrededores de su hogar. Dio dos pasos hacia Philip, bajó el arma y le tendió la mano.

—Discúlpeme por haberle apuntado y por desear dispararle. Pero como comprenderá, no ha sido correcto que usted mirase a mi hermana de esa forma —aclaró orgullosa—. Solo he hecho lo que cualquier hombre haría en mi lugar.

—Disculpas aceptadas, señorita Moore, y créame que la comprendo perfectamente —aceptó un saludo tan masculino—. Seguro que habría reaccionado como usted si un extraño accediera a mi hogar y mirara con descaro el cuerpo semidesnudo de mi hermana —añadió sin poder apartar aún los ojos de Mary Moore y dedicarle una leve y seductora sonrisa.

Una vez que él la perdonó, Josephine se giró, miró a su madre, cabeceó, se colocó el arma sobre el hombro derecho y regresó al lugar de donde había salido con paso militar.

—Mary... —le advirtió su madre al ver que aún permanecía en lo alto de la escalera y que guardaba en la mano unos cuantos cilindros metálicos más.

—¡Jamás me disculparé con un grosero semejante! —gritó volviéndose sobre sí misma para subir las escaleras.

Pero justo cuando alcanzó el rellano, cuando solo debía tomar el pasillo

izquierdo para dirigirse hacia su habitación, miró de reojo al hombre y su cuerpo ardió de ira. ¿Le estaba mirando el trasero? ¿Aquel grosero, maleducado y deslenguado asno tenía sus ojos clavados en sus posaderas? Tomó aire, le dirigió una mirada asesina y, tras lanzarle otro de esos rulos metálicos que apretaba en su mano derecha, corrió hacia su dormitorio.

Una vez que la calma reinó en el lugar, Sophia tomó aire, dibujó una amplia sonrisa, caminó hacia el caballero que había aguantado estoicamente aquella desastrosa situación, le extendió la mano y le dijo:

—Buenos días, señor...

—Giesler —contestó Philip, ocultando en su palma izquierda el último rulo que la bruja morena de ojos azules le había lanzado tras descubrir que no apartó la mirada de sus posaderas.

Aceptó la mano y le dio un casto beso en los nudillos.

—Buenos días, señor Giesler. Siento este alboroto, espero que pueda olvidarlo con facilidad. Mis hijas son unas muchachas muy tranquilas y sensatas —le recalcó.

—Por supuesto, señora Moore. He sido testigo de esa sensatez de la que habla y he de darle a usted y a su esposo la enhorabuena por la crianza tan erudita que les están enseñando.

—¿Sarcasmo, señor Giesler? —espetó Sophia enarcando la ceja.

—Completamente, señora —dijo con una sonrisa que le cruzaba el rostro.

—¿Desea acompañarme al salón? Salvo por el desmayo de mi primogénita, seguro que le resultará un lugar menos peligroso.

—Gracias por la invitación, pero, si no le importa, seguiré en el recibidor, cerca de la salida, por si sus queridas hijas desean mostrarme de nuevo esas actitudes tan exquisitas y delicadas que les han inculcado —alegó intentando no mirar hacia arriba, por donde se había marchado la bruja de los rulos metálicos.

—Como desee —dijo Sophia entornando los ojos al averiguar hacia dónde se dirigían los del señor Giesler. «He visto a Mary enamorada, aunque intentará frenar los sentimientos que ese hombre le provocará desde el momento que se encuentren por primera vez», recordó. Se giró sobre sus zapatos, miró hacia arriba para confirmar que Mary ya no estaba, enderezó la espalda, adoptando la actitud más digna que podía tener en ese momento y regresó al salón. Todavía le quedaba zanjar el tema más importante, quién era aquel hombre y qué deseaba.



Una vez que la recostó sobre el diván que señaló la señora Moore, Logan se obligó a mantener sus manos alejadas de la joven. ¿Por qué actuaba de esa manera? ¿Por qué todo su ser le incitaba a que no se apartara de la muchacha y que la custodiara como si nada en el mundo importara salvo ella? Aturdido por ese repentino deseo de protección, por encima incluso de su propia vida, echó un paso hacia atrás.

—¡Trae las sales! —escuchó que ordenaba la esposa del médico una vez que se alejó de ellos—. Anne ha sufrido un desmayo.

Pero en ese preciso instante se escuchó en la casa un grito. Logan se giró hacia la puerta y dio un paso hacia delante. Ese bramido de terror solo podía ser de Philip. Eso mismo fue lo que le dijo antes de dejarlo en la entrada, que si le sucedía algo espantoso gritaría y saldría del hogar Moore sin mirar atrás. Sin embargo, el deseo de averiguar qué le ocurría a su amigo desapareció cuando observó que la propia señora Moore corría hacia el *hall* y lo dejaba solo con la joven a quien llamó Anne. ¿Le dijo el médico el nombre de su hija? En aquellos momentos no recordaba bien si lo había hecho, lo único que podía concretar era el estado de ansiedad que el padre mantuvo durante su breve visita.

Sin pensar en si era conveniente quedarse a solas con ella, se volvió y la miró durante bastante tiempo. ¿Cómo podía sentirse tan atraído por una mujer que no conocía? ¿Por qué su sangre alcanzaba una temperatura tan inaudita? ¿Qué tenía ella de especial? Sin dejar de pensar en cómo reaccionaba su cuerpo al estar tan cerca de la joven, retrocedió ese paso que había dado y se colocó tan cerca de ella que sus rodillas tocaban el vestido. Desde donde se encontraba podía ver su voluminoso torso subir y bajar al compás de la pausada respiración. Parecía tan relajada, tan lejana del lugar en el que se hallaba, que notó cómo esa paz que ella sentía se apoderaba también de él. Aquel rostro, pese a estar pálido debido al vahído, mostraba una belleza inigualable. Sus labios, ligeramente entreabiertos, le invitaban a besarlos con ternura y sigilo. Logan se negó a hacer lo que su mente le gritaba con desesperación, tan solo un villano se aprovecharía de una ocasión así.

El prefería besar a mujeres despiertas y ver en sus ojos el brillo que

ofrecía la pasión de sus labios. Sin embargo, ella era tan especial, tan diferente a todas las que había conocido... No tenía la belleza de su última amante, Rose, ni la fortaleza de Bárbara, con la que convivió durante su viaje por África. La señorita Moore era singular, diferente, especial. Logan la miró de arriba abajo, centrándose en ese pañuelo de color naranja que aún agarraba en la mano izquierda. ¿No se daba cuenta de que aquella tonalidad era impropia de una mujer de su posición? Solo le faltaba llevar unas alhajas en las manos y orejas para expresarle a todo el mundo quién era en realidad. «Mi esposa es zíngara —recordó la conversación con el médico—, pero lo hemos mantenido en secreto por el bien de nuestras hijas». Pues la mayor del matrimonio no solo arrastraba esa maldición de la que habló, sino que su interior gritaba que su sangre era diferente a la del resto de londinenses.

«Ella no esconde lo que es —se dijo mientras se arrodillaba—. Tú, por el contrario, huyes de la realidad, de tu naturaleza, de tu verdadero origen». Sintió cómo esa sangre a la que él consideraba contaminada se apoderaba de su cuerpo cuanto más tiempo pasaba con ella.

Se sentía extraño, no solo por lo que le estaba sucediendo al estar junto a Anne, sino por los sentimientos que brotaban de su interior. Intentó razonar, cómo solía hacer esa parte Bennett que afloraba en él cada vez que se hallaba frente a un problema. Sin embargo, la parte que odiaba, la zíngara, arremetía con fuerza en su interior, en su cabeza y lo llenaba de absurdas ideas. ¿Cómo iba a borrar de su vida lo que ocurrió tras su nacimiento? No podía olvidar la humillación a la que fue sometido, el desorden que padeció hasta que aquella piadosa mujer lo llevó hasta su hermano y, tras suplicarle piedad por un hijo bastardo que debía vivir con dignidad, consiguió que Roger aceptara tomarlo bajo su protección; su origen o cómo todos le gritaban que era el hijo del diablo, ni que la persona que finalmente le dio su apellido había sido un villano.

Le miró de nuevo los labios y esa preciosa visión aumentó sus ganas de besarla. Anne tenía una boca tan tentadora, tan atrayente, que deseaba averiguar a qué sabían aquellos labios rojos. Se inclinó hacia ella, respiró con fuerza, como si necesitara inspirar el perfume de la joven para sobrevivir, acercó su boca a la de ella, cerró los ojos, la besó y, en ese instante, algo aún más extraño le sucedió.

De pronto, todo a su alrededor se volvió oscuro, como si alguien hubiera apagado la luz del sol. El silencio del salón se interrumpió por un suave canto. Amusgó los ojos, esperanzado de poder visualizar algo en esa negrura. Una luz

anaranjada y rosácea apareció frente a él. Asombrado, estupefacto e intranquilo extendió las manos hacia delante, buscando el cuerpo de Anne, pero ella no estaba allí, se había esfumado como una niebla matutina al comenzar el mediodía. ¿Qué era aquello? ¿Dónde se encontraba? Logan sintió cómo el vello de su cuerpo se erizaba, cómo la temperatura corporal empezaba a ascender tanto que le sobraba toda la ropa que tenía. De repente, una extraña asfixia se adueñó de su garganta. Abrumado, se llevó las manos hacia la corbata y tiró de ella para deshacerse el nudo. Cuando logró que sus pulmones obtuvieran algo de oxígeno, se levantó despacio, sin poder apartar la mirada de esa luz que había delante. Sus manos recobraron vida propia y se extendieron de nuevo, como si buscaran un punto donde agarrarse. Inexplicablemente, pese a la oscuridad, pese a no distinguir nada a su alrededor salvo esa luz, sus yemas chocaron contra algo suave, delicado.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó—. ¿Dónde estoy?

Nadie respondió. Lo único que siguió escuchando fue el canto que le indicaba que atravesara el fuego, que caminara sobre él porque las llamas lo llevarían hasta la verdad. Respiró hondo, clavó los ojos en esa luz inquieta y, justo cuando pretendía seguir hacia delante, Anne llamó a su madre y todo desapareció...

Logan parpadeó varias veces, intentando habituar sus ojos a ese cambio tan brusco de luz. Había regresado a la casa de los Moore, se encontraba al lado de la joven y ella lo había hecho regresar, con un siempre susurro, del extraño lugar. Muy despacio, se arrodilló de nuevo junto a ella, extendió la mano derecha sobre su rostro y se lo acarició despacio.

—¿Quién eres Anne Moore? ¿Qué ha ocurrido al besarte? —le preguntó con un leve murmullo.

Mientras sus dedos acariciaban con mimo aquel rostro, percibía un ligero cambio de color rojo allá donde tocaba. Era como si él pudiera reavivar la piel que rozaba. El don de la vida, el don de la eternidad... Sin apartar los dedos de la suave mejilla, Logan se inclinó hacia ella para respirar el aire que expulsaba por su boca. Esos labios, que antes habían susurrado una palabra que lo había sacado de aquella alucinación, volvían a pedirle un beso. Sin separarse de Anne, tomando cada bocanada de su aire, intentó asimilar lo que le estaba sucediendo. Había besado a más de cien mujeres, había tenido besos apasionados, suaves, insufribles, pésimos, dañinos e incluso locos, pero ninguno como el que había compartido con Anne. Solo un roce, un leve y casto roce, lo había transportado a un mundo oscuro y lejano. ¿Esa sería su

maldición? ¿Al tocar sus labios ya estaba predestinado a morir? ¿Esa oscuridad que él había visto fue lo último que vieron sus pretendientes? Entonces, al terminar de hacerse esa pregunta, negó despacio con la cabeza. No, por lo menos uno de ellos no había visto eso: el hijo del conde. Según John, ni se habían conocido para que pudieran besarse, solo el señor Hendall habría tenido tal privilegio. Y, de repente, un sentimiento de posesión se adueñó otra vez de él. Quiso coger a Anne en brazos de nuevo y salir de aquella casa con ella enredada bajo su cuerpo.

—¡Maldita sea! —exclamó sentándose sobre sus propios talones. Se acarició el pelo, agobiado por esos pensamientos, por la ansiedad de besarla, de llevársela lejos de allí, de apartarla del mundo y de quedarse con ella... para siempre—. ¿Qué me has hecho, zíngara? —preguntó en silencio—. ¿Me has hechizado? —murmuró mientras los dedos de su mano bajaban lentamente por el mentón, por el cuello y recorrieron despacio el generoso escote—. Porque si es así, me tienes arrodillado, postrado ante ti.

Como seguía sin responderle, sin despertarse, Logan apartó los dedos de ese busto femenino y bajó despacio para cogerle una mano. Extendió los dedos, largos y delgados, propios de una mujer tan esbelta como ella y prestó atención a una pequeña mancha que había entre ellos. Pintura. Ella se había manchado de pintura blanca. Detalle que no le extrañó porque John también le habló de su fama como retratista. Aproximó sus labios hacia esa zona y, con un suave movimiento, hizo que aquella palma laxa lo acariciara. Ese contacto, ese leve roce de una mano tan delicada en su barba, causó una alteración inaudita en él: su hombría brotó sin control, su cuerpo se ensanchó tanto que las ropas le quedaron demasiado ajustadas y se quedó sin aliento. Sorprendido aún más por esas reacciones, bajó la mano de ella despacio, colocándola en el lugar que había estado y, cuando se encontraba inclinado, cuando debía apartarse para no tentar dos veces a la suerte, la besó. Aunque en esta ocasión no se contentó con un suave roce. Sus labios atraparon el inferior de Anne, capturando el sabor de su boca, su suavidad. Cerró los ojos para disfrutar durante más tiempo ese placer tan sencillo y exquisito y fue entonces cuando la puerta se abrió de golpe.

Logan intentó apartarse para que la persona que acababa de aparecer no dedujera lo que allí había ocurrido, pero lo único que pudo hacer fue girar lentamente su rostro hacia la joven de cabello rojo y ojos azules que, al intentar explicarle que solo quería confirmar que respiraba, se giró y comenzó a gritar desesperada. Enfadado por no ser capaz de controlarse, caminó hacia

la puerta. Necesitaba salir de allí e intentar explicar lo que había pasado. Sin embargo, en ese instante la señora Moore ordenaba a una sirvienta que se dirigiera hacia donde él se encontraba. Se volvió hacia el centro del salón, manteniendo una distancia considerable con Anne, mientras esa doncella accedía al interior.

—Milord, con su permiso... —dijo enseñándole el bote de sales.

—Por supuesto —contestó él sin apartar la mirada de la muchacha.

Con rapidez, la empleada se arrodilló junto a ella, metió su brazo izquierdo bajo la cabeza de Anne y le hizo inspirar esas sales para despertarla.

—Shira... —murmuró la joven al abrir los ojos—. ¡Oh, Shira! —exclamó al descubrir que, salvo ella, no había nadie más a su alrededor. Por fin la pesadilla había terminado. El hombre ya no estaba...

No obstante, cuando Logan se acercó para preguntarle si se encontraba bien, esta lo miró y volvió a desmayarse.

—Creo que lo mejor es dejarlas a solas porque, como puedo advertir, mi presencia no causa mejoría en la señorita Moore —comentó Logan un tanto aturdido.

¿Por qué se desmayaba al verlo? ¿Por qué no podía permanecer despierta? ¿Qué le sucedía? ¿Habría oído alguna conversación sobre él? ¿Le habrían dicho que era un libertino, que andaba con mujeres de fama discutible? ¿O, tal vez, pensaba que tenía pensado proponerle matrimonio y ella, después de los fallecimientos de sus anteriores pretendientes, no quería asumir una muerte más? «Maldición», esa fue la palabra que su padre utilizó para corroborar su deseo por alejarla de Londres. Pero después de lo ocurrido, él necesitaba averiguar muchas cosas sobre ella.

—Gracias, milord —dijo la sirvienta, sacándolo de sus pensamientos.

Con solemnidad, con el caminar propio de un Bennett, Logan se dirigió hacia la salida con la firme idea de esclarecer lo sucedido. Sin embargo, cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, la señora Moore hizo acto de presencia. Su rostro aún exhibía confusión y persistía en sus mejillas un leve tono de color rojo, provocado, quizá, por lo acontecido fuera del salón.

—Milord —comentó nada más verlo.

—Sigue inconsciente —expuso Logan.

Sophia se acercó a su hija, le acarició las mejillas y le apretó con fuerza una mano, la misma que Logan había besado momentos antes.

—Será mejor que nos retiremos —le pidió mirándolo con



preocupación—. Puedo atenderlo en el despacho de mi esposo, si aún desea hablar conmigo.

—Sí, por supuesto. He venido a zanjar un tema y no me marcharé sin hacerlo —respondió con firmeza Logan.

—Entonces, si es tan amable, sígame —dijo Sophia caminando delante del vizconde.

## *Capítulo VIII*

En silencio, Logan abandonó la habitación detrás de la esposa del médico y la siguió hasta la sala contigua. Antes de girarse hacia la izquierda, lugar al que se dirigía la anfitriona, miró a Philip. Este no fue capaz ni de advertir su presencia porque no apartaba los ojos del piso de arriba. Lo observaba como si, en cualquier momento, apareciera la mismísima reina. ¿Qué había sucedido y por qué no podía apartar los ojos de aquel punto de la casa? ¡Hasta parecía más alto de lo que ya era al mantener su cuerpo tan rígido! Como no se tranquilizase, las costuras de su traje color vino estallarían. Logan se inquietó aún más al observar el rostro de su amigo. Poseía una desesperación semejante a la que expresaba tras navegar durante tres meses en alta mar sin una amante que calentara su lecho. ¿A quién había conocido para dejarlo tan desconcertado? ¿Estaría asustado o tal vez ansioso? Fuera lo que fuese, una vez que los dos se alejaran de la residencia hablarían sobre ello porque, si él estaba confundido después de besar a Anne, Philip revelaba en su duro rostro un caos aún mayor.

Con caminar sereno, avanzó por el despacho del señor Moore. Una gran estantería repleta de tomos se situaba detrás de una mesa de caoba oscura. Sobre esta encontró un centenar de papeles, dándole a entender que el buen médico pasaba varias horas en aquel lugar y que el desorden era uno de sus grandes defectos, además de pensar que Anne estaba maldita.

—Le pido mil disculpas por el comportamiento que han mostrado mis hijas, milord —comenzó a decir Sophia mientras rodeaba la mesa—. Mi esposo no suele recibir visitas en nuestro hogar. Todos los que desean hablar con él lo hacen en la clínica que han habilitado en Baker Street —le aclaró—. ¿Desea tomar un café, té quizá?

—No, gracias —respondió Logan mientras esperaba de pie a que la anfitriona le ofreciera un asiento—. Le ruego que me perdone por ser el causante de tal situación, pero el motivo de mi visita es de suma importancia y no tiene nada que ver con el empleo de su esposo.

—Le escucho, milord —apuntó Sophia, señalándole una de las dos sillas que Randall tenía frente a su mesa.

—En primer lugar —empezó a decir Logan sacando algo del bolsillo izquierdo—, me gustaría ofrecerle mi tarjeta de visita. Fui incapaz de dársela a su empleada porque se puso nerviosa y salió corriendo, ni tampoco pude presentarme adecuadamente cuando accedí al salón.

—Mi marido siempre me advierte que mis hijas necesitan desayunar antes de mantener una charla con ellas —explicó al tiempo que aceptaba la tarjeta y observaba cómo el vizconde se desabrochaba los botones de la chaqueta del traje verde oscuro antes de sentarse—. Pero hoy me he saltado esa norma y, como ha podido observar, ha tenido las consecuencias que mi adorado esposo me indicó —añadió a modo de excusa por el desvaído de Anne. No era conveniente explicarle que su presencia la había perturbado de manera sobrehumana y que ella estaba deseando zanjar aquella conversación para averiguar el verdadero motivo por el que su hija se desplomó al verlo.

Después de hablar, Sophia leyó el nombre que había escrito en la tarjeta de visita y se olvidó de respirar. ¿Aquel hombre era el hermano del marqués de Riderland y de la mejor amiga de Elizabeth? ¿No le había dicho su esposo que la persona a la que le pidió el favor era el vizconde de Devon? ¿No se había dado cuenta de que era un familiar directo del marqués y de Natalie Lawford? «Eres tan inteligente para tus cosas y tan dejado para otras...», pensó. Sophia respiró hondo, haciendo que su torso se sintiera presionado por el corsé, le devolvió la tarjeta de visita y adoptó la compostura que debía ofrecer la mujer de Randall Moore, un excelente médico, pero un despistado sin remedio.

—Sé quién es usted, milord —expuso sin rodeos—. Mi esposo me habló de la visita que le hizo hace algunas noches y también me informó de que se negó a aceptar su propuesta.

—Ese ha sido el motivo de presentarme en su hogar a estas horas tan inadecuadas —indicó al tiempo que sacaba el sobre del bolsillo derecho—. No voy a aceptar su oferta —añadió depositándolo sobre la mesa.

—¿No le parece cantidad suficiente? —insistió Sophia mirando el interior del sobre, buscando la foto de Anne. ¿No le había dicho Randall que le había dado un retrato para que supiera de quién se trataba? Entonces... ¿dónde estaba? ¿Se le habría perdido?

—No se trata de eso, señora. La cuantía es muy adecuada, sin embargo, rechazo esa proposición por motivos morales —respondió con seriedad.

Logan se quedó perplejo al ver cómo la esposa del médico observaba el sobre. ¿Dudaba de él? ¿Desconfiaba de su honorabilidad pese a personificarse

en su hogar? Porque allí no faltaba nada salvo la foto que, después de recogerla del suelo, la llevaba guardada en su bolsillo izquierdo de los chalecos que vestía.

—¿Motivos morales? —repitió ella dejando el sobre en la mesa—. ¿A qué se refiere, milord?

—Su esposo vino a mi residencia pidiéndome que llevara entre mi tripulación a su primogénita. Cuando me negué a hacerlo, él comentó algo sobre una maldición —expuso Logan algo más sereno al advertir que la señora Moore no se había dado cuenta de que faltaba la foto de su hija—. Según entendí, dan ustedes por sentado que Anne está maldita y que ella es la causante de las muertes de sus dos prometidos. ¿Estoy en lo cierto?

—¿No cree en maldiciones, milord? —preguntó directa Sophia aguantando la satisfacción que le produjo escuchar cómo el vizconde se refería a su hija por el nombre de pila.

—No quiero decir que no existan, pero en el caso de su hija no la hay —afirmó con entereza.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —quiso saber Sophia entrelazando las manos y manteniendo su espalda completamente rígida.

—Porque después de la visita de su esposo, le pedí a uno de mis hombres más leales que hablara con el doctor Flatman sobre las verdaderas causas de las dos muertes. El primero, aunque era un jinete experto, bebió más de dos botellas de *bourbon* antes de subir a un semental; fue su estado de embriaguez lo que no le permitió controlar al fiero animal que galopaba.

—Continúe —le animó Sophia sorprendida y confusa al escuchar que se había tomado la molestia de investigar sobre los pretendientes de Anne.

¿Cómo debía sentirse? Lo más sensato era enfadada, pero no lo estaba. Se hallaba muy relajada, demasiado para estar frente a un aristócrata tan afamado por la cuna en la que había nacido. Sin embargo, la forma de mirarla, la manera de hablarle e incluso la expresión de su rostro no eran comunes a un hombre de su clase social. El vizconde tenía algo que a ella le resultaba muy familiar, pero... ¿qué era?

—El segundo pretendiente de su hija no era un hombre cabal. El conde lo retuvo en su hogar desde que nació porque, según he descubierto, sufría episodios de delirios y depresiones.

—¿Delirios y depresiones? Interesante... —murmuró Sophia, moviendo con rapidez el pie izquierdo bajo la mesa. Signo inequívoco de que aquel hombre le transmitía tranquilidad. Hasta el momento, cada vez que debía

hablar con un aristócrata se mantenía rígida como una tabla y controlaba cada movimiento, sin embargo, con él todo parecía diferente. ¿No había dicho Elizabeth en alguna ocasión que los Bennett eran una familia peculiar? Pues tal vez tenía razón...

—Así que mucho me temo que no soportó la presión a la que el conde lo sometió —aseguró con firmeza.

—Entonces, según su juicio, no hay maldición, ¿estoy en lo cierto? —dijo entornando los ojos.

—En efecto, no la hay. Y me parece injusto que le hagan creer a su hija ese tipo de necedad —comentó a regañadientes.

—Deduzco que usted ha indagado sobre esos terribles sucesos porque deseaba confirmar que la maldición no era real y que su exposición sería irrefutable. —Logan afirmó con un suave asentir—. Siendo así, ¿por qué se niega a llevarla en su navío? ¿A qué se ha referido cuando ha comentado motivos morales, milord?

—No es adecuado que una mujer viaje en un barco repleto de hombres —expuso Logan.

—Conozco a muchas mujeres que han viajado en barco hasta Europa y no les ha sucedido nada porque el capitán ha velado personalmente por su seguridad. ¿Usted no es de esos, milord? ¿Se negaría a protegerla? —insistió mordaz.

—La trataría con el respeto y la protección que podría ofrecerle a mi propia hermana, señora Moore —expuso con solemnidad al sentir cómo su varonía se ponía en tela de juicio.

—Y si fuera su hermana, como bien ha dicho, y no pudiera llevarla usted mismo, ¿a quién le confiaría dicha seguridad? —preguntó con calma.

—¿Insiste en alejarla de Londres? —tronó levantándose del asiento y colocando las palmas sobre esos papeles desordenados.

—Ella quiere marcharse, milord —contestó mirándole sin parpadear.

Todo Londres conocía la naturaleza de los Bennett: apasionados, valientes, orgullosos, tozudos, trabajadores, inteligentes, respetuosos, sinceros, fiables y... libertinos. Pero lo que nunca pensó Sophia fue que podía añadir a esa inacabable lista de características el de irrespetuoso. ¿Por qué perdía el control con tanta facilidad? ¿Por qué le molestaba tanto que Anne se marchara a París?

—¿Por qué quiere hacerlo? ¿No es capaz de encontrar un lugar en esta maldita ciudad? —preguntó fuera de sí.

—Mi hija, vizconde —empezó a decir con voz terriblemente suave mientras se levantaba del asiento—, ha nacido con un don, el de la pintura. Gracias a él pudo recuperarse de la depresión que sobrellevó tras la muerte de su segundo pretendiente, pero no la salvará de la siguiente —añadió hasta colocarse a su lado izquierdo y lo miró con tanta dureza que podría fulminarlo—. Y le pido encarecidamente que no me levante la voz en mi propia casa. No soy una mujer corriente, milord. Recuerde que mi familia me enseñó a no basarme en los absurdos protocolos sociales en los que nació. Si no se calma, se marchará de mi hogar y no regresará hasta que pueda atenderlo mi esposo, ¿entendido? —le dijo con el mismo tono que minutos antes utilizó para regañar a sus hijas.

—Le pido mil disculpas —comentó Logan agachando la cabeza—. He sido un imprudente. —¿Cómo había perdido la compostura con tanta rapidez? ¿Por qué motivo había tratado a la señora Moore de esa manera? «Rabia», pensó. Sí, la rabia lo había cegado de tal forma que no era capaz de razonar. Solo imaginar que Anne se alejaría de Londres en otro barco, que pudiera estar al lado de otro hombre o que se sintiera en peligro en algún momento y él no estuviera allí para salvarla, lo encolerizó—. Como bien sabe, provengo de una familia que necesita estar unida para poder disfrutar de una vida plena y me cuesta mucho asumir que otras personas no mantengan el mismo apego —declaró con calma.

—Disculpas aceptadas, milord, y nuestra familia es muy parecida a la suya. He de explicarle que mi marido actuó con desesperación y agonía por petición de Anne. Nosotros no queremos que se marche, al contrario, deseamos que siga aquí, pero, como le he dicho anteriormente, si ella sufriera otra depresión, nada ni nadie podría salvarla.

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso está enferma? —preguntó Logan tras respirar hondo y sentarse de nuevo.

—Por ahora no, pero no tardará en estarlo —aseguró Sophia mediante un suspiro. Caminó hacia donde se encontraba el vizconde y se sentó a su lado—. Si ha investigado sobre esas muertes imagino que también ha descubierto a qué se dedica mi hija, ¿verdad?

—Sí —contestó sin dudar.

—Y, ¿qué opina al respecto?

—No entiendo su pregunta —respondió volviéndose hacia ella.

—¿Qué le han dicho sobre su trabajo? —aclaró Sophia.

—Que tiene un gran talento pero que, hasta ahora, solo ha sido empleada

por mujeres, pese a que no ha habido ni una sola queja sobre ella —confesó.

—Sí, en efecto —concretó moviéndose en el asiento hasta que se quedó mirando hacia las estanterías situadas frente a ellos—. Toda esa fama cambiaría si alguien descubriera quién soy yo en realidad.

—¿Se refiere a su origen zíngaro?

—Exacto. Por el momento, mis hijas han sido respetadas porque su padre se casó con una burguesa, pero... ¿qué ocurriría si todo saliera a la luz? Tenga en cuenta, milord, que la vida para nosotros no es tan fácil como lo es para usted. Su sociedad —apuntó audaz— las rechazaría y ninguna de ellas obtendría un porvenir adecuado.

—Me parece un tema bastante ridículo. Si posee un don debería ser elogiada por ello sin reparar en su procedencia u origen —comentó Logan levantándose del asiento. Colocó sus manos en la espalda, justo por la cintura, y comenzó a deambular por el despacho—. Pero tiene razón al alegar que ese tema no beneficiaría a sus hijas. Erróneamente, aún se sigue reparando en la cuna en la que se nace.

—Así es —afirmó Sophia.

—Sin embargo, sigo sin entender qué tiene que ver la maldición que me narró su esposo con todo este tema —dijo girándose hacia ella.

—Es muy fácil de comprender, milord —habló mirándolo a los ojos, confirmando no solo que aquel joven había heredado el color azul de su padre, sino que también halló cierta inquietud en su rostro. ¿Le preocupaba el tema? ¿Por qué motivo?—. Si mi hija Anne se marcha, no solo logrará convertirse en la mujer que desea ser, sino que los caballeros de esta ciudad olvidarán la desdicha que padecemos con sus prometidos y cortejarán a mis otras hijas. Con el tiempo, todas encontrarán un esposo que las protejan y nadie se preguntará si de verdad la primogénita mató a sus pretendientes.

—¡Pero ella no los mató! —exclamó un tanto airado—. ¡La muerte les llegó por sus malos actos!

—Cualquier persona razonable lo entendería de ese modo, pero no todo el mundo esconde una mente erudita dentro de una hermosa cabeza —alegó Sophia.

—¿No ha intentado su esposo aclarar los motivos por los que fallecieron? —preguntó tras frenar su caminar de golpe y girarse de nuevo hacia la señora Moore—. Nadie dudaría de la aclaración de un médico con su fama.

—En efecto, usted mismo lo ha dicho; nadie dudaría de la aclaración de

un doctor, pero sí de la de un padre —aclaró.

—Entiendo... —dijo Logan caminando de manera pensativa otra vez.

—Por mucho que pase el tiempo, el estigma social que Anne posee no podrá eliminarlo salvo que se marche de aquí.

—¿No hay otra forma de hacerlo desaparecer? —perseveró Bennett.

—No. Como bien ha dicho, hasta el momento, mi hija solo ha retratado a mujeres porque los hombres se niegan a permanecer junto a ella. No sé si la vio en la fiesta de su hermana, milord. Si fue así, usted mismo se convirtió en testigo de ese esquivo comportamiento.

—Quizá con los años todo se olvide y ella pueda obtener la reputación que se merece —sugirió Logan.

—Tal vez, pero... ¿qué sucedería si durante ese tiempo se descubre mi origen? Tengo cuatro hijas más y dos de ellas ya están en edad de buscar un marido. Si en la ciudad hubiera un caballero que se interesara por alguna, estoy segura de que indagaría el motivo por el que aún no han encontrado un marido que las cuide. ¿Qué futuro tendrán si se desvela que su madre es hija de zingaros y que los pretendientes de la primogénita murieron? Pensarán que fueron hechizados, maldecidos por mis antepasados.

—No creo que sean motivos suficientes para que un hombre elimine sus sentimientos hacia alguna de sus hijas... —dijo con tranquilidad—. Cuando un hombre se enamora, lucha contra el mundo para conseguir la mujer que ama.

—Preciosas palabras para un hombre que aún no ha anunciado un compromiso —señaló Sophia astuta—. Pero créame cuando le digo que mis hijas tienen una huella oculta en su espalda y que ninguna tendría un futuro digno si se descubre que su madre es una miserable gitana.

—Nadie debe juzgar la sangre de los demás —masculló Logan.

—No deberían, pero lo hacen. Usted no puede ni imaginar lo que sufrirán porque ha nacido con sangre azul. Los de *su clase* —puntualizó con sarcasmo— no son capaces de ver más allá del linaje de las personas y, pese a que mi esposo posee una fortuna incluso mayor que la de algunos aristócratas, jamás lo tratarán con la dignidad que se merece —finalizó sin mermar su enojo.

Logan frunció el ceño y se rindió al debate porque la señora Moore tenía razón. Si se descubría quién era en realidad, la sociedad los apartaría como si tuvieran la peste. Él mismo era partícipe de ese rechazo hacia los demás y sobre sí mismo. ¿Cuántas veces negó ser la persona que en realidad era? Tal vez desde que supo la verdad sobre su nacimiento. Pero en su historia la



sangre negada era la del marqués, por violar a su madre hasta dejarla preñada. Sin embargo, gracias a Roger había seguido adelante e incluso había olvidado que, en el fondo, él no era más que un simple bastardo.

—¿Quién sabe su procedencia? —preguntó tras cavilar sobre esa parte de su vida que la hería.

—¿De verdad piensa que podríamos divulgar un secreto de tal índole? ¿No me ha escuchado con atención cuando le he explicado que mis hijas no tendrían un futuro digno si alguien descubre que su madre es una simple romaní? —perseveró tan airada que sus mejillas volvieron a teñirse de rojo.

—Le puedo asegurar que muchos de los que dicen ser caballeros con sangre azul no lo son —dijo Logan con calma—. Pero respeto su preocupación y la de su esposo, aunque no termine de entenderla —dijo caminando hacia ella.

Sophia soltó un bufido de resignación, el mismo que realizaba Mary cuando regresaba de una tertulia médica en la que un noble intentaba discutir un nuevo descubrimiento científico.

—Por ese motivo, me gustaría proponerle un trato —empezó a decir después de concluir que, si él había logrado ser feliz gracias al apoyo de Roger, aquella muchacha tendría el suyo para liberarse de ese vestigio social.

—¿Un trato? —señaló Sophia intrigada—. ¿Cuál y por qué razón desea ofrecérmelo?

—Entiendo su posición como madre de cinco hijas e incluso empiezo a comprender la desesperación que su esposo me mostró hace algunas noches, pero sigo insistiendo en que no deben desprenderse de su primogénita para que las demás hermanas logren el futuro que ustedes desean para ellas.

—No queremos separarnos de una de nuestras hijas, milord —reiteró Sophia—. Pero estamos seguros de que es la mejor opción para todos.

—Mi propuesta es la siguiente: si dentro de un mes, fecha en la que tengo previsto partir de nuevo, no logro que su hija mayor sea aceptada en la sociedad y alcance la fama que se merece, yo mismo la llevaré, personalmente, a París.

—¿Qué conseguirá usted a cambio, milord? —intentó averiguar sin aceptar aún su propuesta.

—Hacerle entender a su marido que no hay ninguna maldición y a usted que la sangre que recorre sus venas no es impedimento alguno para que sus hijas sean felices —respondió acercándose a ella y extendiéndole la mano derecha.

—Se tomará usted muchas molestias... —comentó dudosa—. Quizá no debería inmiscuirse en este tema...

—¿Hay trato, señora Moore? —insistió Logan moviendo ligeramente esa mano que aún seguía tendida hacia ella.

—¿Un mes? —repitió levantándose del asiento.

—Sí.

—¿Y cambiará la vida de mi hija? ¿La hará feliz?

—Se lo he prometido, señora Moore —afirmó sin inmutarse.

—Acepto su propuesta, milord. Solo espero que usted no salga perjudicado —dijo al fin.

—¿Cree que ante la sociedad que usted ha nombrado las locuras de un futuro marqués se tendrán en cuenta?

Ante esa pregunta, Sophia sonrió ampliamente, se colocó frente al vizconde y aceptó esa mano que le ofrecía. Sin embargo, cuando ambas palmas se estrecharon para sellar ese pacto, la señora Moore sintió una inexplicable descarga eléctrica recorriéndole el cuerpo. ¿Por qué notaba que aquel hombre era especial? ¿Por qué se hallaba tan cómoda? ¿Qué escondía? ¿Por qué motivo Morgana lo había puesto en la vida de su hija? Un ligero repelús recorrió su esbelta figura, aportándole una satisfacción y bienestar que muy poca gente le proporcionaba al tocarla. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué le resultaba tan familiar?

—¿Señora Moore? —preguntó Logan al ver cómo el rostro de ella palidecía.

—Lo... siento... —se excusó Sophia retirándose lo suficiente como para poder tomar aire—. Entienda que todo esto me ha desconcertado. Tal vez mi esposo tenga razón al insistir en que debemos desayunar antes de mantener una charla exhausta y racional.

—Pues debería hacer caso a los consejos de uno de los mejores médicos de la ciudad —comentó Logan satisfecho al tener un pacto con la madre de Anne.

—Lo haré —respondió Sophia mediante un largo suspiro.

—No deseo ocuparle más tiempo, señora Moore —dijo cogiéndole la mano con la que había sellado esa alianza para darle un casto beso—. Ha sido un placer conocerla y averiguar que el señor Moore eligió una esposa digna y respetable.

—El gusto ha sido mío, milord —respondió Sophia desconcertada por ese extraño bienestar.

—Le prometo que tendrá noticias más muy pronto —dijo Logan dando un paso hacia la derecha para que la señora Moore avanzara hacia la salida.

—Las estaremos esperando, milord. Pero recuerde que si en algún momento duda de su pacto, no se lo tendré en cuenta.

—No voy a dudar, señora, mi juramento es sagrado —afirmó con solemnidad.

En silencio lo acompañó hasta el recibidor, donde su acompañante lo esperaba.

—Señor Giesler —le dijo extendiendo su mano hacia él—, ha sido un placer conocerle. Espero que la próxima vez que nos veamos, mis hijas sepan comportarse.

—Seguro que lo harán —apuntó divertido.

—Eso espero... —suspiró Sophia mirando hacia el segundo piso.

—¿Nos vamos? —preguntó Logan a Philip.

—Por supuesto —contestó después de resoplar y de apartar la mirada del piso de arriba. No había bajado. Desde que aquella Medusa airada había desaparecido, tras lanzarle el último tubo metálico, no había decidido bajar y eso, aunque no debía alterarlo, lo hacía y mucho—. Que pase un buen día, señora Moore —le dijo a esta mientras hacía un leve gesto con la cabeza.

—Gracias por la visita, señor Giesler —le respondió dando un paso hacia ellos.

—Señora... —dijo Logan besando de nuevo su mano.

—Milord... —respondió ella con una ligera genuflexión.

—Nos veremos pronto.

—Cuando usted pueda —respondió justo antes de que los dos caballeros se giraran hacia la puerta, la abrieran y salieran de allí.

Sophia esperó a que ambos se alejaran de su propiedad, cerró despacio la puerta, apoyó la espalda en ella y suspiró. ¿Qué planeaba el vizconde? ¿Por qué se tomaba tantas molestias? No entendía el motivo que lo había llevado a preocuparse por su hija si no se conocían y solo habían estado juntos...

—¡Madeleine! —gritó, cortando la respiración y caminando con rapidez hacia la cocina.



—Ya me contarás qué ha ocurrido mientras permanecí retenido en el salón —comentó Logan tras ponerse el sombrero y pisar el primer peldaño que los conducían hacia la calle—. La señora Moore ha hecho mucho hincapié en que sus hijas no han desayunado y que por ese motivo se han comportado como fierecillas.

—¿Fierecillas? ¡Bonita forma de enmascarar unos comportamientos tan salvajes! Una de esas damiselas me apuntó en el pecho con un fusil, otra salió gritando de un lado para otro como si el mismísimo diablo la hubiera poseído y otra...

—¿Y otra? —preguntó Logan mientras extendía la capa por sus hombros.

—Lo único que te puedo decir es que, la próxima vez que desees regresar, llames al indio —masculló.

—¿A John? —preguntó enarcando las cejas—. ¿Eso no dañará tu grandioso orgullo?

—Lo que destrozaría mi orgullo es que esa tercera hija me lanzara de nuevo más artefactos endemoniados como este. —Philip sacó el tubo que tenía guardado en el bolsillo y se lo enseñó.

—¿Qué es eso? ¿Balas?

—No creo que sean balas porque esa bruja lo llevaba enrollado en el cabello —comentó guardándolo de nuevo.

—Y, ¿por qué lo has cogido? —preguntó curioso Logan—. ¿No crees que esa mujer descubrirá que te has llevado uno? Tal vez te culpen de ladrón... —apuntó divertido.

—¡Es una prueba! —clamó.

—¿Una prueba? ¿Para qué? —perseveró Bennett.

—¿Acaso no recuerdas que fui un agente? Si algo me enseñó Borshon fue a estudiar las pruebas de un caso y esto —colocó su gran mano derecha sobre el bolsillo del pantalón y lo apretó con fuerza— es lo único que necesitáis si, durante los próximos días, me convierto en piedra.

Y después de ese planteamiento tan surrealista, Logan soltó una carcajada.

## *Capítulo IX*

Por suerte para Sophia, Madeleine aún continuaba atrincherada en la cocina. Eugene hacía todo lo posible para que tomara algo de té, pero ella se negaba en rotundo a beber un mísero sorbo. Debía hallarse tan aturdida por la confusión que se montó en el hogar que no le entraba ni una gota en el estómago. Solía pasarle cada vez que sufría un episodio de terror. Hasta que no se recuperaba era incapaz de probar bocado. Sophia la observó desde la puerta y reflexionó de nuevo sobre la conversación que mantendría con ella. Como no abordara el tema con cuidado y mimo dejaría de comer y toda la familia investigaría el motivo de esa actitud. Su pequeña Madeleine era una chiquilla muy frágil y retraída. Su aspecto físico, pese a ser muy hermosa, le provocaba cierta inferioridad con respecto a sus hermanas y eso agravaba su comportamiento reservado. Se pasaba mucho tiempo observándolas y enumerando las diferencias existentes entre ellas. Siempre quiso tener el cabello oscuro, como Anne o Mary, y los ojos verdes, como los de Josephine. Sin embargo, esa melena de color fuego, esas pecas sobre su rostro y los iris azules le daban un aspecto más bello del que ella imaginaba. Si en vez de ser tan tímida y asustadiza fuera tan descarada como Elizabeth, tendría un centenar de pretendientes en la entrada de su hogar esperando a ser atendidos por Randall. Pero la vida no era justa para ninguna de sus hijas y reafirmaba su creencia después de lo sucedido momentos antes: Anne se desmayó al ver al vizconde, tema del que hablarían en cuanto recobrarla la consciencia, Mary lanzó esos rulos metalizados que Shira la obligaba llevar al caballero que permanecía atónito en la entrada, Josephine lo apuntaba con el arma y Madeleine gritaba como una chiquilla salvaje. ¿Qué más le quedaría por ver? ¿Qué nuevo espectáculo ofrecerían sus niñas si volvía a aceptar una visita? Lo mejor para mantener un orden adecuado en su hogar era decirle a Shira que no admitirían más apariciones masculinas, de este modo, salvaguardaría el verdadero comportamiento de sus queridas hijas y no desvelarían que tenían un carácter bastante peculiar.

Tras asegurarse de que lo mejor para proteger a la familia era hablar con Madeleine, para tranquilizarla mientras meditaba cómo debía atajar el tema

con su esposo, dio varios pasos hacia el interior de la cocina, miró a Eugene, quien se había situado al lado de su hija, y le dijo:

—Déjanos solas, Eugene. Ve al salón con Shira y confirma que Anne se ha despertado de su desmayo. En cuanto Madeleine se tome el té, iré a comprobar cómo se encuentra.

—Sí, señora —respondió esta antes de acatar su orden.

Sophia se colocó frente a su quinta hija y la observó sin pestañear. La pobrecita aún seguía tiritando de miedo y el cabello, ese que solía enredar en una simple coleta, estaba revuelto, como si se lo hubiera acariciado con desesperación. Cogió la taza que aún desprendía humo y se la acercó.

—Bebe un poco, Madeleine. Esto te calmará.

—Madre..., le prometo que yo... no quería gritar de esa forma delante de desconocidos —balbuceó al pensar que la regañaría.

Las lágrimas aparecieron en sus ojos y recorrieron aquel semblante blanco. Sophia extendió sus brazos y la muchacha, al comprender que no había ido a reprenderla sino a calmarla, se levantó, rodeó la mesa y saltó hacia su madre.

—Tranquila, pequeña. No pasa nada... Ya se han ido —empezó a decir mientras le acariciaba aquel enredado cabello rojo—. No querían hacernos daño, solo deseaban conversar con tu padre, pero como él no se encontraba, el vizconde decidió hablar conmigo porque el asunto que lo ha traído hasta aquí era bastante urgente —le explicó con voz suave, relajante.

—Mary... Mary... —hipó—. Mary le lanzaba algo al caballero que había en la entrada. Josephine le apuntaba con el arma, pensé que le dispararía, y usted... y luego Anne y ese hombre... la besó —reveló al fin.

—¿Qué acabas de decirme? —preguntó cogiéndola con suavidad de los hombros y apartándola unos pasos de ella.

—Ese hombre la besó y... y entré y... lo descubrí... Y, cuando me miró... ¡Oh, es él! —exclamó tras esconder el rostro en el pecho de su madre—. ¡Es él! —repitió—. ¡Es el hombre que vi en mi sueño, el que nos libraré de la maldición! —exclamó.

—¿Estás segura? —insistió, porque no podía imaginar que el vizconde, el hijo de un marqués y con un linaje tan azul como el color de uno de los vestidos que guardaba en sus armarios, pudiera ayudarles a librarse de ese maleficio zingaro. ¿No le dijo su abuela que la sangre volvería a ser pura? Pues, siendo así, la pequeña Madeleine se confundía.

—Sí, madre —respondió apartando el rostro de su pecho—. ¿Acaso no

confía en mí? ¿Piensa que le miento?

—No, cariño. Sé que no lo haces y confío muchísimo en ti —declaró acariciándole las mejillas para apartarle las lágrimas—. Pero no sería prudente hablar sobre ese tema sin corroborar ciertos aspectos. Lo único que sabemos es que el vizconde es hermano del marqués de Riderland y que ha venido hasta aquí para negarse a llevar a Anne en su barco.

—Pero... en mi visión... yo... Además, lo vi besándola... —balbuceó.

—¿De verdad la besaba? ¿Viste con exactitud que sus labios se unieran a los de Anne? —insistió.

—No, porque levantó su rostro al yo aparecer —expuso.

—Entonces, no podemos afirmar algo que tan solo sospechamos, ¿no crees? —Madeleine abrió los ojos de par en par y apretó los labios de su boca para no seguir hablando—. Lo mejor para todas es mantenernos en silencio, cariño. No quiero que tus hermanas se vuelvan locas ante la idea de esa liberación y tu padre... —suspiró—. Ya sabes cómo es. Sería capaz de buscar un alfiler en un pajar.

—Entonces, ¿cómo quiere que actúe? —insistió apartándose de Sophia para regresar al asiento—. ¿Quiere que mienta? ¿Qué borre de mi memoria lo que he visto?

—¿De verdad que la besó? —repitió Sophia colocándose frente a su hija.

—Le juro que eso fue lo que vi —aseguró.

—Madeleine, recuerda que la maldición solo desaparecerá con un hombre que tenga sangre zíngara y ese lord solo tiene...

—Acuérdese que yo dije que él mantenía esa parte de su vida oculta y que solo la desvelaría cuando viera peligrar su relación con Anne —manifestó con la misma firmeza que Mary al hablar sobre las causas de la fiebre.

Sophia colocó sus palmas sobre la mesa y observó a su hija sin parpadear. En su rostro no había duda alguna, era más, solo mostraba seguridad, una que no había tenido hasta el momento. Pero... ¿y si se equivocaba? ¿Y si estaba confundida? Era cierto que ella misma había sentido una extraña conexión con el vizconde, pero aún no sabía cómo denominarla. ¿Qué debía hacer? Un mes. El vizconde le había pedido un mes para... hacerla feliz y lo había jurado por su honor. ¿Podría Madeleine soportar un secreto durante un mes?

—Estás muy segura de tu visión, ¿verdad?

—Sí —afirmó otra vez.

—Pues siendo así, te pediré un favor.

—¿Cuál? —preguntó enarcando la ceja derecha.

—Todo esto lo mantendremos en secreto hasta que la propia Anne descubra que el vizconde es el hombre que Morgana ha decidido para ella —apuntó Sophia.

—¿No quiere que mi hermana sepa que él será su marido? ¿Que nos libraré de la maldición? —inquirió desesperada—. Le haría muy feliz saberlo, así dejaría de pensar en marcharse y se prepararía para conquistar a ese hombre.

—¿Qué te gusta más, Madeleine, que te digan qué hay dentro de un regalo antes de que lo abras o descubrir por ti misma lo que oculta en su interior?

—Descubrir por mí misma lo que hay en el interior —respondió con rapidez.

En eso su madre tenía razón. Cada vez que su padre le compraba algo, Josephine se acercaba a ella y le decía que era antes de que pudiera desenvolverlo. Por ese motivo, la Navidad pasada, antes de que nadie le desvelara qué ocultaba su regalo, lo cogió y salió corriendo hacia su dormitorio.

—Pues esta situación es muy parecida para tu hermana. No debe saber que ese hombre será su marido porque entonces no será una sorpresa para ella —apuntó con determinación.

—¿Y si alguna de mis hermanas me pregunta por qué he chillado al verlo? Sé que Josephine y Mary me han visto entrar en el salón y luego salir disparada hasta aquí —aclaró tras suspirar.

—Pues le dirás que te has asustado al ver a dos extraños en casa —claudicó acercándose de nuevo a Madeleine para abrazarla con fuerza—. ¿De acuerdo? —insistió.

—Si usted cree que así Anne conseguirá ser feliz, lo haré —dijo sin saber muy bien si su madre estaba obrando de manera correcta.

—Gracias, cariño —dijo Sophia antes de darle un beso en la cabeza—. Ahora, tómate ese té antes de que se enfríe y vayamos a comprobar si tus hermanas están más calmadas.

Y justo en el momento en el que Madeleine se separó de su madre para beberse el té, la puerta de la cocina se abrió de golpe, provocándole otro gran susto.

—¿Qué ha sucedido, madre? —preguntó Elizabeth alterada—. Me ha dicho Josephine que Madeleine gritaba y que Mary estaba en peligro porque



un caballero no paraba de mirarla en camisión.

—¿Has plantado tus semillas? ¿Has recolectado más flores? Deberías llenar los jarrones de la entrada porque las rosas están algo mustias —le dijo Sophia intentando no contestar a las preguntas por si Madeleine no era capaz de mantener la boca cerrada todavía.

—Le ruego que no me cambie de tema. ¿Quién ha venido? ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Qué motivo han alegado para presentarse a estas horas? ¿Por qué no me han avisado? —dijo enfadada al imaginar que se trataba de algún pretendiente preguntando por ella y su madre había rehusado su presencia.

—El señor Giesler y el vizconde de Devon han sido los caballeros que nos han visitado —respondió finalmente Sophia al ver que Madeleine cogía la taza con las dos manos y fijaba la mirada en el interior de esta.

—¿Logan? —soltó enarcando las cejas.

—¿Logan? —repitió la madre frunciendo el ceño al escuchar cómo la tercera de sus hijas hablaba con tanta familiaridad del vizconde.

—Disculpe, madre, quería decir el vizconde. ¿Qué deseaba su excelencia? —se corrigió con rapidez—. ¿Deseaba informarme de que Natalie ha regresado del viaje que había planeado?

—No —negó su madre con rotundidad—. La intención del vizconde era dejarme claro que no se llevará a Anne en su próximo viaje.

—¿Padre le pidió a él que se la llevara a París? ¿Ese era el hombre con quién habló? —espetó abriendo los ojos de par en par, asombrada por la locura que había hecho su padre.

—En efecto, ¿hay algún problema al respecto, Elizabeth? —exigió saber su madre después de ver a su hija tan perpleja.

—Madre, todo el mundo sabe que el vizconde no puede viajar con mujeres en su barco.

—Y, ¿por qué no puede viajar con mujeres? —insistió Sophia.

—Porque es el mayor libertino que ha tenido Londres desde que el actual marqués de Riderland y sus amigos decidieron casarse. Ningún padre sensato ofrecería la protección de su hija ni a él ni a su primero de a bordo, el señor Giesler —explicó Elizabeth.

Entonces Madeleine soltó un grito y, cuando ambas la miraron para averiguar qué le sucedía, ella dijo:

—Me he quemado los labios con el té.



No quería abrir los ojos. Pese a que escuchaba las voces de Shira y Eugene, no deseaba abrirlos por si volvía a encontrárselo a su lado. Se sentía tan boba, tan infantil, que la vergüenza no le permitía mover ni un solo dedo de sus manos. ¿Qué habría pensado el vizconde al observar cómo se desmayaba al verlo entrar? ¿Qué opinión concibió de ella? Solo de pensarlo notaba cómo le ardían las mejillas y le temblaba el cuerpo. Había sido el peor momento de su vida y, por desgracia, había tenido unos pocos después de las muertes de sus prometidos.

Sin prestar atención a la conversación que las dos sirvientas mantenían, quienes hablaban sobre el hombre que fue asaltado frente a la entrada del hogar por sus hermanas, Anne tan solo era capaz de recordar el momento en el que sus ojos se clavaron en él y la manera en la que este la observó. Parecía satisfecho al verla y tan sorprendido como ella. Pero ¿eso era real o también lo había soñado? Ya no estaba segura de nada...

Respiró hondo para calmarse. Necesitaba adquirir de nuevo cierto control sobre sí misma y apartar de su cabeza ensoñaciones erróneas. Aunque no fue capaz de hacerlo. ¿Cómo podía borrar de su mente aquella aparición tan magnífica? La dejó tan impactada que perdió las fuerzas. Sin contar que, cuando atravesó la puerta, cuando dio ese paso hacia el interior del salón, su mente, su perversa y odiosa mente, lo imaginó en aquel prado, desnudo, besándola y tocándola por todas partes. ¿Cómo se había dejado llevar por la lascivia con tanta facilidad? ¿Acaso había perdido su raciocinio? «Morgana —pensó—, ¿por qué lo has conducido hasta mí? ¿Por qué me haces sufrir? ¿No he tenido bastante? ¿Debo morir para aplacar este sufrimiento?».

—Señorita, ¿se encuentra mejor? —le preguntó Shira.

Ante esa pregunta y al hecho de haberse movido inquieta al recordarlo a su lado de aquella manera, Anne abrió los ojos, extendió las manos y se dejó ayudar.

—¿Está bien? ¿Necesita que le traiga un té? —intervino Eugene.

—No, gracias. Estoy mucho mejor. ¿Saben dónde se encuentra mi madre? —pidió mientras se tocaba el cabello que se había desliado del moño. De repente, esa mano derecha le empezó a quemar. Asustada, la miró y percibió

un extraño rojez en ella. Pero cuando la llevó hasta sus ojos para confirmar la formación de ese círculo rojo, sus labios también ardieron. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué sentía que su boca y esa mano ya no le pertenecían? ¿Qué había sucedido durante su desmayo?

—¿Se ha despertado ya? —Oyó la voz de su madre en la entrada del salón.

—¿Madre? —habló mirando hacia ella.

—Estoy aquí —respondió. Caminó con rapidez hacia Anne y se sentó a su lado—. ¿Te has recuperado?

—¡Oh, madre! ¡Qué bochorno! —exclamó lanzándose a sus brazos—. ¿Cómo he podido...? —No terminó la frase porque observó que las sirvientas la miraban ávidas de información.

—Eugene, prepara el salón de día. Mis hijas y yo tenemos que desayunar antes de continuar con el plan acordado. Shira, sube al dormitorio de Mary y que no salga de allí hasta que esté adecentada. Infórmale que, como hemos atrasado la hora de salida, vendrá con nosotras —afirmó con autoridad.

—Sí, señora —respondieron al unísono antes de abandonar el salón y dejarlas solas.

Las dos se mantuvieron en silencio hasta que la puerta se cerró. Fue entonces cuando Sophia se apartó de su hija, caminó hacia la ventana y meditó sobre el tema que iban a tratar. No iba a ser fácil preguntarle sin rodeos si el vizconde de Devon era el hombre que aparecía en sus sueños.

—Ha sido espantoso —empezó a decir Anne mientras intentaba levantarse—. Pero le aseguro que ni yo misma esperaba la reacción que he tenido. Ese caballero habrá pensado que...

—Es el vizconde de Devon —le corrigió—. El hermano de Natalie Lawford.

—¿Su hermano? —preguntó sentándose de golpe en el diván.

Había sospechado que se trataba de un familiar del marqués, pero jamás se imaginó que fuera un hermano. Ahora, ¿cómo afectaría esa información a sus sueños? ¿Volvería a verlo durante las noches después de confirmar que era un hombre inalcanzable? ¿Cómo podía alejarlo de su cabeza? Solo lo lograría marchándose, por ese motivo, sus ganas de huir de Londres aumentaron.

—¿Lo conocías? —preguntó Sophia caminando hacia ella.

—No personalmente —respondió mientras posaba otra vez los pies en el suelo—. Lo vi discutiendo con el marqués de Riderland la otra noche. Pero hasta ese día, no sabía que existía.

—Pues existe y, según he comprobado, tu hermana Elizabeth lo conoce bastante bien —apuntó mordaz.

—¿En qué sentido? —preguntó abriendo los ojos como platos y notando cómo su corazón latía con rapidez.

—En un sentido fraternal —aclaró—. Según ella, el vizconde es un hombre leal a la familia y a los amigos de esta.

—Si ella lo dice... —masculló un tanto celosa. Se miró los pies, los movió despacio mientras pensaba si era adecuada la pregunta que le rondaba la cabeza, pero su curiosidad era tal que la hizo sin pensar—: ¿Qué lo ha traído hasta nuestra casa?

—¿Recuerdas que tu padre, tras haber aceptado la decisión de enviarte a París, buscó un navío que zarpara en las próximas semanas de Londres?

—Sí —respondió sin apartar los ojos de sus zapatos de color blanco.

—Pues se lo pidió a él —manifestó atenta a la reacción que mostraría su hija.

—¿A lord Bennett? —inquirió abriendo los ojos como platos y mirando a su madre con asombro.

—Al mismo —le aseguró con un leve movimiento de cabeza.

—¿Es que no existen más hombres en Londres? ¿Cómo puede tener nuestro padre el don del desatino? ¿Acaso no hay más capitanes, más barcos, más gente en esta ciudad a la que acudir? —clamó desesperada.

—Pero... —la interrumpió Sophia, levantando el dedo índice de la mano derecha para hacerla callar.

—¿Pero? —preguntó expectante Anne.

—Se ha negado a hacerlo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Anne mediante un largo suspiro—. No sería capaz de permanecer al lado de ese hombre ni un solo segundo.

—¿Por qué? —inquirió Sophia acercándose a ella—. Según he podido apreciar, es un hombre honesto.

—Porque... ¡me he desmayado cuando ha aparecido! ¿Qué pensará de mí? —soltó horrorizada.

—Nada.

—¿Nada? —repitió Anne levantándose de un salto—. ¡He perdido la consciencia al verlo!

—No serás la primera ni la última que lo haga —apuntó mordaz—. Según tu hermana, es un hombre que levanta pasiones allá donde aparece.

—¡Perfecto! ¡Y mi padre vuelve a hacer de las tuyas enviándome a las

fauces de un libertino! —exclamó desesperada.

—Anne, ¿por qué te has desmayado al verlo? —cambió rápidamente de tema.

—¿Cómo? —preguntó girándose hacia ella con tanta fuerza que la falda de su vestido se arremolinó entre sus piernas.

—Que... ¿por qué has actuado de esa manera tan inapropiada? —persistió sin apartar los ojos de su hija.

—¿Es que los vahídos tienen siempre una explicación lógica? —se defendió.

—Bueno, yo le he dicho al vizconde que no habías desayunado y que, debido a eso, has sufrido un leve aturdimiento, pero mucho me temo que no es la razón correcta, ¿estoy en lo cierto? —continuó obstinada.

—Y, ¿se lo creyó?

—¡Por supuesto! —afirmó con rotundidad—. ¿Por qué iba a dudar de mis palabras?

—Menos mal... —susurró para sí. Se llevó las manos al estómago, como si la excusa de su madre también la sirviera a ella para no tener que contarle la verdad, agachó la cabeza y declaró—: Seguro que ha sido eso. No me tomé el té antes de hablar con usted.

—¿Piensas que soy una estúpida, Anne Moore? —soltó la madre iracunda—. ¡Cuéntame de una vez qué te ha pasado! Y no se te ocurra mentirme o, por mucho que seas una mujer adulta, te castigaré —amenazó.

—¿Qué quiere que le diga, madre? —preguntó levantando el rostro para mirarla.

—La verdad —aseguró Sophia—. Necesito que seas sincera conmigo porque entre el vizconde y yo hemos sellado un acuerdo antes de marcharse.

—¿Un acuerdo? —dijo abriendo tanto los ojos que podían salirse de las cuencas.

—Sí. Ha venido aquí para devolverme el sobre que tu padre le ofreció. En mitad de su rotunda negociación le pregunté si conocía a otra persona honrada que pudiera llevarte a París y, ¿sabes cómo actuó?

—No —murmuró.

—Se enfadó. No sé qué diablos sucede entre vosotros, ¡y no quiero ni planteármelo! —tronó—. Pero tú debes aclararme el motivo por el que el vizconde me ha pedido un mes para hacerte feliz.

—¿Le ha pedido eso? ¿Por qué? ¿Qué es lo que desea? —preguntó sin aliento.

—No lo sé, aunque mucho me temo que la respuesta la tienes tú —aseguró con firmeza.

Anne continuó con las manos sobre su estómago. Este empezó a gruñir, como si quisiera eliminar lo poco que albergaba en él. Caminó despacio hacia el diván donde alguien la había tumbado, cogió su pañuelo naranja como si este le proporcionara la fuerza necesaria para la confesión y tomó aire.

—Anne, sea lo que sea, estoy aquí para ayudarte —le aseguró tras sentarse a su lado y cogerle las manos enredadas en el pañuelo—. Juntas lucharemos contra todos los peligros que aparezcan en tu vida.

—¿Contra todos? —dijo volviendo su rostro hacia ella, permitiendo que su madre observara las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Contra todos —repitió Sophia solemne.

—Y, ¿cómo podemos luchar contra el hombre que aparece en mis sueños?

—Con paciencia y con mucho amor —prometió antes de abrazarla.

## *Capítulo X*

Una vez que ambos permanecieron frente a la verja de Whespert, miró de reojo a Philip. Su amigo se encontraba abstraído en algún molesto pensamiento que le hacía fruncir el ceño y presentar un rostro avinagrado. Supuso que aún seguía meditando sobre lo ocurrido en el hogar de los Moore. Sin embargo, a él no le pareció un suceso repugnante, sino todo lo contrario. La conversación que mantuvieron durante la caminata fue tan divertida que su mente se olvidó del beso que le robó a la primogénita del médico y de la alucinación que tuvo al hacerlo. Pero una vez que se halló frente a su residencia y Giesler no tenía nada más que contarle, la realidad regresaba, al igual que el recuerdo del pacto que hizo con la esposa del doctor. ¿Por qué había hecho una locura semejante? ¿Un mes? ¿Cómo lograría posicionar a la muchacha en el lugar que le había prometido en tan poco tiempo? ¿Por qué actuó tan impulsivamente? Quizá la desesperación de la madre, tras confesarle lo que ocurriría si se revelaba su verdadera procedencia, le hizo reaccionar de esa manera tan impetuosa.

En verdad, la señora Moore no erraba. Si alguien descubría que el afamado doctor contrajo matrimonio con una zíngara y no con la hija de otro burgués, no solo estaría en peligro la reputación del médico, sino que sus hijas sufrirían un rechazo social que acabaría arruinando a la familia. Así que el único motivo por el que se ofreció a ayudarlas no fue otro que el de empatía, y eso no contemplaba ningún extraño sentimiento hacia Anne.

Él mismo, durante muchos años, temió que las personas de su entorno rumorearan sobre la posibilidad de que no fuera un hijo legítimo de los marqueses fallecidos. Por desgracia, la difunta marquesa amenazó a Roger con desvelar la verdad y desbaratar todo aquello que había construido con tanto esfuerzo. Sin embargo, una vez que esta murió, su hermano le confirmó que la pérfida mujer se había llevado el secreto a la tumba y que a partir de ese momento debía olvidar su pasado y centrarse en el presente. Aun así, todos los días que se colocaba frente al espejo contemplaba el reflejo de quién era en realidad: un bastardo, el hijo de una chiquilla que no superó el parto y murió tras dar a luz.

—¿Qué pretendes hacer ahora?

La pregunta de Philip lo sacó de sus reflexiones. Lo miró sin parpadear, como si no conociera a la persona que se encontraba a su lado.

—He de meditar sobre el acuerdo que le he propuesto a la señora Moore. Cuanto antes averigüe la manera de ofrecerle a la joven el reconocimiento que se merece, antes podré volver a mi antigua vida —dijo con tono pensativo.

—Si estuviera en tu lugar, rehusaría a toda costa encontrarme de nuevo con una hija de ese matrimonio. Tal vez no creas en la maldición, pero yo he sido testigo de que esas muchachas están malditas —refunfuñó metiendo la mano en el bolsillo, donde había guardado aquel rulo metálico, y lo apretó con tanta fuerza que estuvo a punto de doblarlo por la mitad.

—No seas terco. Sabes tan bien como yo que lo ocurrido en la casa de los Moore no ha tenido nada que ver con esa sandez de la que hablas. Admite ya de una vez que nuestra aparición ha provocado el tremendo alboroto —dijo antes de avanzar por el sendero de su amplio jardín—. Y ya que quieres ponerte en mi lugar, me pondré yo en el tuyo: cuida tu lenguaje al hablar de ellas. Creo que han sufrido demasiado con la desdicha que les han traído las muertes de esos hombres como para seguir añadiendo más pesar a sus vidas. Además, recuerda que el único interés que poseen esos padres es el de casar a sus hijas y, como se divulguen más falsos testimonios, no podrán hacerlo jamás.

Por supuesto, se guardó para él lo ocurrido con la mayor de las hermanas tras besarla. Su madre había proclamado que tenía el don de la pintura, pero él había vivido en sus propias carnes otro muy diferente. ¿Cómo pudo hacer que él proyectara esa visión aun estando inconsciente? ¿Tendría más habilidades de las que confesó la madre? ¿Podría encontrarse en un lugar donde solo habían nacido zíngaras embrujadoras?

—¡Cinco! —exclamó Philip poniendo los ojos en blanco—. ¡Tiene que casar a cinco! —añadió con el mismo énfasis—. Y una de ellas es tan malvada como la terrible Medusa. ¿Quién podrá casarse con esa mujer? ¡Solo un loco tendrá el valor de arrodillarse frente a ella y pedirle que se convierta en su esposa! —gritó fuera de sí.

—Deduzco, viejo amigo, que para apaciguar el trance que hemos padecido, ambos necesitamos una copa. No todos los días una mujer te lanza tubos metálicos, te apunta al pecho o te grita por lo poco atractivo que le resultas —apuntó Logan con sarcasmo cuando Kilby, atento como siempre, les abrió la entrada principal.



—¡Esa chiquilla no chilló por mi culpa! —se defendió Philip. Que su amigo atacara su atractivo masculino le dolía más que una patada en el bajo vientre. Pasaba mucho tiempo entrenando y adiestrando un cuerpo tan grande como para que encima se afanara en ridiculizarlo—. Si no recuerdo mal, esa brujilla de pelo rojo gritó cuando abrió la puerta del salón en el que te encontrabas —señaló entornando los ojos al tiempo que se sacudía la chaqueta del traje para ofrecérsela al mayordomo—. ¿Qué hacías? ¿No me has comentado que la mujer se quedó inconsciente? ¿Levitó? —Ante esa pregunta, abrió los ojos de par en par—. ¿Esa mujer pudo levantarse del suelo volando?

—¡Sí, claro! ¡Y no la viste atravesar el recibidor montada en una escoba! —masculló—. No digas tonterías, Philip. Las hermanas Moore no están malditas, ni lanzan tubos envenenados, ni se las verá en mitad de su jardín haciendo pócimas malignas. —Se giró para que Kilby le ayudara con la capa, este se la colocó en el antebrazo y se volvió hacia Giesler para tomarle la chaqueta—. Solo necesitan una persona que crea en ellas y que las ayude.

—Pues, en estos momentos, lo que yo necesito es que mi buen amigo me abra la puerta de la bodega y me permita elegir el mejor licor. —Puso la mano sobre el hombro de Logan y caminó junto a él hacia la biblioteca, lugar de la casa en la que se emborracharían hasta que ninguno de los dos recordara lo que había sucedido esa mañana.

—Si tanta sed posees, puedes marcharte al club —le ofreció Logan divertido—. No quiero tener que embarcar en un par de días porque mis reservas de oporto han finalizado antes de tiempo.

—Me han negado durante seis meses la entrada al club —desveló Philip apretando con camaradería su amigo contra él.

—¿Bentinck? —quiso saber Logan enarcando la ceja derecha. No podía ser otra persona. Philip se la tenía jurada desde que jugó por primera vez a las cartas, cuando contaba con solo quince años, y le acusó de hacer trampas delante de todos los invitados de Reform.

—El mismo —respondió dibujando una enorme sonrisa tras retirarse y golpearse el pecho como si fuera un gorila celebrando el triunfo de una disputa.

—Puedes vaciar la bodega de alguna de tus amantes —le ofreció mientras abría la puerta de la biblioteca y le permitía entrar.

—¿Más mujeres? No, gracias. Con la visita de hoy he tenido suficiente por unos días. Además, tengo que confirmar que esa aspirante a Medusa no me ha envenenado —refunfuñó dando un paso hacia el interior.

—No enfermarás salvo por...

—Milord...

Kilby había intentado informar que el marqués de Riderland se encontraba en la vivienda, pero no se atrevió a interrumpir la charla que mantenían salvo cuando los vio dirigirse a la biblioteca. Una vez que cerraran aquella puerta le pedirían una caja del mejor *whisky* y no podrían mantenerse en pie en un par de días.

—¿Qué sucede, Kilby? —preguntó Logan girándose hacia el mayordomo.

—Quiero informarle de que su excelencia le espera en el gimnasio. Llegó antes de las once y, por mucho que le insistí en que hoy no podría recibirlo porque había salido para atender un asunto importante, no se ha marchado.

—¿Está solo? —exigió saber mientras sus ojos se agrandaban por la emoción de averiguar que su hermano no había olvidado la cita de todos los jueves.

—No, milord. Su excelencia ha pedido al joven jardinero que se presentara ante él mientras usted regresaba —aclaró, expresando cierto temor en sus palabras.

Logan dibujó una grandiosa sonrisa al escuchar que Roger había empezado el entrenamiento con uno de sus empleados. Quizá, cuando apareciera frente a él, una hora después de su llegada, estaría tan exhausto por el combate que podría ganarle.

Cuando compró Whespert lo primero que hizo fue construir aquel recinto situado a la espalda de la residencia. Allí daba clases de esgrima, se entrenaba en el cuadrilátero que tenía en el lado derecho y seguía practicando su pasatiempo preferido: lanzamiento de cuchillos. Miró de reojo a Philip, que sonreía de la misma forma que él. El brillo que sus ojos mostraban solo podía indicarle una cosa: diversión.

—¿Te apetece darle una buena paliza a ese vejestorio? —le propuso a su amigo, aun sabiendo la respuesta.

—¡Pensé que no me lo pedirías nunca! —exclamó aleteando las rubias pestañas como si fuera una mujer intentando seducir a un enamorado.

Con pasos largos y rápidos, ambos hombres se dirigieron hacia el habitáculo de cristal al que denominaban gimnasio. Mientras caminaban hacia ese lugar, los dos se despojaron de sus prendas: las corbatas, los chalecos e incluso las camisas cayeron sobre el limpio y brillante pasillo. Como siempre, estas no permanecieron durante mucho tiempo sobre las baldosas de color

marfil porque las doncellas, sofocadas al ver cómo dos hombres tan grandes y esbeltos se comportaban como niños, iban recogién-dolas antes de que se ensuciaran.

—¿Qué diablos has hecho para no recordar que hoy es jueves? —tronó nada más ver a su hermano aparecer por la puerta.

Roger tenía el cuerpo del jardinero sobre el suyo. Sus brazos habían rodeado el cuello del muchacho y este intentaba apartarlos apretando con sus manos los antebrazos del marqués.

—Buenos días, hermano. He salido para atender un asunto urgente. —Y justo después de hablar, caminó hacia el marqués con los puños en alto.

Roger, al predecir las intenciones de este, lanzó hacia la derecha a su contrincante, liberándolo de ese brusco amarre, y se defendió del ataque de Logan. Cuando el puño del vizconde iba a rozar su rostro, se giró y aprovechó la confusión para asestarle un puñetazo en el torso desnudo.

—¿Un asunto urgente? —respondió dando un salto hacia atrás, exhibiendo el brillo del sudor que la parte superior de su cuerpo mostraba por el entrenamiento y haciendo que su melena rubia, húmeda por el esfuerzo, se moviera como un abanico—. ¿Qué urgencia podría hacerte olvidar nuestro encuentro semanal? —añadió asestándole otro golpe cuando Logan intentó atacarle por la espalda.

De inmediato, el maltrecho muchacho se dobló por la mitad y miró suplicante a su amigo. Se llevó la mano izquierda hacia el mechón de cabello negro que se había soltado de la coleta y observó los movimientos del titán Giesler.

—Mujeres —añadió Philip levantando sus puños para enfrentarse al marqués mientras Logan se recuperaba de esos duros golpes.

—¿Lady Rose ha vuelto a tu vida? —preguntó respondiendo a la invitación de Philip poniéndose en guardia.

—No, lady Rose creo que ha dejado de existir para su hermano, excelencia —dijo Giesler antes de asestar un derechazo al marqués.

Este colocó su antebrazo izquierdo como escudo y, cuando el tercer impacto de Philip chocó contra esa zona de su cuerpo, Roger sonrió y alzó un certero golpe sobre la barbilla del titán rubio. Aunque, para su pesar, no lo movió del suelo. Lo único que hizo Giesler tras el impacto fue llevarse la mano derecha hacia la barbilla y moverla de derecha a izquierda.

—Veo que mi hermano escucha mis consejos... —comentó el marqués dando varios pasos hacia atrás. Miró al alemán de arriba abajo y sonrió. En

efecto, Logan había elegido a la persona más cualificada para cubrir sus espaldas. El pecho del gigante era dos veces mayor que el suyo y en sus bíceps se dibujaban unas musculosas montañas.

—Soy consciente de ello —comentó Logan sobre el tema de Philip atacando a su hermano por la espalda.

—Seré mayor que vosotros, pero sigo manteniéndome en forma —comentó jocoso al ver que, tras hacer un leve quiebro, su hermano chocó contra el alemán—. Evelyn se encarga de cuidarme como es debido.

—Le pediré a mi adorada cuñada que se ausente unas semanas de Londres —comentó Logan girándose hacia su hermano para enfrentarse de nuevo.

—Mi esposa no se va a ninguna parte sin mí. —Roger se apartó ligeramente, le cogió los puños y lo tiró al suelo, haciendo que la espalda de Logan crujiera al tocar el frío suelo.

—¿Qué ha sido eso? —espetó Philip ante la maniobra que acaba de hacer el marqués.

—Esto se denomina *wǔ shù* —dijo orgulloso Roger—. Yeng ha estado practicando con Evah este tipo de lucha desde que regresó de su país y yo también he querido aprenderla.

—¿Permite que su hija aprenda a luchar? —inquirió incrédulo Philip.

Las mujeres estaban cambiando, ya no eran las damiselas a quienes había que salvar. En ese tiempo luchaban con los puños y con aquello que utilizaban para rizar los cabellos.

—Mi hija, Giesler, siempre está en peligro porque es una Bennett y necesita defenderse de las amenazas que la acechan —afirmó Roger extendiendo una mano hacia su hermano.

—Cierto —afirmó Logan, aceptando la ayuda para incorporarse—. Y, por ese motivo, mi querida sobrina ha sido instruida por los dos mejores luchadores que conocemos: el indio y el chino. Ahora mismo Evah podría matar a un hombre con un solo dedo si pretendiera besarla sin la autorización de su venerado padre.

—Nadie se atreverá a hacer una cosa semejante si quiere seguir respirando —apuntó soberbio Roger.

Una sonrisa arrogante le cruzó la cara al orgulloso padre. Su querida hija había heredado la belleza de Evelyn, pero el carácter provocador era totalmente suyo y eso era el mayor peligro que podía ostentar.

Logan lo miró durante un breve espacio de tiempo, sopesando si sería el

mejor momento para exponerle que su querida Evah, su tierna e inocente hija, era tan apasionada como todos los que llevaban sangre Bennett y que durante la fiesta de Natalie escuchó cómo besaba a Terry, el primogénito de su socio Leopold.

—¿Qué mujer caliente ahora tu lecho? —le preguntó el marqués a Logan mientras le dirigía de nuevo los puños.

—No hay ninguna mujer —aseguró ofreciéndole otro golpe que, por suerte, fue certero.

—¡Cinco! —indicó Philip después de aplaudir a Logan por ese afortunado impacto.

—¿Cinco? ¿Has roto tu relación con lady Rose porque has decidido mantener a cinco nuevas amantes? —preguntó Roger al tiempo que intentaba devolverle el revés—. ¿No puedes contentarte con una?

—Son hermanas... —alegó Logan esquivando ese asalto.

—¿Quieres mantener un idilio con cinco hermanas a la vez? —espetó confuso el marqués. En ese momento esquivó un nuevo envite, levantó las palmas y paró el combate en el acto—. ¡Explícate ahora mismo! —bramó, poniendo sus manos a ambos lados de esa cintura brillante por el sudor.

—¿No podías mantener la boca cerrada? —le gritó a Philip, quien se había cruzado de brazos en actitud defensiva—. ¿Qué pretendes? ¿Que mi hermano me haga cambiar de idea?

—¿Qué está sucediendo, Logan Bennett? —gruñó Roger adoptando la misma postura que Giesler—. Dame una explicación razonable antes de que me vea en la obligación de contarle a Evelyn que mi querido hermano no llevó a la amante, con la que ha convivido durante dos años, porque *ha decidido* —recalcó— yacer bajo la horrible aversión de la poligamia.

—Te equivocas... —refunfuñó el vizconde. Les dio la espalda, caminó erguido hasta una de las cestas que había en la sala y cogió varias toallas.

—Pues... ¡adelante, charlemos! —le pidió Roger un tanto airado—. ¡Necesito una respuesta coherente de inmediato! —exigió, adoptando la actitud de padre.

—Nuestro estimado lord ha decidido visitar esta misma mañana a la educada y apacible familia Moore —comenzó a exponer Philip con sarcasmo—. Y ese respetable matrimonio posee cinco *adorables* hijas —aclaró con inquina.

—¿Por qué motivo has ido al hogar de los Moore? ¿Estás enfermo? —preguntó el marqués al tiempo que extendía la mano para recoger la toalla

que Logan le lanzaba.

—El señor Moore vino a verme hace varias noches. Deseaba que, en el próximo viaje, llevara a su primogénita en mi barco —comenzó a explicar mientras caminaba hacia ellos.

—¿Hablas de la joven retratista? ¿Por qué quiere alejarla de Londres? ¿No tiene suficiente clientela? ¿Han dejado de contratarla? —preguntó Roger al tiempo que secaba el sudor de su rostro y pecho.

—Según parece, la mujer está maldita y el buen padre quiere desprenderse de ella porque le impide encontrar un marido para sus otras... —Philip no terminó su exposición porque impactó sobre su rostro el paño que Logan le lanzó con fuerza.

—No está maldita y ella no es la causante de nada —refunfuñó el joven Bennett—. La muchacha, como bien has dicho, es una excelente pintora y ellos piensan que, si se marcha de Londres, podrá obtener la fama y el prestigio que se merece.

—No entiendo... —murmuró Roger mirando a uno y a otro—. ¿Está maldita o anhela un porvenir mejor?

—Yo tampoco soy capaz de entenderlo después de lo que les sucedió a esos caballeros —secundó Philip arrojando la toalla empapada de sudor al cesto de mimbre que había en su espalda. Echó los brazos hacia atrás, como si necesitara más espacio en su caja torácica para respirar tras recordar de nuevo a la joven Medusa y a sus rulos. ¿Por qué diablos no podía quitársela de la cabeza? ¿Estaría obnubilado al pensar que no llevaba nada bajo aquel camisón? ¿O tal vez se mantenía en un estado de alerta por si enfermaba próximamente? Fuera lo que fuese, la señorita Mary Moore estaba dentro de su mente y no podía eliminarla como hacía con cualquier amante.

—En primer lugar, he investigado las muertes de sus prometidos y...

—¿Murieron sus pretendientes? —soltó Roger abriendo los ojos como platos e interrumpiendo a su hermano.

—Dos, excelencia. Han muerto los dos únicos hombres que se atrevieron a desafiar esa... —Philip volvió a quedarse callado porque Logan, a traición, le asestó un golpe en el costado.

—¡No hay maldición! —exclamó el vizconde enojado—. ¡Esos caballeros buscaron su propia muerte! —continuó enojado—. ¡Ella es una víctima de la actuación de dos absurdos hombres!

Quiso golpear de nuevo a Giesler, pero este esquivó el golpe, lo agarró con fuerza y lo giró hacia el marqués.

—Dejando a un lado esa suposición —empezó a decir Roger con tranquilidad—, ¿el señor Moore no fue lo suficiente cauto como para buscar a otro propietario de un barco?

—¿Por qué debería hacerlo? —espetó Logan afanándose en apartarse de Philip—. ¿No confías en que pudiera protegerla hasta que desembarcara en el país al que desean enviarla? —Dio un paso hacia delante, tras lograr su propósito, se volvió hacia su amigo y lo miró como si quisiera arrancarle el corazón.

—¡Los hombres se sublevarían si hay una mujer en un barco! ¡Y esa maldición se cumpliría en alta mar! ¡Nos convertiríamos en un barco fantasma, rodeados de cadáveres y seríamos devorados por esa mujer y su dichosa hermana del diablo! —exclamó Giesler echando un paso hacia atrás. Si su experiencia no lo engañaba, como no cerrara la boca, cosa que no haría para salvar a su camarada, este intentaría golpearle de nuevo.

—Vuelve a emplear ese tono para hablar de ella y te quedarás sin dientes —le advirtió Logan levantando los puños.

—¡Basta! —intercedió Roger que, asombrado por la mirada que su hermano le ofrecía a su mejor amigo, decidió poner paz entre los dos y que le aclararan, de una vez por todas, lo sucedido—. ¿Qué diablos ha ocurrido en ese hogar para que mantengáis esta conducta?

—¿Quiere que se lo explique, excelencia? —dijo con sarcasmo Philip.

—¡Te lo he advertido! —gritó Logan antes de saltar hacia su amigo.

Como dos niños, empezaron a darse puñetazos. Roger, al principio, permitió esa actitud infantil durante unos minutos, pero cuando descubrió que había sangre en la boca de ambos, se colocó junto a ellos y los retiró con brusquedad.

—Ha hecho un trato con la señora Moore —declaró Philip mientras se apartaba con el dorso de la mano la sangre del labio.

—¿Un trato? —preguntó Roger a su hermano, quien hacía lo mismo que Giesler—. ¿Qué trato has hecho con esa familia, Logan?

—Quiero demostrarle a ese padre que no hay ninguna maldición. Que todo sucedió de manera fortuita y que la joven puede encontrar marido cuándo y dónde desee —afirmó sin contemplaciones.

—Más te vale que te compres un collar de ajos o que le digas a tu hermano dónde quieres que te entierren si vuelves a acercarte a ella —clamó Giesler desesperado.

—¿No has tenido suficiente? —espetó Logan dando un paso hacia su

amigo, pero los dedos de Roger presionaron su brazo izquierdo impidiéndole iniciar otra reyerta.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Cómo conseguirás lo que le has prometido? —quiso saber el marqués sin soltarlo.

—Si lo que desean es que esa muchacha obtenga el prestigio que se merece, yo se lo daré —comenzó a decir algo más sereno—. No me cabe la menor duda de que si alcanza la fama que ansía, la señorita Moore tendrá miles de pretendientes en la entrada de su hogar —afirmó, muy seguro de sí mismo.

—¡Y el dueño del coche fúnebre se frotará las manos cuando esos imbéciles estén en su puerta! —gritó Philip enojado.

—¡Giesler, silencio! —le regañó Roger como si fuera un niño pequeño.

—Excelencia —dijo Philip con voz más calmada—. *Su hermano, mi amigo, quien ha usado mi cuerpo como escudo en multitud de ocasiones* —recalcó—, no piensa con claridad. No solo la primogénita está maldita, sino que el resto de las hermanas también. He sufrido, en mis propias carnes, la ira de una bruja —declaró sin respirar.

—En estos momentos nos centraremos en la primogénita y ya tendremos tiempo de las demás —dijo Roger adoptando la actitud del marqués que era. Se volvió hacia Logan, quien aún seguía con los puños tan apretados que sus nudillos palidecieron—. ¿Cómo lograrás que una pintora consiga la fama que desea en esta maldita ciudad? —insistió en averiguar.

Roger sabía que podía ser la mejor artista de Londres, que podía haber nacido con una habilidad inaudita, pero mucho se temía que la sociedad londinense no estaba preparada para que una mujer ocupara un puesto superior al de un hombre, salvo que fuera la cortesana más experimentada de un prestigioso burdel.

—No lo sé... —murmuró Logan girándose sobre sus talones y colocándose frente a la puerta—. Estoy pensando en ello...

—Podrías pedirle que te retratara —intervino Philip con sarcasmo—. ¿No me has dicho que solo pintaba rostros de mujeres o de niños? Pues si acepta un contrato laboral contigo, podrías ser el precursor para otros caballeros. No solo las mujeres deben exhibir sus hermosos semblantes en la entrada de los hogares —agregó con virulencia—. Así, todas las casas tendrán un retrato de los hombres que habitan en ellas y... —sonrió ampliamente—, si ya no están, los amantes de esas tristes viudas podrán ver el semblante de aquel que construyó el hogar en el que yacerá con su antigua esposa.



—O puede pintar a mi querida Evelyn —expuso Roger como alternativa—. Seguro que estará encantada y, de este modo, esas adictas al cotilleo social permanecerán con la boca cerrada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Logan volviéndose hacia ellos.

—Eres un Bennett y ya sabes a qué se han dedicado nuestros antecesores masculinos. Si haces que esa muchacha permanezca en tu hogar más tiempo del que se estipula como correcto, su prestigio se vería arruinado, al igual que su honradez.

—Cierto... —reflexionó Philip, relajándose ante la sensatez del marqués—. No puedo ni imaginarme los entresijos que ofrecerían sobre la pintora y el vizconde. Tendrían semanas, meses e incluso años para debatir sobre cuándo, cómo y por qué esa mujer ha logrado lo que otras no. Sin mencionar cómo se tomaría la noticia tu última amante. Estoy seguro de que Rose indagaría sobre ella y la arrancarí­a los ojos en cuanto la tuviese enfrente. Aunque también... —dijo mientras se tocaba la barbilla cubierta de una mata de barba rubia—, esa muchacha puede ser custodiada por la aprendiz de Medusa. Seguro que Rose se quedará de piedra cuando observe el extraño tocado que luce sobre su cabeza. —Y tras esa afirmación, soltó una enorme carcajada.

—Deberías meditar sobre este tema con tranquilidad y no actuar a la ligera —comentó Roger colocando la mano izquierda sobre el hombro de su hermano—. No querrás verte en la obligación de casarte con ella por una tontería como esa, ¿verdad?

—¿Casarse? ¡Qué sandez! ¡Logan no puede contraer matrimonio! ¡Seguro que antes prefiere sufrir la viruela a tener que vivir con esa muchacha el resto de su vida! —exclamó Philip mientras se alejaba del gimnasio.

Pero el marqués no escuchó las frases hirientes de Giesler. No podía apartar la mirada de su hermano y, si no erraba, parecía que la idea de permanecer más tiempo con aquella misteriosa mujer no le resultaba tan desagradable como pensaba su amigo.



—¡Qué Dios se apiade de nosotros! —exclamó Randall sin parar de andar de un lado para otro de la habitación mientras se acariciaba su anciano

rostro de manera desesperada—. ¡Qué se apiade de esta familia! —agregó exasperado.

Sophia lo observaba sentada en el sillón, esperaba con paciencia a que se calmara. Sabía que después de ese episodio de ansiedad reflexionaría sobre el tema. Pero parecía que el tiempo de espera iba a ser mayor que en anteriores ocasiones porque su rostro estaba completamente rojo, apenas respiraba con tranquilidad y se acariciaba el cabello como si quisiera arrancárselo de la cabeza.

De repente, Randall se quedó parado frente a ella, se llevó las manos a la corbata y se la intentó quitar, como si la prenda lo estuviese asfixiando.

—Randall, querido, respira pausadamente —le sugirió al tiempo que se levantaba y alargaba las manos hacia esa prenda que no podía desliar—. Como bien te he dicho, hemos sellado un pacto y no dudo de su palabra.

—¿Un pacto? ¿Crees, de verdad, que un aristócrata actuará acorde con sus palabras? ¿Desde cuándo confías tanto en ese tipo de gente? —soltó más airado que nunca.

Ante esa expresión de furia, Sophia dio varios pasos hacia atrás. No estaba asustada sino desconcertada. Hasta ese momento su esposo nunca se había encolerizado tanto. ¿Habría errado al aceptar el convenio? ¿Su marido no estaba de acuerdo con que el vizconde intentara ayudar a su hija? ¿No había acudido a él para pedirle auxilio? Pues había venido, pero no para darle la opción que le había pedido. Sin embargo, ella presentía que la nueva decisión era la mejor alternativa para todas desde que Anne le confesó que el vizconde era el hombre que aparecía en sus sueños.

—Lo siento —se disculpó al ver cómo su esposa retrocedía—. Siento ofrecerte este horrible espectáculo —dijo agachando la cabeza, arrepentido por esa actitud tan desagradable.

En ese momento, Sophia regresó a su lado y lo abrazó para consolarlo.

—Me dio su palabra y, cuando nuestras manos se unieron para sellar ese acuerdo, advertí en su mirada que decía la verdad. Ese hombre es diferente a los demás.

—¿Estás segura? ¿Cuántos aristócratas son de fiar? ¿Cuántos tenemos apuntados en la libreta negra, querida? Tú, mejor que nadie, sabes lo crueles que son y el daño que pueden hacernos —apuntó más calmado.

—Reflexiona un poco, Randall. Se ha presentado en nuestro hogar, ha traído el sobre que le ofreciste y, después de escuchar uno de los motivos por los que Anne debe alejarse de Londres, se ha interesado tanto por ella que ha

decidido posicionarla en el lugar que le corresponde.

Lógicamente, todo lo demás debía permanecer en secreto.

—Pero te olvidas de que nuestra hija proclama que está maldita —murmuró colocando su barbilla sobre el cabello negro de su esposa—, y sus hermanas, sobre todo Elizabeth, piensan que es cierto. Tal vez, como bien dice Anne, debería marcharse para lograr un futuro favorable lejos de esta ciudad.

Tras exponer esas palabras, Sophia dio varios pasos hacia atrás. Ahora era ella quien estaba enfadada y rezaba a su madre creadora para que no hubiera escuchado bien.

—¿Quieres que se marche? —bramó—. ¿Eres tan obtuso que sigues pensando que Anne debe alejarse de nosotros? ¿No eres tú el que siempre estás diciendo que prefieres a tus hijas cerca?

—No me malinterpretes... —comentó bajando el tono de voz—. Anne puede hacer lo que quiera y si logra quedarse aquí, me haría el padre más feliz del mundo.

—¿Entonces? —preguntó poniendo las manos en su cintura—. ¿No te ha gustado que me inmiscuya en este asunto? ¿No me ves capaz de ayudar a la familia?

—¡Oh, no, no, no! —exclamó el doctor moviendo sus manos de derecha a izquierda—. Estoy seguro de que tus intenciones son las correctas. Lo único que pongo en tela de juicio es la posición del vizconde. ¿Recuerdas que es un Bennett? ¿Sabes qué sucedió con los antiguos marqueses?

—Sí, ¡por supuesto que lo sé! ¡Y tú también lo sabías cuando fuiste a pedirle que la llevara en barco! —exclamó.

—Pero no es lo mismo... —murmuró.

—¿Por qué no es lo mismo? —tronó—. ¿Acaso tu palabra es superior a la mía! ¡Explícate ahora mismo, Randall Moore, o dormirás en ese diván el resto de tus años! —lo amenazó.

—Sophia, cariño, entiende que la vida en esta ciudad es diferente...

—¿A qué? —le interrumpió.

—Si el vizconde, con esa reputación que le precede, pasea con nuestra hija o ella aguarda en su hogar más tiempo del debido, ¿qué sucederá?

—Por lo menos auguro que él no terminará sepultado bajo tierra —declaró ella con solemnidad.

—¿No te importa la reputación de tu hija? —increpó.

—¿Acaso no sabes qué reputación posee? —contraatacó.

—Por favor... no discutan por mi culpa —comentó Anne, que había

entrado al salón sin que sus padres la escucharan.

—No es una discusión, cielo —dijo Randall caminando hacia ella. La abrazó con fuerza, le dio un beso en la frente, le puso las manos en los antebrazos y la retiró despacio—. Tu madre ha hecho un pacto con el vizconde y no me ha parecido adecuado.

—¿Por qué? —quiso saber Anne.

—Porque no sé qué pretenderá —explicó—. Ese hombre es un Bennett. ¿Sabes qué fama han tenido todos los que han llevado ese apellido?

—¿No le encomendó a él la tarea de llevarme en su barco? —soltó Anne, defendiendo al hombre que aparecía en sus sueños.

Randall se quedó pálido, tragó saliva, se giró hacia Sophia y le dijo:

—Toda tuya. Estoy seguro de que al final...

El doctor no consiguió terminar la frase porque alguien llamó a la puerta. Los tres se giraron y miraron hacia ella, esperando la aparición de otra de las hijas que habría acudido hasta allí por las voces. Sin embargo, la persona que se presentó en la entrada fue Shira.

—Señorita... señorita... —intentó decir, pero no le salían las palabras. Lo único que podía hacer era extender el sobre que tenía en sus manos hacia ellos.

—¿Shira? —le preguntó Sophia al verla tan inquieta—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan alterada?

—Un... un sirviente acaba de darme esta carta y está dirigida a la señorita Anne —les informó.

—¿Quién lo envía? —exigió saber Randall caminando hacia la doncella.

—Tiene el sello del vizconde de Devon —le aclaró Shira.

En ese momento, Anne observó que el salón empezaba a girar a su alrededor. ¿El vizconde se dirigía a ella? ¿Por qué? ¿Qué deseaba? ¿Le hablaría sobre el pacto que había hecho con su madre? ¿Se lo había pensado mejor y lo rechazaba?

Con las manos temblorosas, avanzó hacia Shira anticipándose a su padre, cogió el sobre, se acercó a uno de los asientos y, sin que sus padres pudieran separarse de ella ni un solo paso, lo abrió:

*Estimada señorita Moore:*

*Me dirijo a usted en persona para indicarle que, después de lo acordado con su madre, he hallado la mejor forma de lograr nuestro acuerdo. Ruego que se presente mañana en mi hogar a las doce del*

*mediodía. Espero que aparezca con acompañante. No quiero difamar su buen nombre. Le prometo que le comentaré, con más detalle, el plan que he ideado.*

*Un cordial saludo,  
Logan Bennett, vizconde de Devon*

Anne leyó la carta varias veces y luego se la entregó a sus padres para que pudieran averiguar qué había escrito sin tener que sentir sus respiraciones en la nuca. Su corazón latía con tanta rapidez que, de nuevo, quería salir disparado de su pecho. Agarró con fuerza la falda del vestido, evitando que ellos descubrieran el temblor de sus dedos. En persona. Él requería su presencia. Hablarían del pacto, del plan. Pero... ¿sería capaz de escucharlo antes de desmayarse? ¿Tendría el valor de mantenerse de pie sin perder las fuerzas?

—Debes acudir —manifestó Sophia devolviéndole la carta—. Mañana mismo te presentarás en su hogar acompañada de Mary.

—¿Cree que es conveniente? —preguntó levantando su rostro, que había palidecido tras averiguar lo que ocultaba la misiva.

—Sí —aseguró sin dudar Sophia.

—¿Qué piensa usted, padre? —En sus ojos mostraba una súplica. Hasta ahora, cada vez que miraba a Randall de aquella manera, este se compadecía de ella y le daba otra alternativa. Sin embargo, el brillo de sus ojos marrones le indicaba que ambos estaban de acuerdo en que realizara aquella locura.

—Debes ir —aseveró Randall sin meditarlo ni un solo segundo.

—¡Por supuesto que debe ir! —repitió Sophia con autoridad—. Él ha dado su palabra y yo la mía —añadió.

—En ese caso... Si ambos están de acuerdo, lo haré —comentó Anne doblando esa carta en porciones tan diminutas que pudo ocultarla en el interior de su palma.

—Espero que sea un trato adecuado —intervino Randall.

—¿Puedo negarme si lo que me ofrece no me conviene? —soltó Anne, levantándose bruscamente del asiento.

—¡Por supuesto! —contestó Sophia con rapidez—. Si aquello que te sugiere no es de tu agrado, puedes rechazarlo de inmediato.

—Gracias...

—Ahora ve e informa a tus hermanas de que cenaremos antes de las cinco. Hablaremos de lo que le hicieron al pobre señor Giesler con vuestro

padre y de lo que acontecerá mañana. Además, debemos elegir las palabras adecuadas para informar a Mary que mañana ha de acompañarte —comentó Sophia con tranquilidad.

—Podría acompañarla Josephine y su arma —intervino Randall—. De este modo el honor de nuestra hija no... —Se quedó callado, pensando en el nombre que había dicho su esposa, se volvió hacia ella, abriendo los ojos como platos y soltó—: ¿Has dicho Giesler?

—Sí, querido, lo he dicho —afirmó caminando hacia él.

—¿Has dicho que ha sucedido algo con el señor Giesler y nuestras hijas? —insistió.

—Algo... Sí. Sucedió algo... —expuso evasiva.

—Y... ¿qué es ese algo, Sophia? Sabes que no es un hombre corriente, ¿verdad?

—¿No? —preguntó con tono inocente.

—No, es un futuro barón alemán —explicó el médico muy serio.

—Eso explica el color de su pelo, de sus ojos y de su piel... —prosiguió ella de manera misteriosa.

—Pero... ¿qué ha sucedido en mi ausencia? —preguntó Randall atónito.

—Anne, por favor, busca a tus hermanas e infórmales de lo que vamos a hacer mientras le explico a vuestro padre qué ha sucedido con... ¿lord Giesler? —espetó agarrándolo del brazo.

—Sí, madre —respondió Anne.

—Por favor... No me tengas en vilo, Sophia. Sabes que, en cualquier momento, puedo sufrir un infarto —dijo Randall mientras su hija se alejaba de ellos.

Anne caminó hacia la salida intentando controlar el temblor de su cuerpo. Al día siguiente iría al hogar del vizconde. Permanecerían a solas, hablarían... ¿Qué habría pensado hacer con ella? ¿Cómo había ideado el plan con tanta rapidez? Tras cerrar la puerta, apoyó la espalda sobre esta, miró el papel doblado y suspiró. Sería una locura y lo sabía. Aquella idea de permanecer al lado de aquel hombre era una demencia porque no podría parar de pensar en lo que ellos dos hacían en sus sueños. No sería capaz ni de respirar a su lado, ni de mantenerse cuerda, ni de... nada. Se llevó la mano izquierda hacia sus labios y se los acarició. Aún seguían sintiendo un roce imaginario, un beso inexistente, un tacto y una calidez soñados. Porque todo era irreal, como lo que veía por las noches...

—¿Qué ha sucedido ahí dentro? —le preguntó Elizabeth cuando la vio de

aquella manera tan extraña.

—¡Ven! —le dijo cogiéndole la mano y tirando de ella hacia las escaleras que las conduciría hacia el dormitorio.

—¿Qué ocurre, Anne? ¿Qué es lo que pasa? —preguntó Eli desconcertada.

—Quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre el hermano de Natalie.

—¿Sobre el marqués?

—No, sobre el vizconde de Devon —aclaró justo cuando se giraban hacia el pasillo izquierdo.

—¡Oh, Dios mío! —clamó Elizabeth aterrada—. ¡Ese hombre no te conviene! ¡Es un libertino! ¡Un hombre que no es capaz de amar a ninguna mujer porque no tiene corazón!

## *Capítulo XI*

Que pudiera conciliar el sueño con facilidad estaba descartado... Una vez que Mary apagó la lámpara que tenía sobre la mesita, pasadas las tres de la madrugada, Anne esperó en silencio a que se durmiera. No quería que su hermana descubriese que aún permanecía despierta porque se acomodaría en la cama e intentaría hablar sobre todos los puntos negativos que tendría la reunión, y no estaba dispuesta a escuchar otro sermón acerca de la sensatez femenina. Lo único que deseaba era tranquilizarse y asimilar sola las repercusiones de la inesperada citación.

Cuando escuchó los singulares ronquidos de su hermana, se levantó y se dirigió hacia la ventana. Al apartar la cortina observó cómo la luz de la luna iluminaba los alrededores de su hogar, dándole un aspecto bastante sereno. Colocó la mano derecha sobre el cristal, sintiendo sobre la piel el frío del exterior. Sin esperar a que la palma tomara la temperatura del resto de su cuerpo, la puso sobre el camión, justo por encima del pecho, para así aplacar los latidos de su corazón, pero no lo consiguió. Al contrario, este iba en contra de su dueña y, a modo de venganza, vibró con más fuerza. Desconcertada por esa inusual reacción, Anne pegó la frente en la ventana y suspiró. La incertidumbre por averiguar qué deseaba el vizconde de ella se hacía más angustiosa y su pesar aumentaba al tomar conciencia de que al día siguiente estarían juntos... de nuevo.

Su cuerpo, al pensar sobre ese acercamiento, se llenó de tanta energía que podría salir de la habitación y recorrer todas las calles de la ciudad sin cansarse. Era como si, desde lo más profundo de su ser, apareciera una fuerza extraña que intentaba vivir o sentir todo lo que nunca había vivido o sentido. Pero debía controlar esa emoción tan explosiva. No podía dejarse llevar nuevamente por unos sentimientos impulsivos. Cometió un error en el pasado, aprendió de él y ahora se había convertido en una mujer muy diferente.

Miró hacia el exterior y fijó sus ojos en la copa del árbol más alto del jardín. Este se balanceaba de forma semejante a los que veía en sus sueños. Así empezaba todo, con la llegada de un pequeño soplo de aire que hacía mover las hojas de los árboles y las llamas de la hoguera. Luego, todo se



apagaba e incluso el canto cesaba para dar paso a la figura masculina más perfecta que había conocido. Apartó la mirada del exterior y la centró en sus manos; le picaban y estaban inquietas, como le ocurría siempre que se colocaba frente a un lienzo en blanco. ¿Qué intentaban decirle? ¿Querían pintarlo? Pero... ¿cómo iba a ser capaz de plasmar en un cuadro el poder y la fascinación que él desprendía? Con un ligero movimiento se sentó sobre el alféizar, colocó la carta doblada sobre su camión blanco y se aferró a las rodillas para apaciguar el temblor. Aun así, seguían agitadas pidiéndole, con suaves temblores, que abandonara el dormitorio, que se encerrara en la habitación de pintura y que no perdiera más tiempo.

Respiró hondo, miró hacia el exterior y se centró en la imagen del hombre que despertaba en ella un instinto tan salvaje. No podía hacer una locura semejante. Ella no podía pintar el rostro de aquel hombre. Su mente libraba una batalla contra esa persistencia; le gritaba que debía rendirse al deseo y que no se opusiera más. Pero... ¿qué sería lo primero que pintaría de él? ¿Sus hombros? ¿Sus fuertes brazos? No, eso no era tan importante. Tras coger un carboncillo y elegir el lienzo idóneo, les daría forma a esos ojos puros, a esa mirada tan sincera. Marcaría sus cejas y pestañas oscuras y dejaría en blanco las circunferencias de sus iris, para darle el tono de azul cielo cuando terminara con el rostro. Enfatizaría la figura de corazón que presentaban sus labios, marcaría el mentón masculino, lo embellecería con esa barba negra y espesa y continuaría con el cabello. ¿Cómo le gustaba más? ¿Con el pelo suelto, moviéndose al compás de ese viento que aparecía en su sueño, o tal como lo llevaba en las dos ocasiones que lo había visto: amarrado en un lazo? Anne pegó otra vez la frente al cristal y un cerco de vaho caliente, debido a su respiración, se extendió por este. Levantó sin ser consciente la mano derecha, colocó la yema de su dedo índice en esa ligera muesca de vida y dibujó el contorno de los ojos que había pensado. Se alejó un poco, lo justo para admirar lo que había hecho y, de repente, algo en ella cambió. ¿Era entusiasmo? ¿O más bien se trataba de una locura? Anne no podía definir esa nueva actitud que se apoderaba de ella porque nunca había sentido algo parecido. Sin pensarlo, se puso de pie en el alféizar, sin acordarse que tenía sobre sus rodillas la carta del vizconde y que terminó de manera descuidada sobre el suelo, y empezó a expulsar todo el vapor que pudo por la boca para seguir dibujándolo. Durante algo más de una hora, aquella ventana se convirtió en el lienzo más apropiado para él. De arriba abajo, de derecha a izquierda, su respiración se convirtió en la tinta de colores que utilizaba para sus trabajos,

su dedo el pincel y sus muñecas las gomas con las que borrar aquello que no le resultaba exacto. Cuando terminó, cuando ya no le quedaba ni un minúsculo detalle que pintar de aquel rostro, apoyó los pies en el suelo, caminó hacia atrás y admiró su obra. La luna brillaba tanto que parecía un foco sobre la ventana. Sus rayos chocaban contra el cristal, atravesando solo las zonas que ella no había dibujado. Los ojos, las cejas, la nariz, los labios, la barba y ese cabello que finalmente pintó libre y agitado por el viento se presentaban con tal realismo que parecía respirar y observarla en silencio. Sin poder apartar la mirada de esas líneas tan perfectas, se llevó las manos al pecho y notó cómo este latía desenfrenado.

—Me resultas tan... vivo, tan... mío, que ahora mismo tiemblo de miedo —susurró—. Pero no puedo dejarme...

Un ronquido más agudo de lo habitual hizo que Anne apretara los labios y se girara hacia Mary. Aquellos rulos en la cabeza no le permitían respirar correctamente y, cada vez que se movía, resoplaba con fuerza. Después de confirmar que no se había despertado, se volvió hacia esa imagen que parecía acecharla y se quedó contemplándola durante mucho tiempo. ¿Qué querría de ella? ¿Por qué aparecía en sus sueños? ¿Por qué su cuerpo reaccionaba de manera extraña desde que apareció en su vida? ¿Sería la maldición o el miedo a que sufriera el mismo futuro que sus dos pretendientes? Mientras intentaba buscar respuestas a todas sus preguntas se agachó, cogió la carta, regresó a su cama, se tapó con la colcha y se quedó dormida mirando aquel rostro.



—¡Arriba! ¡Hoy no es un buen día para holgazanear! —exclamó Sophia tras abrir la puerta y encontrar a sus hijas durmiendo plácidamente—. Hay que hacer muchas cosas antes de que visitéis al vizconde —añadió al tiempo que caminaba hacia la ventana.

Anne abrió los ojos muy despacio, con cierta pereza. Era la primera vez en mucho tiempo que descansaba de manera semejante. ¡Incluso no había soñado con el vizconde! Esa idea la inquietó tanto que se sentó con rapidez sobre la cama. ¿Qué le diría a su madre cuando le preguntara sobre el sueño? ¿Debía mentirle o decirle la verdad? Pero su ansiedad cambió de sentido al descubrir que ella se dirigía hacia la ventana donde pintó el rostro. ¿Lo vería a

través de la luz del día? ¿Cómo fue tan descuidada que no lo limpió antes de irse a la cama?

—Ni se te ocurra bajar sin arreglarte —le dijo Sophia a Mary tras correr la cortina de la ventana izquierda, sin reparar en el motivo por el que la otra no estaba en su lugar. Se giró hacia la segunda de sus hijas y prosiguió—: Ya viste lo que ocurrió ayer y no estoy dispuesta a que tus hermanas se alteren de nuevo por tu culpa. Hoy es un día especial para la familia y nada debe preocuparnos salvo la reunión de Anne con el vizconde.

Al escuchar esa afirmación, Anne notó cómo su estómago se oprimía y cómo su corazón latía tan deprisa que los ecos de esas palpitaciones retumbaron en su cabeza.

—¿Estás preocupada, cariño? —le preguntó después de apartarle a Mary las sábanas con brusquedad—. No lo estés. Ya sabes que tu padre y yo te apoyaremos en cualquier decisión que tomes.

El rostro de Sophia, pese a esas palabras, mostraba contrariedad. No dudaba en la sensatez de su hija, pero estaba segura de que el vizconde se había propuesto ofrecerle algo que no podría rehusar.

—¡Levántate de una vez! —le gritó a Mary cuando esta, al sentir el frío en su cuerpo, alargó la mano hacia los pies de la cama y se volvió a tapar.

—Cinco minutos más... —pidió tras colocarse la almohada sobre ese nido de rulos metálicos.

—Le he dicho a Foderhy que suba una taza de café bien cargada —le explicó Sophia quitándole de nuevo las sábanas—. Espero que eso sea suficiente para moverte.

—No piensa, madre —comenzó a decir Mary mientras se desperezaba—. Si me hace ingerir más café de lo habitual, mi cuerpo reaccionará de manera contraria a la que desea.

—¿Sabes qué está intentado decirme? —le preguntó a Anne mientras abría los ojos como platos.

—No —respondió la primogénita colocando los pies en el suelo—. Pero seguro que la respuesta la tendrá en el libro que guarda bajo la cama.

Al escuchar Mary aquella afirmación, se levantó con rapidez del colchón y se dirigió hacia el baño. No era apropiado, para una vez que lo hacía, que su madre leyera el título del libro que escondía. ¿Qué pensaría de ella al descubrir que había cogido una de las novelas de Elizabeth? ¡Que se había vuelto loca! Y tal vez tenía razón porque ni ella misma sabía el motivo por el que, después del enfrentamiento con aquel maldito caballero, deseó llenar su

cabeza con tonterías.

—No te demores —le dijo Anne antes de que su hermana cerrara la puerta.

—No te preocupes, solo quiero vaciar mi vejiga para poderla llenar de nuevo con lo que ha determinado nuestra madre que necesito.

—¡Mary Moore! —exclamó Sophia poniendo las manos en la cintura—. ¿Te burlas de la mujer que te dio la vida? ¿Quién te llevó en su vientre durante unos angustiosos nueve meses y medio?

—¿Nueve meses y medio? —preguntó enarcando las cejas—. Ya puedo confirmar que soy inteligente desde aquel entonces. Sabía que el mundo era bastante memo para que una mujer tan erudita como yo naciera en él —replicó antes de cerrar la puerta.

—¡No sé qué voy a hacer con ella! —exclamó airada Sophia—. ¡Nadie puede frenar esa lengua tan insolente!

—No se angustie, madre. Cuando aparezca el hombre del que habló Madeleine, empleará su lengua para otra cosa —comentó divertida Anne.

—¡No digas bobadas, Anne Moore! ¡Tu hermana no es como tú!

Y, en ese momento, se sintió la mujer más estúpida del mundo.

—Shira te vestirá. Le he ordenado el vestido que debes llevar.

—¿Cómo? —preguntó aturdida—. ¿No confía en mi elección?

—Por supuesto que no. Últimamente muestras una imagen bastante inapropiada. Así que, desde este momento, te advierto que como lleves una prenda de color naranja, abriré tu armario mientras estés fuera y quemaré toda aquella que me produzca repelús —dijo con tono severo.

—Señora... —habló la empleada justo cuando Anne tenía pensado decirle que no debía amenazarla ni proyectarle la furia que le creó Mary.

—Adelante —indicó la señora Moore.

Sophia caminó hacia la puerta una vez que Shira empezó a buscar el vestido en el armario, miró a su hija, luego a la doncella y apuntó:

—Que no se arregle el pelo ella misma. Quiero que la peines tú y que no le hagas ese absurdo recogido que se empeña en llevar. Déjale algunos mechones sobre sus hombros, pero que no oculten su rostro.

—Sí, señora —dijo Shira cogiendo la prenda elegida y caminando hacia la joven.

Anne, cuando descubrió el vestido que debía llevar, miró de reojo a su madre, que se encontraba inmóvil en la entrada, y apretó los labios para no replicar tal decisión. ¿Por qué se había propuesto arreglarla como si fuera a

una fiesta? ¿Acaso no era consciente de que iba a mostrar una imagen errónea al vizconde? Ella no pretendía seducirlo con el escote de aquel vestido de color rosa pastel, ni que se distrajera observando cómo unos tirabuzones tocaban ligeramente la piel de sus hombros. Ella necesitaba que él hablara sobre el acuerdo, meditar sobre si le interesaba o no y salir de allí lo antes posible.

—¡Mary Moore! ¡Sal del baño de una vez o te quemaré los libros en la chimenea del salón! —gritó Sophia al darse cuenta de que estaba tardando más de lo que había prometido.

—¿Cómo puede expresar tal herejía? —replicó la muchacha abriendo con rapidez la puerta.

—Porque sabes que lo haré —le respondió con firmeza.

—¡Por el amor de ese Dios que evocáis constantemente! —exclamó Mary mientras se llevaba las manos hacia los rulos—. ¿Acaso hoy no puedo mingitar tranquila?

—¿Mingi... qué? —preguntó Shira mirando a la segunda de las hermanas con aspereza al ver cómo esta se quitaba los rulos de manera inadecuada.

—Mingitar —repitió Mary caminando hacia el armario—. La función que realizamos algunos seres vivos para vaciar lo que contenemos en nuestra vejiga —añadió—. Las mujeres tenemos un...

—¡Ni se te ocurra seguir hablando sobre ese tema! —tronó horrorizada Sophia—. No es momento de conversar sobre un asunto tan grosero.

—¿Ha dicho grosero? —espetó Mary volviéndose hacia su madre con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Oh! ¿Qué han captado mis oídos? ¿Puedo concluir que aún no está todo perdido en esta familia? —prosiguió burlona.

—Mary Moore —comenzó a decir Sophia andando lentamente hacia su segunda hija—, ¿crees de verdad que la inteligencia que posees proviene de tu padre?

—¿De quién si no? —respondió con altanería.

—Pues te equivocas...

—Yo no estoy tan segura. Según algunos estudios que he...

Se quedó en silencio al levantar su madre un dedo de la mano derecha.

—Elimina todo lo que tienes en esa testaruda cabeza y sé, por una vez, una mujer respetable. Quiero que hoy te comportes adecuadamente en el hogar del vizconde. Si Anne me informa que has ocasionado algún altercado, utilizaré todos mis encantos de mujer para que tu padre acepte excluirte de sus próximas reuniones médicas —aseveró colocando sus manos en la cintura.

—Padre no lo aceptará —le desafió entornando los ojos—. Él, mejor que nadie, adora mis réplicas y no querrá perderse cómo su erudita hija destroza cualquier planteamiento irracional masculino.

—Yo que tú no estarías tan segura. Porque, una vez que cierre la puerta de nuestro dormitorio, él hará todo lo que yo le pida —comentó mordaz.

—¡Por favor! —exclamó Mary poniendo los ojos en blanco—. ¡Juega con ventaja!

—¿Y? —perseveró Sophia sin reducir su tono cruel de voz.

—¡No tardaré ni un minuto de más! —alegó caminando hacia Foderhy, la doncella que se encargaba de atenderla y que aguardó fuera de la habitación hasta que terminó la trifurca que madre e hija mantenían.

Mientras Shira le ajustaba el vestido a Anne, Mary no cesaba de refunfuñar sobre lo injusta que era la vida para ella. Murmuraba sobre su felicidad y sobre lo único que necesitaba para alcanzarla: vivir rodeada de libros sin que nadie la interrumpiera. Pero Anne apenas la escuchaba. Estaba sumida en sus propios pensamientos. Continuaba preguntándose el motivo por el que su madre intentaba darle una apariencia tan elegante y tan diferente a la que ella deseaba tener. ¿Por qué motivo le había vetado el color naranja si sabía que le encantaba? Si existía una tonalidad que pudiera definirla con exactitud era esa. No solo expresaba un carácter alegre, sino también mostraba al mundo que no le importaba la opinión que tuvieran sobre ella. ¿O no era así?

—Contenga la respiración —le pidió Shira a Anne mientras le ajustaba los lazos de la espalda.

—Si lo ves conveniente, que deje de respirar durante unos minutos a ver qué le sucede —comentó mordaz Mary al escuchar las palabras de la sirvienta.

—No le hagas caso —intervino Anne—. Es que aún no se ha tomado el café que le ha prometido nuestra madre.

—¡Oh, disculpe! —exclamó Foderhy apartando las manos del vestido de Mary para llevárselas a la boca—. Lo he dejado en el aparador del pasillo.

—¡Frío! —dijo Mary atravesando la habitación a grandes zancadas—. ¡Voy a tener que tomármelo frío!

—Lo... lo... lo siento, señorita Moore —expuso afligida la doncella.

—No te preocupes, se lo tomará de cualquier forma —dijo Anne tras caminar hacia la banqueta que había frente al tocador.

Ahora tocaba el turno del peinado. Shira acataría la orden de su madre

sin rechistar. Así que, cuando terminase con ella, estaría preparada para asistir a una fiesta en vez de acudir a una reunión con el vizconde.

—¿Seguimos con la batalla? —preguntó Mary cuando apareció en la habitación.

Una hora después, ambas hermanas salieron de la alcoba, caminaron despacio por el pasillo, sin dejar de mirarse una a la otra y, justo al llegar a la escalera, mostraron su mejor sonrisa al ver que Sophia las esperaba en la puerta.

—¿Tenemos su aprobación? —preguntó con cierta inquina Mary—. ¿O desea que regresemos para cambiarnos?

—Solo os falta una cosa —respondió su madre obviando el comentario mordaz de su hija—. Esta mañana hace bastante frío —comentó Sophia tras abrir la puerta y sentir una suave brisa del exterior—. Poneos los abrigos y llevad vuestros manguitos.

—Los guantes mantendrán calientes mis manos —comentó Mary mientras Shira la ayudaba a colocarse el abrigo—. Si me pongo el manguito, sudarán como si estuviéramos en pleno verano.

—¿Anne? —le preguntó Sophia enarcando la ceja izquierda.

—Opino igual que Mary —respondió.

—No os entretengáis demasiado cuando abandonéis la residencia del vizconde. Como podéis imaginar, todas estaremos en un sinvivir hasta que sepamos qué desea —dijo Sophia apartándose ligeramente de la puerta.

—Sí, madre —contestaron al unísono.

Después de que las dos le dieran un beso en la mejilla a Sophia, salieron hacia el exterior donde el cochero las estaba esperando. La primera en acceder al interior fue Anne y Mary la siguió tras echar un rápido vistazo a la entrada del hogar y confirmar que su madre aún permanecía agarrada al pomo de la puerta, con la mirada clavada en ellas.

—Espero que la reunión sea breve —comentó Mary una vez que el cochero azuzó a los caballos—. Porque estoy en la mejor parte del libro.

—¿Qué estás leyendo ahora, Mary? —le preguntó Anne tras extender el vestido en el asiento.

—Es... Se trata... —vaciló durante unos segundos—. Es un artículo sobre los procedimientos antisépticos que explicaba el médico Semmleweis —mintió.

Era mejor eso que decir la verdad. ¿Qué pensaría Anne si le confesaba que estaba leyendo *Orgullo y Prejuicio*? Tal vez que su corazón al fin se había

despertado de ese letargo al que lo sometía y después comenzaría un discurso sobre el trato adecuado hacia un caballero. Así que, para no discutir un tema tan absurdo, decidió seguir ofreciendo la imagen de mujer racional. Ninguna de sus hermanas debía sospechar que, tras descubrir la reacción tan absurda del caballero rubio con ojos azules, ella decidió indagar, de manera científica, sobre la mente de los hombres. Sin embargo, una vez que bajó hasta la biblioteca y revisó tomo por tomo todos los acuerdos científicos sobre el cerebro humano, visitó la sección de libros de Elizabeth y eligió aquel que, al parecer, describía muy bien su carácter y la actitud del titán alemán.

—Y, ¿por qué estás tan intrigada con ese médico? —perseveró Anne, apoyándose ligeramente en el asiento.

—Porque si tiene razón, muchas enfermedades que aparecen tras un parto pueden evitarse con un simple acto de limpieza antes de ser atendidas. Según su teoría, hay microorganismos en nuestras manos —se quitó los guantes y se las mostró a Anne— que se pueden transmitir incluso por una leve caricia y llegan a ser mortales. Con lo cual, te recomiendo que no te quites los guantes nunca. Alguien podría rozar tu mano y envenenarte sin tú ser consciente —apuntó con sarcasmo al tiempo que volvía a taparlas.

—¡Por el amor de Dios, Mary! Si estuvieras en lo cierto, todo el mundo debería cubrir su cuerpo con un guante gigante —exclamó Anne arrepentida de haber preguntado.

—Sería suficiente con que las modistas confeccionaran unas prendas que cubran nuestras cabezas y, como consejo, deberían de rasgar la tela por la zona de los ojos. De este modo, podríamos ver qué tenemos enfrente y evitar contagiarnos de enfermedades que...

—¡Basta! ¡No continúes! Prefiero infectarme por mil bichos de esos que dices a cubrir mi cuerpo con ese tipo de vestimenta —refunfuñó antes de apartar la mirada de su hermana para fijarla en la ventana.

¿Su madre había elegido bien al utilizarla como acompañante? ¿Pues se había equivocado! ¿Qué haría Mary después de leer una cosa tan absurda? ¿Rechazaría el saludo del vizconde al pensar que sus labios podrían transmitirle algún tipo de enfermedad? ¿Empezaría una conversación sobre todos los pros y los contras que conllevarían un saludo cortés? Anne cerró los ojos y resopló. Sin lugar a dudas, el desastre estaba de su lado. Solo rezaba para que el vizconde pudiera hablar sobre qué había pensado antes de que las echara de su residencia a patadas.

Una vez que el carruaje paró, abrió los ojos y miró a Mary. Esta seguía



con la mirada perdida, posiblemente pensando en algo que le producía resquemor, supuso al ver su rostro bastante avinagrado. Sin querer averiguar qué le producía esa acritud, se agarró el vestido y bajó cuando el cochero le abrió la puerta. Acto seguido, bajó Mary que, como había deducido, no aceptó la mano del empleado porque no llevaba guantes.

—¡Por Cristo! —exclamó Mary al contemplar el hogar del vizconde—. ¡Es preciosa!

—Como todas las que poseen los aristócratas —comentó con desdén Anne.

—Pues yo me pasaría mucho tiempo en esa zona del jardín —apuntó señalando con la barbilla un balancín de color blanco colocado justo al lado de una fuente redonda de mármol oscura.

—¿Con un libro? —espetó con sarcasmo la mayor.

—¡Con cientos! —respondió Mary tras frotarse las manos.

Durante el breve paseo que realizaron desde la entrada hasta la puerta principal, ambas permanecieron en silencio observando con atención la residencia del vizconde. Pero cuando subieron la escalera y Anne estuvo a punto de llamar para que les abriera, se volvió hacia su hermana y le dijo:

—Compórtate adecuadamente.

—Ya te he prometido mil veces que lo haré —comentó desesperada—. Lo que sucedió ayer no tuvo nada que ver con lord Bennett, sino con ese engreído y maleducado señor Giesler. Ah, no perdona, que ya sé que es barón... ¡pues con lord imbécil Giesler!

—Solo actuó como cualquier persona haría en su lugar al verte de aquella forma —aseguró Anne a modo de regañina.

—¿Recuerdas que me llamó bruja? —masculló Mary frunciendo el ceño y apretando los puños—. ¡Se tragará sus palabras! ¡Algún día se tragará esas malditas palabras! —sentenció.

—¡Mary, por Dios! —exclamó Anne poniendo los ojos en blanco.

—Si Dios existiera, cosa que me niego a creer, me dará la oportunidad de encontrármelo de nuevo y le haré pagar cada palabra despectiva que me ofreció —declaró con solemnidad—. La única pena que siento es la de no haber tenido piedras en vez de unos míseros rulos. Lo habría lapidado en ese momento.

—Padre te encerrará en la habitación como intentes asustarlo de nuevo.

—Aceptaré con gusto dicho castigo, si me permite llenar la habitación de libros que apacigüen mi soledad —manifestó sonriendo perversa.

—Quizá debería negarte a leer durante varias semanas, así aprenderás a comportarte —le reprendió Anne al tiempo que dirigía su mano hacia la aldaba para llamar.

—Como se te ocurra sugerirle esa opción, le diré a padre que al fin creo en esa absurda idea de la maldición y que lo mejor para todos es que degollemos diez gallos y que te bañes con su sangre —la amenazó.

—¡No te atreverías! —exclamó abriendo los ojos como platos.

—Ponme a prueba —afirmó con severidad.

—Buenas tardes, señoras. ¿Qué desean? —le saludó Kilby tras abrir la puerta. Primero miró a una y luego, a la otra. Ambas mujeres eran muy parecidas, aunque una de ellas, la de ojos marrones, mostraba un semblante más amable. Sin embargo, la otra, quien poseía unos hermosos ojos azules, exhibía una dureza en su rostro más propia de un burro que el de una dama.

—Buenas tardes, somos las señoritas Moore. El vizconde nos espera —dijo después de tomar aire y encontrar algo de calma.

—Pasen, por favor —les respondió el mayordomo apartándose de la entrada—. Si son tan amables de darme sus abrigos.

—Por supuesto —respondió Anne al tiempo que se desabrochaba los botones.

—¿Una mañana fresca, verdad? —preguntó Kilby con amabilidad a ambas mujeres.

—No tan fresca como la que podríamos tener si viviéramos en el Polo Norte, pero sí, es algo fría para los débiles cuerpos de la aristocracia londinense —contestó Mary sin poder apartar la mirada del interior de la residencia del vizconde.

—Disculpe a mi hermana —dijo con rapidez Anne—. Odia el frío y, como puede apreciar, no le sienta nada bien a su cabeza.

Ante ese comentario, Kilby suavizó su rostro y miró compasivo a la mayor de las dos hermanas. Sin embargo, cuando Mary le ofreció el abrigo, lo sostuvo como si tuviera piojos.

—Si son tan amables de seguirme, el vizconde las espera en la biblioteca.

Mary sintió cómo revoloteaban mil mariposas en su estómago. Los ojos le brillaron ante la emoción y una sonrisa cruzó su rostro. ¿Cómo sería la biblioteca del vizconde? ¿Sería un hombre culto? ¿Se habría leído todos los libros que guardaba en las estanterías? ¿Le permitiría leer mientras ellos dos charlaban sobre ese acuerdo? Se frotó las manos, como una niña pequeña que

está a punto de abrir un regalo, miró a Anne y agrandó aún más la sonrisa.

—Este vizconde parece agradable —murmuró.

—¿Cómo puedes decir eso si aún no lo has conocido? —respondió Anne entornando los ojos.

—Solo por habernos citado en la biblioteca tiene mi absoluta aprobación.

—Pero ¿no has dicho siempre que odias a los hombres? ¿Que todos te parecen asnos con orejas cortas? —masculló.

—Bueno, pero este parece diferente. Además, yo no busco un esposo al que humillar con mi gran intelecto. Lo único que deseo es una buena biblioteca en la que poder pasar el tiempo y, si el vizconde la posee, estaré encantada de ofrecerle tu mano —susurró.

—¡Mary! —exclamó indignada en voz baja—. ¡Esto no podré ocultárselo a nuestra madre!

—Acuérdate de los gallos... —le recordó antes de estirar la espalda y caminar con serenidad hacia el lugar más idílico para ella.

## Capítulo XII

Logan miró el reloj de bolsillo por sexta vez. Estaban a punto de llegar. Caminó de un lado a otro, inquieto, ansioso por verla aparecer y averiguar qué sucedería cuando se encontraran de nuevo. Regresó a su sillón, se sentó y cogió la carta que el propio señor Moore le escribió para informarle de que su hija, acompañada por Mary, la segunda de las hermanas, lo visitarían a la hora acordada. Con el papel en su mano derecha miró hacia la puerta y sonrió. Desde que recibió la notificación, no pudo permanecer ni un solo instante tranquilo. En menos de diez minutos ideó un plan. Uno en el que debía controlar todo aquello que sucediera cuando ambas hermanas accedieran a su hogar. Esta vez no iba a permitir que Anne se desmayara frente a él ni permitiría que la presencia de su hermana le impidiera averiguar aquello que le rondaba por la cabeza desde que sus labios tocaron la boca de Anne. Así que le pidió a Philip, quien seguía aún en su hogar saciando su sed, que indagara sobre esa hermana y descubriera qué le agradaba. Si la mantenía entretenida con aquello que le interesaba, ambos podrían tener algún que otro momento de intimidad para charlar con libertad.

Lógicamente, tras pedirle el favor, Giesler se negó en rotundo a cumplir la misión alegando que, aquella mujer fue quien le lanzó los proyectiles metálicos y le causó el susto más grande de su vida. Sin embargo, después de ingerir dos copas más de su mejor *whisky*, aceptó el encargo y salió en busca de respuestas. Mientras tanto, Logan empezó a llevar a cabo todo aquello que le cruzó por la cabeza. Hizo que la cocinera preparara dulces, que la fuente en la que estarían los pasteles añadiese algunos dátiles que adquirió en su último viaje a Magreb, que buscara el mejor té que tenían en la alacena y que compraran el café más sabroso de Londres. Ordenó a varias sirvientas que adornaran su hogar con las flores más hermosas que encontraran en el jardín. Habló con su ayuda de cámara para que él mismo escogiera el traje que realzara su hombría y que lo almidonara.

No cesó de organizar para tener el control total de la situación, hasta que el reloj marcó las ocho de la tarde y uno de los sirvientes le anunció que la cena estaba preparada. En el momento que tomó asiento y se dispuso a

servirse una copa de vino, Kilby le comunicó que el carruaje del señor Giesler acababa de acceder al jardín. Una sonrisa le cruzó la cara al entender que el deseo de su criado era anticiparse a esa aparición puesto que, una vez que atravesara la puerta principal, Philip no permitía que nadie lo anunciara correctamente.

Tras la salida de Kilby, se levantó, caminó hacia la licorera, llenó dos copas y las mantuvo en sus manos hasta que su amigo apareció como siempre, sin pedir permiso. Pero la sonrisa que había dibujado con anterioridad desapareció al observarlo, porque Giesler mostraba un semblante serio, airado e incluso resentido.

—*¿Qué has descubierto? —le preguntó caminando hacia él con las copas alzadas.*

*Enfadado, Philip se acercó, cogió una copa, se la bebió de un trago y, como no le pareció suficiente, se adueñó de la otra e hizo lo mismo.*

—*Verdammt Leute!*<sup>5</sup> —*exclamó después de beberse el licor.*

—*¿Qué diablos ha pasado? ¿Con quién has hablado para que vengas de tan mal humor? —perseveró Logan.*

—*¡Maldita sea! ¡Malditos bastardos! —tronó enfadado mientras se dirigía hacia la mesa obviando la presencia de su amigo.*

—*¿Qué ocurre, Giesler? —insistió Bennett girándose con rapidez sobre sí mismo y andando a grandes zancadas—. ¿Tan horrible ha sido? ¿Qué te han dicho? ¿Qué información has obtenido?*

—*No me gusta comerme la comida fría —comentó Philip al mirar los platos—. Además, necesito recobrar algo de fuerzas antes de salir de aquí y arrancar cabezas —refunfuñó.*

—*¿Quieres decirme de una vez que diablos ha sucedido! —gritó desesperado.*

—*Siéntate y hablemos con calma. Hoy debes sacar esa parte sensata de la que siempre hablas para apaciguarme, porque de lo contrario mañana tendrás que sacarme de la cárcel —le pidió sin relajar su tono airado.*

*Logan, atento a las palabras de su amigo y sin apartar los ojos de ese enorme cuerpo tan tenso como las cuerdas de un violín, caminó despacio hacia su silla, se sentó y se cruzó de brazos.*

—*¿Con quién has hablado? ¿Qué te han dicho sobre esa hermana para que aparezcas de esta manera? ¿Es que alguien afianzó tu teoría sobre el carácter agrio de la mujer? ¿Crees que será incapaz de apartarse de su*

hermana? —consideró con el tono de voz que su amigo le había pedido.

—No tiene un carácter agrio —masculló Philip—. Lo único que posee esa joven es una inteligencia sublime.

—Eso no es malo, ¿o sí? —insistió Logan.

—Según para quién... —comentó antes de trincar un trozo de carne que él mismo había cogido de la bandeja y cortarlo como si desgarrara la piel de un adversario—. Tras indagar por las calles de Londres, he conseguido hablar con la única persona que conoce a la perfección a la familia Moore —anunció masticando esa pequeña porción de carne.

—¿Quién?

—El doctor Flatman —desveló al tiempo que volvía a sesgar el filete.

—¿Y? —Logan descruzó sus brazos y tomó la copa de vino que tenía sobre la mesa.

—Al principio, rehusó hablar sobre la familia Moore porque, según él, les une una gran amistad. Tuve que aclararle al buen médico que no deseaba entrometerme en la vida familiar de su colega de profesión, sino que lo único que deseaba era interesarme por una de las hijas —explicó depositando el tenedor con ese trozo de filete sobre el plato—. Al desvelarle el nombre de la joven en cuestión, se quedó blanco como si, de repente, hubiera enfermado.

—¿Tan horrible es? ¿Es de las cinco la hermana más fea? ¿Posee algún defecto físico? —preguntó Logan abriendo los ojos como platos.

—¡No! —contestó Philip con rapidez—. ¡Ella no es fea, ni tiene defectos! Es cierto que no posee la belleza de la pequeña Elizabeth, pero su cuerpo es tan... Como iba diciendo —cambió rápidamente de tema al recordar de nuevo las curvas de Mary bajo el camisón—, el buen doctor se quedó anonadado al pronunciar el nombre. Una vez que se recompuso, me informó que, si andaba buscando una esposa, él tenía dos hijas encantadoras que superaban en belleza a la segunda del señor Moore.

—¿Pensó que buscabas una esposa? —soltó divertido Logan.

—Así mismo. No me ofreció algo con lo que saciar mi sed, pero sí algo con lo que matarme antes de salir de su casa —explicó Philip muy serio.

—¿Qué más?

—Tras asumir que mis intenciones estaban muy alejadas de hallar una esposa que sesgara mi vida, me invitó amablemente a que me marchara de su hogar porque, según sus principios morales, no podía conversar sobre ninguna familia de Londres —expuso mordaz.

—Pero... ¿no me has dicho que hablaste con él?

—En efecto.

—¿Cómo le hiciste cambiar de opinión? ¿No le amenazarías, verdad? Sabes que no tolero las...

—No le amenacé —aseguró Philip—. Lo único que hice fue sacar de mi bolsillo la talega que me diste antes de salir.

—Y, ¿aceptó el pago? ¿No se sintió humillado al ver que lo compensabas por la confesión? —quiso saber.

—¿Humillado? Yo no lo definiría como tal... —masculló con sarcasmo—. El buen hombre apiló los billetes en una pequeña montaña, abrió uno de los cajones de su escritorio y los metió dentro mientras me sonreía muy feliz.

—Bueno, todo el mundo sabe que su esposa es una mujer muy caprichosa y seguro que esa suma le servirá para pagar algunas facturas —alegó Logan antes de dar un pequeño sorbo a la bebida.

—¡Me da igual dónde invierta el pago! —exclamó airado de nuevo—. Pero juro por mi honor que ese hombre no velará por la vida de ningún miembro de mi familia. No posee ni un solo valor moral de los que declara y puede decirte todo lo que ansíes si un bolsillo de tu chaqueta suena. ¡Bastarda rata podrida! —tronó enfado de nuevo.

—Philip, por favor, céntrate en la conversación que mantuviste y no pienses más en el carácter inmoral de médico. ¿Qué te dijo de ella? ¿Qué información obtuviste para que entres en mi hogar con esa acritud? Solo te he visto de esta manera tan sanguinaria cuando alguna de tus amantes rechaza tus encantos —comentó burlón.

—He de confesarte que preferiría ser rechazado por mil mujeres a mantenerme impasible tras el descubrimiento —masculló.

—Pero... ¿quieres decirme de una vez qué ha sucedido? ¿Tal vez has descubierto que la gente también piensa que está maldita? —preguntó Logan.

—No, por suerte para ella, su maldición no tiene nada que ver con matar a sus pretendientes, es más, según parece ningún hombre se ha atrevido a cortejarla —contestó sarcástico.

—¿Por su hermana?

—No, por ella misma —afirmó. Cogió la botella de vino, le quitó el corcho con los dientes y se llenó la copa que tenía frente al plato—. El honorable doctor me ha explicado que la segunda hija de Randall Moore

*posee una mente tan brillante que asusta al intelectual más destacado de Londres.*

*—¡Por Cristo! —exclamó Logan aliviado—. ¿Ese es el misterio? ¿Por eso vienes tan ofuscado? Ha de ser muy duro para ti entender que la única mujer que ha rechazado tu presencia posee una mente portentosa —expuso burlón Logan.*

*—¿Crees de verdad que me asusta una mujer inteligente? —preguntó enarcando las cejas rubias—. Porque si la respuesta es sí, estás muy confundido. Tras averiguar cómo es, más ganas tengo de saber qué esconde bajo esa mata de cabello entubada.*

*—¿Qué has descubierto de ella para que haya crecido ese extraño interés en ti? —dijo Logan atónito.*

*—Según Flatman, esa muchacha acompaña a su padre a todas las asambleas que celebran los doctores una vez por semana. Me contó que ella debate de manera enérgica principios médicos que ha leído en diferentes artículos o manuales. Tiene un carácter tan seguro y firme que destruye cualquier declaración errónea sobre principios médicos. —Tras las frases, se tomó un largo sorbo de vino, se reclinó en el asiento y miró a Logan sin pestañear—. También me desveló que en la última reunión que se celebró, varios jóvenes estudiantes intentaron rebatir un tema sobre una nueva enfermedad y ella les hizo callar exponiéndoles todos los conocimientos que poseía sobre dicho asunto.*

*—Interesante... —murmuró tocándose la barbilla—. No pensé que una de sus hijas hubiera heredado la habilidad del señor Moore y que este le permitiera hablar libremente delante de sus semejantes. Aunque es comprensible. Ya viste cómo mi hermano ha tratado a Evah. Parece que la sociedad al fin está cambiando con respecto a las mujeres.*

*—No todo el mundo piensa como tu hermano —apuntó cruzándose de brazos—. Pero es cierto que el doctor Moore es muy especial y mantiene un trato digno de elogiar. Al parecer, padre e hija visitan enfermos de los barrios pobres, esos que no pueden pagar ni un mísero mendrugo de pan. Según Flatman, Moore permite que su hija los asista. Y... ¿sabes qué piensan de ella?*

*—No.*

*—Que es maravillosa, que es la mujer más benévola del mundo y que no saben cómo agradecerle la solidaridad que muestra al permanecer junto a ellos y sanarlos.*



—Tal como indicas, la segunda hija del señor Moore es una mujer admirable. Muchas personas no serían capaces ni de pisar la calle en la que vive esa pobre gente —dijo Logan sin apartar los ojos del rostro de Philip que, por momentos, se hacía más sombrío.

—Esa bondad ha tenido consecuencias... —Tomó aire, frunció el ceño y prosiguió con voz ruda—. Otra de las cosas que me dijo el señor Flatman es que se ha creado un pequeño grupo de adversarios masculinos que intentan humillarla cada vez que acompaña a su padre a las asambleas.

—Imagino que a muchos hombres no les agrada encontrar una mujer con ese tipo de intelecto y caridad —comentó Logan observando todos los gestos de su amigo.

—Suelen reírse de ella. Se mofan de sus conocimientos y le recriminan el hecho de que estudie tanto para no ser nada en la vida. ¡Los muy cretinos le aconsejan que deje de leer y que se centre en buscar un marido que la soporte! —masculló. Se incorporó, volvió a echarse vino y se lo bebió de un solo sorbo—. Flatman ha sido bastante discreto al hablar de las opiniones que poseen los otros médicos sobre Mary. Pero antes de marcharme me confesó que, si algún día él enfermara, no dudaría ni un solo instante en ponerse bajo su cuidado.

—Entonces, tiene mi absoluta admiración —dijo Bennett levantando la copa para brindar. Sin embargo, se quedó con la copa alzada porque Philip no aceptó el brindis.

—Lee todo aquello que cae en sus manos, aunque prefiera los libros que puedan aportarle más formación sobre medicina —prosiguió mirando a su amigo con desconfianza.

—Bien, buscaré todos los que tenga en mi biblioteca sobre ciencia y medicina y los colocaré ante sus ojos —apuntó Logan bajando la copa sobre la mesa—. ¿Quieres decirme algo más? Porque puedo leer en tu rostro que tienes muchas cosas que contarme sobre ella.

—No. La vida de Mary es bastante sencilla. Lo único que observas en mi cara es la rabia que me ha generado descubrir que la mayoría de los hombres que viven en esta ciudad son unos completos insensatos. ¿No podrían escucharla? ¿Tanto odio puede ocasionar el hecho de que una mujer sepa utilizar su cabeza para algo más que para lucir un bonito peinado? —comentó Philip apretando la mandíbula.

—Bueno, tal vez, como me dijiste al llegar esta mañana, su mal carácter también haya ayudado a que la describan de esa forma.

—Eso no explica que deseen humillarla y, sobre lo que he comentado de Mary esta mañana, queda olvidado. He de recordarte que invadí su privacidad y me recibió tal como merecí —la defendió.

Sus ojos mostraron tanta cólera que Logan se mantuvo en silencio. Era cierto que Philip adoraba a las mujeres y las protegía cada vez que tenía la ocasión. Pero siempre lo hacía con un objetivo: yacer con ellas. Sin embargo, esta vez era diferente: ni Mary Moore se encontraba presente para ver cómo la ira de Philip aparecía al descubrir que ella era humillada por otros hombres, ni caería en sus brazos rendida ante un acto de protección hacia una damisela en apuros. Fuera lo que fuese, su amigo había cambiado drásticamente de parecer tras averiguar quién era la segunda hija de Randall Moore.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Cómo has pensado apartar a Mary de vosotros? —le preguntó Philip a Logan, después de ese silencio en el que solo se escuchó cómo respiraba hondo.

«Cuidado —pensó Bennett—, acaba de llamarla, por cuarta vez, por su nombre de pila y eso no es habitual en Philip. Más te vale que midas tus palabras si no quieres ver cómo te lanza ese tenedor que ha estado a punto de partir».

—Solo necesito que me deje algo de tiempo para estar a solas con su hermana —le informó con tranquilidad.

—¿Cómo lograrás esa intimidad? —espetó entornando sus ojos claros.

—Utilizando la información que me has ofrecido —continuó con voz relajada—. Las recibiré en la biblioteca, un lugar que... Mary adorará. Esta noche buscaré todos los libros que puedan interesarle y, si no erro en mi conjetura, cuando aparezca por la puerta y descubra esos tomos, me pedirá permiso para revisarlos y leerlos. Cuando acepte su petición, conduciré a Anne hasta la mesa de mi despacho y allí estaremos alejados de su hermana para hablar con cierta tranquilidad.

—Bien —dijo Philip levantándose del asiento de manera brusca, como si tuviera prisa por marcharse—. Espero que la trates como se debe.

—¡Por supuesto, ante todo soy un caballero! —exclamó enojado Logan—. Cuando Anne salga por esa...

—No me refería a ella, sino a Mary. Espero que no la humilles como hacen todos los demás —declaró colocando las manos sobre la mesa.

—Confía en mí, Philip. No voy a hacer nada indebido con ninguna de

*las dos —manifestó solemne.*

*—Perfecto, tengo tu palabra. Ahora, si me disculpas, he de indagar sobre quiénes son esos hombres que desean degradar a mujeres como Mary y hacerles entrar en razón —masculló.*

*—No pretenderás pelearte con todos aquellos que han despreciado a la señorita Moore, ¿verdad? Porque deberías comenzar por golpearte a ti mismo. Te vuelvo a recordar que esta mañana...*

*—¡Ni soy como ellos, ni he querido insultarla! —gritó Philip—. ¡Jamás humillaría a una mujer que dedica su vida a velar por la salud de los demás! ¿Quién te crees que soy, Bennett?*

*—Está bien... —dijo con rapidez Logan confirmando sus hipotéticas sospechas—. Que tengas una buena noche —declaró a modo de despedida.*

*—La tendré cuando haya eliminado esa plaga de ineptos —sentenció antes de girarse hacia la puerta y salir de allí dejando a su paso una estela tan sombría que provocaba escalofríos.*

Logan se levantó de su asiento al escuchar el ruido que produjo un carruaje al acceder en su jardín. Corrió hacia la ventana, apartó con cuidado la cortina y las espío hasta que se colocaron frente a la entrada. Alterado, emocionado al verla llegar, regresó a su asiento, puso unos papeles frente a él, como si estuviera revisando algo interesante, e intentó controlar la respiración, agitada al admirarla de nuevo. Todo debía seguir según lo planeado para que nada las alterase. Su hogar, el alimento que habían colocado sobre su mesa, por si no había desayunado, los libros, para que la hermana le diese esa intimidad que él ansiaba tener, hasta había ensayado el tipo de voz que le ofrecería para no asustarla. ¿Alguna vez actuó de esa manera con sus amantes? ¿Se esmeró por prepararles un ambiente relajado y confortable? ¿Alguna de ellas le causó ese estado de excitación que Anne le provocaba? No. Rotundamente no. En primer lugar, ninguna de ellas hizo que su corazón latiera a un ritmo tan desenfrenado y tampoco deseó hacerlas sentir como en su casa. Y ni hablar de la labor que él mismo realizó para que su hogar pareciera diferente. Lo único que provocaban en él las mujeres que habían pasado, hasta el momento, por su vida era la ansiedad de esa pasión que vivirían instantes después. Sin embargo, Anne era diferente. No preparaba todo aquello para llevársela a la alcoba. Su único propósito sería hablarle del plan que había ideado para posicionarla en el lugar que le correspondía y, mientras lo hacía, buscaría las respuestas a las preguntas surgidas en su

cabeza. Una vez que las obtuviera y llegado el momento en el que Anne se convirtiese en una mujer adecuada para la sociedad, él la dejaría marchar, se mantendría apartado de ella y permitiría que otros caballeros tuvieran la oportunidad de seducirla.

Esa felicidad por verla aparecer empezó a disiparse. La ilusión por tenerla durante un rato a su lado se convirtió en rabia. ¿Cómo sobrellevaría mantenerse en un segundo plano? ¿Cómo actuaría al convertirse en un mero testigo de las tretas que planearían una multitud de caballeros para enamorarla? ¿Sería capaz de no alterarse cuando la viera bailar con otros hombres? ¿Se quedaría impasible al escuchar las risas coquetas que Anne les dedicaría? ¿Qué haría si alguno de ellos osaba besarla, tocar aquella mano que él deslizó por su rostro y acarició?

Entonces, justo al imaginar que otro hombre rozaría los labios que él besó y tocaría esa mano que él condujo hacia su mejilla, la ira se apoderó de él haciendo que sus ojos azules se tornaran en negro.

—¿Milord? —le dijo Kilby tras abrir la puerta.

—¿Qué?! —gritó de manera inadecuada.

Después de ese rudo tono de voz, todo el esfuerzo que realizó durante la tarde y la noche anterior para que las dos permanecieran tranquilas se eliminó de un plumazo.

## *Capítulo XIII*

Logan se quedó tan rígido y pálido como una de las esculturas de marfil blancas que adornaban la entrada de la biblioteca. Permaneció unos minutos desconcertado y mudo. Durante ese tiempo de silencio contempló la expresión de los ojos grises de Kilby y apreció en ellos su misma confusión. ¿Por qué diablos había actuado de esa manera tan brusca? Nunca se enfadó de esa manera con ninguno de sus sirvientes. Los trataba como familiares, como personas iguales a él, pero actuó de forma instintiva al pensar que otros hombres intentarían seducir a Anne. Todo su dominio desapareció y surgió un descontrol que lo transformó en una bestia sedienta de sangre. ¿Tanto podía significar ella para él? Y, ¿por qué? ¿Por sentir algo extraño en dos míseros besos? O tal vez la respuesta la tenía en la alucinación que obtuvo al tocarla. ¿Lo habría embrujado? ¿Estaría bajo la influencia de un hechizo? Apretó la mandíbula y los puños, aumentando la rabia emergida. No se trataba de hechizos o de embrujos. Lo que sentía en su interior eran... ¡celos! «No soy capaz de estar sin ella —recordó las palabras de su hermano—. Cada vez que se aparta de mi lado, noto cómo mi alma deja de estar completa. Soy posesivo, egoísta, celoso y dominante, pero eso ya lo supo Evelyn desde el momento en el que la descubrí con aquel vestido rojo. Ella es mía, solo mía, hasta que yo deje de respirar».

Logan extendió esos dedos rígidos que habían formado dos duros puños y se acarició el rostro con desesperación. Él no se parecía en nada a su hermano. Su situación con aquella mujer era diferente: Anne no le pertenecía, no tenía nada con ella salvo el trato que iban a realizar. Sin embargo, la imagen mental que le ofreció su cabeza de otros caballeros intentando cortejarla lo llevó a una descomunal locura. ¿Por qué? ¿Acaso le importó alguna vez tanto una mujer para que los celos se apoderaran de él? No, ni con Rose le había sucedido. Conocía los escarceos amorosos que la viuda tenía cuando él navegaba y, ¿qué pasaba cuando desembarcaba de un largo viaje? ¿Se enfadaba? ¿Le reprochaba que no lo respetase? No. Ni una sola vez hizo mención a ello. Lo único que ocurría cuando volvía a Londres era que él ocupaba el lecho que otros hombres habían visitado durante su ausencia, sin

importarle nada salvo satisfacer el placer sexual que necesitaba su cuerpo.

—Milord, las señoritas Moore han llegado —le informó Kilby al advertir que su señor era incapaz de hablar después de aquel acto tan impropio en él.

Todo el control que había insistido en tener se redujo a nada cuando confirmó que ellas se encontraban en el *hall* y que escucharon su salida de tono.

—Disculpa mi reacción, Kilby, ha estado fuera de lugar —dijo a su empleado mientras se levantaba del asiento—. Si eres tan amable de hacerlas pasar. Las recibiré ahora mismo —añadió al tiempo que rodeaba la mesa.

—Por supuesto —aseguró el mayordomo.

El empleado se giró despacio y miró hacia el lugar donde permanecían las mujeres. Los cuerpos de estas se hallaban tan rígidos como el tronco de un árbol y sus semblantes habían palidecido. Dio varios pasos hacia ellas, dibujó una sonrisa, restando importancia a lo sucedido, y les habló con el tono más cálido que podía ofrecerles.

—Pueden entrar, el vizconde las atenderá tal como habían acordado.

Pero ninguna de las dos caminó hacia la sala, se quedaron clavadas sobre la baldosa que habían pisado antes de que escucharan el tremendo grito del vizconde de Devon.

—Será mejor que regresemos en otro momento —apuntó Mary cogiendo a su hermana del brazo para tirar de ella hacia la salida—. Como hemos podido apreciar, el vizconde no está de muy buen humor.

—Señoritas, por favor, mi señor desea atenderlas...

Tras comprender que nada las haría cambiar de opinión, Kilby se volvió hacia la puerta de la biblioteca, comprobó que el vizconde se había colocado en mitad de la sala, abrió los ojos como platos y manifestó:

—Milord, las señoritas Moore se marchan.

Logan reaccionó con prisa. Salió de la biblioteca dando grandes zancadas y no paró hasta que quedó frente a ellas. Respiró hondo, agachó levemente la cabeza, en señal de arrepentimiento, y extendió la mano derecha hacia las hermanas.

—Señoritas Moore, les pido mil perdones. No pretendía asustarlas. Les prometo que el terrible descontrol no se debe a su presencia. Justo cuando entró mi sirviente, estaba repasando unas facturas sobre mi barco que me parecieron excesivas. Les ruego que olviden ese inapropiado comportamiento y que no se marchen.

—Excelencia, no debe disculparse, está en su hogar y puede hacer lo que le plazca. Somos nosotras quienes no deberíamos permanecer aquí. Si le parece correcto, regresaremos en otro momento. Uno en el que no se enfade tanto por esos pagos excesivos —comentó Mary con suspicacia.

—Se lo suplico —dijo mirando a Anne, quien expresaba en sus ojos un grandísimo pavor—. Prometo que no las incomodaré y que mi tono no ascenderá más del que escuchan ahora mismo.

—¿Anne? —le preguntó Mary al observar que se había quedado tan paralizada, que ni se movía hacia la puerta de salida ni apartaba la mirada del vizconde.

—Se lo ruego, no se marchen. Denme una oportunidad —insistió Logan.

Anne lo observó en silencio. Primero contempló su rostro, reparando en la desesperación que este ofrecía; sus labios permanecían apretados, al igual que su mandíbula. Tenía en la frente un profundo cerco, que aumentaba su expresión de angustia. Hasta advirtió el suave movimiento que las aletas de su nariz realizaban al respirar. Luego prosiguió, de manera discreta, con el resto del cuerpo. Aquel traje se aferraba a su cuerpo como si quisiera mantenerlo prisionero. Una de sus manos se extendía hacia ella, invitándole a aceptar su petición. Pero lo que dejó a Anne desconcertada fue la ligera inclinación de sus rodillas. Le dio la impresión de que estaban a punto de tocar el suelo, arrodillarse frente a ellas para que lo perdonaran. Aunque solo se trataba de una percepción falsa, porque aquel hombre, que emanaba dominación, seguridad y gallardía, no podía exhibir una actitud tan sumisa. Levantó el mentón, enfrentándose sin miedo a esos ojos claros que la hechizaban cada vez que los observaba y, después de tomar aire, al fin contestó lo que le pedía.

—Aceptamos su disculpa, excelencia. —Acto seguido escuchó cómo Mary bufó en señal de negación—. Pero si en algún momento nos sentimos incómodas, nos marcharemos y no volveremos jamás —sentenció, asumiendo esa entereza que había desarrollado al ser la hermana mayor.

—Por supuesto —dijo Logan, exhalando todo el aire que había retenido en sus pulmones y dibujando por primera vez, durante ese acercamiento, una gran sonrisa—. Si son tan amables de acompañarme, las conduciré hasta la biblioteca.

Colocó la mano, que había extendido para saludarlas y que no habían aceptado, en su espalda y con la otra les señaló el camino, invitándolas a adelantarse. Sin embargo, las hermanas no se movieron, seguían quietas. Tras deducir que ellas no seguirían el protocolo habitual de cortesía, decidió

esperar a que ambas se colocaran a su lado. Unas iguales. Pese a que eran burguesas, aquellas mujeres eran tan orgullosas como cualquier aristócrata. Y aunque debió sorprenderse, después de lo que averiguó a través de Philip, ya no se extrañaba de nada.

—¿Les gustan las flores? —Lanzó la pregunta al aire—. Han sido recogidas en nuestro jardín. Mi cuñada, la marquesa de Riderland, se encargó de plantarlas cuando compré la residencia.

—Sí, son preciosas —respondió Mary por cortesía—. Aunque nosotras no les prestamos mucha atención. Es mi hermana Elizabeth quien adora la jardinería.

—¡Oh, la pequeña Eli! —exclamó Logan, esperanzado de que esa forma cariñosa de hablar sobre la tercera hermana rompiera la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Así la llamamos nosotras en nuestro hogar —masculló Mary—. Es demasiado íntimo como para...

—No me malinterprete —dijo a la mujer parándose en seco—. Su hermana es la mejor amiga de la mía y, después de descubrir ese enlace afectivo, se ha convertido en una persona muy importante para mí. Como bien sabe, no todo el mundo es respetuoso con los herederos Bennett.

—La fama de su apellido es un tanto peculiar —insistió Mary que había notado cómo Anne le agarraba el brazo para hacerla callar. Pero no estaba dispuesta a mantener los labios sellados como ella. Tomaría las riendas de la situación, dado que su hermana no era capaz de hacerlo tras el impacto que había sufrido al verlo.

—¿Sabe usted que la gente suele hablar sin conocimiento de causa? —contestó Logan de manera estudiada.

—¿Acaso lo que cuentan sobre sus antecesores es falso? —perseveró Mary entornando los ojos.

—Todos tenemos un carácter propio, señorita Moore —explicó Bennett colocándose junto al marco de la puerta y señalándoles la entrada—, y no es justo que a todos nos juzguen con el mismo mazo. ¿No se ha sentido usted discriminada en algún momento?

—En alguno... —respondió recordando todas esas situaciones que se podían asemejar a la cantidad de estrellas en el cielo.

—Una comparación adecuada, para explicar mi razonamiento, es alegar que usted, por ser mujer, no puede superar el intelecto de un hombre.

En ese momento, Mary abrió los ojos como platos, dibujó una ligera



sonrisa y apartó la mano de su hermana que no paraba de hacerle daño.

—¿Cree que las mujeres pueden superar en inteligencia a un hombre? —soltó atónita y entusiasmada.

—¿Sabe usted leer? ¿Es capaz de retener en su cabeza algo más que banalidades? ¿Ha escuchado conversaciones tan absurdas que podría rebatirlas con los ojos cerrados? —prosiguió audaz Logan.

—Sí —respondió mediante un suave suspiro.

—Pues sin duda alguna, señorita Moore, es usted más inteligente que muchos de los caballeros que conozco —sentenció antes de insistir en que accedieran hacia el interior de la biblioteca.

Feliz por ese comentario, Mary adelantó a Anne y accedió al lugar más placentero para ella. Sin duda alguna, aquel hombre no era común. No solo por lo que había indicado, sino también por lo que atesoraba en aquella habitación. ¿Podía abrir más los ojos? No, porque si lo hacía, estos caerían al suelo y dejaría de observar lo más hermoso de la vida. Después de mirar las dos esculturas que el vizconde tenía a cada lado de la entrada, que para su gusto eran un poco atrevidas al mostrar sin pudor dos cuerpos desnudos de mujer, fijó sus pupilas en lo que ansiaba descubrir y se quedó tan atónita que no pudo ni respirar. Cientos, miles de libros, colocados de manera perfecta en estanterías de madera oscura que abarcaban desde el suelo hasta el techo, se encontraron frente a ella y todos le gritaban que se acercara y que los tocara.

—Mary, compórtate —murmuró Anne al pasar por su lado, quien caminaba como si le hubieran metido piedras en las medias.

Después de gruñir en bajo, apartó los ojos de aquellos hermosos tomos y acompañó a su hermana hasta las dos sillas que se encontraban frente a una gran mesa de escritorio. Lo iba a pasar muy mal. ¡Fatal! Porque desde donde se hallaría en los próximos minutos, esos maravillosos libros quedarían alejados de ella.

—Si son tan amables de tomar asiento —les indicó Logan al verlas de pie junto a las sillas.

Mientras las hermanas se acomodaban, él rodeó la mesa, se sentó y apartó los papeles. Esos que, supuestamente, le proporcionaron el tremendo enfado, y acercó la carpeta en la que tenía el contrato que Arthur Lawford había redactado para Anne.

Una vez que se quedó frente a ella, no podía parar de mirarla. Estaba preciosa con aquel vestido de color rosa, los tirabuzones tocaban sus desnudos hombros incitándolo a que se los apartara para tocar la sedosa piel.

Sin duda alguna, Anne era una mujer muy seductora. No solo por su figura que, pese a ser muy alta, mostraba una elegancia perfecta, sino por sus ojos, por la forma de sus labios, por cómo toqueteaba la tela de ese vestido... Sin embargo, le faltaba algo. Logan no sabía con exactitud qué añoraba en ella. ¿Qué llamó su atención la primera vez que la vio? ¿Qué tenía en común con la segunda? «El color naranja... —pensó—. Hoy ha dejado en su hogar la esencia de su sangre zíngara».

Anne era incapaz de abrir la boca para hablar. Estaba anonadada mirándolo sin pestañear. Su cabello oscuro volvía a sujetarse en un lazo negro. Sus ojos azules brillaban con entusiasmo. La barba, pese a llevarla más larga que la última vez, seguía apartada de sus labios, mostrándole esa forma de corazón que tanto le atraía. El traje se ajustaba a su esbelto cuerpo a la perfección y la invitaba a que lo observara hasta quedarse ciega. Aunque, sin duda alguna, lo que estuvo a punto de hacerla desmayar de nuevo fue que, al desabrocharse los botones de la chaqueta para sentarse, pudo ver muy de cerca cómo el chaleco se ceñía a su gran y fuerte pecho. ¿Cómo podía ser tan magnífico? ¿Cultivaría su cuerpo como hacían algunos aristócratas? ¿Qué deporte le gustaba practicar? Sin embargo, mientras esas preguntas surgían en su mente, sus ojos no paraban de contemplarlo hasta que se centraron en un detalle. Uno que le llamó especialmente la atención. En el bolsillo de ese impecable chaleco gris perla, justo detrás del pañuelo azul a juego con el traje, encontró la esquina de un papel color sepia. En ese borde, en esa pequeñísima y apenas perceptible esquina había una mancha verde. ¿Qué sería aquel diminuto papel? ¿Qué sería tan importante para él como para llevarlo escondido sobre su corazón?

Mary esperó a que alguno de los dos comenzara la conversación que las había llevado hasta allí, pero no lo hacían. Ambos se encontraban en silencio, pensativos y mirándose sin parpadear. De reojo, observó a su hermana y suspiró. ¿Por qué le inquietaba tanto el vizconde? ¿Aún seguía asustada por el grito? ¿O se encontraba incómoda en un lugar que desprendía tanta masculinidad? Ella, por el contrario, se sentía muy tranquila. Quizás el hecho de averiguar que aquel hombre no era como los demás y que podía valorar el intelecto de una mujer de forma diferente, la relajó. Pero sin lugar a dudas debía hacer algo antes de que la situación se volviera más incómoda. Otra vez tenía que intervenir en algo que no le incumbía y que no le importaba nada.

—Según nos han informado nuestros padres, ha encontrado la manera de posicionar a Anne en el lugar que le corresponde en esta sociedad —comentó

tras estirar la falda de su vestido gris. —Correcto —afirmó Logan mirándola y dando gracias a que por fin se interrumpiera el incómodo silencio—. Como bien saben, su padre vino a verme para proponerme un trato: el de embarcar con la mayor de sus hijas en mi próximo viaje. Era de esperar que me negara, puesto que navegar con una mujer en un navío repleto de hombres es una locura. Sin embargo, he de confesarles que la angustia que expresó aquella noche su padre me dejó intrigado, por ese motivo indagué sobre usted —apuntó mirando a Anne—. Lo único que hallé sobre su persona fueron las trágicas muertes de sus dos prometidos y el talento que posee como retratista.

—¿Por qué hizo tal cosa? —intervino con rapidez Mary.

Si para su juicio, el recibimiento había sido catastrófico, el hecho de que comentara la peor parte de Anne remataba su mala obra.

—Me resultó extraño que el señor Moore, cuya fama de hombre juicioso y protector de su familia es memorable en Londres, deseara apartar a una de sus amadas hijas.

—Como bien ha dicho, tras las desgraciadas muertes, a Anne no se le otorga el mérito que se le merece como artista y todos hemos pensado que, si se marcha de aquí, encontrará en otra ciudad un futuro mejor —masculló Mary.

—Es una desgracia que no se valore a las personas por sus méritos y sí por la cuna en la que nació o por el género. Pero es más horrendo todavía que se la culpe de algo que no realizó —aseguró solemne.

—En eso estamos otra vez de acuerdo —claudicó más tranquila.

—Como les decía —continuó con voz pausada al tiempo que entrelazaba los dedos de las manos—, después de la visita del señor Moore, me vi en la necesidad de devolvérsela para aclarar mi decisión en persona y hacerle llegar el sobre con el pago que me ofreció. Al no hallarlo en la residencia, decidí que, pese a ser mujer, su esposa tendría la misma capacidad que él para entender mi decisión y afianzar un pacto —enfaticó con suspicacia.

—Un trato —apuntó Anne—. Según nos ha informado nuestra madre, tras la conversación que mantuvo con usted, ambos determinaron un trato.

—En efecto —dijo con tono apacible—. Y ese es el motivo por el que la hice llamar. Sé cómo puedo ayudarla a que encuentre la fama que desea y a que todo el mundo olvide su pasado.

—¿Puede ser más concreto? —intercedió Mary quien, pese a intentar no girar la cabeza hacia esos libros que insistían en que los mirara, no podía

evitarlo. Era como si le susurraran que se levantara de la silla, que los dejara allí solos y que se colocara frente a ellos para que pudiera tocarlos con las puntas de sus dedos.

—Hasta ahora, ¿a quién ha retratado, señorita Moore? —preguntó Logan a Anne mirándola sin pestañear.

—Casi todos mis encargos fueron realizados por miembros de la aristocracia londinense y la burguesía —respondió con dignidad—. Ellos...

—¿Ellos o... ellas? —la interrumpió Logan enarcando la ceja derecha.

—Ellas, por supuesto. Ningún caballero desea que una mujer lo retrate. Ellos prefieren artistas de su mismo género para no crear polémica —explicó moviéndose incómoda en el asiento.

—Eso me temía... —apuntó Logan acariciándose la barba—. Pero yo no soy un hombre que se asuste de la polémica. Como hemos dejado claro antes, los Bennett no temen ni a los rumores ni a las controversias que se generan en esta sociedad. De hecho, hasta el presente, siempre hemos realizado aquello que nos ha apetecido sin analizar el resultado que tendrá en un futuro.

—Sin embargo, la familia Moore siempre se ha mantenido discreta —apuntó Anne entornando los ojos.

—No me cabe la menor duda. Tanto su padre como el resto de la familia están muy bien considerados entre sus iguales —alegó con cierta inquina—. ¿Señorita Moore, le sucede algo? ¿Se encuentra molesta? ¿Desea tomar algo de lo que hay en la bandeja? La noto distante, como si no quisiera estar aquí —le preguntó a Mary, quien llevaba desde que habló observando las estanterías.

—Disculpe mi indiscreción, excelencia. Solo estaba admirando su biblioteca —se excusó al tiempo que intentaba aplacar su sonrojo.

—¿Le gusta leer? —preguntó Logan con cierto entusiasmo. Quizá no todo estaba perdido. Tal vez el destino le daba una segunda oportunidad para poder estar con Anne a solas.

—Sí, milord —contestó Mary un tanto avergonzada.

—Eso tengo entendido... —comentó al tiempo que se levantaba de su asiento.

—¿También ha indagado sobre mí? —espetó enojada—. ¿Por qué motivo?

En esos momentos, sus carrillos no mostraron sonrojo por vergüenza, sino por ira.

—No he preguntado por usted, señorita Moore —dijo dirigiéndose hacia

ella—. Pero le aseguro que he sido testigo de conversaciones en las que usted era el tema principal.

No le mentía. Philip y él habían hablado sobre ella, aunque prefería no hacer referencia al hallazgo de su amigo durante la tarde anterior ni sobre cómo la describió después del primer encuentro.

—No todo lo que cuentan es cierto... —refunfuñó—. Hay demasiada gente aburrida en esta ciudad y utilizan ese tiempo libre para conversar sobre los defectos de los demás —alegó de manera altiva.

—Debe permitirme que le diga que la última conversación que he escuchado sobre usted ha sido muy interesante y no hallé en ella nada despectivo —manifestó Bennett esperando la reacción de ella.

—Entonces no hablarían de mí, milord —declaró Mary enfadada—. No soy una mujer que tenga una comitiva de amigos, más bien de enemigos y, hasta donde yo entiendo, los enemigos no suelen ensalzar las virtudes de la gente, sino los defectos.

—Entonces, ¿no es usted la hija que acompaña al señor Moore a las asambleas que realiza la asociación de médicos cada mes? —insistió, manteniendo una distancia adecuada para que la segunda de las hermanas no se sintiera acorralada ni intimidada.

—Sí —respondió alzando la barbilla con orgullo.

—Por lo tanto, confirmo que es usted de quien se habló. Según comprendí, tiene una mente privilegiada y no está considerada como se merece. Aunque he de declarar que la persona que me informó sobre sus proezas se ha enfadado con el despotismo masculino y ha gritado a viva voz que una mujer tiene los mismos derechos que un hombre.

En ese instante, Mary alargó sus labios tanto que las comisuras de estos tocaron los pendientes de perlas que lucía, sus manos se relajaron, empezó a respirar tranquila y apareció un brillo de felicidad en sus ojos.

—¿Eso han comentado? —espetó asombrada.

—Sí —afirmó Logan, no solo con ese monosílabo, sino también con un leve movimiento de cabeza—. Más de un distinguido caballero le pediría su ayuda si enfermara. Según tengo entendido, posee un maravilloso don para la medicina y que, por desgracia, muy pocos saben apreciar.

—Le agradezco sus palabras, excelencia, he de decirle que tiene razón. Todavía no permiten que me integre en la asociación, pese a que mis conocimientos sobre medicina superan a los del estudiante más destacado —declaró con tanta felicidad, que Anne tuvo que parpadear dos veces para ser

consciente de que no estaba viviendo un sueño.

¿Qué le advirtió Elizabeth sobre el vizconde? Que era un libertino, que atrapaba a las mujeres con su habilidad de palabra y que todas terminaban rendidas ante él. Pues, por muy inverosímil que le pareciese, allí estaba Mary, la hermana más huraña de todas, moviendo las pestañas como si fueran alas de una mariposa y sonriendo tanto que sus labios quedarían dañados.

—Me gustaría mostrarle el mayor tesoro que poseo, si a usted no le importa —le dijo a Mary extendiéndole la mano—. Muy pocos pueden valorar un libro semejante y seguro que usted se encuentra entre ese pequeño grupo.

—¿Medicina, filosofía, aritmética? —preguntó Mary sin respirar mientras aceptaba esa mano, agarrándose a ella como si fuera una hermosa y tierna hada.

Entretanto, Anne no salía de su asombro. ¿Qué debía hacer? ¿Sería adecuado levantarse y recordarles que debían centrarse en el acuerdo y no desviar el tema? ¿Qué imagen ofrecería al vizconde? La de una persona egoísta y egocéntrica. Así que, muy a su pesar, decidió mantenerse en silencio mientras observaba la ilusión que proyectaba Mary. Aunque fuera increíble, aquel hombre estaba logrando en su hermana lo que nadie había conseguido: entusiasmarla y halagarla. Solo en su hogar, y cuando su padre le traía algún libro nuevo o entablaba con ella una conversación sobre el tratamiento realizado a otro enfermo, Mary mostraba el brillo que en aquel momento poseían sus ojos.

—Medicina, por supuesto —le respondió Bennett sonriendo con dulzura—. Una mente como la suya seguro que apreciará lo que guardo con sumo cuidado.

—Me deja sin palabras, milord —indicó Mary tras suspirar, adoptando un tono de voz increíblemente coqueto—. Pero no creo que deba... Hemos venido para que usted...

—Por favor, señorita Moore... —insistió con galantería.

—Mary, puede llamarme Mary, su excelencia —le sugirió ella, revelando en sus palabras un toque de timidez.

—Solo si usted acepta llamarme Logan. Y he de explicarle que será un gran honor para mí poder mantener una relación tan cordial con una mujer tan inteligente. Además, puede añadirme a esa lista interminable de enfermos a los que debe sanar.

Mary soltó una enorme carcajada.

¿Qué estaba sucediendo? ¿El vizconde cortejaba a Mary sin importarle su

presencia? Anne, airada, apretó las manos, convirtiéndolas en dos pequeños puños. No estaba dispuesta a quedarse mirando cómo coqueteaban, ni tampoco escuchar las palabras seductoras del vizconde. Abrió las palmas y sintió un leve confort al dejar de clavarse las uñas. Se movió en el asiento, girándose hacia ellos. Debía parar aquella escena *ipso facto* o tendría que dar muchas explicaciones a su madre. Pero cuando abrió la boca para interrumpirlos, ambos se colocaron frente a la gran estantería y apreció la expectación de su hermana. ¿Qué había de malo permitirle un rato de felicidad? Si el vizconde no fingía su actitud, Mary debía sentirse, por primera vez, la princesa de un cuento. Así que se volvió hacia el escritorio y fijó sus ojos en los papeles que el vizconde tenía sobre la mesa. La mejor opción era dejarlos tranquilos mientras ella recapitulaba lo poco que había escuchado sobre el tema que la había llevado hasta allí.

—No sé si habrá oído hablar de él —dijo Logan al tiempo que le daba la espalda a Mary para buscar ese volumen tan apreciado—. Porque es usted tan joven...

El sonido de una sonrisita hizo que Bennett se volviera hacia Mary, pero no era ella quien se reía por lo bajo, sino Anne. Entonces, apartó la mirada de su acompañante y la clavó en ella. Durante unos segundos, la mayor de las hermanas no lo miró, sin embargo, al notar que era observada, ella giró ligeramente el rostro hacia él y, cuando sus miradas se cruzaron, Logan la contempló de una forma tan apasionada que la ruborizó al instante.

«En breve estaré contigo, querida —pensó—. Y cuando tengamos esa intimidad que deseo, esas mejillas no cambiarán nunca de color».

—Lo soy —respondió Mary a la sugerencia sobre su edad. Mientras el anfitrión clavaba sus ojos en su hermana, los suyos no podían alejarse de los tomos de aquellos libros. ¿Podía dar palmaditas? ¿Sería apropiado que una mujer de veinticinco años realizara un acto tan infantil?

—Creo que estaba por aquí... —murmuró Bennett una vez que regresó a la tarea de hallar el libro—. ¡Ajá! ¡Este es! —Lo cogió con cuidado y levantó con suavidad la tapa—. El propio médico se lo regaló a mi abuelo. Según parece, fue uno de los mecenas del señor Huxham —especificó.

—¿Es un libro de John Huxham? —preguntó abriendo tanto los ojos que podían salirse de las cuencas.

—Del mismo —aseveró Logan extendiendo el ejemplar hacia ella—. Puede tocarlo —la instó al ver que le temblaban tanto las manos que no se atrevía ni a posarlo sobre ellas—. Si lo desea, si tanto le agrada este ejemplar,

podría leerlo mientras converso con su hermana.

—No debería... —comentó Mary sin poder apartar los ojos del título del libro—. Mi madre me ha encomendado la tarea de cuidarla y, si descubre que me he pasado todo el tiempo leyendo, quemará todos los que tengo en casa.

—Pero no tiene por qué saberlo, ¿verdad? —le preguntó de forma tentadora—. Su hermana no desvelará este secreto y se encuentra ante un caballero que cumple sus promesas —insistió al tiempo que posaba el volumen sobre las manos de Mary—. Además, permanecerá en la misma sala y puede observarnos desde aquí —añadió. Al ver que ella seguía dudando, adoptó una voz aún más sugerente, casi como un susurro—: Es el primer ejemplar del *Ensayo sobre las fiebres*. Como bien sabe, se publicó en el...

—Mil setecientos cincuenta —terminó la frase Mary con voz temblorosa.

—Exacto —respondió Bennett, apartándose ligeramente del diván, que había colocado allí la tarde anterior para que ella pudiera leer tranquilamente—. No se contenga, Mary. Es un libro único. Muy pocos son los afortunados que pueden apreciar la belleza y la sabiduría que hay en el interior —prosiguió con esa aterciopelada voz.

Anne seguía expectante a la situación. Aquel hombre parecía la serpiente de la que hablaba el Génesis. Estaba atrapando a su hermana con aquel ejemplar, la estaba apartando de ellos porque, si Mary aceptaba leerlo, su mente y su cuerpo se alejarían de aquel lugar. Al meditar sobre esa opción, se tensó. No estaría haciendo todo aquello para que ambos pudieran hablar con cierta intimidad, ¿verdad? ¿En qué consistía su plan para obsesionarse tanto en alejar a Mary? ¿Qué le había dicho antes de que su hermana lo interrumpiera? «Trabajaré para mí», recordó.

Notó cómo sus fuerzas se desvanecían. Abochornada, confusa y desconcertada alargó la mano hacia la mesa, donde habían colocado una bandeja de sabrosos dulces y cogió uno. Si Mary tenía razón, el azúcar le daría la energía suficiente para no desmayarse de nuevo.

—¿Le gustan? —le preguntó Logan una vez que se colocó a su lado—. Mi cocinera, la señora Donner, presume de preparar los mejores dulces de Londres, aunque no sé si es cierto. Jamás he comido otros que no fueran los de ella porque si descubre que le soy infiel podría rellenarlos de veneno a modo de venganza. —Cogió uno igual al que ella había elegido y se lo metió en la boca.

—Puede decirle a su cocinera que no se equivoca, está delicioso



—comentó Anne después de tragar esa bola dulce, que se había formado en su garganta y que le costó ingerir porque no había notado la presencia de él hasta que le habló.

—Se lo diré —dijo al tiempo que se volvía hacia Anne. Apoyó los muslos sobre el filo de la mesa, se cruzó de brazos y, tras confirmar que Mary no apartaba los ojos del libro, se dispuso a continuar con su plan—. Como le iba diciendo, quiero que trabaje para mí.

—¿Desea encargarme un retrato? —Bennett asintió—. ¿De su hermana, de la marquesa, tal vez? —preguntó expectante.

—No. En el retrato que deseo encomendarle apareceré solo yo —explicó inmutable, como si le hubiera informado sobre las nubes que esa mañana cubrían el cielo.

—¿De usted? —repitió asombrada.

—Tal como he escuchado por usted misma, los hombres no se atreven a posar frente a una mujer por la lujuria que esta pueda producirles. Sin embargo, yo no temo despertarle ningún tipo de interés y, según su padre, debo mantenerme alejado porque está maldita. Aunque después de conocer las verdaderas razones por las que sus prometidos fallecieron no estoy muy seguro de ello.

Anne se sonrojó tanto que podría prender un papel si lo acercaba a sus mejillas. ¿Por qué se dirigía a ella con tanto descaro? ¿Dónde había dejado esa voz aterciopelada que había usado con Mary? Respiró hondo, calmándose al notar cómo sus pulmones se llenaban, levantó el mentón, lo miró fijamente y le dijo:

—No.

—¿No qué, señorita Moore? —preguntó descruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

—No voy aceptar su propuesta —aclaró.

—No le queda otra opción —respondió con firmeza—. Le he prometido a su madre que la posicionaré en el lugar que merece y la única manera de llevarlo a cabo es hacer comprender a los caballeros que, cuando hay talento, no se debe mirar el género de las personas.

—Si acepto su propuesta, todo el mundo hablará sobre una relación amorosa entre ambos y no estoy dispuesta a mancillar mi apellido. Usted estará acostumbrado a escuchar miles de rumores sobre su familia, pero en la mía no ha habido ninguno...

—Salvo el de esa maldición, ¿verdad? —apuntó con malicia. Se obligó a

no mirarla. No deseaba observar el rostro airado de ella ni ese deseo de propiciarle un bofetón ante su osadía. Necesitaba que se relajara, que se mostrara tranquila y que escuchara con atención todo lo que había pensado decir—. La observé la otra noche, en la fiesta que celebró mi hermana Natalie al casarse con el señor Lawford. Al principio pensé que usted tenía un carácter agrio y que ese era el motivo por el que ningún hombre le pedía un baile. Sin embargo, después de la visita de su padre, he llegado a la conclusión de que ese rumor sobre su maldición se ha extendido y usted no es consciente de ello.

—Es discutible... —comentó en voz baja tras entrelazar algunos pliegues de la falda de su vestido entre los dedos.

—¿Qué es discutible para usted, señorita Moore? ¿El hecho de que pueda posar durante unos días o el de esa maldición? —la instó—. ¿No cree que este acuerdo pueda ayudarla? ¿O piensa que puedo fallecer al permanecer tanto tiempo a su lado? Le prometo que no le pediré matrimonio, si eso es lo que le preocupa.

—¿Cree que es apropiado que una mujer soltera y un hombre con su reputación permanezcan durante tantos días solos? —se defendió ante la absurda afirmación.

Esa idea a Logan le pareció muy interesante, sin embargo, prestó más atención al tono y a las palabras hirientes que ella eligió para describirlo que en sentir placer al imaginársela a solas con él.

—¿Mi reputación? —soltó al tiempo que rodeaba la mesa para tomar asiento de nuevo.

—Recuerde, milord, que todo el mundo habla de su actitud libertina cuando se marcha o regresa de sus viajes —señaló con mordacidad.

¿Podía ser más perversa? ¿Podía rezar a sus ancestros para que le quitaran durante unos minutos su don por la pintura y le otorgaran el poder de aniquilar a la persona que tenía enfrente? Porque en esos momentos estaba dispuesta a elaborar un conjuro para que dejara de respirar. ¿Dónde estaba el vizconde de hermosas palabras, ese seductor que había hecho reír a Mary? Quizá había desaparecido en el escueto y sigiloso trayecto hasta ella.

—Tiene razón —dijo reclinándose en el asiento, adoptando la misma postura que cuando Philip aparecía en el camarote para explicarle el motivo por el que se había vuelto a pelear con algún tripulante—. Mi reputación de libertino supera a la de mi hermano, el marqués, o incluso a la de mi padre. Por eso mismo será interesante y beneficioso para usted que un hombre con mi

fama de seductor sea capaz de mantenerse a su lado sin pensar, ni un solo segundo, en seducirla y llevarla en brazos hasta el dormitorio —comentó con firmeza.

—Sigo sin comprender los beneficios de los que habla —le respondió con indignación. ¿A su dormitorio? ¿Cómo se le había ocurrido decirle tal memez? ¿Hablabas a todas las mujeres con esa angustiada sinceridad? ¿A ese comportamiento tan inapropiado hacía referencia Eli cuando lo describió encantador y seductor? Porque para ella era un hombre completamente espinoso—. A pesar de ese planteamiento, mi honradez se verá destruida y no creo que vuelva a contratarme ninguna persona decente.

—¿Decente? —espetó Logan levantando el labio superior para enfatizar su sarcasmo—. Puedo asegurarle que en esta ciudad no hay personas honradas.

—¡Nosotros sí lo somos! —exclamó furiosa.

—En efecto, ustedes lo son. De ahí que su padre me suplicara que la embarcara en mi próximo viaje para alejarla de su familia y de esta ciudad —le recordó con crueldad.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo —dijo Anne levantándose del asiento—. El pacto que me ofrece es demencial y yo jamás aceptaría una atrocidad semejante.

—No debería marcharse sin escuchar todo lo que he meditado, señorita Moore. Hasta ahora solo nos hemos centrado en mi malvada reputación y no ha querido que me explique —le dijo con tono severo.

—No voy a permitir que usted mancille mi apellido, milord. Mis padres son...

—Sus padres son como todos los demás —la interrumpió alzándose del asiento, colocó las manos sobre la mesa y la miró de forma desafiante—. Su madre es una zíngara y lo han ocultado durante años alegando que era la hija de un burgués, ¿cierto? —Anne abrió los ojos de par en par y notó cómo las mejillas le ardían. ¿Cómo habían sido tan insensatos de desvelar un secreto tan importante? ¿Tan desesperados estaban que no podían pensar con claridad?

—Para mí, la mezcla que conlleva esa sangre no me parece repulsiva, excelencia. Estoy muy orgullosa de tener la madre que tengo, que ella perteneciera a una comuna romaní es insignificante —explicó con entereza—. Hay muchas personas en Londres que son bastardos y nadie les señala con el dedo para humillarlos. Por ese motivo, no entiendo cuál es su intención. ¿Desea ridiculizar el buen nombre de mi familia por no ser tan perfecta como

la suya?

—No —respondió apretando los dientes—. No es mi intención degradar su sangre, señorita Moore, y tiene mucha razón, en las calles de esta ciudad caminan muchos bastardos que se esconden bajo trajes elegantes y títulos nobiliarios que no se merecen.

—¿Entonces? ¿Qué pretende? —espetó con cierta agresividad.

—Quiero hacer lo que le prometí a su madre: posicionarla en el lugar que se merece. Para ello pintará un retrato mío y no tendrá que estar sola, puede ir acompañada de sus hermanas. Es más, yo le agradecería que ellas permanecieran a su lado durante el tiempo que necesite para llevarlo a cabo. Ni usted desea ver mancillado su buen nombre, ni yo quiero que todo el mundo piense que tengo intenciones con usted.

Tras escuchar aquellas duras palabras, Anne se derrumbó en el asiento y se acordó de Josephine y de su inseparable arma. Si la pequeña hubiera estado a su lado, le habría ordenado que le disparara a la entrepierna por ser tan cruel.

—El tío de mi cuñado, el señor Arthur Lawford, ha redactado un contrato. Quiero que lo lea despacio y entienda que el único vínculo que puede haber entre nosotros se ciñe solo y exclusivamente al trabajo. Usted me pinta en un hermoso lienzo y yo lo mostraré, alabando su excelente don por la pintura y la profesionalidad que ha mantenido durante el tiempo que ha empleado en realizarlo —expuso ofreciéndole el papel escrito por el administrador—. De este modo, no tendrá que alejarse de su familia, aumentarán los encargos y podrá conseguir todo lo que una mujer desea cuando ha llegado a su edad.

—Ni usted sabe la edad que tengo ni puede intuir qué deseo —manifestó airada.

—Veintisiete. Nació el catorce de febrero de hace veintisiete años. Su madre, después del parto, se quedó inconsciente durante unos días y cuando despertó, le dijo a su padre que estaba maldita. También le habló de la visión que tuvo durante ese desmayo. Le desveló que tendría varias hijas y que Elizabeth, la amiga de mi hermana Natalie, nacería prematura. ¿Estoy confundido, señorita Moore? —expuso con rudeza.

Por suerte para él, el médico le había contado todo aquello la noche que lo visitó y nada se había borrado de su memoria una vez que descubrió quién era la joven que aparecía en la foto. La misma que llevaba detrás del pañuelo.

—Cierto... —respondió confusa.

¿Cómo iba a ser el vizconde un hombre importante para ella? ¿Sus sueños se equivocaban! ¡Él no podía ser la persona que la salvara de la maldición! Ni tan poco quien la amara de aquella forma... El vizconde era un ser cruel, ruin, déspota y tan petulante como cualquier aristócrata. Se arrepentía de haber soñado con él, de haber sentido en sus sueños un deseo tan ardiente que aún le quemaba la piel; quería olvidar la posibilidad de crear un vínculo entre ellos. ¡Estaba fuera de su alcance! Tal como le advirtió Elizabeth, el vizconde no era el hombre que esperaba.

—Lea el acuerdo —indicó acercándole aún más el papel—, y acéptelo si no quiere navegar en un barco rodeada de hombres y luchando cada segundo de su viaje para que ninguno de ellos se le acerque. La experiencia me dice que terminarán arruinando esa honradez que defiende con tanto orgullo.

Anne, aún más enfadada si cabía, cogió el documento y lo leyó en silencio. Pero no podía centrarse en lo que había escrito. Su mente no cesaba de pensar miles de infortunios sobre aquel arrogante aristócrata. Tal vez debería seducirlo hasta que terminara enamorándose de ella y, una vez que le pidiera matrimonio, como habían hecho sus dos pretendientes, dejaría que la maldición actuara. Al imaginarse la situación, una leve sonrisa apareció en su rostro encolerizado.

—¿Algo le ha resultado gracioso? —preguntó Logan enarcando las cejas—. Si es así, dígamelo, porque le puedo asegurar que he leído el acuerdo ciento de veces y no he hallado nada divertido. Para mí es una condena estar ligado a una mujer durante un periodo de tiempo tan largo.

—¿Una condena? —espetó Anne entornando los ojos.

—Sí —afirmó Bennett sin parpadear.

Ante ese comentario, no se lo pensó. Si la única forma de hacerle sufrir era permaneciendo a su lado durante un mes, sería la mejor venganza que pudiera imaginar. Se inclinó hacia delante, cogió la pluma que había sobre el escritorio y firmó al lado del vizconde.

—Me alegra que al fin estemos de acuerdo en algo —le dijo ofreciéndole el documento—. Espero hacerle sufrir tanto que admita finalmente la existencia de una maldición.

—Lo hará, estoy seguro —comentó cogiendo el papel.

Una vez que contempló la firma de ella, su labio superior se volvió a alzar en señal de triunfo. Lo había conseguido. Anne aceptaba el trato. Ahora faltaba anunciarle dónde trabajarían y cómo, pero eso lo dejaría para el día siguiente, una vez que el contrato permaneciera custodiado por Lawford y que

ella no pudiera romperlo en mil pedazos.

Con el documento en sus manos, se inclinó ligeramente hacia ella y le susurró:

—Esto solo es el principio, señorita Moore. Espero que se prepare para todo lo que nos va a suceder.

—¿Esto? —soltó Anne levantándose del asiento.

—Sí, esto. Nuestro convenio, nuestros encuentros...

—Trabajo, milord. Solo he firmado un nuevo empleo que realizaré lo antes posible. Espero que me indique la hora y el día que le resulte adecuado para comenzar y no se olvide de enviarme un sirviente lo antes posible a mi hogar.

—¿Para qué? —quiso averiguar.

—Usted deberá hacer frente a los gastos de este encargo —comentó altiva—. Lienzos, pinturas, papel, carboncillos, brochas... —enumeró satisfecha, estirando el cuello para poder mirarlo de frente.

—Compre cinco de todo aquello que necesite —indicó Logan posando el documento sobre la mesa.

—¿Cinco? —preguntó frunciendo el ceño.

—Por supuesto. Si no me gusta cómo me retrata la primera vez, realizaremos una segunda y así, sucesivamente, hasta que me sienta complacido —dijo dando un paso hacia ella.

—Nadie se ha quejado de ninguna de mis obras, excelencia, hasta la fecha, he necesitado solo un mes para finalizar los encargos —replicó de manera arrogante.

—Posiblemente, porque todos con los que ha trabajado se contentan con poco. En mi caso, no es así, señorita Moore —explicó extendiendo la mano, señalándole la salida de manera descarada—. Mañana mismo tendrá a ese sirviente en su puerta —añadió.

—Lo esperaré con gusto —expuso caminando hacia donde se encontraba su hermana con tanta rectitud que terminaría doliéndole la espalda—. Mary, nos vamos —le informó al pasar por su lado.

Mary se levantó y observó a los dos. Entornó los ojos y se preguntó qué habría sucedido para que ambos mostraran tanto enfado en sus rostros. ¿No habían llegado a un acuerdo?

—Excelencia... —empezó a decir ella ofreciéndole el libro—, ha sido un verdadero placer.

—Por favor, recuerde llamarme Logan y no me lo devuelva. Seguro que

estará mejor en sus manos que en las mías —le dijo Bennett devolviéndole el volumen—. Acéptelo como adelanto a ese trato del que hablamos.

—¿Tenemos un trato? —preguntó Mary sorprendida al tiempo que cogía de nuevo el libro.

—Por supuesto. Recuerde que la única persona que podrá sanarme, el día que enferme, será usted —dijo Logan con una media sonrisa.

—Lo haré encantada, Logan —le respondió haciendo una leve genuflexión antes de colocarse al lado de Anne, que ya estaba frente a la puerta.

—Buenos días, señoritas Moore —manifestó el vizconde sin poder eliminar esa sonrisa de su rostro—. Pronto tendrán noticias mías.

—Milord, si me permite el atrevimiento —dijo parándose en mitad del trayecto y volviéndose de nuevo hacia él—, quiero decirle que ha sido un placer conocerle y averiguar que hay en el mundo un caballero que entiende a las mujeres que no desean ser simples floreros.

—Le aseguro que conozco otro caballero que razona de manera semejante —alegó Logan antes de extender la mano hacia ella para despedirla como si fuera una dama de alta alcurnia.

—Estaré ansiosa de conocerlo —dijo tras aceptar el casto beso sobre sus nudillos.

—Tal vez lo ha hecho ya —declaró con tono misterioso.

En el momento que Mary iba a preguntarle el nombre de ese hombre, notó una grandísima presión en su brazo. Anne le estrangulaba las venas, los tendones, los músculos y podría romperle los huesos como siguiera apretándola de esa manera. Después de mostrarle una última sonrisa al vizconde, porque le parecía el hombre más encantador del mundo, se colocó al lado de su hermana y abandonaron la biblioteca.

En silencio, ambas caminaron hacia el *hall*. Kilby les devolvió el abrigo y se sorprendió al advertir que, tras la reunión, quien mostró un semblante duro, ahora exhibía tanta felicidad y amabilidad que parecía otra mujer.

—Es un hombre encantador —afirmó Mary cuando el cochero les abrió la puerta—. Ahora entiendo el motivo por el que todas las mujeres caen rendidas en sus brazos.

—Es un petulante, engreído, esquivo, adusto, frío, insensible y...

—¿Hablamos del vizconde? —espetó Mary abriendo los ojos como platos.

—Hablamos de él, sí —masculló Anne tras sentarse.

—Creo que me he perdido algo interesante mientras leía este magnífico ensayo —convino Mary sin poder apartar la mirada de su hermana.

—Te has perdido todo, como siempre —masculló reclinándose en el asiento.



## Capítulo XIV

Cuando regresaron al hogar, Anne esperaba encontrar a su madre y al resto de sus hermanas en la entrada, ansiosas por averiguar qué habría sucedido. Pero allí no había nadie salvo Shira, quien les recogió los abrigos y les informó que las aguardaban en el comedor. El tiempo había pasado muy deprisa, tanto que no se había dado cuenta de que habían sobrepasado la hora acostumbrada del almuerzo. Una vez que aparecieron, todas las miradas se clavaron en ellas. Mary, hambrienta como siempre, caminó hacia su silla, escondiendo el nuevo libro en su espalda, se sentó y se mantuvo en silencio mientras le servían. Sin embargo, Anne no podía pensar en llevarse nada a la boca. Su estómago permanecía cerrado y lo único que podía tomar era una taza de tila para calmar la inquietud producida por el descarado comportamiento del vizconde. Despacio, y sin apartar los ojos de su madre, que la inspeccionaba sin parpadear, tomó asiento y le pidió a Eugene que le sirviera lo único que podía ingerir. Extrañamente, ninguna habló. Se mantuvieron en silencio, comiendo aquello que tenían en sus platos. ¿Por qué no le preguntaban? ¿Acaso su madre les había advertido que no lo hicieran hasta que terminaran de almorzar? Se reclinó en el asiento tras advertir que la empleada se acercaba con la taza de tila, colocó las manos alrededor de esta y, a pesar de que estaba demasiado caliente, las mantuvo pegadas a ella.

—¡Por Dios! ¿Tan horrendo ha sido? —preguntó al fin Elizabeth, ansiosa por averiguar qué había ocurrido y saltándose la supuesta norma de su madre—. ¿No te han interesado las condiciones que te ha ofrecido?

—Hay una sola condición —dijo Anne, acariciando con la yema de los dedos de su mano derecha el borde de la taza.

—¿Cuál? —insistió Elizabeth.

—Que él aparezca en ese cuadro —informó la mayor de las hermanas.

—¿Él? —intervino Sophia asombrada—. ¿Por qué motivo ha decidido que pintes su retrato?

—Según ha deducido tras mi breve exposición, retratarlo incitará a la sociedad a valorar mi habilidad como artista, obviando de esta forma el absurdo prejuicio de que una mujer pinte a un hombre sin que este caiga en la

lujuria —explicó.

—¿Firmaste ese acuerdo? —quiso saber la madre.

—Sí, aunque en un principio tuve mis dudas por cómo me trató —apuntó aún enfadada por lo vivido.

—No exageres —saltó Mary—. El vizconde se ha comportado durante nuestra visita de manera educada.

—¿Estás segura? —le preguntó frunciendo el ceño. ¿Había olvidado cómo actuó cuando llegaron? Sí, debía haberlo hecho cuando le regaló el libro que ella sostenía sobre las rodillas, fuera del alcance de los ojos de su madre.

—No recuerdo que hiciera nada inadecuado una vez que accedimos a la biblioteca —comentó con retintín—. Pero es cierto que Anne, después de lo que sucedió ayer, iba predispuesta a negarse a todo lo que le ofreciera el vizconde. Ya sabéis el cambio que ha sufrido desde que murió su primer pretendiente. No es la misma de antes...

—¡Tonterías! —exclamó la ofendida—. Hablas así porque él te trató con mucho afecto, demasiado a mi buen entender. Sin embargo, cuando se dirigió a mí, fue cruel y déspota —se defendió.

—Me parece muy sensata la actitud que ha mantenido contigo —reflexionó Sophia mientras apoyaba los cubiertos sobre el plato vacío—. El vizconde ha querido poner ciertos límites entre vosotros desde el principio y eso no deberías recriminarlo, sino de agradecerse. Otro, en su lugar, habría intentado seducirte y olvidaría la razón por la que apareciste en su residencia.

—¿Ves? ¡Te lo dije! —clamó Mary exultante—. Si el rumor de libertino fuera real, no se habría comportado de esa forma. Lo único que ha pretendido, con sus palabras y acciones, ha sido confirmar que no siente ninguna atracción hacia ti y que lo único que os unirá en el futuro será la relación laboral que has aceptado. Además, después de hacer alusión a su reputación, le ha pedido que no acuda sola. Cualquiera de nosotras podemos acompañarla cuando lo deseemos —añadió con una enorme sonrisa. Que Anne le contara lo ocurrido durante el trayecto le había servido para que su madre no la regañara por permanecer distante durante su reunión.

—Logan nunca actúa de esa forma —intervino de nuevo Elizabeth. Al ver que su madre fruncía el ceño al escucharla nombrar al vizconde de esa manera tan familiar, cogió la servilleta, se limpió con suavidad los labios y prosiguió—: No permite que vayan mujeres a su hogar. Es cierto que se relaciona con ellas, con bastantes según comentan, pero ninguna, salvo las que componen su familia, visita la residencia Whespert. También he de añadir que

no habla sobre su vida libertina, no es un hombre que se vanaglorie de sus conquistas. Por esa razón, no entiendo por qué ha hecho mención a su vida libertina —dijo mirando a Anne.

—Bueno... le hablé de la fama que le precede en Londres y, por ese motivo, quiso recordarme que cae sobre mí una maldición a tener en cuenta. También me dejó claro que entre nosotros no hay cabida para una relación romántica, solo la laboral, si quiere seguir viviendo, claro —comentó Anne mirando la taza de té.

—¿Qué es lo que has dicho, Anne Moore? —bramó Sophia atónita—. ¿Has sido capaz de mirar al vizconde a la cara y reprocharle la vida que ostenta?

—No me regañe, solo insistí en advertirle que no existirá nada entre ambos salvo el acuerdo que hemos firmado. Además, ¿qué pensará la gente si me ven aparecer en su hogar todos los días? Un libertino nace y muere siéndolo, nada les hará cambiar. Son como cuervos que se lanzan a todo lo que brilla, en el caso del vizconde, a todo ser humano que luzca un vestido. Y, para que no cupiera duda alguna, me pareció coherente, para la familia y para mí, aclararle ciertos puntos inflexibles entre nosotros.

—¿Y qué te respondió? —intervino Madeleine, que contenía el aliento cada vez que escuchaba el tono que Anne utilizaba para hablar sobre el vizconde. Quizás había malinterpretado su visión y lo que vio en el salón la tarde anterior.

—Que estaría a salvo porque ni yo sentiría ninguna atracción hacia su persona ni él trataría de acercarse después de lo que padre le comentó sobre la maldición —explicó indignada—. ¡Ni que fuera a enamorarme de un engreído como él! ¿Sabéis que intentó amedrentarme hablándome de la mezcla de nuestra sangre? Como el *vizconde* —dijo con retintín— posee un linaje puro, se cree en el derecho de juzgar a los demás. Pero yo le dejé muy claro que estoy orgullosa de quién soy y de quién seré —finalizó alzando la voz como si fuera la líder de un grupo de combatientes.

—¡Bien dicho! —exclamó Josephine mientras aplaudía esa actitud guerrera de su hermana.

—El vizconde tiene razón —comentó solemne Sophia. Cuando sus hijas la miraron atónitas, respiró hondo y prosiguió—: Pese a que os sintáis orgullosas de vuestro origen, es cierto que si se descubre de dónde procedéis albergaréis muchos problemas. Me temo que vuestras amistades desaparecerían y el trabajo de vuestro padre decaería. Por eso, nunca hemos

hablado con nadie sobre mi verdadera identidad.

—Salvo con el vizconde —apuntó Anne airada.

—Salvo con él —afirmó la madre—. Pero sé que es un hombre en el que podemos confiar y que jamás romperá su promesa de mantener su silencio. Como estáis comprendiendo por vosotras mismas, su único propósito es ayudar a vuestra hermana y eso lo convierte en un hombre digno de mi confianza.

—¿No ha pensado que eso nos sitúa en una posición delicada? Porque puede llegar el día en el que se olvide de esa promesa e intente chantajearnos —añadió aún más enojada Anne.

—¡Imposible! ¡Él jamás actuaría de ese modo tan indigno! Conozco desde hace casi veinte años a la familia Bennett y ninguno de ellos utilizaría un secreto de tal índole para coaccionar a nadie. Al contrario, nos ayudarían a salvaguardarlo. ¿Es que no recordáis con quién se ha casado Natalie? ¡Con el sobrino del señor Lawford, nada menos! —dijo en voz alta Elizabeth—. Y... ¿conocéis qué se dice de ese hombre? ¿Hasta dónde ha podido llegar? Sin contar el romance con la...

—Por supuesto que sabemos quién es el señor Lawford y en esta casa siempre se le ha respetado —la interrumpió Sophia levantándose del asiento y dando por concluido el almuerzo y el tema que había iniciado Elizabeth—. Pero no estamos hablando de la vida de ese administrador, sino del pacto que el vizconde ha ofrecido a vuestra hermana. Tenemos que ser consecuentes con lo que sucederá si todo sale bien, pero también hay que barajar la posibilidad de que no logremos nuestro propósito. El hecho de que el vizconde se haya ofrecido en persona para ser dibujado es un triunfo insuperable. En cuanto Anne termine el trabajo y él pueda exponerlo de manera pública, ella conseguirá la posición social que se merece —añadió al tiempo que empezaba a caminar hacia la salida.

—Pero... ¿no pretendíamos encontrar un hombre que nos salvara de la maldición? ¿Cómo le ayudará a Anne ese trabajo? —preguntó Josephine, levantándose también.

—Si tu hermana se hace una artista famosa, nadie recordará las desafortunadas muertes de sus prometidos y aparecerán en nuestro hogar una comitiva de pretendientes ansiosos por casarse con una mujer tan espléndida —afirmó volviéndose hacia sus hijas, esperando a que todas ellas se colocaran a su lado.

—¿Y los irá matando uno a uno hasta que llegue el adecuado? —espetó

de nuevo Josephine abriendo los ojos de par en par.

—No —comentó Sophia acercándose a la niña para acariciarle la mejilla izquierda—. Tu padre y yo investigaremos la procedencia de todo el que desee prometerse a vuestra hermana y no volveremos a aceptar a nadie, salvo que sea el idóneo para ella.

—Entiendo... —murmuró Josephine.

—Ahora nos queda esperar a que el vizconde informe a Anne de cuándo y dónde quiere que empiece ese trabajo. ¿Alguna de vosotras desea acompañarla? —preguntó Sophia.

—¡Yo iré primero! —señaló Elizabeth caminando hacia su madre—. Estaré encantada de ayudar a mi hermana. Recordad que soy amiga de la familia desde hace mucho tiempo y nadie cuestionará mi aparición en la residencia del vizconde ni en el hogar de los Lawford.

—Si no erro en mi conjetura, el vizconde no querrá que lo pinte delante de un bonito paisaje —apuntó Anne.

—¿Por qué piensas eso? —se interesó Mary, acercándose a su madre.

—Porque posee un comportamiento severo y dominante. Tal vez se siente en un ostentoso sillón negro, se cruce de piernas y exhiba con orgullo otro de sus preciados trajes —expuso Anne aproximándose al pequeño grupo familiar.

—No es tan petulante —intervino Mary—, y no deberías quejarte tanto. Has sido afortunada de poder retratar a un hombre tan apuesto, de este modo tu talento se verá ensalzado y no ensombrecido.

—¿Apuesto? —espetó Anne frunciendo el ceño—. ¡Las ranas del estanque de nuestro jardín son más apuestas que él!

—¿No lo dirás en serio? —participó Elizabeth—. El vizconde es el hombre más deseado entre las damas de Londres. Todas suspiran cuando lo ven pasar.

—Pues esas damas están confundidas —aseguró Anne, cruzándose de brazos—. He visto hombres más atractivos que él.

—¿Sí, dónde? —intervino de nuevo Mary—. Porque yo he estado a tu lado estos veinticinco años y no he visto a nadie semejante.

—Chicas... —le llamó al orden Sophia al predecir una disputa—. Prosigamos con nuestras vidas. No podemos permanecer todo el día hablando sobre el aspecto físico del vizconde. Si no me equivoco, antes de que llegaran Mary y Anne, las tres hablabais de todo lo que habíais pensado hacer durante la tarde.

—Sí, madre —respondieron las tres nombradas al unísono.

En silencio, las hermanas caminaron detrás de Sophia. Una vez que salieron del comedor, Josephine se dirigió hacia el jardín, alegando que aprovecharía el buen tiempo para limpiar su arma y realizar algunos disparos más, porque, al fin, su castigo había sido perdonado; Madeleine, hacia la cocina, porque Eugene la necesitaba para preparar la cena y Elizabeth, hacia su invernadero. Mary, Anne y Sophia permanecieron junto a la escalera observando cómo las tres se marchaban. Una vez que estuvieron solas, Sophia se giró hacia la segunda de sus hijas y fijó la mirada en el libro que guardaba tras la espalda.

—¿Qué escondes, Mary?

—¿Yo? Nada —respondió sonrojándose.

—¿Has comprado otro libro? ¿Has vuelto a gastar tus ahorros en otro absurdo ensayo? ¿No os dije que vinierais directas a casa? —preguntó con cierto enojo.

—No lo ha comprado, se lo ha regalado el vizconde —salió en su auxilio Anne.

—Explícate —le pidió Sophia.

—Ya sabe lo que le gustan a Mary los libros y, por suerte para ella, la reunión se celebró en la biblioteca —empezó a decir Anne—. De repente, y pese a que lo intentó, sus ojos se clavaron en las estanterías y el vizconde la descubrió.

—Entonces él me habló de que había escuchado conversaciones sobre mí —prosiguió Mary aferrándose al libro con fuerza—. Y no hablaban mal, sino bien.

—Eso es nuevo... —murmuró Sophia observando la felicidad que mostraba la segunda de sus hijas.

—Según parece, no todos los caballeros critican mis conocimientos sobre medicina. Hay alguien que los alaba —dijo con tanta satisfacción que sus ojos volvieron a brillar—. Él me condujo hasta este libro y me explicó que el mismo John Huxham se lo regaló a su abuelo. ¡Un tesoro, madre! ¡Un ejemplar único! —exclamó eufórica.

—¿Por qué te lo regaló, Mary? —insistió la madre imperturbable a la emoción de su hija.

—Es el adelanto de un pacto que hemos realizado —confesó.

—¿Otro pacto? ¿En qué consiste este exactamente?

—El vizconde confía en la habilidad que poseo sobre medicina y me pidió que, si algún día enferma, sea yo quien lo sane —declaró con orgullo.

—Y, ¿lo harás?

—¡Por supuesto! He dado mi palabra y la cumpliré —respondió un poco ofendida—. Sabe que padre no me lo negará.

—Esperemos que eso suceda dentro de mucho tiempo, ¿verdad? Nos interesa que el vizconde se mantenga sano y fuerte hasta que Anne logre la posición que se merece —le recordó.

—No he pensado en envenenarlo, madre. Por ahora me conformo con leer este ensayo y descubrir la cura para ciertas fiebres —apuntó con sarcasmo.

—¿Ese es el plan que tienes para esta tarde? ¿Te encerrarás de nuevo en tu habitación y pasarás las horas leyendo? —le recriminó.

—¿Acaso ve en la puerta un ilustre caballero que desee pasear conmigo por las calles de Londres? —espetó mordaz.

—Y, aunque lo hubiera, no lo aceptarías —susurró divertida Anne.

—Si no tiene nada más que decirme, quiero retirarme y llenar mi cabeza de sabiduría antes de que aparezca ese misterioso caballero —masculló dando un paso hacia la escalera.

—Le pediré a Eugene que suba cuando se aproxime la hora del té. Te vendrá bien descansar un poco. Creo que no es muy beneficioso llenar la cabeza con tanta sabiduría en una sola tarde —anunció Sophia con cierta inquina.

—Prefiero tomar una taza de café si... —Al ver el rostro enojado de su madre, Mary enmudeció y terminó diciendo—: El té me vendrá bien y ese descanso intelectual, también.

Subió las escaleras pisándolas como si deseara romperlas a su paso. Mientras escuchaban los susurros de Mary, Sophia agarró el brazo de Anne y la apartó a un lado.

—¿Madre? —le preguntó atónita—. ¿Qué sucede?

—Quiero que me cuentes toda la verdad —pidió.

—Se lo he dicho, madre. El pacto que hemos firmado...

—¡No! ¡No me refiero a ese pacto! —insistió—. ¿Por qué Mary tiene un libro que puede costar más de dos mil libras? ¿Por qué tiene una opinión tan extraña sobre el vizconde? ¿Por qué veo en tus ojos tristeza y dolor? ¿Qué ha pasado, Anne?

Anne notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Toda aquella fuerza que había mantenido hasta el momento fue eliminándose poco a poco. Se agarró a los brazos de Sophia, la miró, dejando que esas gotas saladas recorrieran sus mejillas y le dijo:

—¿Alguna vez los sueños han sido erróneos?

—¿Los que has tenido durante estas noches? —Anne afirmó despacio—. No lo sé... ¿por qué me lo preguntas?

—Porque creo que los míos son falsos. Él no puede ser el hombre que Morgana tiene pensado para mí... —sollozó.

—Mi abuela materna soñó con mi abuelo, mi madre, con mi padre y yo, con el tuyo... Sería la primera vez que sucediera algo así en la familia —explicó confundida—. ¿Estás segura de lo que dices?

—Sí. Lo estoy. Usted no sabe cómo es ese hombre. No albergo la esperanza de mantener nada con él salvo ese miserable pacto que hemos firmado. Le aseguro que, después de salir de esa vivienda, mis deseos y anhelos han desaparecido.

—¿Por qué? —perseveró Sophia.

—Porque es un aristócrata de los pies a la cabeza. Es más, aseguraría que es el primer Bennett que destruiría a su propia familia.

—Tal vez... —empezó a decir la madre abrazándola con fuerza—, es posible que estés en lo cierto y que sea él quien te lleve hasta el hombre que nos libraré de la maldición.

—Si existiera, si de verdad Jovenka nos lanzó esa maldición, he de confesar que no creo que sobreviva...

—¿A qué? —preguntó Sophia abriendo los ojos como platos y apartando ligeramente a su hija de ella.

—A soportar la presencia de ese hombre —claudicó con firmeza.



—Quiero que acompañe personalmente a la señorita Moore —dijo Logan a Kilby después de contarle el acuerdo al que ambos habían llegado—. Según ella misma me ha informado, ha de comprar nuevos utensilios. Que no escatime en gastos y, si la ve dudosa, recuérdale que soy una persona exigente y que jamás me contentaré con mediocridades.

—Sí, excelencia. No se preocupe, le hablaré a la señorita Moore de lo meticuloso que es el señor y de lo satisfecho que queda cuando se realiza un buen trabajo —comentó el mayordomo parado frente a la mesa del escritorio de Bennett.



Después de que las hermanas se marcharan, Kilby estuvo tentado a hablar con su señor e informarle de que una de ellas parecía furiosa, pero no le hizo falta abusar de la confianza existente entre ellos. El mismo vizconde le llamó y le explicó todo lo sucedido, haciendo hincapié en el regalo que le había ofrecido a la joven llamada Mary, por si no lo encontraban las doncellas al limpiar la estantería.

—¿Desea algo más, milord?

—Sí —le respondió entregándole tres sobres—. En primer lugar, lleva este documento sellado a Arthur Lawford, él sabe de qué se trata. El segundo es para mi hermano Roger, quiero informarle de que me ausentaré de la ciudad durante un mes y no quiero que se preocupe. El tercero y último es para la señorita Anne Moore. Sería recomendable que lo leyera antes de que realizara las compras. Ha de proveerse de todo lo que requiera antes de partir de Londres. El pueblo más cercano de Harving House es Brighton y está a una hora de camino.

—¿Desea marcharse a su residencia de campo? —espetó Kilby abriendo los ojos de par en par—. ¿Con la señorita Moore? —agregó estupefacto.

—No vendrá sola, le pido en la carta que vaya acompañada por todas las hermanas que desee. No quiero que mi fama de libertino destruya la honradez de la que tanto se enorgullece —aclaró con resquemor.

—Muy elocuente por su parte, pero ¿ha pensado que ella no desee viajar? Podría negarse a salir de la ciudad porque es una joven solterona. Tal vez debería recapacitar sobre ello, milord —perseveró.

—No le quedará más remedio —comentó levantándose del asiento—. Firmó un contrato y hasta el señor Lawford es testigo, con su rúbrica, de ello.

—¿Habla del tío de su cuñado? ¿Ese al que todo el mundo acude para lograr lo que nadie puede hacer de manera legal? —dijo estupefacto.

—El mismo —respondió con cierta soberbia.

—Pero... usted ha firmado un contrato laboral, ¿verdad? —espetó con una mezcla de asombro y confusión.

—Sí, Kilby, solo se trata de un acuerdo de trabajo —respondió dibujando una leve sonrisa—. Fui yo quien redactó el contrato y le puedo asegurar que no utilicé ni una sola frase en la que aparezca *pacto matrimonial*. Lo que le sucedió a mi hermano pasó hace mucho tiempo y estaba tan borracho que no supo qué firmaba. Aunque, según él, repetiría lo que hizo mil veces.

—¿Y tiene que viajar hasta Harving House? ¿No le parece hermosa la entrada de esta residencia? Podría mandar a los jardineros a que la arreglaran

para ese precioso cuadro. Quizá si el jardinero podara los setos de la entrada, la luz del sol, si es que hiciera buen día, podría atravesar las...

—¿Intentas persuadirme para que no me marche de aquí? —le interrumpió enarcando las cejas.

—No, señor —contestó con rapidez—. Solo velo por su bienestar y protección.

—¿Y?

—Y me gustaría seguir trabajando para usted durante muchísimo tiempo —alegó.

—¿Temes por tu puesto? ¿A qué viene eso? ¿Qué diablos está ocurriendo, Kilby? ¿Por qué mantienes esa actitud tan extraña? —insistió Logan.

—Excelencia, no sé si habrá escuchado lo que comentan sobre la señorita Moore.

—¿Cuál de ellas? Porque son cinco hermanas —apuntó apoyando sus caderas sobre la mesa y cruzándose de brazos.

—La pintora, por supuesto —aclaró el mayordomo.

—Sí, he escuchado lo que se dice de ella y puedes estar tranquilo, la única relación que habrá entre la señorita Moore y yo será laboral —comentó solemne.

—Pese a esa afirmación, muchas de las doncellas que trabajan aquí, cuando la han visto salir, han empezado a rezar y a prender velas —señaló con tono suave—. Dicen que está maldita y que ella ha matado a sus dos pretendientes.

—¿Y piensan que caeré rendido a sus pies? ¿Qué me embrujará hasta matarme? —preguntó antes de soltar una carcajada.

—No, milord. Lo único que deseamos, todos los que trabajamos para usted, es seguir haciéndolo durante unas cuantas décadas más —aseveró Kilby.

—Os prometo que entre la señorita Moore y yo no habrá ningún romance extraño, ni moriré por una maldición —comentó Logan dándole una ligera palmada sobre el hombro izquierdo a su fiel lacayo—. Recuerda que mi sangre es Bennett y llevo sobre mis espaldas muchos intentos de asesinatos.

—Sí, milord, pero hasta ahora el señor Giesler ha velado por su seguridad.

—¡Cierto! —exclamó parándose en seco. Se giró sobre sus talones, caminó hacia la mesa y, después de escribir en una hoja unas palabras a su amigo, se lo ofreció a Kilby—. Esto es para él. Quiero que nos acompañe en

el viaje.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el mayordomo como si le hubieran quitado una enorme piedra de encima—. Ahora no le ocurrirá nada malo.

—Si tú lo dices... —murmuró Logan saliendo de la biblioteca primero.

## *Capítulo XV*

—¡No, no y mil veces no! —gritó desesperado Randall tras ser informado del pacto que Anne había firmado con el vizconde—. ¿Cómo has sido capaz de firmar un acuerdo tan desvergonzado? —espetó airado a su primogénita—. ¿No eres consciente de lo que sucederá?

Se frotó la cara y contempló a sus mujeres. Se sentía como un león enjaulado, aunque no estaba rodeado por barrotes de hierro, sino por cinco figuras de carne y hueso. Miró a Anne y observó su pesar. Bajo aquel vestido marrón, que lo usaba cada vez que se encerraba en la habitación de pintura, podía contemplar su sofocante respiración. Luego fijó los ojos en Mary, sentada en una butaca con aquel tosco vestido gris se asemejaba más a una institutriz que a una muchacha rebosante de juventud y feminidad. Prosiguió con Elizabeth. La tercera de sus hijas, como siempre, lucía un hermoso vestido de color verde, muy apropiado para sus facciones y el color de su pelo. Continuó con Josephine, quien volvía a mostrar una apariencia bucanera con la camisa blanca y el pantalón pardo. Intentó averiguar qué llevaba puesto Madeleine, sin embargo, su quinta hija estaba tan alejada de él que no podía concretar si era un vestido rojo con matices amarillos o amarillo con matices rojos. Sin amedrentar su enfado, se giró hacia su esposa y, tras desliarse el nudo de la corbata que le impedía respirar, la miró suplicante y le dijo:

—Habla tú con él y dile que no estamos de acuerdo, que nuestra hija no estaba en plenas facultades para firmar ese dichoso contrato y que hemos decidido inhabilitarla de inmediato.

—¿Cómo voy a hacer tal locura, Randall? —preguntó Sophia incrédula—. Anne es una mujer sensata y el trato no es tan malo.

—¿Qué no es tan malo? —tronó—. ¡Hablamos de un vizconde, de un libertino, de un hombre carente de escrúpulos y...!

—Un hombre al que tú mismo te dirigiste para que la llevara en su barco —le recordó su esposa.

—¿Acaso soy tan perfecto que no puedo permitirme un miserable error? Además, fue ella quien me suplicó que buscara un capitán de barco que la condujera hasta esa maldita ciudad, y el único nombre que surgió al pedir

información fue el vizconde de Devon —se defendió.

—Nadie lo es y nosotras no le pedimos que lo sea —intervino Mary, que aún llevaba el preciado regalo en las manos—. Pero es cierto que usted fue quien puso al vizconde en nuestras vidas.

—Sí, no lo niego, sin embargo, lo único que deseaba era que la hiciera zarpar en su barco, no que se inmiscuyera en nuestros asuntos —refunfuñó Moore al ver que ninguna de sus hijas, ni la propia Mary, parecía apoyarlo en esta ocasión.

—¿No le parece una buena alternativa? ¿De verdad quiere que se aleje de nosotros y que viva en un lugar extraño? —apostilló Josephine con tristeza.

—No, Josh, no quiero que se marche. Es más, si el trato lo hubiera realizado otro caballero, yo mismo la conduciría cada día hasta la puerta principal de la residencia. Pero... ¿estamos hablando del vizconde de Devon, de un Bennett!

—La gente habla sin ser consciente de lo que puede acarrear con sus inoportunos rumores —dijo de nuevo Mary—, y después de conocerlo esta tarde, tiene mi absoluto apoyo. Es un caballero, un noble que solo quiere ayudar a una pobre familia desesperada.

—¿Emites esas palabras con sinceridad o estás seducida por lo que tienes entre tus manos? —espetó Randall tras alzar las gafas con un dedo.

—He estado presente durante toda la conversación —comentó indignada—, y no he escuchado ni una sola palabra perversa, malintencionada o suspicaz en él —aseveró altiva.

—¿Anne? —preguntó el médico a su hija, quien había permanecido callada en todo momento—. ¿Piensas que el acuerdo es grato para tu persona? ¿De verdad estás capacitada para pasar el tiempo que necesites y finalizar el trabajo con ese hombre?

Anne palideció al entender el sentido de las preguntas. Su padre creía que ella iba a caer en el mismo error que cometió cuando era joven. Sin embargo, tras la reunión, salió dispuesta a degollar al vizconde y eso no tenía nada que ver con entregarse a una pasión que se había esfumado en los primeros minutos de la charla.

—Lo estoy —aseguró con entereza—. Además, como expliqué a madre, él mismo ha pedido que no frecuente sus dominios sola.

—¿Josephine? —gritó Randall mirando a la cuarta de sus hijas, quien se levantó de su asiento de un respingo.

—¿Sí, padre? —le respondió con tono militar.

—¿Sabes de algún arma que posea varios cañones? Creo que voy a tener que regalarte...

—¡Randall Moore! —exclamó horrorizada Sophia—. No pretenderás utilizar a nuestra hija para una atrocidad semejante, ¿verdad?

—Ella acompañará a Anne en todas sus visitas y, si intenta acercarse ese hombre a nuestra hija de manera inapropiada, tiene mi autorización para dispararle —dijo el padre a su esposa.

—¡Basta! —exclamó Elizabeth indignada—. ¡No sois conscientes de a quiénes os estáis refiriendo!

—¿No hablamos de los Bennett? —le contestó Randall entornando los ojos—. Porque, si mi estado de irritación no ha afectado a mi sentido del oído, llevamos más de dos horas tratando un tema que les incumbe.

—¿Os pensáis que son ogros? ¡Son tan normales como nosotros mismos! —los defendió con vehemencia—. Llevo accediendo a sus hogares desde que Natalie y yo nos conocimos y en ningún momento han actuado de manera incorrecta.

—Mientras que has estado presente —masculló el médico—. Pero... ¿dudas de la fama de vividor que ostenta el vizconde al que mencionamos?

—Es cierto que ha yacido con muchas mujeres, sin embargo, todas ellas han aceptado sus brazos con agrado —continuó su alegato de defensa.

—¡Elizabeth! —bramó Sophia al oírla hablar de aquella manera tan poco decorosa.

—Es cierto, madre. Natalie me ha confesado, en multitud de ocasiones, que su hermano ha mantenido a varias amantes a la vez porque ellas mismas así lo aceptaron.

—Creo que nos estamos desviando del tema —apostilló Mary que, al idolatrar al vizconde por haber sido un hombre tan atento con ella, no le agradaba que sacaran a relucir ese tipo de intimidades—. Nuestra hermana solo realizará otro trabajo. Lo único que este tendrá de especial será que en la imagen del cuadro no aparecerá una mujer sino un hombre. ¿Acaso en esta familia se empieza a discriminar el género de las personas? —alegó levantándose del asiento—. ¿No os parece suficiente pesar el calvario que yo misma sufro por haber nacido mujer? ¿Ninguno ha aprendido nada sobre este absurdo tema?

—Es diferente... —resopló Randall que, ante esa pregunta, toda su ira se desvaneció con rapidez.

—¿Por qué? ¿Qué encuentra distinto, padre? —perseveró Mary—. Usted mismo ha elegido a Josephine para que le dispare cuando lo vea conveniente, cosa que me parece irracional después del agujero que hizo a la ventana del pequeño salón, y Elizabeth puede unirse a esa pequeña comitiva de protección, pues ella conoce, como bien ha dicho, a la familia desde hace años y nadie tendrá dudas sobre la relación existente entre él y nosotros.

—También puedo pedirle a Natalie que nos acompañe —alegó Eli con una sonrisa—. Si la propia hermana del vizconde supervisa el trabajo, los rumores se aplacarán antes de aparecer.

Randall destensó los hombros, suspiró hondo y dejó que las gafas bajaran hasta la punta de su nariz. ¿Qué debía hacer? ¿Debía permitir tal locura? ¿Sus hijas estarían en lo cierto? Tal como habían comentado durante las dos largas e intensas horas que llevaban debatiendo el tema, él mismo había ido a pedirle ayuda al vizconde. Sin embargo, nunca pensó que este se presentaría en su hogar ofreciéndole otra alternativa. ¿Eso debía indicarle que tal vez, como se acaloraba en defender Elizabeth, no era tan malvado como creía?

—¿Padre? —preguntó Anne acercándose despacio a esa figura cansada y afligida que adoraba más que a su propia vida.

—No sé qué hacer... —dijo con voz cansada—. No quiero que vuelvas a ser el centro de las murmuraciones. Saliste de una gran depresión, una que sufrí como si fuera mía, y me gustaría que...

—¡Le dispararé, padre! ¡Le juro que, como se acerque a Anne más de lo debido, apretaré el gatillo sin dudarlo un solo segundo! —clamó Josephine con esa seguridad militar que le recorría las venas.

—Randall, querido —dijo Sophia tras acercarse a él y ponerle una mano en el pecho—. Deberíamos darle una oportunidad. No quiero que Anne se marche, pero si no deseas aceptar el acuerdo, si de verdad tienes dudas...

—¡Está bien! —claudicó al fin el médico, un segundo después, el padre se encontró rodeado de brazos y sintió en sus mejillas decenas de besos.

Justo cuando todo el mundo empezaba a sonreír, cuando al fin los rostros severos comenzaban a eliminarse, alguien tocó la puerta del salón, pidiendo permiso para entrar.

—¡Adelante! —respondió Randall una vez que su mujer y sus hijas se separaron de él.

—Señor... —dijo Shira al abrir la puerta. Su rostro volvía a estar pálido y su rollizo cuerpo estaba tan tenso como una barra de hierro.

—¿Sí? —preguntó el médico, temiendo que fuera portadora de otra mala

noticia que volviera a alterar a la familia.

—Ha llegado una carta para la señorita Moore —le informó.

—¿Para cuál de ellas? —intervino Sophia.

—Para la señorita Anne —aclaró.

Anne abrió los ojos como platos, se llevó las manos al pecho y estuvo a punto de desmayarse de nuevo. Su instinto de mujer le gritaba que solo había una persona que podía dirigirse a ella: un engreído que ordenaba a través de un miserable papel y que no admitía rechazo alguno.

—Gracias —le dijo Sophia cogiendo ella misma el sobre. Tras comprobar que se trataba del vizconde, apartó la mirada de la misiva y la fijó en su hija, quien se mantenía inmóvil frente al diván en el que solía descansar su esposo—. ¡Ábrela! —le dictó, sacudiendo el papel con la mano derecha.

Un extraño silencio se apoderó del salón. Ni se escuchaban los ligeros movimientos que ofrecían al caminar hacia Anne. Todos la miraban expectantes, todos contenían el aliento...

Olvidando que se había convertido en el centro de todas las miradas, Anne abrió despacio el sobre, no sin antes notar que en su interior había algo más que un mero papel. Despacio, sin prisa por averiguar qué requería aquel engreído de ella, sacó la primera hoja que encontró, la desdobló y comenzó a leer:

*Querida señorita Moore:*

*Vuelvo a ponerme en contacto con usted para informarle que ha habido un ligero cambio de planes. No tema, nuestro trato sigue adelante, aunque tendrá que realizarse en otro lugar. Muy a mi pesar, han requerido mi presencia en Harving House, la residencia de campo que poseo en Brighton, y tengo que acudir con urgencia. Imagino que este cambio no le supondrá ningún contratiempo porque, según tengo entendido, los artistas como usted adoran los paisajes costeros. ¿No le parece una idea estupenda? El de retratarme frente al mar, quiero decir. Haga saber a sus estimables padres que puede acudir con varias de sus encantadoras hermanas y que todos los gastos que acarrea este pequeño contratiempo correrán de mi cuenta. También quiero aclararle que mi mayordomo Kilby la visitará mañana a primera hora para ayudarla en todo lo que guste.*

*P. D. primera: Me gustaría que le informara a su querida hermana Mary que la biblioteca que poseo en esa residencia supera a la que encontré esta tarde.*



*P. D. segunda: Si se ve en la necesidad de adquirir más de cinco piezas de todo aquello que me enumeró, le concedo el poder de hacer cuanto guste. Por supuesto, cuando finalice el trabajo, yo mismo lo supervisaré como ya le referí.*

*P. D. tercera: Tiene de plazo hasta mañana por la tarde para que preparen el equipaje porque, como le he dicho anteriormente, mis quehaceres como vizconde son prioritarios a cualquier placer.*

*P. D. cuarta: Nunca he tenido que utilizar tantas aclaraciones, pero con usted hago una excepción. Como advertirá, le envío una copia del contrato que esta misma tarde firmó para que compruebe que, entre las cláusulas, aceptó la de trasladarse conmigo si necesitan mi presencia fuera de la ciudad.*

*Atentamente,*

*Logan Bennett, vizconde de Devon*

Anne rompió el sobre para comprobar que el contrato estaba en el interior. Lo desgarró como si fuera la piel de un pollo que debía preparar de inmediato. ¿Cómo podía ser tan impertinente? ¿Cómo podía obligarla a trasladarse? Con la carta entrelazada en sus dedos, leyó con detenimiento lo que había firmado y, en efecto, una de las cláusulas era viajar junto al vizconde durante el tiempo que durase el trabajo.

—¡Maldito hijo de perra! —clamó fuera de sí—. ¡Que el diablo lo atrape!

—¡Santo Dios! —exclamó Randall horrorizado al escuchar aquellas palabras de su hija. De Mary se esperaba cualquier cosa, pero de Anne, ¡jamás!

—¿Qué dice? ¿Qué ha escrito? —se interesó Sophia que, al ver la cara enrojecida de su primogénita, se temió lo peor.

—¡Leed! —les dijo sacudiendo los papeles como si fuera a reanimar un fuego casi apagado—. ¿No decías que los Bennett eran personas amables y educadas? —le increpó a Elizabeth—. ¡Pues no es cierto!

—¡Por el amor de nuestra madre! —exclamó Sophia tras leer el contenido de esa carta—. ¿Qué está ocurriendo?

—Lo que ocurre, madre, es que ese engreído piensa que todo el mundo debe hacer lo que ordena sin ofrecer resistencia. ¡Como toda esa miserable aristocracia! —clamó, mostrando en su garganta la desesperación que estaba

viviendo.

—¡Randall! ¡Haz algo! —le pidió a su esposo que estaba sumergido en la lectura del contrato.

Este, según pasaba las páginas, caminaba hacia atrás, con la esperanza de que sus pantorrillas se topasen con un asiento donde poder sentarse. No daba crédito a lo que su hija había firmado. ¿Acaso no era tan sensata como había supuesto?

—¿De quién es ese sello? ¿Quién redactó el contrato? ¿A quién debemos dirigirnos para anularlo? —preguntó desesperada Sophia.

—No hay manera de invalidarlo —comentó Randall tras hallar una silla donde acomodarse—. El vizconde ha utilizado a Lawford como abogado y hay varios testigos...

—¿No puedes hablar con él? —le preguntó Sophia desesperada—. Te debe un favor y creo que es el momento idóneo para recordarle lo que sucedió en el pasado. Esa es la firma de Arthur, ¿verdad? ¿De quién es la otra? ¿Lo conocemos?

—Del príncipe —añadió.

—¿¿Cómo?! —soltó su esposa con tanto ímpetu que se quedó afónica.

—El contrato ha sido sellado por la corona y esta ha dado conformidad al acuerdo —indicó extendiendo los papeles hacia ella.

—¿No hay manera de eliminarlo? —insistió cogiendo esos papeles que sentenciaban a su hija con la temblorosa mano derecha.

—No.

—Y, ¿qué vamos a hacer? —continuó desesperada.

—Lo que nuestra hija ha firmado —apuntó Randall levantando al fin la mirada para fijarla en el rostro airado de Anne.

—Dice que podemos ir algunas hermanas con ella. Yo lo haré —comentó Elizabeth—. También habla sobre Mary.

—¿Sobre mí? —preguntó atónita la aludida.

—Sí, lee —dijo Eli mostrándole la carta.

—Yo no puedo. Lo siento, pero me niego a permanecer en un lugar que no deseo. El contrato especifica que es Anne quien debe ir y, aunque la idea de estar frente a una biblioteca mayor de la que he visto hoy me agrada, no me marcharé.

—Yo... Yo... —intentó decir Madeleine, pero como no pudo terminar la frase, salió disparada hacia la salida.

—Randall..., cariño... ¿no podemos encontrar una solución antes de

que...? —sugirió Sophia.

El médico negó con un ligero y pesado movimiento de cabeza.

—Como he dicho antes, yo voy a ir. No quiero que mi hermana se encuentre en apuros y sé que Natalie acudirá en cuanto le informe de lo ocurrido —aseguró Elizabeth con voz firme.

—Si Mary se niega y Madeleine es incapaz de imaginarlo... Solo quedas tú, Josephine —expuso Sophia mirando a su cuarta hija.

Esta sonreía de oreja a oreja. Parecía que era la única que se alegraba de todo lo que estaba sucediendo. Y así era. Cuando leyó la carta, ya se veía corriendo sobre los lomos de un raudo corcel, con un arma en sus manos y disparando a todo animal que volara sobre su cabeza. ¿Había una imagen más hermosa que esa? Por fin tendría la libertad que deseaba, al fin caminaría por un lugar en el que podía vestirse de hombre y nadie la miraría con desaire.

—Estoy dispuesta a asumir esa responsabilidad —dijo con su habitual tono—. El honor de mi hermana mayor está en juego y juro por el mío que ese hombre no se acercará a ella inapropiadamente.

—¿Randall? —le preguntó Sophia al no escucharlo ni respirar.

—¡Está bien! —exclamó levantándose del asiento—. Se hará según lo acordado. Vosotras dos podéis ir preparando vuestros equipajes. —Señaló a Anne y a Elizabeth.

—¿Y yo? —preguntó Josephine un tanto abatida.

—Tú vendrás conmigo al armero y me dirás qué pistolas necesitas —claudicó caminando decidido hacia la puerta.

—¿Todas las que quiera? —quiso saber ilusionada—. ¿Puedo comprarme también algunos puñales? Los que tengo guardados están anticuados y algunos tienen la hoja abollada.

—Puedes comprar el puñal más grande y el más afilado que encontremos —aseguró Randall antes de salir del salón.

—¡Bendito seas, vizconde! —exclamó Josephine corriendo tras su padre.

Sophia y las tres hijas se quedaron en la habitación en silencio hasta que escucharon cómo padre e hija cerraban la puerta tras abandonar la residencia. No les hacía falta hablar para expresar lo que pensaban: que todo era una locura.

—Anne y Elizabeth, subid ahora mismo a vuestras alcobas y que Shira os ayude a preparar el equipaje —ordenó con entereza—. Antes de que nos reunamos para cenar, quiero confirmar que todo está listo.

—¿Pero...? —intentó decir Anne.

—¡No hay peros! —le reprendió—. Asume con valentía lo que has sellado con tu firma y no te quejes. Espero que esta catástrofe te sirva de algo. Es la segunda vez que mancillas el apellido de tu padre. Lo único que espero es que seas la profesional que declaras ser y que termines tu trabajo lo antes posible.

—Sí, madre —respondió antes de girarse sobre sus talones y abandonar la sala junto a Elizabeth, la segunda hermana más feliz tras lo sucedido.

—¿No le parece extraño que, horas después de haber firmado Anne el acuerdo, el vizconde haya decidido abandonar la ciudad? —preguntó Mary una vez que estuvieron solas.

—Lo que me parece extraño es que tú, acompañando a tu hermana, le permitieras firmar un contrato de esa índole. ¿Qué estabas haciendo, Mary? ¿No cumpliste tu cometido?

—Tiene razón, madre. Nuestra hermana ha de ser una profesional respetuosa y digna del apellido que poseemos. Si me disculpa, tengo que atender un asunto muy importante en estos momentos y que nadie puede hacer por mí —comentó rauda.

—¿El qué? —preguntó Sophia enarcando las cejas.

—Mingitar, madre. Con tanto escándalo me han entrado ganas de mingitar —respondió caminando veloz hacia la salida.

—Te veré en la cena, Mary —aseveró Sophia.

—No se preocupe. Para esa hora, habré librado a mi vejiga de una tremenda hinchazón —afirmó antes de levantar la falda de su vestido gris con una sola mano, porque en la otra sostenía aún el libro, y subir las escaleras como si el mismísimo Lucifer la persiguiera.

Una vez que Sophia se quedó sola, se acomodó en una silla y entrelazó las manos. Lo tenía planeado. No le cabía ninguna duda de que el vizconde lo tenía en mente porque, de no ser así, ¿por qué había añadido una cláusula tan extraña? Suspiró hondo, intentando adoptar una compostura tranquila, pero no podía. ¿Cómo hacerlo si tres de sus hijas iban a permanecer bajo la protección de un hombre con una reputación tan inmoral? ¿Por qué el vizconde había planeado una locura semejante? Desesperada, se levantó de un salto de la silla, caminó hacia el despacho de su marido, se sentó y cogió una hoja en blanco para redactar ella misma una nota al vizconde. Sus hijas se marcharían de allí si él le daba su palabra de que nada malo les sucedería porque, si no lo hacía, su sangre vengativa zingara se antepondría a su matrimonio con Randall

y actuaría según la justicia de sus ancestros. Después de coger la pluma y escribir todo aquello que se le pasó por la cabeza, hizo llamar a una de sus doncellas.

—Hazle llegar esta carta al vizconde de Devon y anúnciale que no te marcharás de su residencia hasta que obtengas una respuesta.

—Sí, señora —dijo la empleada antes de cerrar la puerta, ponerse el abrigo y salir de allí con la rapidez que le proporcionaban sus cortas piernas.

Si le contestaba como le pedía, solo debía rezar a Morgana para que velara por la vida de los tres tesoros que se marcharían en breve.

## *Capítulo XVI*

Logan se retiró de la mesa de escritorio, colocó las manos a la espalda y caminó sereno hacia la ventana. Empezaba a amanecer. Apenas se contemplaban los primeros rayos del nuevo día sobre los tejados de los edificios londinenses. Era la primera vez que se levantaba tan temprano en su hogar. Lo habitual en él era quedarse hasta altas horas de la madrugada, bebiendo y fumando acompañado de algún pariente, amigo o posible cliente y, tras dar por concluida la eterna velada, subía a su alcoba e intentaba cerrar los ojos para enfrentarse a un nuevo y aburrido día. Sin embargo, esa monótona costumbre se había interrumpido desde que programó el viaje hacia su residencia en Brighton. Estaba excitado, nervioso y bastante intranquilo para conciliar el sueño. ¿Habría hecho lo correcto o tal vez se había dejado llevar por un inapropiado impulso? Miró de reojo hacia la mesa y frunció el ceño al ver la carta que había recibido de la señora Moore. Esta le enumeraba con severidad todas las consecuencias que tendría el nuevo plan y le suplicaba que no dejara a sus hijas a merced del destino. Literalmente, le rogaba que velara por ellas como si fueran su propia hermana Natalie. Aunque cuando terminó esas extensas peticiones, normales en una madre, le advertía que, si algo les sucedía, ella misma haría que su vida fuera una tortura, una condena tan atroz que solo se libraría de ella dándose muerte.

Una extensa sonrisa se dibujó en su rostro al afirmar que, bajo aquella apariencia dócil y estudiada, se escondía una auténtica zíngara. Una que le degollaría en mitad de la plaza sin pensar en lo que le sucedería tras rajarle la garganta en público. Había vivido con personas así. Hasta él mismo tuvo que luchar contra sus semejantes para lograr algo de respeto. Sin embargo, la única manera de conseguir algo de obediencia y consideración surgió cuando firmó los papeles que le declaraban como hijo legítimo de los marqueses. Ese pensamiento pasado le borró la sonrisa. Nunca esperó alcanzar la situación en la que se encontraba. Tampoco le pidió a Roger que lo convirtiera en su futuro sucesor. Lo único que había deseado, si es que alguna vez pudo soñar algo, era transformarse en una persona diferente a la que había nacido. Y, aunque parecía ilógico, pese a que ya lo era, no le agradaba su vida. ¿Dónde estaba la

libertad? ¿Por qué debía sopesar cada hecho o acción que realizaba? ¿Por qué lo miraban con recelo? Todos se sentían en la obligación de escrutarlo cuando aparecía, cuando se movía o cuando hablaba...

Fijó la mirada en sus propiedades y recapacitó nuevamente sobre la trama que había iniciado. Por supuesto, las tres hermanas estarían bajo su protección y las cuidaría por encima de su propia vida. Lo único que pretendía era estar cierto tiempo con Anne y descubrir el motivo por el que, al tocarla, había tenido aquella visión tan real. ¿Qué significaba el fuego? ¿Por qué salía de una hoguera que no le quemaba? Otra vez aparecían preguntas a las que no podía contestar. Quizás, una vez que se alejaran de Londres y ambos pudieran ser libres para actuar como les apeteciera, obtendría las pertinentes respuestas.

—Milord —dijo Kilby tras escuchar que vizconde le daba permiso para entrar—, el desayuno está listo. ¿Quiere que se lo traigan a esta sala?

—Hoy me complacería desayunar fuera —comentó volviéndose hacia el empleado. Al ver la cara de sorpresa de este, añadió—: ¿Has preparado todo lo necesario para acudir a la residencia Moore?

—¿Se refiere a llevar su autorización de compra o a portar algún crucifijo que me proteja de la señorita en cuestión? —comentó sagaz Kilby.

—Que no escatime en gastos —anunció, volviendo a sonreír por la agudeza de su fiel empleado—. No deseo que, una vez en Harving, interrumpa su trabajo por la falta de algún material.

—Según me ha explicado nuestra cocinera, la señorita Moore suele utilizar pocos utensilios para sus retratos, aunque también hizo referencia al buen resultado de esos trabajos.

—¿Cómo sabe eso la señora Donner? —preguntó, caminando hacia la salida y manteniendo las manos en la cintura.

—Porque una de las sirvientas de lady Whatnifer es pariente lejana de ella y, en alguna ocasión, le explicó cómo la señorita Moore trabajaba con las hijas de esta —le informó Kilby andando detrás de Logan.

—¿Le contó algo más? ¿Algo que deba interesarme? —perseveró.

—Salvo el hecho de que todo el mundo cotillea sobre las muertes de sus dos sanos pretendientes, nada más —puntualizó.

—¿Has ordenado que preparen el equipaje? —preguntó sin hacer alusión al comentario sobre Anne. Ya empezaba a acostumbrarse a esa maldita injusticia, aunque no podía evitar que le hirviera la sangre cada vez que la escuchaba.

—Todo está listo, milord. Si lo desea, puede incluso partir esta misma tarde —le sugirió.

—No, deseo acompañar a las Moore durante el viaje. No me parece adecuado mantenerlas desprotegidas durante un trayecto tan largo —dijo girándose hacia la entrada principal—. ¿A qué hora tienes previsto ir al hogar del médico?

—Tan solo aguardo a que abran los comercios, milord. No creo que a los tenderos les agrade que se les levante de sus calientes lechos antes de que la luz del día atraviese sus cristaleras —manifestó sarcástico.

Que el vizconde abandonara su alcoba antes de las diez de la mañana no incitaba a que todo el mundo actuara de la misma forma. Debía ser paciente, cosa que hasta el momento siempre había sido. Sin embargo, notó que, desde la aparición de las dos hermanas, su señor andaba bastante nervioso y mostraba una actitud impropia. ¿Alguna noche, de todas las que le había servido, se había retirado a su lecho antes de las tres de la madrugada? Nunca. Solo durante los viajes que realizaba en su barco, él abría los ojos antes que el resto de la tripulación. Según había entendido, durante su permanencia en aquella vivienda, olvidaba la rectitud propia de un capitán de navío para convertirse en el hombre joven que realmente era. Pero allí se encontraba, más despierto que él mismo y con rostro pensativo. ¿Se arrepentiría de su decisión? ¿Estaría sopesando, al fin, las consecuencias que él mismo le hizo llegar sobre la decisión que había tomado? Si era así, sería la primera vez que lo hiciera, como levantarse tan temprano.

—¿He recibido alguna respuesta a las cartas que enviaste ayer? —preguntó, aun sabiendo que el fiel mayordomo le habría informado en el acto de ello.

—No, su excelencia.

No era normal que su hermano retrasara una respuesta y ni mucho menos que no le pidiera una explicación de su repentino viaje. Si la experiencia no le engañaba, una vez que Roger leyera la carta, indagaría el motivo de su rápida partida. ¿Creería que huía de algún marido enojado? No dudaba de que ese fuera su primer razonamiento. Los Bennett tenían tal fama de libertinos que no podían eliminarla, aunque ellos tampoco actuaban para hacerla desaparecer. Cuando uno posee la sangre contaminada por el libertinaje, la mantiene hasta que, como Roger, encuentra a la mujer perfecta. Sin embargo, él no la había hallado ni tampoco la buscaba. Necesitaba aclarar muchas cosas antes de dar un paso tan importante.



Miró de nuevo hacia los ventanales situados a ambos lados de la puerta principal. El sol seguía escondido. Concluyendo que no habían transcurrido ni diez minutos desde que lo vio a través de la ventana de su oficina, si durante el día no buscaba ciertos entretenimientos que lograran calmarlo, las horas le resultarían años.

—Dile al mozo de cuadras que debe preparar a Bucéfalo<sup>6</sup> de inmediato. He decidido cabalgar antes del desayuno —comentó, tras entender que necesitaba salir de allí antes de que su desesperación le jugara una mala pasada.

—¿Está usted seguro? —preguntó Kilby desconcertado.

—Sí —respondió Logan después de volverse hacia su izquierda y subir los peldaños de tres en tres.

—¡Avisaré de inmediato a su ayuda de cámara! —le informó el mayordomo justo cuando su amo se situaba en la mitad de esas interminables escaleras de mármol gris.

—¡Ya debería estar alisando el traje! —le respondió Logan sin mirarlo.

Kilby suspiró hondo, caminó hacia las habitaciones de los empleados y, tras explicarle al joven Howlett que el amo lo necesitaba, se dirigió hacia la cocina para comunicarle a la cocinera que el desayuno se retrasaría... otra vez.



Anne, como cada mañana después de su acostumbrado baño, caminó hacia la salida de la habitación sin hacer ningún ruido. Mary se había quedado nuevamente leyendo hasta las tantas y no quería escucharla refunfuñar sobre el descanso mental que necesitaba para seguir siendo la hermana más erudita. Antes de abrir la puerta, echó un último vistazo a la durmiente y suspiró. No podía enfadarse con ella al desestimar la oferta del vizconde, la entendía. Sin embargo, le habría gustado que viajara a su lado en vez de soportar las agónicas conversaciones que mantendría con Elizabeth o cuidar a Josephine para que no disparara su nueva arma donde no debiese. Pensando en cómo afrontar las disparatadas actitudes de sus hermanas y centrarse en terminar su trabajo lo antes posible, salió, cerró despacio y caminó por el pasillo de puntillas. Si la luz que entraba por las ventanas no la engañaba, estaba

amaneciendo y, salvo su madre o el servicio, nadie se habría levantado tan temprano. Bajó las escaleras con suavidad, como si pisara entre algodones. Cuando se situó frente a la puerta de la entrada, sus manos se extendieron hacia ella, invitándola a abandonar su hogar y hallar algo de paz. Una que no había tenido desde que el vizconde irrumpió en su vida. Al pensar en las alteraciones que él le provocaba, frunció el ceño. Estaba enfadada, demasiado para no ponerse a gritar y despertar a todo el mundo. Era inconcebible que tuviera que acatar las órdenes de aquel hombre. «Imagino que este cambio no le supondrá ningún contratiempo porque, según tengo entendido, los artistas como usted adoran los paisajes costeros. ¿No le parece una idea estupenda? El de retratarme frente al mar, quiero decir». ¿Cómo podía ser tan engreído? ¿Cómo podía dar por sentado que ella adoraría un paisaje costero? ¡Pues erraba! El mejor paisaje para un ser tan odioso como él sería situarlo en una oscura cueva, rodeado de bichos repugnantes y exhibiendo esa aura autoritaria y oscura que intentaba ocultar bajo aquella espectacular figura. Sí, un par de serpientes irían acorde a su imagen. Las pintaría una a cada lado, enroscadas sobre su cuello, como si intentaran asfixiarlo. La imagen de ese retrato le causó una grandiosa carcajada, que enmudeció al ponerse las manos sobre la boca. ¿Qué pensaría el orgulloso vizconde cuando lo viera? ¿Le parecería correcto para su persona? Sin borrar esa sonrisa de su rostro, caminó hacia la cocina. Debía desayunar antes de enfrentarse a la llegada del sirviente. Todavía no había elaborado la lista con todo aquello que necesitaba para llevar a cabo su trabajo y tenía que concentrarse en ello. ¿No le dijo que comprara cinco unidades de cada cosa? Pues aumentaría esa cantidad. Quizá hasta la triplicaría, para que mermase su gran fortuna.

No cesaba de pensar en la cláusula que había firmado y en la rapidez con la que la utilizó. ¿Lo tendría planeado? ¿Antes de que firmara el acuerdo el vizconde ya había decidido dónde se realizaría? Recordó de nuevo las frases que este utilizó para anunciárselo y se enfadó otra vez. ¿Cómo podía ser tan insolente? ¿Acaso su ego era tan grande como los mares en los que había navegado? Bueno, por lo menos había tenido la bondad de afrontar todos los gastos que acarrearía el desafortunado plan. Y, por supuesto, ya se encargaría ella misma de que le causaran más gritos que los que provocó aquella factura por su navío. ¿Cuántas sirvientas necesitarían para atenderla? ¿Una para cada hermana? Pues añadiría dos más, una para que la ayudara a trasladar el pesado caballete y otra para que calmara la sed provocada por el esfuerzo de pintarlo.

Seguro que, cuando tuviera que afrontar los pagos, esa sonrisa maliciosa

desaparecería de su rostro...

—Buenos días, Shira —le dijo a la sirvienta una vez que la encontró frente a los fogones.

—¡Señorita Anne! —exclamó sorprendida—. ¿Por qué se ha levantado tan temprano? Apenas son las siete y media —señaló, abandonando sus quehaceres para acercarse a la joven.

—No he podido dormir —comentó al tiempo que se dirigía hacia una de las sillas que rodeaban la mesa de madera oscura.

—Lo supongo —murmuró Shira.

—¿Madre está despierta? ¿Se encuentra en el salón matinal? —quiso saber, mientras elegía la silla de su derecha.

—No, la señora aún no se ha levantado.

—¿No? —preguntó justo antes de que sus posaderas rozaran el asiento.

—Su padre ha sido el único que se ha levantado antes que usted. Hace un par de horas, una sirvienta de lady Fingher ha reclamado su presencia porque se ha puesto de parto —declaró antes de girarse hacia la lumbre—. ¿Quiere que le prepare un té?

Anne no había logrado sentarse, se había quedado quieta al escuchar que su padre ayudaría a traer al mundo a otro bebé. ¿Cómo se sentiría la futura madre? ¿Estaría nerviosa? ¿Desearía que sus dolores cesaran pronto? ¿Qué haría cuando tuviese a ese hijo tan esperado en sus brazos? ¿Lo rechazaría como hizo la suya?

—Aún no tengo hambre —comentó, apartándose de esa mesa y de ese asiento—, creo que voy a dar un paseo por el jardín.

—A su madre no le agradará saber que ha salido sin desayunar. Ya conoce que...

—No se preocupe. Antes de que abandone su habitación, habré cumplido esa estricta norma —señaló, caminando hacia la puerta.

—¿Necesita su abrigo? —insistió en atenderla.

—Cogeré el velo que dejé en el salón. Con eso tendré suficiente, no pretendo tardar demasiado —dijo antes de dejarla sola.

Caminó despacio hacia la habitación donde encontraría su adorada mantilla naranja, si es que su madre no la había hecho girones como le advirtió. Por suerte para ella, tras el revuelo que se formó la tarde anterior, se le olvidó cumplir aquella absurda amenaza y, tras acceder al interior de la sala, la encontró sobre el respaldo de la mecedora de su madre. Sin perder ni un solo segundo, la cogió, se cubrió los hombros con ella y salió de su hogar

con prisa. Si quería estar sola durante un tiempo, no podía demorarse.

La frescura de un nuevo amanecer la recibió. Se frotó los brazos, para hacerlos entrar en calor, miró hacia arriba y suspiró. ¿Cómo sería el cielo de Brighton? ¿Habría nubes o podría contar durante las noches todas las estrellas que vieran sus ojos? ¿Cuántas había? Seguro que Mary conocía la respuesta...

Bajó despacio los peldaños y continuó mirando el cielo hasta que sus zapatos se hundieron en el césped del jardín. Sin saber por qué, fijó sus ojos en la verja de la entrada, que aún no se había abierto. ¿La regañaría su madre si descubría que salía sin una doncella? ¿Qué peligro podía ocasionarle un pequeño paseo por la calle? Llegaría hasta la última residencia y regresaría pronto. Tan solo necesitaba, por unos minutos, sentir una libertad que no percibía desde muchos años atrás.

Abrió el pestillo de la verja, miró de reojo hacia su hogar y dibujó una sonrisa infantil. Iba a hacer una pequeña travesura, pero nadie lo sabría porque volvería antes de que su madre se levantara.



Su caballo galopaba con una furia inaudita. Parecía que, tras subirse en él, le había transmitido su ansia de libertad, una que no poseía cuando permanecía en Londres. Apenas tuvo que azuzarlo para que corriera por las calles solitarias de la ciudad. Ansioso, desesperado y lleno de energía prosiguió con esa carrera que duraba algo más de media hora. La crin de su caballo negro danzaba al compás del viento. Al igual que su semental, Logan había decidido cabalgar con el pelo suelto. Cualquiera persona que saliera de su hogar retrocedería rápidamente al presenciar una imagen tan bárbara. Pero le daba igual lo que pensarán de él, en aquellos instantes se sentía tan bien que no frenaría el vínculo que jinete y caballo adquirirían cuando estaban juntos. Ambos necesitaban ese tiempo de liberación y de paz.

Logan volvió a cerrar los ojos para sentir el viento golpeando su rostro. Era maravilloso para él abandonar durante un breve espacio del día el control de su vida, de su entorno y alejarse de la presión que le aportaba la realidad... Su sangre zíngara, controlada cada minuto, fluía a través de sus venas con tanto ardor que le picaba el cuerpo. ¿Cómo iba a olvidar esa parte de él? ¿Cómo conseguiría alejar definitivamente esa mitad de su verdadero yo si le

aportaba tanta felicidad? Extrañado por el repentino pensamiento abrió los ojos y aminoró el trote. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Por qué añoraba algo que había fulminado en el pasado? ¿No recordaba las consecuencias de su nacimiento? No podía hacer alusión a esa etapa de su vida. Necesitaba olvidarse de ella y seguir siendo la persona en la que se había convertido: un aristócrata.

Enfadado, por haberse dejado persuadir en algo que había rechazado con firmeza, entrelazó las riendas de su caballo y le redujo la carrera a un suave trote. La culpa de esas perturbaciones la tenía Anne. Ella, con su bravura y altanería, le confesó que adoraba ser una mestiza y que su sangre gitana era tan valiosa como la burguesa. Eso le impactó tanto que, aunque no lo deseó, su mente determinó que tal vez él podría hacer lo mismo: sentirse orgulloso de ser una persona diferente a la que mostraba a los demás. Pero erraba. Él se convertiría en un marqués. Si Dios era benévolo, quizás no llegaría a tomar posesión del título. Sin embargo, hasta el momento, no había otra opción.

Soltó despacio las riendas para azuzar a Bucéfalo, aunque lo dejó en un leve intento al reparar dónde se encontraba. Aquella zona de Londres la había visitado dos días atrás. ¿Por qué se hallaba paseando por la calle donde residían los Moore? ¿Por qué actuaba de forma extraña desde que conoció a Anne? ¿Estaba seguro de que aquella mujer, de pelo castaño y ojos marrones, no lo había embrujado? Frenó con rudeza a su corcel, tirando de las correas hacia él. Bucéfalo relinchó en señal de disgusto. Logan, como premio a su sumisión, le acarició el grueso cuello y lo gratificó con palabras cariñosas. Y allí se quedó durante varios minutos: montado sobre su grandioso caballo, manteniendo una pose erguida, como si fuera el mismísimo Alejandro Magno observando el poder de sus tropas, y sin poder apartar la mirada de la entrada al hogar de los Moore. Por un instante, solo por una décima de segundo, la idea de aparecer en la vivienda del médico y acompañar él mismo a Anne de compras le pareció exquisita. Pero la eliminó con rapidez de su mente. No podía ser tan osado. Debía comportarse como un caballero mientras permanecieran en Londres. Todo sería diferente en Harving. Allí, alejado de las miradas que lo observaban con mezquindad, se dejaría llevar y permitiría que Anne descubriera quién era él en realidad.

Con un suave trote, avanzó por la calle, intentando apartar la mirada de la propiedad de los Moore. Era arriesgado que lo vieran merodeando aquel lugar. La gente podría cuchichear sobre el verdadero motivo de su presencia y el repentino viaje de las hermanas. No debía estar allí, tenía que alejarse,

debía mantenerse distante hasta que ella estuviera bajo su protección.

Levantó ambas manos, dispuesto a incitar al caballo a otro fiero galope, pero de nuevo su deseo se disipó al observar una alta figura salir del hogar del médico. ¿Quién sería? ¿Qué hermana abandonaría su cálida vivienda a esas horas? ¿Por qué motivo? ¿Se trataría de Mary? ¿Acudiría a escondidas a alguna residencia en la que permitían su presencia? Despacio, avanzó hacia esa mujer. Con cada paso que daba Bucéfalo, más nítido se hacía el perfil de aquella figura. No se trataba de Mary, sino de Anne. El pañuelo anaranjado delataba quién se escondía bajo él. Frenó el trote, pensando en si era adecuado asaltarla. No, no lo era. Debía esperar a que estuvieran en Harving. Sin embargo, bajo su atenta mirada, la mujer proseguía su andanza sin reparar en que alguien la observaba. Parecía caminar con decisión, como si supiera hacia dónde debía dirigirse. Logan sintió un extraño calor en su cuerpo. La mente le ofrecía un sinfín de motivos por los que una mujer salía de su apacible hogar a esas horas de la mañana y sin la pertinente vigilancia. Ese calor se hizo tan intenso que las manos, abrigadas por los guantes que utilizaba al cabalgar, comenzaron a sudar. No podía ser. Ella no albergaría una locura semejante. Ella era... ¿diferente?

Aturdido, encolerizado, golpeó con los talones de sus botas el vientre de Bucéfalo y este emprendió otra carrera semejante a la anterior. Sin embargo, cuando no le separaban de Anne ni diez zancadas, tiró con fuerza de las riendas, haciendo que el caballo levantara los cuartos delanteros y relinchara ante la brutal frenada.

—¡Por Cristo bendito! —gritó Anne, colocándose el antebrazo izquierdo sobre su rostro para que no le alcanzara ninguna pezuña de aquel fiero animal.

—¿Qué diablos hace aquí? —tronó Bennett después de tranquilizar al caballo palmeándole el cuello.

Anne, al escuchar la voz del terrible jinete que casi la atropelló, apartó despacio su brazo de la cara y lo miró con odio.

—¿Qué diablos hago aquí? —replicó—. ¿Qué diablos hace usted aquí?

—¿Acaso ha perdido el poco raciocinio que tiene? ¿Cómo osa caminar a estas horas y sin la pertinente protección?

—¿Qué cómo...? ¿Quién se ha creído que es, milord? —Alzó tanto la voz que sintió un terrible dolor en su garganta.

—Soy un entusiasmado jinete que ha interrumpido su espléndida carrera matutina por su culpa —aseveró dibujando una enorme sonrisa.

Pero toda esa burla que deseaba mostrar era falsa. Los pensamientos que

había tenido sobre ella antes de reconocerla atormentaron su cabeza. ¿Tenía la intención de visitar a su amante? ¿Habría ido en la búsqueda del hombre al que amaba tras ser informada que debía emprender un largo viaje? ¿Quién sería él?

Celos. Esos malditos celos aparecieron de nuevo y lo convirtieron en una bestia iracunda.

—¿No es consciente de lo que puede sucederle si alguien la encuentra caminando sola? —preguntó bastante enfadado mientras bajaba de su caballo—. ¿Qué imagen quiere ofrecer, señorita Moore?

—¿Pero de qué me está culpando? —preguntó Anne fuera de sí.

—De la imagen que muestra —respondió intentando mantener la compostura.

—¿Y qué imagen ofrezco, milord? —contestó, colocando las manos en la cintura.

—La de una desesperada amante que ha abandonado su respetable hogar para visitar el lecho caliente de un hombre —afirmó colocándose frente a ella.

Los ojos de Anne estaban inyectados en cólera, pero a Logan le parecieron preciosos. A pesar de que aquella frente se plegaba como un acordeón, a él le resultó perfecta y aunque los labios de ella se mantenían apretados, para no escupirle tras el osado comentario, le parecieron tan sensuales y eróticos que deseaba besarlos y eliminar de ellos esa presión a la que los sometía.

—Para un hombre que reprocha el ser juzgado de manera incorrecta, he de decir que tiene usted una lengua muy viperina —refunfuñó dándose la vuelta.

Ni dos minutos. No había disfrutado de ese paseo ni dos minutos miserables cuando la asaltó el vizconde. ¿Se escondía como un ladrón para vigilarla? ¿Por qué le había interrumpido de aquella forma tan poco decorosa?

Y, ¿en vez de disculparse la acusaba de ramera? ¡No tenía suficiente con el rumor que le habían causado las muertes de sus pretendientes que debía añadir el de concubina! ¿Pero qué le había hecho ella al mundo?

—¿No tiene la intención de visitar a su amante? —perseveró Logan con tono mordaz.

—Si no desea que le mande al infierno, haga el favor de dejarme sola. Hasta que ha aparecido, me hallaba muy tranquila y salvaguardaba mi honor —masculló.

—Le aseguro que, bajo mi protección, su honor seguirá intacto —apuntilló sagaz.

—¿Usted cree? —se volvió hacia él entornando los ojos—. Porque tengo entendido que no es la compañía que una mujer respetable desearía tener. Su fama de libertino lo acompaña allá donde va —añadió victoriosa.

—¿Percibo en su tono de voz un cierto matiz espinoso? —insistió Logan.

—¿Solo lo percibe? —soltó antes de dar unas grandes zancadas hacia su hogar.

Logan observó ese cuerpo rígido con detenimiento. La había insultado, la había humillado y solo porque su cabeza le ofreció una información errónea. ¿Por qué era tan insensible con Anne? ¿Por qué había iniciado una conversación tan poco apropiada? ¿Qué habría hecho si no hubiera sido ella? Le habría pedido perdón por el susto, se habría presentado y, tras bajar del caballo, habría mantenido una charla cordial y seductora hasta que hubiese concretado una cita. Sin embargo, volvía a actuar de manera contradictoria con la señorita Moore.

—Mil perdones —dijo parándose tras ella—. Lo siento, Anne. No quería asustarla de ese...

—¡No vuelva a llamarme de esa manera! —dijo ella girándose con tanta fuerza que la falda de su vestido azul se enredó entre las piernas. Esa brusquedad hizo que varios mechones de cabello se liberaran del recogido, aportándole una imagen más seductora de la que ella pretendía ofrecer—. Usted no es nadie para dirigirse hacia mi persona de esa forma tan familiar.

—Seré su próximo cliente —dijo él dando un largo paso hasta ella. Las botas de montar, negras y brillantes, emitían unos ligeros sonidos al pisar la calzada. El cabello suelto, alborotado por la carrera, le aportaba la imagen del hombre salvaje que era. La camisa blanca, liberada de la presión de la chaqueta, se aferraba a su pecho como si se tratara de una segunda piel. Pero lo que dejó a Anne horrorizada no fue aquella apariencia indómita, sino el tono de voz que utilizaba para hablarle y la intensidad de su mirada—. Recuerde que mientras dure el contrato puedo llamarla por su nombre si me complace.

—¿Ha añadido esa cláusula también al contrato? —soltó indignada, retrocediendo hacia atrás para separarse de la bestia que tenía frente a ella. Una que, muy a su pesar, le causaba un ardor en su bajo vientre. ¿Cómo era capaz de despertarle algo tan inapropiado en aquel momento? ¿Por qué tenía el corazón latiendo tan rápido? ¿Por qué le flaqueaban las piernas? ¿Por qué no



era capaz de regresar a su hogar y dar por concluida aquella absurda conversación? Quizá porque, muy a su pesar, la fiereza que mostraba el vizconde en su rostro era el resultado de un sentimiento que la seducía por completo.

—Por si no lo ha leído, he de decir que hay muchas cláusulas en él —contestó con firmeza, acortando de nuevo esa distancia que ella insistía en mantener.

—Pues añada esta —comentó Anne mostrando la ira que le provocaba la mezcla de esas sensaciones que no podía controlar.

—¿Cuál? —preguntó Logan expectante.

—La de no acercarse a mí... ¡jamás! —gritó.

—Imposible... Sabe bien que debo estar presente para que...

—No me siga —ordenó levantando un dedo hacia él—. Manténgase lejos de mí. No quiero verlo a mi lado salvo lo *estrictamente necesario*.

—Y, ¿qué significa para usted estrictamente necesario? —espetó burlón.

—Ya lo averiguará —aseveró antes de girarse sobre sí misma con tanto ímpetu que la falda del vestido se arremolinó de manera inadecuada entre sus piernas.

Al intentar dar una primera zancada, no pudo separar las piernas y notó cómo su cuerpo empezaba a caer hacia la calzada. Pero no llegó a tocarlo. Los grandes y fuertes brazos del vizconde la elevaron del suelo como si no pesara más que una pluma.

—¿A esto se refería con sus palabras, señorita Moore? —le preguntó divertido—. Porque si no es así... podría dejarla....

Logan no fue capaz de terminar el suspicaz comentario. Sus ojos se mantuvieron clavados en los de Anne, que expresaban pudor. Su boca entreabierta, respirando por ella, lo invitaba a besarla hasta que calmara esa sed que crecía por ella, y su cuerpo, sostenido por la fuerza de sus brazos, se había petrificado ante el contacto de ambos. Despacio, demasiado despacio para un hombre que era brusco realizando movimientos indeseados, la posó en el suelo.

—Señorita Moore... —dijo sin apenas voz—, ¿se encuentra bien?

Anne no le respondió. Sentía tal bochorno que no le salían las palabras. Alzó la falda hasta los tobillos, se giró y corrió hacia su hogar sollozando. ¿Cómo se le había ocurrido salir sin Shira? ¿Cómo había pensado que un insignificante paseo podía aportarle cierta tranquilidad? No. Jamás hallaría un momento de calma mientras él continuase respirando. Había asumido que su

alma ya no tendría paz porque los ojos de aquel hombre le mostraron algo que ella no podía ni tan siquiera explicar.

## *Capítulo XVII*

Anne observó el alboroto formado frente a la entrada de su hogar. Cinco carruajes permanecían parados detrás de la verja metalizada negra, esperándolas. Había llegado el temido día. Por mucho que rezó para que las horas transcurrieran con lentitud, para que enfermara o para que se torciera un tobillo, sus ruegos no fueron escuchados. Todo salía según lo previsto por el dichoso vizconde. Enredó los dedos de su mano derecha en la cortina al observar una enorme figura caminar hacia el interior de su vivienda. Allí estaba el hombre que la atemorizaba, exhibiendo, con su elegante traje y su gran porte, una grandiosa seguridad y determinación. Se llevó las manos hacia el pecho, intentando aplacar esos latidos alterados, que no dejaban de acelerarse desde que él irrumpió en su vida. Apoyó la frente en el cristal y suspiró. La suerte estaba echada, no había vuelta atrás, lo único que debía hacer era controlarse y exhibir la actitud huraña que Mary le había enseñado durante la tarde anterior. «Si él sonríe, tú mantienes los labios apretados. Si te invita a que le acompañes a una zona solitaria, pídele que Josephine permanezca a tu lado. Explícale que ella es tan valiente que podría salvaros a los dos de una situación peligrosa, pero debes estar atenta al cañón de esa dichosa arma. Ya sabes que aprieta el gatillo sin pensárselo y no estaría bien que cargaras sobre tu espalda otra maldita muerte. No olvides rodearte de gente. Si te quedas sola, tendrás un problema. Responde con monosílabos, a los hombres les aburren las mujeres incapaces de mantener una charla, bueno, también las que podemos tenerla... Jamás le hables de ti, eso te mostraría vulnerable. Los hombres son como hienas, acechan a su presa hasta que la debilidad de esta les hace fuertes». Con los consejos resonando en su cabeza, suspiró de nuevo. Lo primero que debió explicarle fue qué necesitaba para no sentir el torbellino de emociones que notaba al verlo. Si lograba controlar esa inquietud, podría proseguir con todo lo demás.

Se giró hacia la puerta cuando escuchó unos pasos. Se retiró de la ventana, caminó hacia su cama y envolvió en un pañuelo blanco las pocas alhajas de color naranja que pudo esconderle a su madre, quien se había asegurado de que entre los baúles no hubiera nada con esa tonalidad. Se lo

metió en el corpiño, adoptó una actitud serena y se dirigió hacia la salida para enfrentarse a la persona que venía a informarle que todo estaba preparado y que debía bajar de inmediato.

—¡Corre! ¡Date prisa! —gritó Josephine entusiasmada tras abrir de golpe la puerta—. ¡El vizconde ha llegado!

Sin poder negarse a esa efusiva petición, salió, no sin antes echar un leve vistazo al lugar al que tardaría en regresar. ¿Por qué sentía que era la última vez que descansaría en su lecho? ¿Por qué notaba la añoranza de aquello que aún no había perdido? Solo permanecería fuera de su hogar un mes. Sin embargo, esos treinta días ya le parecían treinta años.

—¡Vamos! —tronó su hermana cogiéndola del brazo y tirando de ella al verla caminar tan despacio—. ¡Nos están esperando!

Con una fingida sonrisa, apareció en lo alto de la escalinata, luciendo el vestido que su madre la obligó ponerse. Pese a que no le gustaba el color magenta, asumió que le sentaba bastante bien. Josephine se adelantó, saltando los escalones como si fueran troncos arrojados sobre un camino. Ella, por el contrario, bajó con lentitud, acogándose a la esperanza de que, en cualquier momento, alguien le informaría que no partiría porque había ocurrido otro contratiempo. Pero nadie le dijo nada. Sus padres y sus hermanas se mantenían quietos, mirándola con expectación y en completo silencio.

Una vez que llegó al *hall* se colocó ante ellos y miró sus rostros. Su madre mostraba una extraña ilusión que intentaba disimular. Su padre no ocultaba la tristeza que sentía en ese momento, la expresaba con total libertad. Elizabeth se ataba con cuidado el lazo del sombrero. Uno comprado la mañana anterior porque, según ella, le traería suerte. Mary lucía un casto vestido de su color preferido, el gris. Por lo menos tenía que agradecerle que no bajara en camión y con esos rulos sobre la cabeza. Madeleine se escondía detrás de las cortinas, como si no quisiera estar allí o ser testigo de su partida. Y Josephine... Bueno, ella para la ocasión se había comprado otros pantalones negros y una camisa de color turquesa, había enredado su cabello rubio en una coleta, muy semejante a la que llevaba el vizconde, y escondía en el cinturón el nuevo machete que le compraron. Eran una imagen familiar digna de un cuadro. Tal vez, cuando regresara, podría encerrarse en su habitación de pintura para plasmarlo. Así no olvidaría jamás el primer día de su temido fin.

Justo cuando iba a abrir la boca para dirigirle a Madeleine unas palabras cariñosas que le hicieran eliminar esas lágrimas y su tristeza, la puerta de la entrada se abrió y apareció una figura alta que reconoció con rapidez.

—Buenos días, señor Moore. Señora... —Logan saludó al matrimonio con respeto y admiración. Mostrando esa educación propia de los aristócratas: estudiada al detalle, realizada con precisión y presentando una imagen de hombre honorable—. Les aseguro que velaré por la seguridad de sus hijas y que nada malo les sucederá durante estas semanas. Espero que confíen en mis palabras —añadió mirándolos sin parpadear, asegurándoles con aquel semblante firme que sellaba un acuerdo que cumpliría hasta la muerte.

—Milord —dijo Sophia tras hacerle una ligera reverencia—, parte con tres de mis hijas y espero que regresen con la misma integridad con la que marchan.

—Le juro que volverán tal como parten —aseveró el vizconde extendiendo la mano hacia ella para sellar un trato entre iguales.

—¡Logan! —exclamó Elizabeth al poder dirigirse por fin a él—. Milord —se corrigió con rapidez, agachó la cabeza e hizo una pequeña genuflexión—, es un honor poder acompañar a mi hermana y convertirme en su protegida.

Ante ese comentario tan serio e impropio en la joven, Logan enarcó la ceja izquierda en señal de desconcierto por la extraña actuación, pero al hacerle Elizabeth un ligero movimiento con los ojos, indicándole que debía comportarse de esa forma delante de sus padres, le sonrió, aceptó la mano que le extendía y le dio un casto beso sobre los nudillos enguantados en blanco.

—El placer y el honor es mío, señorita Moore —le aseguró antes de presentar nuevamente aquella rectitud y porte aristocrático.

—Milord, esta es Josephine, la cuarta de mis hijas. Ella también les acompañará —comentó Randall cogiendo a su hija del brazo y colocándola entre el vizconde y él.

—Señorita Moore —comentó con elegancia Logan. Durante un segundo observó a la muchacha. No era tan alta como las demás, pero poseía un cabello dorado similar al de Elizabeth, aunque sus ojos eran tan marrones como los de Anne. También apreció que su semblante mostraba una dureza más propia de un hombre que de una tierna jovencita.

—Vizconde —respondió ella extendiendo la mano de manera masculina.

Logan aceptó ese saludo, restando importancia a la cara de espanto que exhibía la madre, quien parecía horrorizada por la vestimenta y el comportamiento de su hija y que contrastaba con la satisfacción que expresaba el médico. «Bien, Josephine, imagino que tú eras la hermana que apuntó a mi amigo con un arma», pensó. En el momento en el que iba a dirigir su mirada hacia Anne, algo captó su atención. Entornó los ojos al descubrir que la

muchacha, a quien el médico había colocado como si fuera un temible militar, escondía una empuñadura oscura en su espalda. ¿No le dijo Philip que una de las muchachas le había apuntado con un arma? Pues se había olvidado comentarle que también usaba pequeñas dagas. Sonrió maliciosamente al comprobar que se trataba de un puñal que él mismo había adquirido dos semanas antes. ¿Así que el médico había elegido una temible escolta para Anne? Bueno, él sabía cómo actuar ante nuevos contratiempos y aquella joven cambiaría de objetivo durante el viaje.

—¿Busca problemas, señorita Moore? —le preguntó con un halo de misterio.

—¿Por qué lo dice? —respondió Josh con su habitual tono militar.

—Porque si alguien... con un ligero movimiento... advierte que...

Josephine abrió los ojos de par en par cuando el vizconde le sacó el puñal del cinturón sin apenas notarlo. Luego, pasado ese aturdimiento, alargó la mano y se lo quitó de las manos, airada por su falta de experiencia y descuido.

—Según he sido informada, el lugar al que nos conducirá puede estar plagado de peligros —expuso con rudeza y mostrando en tu tono de voz la brecha que había realizado en su orgullo.

—¿Sabe usarlo? —preguntó Logan tras poner las manos a su espalda y fijar sus ojos en el brillo de la hoja afilada.

—¿Piensa que llevaría un arma de dimensiones semejantes si no supiera cómo manejarlo? —le increpó ofendida.

—Buena respuesta —replicó dibujando una enorme sonrisa—. Entonces, si lo desea, cuando nos asentemos en Harving, puedo enseñarle la colección que atesoro en mi despacho. He adquirido un centenar de puñales de diferentes países.

El rostro de Josephine se iluminó... La sonrisa que dibujaron sus labios se extendió tanto que Logan pudo ver el brillo de su dentadura.

—Será todo un honor, milord —respondió con tanta educación y respeto que Randall parpadeó varias veces para asumir la nueva actitud de su feroz hija.

—Debemos partir —comentó sin saludar a Anne, quien se mantenía en completo silencio—. Quiero llegar a Crowley antes del anoecer. Allí descansaremos en una posada y al día siguiente partiremos de nuevo hacia Harving —les informó. Se dirigió hacia Sophia, besó de nuevo su mano y luego terminó con el médico que, por la palidez de su rostro, parecía haberse

arrepentido de la decisión de enviar a la joven valiente—. Les aseguro que sus hijas están a buen recaudo y que las haré regresar con la dignidad intacta —apuntó sarcástico. Juntó los talones de las botas, que sonaron ante el ligero impacto, cabeceó hacia delante y se giró.

Cuando Logan se volvió hacia la puerta, notó que la cortina de la ventana derecha se movía, instintivamente miró hacia el suelo y descubrió dos zapatos azules de mujer. Con las manos de nuevo hacia atrás y la espalda completamente rígida, dio varios pasos hacia esa tela, se inclinó hacia delante, como si estuviera susurrando al oído de una amante y, adoptando la voz tierna y encantadora que solía utilizar para encandilar a una mujer, dijo:

—Usted debe ser la tímida Madeleine Moore. Mucho gusto en conocerla, aunque sea a través de esta recia cortina. Le aseguro que sus hermanas estarán seguras bajo mi tutela y que regresarán sanas y salvas. De lo contrario, yo mismo me subiré al tejado del edificio más alto y me lanzaré como si fuera un pájaro sin plumas.

Una pequeña risita se escuchó detrás de la tela, que se movió de un lado para otro, sin dejar de ocultar la figura de Madeleine.

—¿Hay acuerdo, señorita Moore? —insistió sin moverse.

—Sí..., milord —dijo tímidamente.

Madeleine apartó ligeramente la cortina para sacar la mano y extenderla hacia él. Por muy extraño que le pareciera, el tono cálido y desenfadado del vizconde la había relajado hasta el punto de que la idea de mostrarse cruzó su mente durante un segundo.

Mientras él aceptaba ese gesto, oyó los resoplos de varios miembros de la familia. Una vez que soltó la suave y pálida mano de la chiquilla, se giró hacia ellos y descubrió que los bufidos provenían del médico y Anne. ¿Tan extraño les resultaba que él supiera conquistar a una mujer? ¿Acaso pensaban que la fama de libertino, esa que le increpó Anne, era falsa? Pues habían sido testigos de su gracia y desparpajo. Con una sonrisa triunfal, caminó hacia la puerta, volvió a despedirse del matrimonio con un ligero movimiento de cabeza y bajó despacio las escaleras.

¿Había dicho en alguna ocasión que aquel hombre le daba miedo? Pues ahora triplicaba su pavor. ¿Cómo podía ser tan encantador y perverso a la vez? ¿Cómo era posible que su presencia alterase a todo el mundo? ¿Cómo podría soportarlo durante treinta días?

—Recuerda todo lo que te hemos dicho —le dijo el médico a Anne después de darle dos sonoros besos—. Mantente en tu sitio, que nadie pueda

rumorear nada sobre ti. Si tienes algún problema, escríbenos. Si quieres pedirnos algo, escríbenos. Si quieres volver a casa antes de que finalices el trabajo...

—Tranquilo, padre, le escribiré todos los días —interrumpió antes de abrazarlo con fuerza.

—Aunque ha dado su palabra y ha mostrado tanta seriedad, puedes volver cuando quieras —expuso Sophia abrazándola también.

—Solo estaremos fuera unas semanas y seguro que no nos ocurrirá nada —declaró, expresando en su tono de voz una seguridad que no sentía.

—¡Por supuesto que no nos sucederá nada! —exclamó Elizabeth que, impaciente, besó a sus padres, a sus hermanas y corrió escaleras abajo para averiguar en qué carruaje viajaría.

—Josephine, dispara en cuanto lo veas acercarse —le pidió Randall a su cuarta hija después de besarle las mejillas—. Sabes que tienes todo mi apoyo.

—Sí, padre —contestó con cierta desgana, porque en su mente solo había una imagen: la de esos puñales que pronto contemplaría. ¿De dónde serían? ¿Encontraría diferencias con los suyos? ¿El vizconde sabría lanzarlos? ¿La dejaría practicar? ¿Cómo se comportaría su nuevo tutor cuando le pidiera un caballo para galopar por sus dominios? ¿Le permitiría cazar?

—Así que ya sabes, háznoslo saber en cuanto llegues... —terminó de decirle Sophia a Josephine.

La muchacha la miró con los ojos de par en par ocultando su sorpresa, ya que no había escuchado lo que su madre había dicho.

—Tranquilícese, todo irá bien.

—Te echaré de menos, pequeñita —declaró Anne a Madeleine tras abrazarla y besarla—. Pero no tardaré en regresar. Puedes ir tachando los días en el calendario que tiene padre en la biblioteca.

—Lo sé —respondió Madeleine, quien ya no tenía ni una sola lágrima en su rostro. Era más, parecía feliz, demasiado para una chiquilla que había pasado las últimas horas sollozando por la partida de sus hermanas.

—¿Lo sabes? —preguntó Anne enarcando las cejas.

—¡Sí! —exclamó antes de darle un beso en la mejilla y correr por la galería dando saltitos.

—¿Qué le has dado? —La pregunta se la dirigió a su madre, muy dada a obligarla a ingerir varios vasos de tilo a la pequeña para que soportara cualquier situación angustiosa.

—Nada. Estoy tan sorprendida como tú —le aseguró Sophia—. Quizá ha



entendido que es lo mejor para ti y lo ha asumido con entereza.

Pero Anne no estaba conforme con ese razonamiento. Su pequeña brujilla jamás brincaba de aquella forma tan infantil. Algo la había hecho feliz y, cuando regresara, indagaría sobre ese cambio de actitud.

—¿Quieres marcharte de una vez? —soltó Mary enfadada por la pantomima familiar—. Te están esperando —alegó señalando hacia los carruajes.

—¿No vas a darme un beso de despedida?

—No hay despedidas, Anne, solo un nos veremos en unas semanas —comentó ruda.

No, por supuesto que no iba a llorar, que no le iba a decir que la añoraría cada vez que entrara en el dormitorio y que no le haría ninguna gracia apagar la luz sin verla dormir. Debía mantener sus sentimientos en secreto para no ser vulnerable, como ya le explicó la tarde anterior.

—Entonces... ya nos veremos —comentó Anne colocándose el abrigo.

—Sí, eso —aseguró volviéndose sobre sus talones y encaminándose hacia algún lugar en el que pudiera llorar sin que fuera observada.

Anne bajó esos peldaños con cuidado. Ahora que todo estaba preparado, no sería adecuado que se torciera ese tobillo que deseó luxarse la tarde anterior. Caminó con tranquilidad por el estrecho sendero que la conducía hasta la verja, hasta la salida, hasta él. El reborde del vestido arrastraba las pequeñas piedras que encontraba a su paso. Se agarró con fuerza al abrigo, como si de repente hubiera aparecido un huracán. Atravesó la puerta, se presentó frente a los cinco carruajes que la esperaban y buscó con la mirada el de sus hermanas.

—Puede sentarse donde desee... —le susurró una voz tras ella.

Anne se giró para enfrentarse a ese hombre de apariencia respetable y educada. Alzó la mirada, pues, aunque ella era bastante alta para ser mujer, él le sobrepasaba un par de cabezas. Cuando sus ojos se encontraron, su corazón abandonó su pecho para situarse en la garganta.

—Viajaré al lado de mis hermanas —le dijo sin apenas voz.

Su olor, esa mezcla de esencias picantes, colonia y tabaco, llegó a su nariz y se adentró en sus pulmones sin una barrera que lo frenase. Tragó saliva, intentó mantenerse serena y respiró hondo. ¿Cómo iba a enfrentarse cada día a un hombre como él? ¿Cómo olvidar esas sensaciones tan extrañas que sentía cada vez que estaba a su lado?

—Si es tan amable —dijo ofreciéndole el brazo—, la conduciré hasta

ellas.

Buscando una fuerza que no sentía, Anne colocó su mano sobre aquel antebrazo. Al tocarlo, al sentirlo, una chispa eléctrica la sobresaltó. Intentó apartar la mano, pero él colocó una de las suyas sobre esta, obligándola a mantenerse a su lado.

—Quiero pedirle disculpas por la interrupción de ayer —comentó Logan, dando unos pasos tan cortos que hasta una niña de dos años les adelantaría—, estuvo fuera de lugar ese comentario sobre...

—¿Visitar a un amante? —lo interrumpió sin mirarlo y sin apenas mover los labios.

—En efecto. Fue una locura hablarle de esa forma y no tuve ningún derecho a...

—A nada —volvió a cortarlo—. Usted no tiene derecho a nada. Lo único que nos une es un contrato laboral.

—Sí, mi señora. Eso es lo que nos une hasta el momento... —susurró antes de pararse frente a la puerta del carruaje en el que viajaban las hermanas. La ayudó a subir, cerró y la observó cómo se acomodaba en el asiento. Ella no lo miró. Actuó como si no existiera, pero esa escurridiza actitud iba a cambiar... Por su culpa, había padecido una noche de insomnio que había llenado su cabeza de ideas; por suerte, tenía treinta días para llevarlas a cabo.

—¿Le sirvió la información? —le preguntó Kilby cuando su señor se subió al carruaje.

Por exigencias del vizconde y de espacio, ya que la señorita Moore había añadido a la infinita lista de artículos cinco doncellas para atenderlas, debía viajar con su excelencia.

—No te imaginas cuanto... —respondió Logan después de golpear el techo para que el cochero emprendiera el viaje.

Kilby se mordió la lengua para no insistir en hablar sobre el tema, pero la culpabilidad que sentía le retorció las entrañas. Cuando el vizconde le indicó que debía conversar con la señorita Anne para sonsacarle información sobre su familia, intentó disuadirlo, aunque no lo consiguió. Se había propuesto conocer a todos los miembros por alguna extraña razón. De este modo, descubrió que Anne adoraba el color naranja, que su fruta preferida era la pera y que le gustaba pasar las tardes de lluvia sentada en la mecedora de su madre. Lo que descubrió de Mary, la hermana que la acompañó a la residencia Whespert, lo dejó helado. Nunca imaginó que una mujer tuviera un talento

semejante para la medicina. Sin embargo, se entristeció mucho al saber que todos los hombres la rechazaban por su gran intelecto. Ahora entendía el motivo de su agrio carácter y la razón por la que se mostró tan feliz cuando el vizconde le regaló el libro. A la señorita Elizabeth la conocía desde que ella era una tierna niña, pero la información sobre la enfermedad que había padecido cinco años atrás fue novedosa para él; tuvo que ser muy duro mirarse al espejo y contemplar un hermoso rostro repleto de pústulas. Por suerte, todo había pasado y no le habían quedado secuelas. Luego estaba la cuarta hermana, Josephine para el resto del mundo y Josh para la intimidad de los Moore. Según le contó Anne, era la hermana soldado y esa actitud solo le agradaba a su padre, pues veía reflejado en aquella niña al hijo que no pudo tener. Se sorprendió al escuchar que practicaba todo tipo de actividades peligrosas. Lógicamente, una que dejó muy sorprendido a su señor fue la de lanzar cuchillos. ¿Quién llamaría deporte a ese tipo de espanto? Sin embargo, la sonrisa que mostró el vizconde al oír semejante locura, se quedó grabada en su mente. Por último, le habló de una joven llamada Madeleine, la última hija en nacer. Anne le aseguró que era la más hermosa y la más dulce y que el día que un hombre la descubriera, se quedaría tan prendado de aquella criatura que sería incapaz de olvidarla. Pero la timidez que soportaba desde su nacimiento, pues se veía tan distinta a sus hermanas que se creía inferior, era una barrera personal infranqueable. La única forma que había en el mundo para que levantara ese férreo escudo era hacerla sonreír. La persona que le causara una leve risotada, descubriría el encanto de la quinta hermana. También le confesó que solía salir al jardín y admirar los pájaros.

Kilby miró de reojo al vizconde, este se había acomodado extendiendo sus largas piernas hacia el asiento de enfrente. Una de las incomodidades que sufrían los Bennett era esa, no poder ajustarse a la estrechez de los carruajes. Apartó los ojos de esas interminables piernas y la fijó en su rostro. Sonreía de oreja a oreja, satisfecho por aquello que hubiese hecho antes de subir al carruaje. ¿Qué sería esta vez? ¿Habría utilizado toda la información que le pidió para hacer algo que lo enorgullecía? ¿Habría obrado bien? ¿Hizo lo correcto al obedecer a su señor?

El mayordomo echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Prefería pensar que sí, pues de lo contrario, el viaje de dos días se convertiría en un infierno para él.

## Capítulo XVIII

—¿Creéis que el vizconde celebrará una fiesta en nuestro honor?

El período de evasión mental al que se había sometido desde que partieron, porque no deseaba oír la incesante verborrea de Elizabeth sobre todo lo que haría cuando llegaran a Harving House, se interrumpió al escuchar su pregunta. Anne abrió los ojos, los clavó en su hermana y le hizo un gesto horrendo.

—¿Cómo puedes pensar una cosa semejante? ¿No eres consciente que debemos pasar inadvertidas? Si el vizconde ofrece una fiesta a nuestra llegada, todo el mundo se preguntará el motivo por el que desea presentarnos en sociedad —expuso airada.

—¿Motivo? ¿No te parece un grandioso motivo el convertirse en nuestro tutor durante un mes? —le contestó Elizabeth tan enfadada como ella.

—¿¡Nuestro tutor?! —tronó Anne. Frunció el ceño, apretó las manos y liberó toda esa furia que contenía desde que partieron—. ¿Aún no sabes cuál es nuestro propósito en este viaje? La única razón por la que hemos abandonado nuestro cálido hogar es para realizar un contrato laboral.

—No me quedaré sentada sin hacer nada mientras lo pintas en un absurdo lienzo —farfulló Eli, moviéndose incómoda en el asiento—. Pienso aprovechar al máximo la magnífica oportunidad que me ha brindado la vida.

—¿Para qué? —espetó girándose hacia ella—. ¿Qué tienes planeado, Elizabeth? No se te ocurrirá hacer una de tus acostumbradas locuras, ¿verdad? Mi misión, durante este mes, es realizar un buen trabajo para que podamos regresar a nuestro hogar tal como pidió madre —insistió con firmeza—. Si en algún momento, si en algún mísero instante, has imaginado que eres libre para hacer lo que te plazca, ¡estás confundida! —bramó.

—¿Tan obtusa te has vuelto que no reparas en nuestro porvenir? —le preguntó con mezquindad.

—¿Vuestro qué? —preguntó Anne desconcertada—. ¿A qué porvenir te refieres? ¿A convertirte en la prostituta de un cerdo aristócrata?

Tras esas duras palabras, Anne apretó los labios e intentó frenar esa lengua malvada que anhelaba soltar más atrocidades. No era el momento para

discutir sobre el descarado comportamiento de Elizabeth o sobre su falta de consideración. Lo único en lo que debían centrarse era en mostrar el respeto y el saber estar que sus padres les habían enseñado desde la infancia y ocultar a los demás quiénes eran en realidad.

—Hablas así porque vosotras lo tenéis todo muy fácil... —masculló Eli dándole la espalda a sus hermanas. Miró a través de la ventana y suspiró.

—¿Fácil? —repitió Josephine que, en silencio y sin dejar de mirarlas, seguía limpiando la hoja de su nuevo cuchillo—. ¿Por qué dices esa tontería, Eli?

—Porque todas sois especiales menos yo —declaró la aludida con un ligero sollozo.

—Todo el mundo es especial porque, gracias a Dios, no somos iguales —apuntó Anne anonadada—. Tu don para crear esas flores tan hermosas y extrañas es... precioso —añadió con ternura.

—Sí, claro. El día de mañana, cuando mi rostro esté plagado de arrugas y me haya convertido en una vieja gruñona, expondré a todo el mundo que mi mayor encanto es el de cultivar flores. ¡Menudo reclamo para los caballeros que aún permanezcan solteros! —comentó sarcástica.

—¿Acaso piensas...? ¿De verdad admites que...?

Anne no podía terminar ninguna de las preguntas que comenzaba, quizá porque era incapaz de asimilar la confesión de su hermana. ¿Se creía inferior a las demás? ¿La hermosa Elizabeth Moore estaba acomplejada? No, no podía ser cierto. Aquella revelación debía de ser otra laboriosa argucia para dañarla. La mente, oculta bajo un precioso sombrero, tramaba algún miserable plan para hacerla sentir una mujer abominable.

—Pues yo te envidio —intervino Josh.

—¿A mí? —preguntó atónita Elizabeth, volviéndose hacia ella—. ¿Por qué?

—Porque eres feliz con tus flores, aunque ahora no quieras admitirlo. Cada vez que logras el crecimiento de un nuevo brote, que con el paso del tiempo se transforma en una hermosa planta, veo en tu rostro una felicidad que yo no poseo —explicó.

—¡Bobadas! Lo dices para que no me sienta mal... —murmuró Eli, añadiendo a esa declaración un movimiento de desdén con la mano izquierda.

—No, es cierto —le aseguró—. Muchas mañanas, cuando me levanto y miro a través de la ventana de mi alcoba, te observo salir del invernadero bastante feliz. Eso, aunque no te lo creas, me produce cierta envidia. Te veo

tan ilusionada, tan apasionada con lo que haces allí dentro que nadie sospecharía que, en el fondo, te sientes desdichada.

—El día que me case con un aristócrata lograré esa felicidad. Mientras tanto, he de conformarme con lo poco que tengo —aseguró con firmeza.

—¿Por qué ha de ser un aristócrata? —perseveró Josh, tras dejar el puñal sobre el asiento.

—Porque ese tipo de caballeros no valoran el intelecto de una mujer. Solo desean tener a su lado una bella esposa con quien pasear y asistir a celebraciones.

—¿Eso es a lo que aspiras en la vida? —se entrometió Anne, que estaba tan confundida como sorprendida.

—Sí, eso es lo único en lo que puedo soñar —murmuró antes de girarse de nuevo hacia la ventana y guardar silencio.

Anne no podía creer que la actitud de la tercera de sus hermanas se debiera a un sentimiento de inferioridad respecto a ellas. Era cierto que podría sentirse de esa forma cuando Mary hablaba, pero... ¿de las demás? ¿Sus ojos no eran capaces de captar la realidad que la rodeaba? Estaba sentada frente a una muchacha que limpiaba la hoja de un cuchillo con tanto esmero que lo había convertido en un espejo. Sin contar la de veces que había roto los cristales de su invernadero o de la residencia con aquella peligrosa escopeta. ¿Y su vestimenta? ¿No la observaba con los mismos ojos que ella? Porque parecía un joven imberbe más que una muchacha abandonando la adolescencia. ¿Y Madeleine? ¿Envidiaba también ese comportamiento retraído y huidizo? ¿Anhelaba esconderse cada vez que alguien entraba en su hogar o gritar horrorizada cuando se sentía indefensa? ¿Y de ella? ¿No había vivido a su lado la humillación y la tristeza que le produjeron las muertes de sus dos pretendientes? Anne se cruzó de brazos, reclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Elizabeth la engañaba de nuevo, de eso no le cabía la menor duda, solo así podía dar una explicación a sus erróneas y absurdas palabras.

Durante algo más de dos horas, las tres hermanas siguieron en silencio. Anne afianzaba en su mente que todo lo que había expuesto Eli era mentira y buscaba mil formas de velar por su seguridad mientras permanecieran en Harving. Josephine, tras limpiar nuevamente las motas de polvo asentadas sobre la brillante hoja, decidió dormir y evitar así la horrible visión que mostraban sus dos hermanas. Sin embargo, Elizabeth mantenía su cuerpo rígido, no quería que su espalda tocara el respaldo del asiento, que su sombrero se torciera o que su rostro exhibiera las señales típicas de un ligero

sueño. Solo se interrumpió aquel infernal silencio cuando notaron que el carruaje empezaba a aminorar la velocidad. Según parecía, al fin iban a salir de aquella maldita y angustiosa prisión.

—Señoritas Moore —dijo Logan tras abrir la puerta—, he decidido descansar en este hermoso y plácido lugar. He avisado a las doncellas para que las ayuden en todo lo que necesiten durante esta pequeña parada.

Después de utilizar el tono encantador que había decidido adoptar al acercarse a ellas, Logan se quedó pensativo al descubrir que su estudiado comportamiento no había dado el resultado que imaginó. Sin apartar la mirada de las tres mujeres, intentó averiguar qué diantres había ocurrido en el interior para que mostraran unos rostros tan espantosos.

—Muchas gracias, vizconde —dijo Josh saltando de su asiento tras coger de nuevo el cuchillo. Sin aceptar la mano de este, salió del carruaje, se colocó el arma en el fajín, estiró los brazos hacia el cielo y emitió un ruidoso bostezo.

—¡Qué sitio más hermoso! —exclamó Elizabeth aceptando esa mano que había rehusado su hermana—. Has elegido un idílico lugar. Seguro que podremos descansar de este arduo trayecto y tomaremos fuerzas para reanudar la marcha.

Bajó despacio, sonrió al vizconde, llevó las manos hacia su sombrero, para confirmar que no se había movido, y avanzó sola por el camino hasta que una de las sirvientas se acercó para auxiliarla.

—¿He de imaginar que su viaje no ha sido tan complaciente como el mío? —preguntó cruzándose de brazos.

No, por supuesto que no le iba a ofrecer la mano para que descendiera. ¿No le había gritado que debían mantenerse alejados? Pues actuaría acorde a su mandato.

Anne lo miró como si quisiera asesinarlo. Se sujetó con la mano derecha al agarradero que había en la parte superior de la puerta, mientras que con la otra se alzaba el vestido y bajaba despacio sin apartar la mirada ni disimular su ira.

—¿No le explicaron sus padres que es irrespetuoso mantenerse en silencio cuando un grácil caballero le ha hecho una pregunta? —insistió Logan caminando detrás de ella—. Al igual que no es cortés dar la espalda a un vizconde.

Encolerizada, se volvió hacia él y, cuando lo encontró tan cerca, lo miró a los ojos, dio un paso hacia atrás, se mordió literalmente la lengua y se giró de nuevo hacia el lugar donde se acomodaban sus hermanas sin gritarle todo

aquello que deseaba. Nada agradable para un grácil caballero...

¿Qué diantres había sucedido en las horas que llevaban de viaje? ¿Qué les había pasado a las encantadoras hermanas? ¿Habrían discutido? ¿Por qué motivo? Él y Roger lo hacían a menudo, pero después de varias copas, el enfado ocasionado por la discusión desaparecía y actuaban como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, las hermanas mostraban una dura expresión, como si no pudieran reconciliarse jamás.

Sin dejar de pensar en el motivo por el que actuaban de esa forma, ordenó a Kilby que sacara la cesta de los tentempiés que había preparado la señora Donner para la ocasión. Tal vez, como le explicó la señora Moore al conocerlo, las tres se enfurecían y agriaban su carácter dócil al no tener nada en sus estómagos. Pero tampoco dio un buen resultado. Una vez que aquellas fierecillas degustaron y alabaron la comida de su cocinera, la joven que vestía de hombre cogió el cuchillo y se alejó de las demás. Elizabeth decidió dar un corto paseo acompañada de su doncella y Anne, sentada sobre la manta, se agarró las rodillas y mantuvo la mirada perdida hacia el prado. ¿Qué debía hacer para romper aquella angustiosa situación?

—Milord, si desea llegar a la posada de Crawley antes de que anochezca, no podemos retrasarnos mucho más tiempo —le informó Kilby que, como su amo, no paraba de mirar el extraño distanciamiento de las hermanas Moore.

—Dame quince minutos —le pidió al tiempo que cogía una manzana y, mientras se dirigía hacia Josh, la lanzaba hacia el cielo y la recogía.

Si quería averiguar qué había sucedido entre ellas, la mejor opción era conversar con la joven lanzadora de cuchillos puesto que Anne seguía ensimismada en un mundo ajeno al que vivían y la dulce Eli caminaba hacia un pequeño bosquecillo en el que podría realizar sus funciones vitales con intimidad.

Una vez que se acercó a Josephine y la descubrió lanzando su daga, se cruzó de brazos, se apoyó en un tronco y contempló a la diestra fierecilla.

—¡Lástima! —exclamó Josh al ver que su puntería no fue tan certera como esperaba. Caminó hacia el robusto roble, sacó el cuchillo clavado en el árbol, puso la hoja que había utilizado como diana en otro lugar del tronco y recorrió la distancia que había estipulado como idónea para lanzarlos.

—Debe contener la respiración —le sugirió Logan con suavidad desde donde se encontraba.

—¿Disculpe? —le preguntó Josh dirigiendo la punta del cuchillo como si



quisiera atravesarle el estómago.

—Si quiere clavar la daga en esa hoja, tiene que dejar de respirar —continuó explicando al tiempo que caminaba hacia ella—. ¿Me permite? —le preguntó extendiendo la mano derecha hacia la empuñadura del arma.

—¡Todo suyo! —respondió Josephine ofreciéndosela con desgana.

—¿Cuántos pasos ha contado? —quiso saber, sin apartar los ojos de la joven.

—Veinte desde que... ¡Por todos los diablos del submundo! —exclamó al ver cómo el vizconde, sin mirar, había lanzado el cuchillo y había atravesado la hoja—. ¿Cómo lo ha hecho? ¿Cómo ha sido capaz de hacerlo sin visualizar el objetivo?

—He de confesar que nací con uno de esos en la mano —dijo divertido Logan. Dejó que Josh, mientras seguía gritando por el asombro, se acercara hasta el árbol y alabara su proeza. Tuvo que esperar a que el mango, debido al fuerte impacto, dejara de zarandearse de un lado a otro para cogerlo. Luego, dibujando una enorme sonrisa, regresó la muchacha hacia el vizconde—. No quiero parecer un fanfarrón —prosiguió Logan—, pero le aseguro que puedo apuntar a una araña que camine sobre el marco más fino de una ventana y atravesar su diminuto cuerpo con la punta de cualquiera de mis machetes —explicó, recordando las noches en las que Roger aseguraba los pestillos de las ventanas de su dormitorio para que no intentara escaparse y él le daba las buenas noches lanzándole algún que otro cuchillo—. ¿Quiere que lo intentemos con esta manzana? Podemos empezar por unas dimensiones más grandes y avanzar lentamente...

—Si no le resulta penoso o lamentable perder su tiempo para enseñarme cómo se hace, estaré encantada —apuntó con entusiasmo.

—Será todo un honor —dijo antes de colocar esa pieza de fruta entre dos ramas. Se volvió hacia la joven, quien levantaba el puñal de forma errónea. Se acercó a ella despacio, le abrió la mano y se lo colocó tal como debía—. Ahora debe concentrarse en esa manzana. Nada puede distraerla. Necesita mantener la calma y, una vez que sienta cómo su corazón relaja los latidos, deje de respirar y lance.

—¿Así de fácil? —preguntó Josh, mirándolo de reojo y expresando en sus ojos cierta incredulidad.

—Se lo aseguro —contestó Logan cruzándose de brazos nuevamente.

Durante más tiempo del que él creyó suficiente, la joven Moore intentó relajarse. Logan esperaba con ansiedad que contuviera el aliento, momento en

el que lanzaría de una vez por todas el puñal. Pero su desesperación empezó a crecer, al igual que aumentó su deseo por averiguar qué había sucedido durante el trayecto. Justo cuando abrió la boca para animarla a que lanzara antes de que anocheciera, Josh lo arrojó y atravesó la manzana.

—¡Perfecto! —la premió Logan—. Es usted la aprendiz más eficaz que he tenido.

Ante esas palabras tan aduladoras para ella, Josephine se agarró el pantalón y le hizo una exagerada reverencia.

—Gracias a usted, milord. No lo hubiera conseguido si no fuera tan buen profesor.

—¡Traiga esa manzana y veamos el alcance de su fuerza! —continuó alentándola.

Al trote, la joven corrió hacia el tronco, cogió la pieza con ese puñal clavado y, después de colocarse al lado del vizconde, se lo mostró orgullosa.

—¡El mejor lanzamiento que he visto en años! —comentó Logan al verlo—. Sin duda alguna, le encomendaría mi propia vida si estuviéramos en peligro y no dudo de que ambos saldríamos victoriosos.

—Me avergüenza, milord —señaló Josh agachando el rostro.

—Logan, puedes llamarme Logan, y no exagero, solo explico una gran verdad. Nunca he visto a una persona aprender con tanta prontitud —expuso palmeándole con suavidad el hombro izquierdo, tal como haría a un joven imberbe.

—Josh —dijo la muchacha una vez que alzó el mentón—. Puede llamarme Josh, si así lo desea.

—Es un nombre precioso. Me parece muy acorde con su personalidad. Creo que Josephine es muy aburrido —apuntó sagaz.

—Yo pienso lo mismo, pero mis padres decidieron que el mejor nombre para mí era el de mi abuela paterna.

—Josephine Moore —dijo Logan arrugando la nariz—. Josh Moore... Es más corto e intenso, ¿verdad? —comentó ofreciéndole la mitad de la manzana.

—Estoy totalmente de acuerdo —coincidió aceptando la pieza de fruta.

Con un ligero movimiento, Logan se volvió hacia el camino que les dirigía a los carruajes. Se mantuvo en silencio durante un breve período de tiempo, sopesando si sería correcto lo que pretendía hacer. Pero las ganas de averiguar qué diantres había sucedido durante el viaje sobrepasaron con creces al sentimiento de culpa que sentiría tras sonsacarle a la joven la información que deseaba.

—¿Josh? —le preguntó parándose de repente.

—¿Sí, Logan? —le contestó ella imitándolo.

—Necesito que me ayudes en algo muy importante. Vital para mí, si puedo confesarte algo tan...

—¿Puede confesarme lo que desee! —dijo con rapidez—. Soy muy eficaz guardando secretos.

—Pero tal vez... Quizá... no debería... Eso podría... —siguió hablando al tiempo que daba un largo paso hacia delante.

—Le aseguro que mis labios están sellados y que la conversación que mantengamos no saldrá de aquí —expuso con solemnidad.

—Confiaré en ti como si fueras el soldado más leal de mi regimiento. —Apareció de nuevo una enorme sonrisa en los labios de la joven, una que expresaba honor, respeto, orgullo y felicidad—. ¿Puedes explicarme qué ha sucedido durante el viaje? He observado a tus hermanas muy enfadadas y no me gustaría ser el motivo de ese distanciamiento.

—No se preocupe, usted no ha tenido nada que ver con la discusión que Anne y Elizabeth han mantenido.

—¿Ah, no? —preguntó enarcando de nuevo las cejas—. Entonces... ¿han discutido porque no se encontraban cómodas? ¿No les agrada el carruaje que he elegido? —perseveró suspicaz.

—No se trata de eso, Logan —señaló caminando despacio al lado del vizconde—. Siempre están así. Anne le reprocha a Eli que muestre un comportamiento tan descarado y Eli insiste en que es lo único que puede hacer tras lo ocurrido con sus pretendientes. No sé si me entiende... —alegó mirándolo de reojo. Al ver que el vizconde asentía, prosiguió—: Nuestro hogar no es el mismo desde que el primer prometido de Anne falleció. Como ya sabe, la mitad de nuestra sangre es zíngara.

—Sí, lo sé. Tu madre me lo dijo cuando hablé con ella el otro día.

—Nuestra bisabuela Jovenka fue...

—¿Jovenka? —la interrumpió Logan mirando a la joven, ella hizo el mismo gesto que él para afirmar—. No entiendo muy bien la razón, pero creo que conozco ese nombre... —comentó pensativo Logan mientras se acariciaba la barba.

—Según he escuchado de la boca de mi propia madre, era una mujer perversa, como las brujas de algunos cuentos infantiles. Seguro que su nodriza le habló de ella antes de dormir en alguna historia.

—Yo no tuve una nodriza —respondió con sinceridad.

—¿De verdad? Pensaba que los hijos de los aristócratas eran criados por sirvientes que los mimaban y los convertían en unos niños caprichosos —dijo Josh un tanto decepcionada.

—En mi caso no. Aunque es cierto que tuve una mujer que veló por mí durante la infancia, pero no la denominaría niñera sino madre —manifestó Logan con tranquilidad.

—¡Oh, vaya! —respondió Josh sorprendida—. No sabía que a los hombres se les educaba de forma diferente...

—Cuestión de nacimiento —dijo Logan sin aclararlo. Si ella imaginaba que su educación había sido distinta por haber nacido hombre, mejor. Así evitaría la verdad—. Entonces... ¿qué sucedió con su maligna abuela? —Encaminó de nuevo la conversación hacia el tema que le interesaba.

—Como le decía —continuó después de tragar un trozo de manzana—, mi madre se enamoró de mi padre y ellos se escaparon para evitar la ira de Jovenka. Una mujer acostumbrada a que todo el mundo la obedeciera por el miedo que les daba. Sin embargo, el amor entre mis padres siempre ha sido tan grande que huyeron de Londres durante mucho tiempo para evitar su ira. Aunque ella los encontró y, como no pudo separarlos, les gritó que la primera de sus hijas nacería maldita y que la familia padecería el dolor que ella soportaba al ver a su nieta casada con un gajo.

—¿Cómo pudo maldecir a una persona que aún no había nacido? —preguntó expectante Logan.

—No lo sé, imagino que son cosas de gitanos... Pero la cuestión es que, hasta ahora, esa maldición se ha cumplido. Los únicos pretendientes que ha tenido Anne han muerto.

—Sí, pero sus muertes se pueden explicar de una forma lógica —aseguró Logan.

—Eso mismo opina mi padre. Sin embargo, mi madre, pese a que quiere apoyarlo en todas sus explicaciones, no está muy conforme y sigue creyendo que Anne debe casarse con un zíngaro para que ese hechizo desaparezca. Pero, como puede comprobar, no desea buscarlo.

—¿El qué no desea buscar? —quiso saber, mientras observaba cómo las sirvientas empezaban a recoger y las hermanas regresaban, sin tan siquiera mirarse, al interior del carruaje.

—Un zíngaro con el que casarse —aclaró Josephine.

—¿Ese es el motivo por el que han discutido? —preguntó enarcando las cejas oscuras.

—No. La razón por la que no quieren hablarse es porque Anne le reprocha a Eli el carácter tan descarado que ha adquirido desde unos años atrás y ella la culpa de tener que actuar de esa manera para encontrar un marido. Aunque, ahí dentro, hemos descubierto que el verdadero motivo por el que Elizabeth se comporta así es porque se siente inferior a las demás.

—¿De verdad estás hablando de Eli? —inquirió extrañado, parándose de nuevo.

—Sí, de la misma. Creo que piensa que no es tan inteligente como el resto de nosotras y que solo podrá casarse con un aristócrata porque a ellos no les gustan las mujeres listas —explicó tirando el resto de la manzana al suelo.

—¿De verdad pensáis que los aristócratas no reparamos en qué tienen dentro de las cabezas nuestras futuras esposas? —espetó asombrado.

—Exactamente, Logan. Eso mismo pensamos. Y ahora, si me disculpa, voy a sentarme con ellas antes de que vuelvan a sacar las uñas. Un rasgo muy característico de nuestra sangre mestiza es continuar la guerra que emprendemos hasta que alguno de los contrincantes muera.

—Por supuesto, puedes marcharte —repuso Bennett sin moverse.

Mientras observaba a la muchacha dirigirse hacia el carruaje, no dejó de pensar en la absurda disputa. ¿Cómo iba Eli a infravalorarse? ¡Imposible! No solo había nacido con una belleza imposible de superar, sino que ella, cuando hablaba de cómo hacía germinar una nueva flor, utilizaba palabras que él mismo no comprendía. Además, ¿cuántos hombres la contemplaban con discreción? ¿Cuántos anhelaban tenerla entre sus brazos? Tiró el resto de la fruta que guardaba en su mano derecha, se limpió en la pernera del pantalón y se frotó la cara desesperado. Tenía que cambiar el plan que había ideado en aquel viaje. Necesitaba eliminar los problemas entre ellas si quería lograr algo de lo que había pensado la noche anterior. Al final, su función como tutor tendría que ser real, aunque él no era la persona idónea para solucionar ese tipo de disputas entre mujeres. ¡Él huía de una mujer furiosa! Tan solo se acercaba a ellas para engatusarlas, encandilarlas con sus buenos modales y convertirlas en unas amantes apasionadas. ¡Y jamás intentaba averiguar qué guardaban en sus cabezas o les ordenaba que escondieran las uñas!

—¡Por Cristo! —exclamó mientras caminaba hacia el carruaje—. ¿Cómo he sido capaz de meterme en semejante encrucijada?

—¿Todo bien, milord? —le preguntó Kilby cuando abrió la puerta con brusquedad.

—¡No! —tronó antes de sentarse, golpear el techo con un puño, cruzarse

de brazos y estirar las piernas.

## *Capítulo XIX*

Durante las horas siguientes se mantuvo en silencio, pensando en cómo salir victorioso de aquella situación. Lo que menos deseaba era presentarse en Harving House con tres gatas furiosas. ¿Qué pensarían sus sirvientes cuando las hermanas recorrieran la residencia sin mirarse o dirigirse la palabra? O peor todavía... ¿y si se enfrascaban en una disputa frente a ellos? El servicio no daría crédito a lo que contemplarían sus ojos porque, hasta el momento, nunca había llevado mujeres a su residencia de campo y, de repente, llegaría con tres hermanas que intentarían arrancarse la lengua. Sin duda alguna, creerían que su señor se había vuelto loco, algo que él también empezaba a considerar, puesto que, según advertía, estaba cometiendo el mayor error de su vida. Sin abrir los ojos, arrugó la frente por el malestar que le produjo aquel pensamiento y se frotó las sienes, como si padeciera una terrible jaqueca. ¿Cómo había sido tan ingenuo de pretender que todo marcharía según lo planeado? ¿No prestó atención a las conversaciones en las que Evelyn hacía referencia al comportamiento volátil de las mujeres? No. Por supuesto que no aprendió nada de lo que ella habló y el claro ejemplo estaba en el carruaje siguiente al suyo, en el que tres hermanas podrían arañarse la cara y tirarse de los pelos en cualquier momento.

No esperó a que Kilby le abriera la puerta cuando el carruaje estacionó frente a la posada que había elegido para pernoctar. Él mismo salió sin ayuda. Cuando el sirviente abandonó el interior, con cara de espanto debido a su actuación, se quedó esperando una orden, como siempre. Logan lo observó en silencio, luego clavó su mirada en el carruaje en el que viajaban las hermanas y dijo:

—Informe al posadero de que necesitamos cinco habitaciones. En una de ellas dormirán las tres hermanas. Imagino que desearán asearse y descansar antes de bajar a cenar. Así que avisa a las doncellas que contraté para que las atiendan cuanto antes. Quiero que las cuiden y las mimen como si fueran miembros de mi propia familia. Si alguna de ellas no se comporta tal como ordeno, regresará a Londres en el próximo carruaje.

—Sí, milord. ¿Quiere que también le pida un establo donde resguardar a

los caballos? No sería justo que estos nobles animales descansaran aquí fuera.

—¡Por supuesto! —exclamó justo antes de caminar hacia el carruaje del horror.

¿Qué habría sucedido durante aquellas horas? ¿Seguirían enfadadas? ¿Se habrían tirado de los pelos como imaginó? ¿Josh aplacaría las disputas entre Anne y Eli amenazándolas con la punta de su daga? ¿Cabía la remota posibilidad de que al fin hubieran tratado una paz? Eso, aunque pareciera una opción muy improbable, también podría ocurrir. Tantas horas dentro, las tres solas... Meditando sobre mil formas de agredirse entre ellas y una única alternativa de reconciliación, paró esa caminata a cuatro pasos de la puerta. Tomó aire, dibujó una sonrisa, alargó la mano y...

—¡Por Dios! —exclamó Josh abriendo con desesperación la puerta—. ¿Es que no vais a parar nunca? ¡Prefiero ponerme un horrendo vestido a sufrir de nuevo la ira de vuestras lenguas!

—Cuando bajó los tres peldaños metálicos y sus pies tocaron al fin el suelo, miró al cielo y bufó. Entonces, sintió que no estaba sola. Al girar la cabeza hacia la derecha lo vio. El vizconde estaba justo detrás de la puerta del carruaje, inmóvil y mirándola sin parpadear. ¿Lo había dañado? ¿Le habría alcanzado el rostro? Al imaginarse que su exasperado acto por salir del interior pudo herirlo sin querer, se irguió como un soldado frente a su capitán y con tono inquieto le preguntó—: ¿Se encuentra bien? ¿Le he golpeado? Le juro por mi honor que no lo he visto acercarse. Si lo hubiese hecho...

—Tranquila, Josh, todo está bien. No me encontraba tan cerca como para que pudieras tocarme —dijo con tono apacible mientras le daba unos ligeros golpecitos en la espalda.

—Menos mal... —respiró tranquila—. No deseo convertirme en el próximo motivo por el que inicien otra tortuosa disputa.

—¿Tan horrendo ha sido? —quiso saber, colocando con rapidez sus manos a la espalda.

—¿Ha caminado alguna vez sobre las ascuas de un fuego? —le preguntó alejándose del carruaje para que sus hermanas no pudieran escucharla.

—No, ¿y tú? —espetó enarcando las cejas.

—Tampoco, pero supongo que será menos doloroso notar cómo la piel se abrasa sobre el fuego que lo que he soportado ahí dentro. Si fuera adulta, me tomaría un *whisky* para eliminar este sufrimiento.

—¿Qué edad tienes, Josh? —le preguntó Logan mirando de reojo hacia la puerta. Por fin varias doncellas se habían situado junto a las dos hermanas y



las ayudaban a descender. Esperaba que el trato amable que les ordenó a las sirvientas redujera la ira de las dos. Quizás tras un cálido baño, una copiosa cena y una velada tranquila, sus lenguas viperinas decidieran darse una tregua.

—Diecisiete —respondió contemplando la misma situación que observaba el vizconde.

—Mi primer trago de *whisky* lo tomé con quince años, así que llevas dos años de retraso. Te invito a esa copa, si no crees que será peligroso para tu reputación acompañarme.

—Se la acepto, Logan. Y no se preocupe por mi reputación, prefiero ver el rostro de asombro de aquellos que me observen beber a su lado que oír de nuevo las quejas de mis hermanas —declaró mirándolo y sonriendo de oreja a oreja.

—Siendo así... —respondió Logan abriéndole la puerta para que accediera delante de él—, nos tomaremos varias.

—¿Qué le parece si vaciamos una botella?

—¿Podrás aguantar una ingesta semejante en tu primera vez? —preguntó con tono afable al tiempo que se dirigía hacia la barra de la taberna.

—¿Me dejará inconsciente durante varias horas? —preguntó Josh, colocando el antebrazo derecho sobre el mostrador de madera, se cruzó de piernas por los tobillos y adoptó la misma postura masculina del vizconde.

—Te puedo asegurar que en algunas ocasiones he bebido tanto que, cuando me he despertado, habían pasado varios días.

—Pues eso es lo que quiero —aseguró ella sin apartar la mirada de las botellas.

—Mesonero, ¡pónganos el mejor *whisky* que tenga en esta pocilga! —ordenó Logan sin disimular el entusiasmo que sentía al tener a su lado la primera mujer que razonaba como un hombre.

¿Podían matar las miradas? Porque los ojos de Anne, cuando lo descubrió al lado de Josephine bebiendo como si fueran dos desdichados bucaneros, le causaron el mismo dolor que el impacto de una bala atravesándole la frente. Logan se irguió, esperando que ella se acercara y que le reprendiera su inapropiado comportamiento hacia su hermana. Sin embargo, no dijo nada. Apretó los labios, se cogió con ambas manos el vestido de color magenta y subió en silencio. ¿Por qué no le recriminó su mala obra? ¿Prefería obviar la situación a enfrentarse con él? ¿Tanta repulsión sentía? ¿En qué momento la hirió? Logan se bebió de un trago lo que tenía en su vaso, lo apoyó

sobre la barra, chasqueó la lengua y al momento el tabernero se lo volvió a llenar. Estaba enfadado. Sí, ese calor que notaba recorriendo su cuerpo no se debía a la ingesta de alcohol, sino a la cólera que había crecido al ella evitarlo. Le hubiera bastado con un... *Gracias, milord, por indicarles a las doncellas que nos cuiden con tanto mimo*, como había hecho Elizabeth momentos antes, o... *¿Qué pretende? ¿No es consciente de que a su lado hay una jovencita?* Pero no. Aquellos ojos marrones lo miraron con desprecio y luego subió las escaleras como si no existiera. ¿Es que no iba a proteger la honradez de su hermana? ¿No lo consideraba un hombre peligroso? O tal vez... ¿aquella jovencita de ojos marrones y cabello rubio, que se vestía como uno de los polizones de su barco, era más peligrosa que él?

—¿Cuándo dice que la compró? —la pregunta de Josh, refiriéndose a la residencia de campo, interrumpió sus pensamientos.

—Hará unos seis años, justo después de mi primer viaje a África.

—¿Ha estado en África? ¿Cómo es? ¿Hay muchos salvajes, como dice nuestro padre? ¿Ha navegado por el Nilo? —preguntó entusiasmada.

—No, desembarqué en Cabo Verde, una isla situada en el extremo más occidental del continente —dijo antes de dar un nuevo trago—. Tuve que transportar la mercancía de uno de mis clientes a esa zona de África, pero debo confesarte que me resultó un lugar tan agradable que retrasé mi regreso a Londres un par de semanas.

Sed. Tenía mucha sed después de esa intensa mirada y ni bebiéndose el Nilo entero podría calmarla. ¿Por qué se sentía como un niño que ha hecho algo malo y sabe que su malvada obra tendrá severas repercusiones? Ni Anne era una madre airada ni él había obligado a Josh a que permaneciera a su lado bebiendo. Solo le había hecho una invitación cordial...

—¿Puedes repetirme la pregunta? —le pidió a la joven que parecía esperar la respuesta a algo que no escuchó.

—Le decía que si se siente libre cuando navega. Uno de mis mayores deseos y que ansío conseguir en el futuro es el de visitar otros países. Por eso quiero convertirme en un soldado.

Al escuchar aquellas palabras, Logan escupió ese delicioso sorbo que había dado de nuevo.

—¿Quieres alistarte en la milicia? —preguntó abriendo los ojos de par en par.

—Sí. Cuando cumpla la mayoría de edad me incorporaré a nuestro valiente ejército. Sé que estoy preparada para afrontar ese tipo de vida con

total entereza —le aseguró sin dudar—. Usted mismo ha sido testigo de la facilidad con la que aprendo el manejo de las dagas y cuando lleguemos a Harving House le mostraré lo diestra que soy con las armas y montando a caballo.

En ese momento entendió no solo la mirada que le mostró Anne, sino también muchas cosas más sobre la familia Moore. ¿Cómo era la joven capaz de pensar una atrocidad semejante? ¿Josh no se había mirado en un espejo? ¡Era una mujer! ¡Por todos los santos! No le había parecido extraño ni su vestimenta ni su afición por las armas, puesto que su propio hermano enseñaba a Evah cosas aún peores. Sin embargo... ¿una soldado? ¿Cómo podía soportar el pobre médico una vida tan atormentada? Ahora comprendía la desesperación que el desdichado padre mostró aquella noche. ¡Él hubiera actuado de la misma manera!

—¿Estás segura? —le preguntó posando con cuidado el vaso sobre la barra.

—Sí —afirmó con rotundidad.

—Si es así, te deseo un buen futuro —dijo girándose hacia ella. Apoyó el codo derecho sobre el mostrador, la miró a los ojos, para advertir en ellos que no mentía y que hablaba con demasiada confianza, le sonrió y continuó—: Seguro que lo harás bastante bien. Solo has de tener en cuenta un pequeño detalle.

—¿Cuál? —espetó atenta Josh.

—Que durante mucho tiempo estarás rodeada de hombres y que estos poseen ciertas necesidades... ¿cómo lo expresaría para no herirte? —Se acarició la espesa y negra barba durante unos segundos, buscando las palabras adecuadas para una joven como ella. ¿Debía ser considerado o grosero? No dudó en adoptar la segunda opción. Si le mostraba un mundo irreal, ella seguiría con aquella locura metida en la cabeza—. Las necesidades sexuales de los hombres los enloquecerán. Ningún militar te contemplará como uno de ellos. Te tratarán como una cortesana y, cuando te niegues a satisfacerlos, ellos te violarán. Tal vez hasta te quedes preñada... ¿Ese es el futuro que deseas lograr? ¿Convertirte en una fulana?

—¡No! —tronó Josh enfadada—. ¡Por supuesto que no busco ese fin!

—Entonces, replantéate ese sueño porvenir. Si lo que de verdad quieres es viajar, hay otras alternativas menos... indignas —prosiguió con severidad.

—Pensé que usted me apoyaría —masculló Josephine dejando el vaso de manera descuidada sobre el mostrador—. Creí que me entendería, después de

sus halagadoras palabras.

—Entiendo una cosa, Josh. Bajo esa apariencia masculina se esconde una mujer hermosa, una que está a punto de brillar como una estrella. Tendrás a cientos de hombres embelesados y buscando la más mínima posibilidad para acercarse y cortejarte. Te puede parecer irreal, pero te aseguro que no me equivoco. Ya sabes que he tenido muchas amantes y sé apreciar las cualidades más bellas de cada una. La tuya es la valentía, además de ese espectacular físico que deseas esconder bajo esas absurdas ropas masculinas. Muy pocas mujeres tienen ese don. Son tímidas, huidizas y siempre añoran la protección de un hombre. En tu caso, no necesitas el cuidado de un marido para enfrentarte al mundo. Eso, querida niña, es más sensual y atractivo que lucir un hermoso vestido ceñido al cuerpo.

—¿Se equivoca! —exclamó ofendida.

—No. No lo hago —aseveró—. Deja que pasen un par de años, Josh, y verás que mi conjetura será exacta. Tendrás tantos hombres cortejándote que no sabrás cuál escoger.

—¿De verdad piensa que soy como Elizabeth? —gruñó enarcando las cejas.

—No. No eres como ella.

—¿Entonces? —le atacó, colocando las manos en la cintura.

—Josh..., todas sois diferentes, pero esa diferencia os convierte en especiales y hermosas.

—¿Yo no soy hermosa, milord! —respondió, borrando de su mente el nombre de aquel que la estaba insultando con dulces palabras.

—Mi querida Josh..., deberías mirarte con más asiduidad en un espejo. Por si no te has dado cuenta, los hombres que están sentados frente a las mesas no te observan con desprecio, aunque adoptes un comportamiento tan masculino. Te observan expectantes porque ven lo que yo advertí al conocerte. La suerte que tienes es que tu secreto estará a salvo conmigo. De no ser así, estoy seguro de que esta noche alguno de ellos subiría a tu alcoba, te pondría sobre sus hombros como si fueras un saco de heno y te convertiría en su esposa antes del alba.

—¿Imposible! ¡Degollaría sin dudar un solo segundo a cualquier hombre que se atreviera a entrar en mi alcoba sin mi permiso! —dijo encolerizada.

—Si sigues levantando el tono de voz —comentó entre susurros—, tú misma te delatarás y yo no podré hacer nada para salvarte.

—¿Al infierno! —tronó. Miró a los hombres a los que hacía referencia el

vizconde y comprendió que no mentía. Sus ojos estaban llenos de inquietud y lujuria, emociones que solo había contemplado en aquellos que observaban a Elizabeth. Sacó la daga que tenía en su fajín, la mostró y sonrió maliciosamente—. Soy capaz de matarlos antes de que terminen sus licores —masculló.

—Y estoy seguro de que más de uno quiere comprobarlo —perseveró Logan sarcástico.

Enfadada aún más, se volvió hacia el vizconde, frunció el ceño y le apuntó con el puñal.

—No soy hermosa, jamás me convertiré en la zorra de ningún hombre y lograré mi sueño —aseguró con firmeza.

—Eso espero —le respondió Logan girándose hacia la barra sin darle importancia a ese gesto amenazador. Cogió el vaso, bebió despacio y clavó sus ojos en el horrorizado posadero—. Que el comedor esté preparado en una hora.

—Sí, milord —le contestó este sin poder apartar la mirada de aquella hoja tan brillante.

—Sube a tu alcoba y descansa mientras preparan la cena. Informa a tus hermanas que no deben retrasarse. Me habéis obligado a convertirme en vuestro tutor y actuaré como tal hasta que regreséis con vuestra familia. ¿Algún problema? —preguntó enarcando las cejas.

—No, milord —masculló Josh guardando su arma en el cinturón—. Ningún problema.

Se giró sobre sí misma, caminó hacia las escaleras de madera y, pisando con fuerza cada peldaño, se alejó de él.

—Una fierecilla... —murmuró el tabernero con asombro—. A ese tipo de mujeres hay que azotarlas con un látigo para que tengan el comportamiento adecuado —se atrevió a decir, como si fueran unos viejos amigos que se aconsejaban ante un grave problema.

—Le aseguro que si intenta tocarla ella le habrá rajado la garganta antes de que pueda coger ese dichoso látigo —masculló. Se bebió de un sorbo el *whisky*, buscó con la mirada a Kilby y, cuando lo encontró, le hizo un leve movimiento con la cabeza para que se acercara—. Necesito asearme antes de la cena. Confirma que el salón esté preparado para todos los que hemos viajado.

—¿Quiere que el personal de servicio los acompañe? Podemos permanecer aquí. No estaría bien que... —intentó persuadirlo de otro posible

error.

—He dicho todos —ordenó antes de encaminarse hacia su alcoba.



En aquel momento, comprendió la severidad que Roger mostraba cuando Evelyn proponía un almuerzo familiar. Se sentía el protector de aquellas catorce personas y esa responsabilidad era demasiado grande para él. Lo que en un principio comenzó como una pequeña excursión hacia sus dominios, para que Anne y él pasaran más tiempo juntos y así obtener las respuestas a todas las preguntas que se hacía referente a ella, se había convertido en algo más complejo. Después de observar la belleza de Eli, que se había sentado a su izquierda, el nuevo atuendo de Josh, que se había cambiado de color de ropa, pero seguía luciendo prendas masculinas, y el tosco vestido marrón que Anne exhibía, se reclinó sobre el respaldo de su asiento y advirtió que todo el mundo imitó su movimiento. Cogió la copa de vino y dio un sorbo. Acto seguido, doce personas bebieron de sus copas. Solo dos mujeres, Anne y Josephine, se negaban a continuar con aquella pantomima.

—Eli, no he tenido tiempo de preguntarte si las semillas que te regalé de mi último viaje han germinado —irrumpió al fin ese silencio que había en el comedor.

—Están creciendo —comentó la joven con una enorme sonrisa al ser objeto de atención—. Aunque he de confesarte que al principio tuve muchas dudas.

—¿Por qué motivo? —se interesó Logan volviéndose hacia ella mientras una empleada del tabernero colocaba sobre su plato, de forma inapropiada, medio lechón.

—Tuve que construir un pequeño estanque en el invernadero para ellas —expuso con un tono tan extraño que sus hermanas la observaron con asombro—. Como bien sabes, la *Nymphaea caerulea* es una especie totalmente acuática y están acostumbradas al agua del Nilo.

—Pensé que se llamaba de otra forma —comentó Logan—. El vendedor me dijo algo sobre...

—Sí, vulgarmente se las conoce como loto azul —apuntó con cierta angustia, como si le horrorizara que a una flor tan hermosa se la nombrara de

esa forma tan corriente—. Pero en realidad no deberían llamarla así. Las degrada.

—¿Las degrada? —preguntó audaz el vizconde.

—En tiempos remotos fueron unas flores sagradas, Logan —declaró con mucha firmeza, como si estuviera defendiendo el honor de las plantas—. Son tan especiales que los egipcios las adoraban como si fueran diosas.

—¿Por qué motivo? —insistió antes de trinchar un trozo de carne y llevárselo a la boca.

—Porque son... maravillosas —señaló a través de un suspiro—. Brotan de su interior cuando el sol aparece y vuelven a ocultarse cuando llega la noche.

—¿Por ese simple acto se las considera especiales? —preguntó Bennett enarcando la ceja izquierda—. Yo podría nombrarte una lista infinita de señoras que extienden sus brazos al llegar el día y los cierran, para agarrarse a sus amantes, por la noche.

Ante ese inoportuno comentario, Anne soltó el tenedor que sostenía en su mano derecha y lo dejó caer sobre el plato, causando un horrendo sonido. Logan la miró, le sonrió y continuó prestando atención a la joven Moore.

—Seguro que esa lista no tendría fin —continuó Eli, sin prestar atención al gesto inadecuado de su hermana mayor ni al escandaloso bufido que realizó para desaprobador la absurda comparación—. Pero... ¿esas mujeres podrían alterar la percepción visual de sus amantes? —alegó con altanería y malicia.

—No querrás decirme que te regalé algo con lo que podrías trastornar la mente del mundo, ¿verdad? —espetó burlón.

—No —contestó divertida y coqueta—. No se me ocurriría hacer una cosa tan atroz. Sin embargo, es cierto que se han hallado jeroglíficos en los que se explican cómo las utilizaban para realizar, en el antiguo Egipto, rituales sagrados.

—¿Con qué fin? —quiso saber. Se limpió con la servilleta la grasa de sus labios, bebió de nuevo y continuó mirando a la muchacha.

—Sedante... Ellas aportan una tranquilidad lúcida a quienes las toman en la cantidad justa.

—¿Como la tisana? —intervino la doncella que se había encargado de ayudarla durante el viaje y que no era capaz de apartar los ojos del vizconde.

Elizabeth se giró hacia la sirvienta con más furia que sorpresa por haberse entrometido en la conversación, pero no debía reprenderla por una actitud tan poco educada. Si el vizconde ordenó que el servicio se sentara con

ellos, debía acatar las normas.

—No. La tisana es una mezcla de varias hierbas. En cambio, basta un diminuto pedazo de las hojas de esta flor azulada para lograr un efecto mayor a la de esa combinación —respondió. Se volvió hacia Logan, dibujó una enorme sonrisa, como si no le hubiera molestado esa intromisión y prosiguió—: Esta flor se utilizaba como sacramento espiritual, de ahí que la asociaran con el dios Ra, el proveedor de la luz. Según he leído, todo el que ingería una infusión de sus hojas podía alcanzar un estado de paz tan sublime que creía llegar al Nirvana.

—Me sorprendes —dijo Logan cruzándose de brazos.

—¿Por qué? —preguntó Eli, abriendo los ojos de par en par.

—Porque tienes un don increíble con las plantas, pequeña. Muy pocos podrían cultivar una flor que emerge del Nilo en un pequeño invernadero y, además, acondicionarla al clima de Londres. Mi más sincera enhorabuena.

—¡No exageres! —exclamó Eli abochornada por el cumplido—. Cualquier persona que ame la naturaleza pondría empeño en hacer crecer unas flores tan hermosas.

—Sí, posiblemente tienes razón. Seguro que cualquier jardinero sería capaz de hacerlo. Pero tú, al contrario que ese trabajador, has querido conocerla, comprenderla y averiguar qué necesita. Eso solo quiere decir que eres una muchacha especial, inteligente y peligrosa.

—¿Peligrosa? —espetó ella con asombro.

—Sí, Eli. Muy peligrosa... —alegó levantándose de su asiento y apartando la silla con un leve movimiento de pantorrillas—. Las mujeres como tú, que además de poseer un físico envidiable poseen un intelecto de tal índole, son muy peligrosas para cualquier caballero que se precie.

—¿Por? —insistió la joven sin poder moverse del asiento.

—Porque os hace más irresistibles... —le susurró al oído.

Eli se llevó las manos hacia la boca para que no brotara esa carcajada que deseaba liberar. Su sonrojo, el que todo el mundo podía contemplar, hasta Anne, que estaba en la otra punta de la mesa, la hacía tan hermosa como una tierna niña. Sus ojos brillaban por la emoción y la rigidez que exhibía, para mostrar a todo el mundo que sus modales podían asemejarse a los de la mismísima reina, desapareció.

—Eres un sinvergüenza —le dijo en voz baja—. Natalie siempre me ha advertido que eres un adulator y que puedes encandilar a la mujer más fría del mundo.



—Y, ¿he logrado mi propósito? —perseveró travieso.

—Sí, lo has conseguido —respondió ella aceptando la mano que le ofrecía para ayudarla a levantarse.

—Bien, pues te pido que no selles tus hermosos labios cuando estés con mi querida hermana y que le cuentes todo lo que te he dicho cuando nos visite en Harving —le confesó mientras salían del salón con elegancia.

—¿Vendrá? —soltó entusiasmada.

—En cuanto sepa que estás allí, no tardará ni un día en venir —le aseguró antes de darle un tierno beso en la mejilla.

Justo cuando iban a salir, Logan miró de reojo a Anne. Quería confirmar si su comportamiento la había alegrado. Sin embargo, otra vez erró con ella. En vez de mostrar un rostro relajado, volvía a fruncir el ceño, a mirarle con odio y, por cómo movía los dedos de sus manos, parecía que su cuello se encontraba entre ellos. ¿No era capaz de entender su propósito? ¿Tan obtusa era? Pues si no lo comprendía, él mismo se lo dejaría claro en cuanto tuviera ocasión. A ver si de ese modo dejaba de mirarlo como si quisiera matarlo.



Dos horas y media más tarde, las hermanas descansaban en su aposento. Anne se levantó despacio y las observó. Permanecían calladas y tranquilas. Algo inusual en ellas.

Durante el resto de la velada, Elizabeth había participado en un absurdo juego de cartas y, como había ganado todas las partidas, el vizconde continuó elogiando su gran intelecto. Cuando entró en la habitación, después de que las sirvientas se marcharan, se sentó sobre el colchón, la miró y le pidió disculpas por todo lo que había sucedido durante el trayecto. Ella se quedó sin palabras. Jamás escuchó a Elizabeth hablar de esa forma, puesto que nunca dio su brazo a torcer. Siempre afirmaba que el resto del mundo se equivocaba y que la única que tenía razón era ella. Después de darle un beso, para firmar esa tregua entre hermanas, se metió bajo las sábanas y, sin poder borrar ese rostro de felicidad, se quedó dormida.

Josephine también actuó diferente. Ella no se unió a esas partidas entre Elizabeth y el vizconde. Se quedó todo el tiempo sentada sobre el alféizar de la ventana del salón observando la oscuridad de la noche. Parecía que su

cabeza no paraba de pensar algo muy importante para ella. Pero... ¿qué sería? Sin embargo, esa actitud extraña aumentó cuando llegaron al dormitorio. Hasta el momento, ella jamás se había metido en la cama tapada con un camisón, solía cubrirse el cuerpo con una camisola bastante ancha y dejar libres las piernas. Pero, frente a la atenta mirada de ella, se desvistió ayudada por la sirvienta y dejó que se lo pusiera. Una vez que asumió el tacto de la prenda, se sentó sobre el colchón, colocó la daga en el suelo y, tras un escueto buenas noches, se tapó hasta arriba, evitando dar una explicación a sus extraños actos. ¿Qué les sucedía? ¿Por qué cambiaban de actuar y de pensar tan rápido?

Apoyó los pies en el suelo, se acarició desesperada el rostro y suspiró. Lo único que las dos tenían en común era que habían permanecido durante un tiempo junto al vizconde y parecían vivir bajo su influjo. ¿Qué les habría dicho? ¿A qué tipo de encantamiento las había sometido para que olvidaran unas características tan propias de ellas? ¿Desde cuándo Josephine no dormía con su puñal bajo la almohada? ¿Y Eli? ¿Cuándo había aprendido la palabra perdón?

Agobiada por todo lo que estaba sucediendo, se levantó y merodeó por la habitación. Necesitaba hablarle al vizconde sobre sus inadecuados comportamientos. Pese a que en la cena y delante de todos se proclamó el tutor de ellas, cosa que la dejó sin palabras y sin poder tragar ni un trozo de aquel delicioso lechón, necesitaba recordarle que el único motivo por el que las tres estaban allí era para cumplir su contrato. Todo lo demás sobraba. No quería que se acercara a ellas, que les hablara entre susurros, que las abochornara o que las sedujera como si fueran sus próximos entretenimientos sexuales.

Desesperada y admitiendo que no conciliaría el sueño hasta que le dejara claro cómo debía actuar con sus hermanas, caminó hacia la silla, se puso la bata de seda negra y, sin apenas hacer ruido, salió de su dormitorio.

Por suerte para ella, aquel pasillo no era muy largo, así que comenzó a poner la oreja en todas las puertas para adivinar quién estaba en el interior. La primera, sin duda alguna, era la habitación de la señora Donner. Aún seguía refunfuñando porque el cocinero de la posada no había añadido unas verduras al plato de carne. Continuó con la siguiente, el de las doncellas. Parecían gallinas cacareando sobre algún tema que les provocaba pequeñas risotadas. Avanzó con suavidad hacia la siguiente. Silencio. Muchísimo silencio hasta que...

—¡No! ¿Cómo se te ocurre pensar tal insensatez?

La voz de Kilby era bastante peculiar, al igual que la del joven Howlett,

el ayuda de cámara del vizconde. Seguro que discutían sobre qué elegante traje luciría la mañana siguiente aquel villano. No le cabía la menor duda de que Kilby andaba buscando aquel que le ofreciera a su señor una imagen firme y solemne mientras que el joven intentaba explicarle que la elegancia era primordial para un hombre de su clase y porte.

Sin poder borrar una ligera sonrisa de su rostro, Anne prosiguió con la siguiente puerta. De repente, esta se abrió de golpe, como si alguien estuviera esperando su presencia. Se pegó a la pared, se llevó las manos al pecho debido al susto y se quedó petrificada al ver que una sirvienta, en camión, salía del interior.

—Lo siento, su excelencia. Pensé que... —balbuceó la mujer entre sollozos—. Le juro que no lo haré más. He cometido un error que...

—¡Fuera! —gritó Logan—. ¡Márchate ahora mismo! —añadió con ese tono cruel y rudo.

La doncella agachó la cabeza al descubrirla en el pasillo, se tapó el escote de su camión con las manos y corrió hacia la habitación en la que permanecían las otras empleadas.

Anne, sin poder apartar la mirada de la puerta, sin poder tan siquiera moverse para huir hacia su alcoba y ponerse a salvo, observó cómo una enorme sombra caminaba hacia ella con decisión. Una vez que la luz alumbró aquella figura, se quedó sin aliento. El vizconde no llevaba puesta la camisa, se había dejado el pelo suelto y el cinturón del pantalón estaba abierto. Sin borrar el fiero rostro de su semblante, la miró como si ella fuera el mayor enemigo de Londres.

—¿Qué haces ahí? —tronó. Apoyó el brazo izquierdo sobre el marco de la puerta, mostrando sin pudor la visión que ofrecían sus tensos músculos—. ¿Me espías? ¿Querías saber qué reacción tendría al enviarme una sirvienta? ¿Creías que me rebajaría de ese modo?

—Yo... no... —tartamudeó—. Solo deseaba...

—¿Qué? ¿Qué deseas, Anne? —perseveró con tono furioso—. ¿Quieres comprobar si soy el libertino del que todo el mundo habla? ¿Quieres comprobar si tus hermanas estarán a salvo conmigo? —Añadió a esas duras preguntas una mirada oscura repleta de odio.

—Esa no era mi intención... —terminó diciendo. Se llevó las manos a las solapas de su bata, apretó las plantas de sus pies en el suelo, se giró e intentó alejarse de allí. Sin embargo, no pudo hacerlo. El vizconde le agarró el brazo izquierdo y tiró de ella.

—Eres astuta, querida —dijo acercando su rostro al suyo—. Demasiado..., pero no conseguirás aquello que pretendes.

—No pretendo nada, milord —le respondió levantando el mentón, desafiándolo con su mirada.

—¿No? —espetó con cierta burla mientras agachaba la mirada para clavarla en el pequeño escote que mostraba la bata—. Pues yo creo que sí —dijo antes de unir su boca a la de ella.

Nunca la habían besado de una forma tan cruel. Sus labios, ante el impacto, quedaron dañados, dolidos por esa presión salvaje. Con rapidez, apartó las manos de las solapas de su bata y las colocó sobre aquel fuerte y duro pecho para echarlo hacia atrás. Pero no lo movió. El vizconde era tan hercúleo que ni se percató de que sus palmas se habían colocado en aquella parte del cuerpo. Intentó apartar la cabeza, para evitar de una vez ese brusco contacto, aunque tampoco logró lo que pretendía. Él colocó una de sus grandes manos detrás de su nuca y se aseguró de que no se moviera.

—¿No te gusta que te besen? —preguntó tras apartar ligeramente los labios de ella—. ¿O tus pretendientes no te enseñaron a besar con pasión? —dijo con sarcasmo.

La mano derecha, que sentía el calor de aquel cuerpo y cuyos dedos habían rozado el vello grueso de ese torso tan masculino, se alejó de ambos cuerpos y, después de alzarse, impactó sobre la mejilla izquierda del vizconde.

—Me han besado muchísimo mejor que usted. Así que no se crea con el derecho de juzgarme. Hasta ahora sus labios han tocado a zorras soñadoras y no se han deleitado del sabor de una mujer de verdad —expuso con orgullo.

—¿Tú eres esa mujer, Anne Moore? —preguntó, sin reparar en el dolor que le había provocado el tremendo y merecido bofetón.

—Eso jamás lo sabrá —declaró antes de girarse y regresar a su dormitorio.

Una vez que cerró la puerta, echó el pestillo, caminó hacia su cama, se sentó y se tocó la boca. Un líquido caliente brotaba del labio inferior. La había herido. El muy bastardo la había mordido cuando ella no abrió la boca para responder a ese beso. Pero... ¿en algún momento pensó que tendría una posibilidad con ella? ¿Pensaba que durante el viaje la encandilaría hasta el punto de convertirla en su próxima amante? Enfadada, se limpió con el anverso de la palma esas pequeñas gotas de sangre, las miró y se juró que prefería morir antes que entregarse a un hombre como él.

Por primera vez en la historia de su estirpe, una zíngara no soñaba con el hombre con quien se casaría, sino con el que mataría con prontitud.

## *Capítulo XX*

Enfadado no era la palabra exacta para referirse al estado que sobrellevaba.

Logan no había podido descansar durante la noche, caminó por la habitación hasta altas horas de la madrugada y, cuando al fin se recostó sobre el colchón, no fue capaz de cerrar los ojos para permitirse un ligero descanso. ¿Por qué diablos elaboró un plan tan atroz? ¿Tan desconfiada era que envió a una sirvienta para seducirlo? ¿Pensó que sería tan perverso como su padre? No, él no podía compararse con el hombre que lo engendró. Jamás utilizó el poder que le otorgaba su posición para abusar de ellas, al contrario, las respetaba tanto que a veces ni les dirigía la palabra. Por ese motivo, en sus dos residencias, las habitaciones del servicio se establecieron en la primera planta. No quería que ninguna de ellas pensara que, durante la noche, aparecería en el interior de sus alcobas reclamando algo no acordado previamente en el contrato. Él era un hombre muy considerado con sus trabajadores. Nunca miró a una doncella de otra forma que no fuera el de agradecer su buen hacer. Puntualizando, además, que sus amantes fueron viudas o solteras aristócratas. Mujeres tan libertinas y descaradas como él.

¡Él no era su padre, maldita sea!

Sin poder pensar en otra cosa que no fuera en la maldad de Anne, observó cómo llegaba el nuevo día. Se levantó, se dirigió hacia la palangana y se mojó el rostro, para eliminar de este cualquier signo de cansancio. Entonces golpeó con fuerza el pequeño mueble, haciéndolo temblar. La maldita bruja dedujo, de manera certera, que él jamás cerraría la puerta con pestillo, tal vez lo adivinó por la imagen arrogante que mostraba, e intuyó que la ignorante doncella accedería al interior sin dificultad. De ahí que entrara sin hacer apenas ruido y que solo la descubriera cuando se acercó a la cama. Al principio pensó que se trataba de otra visión, pues no podía ser real lo que observaban sus ojos. Sin embargo, al apreciar que esta se desabrochaba los botones del camisón y le mostraba sus pechos, se alejó aún más de ella y le ordenó a voces que se marchara de inmediato. Pese a los sollozos de esta y escuchar cómo le pedía mil disculpas, su ira no mermó. Si la mujer no hubiera salido de su habitación con la rapidez que le exigía, la habría arrojado

bruscamente al pasillo, lugar donde Anne permanecía... ¿Cómo podía ser tan depravada para quedarse fuera escuchando lo que ocurría en el interior? ¿No tenía vergüenza? ¿Quería estar presente por si aceptaba la ofrenda? Pues se llevó una gran desilusión. No solo rechazó a la doncella, sino que ella recibió un merecido castigo por su diabólico plan. La besó con violencia, con una furia desmedida y, para que no olvidara jamás lo sucedido, le mordió el labio hasta dañárselo. Él mismo probó el sabor de su sangre. Una que pronto lo mataría, porque su gusto no era dulce sino agrio, como el de un veneno.

—¿Milord? —preguntó Howlett cuando abrió la puerta—. ¿Está despierto? Tengo en mis manos el traje que he elegido. Creo que, pese a que el señor Kilby no está de acuerdo, es la mejor opción para presentarse en Harving House.

Con el pelo mojado, salió de entre las sombras que le ofrecía aquella oscura parte de la habitación. Caminó despacio hacia el ayuda de cámara y, cuando este lo miró, gritó asustado.

—¡Por todos los diablos que conozco!

—¿Dónde está Kilby? ¿Por qué no has llamado a la puerta? ¿Acaso todos dais por sentado que tenéis permiso para acceder a mis aposentos cuando os plazca?

—No se enfade. Su leal mayordomo me ha ordenado que lo despierte porque él está abajo realizando otra importante labor —le explicó al tiempo que depositaba las prendas sobre la cama deshecha, se puso las manos en la cintura y lo observó sin parpadear—. Entiendo que después de lo sucedido, se encuentre de pésimo humor, pero eso no le da derecho a mostrar una imagen tan poco apropiada. Recuerde que durante sus viajes le doy permiso para que descuide su apariencia, pero en tierra firme no es agradable para nadie observarlo de esa forma tan impropia de un vizconde.

—¿Me permites? —gruñó Logan mirándolo como si quisiera lanzarle mil cuchillos—. Pensé que trabajabas para mí, no al contrario.

—¡Bobadas! —exclamó el empleado sin amedrentar su relajado carácter—. Usted es un aristócrata, un honrado caballero y, según declaró durante la cena, el tutor de esas tres señoritas. Así que necesita...

—Si coges esa navaja, te juro que la utilizaré para cortarte la lengua —habló Logan al verlo dirigirse hacia la palangana para coger los utensilios de afeitado.

—¡Jesús bendito! —gritó asombrado el muchacho al tiempo que retrocedía aquellos pasos que había dado—. ¿Dónde está el generoso

vizconde al que sirvo desde hace cinco años? ¿Alguien lo ha visto desde ayer después de la cena? —preguntó al aire mirando la habitación de derecha a izquierda.

—¿Vas a vestirme de una vez o quieres regresar a Londres tú también? —gruñó de nuevo Logan.

—¡Ah! ¡Es eso! —dijo Howlett haciendo un ligero movimiento con su mano derecha, como si hubiera espantado un insecto volador—. Esa arpía ya está de camino a su péfido hogar. ¡Menudo insulto hacia su persona! —añadió cogiendo, en primer lugar, los pantalones. Se los mostró al vizconde y tras este asentir empezó a vestirlo—. Hay mujeres horribles en el mundo. En realidad, todas son unas arpías. Le aseguro que ya supe de qué calaña era esa doncella en cuanto la vi. Creo que aceptó el empleo porque dedujo que ella misma lo atendería, sin embargo, cuando se le asignó el cuidado de la joven Eli, puso el grito en el cielo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Logan mientras se abrochaba él mismo el cinturón.

—¿No tiene ojos en el rostro, milord? —respondió poniéndose de nuevo las manos en la cintura—. ¿No la observó en la cena? ¡No apartó ni un instante su maligna mirada de usted! ¿Y esa intromisión? ¡Por Dios! —clamó poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo pudo entrometerse en una conversación entre usted y la muchacha?

—Todos teníamos derecho a hablar durante la cena. Por eso mismo le ordené a Kilby que nos acompañarais —aclaró.

—¡Qué bondadoso es usted! —contestó cogiendo la camisa, la sacudió y la extendió esperando a que se girara para ayudarlo a ponérsela—. Es usted el hombre más benévolo que he conocido, pero también el más insensato.

—¿Por qué me defines de ese modo? —Le apartó las manos para abrocharse él mismo los botones de la camisa.

—Esa arpía, porque no puedo nombrarla de otra forma, ha estado frotándose las manos desde que Kilby la contrató. Según han dicho esta mañana las otras sirvientas, su principal objetivo en este trabajo no era atender a la joven Moore, sino averiguar si su fama de buen amante que se divulga por Londres era cierta.

—¿Y? —Logan enarcó las cejas.

—Y se ha llevado su merecido —declaró Howlett después de ayudarlo a ponerse el chaleco—. ¡Qué espanto! ¿Cómo pudo pensar que usted le permitiría descansar en su lecho? —exclamó horrorizado.



—Quizás alguien pudo incitarla a ello... —manifestó con suspicacia.

—Le aseguro que no —declaró volviéndose hacia la chaqueta—. Kilby es un gran experto en averiguar verdades, aunque su gusto para vestir es pésimo.

—¿Y? —repitió mientras metía los brazos en las mangas de la chaqueta.

—Y la muy osada ha confesado que lo hizo por su cuenta y que creyó ver en sus ojos, durante la velada, cierta invitación pasional. —Le apartó con unas suaves palmadas las posibles motas de polvo que habían caído sobre la prenda mientras estaba en el colchón, se alejó del vizconde y le mostró la corbata de color rojo—. Este tono le dará un toque muy varonil.

—¿Estás diciéndome que esa sirvienta vino a mi alcoba por voluntad propia? —preguntó al tiempo que se negaba a ponerse aquella prenda de horrible color.

—Así mismo —le aseguró con firmeza—. Ese mal bicho creyó que le daría el placer que ha regalado a otras mujeres. ¡Menuda sinvergüenza!

—Sí, menuda sinvergüenza... —repitió Logan sin apenas voz.

—¿Mi señor requiere algo más de este humilde sirviente? —preguntó Howlett tras confirmar que el vizconde mostraba la imagen que él deseaba pese a que no se había puesto la corbata y que no le había arreglado la barba.

—Una cosa más, Howlett.

—Lo que desee, milord.

—¿Sabes si las Moore se han despertado?

—Se han despertado, han desayunado y están preparadas para partir —le informó—. Son unas jovencitas muy especiales. Cualquier mujer en su lugar habría esperado a que su sirvienta la despertara y la vistiera. Sin embargo, cuando las doncellas acudieron a la habitación, ya estaban listas.

—Entonces, no las hagamos esperar. Dile a Kilby que hoy no desayunaré.

—¿No tiene hambre, señor? —quiso saber el joven sorprendido.

—He perdido el apetito —aseguró antes de girarse, caminar hacia la ventana y contemplar el bullicio de la calle.



—Por mucho que busque una palabra adecuada, salvo la de horrendo, no encuentro otra para definir lo que ha sucedido —comentó Elizabeth una vez

que el carruaje emprendió la marcha—. Logan ha de sentirse muy mal para no acompañarnos en el desayuno o meterse en su carruaje sin tan siquiera saludarnos. Quizá se sienta avergonzado por la situación que ha padecido con esa bruja.

—Sí, ha debido ser terrible y humillante para él... —la apoyó Josephine que, una vez más, actuaba de manera diferente.

Después de que Kilby la ayudara a subir al carruaje, levantó el sillón y guardó la daga en el interior, luego se reclinó en el asiento y fijó la mirada en Elizabeth, que se había sentado frente a ella.

—Si hubiera estado en su lugar, le habría propiciado unos latigazos delante de todos —masculló Eli indignada—. Se los merecía por creer que Logan sería capaz de rebajarse a una mujer de su posición. ¡Él jamás toca a las empleadas!

—Será el primer aristócrata que nace con algo de escrúpulos —refunfuñó Anne, que no paraba de ocultar la herida de su labio.

—Su padre, el anterior marqués de Riderland, dejó embarazadas a casi todas las sirvientas que trabajaban bajo sus órdenes. Lógicamente, tanto Roger como él no han continuado con esa atrocidad —declaró Eli con rudeza ante el comentario hiriente de su hermana—. Os he dicho en multitud de ocasiones que son una familia muy especial y que, a pesar de tener sangre azul, son muy distintos a otros nobles. Sin ir más lejos, el actual marqués expresa su amor por su esposa cada vez que le place, sin importarle quiénes les rodean.

—¿Eso te parece adecuado? —soltó Anne—. Porque a mí me resultaría una falta de respeto si se muestran ante mí de forma tan afectiva.

—Pues a mí me parece maravilloso —respondió Eli—. No hay nada más bello que amar a la persona con quien te has casado y que él te corresponda. Por si lo has olvidado, nuestros padres actúan igual cuando nosotras estamos presentes y nunca he escuchado de tus labios un reproche por esa cariñosa actitud —le recordó.

—Como bien dices, delante de nosotras, de sus hijas. Pero mantienen las distancias cuando hay invitados o acuden a una fiesta —aseguró sin mermar su odio hacia todo lo que se refería al vizconde y a su buen comportamiento.

Le dolía. El labio seguía latiendo por el dolor que sentía. Cada vez que se giraba sobre la almohada y lo rozaba, abría los ojos, maldecía al vizconde, se volvía hacia el otro lado y cavilaba sobre la manera más adecuada y sutil de arrancarle el corazón. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que ella había elaborado un plan tan absurdo? ¿Por qué la besó de esa forma tan dañina? Si

quería hierirla físicamente, lo había logrado, puesto que su labio estaba partido, pero su dignidad aún permanecía intacta.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Josephine.

—¿Cuándo? —respondió Anne al deducir que la pregunta la dirigía hacia ella por cómo la miraba. Josh se llevó un dedo hacia su propio labio, para repetir esa demanda mediante un gesto—. Me caí de la cama.

—¿Te caíste? —intervino Eli asombrada—. ¿Cómo pudiste hacerlo si los colchones en los que hemos dormido tenían un tamaño mayor a los nuestros?

—El mío era muy incómodo y por más que busqué una postura adecuada en la que mis huesos no crujieran, no la encontré. Rodé y rodé hasta que mi rostro impactó sobre el asqueroso suelo.

—¿Por qué no me despertaste? —comentó Josh—. Habría pedido al tabernero algo de hielo para rebajar la hinchazón y hoy no tendrías el labio tan abultado. Parece que te has enfrascado en una pelea y que tu contrincante te dio un buen derechazo —comentó con cierta diversión.

—Quizá Kilby tenga algún ungüento que pueda bajar tu inflamación. Ese hombre guarda de todo en su baúl. Ayer mismo, la señora Donner se quejaba de una molestia en la pantorrilla izquierda y él le ofreció un bálsamo para que se le calmara el dolor —explicó Eli al tiempo que movía las piernas.

A ella también le dolían, pero no quiso informar sobre ese tema al mayordomo puesto que sabía que su queja llegaría hasta Logan y que él, en un acto de caridad, atrasaría el viaje un día para que el achaque desapareciera. Como insistía en aclarar, el hermano de Natalie era muy especial.

Miró de reojo a Anne, quien no paraba de tocarse el labio. Debía dolerle mucho porque cada vez que se rozaba una muesca de sufrimiento y acritud aparecía en su rostro. Quizás ella misma debía hablar con Kilby y que la ayudara. Esa actitud protectora consolidaría, sin duda alguna, la paz entre ellas.

—¿Cuándo dices que pararemos? —preguntó Josephine moviéndose inquieta en el asiento.

—¡Acabamos de partir! —le reprochó Eli.

—Pues ya me duele el trasero —refunfuñó la joven—. Nunca pensé que un viaje sería tan angustioso. ¡Estoy deseando salir de aquí!

—¿No decías que tu mayor deseo en la vida era viajar? —comentó Anne con mordacidad—. Pues ve acostumbrándote. No todo es tan maravilloso como crees.

—Tu actitud es muy negativa desde que saliste de nuestro hogar

—reprochó Josh enfadada—. Pensé que relajaría ese áspero malhumor al cambiar de aires.

—¿Eso pensabas? —respondió Anne entornando los ojos.

—Por favor... relajaos —intervino Eli—. Según me ha explicado Howlett, el vizconde no hará un alto en el camino durante este segundo trayecto. Quiere llegar lo antes posible a Harving y eso quiere decir que permaneceremos aquí durante unas cinco horas.

—¿Cinco horas? —tronó Josh.

—Ve adaptándote, hermanita. Esto será lo que sufrirás si quieres ver mundo —masculló Anne.

Antes de que Josh respondiera, Eli colocó ambas manos sobre sus rodillas, negó con la cabeza y le sonrió.

—Me ausentaré de esta jaula de buitres hasta que llegemos —afirmó tras cruzarse de brazos, reclinarsse sobre el sillón y cerrar los ojos.

—Una decisión muy acertada —respondió Eli tras respirar hondo.

Una vez que Josh se alejó mentalmente de ellas, observó de nuevo a Anne; advirtió que no solo mostraba dolor, sino que su rostro expresaba un odio inquietante. ¿Hacia dónde proyectaba ese odio? ¿Estaba enfadada por el colchón o por el golpe? ¿Se habría dañado la cabeza también? Mary siempre decía que un golpe en la cabeza podía transformar a una persona. Hasta le narró, con todo lujo de detalles, lo que le ocurrió a un joven ladrón que saltó por una ventana y, al no poder agarrarse a nada, impactó contra el suelo.

Según comprendió, además de no poder caminar de nuevo, su antiguo carácter desapareció: dejó de ser un ladrón para ayudar a otros niños que empezaban a delinquir. ¿Le habría ocurrido algo parecido a su hermana? ¿Ese golpe la habría transformado en una mujer áspera? Si era así, que Dios las ayudara, porque lo que sucedería en los próximos días no lo olvidarían jamás...



El viaje se le hizo demasiado corto...

Desde que averiguó que la sirvienta no actuó según las órdenes de Anne, Logan fue incapaz de mirarla a los ojos. Había cometido un error, el más grande de su vida, y no sabía cómo enfrentarse a la nefasta situación.

Mientras el carruaje proseguía el camino sin hacer un mísero descanso, él no cesaba de buscar una solución al problema. Llegó, finalmente, a la conclusión de que lo más acertado era disculparse y prometerle que no volvería a dudar de sus palabras. Sin embargo, cuanto más se aferraba a esa idea, menos sensata le parecía. Ya empezaba a conocer el carácter de las Moore y sabía que no le resultaría fácil obtener su perdón. No solo le había herido el labio, acto que se reprochó cada segundo desde que Howlett le explicó la verdad, sino que también la culpó de ser una mujer perversa, una que no admitía que bajo aquella apariencia había un hombre sensato y capaz de velar por la seguridad de sus hermanas. Quizá no era tan sensato como él mismo imaginaba. Si en vez de dejarse llevar por la ira, le hubiera preguntado el motivo por el que se había acercado a su puerta, tal vez nada de aquello habría ocurrido...

Al recordar que Anne se había presentado en su habitación en bata, su cuerpo se estremeció. ¿Qué deseaba? ¿Por qué había esperado a que todo el mundo descansara para salir de su alcoba y dirigirse a él? Logan apretó los puños, ocultos dentro de sus bolsillos, y respiró agitado. ¿Qué querría? ¿Tendría algún problema y deseaba solventarlo con su ayuda? ¿Cómo había sido tan miserable de juzgarla sin preguntarle la causa por la que había acudido a él?

—Milord... —habló Kilby al ver cómo su señor arrugaba la frente.

—¿Sí? —respondió con voz cansada.

—Estamos llegando. Ya puedo ver los gigantescos tejados de Harving House —anunció con la esperanza de que el pesar que mostraba desapareciera al descubrir que el viaje finalizaría en breve.

Logan, con un brusco movimiento, posó las plantas de sus zapatos en el suelo del carruaje, se incorporó hacia delante y miró a través de la ventana. ¿Por qué el tiempo había pasado tan rápido? ¿Por qué no podía alargarse hasta que él encontrara la manera correcta de afrontar aquel problema? Ahora debía salir del carruaje, exhibir una sonrisa como si nada hubiera sucedido y mostrarles aquel paraíso. No estaba preparado para fingir, no cuando su corazón no cesaba de latir por la presión de angustia que padecía. ¿Por qué no era capaz de mantenerse firme con Anne? ¿Por qué la miraba de manera diferente? ¿Estaría, en el fondo, asustado por los rumores de la maldición y su subconsciente actuaba para defenderse de ese terrible fin? Pero él no se había enamorado de ella. Lo único que podía asegurar era una ligera atracción, solo eso. Además, jamás estaría en peligro porque poseía sangre zingara corriendo

por sus venas y, si Josh no estaba confundida, ese origen lo salvaría de la muerte.

—Atiende a las Moore —le pidió reclinándose en el asiento de nuevo.

—¿Milord? —preguntó girándose con rapidez hacia el vizconde, sorprendido por la decisión que había tomado con sus invitadas—. No es adecuado que yo las asista. Es usted quien debe hacerlo, pues...

—¿Desde cuándo debates mis órdenes? —le respondió con acidez.

—Lo... siento... No quería... —Kilby agachó la cabeza en señal de sumisión y esperó, sin decir ni una sola palabra más, a que el cochero estacionara en la entrada de la inmensa residencia.

Una vez que pararon, abrió la puerta, salió, se giró hacia el interior del carruaje e hizo una ligera reverencia a Logan, quien mantenía los ojos clavados en la pared de enfrente. Kilby se volvió hacia las señoritas, quienes no paraban de sonreír y las ayudó a bajar, tal como le había ordenado.

Mientras tanto, Bennett dejó de mirar la acolchada superficie y las observó. La primera en bajar fue Josephine, que abrió los ojos ante la magnitud de la propiedad. En su rostro pudo ver con claridad el entusiasmo que sentía la joven. A él le sucedió lo mismo cuando aquel tratante se la mostró. La segunda fue Elizabeth que, después de ajustarse el sombrero, colocó la mano izquierda sobre su frente, pues los débiles rayos del sol la cegaban, y sonrió. Logan estuvo a punto de apartar la mirada cuando Anne se disponía a bajar. No quería descubrir la desilusión que ella presentaría en su rostro. Estaba seguro de que nada de lo que viera le resultaría agradable tras lo acontecido entre ellos la noche anterior. Sin embargo, cuando se incorporó hacia delante, aceptando la mano de Kilby, y levantó ligeramente la barbilla para ver qué había delante de ella y no tropezar, observó la atrocidad que él mismo causó en su labio inferior. Lo tenía hinchado, como si en vez de un brusco beso le hubiera propinado un puñetazo. ¿Cómo había sido tan salvaje con ella? ¿Dónde estaban los modales que había aprendido desde que se convirtió en un joven seductor? Los había perdido. Y por mucho que le costaba asumirlo, siempre desaparecían cuando ella permanecía cerca. Actuando por instinto, porque la parte racional de su cabeza se esfumó al igual que su buen comportamiento, abandonó el carruaje y con paso firme se dirigió hacia la persona que había dañado.

—Señorita Moore... —dijo una vez que se colocó a su lado, invadiendo su espacio vital más de lo aconsejable. Pero Anne avanzó hacia delante, como si no existiera.

—¡Oh, Logan! —exclamó Elizabeth al volverse y averiguar que había salido para atenderlas—. ¡Es preciosa!

—¡Y grande! —añadió Josh con el mismo entusiasmo que su hermana.

—Anne, por favor, necesito hablar contigo de... —insistió Logan al ver que se mantenía fría, distante y en un silencio angustioso.

—¿Me permitirá recorrerla? —preguntó de nuevo Josh retrocediendo los pasos que había dado hasta que se colocó al lado del vizconde.

—Por supuesto —dijo Logan, rindiéndose a ese distanciamiento e indiferencia de la mayor de las Moore—. Puedes pasear por mis dominios todo lo que desees.

—¿Tiene establos y caballos? —siguió preguntando la joven, entusiasmada.

—Sí —respondió Logan aceptando el brazo de Eli y la compañía de Josh. Anne, por el contrario, caminaba alejada de él, evitándolo—. Pero hablaremos de todo lo que podéis hacer en este magnífico lugar durante la cena. Ahora, señoritas, debéis acomodaros en las habitaciones que os asignarán.

—¿Tendremos una habitación para cada una? —quiso saber atónita Josh, pues era la primera vez en diecisiete años que dispondría de un lugar propio. Siempre había compartido alcoba con Madeleine y durante el viaje con Anne y Elizabeth. ¿Cómo sería tener algo de intimidad? ¿Sería capaz de dormir al sentirse tan sola?

—Así es —aseguró el vizconde tras pararse frente a la entrada principal. Anne permanecía muy lejos de ellos y no tenía la intención de acercarse—. Kilby, que la señora Donner se acomode en la cocina y que nos prepare una succulenta cena. Después de este largo viaje, hemos de compensar a nuestras invitadas con las delicias de nuestra cocinera.

—Sí, milord —respondió el mayordomo atravesando el umbral con paso firme. Esperaba que el vizconde no hubiera notado el desconcierto que sentía. Esperaba que sus años de adoctrinamiento no lo hubieran delatado. Pero si había sucedido, no le importaba. Lo que realmente le interesaba era averiguar por qué su amo padecía aquellos bruscos cambios de conducta.

—Señoritas... —Se hizo a un lado y las invitó a acceder a su hogar—, están en su casa.

Elizabeth entró la primera, después Josephine y Anne se quedó parada en el último peldaño, con la mirada clavada en los balcones de las habitaciones de la segunda planta, como si contara las yardas de distancia que tendría que

saltar para huir de la residencia. Determinando que no aceptaría ni una sola palabra amable de su parte y que el distanciamiento entre ellos sería inevitable, Logan avanzó hacia el *hall* no sin antes cerrar la puerta tras su entrada, dejándola fuera.



## *Capítulo XXI*

Fue un necio al pensar que Anne bajaría como si nada hubiera sucedido; no tuvo en cuenta que cerrarle la puerta para que aplacara ese orgullo, más propio de una mujer de clase alta que de una burguesa, podría aumentar su enfado, pero él había dado el primer paso hacia la reconciliación, hacia una tregua necesaria para hacer soportable la convivencia en Harving todo el tiempo que las Moore permanecieran allí. Y ella se la negó, despreciándole con tanta desfachatez que lo había herido.

Indudablemente, Anne no guardó su vanidad en un baúl, al contrario, la exhibió con una actitud muy típica de la aristocracia. Cinco minutos antes de que Kilby anunciara que el salón estaba preparado para la cena, la doncella que la atendía le pidió permiso para hablar y le explicó que la señorita Moore no los acompañaría, que sentía un gran pesar por ausentarse, pero que su agotamiento le impedía salir de la habitación hasta el día siguiente. Como buen anfitrión, le ordenó que le llevaran la cena a su aposento y que la visitaran con asiduidad. La segunda orden tenía como propósito comprobar que no había saltado por la ventana y regresado a pie a Londres, pero eso se lo guardaría para sí mismo.

—Imagino que mañana, después del descanso, estará recuperada —le aseguró Eli una vez que aceptó la mano que le ofrecía el vizconde para llevarlas hasta el comedor—. Anne no está acostumbrada a viajar y se fatiga muy rápido.

—Pues si no recuerdo mal, tu padre me pidió que la llevara en mi barco durante semanas... —dijo suspicaz.

—Qué incongruencia, ¿verdad? —soltó la joven con celeridad. Se quedó en silencio, para no comentar algo que pudiera lamentar en un futuro muy próximo, se apartó el tirabuzón rubio que tocaba su hombro izquierdo y miró hacia el interior del salón.

—No culpe a mi padre, Logan. Le prometo que él solo intentó cumplir su deseo —intervino Josh que no cesaba de observar todo lo que encontraba a su alrededor.

Desde que entró en aquel lugar no podía dejar de mirarlo todo

boquiabierta. No era una residencia ostentosa, ni el vizconde alardeaba de la riqueza que poseía con absurdos muebles, lámparas o mil ornamentos que había visto en algunas residencias de Londres. La decoración era algo tosca, pero muy masculina. Dagas, espadas, escudos, grandes esculturas de guerreros, enormes lienzos donde se plasmaban escenas de importantes guerras o preciosos paisajes costeros, increíbles y rudas mesas de cerezo, moquetas que no tenían fin, cortinas que no escondían sino que mostraban la luz del exterior... ¡Estaba en un castillo medieval! Solo le faltaba encontrar una armadura de su tamaño y podría sentirse la dueña y señora de aquellas tierras.

—¿Por qué París? ¿Durante su juventud alguien la llevó hasta esa ciudad? —quiso saber. Ayudó a Eli a que se acomodara a su izquierda y luego hizo lo mismo con Josh, quien tomó asiento a su derecha.

—Nunca hemos salido de Londres hasta ahora —habló Eli—. Ya sabes que mi padre no puede ausentarse. ¿Qué harían sus enfermos sin el adorado doctor Randall? —ironizó.

—¿Entonces, por qué eligió esa ciudad? —insistió Logan.

—Escuché a mis padres hablar sobre eso —participó de nuevo Josh en la conversación, enderezando la espalda cuando notó que un criado se acercaba para servirle—. Creo que esa locura por marcharse a París proviene de sus conversaciones con el señor Hendall. Según parece, él solo hablaba de ese tema durante sus encuentros románticos.

—¡Josephine! —exclamó Eli escandalizada por las palabras tan inoportunas de su hermana.

—¿Qué? —respondió mirándola sin parpadear—. Todas sabemos que Anne y Hendall mantuvieron un apasionado romance y ese fue el motivo por el que nuestros padres se vieron en la obligación de... ¡Ay! ¿Por qué me has dado una patada?

—Disculpa a mi hermana, Logan, la pobre está algo confusa. En realidad, no sabe qué ocurrió —masculló las cuatro últimas palabras—. En aquel tiempo contaba con apenas diez años y era una niña que correteaba por la casa levantando una espada de madera y gritaba sin parar.

—No importa, Eli. Seguro que Josh lo entendió mal debido a su corta edad.

—Sí, muy mal —respiró aliviada.

—Aunque... —prosiguió con tono reflexivo—, eso explicaría el motivo por el que tus padres pactaron ese compromiso tan poco provechoso, puesto

que todo el mundo conocía la reputación de Dick Hendall. No solo su empresa estaba en bancarrota, sino que su obsesión por visitar a las cortesanas de los burdeles era un gran problema para cualquier esposa que mostrara cierta dignidad.

Elizabeth quiso morir en ese momento. ¿Cómo había sido Josh tan indiscreta? ¿Todavía no entendía qué significaba el concepto de secreto familiar? Si llegaba a oídos de Anne que su hermana había revelado que tuvo que comprometerse con Hendall por haber sido descuidada, Harving House sería destruido por un devastador incendio.

—Hay muchos motivos por el que las parejas se comprometen, pero imagino que tú no conoces nada sobre sentimientos porque, como has declarado en más de una ocasión, jamás has buscado una esposa. —Tras su explicación, se sintió orgullosa de sí misma. Tal vez, como le dijo el propio vizconde, era una mujer muy peligrosa por la inteligencia que ella suponía que no poseía.

—¿Matrimonio? —preguntó Logan como si lo hubiera ofendido—. ¡Jamás! Soy un alma libre y demasiado joven para ser atrapado por una insensatez tan grande... —Se giró hacia Josh y advirtió que no cesaba de mirar la copa, como si tuviera una sed insaciable. Sonrió maliciosamente, cogió la suya y la alzó—. ¿Un brindis?

—¡Por supuesto! —respondieron ambas.

—Por nuestra vida, por nuestra soltería y por lograr sueños imposibles.

—¡Por ello! —contestaron las hermanas antes de beber.

No podía quejarse, la cena había resultado bastante provechosa para él. Quizás hasta debía alegrarse de la ausencia de Anne, pues descubrió muchas cosas sobre ella. Sin embargo, aún seguía molesto al conocer que mantuvo un idilio pasional con Hendall. ¿Cómo había sido tan ilusa de entregarse a un hombre tan inadecuado para ella? ¿Qué actitud adoptó Dick para enamorarla? ¿Le declararía su amor con palabras o con absurdos regalos? ¿La haría sonreír? ¿Anne disfrutó de las caricias de aquel sinvergüenza?

Esa última pregunta le causó un leve gruñido. No debía importarle ni alterarle tanto averiguar si ella disfrutó en esos encuentros románticos que comentó Josephine, pero lo hacía. Estaba furioso, tanto que deseó golpear todo aquello que encontrara a su paso. ¿Y qué sentía en su pecho? ¿Qué significaba la presión que notaba en su tórax? ¿Ira? ¿Celos de un muerto? Tenía que dar gracias a Dios de que Hendall estuviese fuera de su alcance porque si el

desdichado aún viviera, él mismo lo aniquilaría. ¿Cómo pudo ser tan cretino para enamorar a una jovencita de apenas veinte años? ¿Tan obsesionado estaba con lograr la honorabilidad que le otorgaría el matrimonio con la hija del médico que no reparó en el sufrimiento o la humillación que padecería? ¿Lo habría planeado? ¡Claro que lo había hecho! Ningún padre se opondría a un mal matrimonio si su hija había perdido la virtud. Eso fue lo que ocurrió: los Randall se vieron en la obligación de aprobar el matrimonio porque Anne se había dejado llevar por un falso amor.

—¡Demonios! —exclamó apagando el puro con furia. Cogió el vaso de *whisky* que tenía sobre la mesa y se lo bebió de un trago.

No había escrúpulos en la sociedad. No existía el verdadero respeto. Bajo la apariencia falsamente digna de esas personas, solo se hallaban almas podridas. Conocía muy pocos matrimonios que se apartaran de esa miseria: el de su hermano, el de los dos amigos de este y el de Trevor Reform, cuñado de Philip. ¿Acaso nadie anteponía la felicidad a la obsesión de lograr una imagen envidiable? No, claro que no. Solo le importaban hasta qué peldaño podrían trepar para lograr el respeto y la admiración social. Pero él era diferente. Jamás humillaba a las mujeres, jamás intentó valerse del título que heredaría en el futuro para actuar a su placer. Él era honrado...

Esa reflexión lo inquietó tanto que se hundió en el asiento. ¿Cómo podía juzgar a los demás con tanta soltura? ¿Acaso no se comportó con Anne de forma despreciable? Debía asumir que utilizó su poder para obligarla a firmar aquel maldito contrato, asegurándole que a su lado alcanzaría una fama adecuada; la había humillado, dos veces en menos de un día: la noche anterior y tras cerrarle la puerta. Tenía que rectificar, debía convertirse en el hombre que realmente era y alejarse de la persona en quien se estaba convirtiendo. Era cierto que Anne lo trastornaba, que sacaba lo peor de él, pero necesitaba relajarse y hallar la cordura que ella le hacía desaparecer. Asumiría que era una empleada, que le debía una disculpa y, por supuesto, apartaría de su mente que ambos compartían sangre zingara y la extraña visión que tuvo al besarla.

—¡Por todos los miserables mundos de este dichoso universo! —exclamó al tiempo que se levantaba del asiento—. ¡Esto se acaba aquí y ahora! —se dijo mientras caminaba hacia la puerta.

Sin embargo, mientras se dirigía hacia la galería, recordó las palabras de Josephine sobre la relación con Hendall. ¿Por qué seguía doliéndole el pecho? ¿Por qué no era capaz de calmar la ira que brotaba desde su interior? ¿Lo habría enloquecido? «Ella es mía y lo será hasta que me muera». Las palabras

de su hermano regresaron para atormentarlo aún más. Anne no era suya, ni él pretendía que lo fuera. Hasta que apareció en su vida, luciendo aquel horroroso vestido naranja, él había disfrutado de una soltería que adoraba, que deseaba continuar. Entonces... ¿qué le ocurría? ¿Por qué seguía sintiendo celos de un muerto? ¿Por qué deseaba retroceder en el tiempo para evitar que aquel miserable la tocara?

El optimismo, el sosiego, la paciencia y todo aquello que Evelyn le pedía para tratar a una mujer se esfumaron tras esos inapropiados pensamientos y afianzó el carácter déspota que había mantenido desde que la conoció. Ella había viajado hasta allí para cumplir un contrato, para estar bajo su protección y... ¡para acatar todas las órdenes que se le ocurrieran! ¿Desde cuándo una mujer rehusaba su presencia? ¿Qué había tenido Hendall que él no era capaz de superar? Todas las mujeres lo describían como un hombre seductor, encantador y el más pasional que habían acogido en sus lechos. Entonces... ¿qué diablos le ocurría a Anne para verlo como un ogro?

—¡Maldita seas! —exclamó parándose en mitad de la escalera que lo llevaba hacia la segunda planta, lugar donde se situaban las habitaciones de sus invitadas—. ¿Qué haces conmigo? —se preguntó tras acariciarse el cabello, ya liberado, con desesperación—. ¿Qué te propones? ¿Matarme? ¿Así asesinaste a tus pretendientes? No te hizo falta un arma, tuviste más que suficiente con ese comportamiento tan obcecado y la confusión que provocas en los hombres...

Ante esa consideración tan inadecuada volvió a sentirse un villano, el hijo del diablo que tantas veces le gritaron cuando era tan solo un niño. Se giró sobre sí mismo y bajó los peldaños que había ascendido. Necesitaba cierto control antes de enfrentarse a ella. No estaba en condiciones de pedirle la disculpa que se merecía. En aquel momento, se había convertido en ese ogro que Anne contemplaba al mirarlo. Tal vez, al día siguiente, cuando ambos hubieran meditado y descansado...

Sin embargo, una vez que llegó al final, cuando solo debía continuar las baldosas blancas para encaminarse hacia su despacho, lugar donde había permanecido desde que las dos hermanas Moore se habían retirado, respiró hondo y miró hacia arriba. Necesitaba aclarar lo que había hecho antes de encerrarse en su habitación, antes de que todo el mundo rumoreara sobre la actitud esquiva de Anne hacia él. Debía aclararle el trágico error y que la paz regresara a su mundo de oscuridad, alejándose al fin de esos miserables celos que habían nacido en su interior.

Con lentitud, abatido por tener que asumir una derrota, un sentimiento que jamás creyó tener por una mujer, subió de nuevo la escalera y esta vez no se retiró.



Anne miró la bandeja de comida que le había traído la sirvienta momentos después de ofrecerle la excusa perfecta para no asistir a la cena e hizo un mohín de fastidio. No tenía apetito. Se sentía tan triste y enfadada que no podía ni coger el tenedor para llevarse a la boca un mísero pedazo de aquella deliciosa ave. Lo único que deseaba era lanzarla por la ventana, con la esperanza de que esta impactara sobre la cabeza del hombre más odioso del mundo. ¡Oh, sí, eso eliminaría todo el odio que sentía y la convertiría en una mujer feliz! La sonrisa que dibujó en sus labios al imaginarse la situación se disipó con rapidez, puesto que no deseaba abrir la herida de nuevo y que esta derramara ni una gota más de sangre por su culpa. Lo odiaba. Sí, ella odiaba al vizconde y lo único en lo que podía pensar era en darle un buen escarmiento. Se agarró con fuerza el camisón y tiró de él como si quisiera rasgarlo. No debió firmar el acuerdo. Tenía que haber actuado con algo de sensatez para no errar de nuevo. Cuando él insistió en que la convertiría en una famosa pintora, ella debió increparle que ya lo era y que su presencia solo le traería problemas, como así había sido desde que lo conoció.

Enfadada aún más al admitir que todo lo que le sucedía era resultado de su inconsciencia e impetuosidad, se giró hacia la ventana y caminó hacia ella hasta que sus piernas tocaron la fría pared. Apartó despacio la ligera cortina, pues no tenían el peso ni el tacto de las que había visto con anterioridad, y miró al exterior. El resplandor que produjo un relámpago iluminó la entrada de la mansión, las copas de los árboles se movían por el viento y las hojas de estos volaban de un lado para otro. Apoyó el hombro derecho sobre el marco de la ventana y suspiró al fijar la mirada en el camino que habían recorrido hasta llegar a la puerta. Se había acercado. El vizconde se aproximó a ella cuando sus hermanas se alejaron e intentó hablar sobre lo sucedido la noche anterior. Sabía que ella no había tenido nada que ver con la decisión de la sirvienta. En realidad, se quedó tan sorprendida como él, de ahí que no supiera reaccionar. ¿Por qué la rechazó? ¿No la quería o el motivo tenía algo

que ver con lo que declaró Elizabeth? ¿Prefería yacer con mujeres de su clase?

Mientras se hacía las preguntas, escuchó un pequeño ruido en el dormitorio, pero el viento era tan fuerte que no le prestó atención, pues dedujo que este fue el que lo provocó. Se giró hacia la habitación oscura, porque no había dejado ninguna luz encendida y suspiró de nuevo. El vizconde no había sido tierno con ella, al contrario, su rudeza la hizo enfadar tanto que no recordaba haber pasado momentos de su vida tan airada. Tristes sí, demasiados. Pero nunca permaneció en un ir y venir de cólera. Sin embargo, él actuaba de manera diferente con sus hermanas. A ambas las trató como tiernas y dulces princesas, las hizo sonreír y las halagó tanto que llegaron a sentirse avergonzadas por sus atenciones. Y, ¿qué había hecho con ella? Salvo la noche que lo encontró en la fiesta, que por suerte él no recordaba, adoptó una conducta severa, autoritaria y déspota. ¿Qué sucedía entre ellos? ¿Por qué el destino insistía en unirlos cuando no eran capaz de hablarse dos palabras sin discutir u ofenderse? Se volvió otra vez hacia la ventana, se llevó dos dedos hacia los labios y se los acarició despacio. ¿Cómo sería un beso apasionado del vizconde? ¿Le haría daño? ¿Todas sus amantes sangrarían después de besarlas? ¿O era tierno, como se mostró con sus hermanas?

Un escalofrío apareció en el momento justo en el que otro relámpago iluminó los campos. Anne se frotó los brazos para aplacar esa sensación de frío. Pero no desaparecía. Llevaba muchas horas danzando por la habitación con un fino camisón y su cuerpo se había entumecido. Lo mejor para entrar en calor era meterse en la cama y abrigarse con las dos gruesas mantas que le proporcionó la doncella. No obstante, antes de girarse hacia el lecho, se quedó mirando el exterior hasta que las primeras gotas de lluvia golpearon el cristal. Adoraba los días lluviosos. Le encantaban porque era cuando se encerraba en la habitación de pintura y, mientras daba forma a una imagen, el sonido del agua impactando sobre el suelo o en los cristales se convertía en su melodía. Suspiró hondo, buscando la fuerza que necesitaba para continuar viviendo. Debía mantenerse firme, serena y realizar un buen trabajo. Una vez que todo terminase, ella y sus hermanas podrían regresar a su hogar y continuar la vida que disfrutaban hasta la llegada del vizconde. Solo esperaba que fuera pronto...

—Si estuviese en su lugar, reconsideraría lo que está pensando —comentó Logan al creer que Anne se planteaba saltar por la ventana.

La voz del vizconde la hizo girarse con tanta rapidez que sintió un ligero

mareo. Entornó los ojos, buscando entre las sombras la figura del autor de las palabras, pero no lo encontró porque permanecía escondido en la oscuridad.

—¿Qué hace en mi habitación? —tronó—. ¡Lárguese ahora mismo! —ordenó iracunda.

—Si continúa gritando de esa forma, despertará a todo el mundo y, cuando nos descubran, pensarán que mantenemos un romance. ¿Quiere convertirme en su próximo prometido? ¿Le parece una idea atractiva, Anne? —dijo dando varios pasos hacia delante, mostrándose al fin ante ella.

—¡Fuera de aquí! —insistió mediante un chillido tan enérgico que le dolió la garganta—. ¿Cómo se atreve a...?

Una de las manos del vizconde, que se acercó a ella con una rapidez felina, cubrió su boca, enmudeciéndola de inmediato.

—Le he dicho que se mantenga en silencio. No quiero que nos descubran —susurró.

Pero Anne no iba a someterse a esa orden y luchó contra aquel inmenso cuerpo. Primero le pegó una patada en la espinilla, que le causó un terrible dolor en su propio pie. Luego levantó las manos, para tirarle de los pelos, sin embargo, el vizconde, con un audaz movimiento, retrocedió hacia atrás tanto que sus dedos solo consiguieron sentir la suavidad de ese cabello liberado de su habitual recogido.

—¿No escuchas? ¿Estás sorda? —masculló Logan, olvidándose de nuevo del trato cortés que había decidido adoptar.

Anne siguió agitando sus manos, intentando alcanzar un mísero mechón de pelo. Al final, fatigada, las agachó, lo miró desafiante y observó la diversión que expresaba su rostro. ¿Así lograba que las mujeres se rindieran? ¿Todas sus amantes habían sido asaltadas en mitad de la noche? Pues ella no se rendiría y lucharía hasta que no le quedara ni una sola gota de sangre en su cuerpo. Dio un paso hacia atrás, para distanciarse de ese torso vestido tan solo por una camisa blanca a medio abrochar. No lo logró, él la agarró con la otra mano y la dejó inmóvil.

—He venido a pedirte disculpas por lo que hice ayer —dijo en voz baja. Su tono, cálido y tranquilo alteró aún más a Anne—. Lo siento mucho, no quise asustarte ni dañarte. Te prometo que me siento un miserable y...

Logan se quedó callado al notar en su mano algo caliente. No era su aliento porque contenía la respiración. Anne sangraba nuevamente. Su herida se había abierto al presionar sus dedos contra los labios. Apartó con rapidez la mano de la boca y contempló la evidencia. Quiso golpearse así mismo por



dañarla otra vez, por no ser capaz de actuar con consideración cuando estaba frente a ella. Con mucho cuidado, colocó el pulgar de esa mano manchada sobre el labio herido y, mediante una caricia, le apartó con suavidad la gota de sangre que empezaba a resbalar hacia su alzada barbilla. Al quitársela, la miró y gruñó.

—¿Pretendía herirme de nuevo? —espetó airada Anne, sin percatarse de la tristeza que el vizconde reflejaba en sus ojos ni cómo su rostro mostraba un sincero arrepentimiento.

—Te juro que jamás he dañado a una mujer —dijo mientras le acariciaba la mejilla izquierda con los nudillos—. Antes preferiría cortarme los brazos que...

—¡Córteselos! —soltó ella, negándose a reconocer la sensación tan placentera de su suave caricia y la tranquilidad que le causó.

—Anne... —murmuró Logan dando un paso hacia atrás, eliminando con brusquedad esa cercanía e intentando hacer desaparecer las emociones que recorrían sus venas.

Era como si la parte que odiaba, la que había repudiado desde su nacimiento, recobrara vida cuando la tocaba y anhelara todo aquello que podían ofrecerse mutuamente. ¿Ese era el motivo por el que no podía comportarse con Anne tal como hacía con las demás? ¿Ella le despertaba la mitad que había ocultado con tanto ahínco y la odiaba por ello? Y, ¿por qué lo hacía? ¿Sería cierto que las sangres gitanas se llamaban entre sí?

—Le ruego que se marche —dijo tan serena como firme—. Le ordeno que me deje sola, que no vuelva a presentarse de este modo. Entiendo que es su hogar y que ha podido traer a cientos de mujeres a las que asaltar en mitad de la noche, pero yo no soy como ellas. Tengo honor y orgullo, milord. Al igual que sensatez y cordura —añadió con altanería.

—No saldré de aquí hasta que me des aquello que he venido a buscar —dijo cruzándose de brazos.

Era mejor mantener esa postura defensiva a lanzarse sobre ella y besarla con el deseo y el ardor que sentía en su interior. ¿Por qué le costaba tanto apartar la mirada? ¿Por qué no paraba de observar aquel largo cabello, la silueta que ocultaba bajo el camisón y esa boca tan seductora? Hipnotizado. No había duda alguna de que lo tenía hipnotizado.

—Y... ¿qué es lo ha venido a buscar? —refunfuñó.

—Un perdón —respondió aliviado al centrar la conversación en el objetivo que se había propuesto en vez de un ir y venir de reproches.

—¿Quiere que le perdone por haberme culpado injustamente? ¿Por haberme dañado? ¿Por invadir mi intimidad? ¿Por cerrarme la puerta? ¿Por...?

No pudo terminar, el vizconde dio un paso hacia ella y se mostró tal como ella lo veía: un monstruo. Un enorme y fiero monstruo que, con un simple dedo, podría aplastarla.

—Si no quieres visitas inadecuadas, la próxima vez echa el pestillo —dijo con crueldad—. ¿O quizás no sabes cómo hacerlo? ¿Era así cómo Hendall te cortejaba? ¿A él le permitías entrar? ¿Lo recibías con calidez?

—¿Cómo?! —preguntó atónita—. ¿Qué sabe usted sobre mi relación con Dick? ¿Quién se ha creído que es para hablarme de esa forma?

—Tu tutor —declaró con tono serio e inmutable.

—¿Mi qué? —espetó fuera de sí—. ¡Salga de aquí! ¡Márchese! —continuó gritando al tiempo que le golpeaba el pecho descubierto con los puños—. ¡Maldito! ¡Maldito! ¿Cómo se atreve a hablarme de esa forma? ¿Cómo osa hablar de Dick? ¡Él era un caballero! ¡Usted...! ¡Usted no sabe qué significa eso! —prosiguió sin cesar de pegarle.

—Tienes razón... —dijo al fin Logan. Le cogió las muñecas y las alejó de su pecho—. Soy un miserable, un bastardo que te ha acusado de algo injustamente, que te hizo daño en el labio y que... —tomó aire—, y que ha invadido tu intimidad para pedirte una disculpa.

—No... no tiene derecho a tratarme de esta manera. Yo no soy ninguna ramera... —sollozó.

—No tengo derecho a nada —afirmó solemne—. Y no te considero de esa forma tan poco apropiada. Quiero respetarte, deseo hacerlo —le aseguró—. Pero antes necesito aplacar mi conciencia. He de confesarte que no he tenido ni un solo segundo en paz desde que supe la verdad sobre lo que ocurrió ayer. Me urge acabar cuanto antes con este calvario.

—Usted no sabe qué significa esa palabra... —murmuró Anne, aflojando la fuerza de sus manos hasta que el vizconde se las soltó. Se las frotó despacio, se volvió hacia la ventana y caminó hacia esta sin apartar la mirada del exterior. La lluvia se había intensificado. Aquellas primeras gotas, que solo acariciaban el cristal, se transformaron en diminutas piedras que lo azotaban como si quisieran romperlo—. Márchese, se lo ruego. No quiero que vuelva a molestarme. No tiene derecho a humillarme de esta forma —suspiró—. Si pudiera controlar el tiempo, lo haría retroceder para que mi padre no le pidiera ayuda... —Se frotó de nuevo los brazos.

—Pero vino a mí —declaró Logan dando un paso hacia ella, pero se paró al ver que Anne levantaba una mano para que frenara esa avanzada—. Y quiero ayudarla.

—Usted no puede ayudarme. ¿No se da cuenta que no somos capaces de permanecer calmados ni un mísero instante? Todo esto se ha convertido en una locura y solo nos acarreará graves problemas —reflexionó en voz baja.

—Dame una oportunidad, Anne. Déjame que te enseñe que te equivocas. Tenemos un trato y lo llevaremos a cabo.

—No... —murmuró, negando también con la cabeza.

—¡Sí! —exclamó cogiéndola por los hombros y girándola hacia él—. Haré lo que te he prometido. Lograrás ser la mujer que deseas, pero antes debes perdonarme. La cólera me cegó, creí que me ponías a prueba.

—¿A prueba? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Sí, supuse que deseabas dejarle claro a tus hermanas que no soy un hombre en el que pueden confiar. Pensé que buscabas una excusa para romper el acuerdo que firmaste y eso me enfureció. Pese a todo lo que has escuchado sobre mí, soy un hombre de palabra y siempre cumplo mis promesas —aseveró con tono suave pero firme.

—Solo quería pedirle que las dejara en paz. No quiero que las trate con afecto, con ternura y les llene la cabeza con falsas esperanzas. Nosotras no somos como las demás —dijo sin poder apartar sus ojos de los de él. ¿Por qué empezaba a calmar su ira? ¿Por qué parecía andar sobre una nube? ¿Qué motivo tenía su cabeza para afirmar que sus palabras eran ciertas? ¿Por qué la miraba de esa manera tan apasionada? ¿Le gustaba hallarse frente a una mujer que lo odiaba tanto?

—Confía en mí —le pidió.

Apartó su mano derecha del hombro y la puso sobre la sedosa barbilla, como si estuviera hablándole a Natalie con ternura, pero lo que sintió al tocarla de nuevo no le provocó la misma reacción cálida que le causaba su hermana. Ella lo hacía arder de pasión. Le creaba una necesidad inaudita hasta el momento, incluso le hacía despreciar la vida libertina que había llevado antes de conocerla. Despacio, muy lentamente, su pulgar volvió a acariciar ese labio herido, como si el leve roce pudiera sanarlo. Se inclinó hacia delante, hambriento por lamer esa gota seca que había vagado sin rumbo por el precioso mentón y que él no había visto con anterioridad. ¿Por qué sentía el impulso de abrazarla, de reconfortarla, de hacerla comprender que entre sus brazos hallaría una protección auténtica? ¿Por qué su boca lo incitaba a que la

besara? Confundido, se apartó. No podía pedirle que confiara en él y que lo perdonara para después besarla. ¿Qué clase de demente era si actuaba de ese modo? Lo mejor para los dos era mantener una distancia adecuada y hacer aquello que le prometía, aunque no consiguiera en aquel momento el perdón que había ido a buscar. Quizá, con el tiempo, se lo daría.

—Mañana empezaremos el trabajo. Cuanto antes termines, antes podréis marcharos —declaró dándole la espalda y adoptando de nuevo un trato distante—. Hasta mañana, señorita Moore. Nos veremos después del desayuno y no olvide echar el pestillo si desea evitar otra inesperada visita durante el transcurso de la noche —añadió antes de salir y cerrar la puerta.

## *Capítulo XXII*

Bajó la última de las tres, aunque no le cabía la menor duda de que se levantó de la cama la primera. Pero permaneció durante varias horas en el interior de su habitación pensando en la aparición del vizconde y en la conversación que mantuvieron. No había llegado a ninguna conclusión exacta, salvo que invadió su privacidad para pedirle una disculpa que ella le negó. Sin embargo, sospechaba que sus palabras de arrepentimiento eran verdaderas. En ningún momento mostró arrogancia, sino sencillez y humildad. Bueno, algo de furia también, pero solo cuando hizo referencia a Dick. ¿Quién le habló de él? ¿Cómo supo que habían tenido encuentros románticos clandestinos? ¿Sus citas con Dick fueron tema de cotilleo en Londres? Una enorme tristeza apareció al recordarlo. Aunque descubrió que la engañaba, aunque tuvo la certeza de que sus palabras de amor no fueron reales, añoraba aquellos momentos en los que su cuerpo parecía flotar. Quería notar otra vez mariposas revolotear en el estómago y anhelaba sentirse deseada...

Se sentó de golpe sobre el colchón, haciendo que la falda de su vestido marrón, ese que utilizaba cuando pintaba, se moviera como una brava ola de mar. ¿Por qué el vizconde se negó a llevarla en su barco? A pesar de todos los peligros a los que se enfrentaría en alta mar, ya no le cabía ninguna duda de que, si él ordenaba que no la tocaran, nadie desobedecería su mandato. El vizconde era un hombre severo y autoritario, también podía añadir el de temerario, porque si alguien les hubiera descubierto en el dormitorio con la luz apagada, ella en camisón y él con la camisa desabrochada... ¿qué habría pensado? «¿Quiere convertirme en su próximo prometido? ¿Le parece una idea atractiva, Anne?», recordó las preguntas que él le hizo cuando surgió de entre las sombras. Estuvo a punto de caer al suelo al contemplarlo de aquella forma tan fantasmal. El cabello suelto, tocando sus hombros, moviéndose al contrario de los pasos; la intensa mirada, pues sus ojos en vez de azules parecían negros; su firme mentón, oculto bajo una barba negra y descuidada... Pero lo que dejó a Anne atónita fue observar la comodidad que mostraba al presentarse con el torso descubierto. ¿No sentía pudor? ¿Tan vanidoso era que daba por hecho que cualquier mujer caería rendida a sus pies? Anne se llevó

las manos hacia la cara y se la frotó abruptamente. No era vanidad, él conocía a la perfección el efecto que causaba cuando se acercaba a una mujer y lo hubiera conseguido también en ella si no hubiese sufrido un ataque de nervios. ¿Cuántas damas rezarían para que él apareciese en su habitación en mitad de la noche? ¿Cuántos rezos habría escuchado y respondido? La desesperación que recorría su cuerpo se convirtió en ira, en cólera, en un extraño sentimiento de propiedad. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué le ardía la piel? ¿Por qué pensaba una tontería semejante? ¿Estaría enferma?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó exasperada.

No, no estaba enferma. Lo que en verdad le sucedía era algo muy común entre las mujeres de su raza. La sangre de su padre no podía luchar contra la zíngara y esta le pedía, como casi todos los meses, el apego del calor masculino. ¿No le decía Mary que era habitual entre las mujeres de su edad? ¿Que su cuerpo reclamaba aquello que aún no había llegado? Pues ya lo sentía de nuevo. El vizconde había despertado esa necesidad que mantenía retenida porque la última vez que no la controló cometió un grave error.

Exhaló todo el aire que contenían sus pulmones, se levantó del colchón, se acercó al tocador y cerró los ojos antes de verse reflejada en el espejo. Debía ser consciente de lo que ocurriría en los próximos días y olvidarse de todas esas alteraciones que padecería. En cuanto desayunara, empezaría el trabajo acordado y, si todo salía bien, lo finalizaría lo antes posible. Dejaría esta etapa de su vida en alguna parte de su cerebro, donde los recuerdos se eliminarían con el paso del tiempo. Así, volvería a ser la Anne de siempre y lucharía sola contra esos impulsos zíngaros.

Al final abrió los ojos y se miró en el espejo. Se quedó inmóvil al observar que su rostro mostraba un brillo extraño. ¿Por qué bajo sus ojos no aparecían las habituales ojeras? Había permanecido casi toda la noche despierta, apenas pudo descansar y, pese a todo, estaba espléndida. Tras negarse a pensar en el motivo por el que su aspecto no concordaba con el pesar que sentía en su alma, salió de la habitación, no sin antes confirmar que el vizconde no la esperaba en el pasillo para asegurarse de que no mandaba a la criada con otra absurda excusa. Respiró tranquila al descubrir que nadie la aguardaba y que la vivienda permanecía en un absoluto silencio. Bajó con calma las escaleras, admirando por fin todo lo que veía a su paso. No tenía prisa. Cuanto antes terminase el desayuno antes volvería a encontrárselo y no deseaba enfrentarse a él tan pronto, ¿o sí?

—¡Buenos días! —la saludó Josephine mientras masticaba un trozo de

tostada—. ¿Has descansado? ¿Te encuentras mejor?

Anne, después de reprenderla con la mirada por hablar con la boca llena, caminó hacia Elizabeth, quien había decidido lucir uno de sus bonitos vestidos de seda azul y se había recogido el cabello dorado en un moño alto, la besó en la cabeza y tras hacer lo propio con Josh, que la sorprendió al no amontonar su cabello con un lazo, sino que su doncella le había recogido el pelo asemejándolo a una espiga de trigo, se acomodó en una de las sillas que estaba cerca.

—La tormenta me desveló en mitad de la noche —dijo al fin, mientras que uno de los sirvientes le servía el té—. Luego no pude conciliar el sueño. Quizás añoro mi cama más de lo que debiera.

—¡Pues yo he dormido maravillosamente! —exclamó Josh—. Me encanta el tacto de las sábanas de raso, el colchón es muy blandito, las mantas tenían un olor delicioso a flores silvestres y...

—¿Y las cinco copas de vino que ingeriste en la cena también te parecieron adecuadas? —le increpó Elizabeth enfadada.

Pese a que intentó que su hermana no se excediera, el vizconde la animó tanto que perdió la poca sensatez que le quedaba. Por ese motivo, no solo su mente se liberó, sino que también su lengua. Solo esperaba que Logan adoptara una conducta apropiada y no utilizara todo lo que había descubierto sobre Anne en su contra. ¿Qué hombre, seductor y apasionado, no la miraría de manera diferente cuando averiguara que había mantenido relaciones y que era libre para hacer lo que le apeteciese?

—¡Josephine! —tronó Anne enfadada—. ¿Por qué lo hiciste?

—Tenía muchísima sed —comentó la joven con aspereza—, y estaba tan delicioso... Fui consciente de que me excedí cuando me recosté sobre ese colchón blando y observé que el techo bajaba y subía sobre mí sin poder pararlo con las manos.

—¡Te prohíbo que vuelvas a tomar nada salvo agua o té! ¿Me has escuchado? —ordenó Anne—. Como sigas manteniendo ese comportamiento tan poco femenino, juro por Dios que...

—¿Qué? —la interrumpió la aludida enarcando las cejas. Se cruzó de brazos y de piernas, exhibiendo justamente la conducta masculina que su hermana le recriminaba—. ¿Me vas a meter en un carruaje, como hizo Logan con esa ramera, y me obligarás a regresar sola a Londres? ¿Qué pensarán nuestros padres cuando me vean llegar? Nada bueno... —Chasqueó la lengua y negó despacio con la cabeza—. Estoy segura que determinarán que lo

habíais planeado, porque sin mi presencia, sin la protección de mis armas, Elizabeth puede coquetear con cualquier aristócrata que ponga los pies en esta residencia y tú lograrás...

—¡Ni se te ocurra seguir hablando de esa forma o te meto en tu habitación, te cierro con llave y la tiro al primer río que me encuentre! —exclamó Anne, adoptando una conducta más propia de una madre que de una hermana.

—Saltaría por la ventana... —respondió divertida al tiempo que se levantaba del asiento—. Con vuestro permiso, bellas *ladies*, me marcho —alegó despidiéndolas de manera teatral—. Les permitiré parlotear a su placer mientras que galopo varias millas a la redonda.

—¿Vas a cabalgar? —preguntó Anne sorprendida.

—¡Pues claro! —afirmó Josh de manera efusiva—. El vizconde me ha dado permiso para elegir el caballo que más me agrada y que recorra sus dominios para informarle de cualquier cosa extraña. También me pidió que llegara hasta las lindes del norte para comprobar que no hay cazadores furtivos. Según me ha explicado, esa es la zona silvestre más rica en pasto y allí se reúnen un centenar de animales de diferentes especies. Solo espero poder atrapar una buena pieza. Posiblemente la señora Donner sabrá cómo prepararla en un sabroso guiso.

—¡Es una locura! —tronó Eli levantándose del asiento después de arrojar la servilleta sobre la mesa—. ¡No puedes hacer una barbaridad semejante! ¿Cazadores? ¿Armas? ¿Caballos? ¿Recuerdas que nuestro cometido en este viaje es acompañar a Anne cada vez que lo requiera? ¿Cómo se te ocurre dejarla tan desamparada? ¡No tienes corazón! —añadió a la última interjección un tono de drama exagerado.

—¿Disculpa? ¿Hablas en serio? ¿Quieres reprocharme unas miserables horas de libertad? ¡Qué absurdo! —gritó ofendida. Retrocedió los pocos pasos que había dado hacia la puerta, se colocó frente a Elizabeth, le alzó un dedo inquisidor, frunció el ceño y prosiguió—: ¿Acaso piensas que no sé qué vas a hacer esta mañana? Te he escuchado hablar con el ayuda de cámara de Logan sobre tu magnífico plan.

—¿Qué has planeado? —le preguntó Anne expectante. Se levantó y se acercó a sus hermanas. Si seguían discutiendo de esa forma, Elizabeth sufriría un tornado en su cabeza, pues Josh la despeinaría antes de que pudiera parpadear una sola vez.

—Nada extraño —dijo levantando los hombros—. Logan y yo hemos



dado un paseo antes de que se retirara al edificio contiguo. Durante esa pequeña excursión me ha contado que se siente bastante apenado porque hay una parte del jardín, aquella que se esconde detrás de una gigantesca fuente, que nace salvaje. Cuando me llevó hasta esa zona, no pude evitar soltar un grito de entusiasmo.

—¿Por qué motivo? —preguntó Anne con voz cansada.

—Porque es el lugar perfecto para que nazcan las magnolias —respondió entusiasmada.

—¿Y? —perseveró Anne sin cambiar su tono.

—Y Logan me ha dado permiso para que las siembre. Es más, me ha pedido que esta misma mañana vaya al pueblo, acompañada de Howlett y Kilby, para que compre todas las semillas que desee. Aunque ahora que lo estoy pensando... —Se llevó el dedo índice de su mano derecha hacia la boca y se golpeó despacito—, también podría plantar camelias. ¡Sí! ¡Podría sembrar una parte de magnolias y otra de camelias! —exclamó ilusionada.

Anne observó a sus dos hermanas. Jamás habían estado tan emocionadas por algo en concreto y el culpable de esa felicidad era el vizconde. ¿Las comprendía? ¿Realmente él sabía darles lo que ellas anhelaban? ¿Qué postura debía adoptar? ¿Era oportuno negarles tal disfrute? No. Si les ordenaba que olvidaran aquello que las hacía tan felices la odiarían el resto de su vida. Un poco de libertad las mantendría tranquilas y eliminarían, durante algún tiempo, sus habituales alborotos.

—Id —dijo después de meditarlo—. Podéis marcharos.

—¿De verdad? —preguntó Eli extrañada—. ¿No te sentirás mal por estar sola junto al vizconde?

—¿Has dado esta mañana ese paseo acompañada de una doncella? —la reprendió con suavidad.

—No —le contestó ella con cierta angustia.

—¿Sucedió algo que debería conocer? —perseveró.

—Como siempre os he dicho, Logan es un caballero. Sus amoríos los ha...

—Idos y divertíos —atajó, moviendo con aspereza la mano derecha.

—¡Gracias! —exclamó Eli lanzándose sobre su hermana para abrazarla y darle un sonoro beso en la mejilla—. No tardaré, te lo prometo.

—Solo voy a ponerte una condición —dijo mirando a Josephine—. Puedes cabalgar por esa zona que te ha indicado el vizconde, pero quiero que dejes tu arma en la habitación.

—¿Qué arma? —preguntó Josh de manera evasiva.

—¡Todas! —ordenó Anne.

—Está bien... —admitió con tristeza—. Pero si he de enfrentarme a una amenaza y no tengo algo con lo que salvar mi vi...

—¡He dicho todas! —reiteró con energía.

—Vamos, Josh. No insistas —comentó Elizabeth cogiendo a su hermana del brazo—. Ya hemos logrado más de lo que esperábamos. Tal vez, en otro momento, puedas ir acompañada de algo menos... peligroso.

Josh afirmó con un leve movimiento de cabeza, como si consintiera esa decisión, sin embargo, no la cumpliría. Esta vez guardaría la pistola, pero escondería bajo la silla de montar la daga con la que el vizconde le enseñó a lanzar. Nadie podía prometerle que se mantendría a salvo en un lugar tan inhóspito...

Cuando sus hermanas se marcharon, Anne se sentó de nuevo y volvió a frotarse el rostro desesperada. No era justo que ella tuviera que enfrentarse sola al vizconde y menos después de su visita nocturna. ¿Cómo actuaría? ¿Sería capaz de apartar cualquier sentimiento y centrarse en pintarlo? ¿Insistiría en pedirle perdón? ¿Olvidaría el tema?

—Señorita Moore... —La voz de la doncella que la atendía apareció a su espalda.

—¿Sí? —preguntó girándose hacia ella.

—Su excelencia ha indicado que debe presentarse en el edificio anexo lo antes posible —informó.

—Dígale que tardaré un poco porque tengo que preparar todo lo que necesito —comentó casi sin voz, pues el nudo que se le formó en la garganta le presionaba tanto la tráquea que apenas podía respirar.

—No ha de preparar nada, solo ha de presentarse —dijo sin moverse de la baldosa blanca en la que se había quedado.

—¿Y eso? —demandó extrañada.

—Él mismo ha trasladado esta mañana todo lo que compró.

—Está bien, dígale que iré en cuanto finalice el té —manifestó abatida.

—Si no le importa, la esperaré en la puerta. El vizconde me ha ordenado escoltarla hasta...

—¡Está bien! —claudicó levantándose del asiento—. ¡No hagamos esperar a Su Majestad! —alegó mordaz.



Logan esquivó el impacto, aunque sintió los nudillos acariciar su mejilla izquierda, sonrió a su contrincante y le devolvió el golpe. Mientras este se quejaba de la fuerza que desprendían sus puños, miró hacia la entrada e hizo un mohín de desagrado. Hacía bastante tiempo que la doncella había ido a buscarla y le resultaba extraño que no hubiera aparecido. ¿Se excusaría de nuevo para no presentarse? ¿Tan miedosa y cobarde era?

—La próxima vez que me pida que acuda antes de las diez de la mañana, me lo pensaré. Creí que me agradecería mi buen hacer con un delicioso desayuno de la señora Donner y he terminado medio desnudo y recibiendo golpes que no me merezco. —Marco Ortiz, su abogado, la persona encargada de administrar Harving House mientras él estaba ausente, se acarició su corto cabello castaño, sonrió de medio lado e insistió en tocar el altivo rostro del vizconde.

—Te habría despedido de inmediato —aseguró Logan evitando el golpe.

No habría cumplido la amenaza. Aquel muchacho era el mejor abogado que había conocido después de Arthur Lawford, pero él debía estar allí como colofón a su plan.

Durante la noche, demasiado larga para una persona que no era capaz de conciliar el sueño, meditó sobre cómo actuar para que Anne lo perdonara y olvidara el carácter tosco que le dirigía. En primer lugar, necesitaban algo de intimidad, de ahí que, al ver a las hermanas, les pidiera como favor aquello que podrían realizar y que además les agradaría. Josephine cabalgaría sobre uno de sus mejores caballos y revisaría la tierra más alejada de su propiedad. No correría peligro, puesto que por aquella zona no transitaba nadie. Las únicas personas con las que podría cruzarse eran de la familia del barón de Sheiton, pues Federith Cooper, tras el nacimiento de su segunda hija, decidió adquirir una pequeña propiedad por aquel lugar. Según había escuchado, la pequeña tenía problemas respiratorios y el doctor Flatman le aconsejó que un lugar costero era ideal para la niña. Pero nunca iban en la estación del año en la que se encontraban. Con lo cual, Josephine se divertiría sin sentir peligro alguno. Luego le pidió ayuda a Elizabeth. No le mintió cuando la llevó al jardín derecho y le explicó que necesitaba su habilidad con las plantas para

embellecer aquel pedazo de tierra silvestre. Emocionada, le respondió que estaba más que dispuesta a convertir aquel lugar selvático en un edén repleto de una flor cuyo nombre ya no recordaba. Por supuesto, no viajaría sola; se marcharía escoltada por los fieles Howlett y Kilby, además de pedirle al cochero que fuera provisto de las armas que necesitara para esa protección. En tercer lugar, necesitaba que Marco apareciera. Según las mujeres, su belleza era insuperable, al igual que su buena educación. Todas suspiraban por el joven abogado, aunque ninguna llegaría a tenerlo entre los brazos porque él tenía un gusto un tanto peculiar. Sin embargo, el muchacho le respondería a una pregunta que había surgido en mitad de esa velada. ¿A cuántos hombres había amado Anne? ¿Querría marcharse a París porque escuchó que era una ciudad bastante lujuriosa? ¿El verdadero motivo por el que deseaba abandonar Londres era vivir rodeada de amantes? Pronto obtendría las respuestas que deseaba. Si Anne no se ruborizaba al presenciar dos cuerpos masculinos semidesnudos, sudorosos y exhibiendo una apariencia tan varonil, le indicaría que Dick no había sido el único que la había tocado. Si lo hacía, tal vez, solo quizás, esos celos que no le dejaban en paz se esfumarían.

—¡Golpea más fuerte! —reprendió Logan a Marco al notar una ligereza impropia en el muchacho cuando los nudillos impactaron de nuevo sobre su rostro.

—No quiero que tenga la excusa perfecta para echarme de mi empleo —comentó el joven con sarcasmo.

—¡Te despediré como no me des con fuerza! —tronó Bennett lanzándole otro rechazazo.

—Veo que ha partido de Londres con mucha vitalidad —se mofó cuando esquivó el rechazazo—. ¿No le relajó la señora Rose?

Al escuchar el nombre de su última amante, Logan se enfureció tanto que se lanzó sobre el muchacho y le golpeó en el estómago.

—No vuelvas a nombrarla en mi presencia —gruñó—. Esa mujer ha desaparecido de mi vida.

—¿Ya tiene otra a la que engatusar? —le preguntó acariciándose con mimo la zona en la que apareció un terrible dolor.

—No —contestó poniéndose de nuevo en guardia.

—Ahora entiendo su exceso de energía —apuntó divertido, levantando de nuevo sus puños—. Ese estado de abstinencia sexual no ha de ser beneficiosa para usted —añadió, dando un paso hacia atrás, eludiendo otro rápido impacto—. Un hombre acostumbrado a tener una amante que lo calme y

aplaque esa masculinidad que posee...

—¿Te consideras diferente? —espetó recortando la distancia que había entre ellos.

—¡Claro! —comentó Marco aprovechando un leve descuido del vizconde para lanzarle un puñetazo—. Nosotros lo tenemos más fácil, milord. Aunque todavía seguimos escondiéndonos de alimañas como usted.

—¿Alimaña? ¿Me incluyes en ese grupo de imbéciles? —gritó airado—. ¿Quién, de todos a los que le ofreciste tus servicios, te consideró apto pese a lo que eres? —le recriminó.

—¿A lo que soy? ¿Cree que no soy humano? —Marco levantó la mano derecha para finalizar el odioso combate, se apartó el sudor del rostro con el antebrazo izquierdo y sonrió—. Tengo sangre roja y caliente recorriendo mi cuerpo, milord. La única diferencia que poseo con respecto a los hombres como usted es que no tengo los mismos gustos.

—Si sintiera esa atracción hacia el sexo masculino, me habría pegado un tiro —gruñó Logan mientras recobraba la respiración.

—No sabe lo que se pierde —replicó Marco caminando hacia el banco donde estaban las toallas que utilizaban para limpiarse el sudor.

—No quiero saberlo —le aseguró Logan, extendiendo una mano para atrapar el trapo que le lanzó.

—Ya, pero si lo probara, le aseguro que cambiaría de...

Marco se quedó callado. Su rostro moreno palideció y su cuerpo se endureció como una hoja de madera. Alguien había entrado al gimnasio y él sabía de quién se trataba.

—Señorita Moore... —La saludó al volverse hacia ella y descubrirla parada en la misma entrada. Sus ojos marrones expresaban bochorno y asombro. Increíblemente satisfecho, dedujo que Anne no estaba acostumbrada a contemplar a los hombres con descaro. Sin duda alguna, el único que había tocado aquel cuerpo oculto bajo un tosco vestido marrón fue Dick. Si Rose ocupara su lugar, ella habría caminado con decisión hasta un asiento, se habría sentado para observarlos con ardor y deseo, imaginándose a ambos en su lecho. Sin embargo, Anne estaba paralizada y su rostro expresaba horror, como si frente a ella se hallaran dos ladrones que pretendían asaltarla—. ¿Ha podido descansar?

—Milord... —respondió haciendo una leve reverencia—, gracias por preguntar. Sí, he dormido plácidamente.

Logan entornó sus ojos claros y giró la cabeza para averiguar hacia qué

lugar de la sala se fijaban aquellas pupilas marrones. No le hizo gracia confirmar que se dirigían hacia Marco, pese a no ser un futuro adversario. ¿Por qué lo miraba de esa forma? ¿Se preguntaría quién era? O... ¿le parecería atractivo? ¿Dónde estaba la Anne que escupía fuego por la boca? ¿Habría desaparecido ante la presencia de Marco?

—Señor Ortiz, le presento a la señorita Moore, una afamada retratista que ha venido desde Londres para plasmar mi hermoso rostro en un lienzo —comentó con inquina.

—Un placer conocerla, señorita Moore —dijo Marco. Cubrió su torso desnudo con la toalla, caminó hacia Anne y le tendió la mano.

—Igualmente —respondió ella aceptando ese saludo.

—¿No te resulta incongruente? —soltó Logan cruzándose de brazos.

—¿El qué? —preguntó Marco que, tras una leve sonrisa, se dirigió hacia el lugar donde tenía su ropa.

—Que sea una mujer quien retrate al hombre más seductor de Londres —contestó sin borrar la sonrisa de su rostro.

Ambos se quedaron boquiabiertos al escuchar aquellas palabras. ¿Qué pretendía el vizconde al hablar de esa manera tan inadecuada?

—Seguro que la señorita Moore está acostumbrada a despachar a hombres de su calaña y su increíble seducción no le resultará efectiva. Es la primera mujer que no ha sonreído coqueta al verlo semidesnudo y sudoroso. Más bien, creo que se ha sentido decepcionada, ¿estoy en lo cierto? —le preguntó mirándola con cierta complicidad.

—No se equivoca. No me he ruborizado al ver al vizconde de esa forma tan poco apropiada para recibir a una honrada mujer. Además, jamás me ha interesado un hombre que suda innecesariamente —respondió sonriente por el apoyo del joven.

—Yo también huyo de los hombres que huelen a boñiga de caballo —dijo acercándose a ella.

La risotada de Anne se escuchó por todo el gimnasio. Logan la observó sin pestañear y se quedó prendado de ese rostro que expresaba diversión y felicidad; aunque se reía a su costa, le dejó anonadado oír la suave melodía de su risa, de contemplar la belleza de esas mejillas sonrojadas y advertir el brillo tan magnífico de sus ojos marrones. Sin lugar a dudas, Anne no era consciente de lo hermosa que era cuando sonreía. Debería hacerlo con más asiduidad, siempre y cuando él estuviera a su lado y otro hombre no hallara lo que él acababa de descubrir.

—¿Tanto le ofreció el vizconde que no pudo rechazar su oferta? —quiso saber Marco que, una vez vestido, la invitó a que tomara asiento y ella aceptó gustosa.

—Podría decirse que me vi en la obligación de no negarme —expresó sin poder dejar de reír.

Era el hombre más hermoso que había visto en su vida. Su cabello castaño, sus ojos negros como la noche, aquel mentón alargado y la suavidad que presentaba su rostro, comparable a la de una figura griega, la dejaron anonadada. Por supuesto, ya se había quedado sin palabras al entrar. ¿Cómo iba a decir algo cuando tenía frente a ella dos hombres con cuerpos tan perfectos? Aunque existían muchas diferencias entre los dos: allí donde el vizconde lucía un cabello despeinado y sedoso, el joven presentaba un esmerado y cuidado corte de pelo. El vizconde era más alto que el señor Ortiz y este no tenía vello en el torso. El hombre que la había contratado mostraba una mata de pelo negra. Pero debía asumir que esas desigualdades aumentaban la masculinidad del arrogante y orgulloso vizconde.

—La entiendo. A muchos de los que trabajamos aquí nos sucedió algo parecido —le explicó acomodándose a su lado.

—No he escuchado ninguna queja por tu parte desde que entraste en mi despacho —intervino Logan caminando hacia la esquina opuesta del gimnasio, donde guardaba las espadas con las que practicaba esgrima.

—¿Cree que puedo rechazar un buen sueldo y un trabajo que no requiere mucho esfuerzo? Sería de bobos rehusarlo —aseguró observando con atención la inquietud del vizconde. ¿Le había dicho que no había una mujer tras la ruptura con Rose? Entonces... ¿qué hacía ella en un lugar tan sagrado para él? ¿Pintarlo? ¿Esa era la excusa que había puesto para alejarla del mundo y cortejarla? Pues si quería seducirla, sospechaba que la actitud que había mantenido hasta el momento no era la adecuada. Si su primera impresión no lo engañaba, la señorita Moore no sentía nada por el vizconde, pues lo miraba mucho más a él—. ¿Le pareció agradable el viaje, señorita Moore?

—Anne, puede llamarme Anne, si así lo desea, y no me resultó agradable sino terrible. No estoy acostumbrada a viajar algo más de una hora en carruaje y he de confesarle que la experiencia me ha desagradado bastante —respondió con una voz cálida y tierna.

—¿Por qué no me lo dijo? —intervino Logan moviendo el florete de derecha a izquierda.

—Porque no lo vi conveniente, milord —respondió con aspereza—. No

sería cortés reprocharle algo que usted no puede controlar.

—¿Que no puedo controlar? —El florete ya se movía descontrolado. Si hubiera tenido la manzana con la que enseñó a Josh a lanzar la daga, la habría convertido en mil láminas.

—Mi segundo gran viaje fue soporífero y puede llamarme Marco, si así la complace —intercedió con rapidez el abogado antes de que, entre los dos, empezara una guerra que no tendría fin.

—¿Por qué? —preguntó Anne girándose hacia él e intentando no prestar atención a las maldiciones que el vizconde expulsaba por su boca al oír que no era un ser superior y que no podía controlar todo lo que encontrara a su alrededor.

—Porque me resultó un suplicio viajar en barco desde España hasta Londres —manifestó sin dejar de mirar a la mujer y a la actitud airada del vizconde. «Bien, por fin encontraste una dama con orgullo», pensó satisfecho.

—¿Es usted español? —preguntó abriendo los ojos como platos. Ahora entendía por qué su color de piel era más tostado que el del vizconde. Tal vez, quizás, había encontrado al fin el zíngaro que...

—Sí, Anne, soy español. Nací en Sevilla, pero pasé toda mi infancia en Madrid. Mis padres pensaron que si me mandaban lejos y me apartaban del satanismo recobraría la sensatez.

—¿Satanismo? —espetó atónita.

—A Marco no le gustan las mujeres —intervino de nuevo Logan que, tras sus palabras, las dimensiones de su pecho se triplicaron al sentirse el hombre más complacido del mundo.

—¿Cómo? —preguntó Anne, llevándose la mano hacia la boca.

—No todos tenemos los mismos gustos, ¿verdad? Si fuera así, este mundo sería demasiado simple.

Todo lo que había pensado sobre aquel posible gitano español se esfumó como la niebla ante la llegada del sol.

—Por supuesto... —respondió ella sin apenas voz.

Y entonces la carcajada la dio Logan.



## *Capítulo XXIII*

Una vez que Marco le explicó su intensa vida, que culminó con el día que apareció en Harving House para pedir un empleo digno, decidió dar por concluida su visita. Sin embargo, no se marchó solo, el propio vizconde lo acompañó, no sin antes dirigirse a ella y explicarle que se ausentaría el tiempo necesario para adecentarse y perfumarse, evitando, de ese modo, estropearle su valioso olfato.

Mientras estuvo sola y el enfado que le produjo aquel hiriente comentario se fue eliminando, observó el lugar en el que él practicaba sus bárbaros ejercicios. Era tan sencillo como la vivienda, aunque por suerte no colgaban de los muros aquellas feroces y afiladas espadas. Nunca imaginó que un hombre como él, de afamado gusto por la belleza de las mujeres, adornaría el interior de su hogar con artículos tan poco apropiados para un amante de las cosas atractivas. Se asemejaba más a un caballero medieval que a una persona que vivía casi a finales del siglo XIX. Pero esa decoración lo describía a la perfección. Proclamaba a los cuatro vientos que era un hombre retrógrado y que sus propósitos en la vida eran la guerra, sentir el calor de una mujer y seguir aumentando su riqueza. Aunque debía admitir también que, como bien dijo Marco, no todo el mundo sería capaz de contratar a un empleado con *gustos tan diferentes*. ¿Esa aceptación hacia el joven podía contrarrestar todo lo horrible que era? ¿A quiénes conocía que no repudiaran la inclinación sexual del muchacho? ¡Hasta sus propios padres creyeron que satán se había metido en el cuerpo de su hijo! ¿Cómo podían pensar una atrocidad así? ¿No eran capaces de ver las cualidades de este? Según explicó el vizconde, con voz serena y firme, era, después de Arthur Lawford, el mejor abogado y administrador que había conocido y que gracias a su capacidad resolutive había mantenido sus propiedades a salvo de una mala inversión. Entonces... ¿qué le ocurría al mundo? ¿Por qué lo apartaban como si fuera un apestado? «¿Qué nos sucedería a nosotras si alguien descubriera que por nuestra sangre corre herencia zíngara?», se preguntó mientras dejaba atrás las espadas con las que el vizconde practicaba esgrima. «Algo parecido», claudicó.

Con las manos en la espalda y sin parar de pensar en la tragedia que

sufriría su familia si el secreto salía a la luz, caminó hacia la parte derecha de aquel interminable edificio, en la que descubrió una puerta de madera oscura. Olvidando todo el pesar de sus conclusiones, se centró en lo que habría detrás. ¿Qué ocultaría el vizconde? ¿Un salón lleno de armas? ¿Un inmenso cañón? Sin poder borrar la sonrisa de su rostro al imaginarse tal insensatez, colocó la mano derecha en la manivela y la abrió despacio, provocando en el interior un eco debido al chirrido de las bisagras. Miró por encima de su hombro izquierdo, para comprobar que aún seguía sola y, tras confirmarlo, abrió la puerta del todo, quedándose inmóvil al descubrir lo que había realmente allí. ¿Cuándo lo habrían construido? ¿Quién se encargaba de cuidarlo? ¿Por qué no le enseñó a Elizabeth aquel paraíso de colores?

Anne dio un paso hacia delante, dejando las puntas de sus zapatos al borde de un gran escalón. Inspiró con fuerza, haciendo que la diversidad de aromas llenara sus pulmones. Sintió una leve brisa acariciar su rostro y se embriagó tanto de la calma de aquel lugar que cerró los ojos para dejarse llevar por esa sensación de bienestar. Parecía que estaba en mitad de un prado, correteando feliz mientras sus cabellos, liberados del moño que se esforzaba en llevar salvo cuando se retiraba para dormir, bailaban al compás del viento. Alargó las manos, para que sus yemas tocaran con suavidad esa brisa que se había levantado como bienvenida, inspiró de nuevo y notó cómo su cuerpo se liberaba de la presión a la que no cesaba de someterlo. Sin duda alguna, esa sangre zíngara había invadido la Moore y disfrutaba de ese contacto con el medio en el que vivió y viviría durante siglos; se sentía igual que un caballo salvaje galopando por un campo sin final.

—Precioso, ¿verdad?

La voz del vizconde la hizo volver a la realidad, se giró hacia él y, justo en ese instante, notó cómo unas grandes manos le agarraron la cintura para que no cayera rodando por las escaleras que aún no había pisado.

Durante unos segundos, él la mantuvo pegado a su cuerpo, mirándola de una manera extraña. Ella intentó apartar los ojos de ese rostro que ahora emanaba un intenso olor a loción de afeitado, pero perdió la capacidad de decidir al quedar hipnotizada por ese semblante que expresaba diversión y coquetería. Evocando las pocas fuerzas que tenía, porque se sentía muy débil ante ese contacto tan cálido y por la embriaguez de su perfume, colocó bien las plantas de los pies en el suelo y se apartó despacio. Cuando ya no necesitó la ayuda de esos fuertes brazos, el vizconde recobró su habitual compostura seria y altanera.

—Le preguntaba si le gusta el lugar que he elegido para que me retrate.  
—Colocó sus manos a la espalda y bajó los cinco peldaños de piedra que lo adentraban en el paradisíaco lugar.

—La variedad de colores es perfecta —dijo sin moverse ni una pulgada—. Puede situarse entre esas flores de color azul y blanco. Eso le ...

—No le estoy preguntando si es el espacio idóneo para pintarme. La pregunta, señorita Moore, es si le gusta este sitio —apuntó volviéndose hacia ella.

La brisa que la había recibido a ella ahora le daba a él la bienvenida. Su traje, negro como la noche, se movía despacio con el airecillo y el cabello, que había vuelto a recoger en una coleta, luchaba contra esa reclusión. ¿No era consciente de que el ambiente que le rodeaba quería que se librara de esa postura estirada y altanera? ¿Por qué no se dejaba llevar como lo había hecho ella?

—Sí —contestó al fin.

—¿Dónde le parece bien que me ponga? —quiso saber girándose de nuevo hacia el jardín.

Anne no apartó la mirada de esa ancha espalda que mostraba una sobriedad y elegancia que la dejaron sin aliento. ¿Cómo podía cambiar su actitud con tanta rapidez? ¿Cómo podía pasar de ser el capitán de barco, ese que no le importaba la apariencia que mostraba a los demás, a un orgulloso y petulante aristócrata? ¿A quién de los dos odiaba más?

—Necesito mis utensilios —dijo volviéndose sobre sí misma, intentando huir de allí lo antes posible. No era apropiado mantenerse en aquel lugar con él ni un solo segundo más. Debía retrasar su trabajo hasta que su alma gitana se aplacase porque, si no lo lograba, le acarrearía un grave problema. Ella no podía olvidar quién era él, por qué había abandonado su hogar y dejarse seducir por esa personalidad tan propia de ella y tan inapropiada para él.

—No ha de marcharse. Por si no se ha dado cuenta, los he colocado ahí.  
—Señaló hacia el tronco de un grueso árbol, el único que había sido plantado en aquella hermosa área—. Si no está todo lo que me pidió, puedo llamar a la doncella que la atiende para que le traiga aquello que he olvidado —dijo con tono severo, uno que no admitía réplica.

Sí, no había duda que odiaba más al aristócrata que al corsario atrevido que aparecía cuando el otro se alejaba. Pero... ¿cuál de los dos era más peligroso?

Sin decir ni una sola palabra, Anne bajó los peldaños, esquivó el cuerpo

del vizconde, que se había quedado parado en mitad del camino, y buscó el caballete, el lienzo y el carboncillo que utilizaría en primer lugar.

—¿Dónde quiere colocarse? —le preguntó una vez que colocó todo tal como deseaba.

—Usted es la que debe decir dónde debo ubicarme. No quiero que, cuando no me satisfaga el trabajo que ha realizado, me culpe de haberla obligado a...

—¡Ahí! —exclamó desesperada, señalándole con el dedo el centro del jardín.

—¿Está segura? —preguntó, enarcando la ceja derecha tras averiguar su elección.

—Completamente —dijo sin mirarlo.

Se colocó frente al caballete, esperó a que él llegara a la zona señalada, la más alejada de ella, cogió el carboncillo, se lo puso sobre la oreja derecha y estudió en silencio la luz que incidía sobre el muro y la tonalidad de las flores; cuando le tocó revisar la figura del vizconde, se quedó sin aliento. Mientras ella estaba centrada en el alrededor, él se había desbrochado los botones de la chaqueta, mostrando un chaleco de seda anaranjado, había metido las manos en los bolsillos y la miraba sin parpadear.

Sin ser consciente de lo que hacía, Anne se llevó la mano izquierda hacia la oreja y se acarició el pendiente naranja.

—¿No le gusta? —insistió al observar una mueca extraña en el rostro de ella. Tampoco le pasó desapercibido que se había tocado el pendiente. ¡Bien! Lo que se había propuesto al ponerse el chaleco lo consiguió. Ahora esperaba que ella respondiera también a su disculpa y que abandonaran el escondido jardín con un acuerdo de paz entre ellos.

—Por favor, no hable. Requiero del más absoluto silencio para concentrarme en el trabajo —ordenó con la poca voz que brotaba de su garganta—. Mire hacia arriba, como si estuviera contemplando una nube.

—Este lado de mi perfil no agrandará mi horrorosa nariz, ¿verdad?

—No pensé que su excelencia era capaz de admitir que nació con ciertos defectos en su cuerpo —replicó divertida.

Aunque deseó sonreír se obligó a no hacerlo. No quería que descubriese que, al hacerla reír, toda esa ira que podía acumular se esfumaba convirtiéndola en una niña tierna e inocente. Así fue cómo Dick la conquistó. Supo que su punto débil era la sonrisa y que cada vez que la miraba en alguna fiesta o le hacía alguna mueca le sacaba una carcajada. No, el vizconde no

debía averiguar nada de eso. Lo mejor para ambos era mantener una conducta seria y profesional.

—Soy perfecto —aseguró Logan—, aunque ha de mirarme por el lado óptimo para confirmarlo.

—Si usted lo dice... —respondió apretando los labios.

Acto que le hizo fruncir el ceño porque le dolió. Justo cuando apartó la mirada del vizconde para ocultarse tras el lienzo, tocarse el labio y confirmar que había vuelto a sangrar, notó su presencia masculina tan cerca que el calor que emitía podría evitar que se congelara durante un largo y duro invierno.

—Tenga. —Le ofreció el pañuelo que guardaba en el bolsillo del chaleco.

—Gracias —respondió ella aceptando su ofrenda.

¿Por fin se comportaba correctamente? ¿Le mostraría las mismas atenciones que a sus hermanas? ¿Por qué quería que lo hiciera? ¿Qué diablos le sucedía a su sangre para que hirviese bajo su piel? ¿El vizconde podría percibir su inestabilidad, su locura?

—No me lo devuelva —dijo antes de darle la espalda y dirigirse de nuevo hacia el centro del jardín.

Anne confirmó con tristeza que lo había manchado. Por eso no lo quería. No le gustaría tener algo sucio en su impoluto traje oscuro. O tal vez se negaba a guardar en el bolsillo sangre envenenada. ¿Eso pensaría de ella? ¿Qué podría matarlo con una miserable gota de sangre? ¡Pues él le hizo la herida! Jamás podría olvidar aquella forma de asaltarla, de besarla y de... Anne obligó a su mente a parar. No quería rememorar aquel momento, deseaba apartarlo de su vida porque, aunque no quisiera admitirlo, esa brusquedad, esa forma tan agresiva de cogerla y besarla, la enfadó más por el impacto sensual que le provocó que por la cólera que emanó de su interior.

—Por favor, relájese —pidió al ver cómo él fruncía el ceño y mostraba un rostro airado.

—Lo intentaré —le aseguró, pero sabía que le costaría toda una vida hacer desaparecer el enfado que sentía. Ella volvía a sangrar y esa prueba la distanciaba aún más de él. Solo esperaba que cuando el labio cicatrizara, también lo hiciera su angustiada relación.

Por desgracia, y muy a su pesar, después de descubrir quién era la verdadera Anne, al ver cómo escuchaba con atención y empatizaba con Marco, le regalaba su apoyo con abrazos inesperados, respondía con sonrisas a sus comentarios irónicos, entendió que no quería ni deseaba que ellos siguieran de

esa manera tan áspera. Él tenía que hacerla reír, debía ser la persona a quien mirase con ternura y comprensión y, por supuesto, el único hombre que pudiera tocarla, porque si Marco no le hubiera confesado que solo sentía atracción por los hombres, le habría atravesado el abdomen con la espada que sujetaba su inquieta mano en el primer abrazo entre ellos. «Soy posesivo, egoísta, celoso y dominante, pero eso ya lo supo Evelyn desde el momento en el que la descubrí con aquel vestido rojo. Ella es mía, solo mía, hasta que yo deje de respirar», recordó de nuevo las palabras de su hermano y admitió que ya no le parecían tan disparatadas, aunque en su caso el vestido de ella no era rojo, sino naranja...

Anne tuvo que permanecer con el carboncillo entre sus dedos más de lo que había esperado porque el vizconde no era capaz de obedecerla. Una vez que las arrugas de su frente desaparecieron y sus ojos miraron hacia el cielo, empezó a trazar las líneas de ese semblante tan... masculino. ¿De verdad que pensaba que esa nariz se afeaba en aquella posición? Pues se equivocaba. El perfil que le mostraba era perfecto, tan perfecto que ni ella misma podía asimilarlo. Intentó concentrarse en trazar algunas líneas, pero le resultaba difícil apartar la mirada de él. Toda su persona mostraba tanta elegancia y solemnidad que la empequeñecía. Sí, así mismo se sentía. Tan diminuta como el pétalo de una flor. Fijó, finalmente, sus ojos en el lienzo, tan blanco como al principio, e intentó plasmar en él lo que su mirada había captado. La barbilla, la espesa barba, sus duros pómulos, esa nariz... La forma de sus cejas, el perfil de los ojos, esos que había brillado al mirarla cuando la cogió, los que se quedaron clavados en los suyos como si quisieran averiguar qué ocultaba... ¿Qué escondía? ¿Qué era lo que realmente quería guardar para sí? Una locura. Una demencia propia de la sangre que había calentado su piel y que la hacía sentir un fuerte palpitar en la parte más prohibida de su cuerpo. Anheló que regresaran las mariposas a su estómago, pues ahora sentía cuervos, tan grandes como el de su sueño. Quería que su cuerpo pudiera volar, tenía la sensación de que había dejado de tocar la tierra y que, si abría sus brazos, estos se convertirían en alas. Hasta la idea de marcharse a París, las conversaciones que mantuvo con Dick, sus deseos y sus vivencias pasadas empezaron a borrarse de su mente...

Apenas llevaban diez minutos en silencio, cuando una ligera tos brotó de la garganta del vizconde.

—No se mueva. Estoy intentando...

—¿Cómo logró que esas jovencitas inquietas permanecieran inmóviles

durante tanto tiempo? —preguntó para romper el angustioso mutismo, uno que ya no deseaba mantener por más tiempo. Quería escuchar la misma voz que ella le había dedicado a Marco.

La extraña pregunta la hizo suspirar, apoyó ambas manos sobre la parte superior del lienzo, lo miró y evitó volver a reír al advertir que estaba tan inquieto que no paraba de mover las puntas de sus brillantes zapatos.

—Les aseguraba que, si no lo conseguían, sería incapaz de reflejar la belleza que poseían —comentó con cierta diversión.

—¿Eso también me prometerá a mí? —quiso saber enarcando, de manera canalla, la oscura ceja derecha.

—¡Eso! —exclamó Anne con entusiasmo—. ¡Manténgase así!

—¿Así? ¿Cómo?

—No se mueva, se lo suplico —le rogó.

La obedeció de inmediato. Sin embargo, dejar la ceja levantada durante tanto tiempo y congelar el movimiento de sus labios le resultó penoso. No habían pasado ni dos minutos y ya le dolían la frente y la boca.

—Lo siento, no lo consigo...

Pero ella no respondió, mantuvo sus ojos en el lienzo y permaneció callada mientras pintaba. Tan concentrada estaba que no percibió que Logan se había acercado, se había colocado a su espalda y contemplaba fascinado su trabajo.

El boceto era perfecto, pese a utilizar un simple carboncillo. Ella había captado la imagen que deseaba. Su mentón, su barba negra, el contorno de sus ojos, la ceja... ¡Era magnífica! Sin duda alguna, el don de Anne era la pintura y, por el entusiasmo que expresaba, también su vida. Quiso apartarse de ella, dejar de oler el perfume que desprendía su cabello, de sentir los leves movimientos que hacía al trazar aquellas líneas, de obnubilarse con su presencia, de notar como suya la pasión que ella transmitía. Pero justo cuando se obligó a dar un paso hacia atrás, Anne levantó la mirada para asegurarse que él seguía donde debía estar y la parte posterior de su cabeza tocó su pecho. Al notarlo, se sobresaltó y él tuvo que agarrarla de nuevo por la cintura para que no cayera hacia delante y rompiera la belleza que acababa de crear.

—No se mueva. Estoy aquí desde hace un buen rato, pero no ha advertido mi presencia —le susurró al oído—. Me ha dejado anonadado, señorita Moore, jamás he visto a nadie trabajar con tanto entusiasmo y pasión. Se ha alejado de este mundo para viajar al del infinito esplendor.

—No habrá admirado a las personas adecuadas —dijo ella sin moverse,

percibiendo la presión de aquellas manos en su abdomen, como si tocara un vientre lleno de vida.

—Ha de ser eso —reflexionó en voz baja, acercando aún más sus labios hacia la pequeña oreja izquierda, justo la que ella había tocado al ver su chaleco anaranjado.

—Milord... —murmuró Anne tras respirar hondo.

—Señorita Moore... —dijo después de imitar su profunda respiración.

—Debe...

—Debo...

—Regresar a la posición que le he indicado con anterioridad, porque...

—¿Por qué? —La giró hacia él. ¿Por el dolor que padeció Jesús! ¿Cómo podía ser tan irresistible? ¿Por qué lo excitaba más que todas las mujeres juntas con las que había estado? ¿Por qué no era capaz de pensar en nada salvo en besarla como debió hacerlo aquella maldita noche?

—Porque no terminaría lo que me he propuesto... —respondió Anne notando cómo su corazón latía tan fuerte que lo sentía en la garganta.

Sus ojos volvieron a fijarse en los de él, que brillaban sin concretar si el motivo era la luz que se adentraba en el jardín o la excitación que percibía. ¿Por qué no podía retirarse? ¿Por qué no podía adoptar la postura que había mantenido hasta el momento? ¿Qué había cambiado? ¿Qué había sucedido para que abandonara toda su ira, toda su sensatez y anhelara el roce de sus labios? ¿Ese celo femenino y tan propio de las zingaras emergía de su interior buscando lo que él podría ofrecerle? ¿Dick le despertó ese instinto gitano con tanta fuerza? No. Dick despertó su curiosidad. Sin embargo, el vizconde provocaba en ella algo extraño, algo inaudito hasta el momento. Era como si reclamara su sangre con fuerza, como si él fuera el autor de un relámpago y ella, el trueno. Su sangre y la de él, diferentes, pero...

—Le concederé lo que me pide —comentó el vizconde apartando sus manos de ella y retrocediendo, muy lentamente, varios pasos—. No quiero ser el causante de...

No pudo terminar la frase. Al ver la desilusión que Anne reflejaba en sus ojos, cómo extendió sus brazos hacia el suelo, dejando caer el carboncillo de entre sus dedos, el ligero temblor de su cuerpo provocado por el deseo, justo el mismo que él sentía, avanzó de nuevo, la miró desde la altura que le otorgaba su gran complexión, la agarró por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó.



## *Capítulo XXIV*

No podía dejar de sonreír. Sentía tanto placer y felicidad recorriendo su cuerpo que no podía borrar su sonrisa, aunque se esforzara. El viento le golpeaba el rostro, ocasionándole un sinfín de lágrimas, pero no las apartó, le gustaba saber que sus ojos sabían llorar, pese a hacerlo de una manera poco convencional. Miró a ambos lados del trayecto y confirmó que no había nadie por los alrededores. Logan debía estar tranquilo porque después de tres horas cabalgando por sus territorios no había encontrado nada que le indicara que los cazadores furtivos merodeaban por la zona. Alzó la mirada y observó el sol. Este se encontraba sobre ella, advirtiéndole que el mediodía estaba próximo. No podía retrasarse. No quería enfadar a Anne. Si llegaba tarde al almuerzo, tendría la excusa perfecta para encerrarla en la habitación y castigarla hasta que terminara el trabajo. Sin embargo, el caballo ya mostraba signos de cansancio. Bufaba cada vez que lo azuzaba y su pelaje estaba húmedo por el sudor. Un pequeño alto en el camino les vendría bien a los dos.

Decidida, lo dirigió mediante un ligero tirón de las riendas hacia una pequeña arboleda que halló a su derecha. Cuando el animal entendió que pronto podría reposar, relinchó feliz y galopó aún más rápido hacia esa zona verde y silvestre.

—Buen chico... —le dijo Josh al caballo una vez que pararon—. Eres todo un campeón.

Le golpeó con fuerza el robusto cuello y desmontó como lo haría un mensajero militar que tiene en su poder la carta que informa del fin de una guerra.

Sin soltar las riendas, caminó delante del animal, escuchando las agitadas respiraciones de este. El sirviente no la engañó al ofrecérselo, para ella era perfecto. Además de correr tan rápido, llegó a pensar que saldría disparada por los cuartos traseros, era fiel a las órdenes que se le dictaban. El único inconveniente, según el palafrenero, era que no poseía un linaje tan virtuoso como los otros caballos del establo. Según le contó, la madre se escapó de la cuadra en época de celo y se dejó preñar por uno de los percherones que el barón de Sheiton guardaba en la propiedad contigua. «Su excelencia aceptó la

llegada de este mestizo, pero yo lo hubiera matado en cuanto salió de las entrañas de esa mala pécora», fueron las palabras que utilizó aquel cruel y necio empleado. Tal vez, esa repugnante declaración hizo que empatizara con el animal. Ella era tan mestiza como él y, ¿por eso no debía vivir?

—Tranquilo —dijo para calmar algo que lo había alterado—, aquí no hay nadie salvo nosotros. Estaremos poco tiempo, el suficiente para que puedas pastar a tus anchas y yo elimine el entumecimiento de mis piernas.

El relincho del animal le dio a entender que no se podía calmar y que, pese a sus palabras, algo lo mantenía bastante inquieto. Finalmente, Josh decidió atar las riendas a una rama e indagar sobre la causa que sobresaltaba tanto al animal.

—No te ocurrirá nada —continuó hablándole con voz apacible mientras sacaba del escondite su arma afilada y brillante—, te protegeré con esto.

Que colocara aquel cuchillo cerca del ojo izquierdo no causó el efecto que ella esperaba. El caballo, asustado, levantó las patas delanteras y las agitó como si quisiera pisarla. Con rapidez, Josephine se echó hacia atrás y guardó su peligrosa arma en la parte trasera de su cinturón. Ese acto sí que relajó al aterrorizado animal.

—¡Por todas las miserables almas de este absurdo mundo! ¿Han intentado matarte? ¿Por eso te has alterado? —preguntó colocándose frente a la dura cabeza y acariciándosela despacio.

Conmovida por la actitud sumisa del animal, alargó ambas manos hacia ese grueso cuello marrón chocolate y lo fue palpando despacio, metiéndose bajo este con tranquilidad, como si hubiera olvidado que segundos antes había sido salvaje. Entonces, cuando había pegado la cara en el peludo y mojado pecho, encontró lo que andaba buscando: una rugosidad. Al tocarla, la equiparó con un sobresalto de tierra acumulado en el camino. Sí, no había duda alguna, aquel imbécil había intentado matarlo, pero no lo logró porque aquel descerebrado no fue capaz de entender que los seres nacidos con sangre mestiza se convertían en guerreros inmortales y valerosos. Así mismo se consideraba ella: tan inmortal y valiente como el caballo que fue engendrado en una monta entre caballos libres.

Con ese puñal guardado y sin poder pensar en otra cosa que no fuera buscar la manera de darle un buen escarmiento a ese sirviente, besó la frente del caballo, se giró hacia el bosque y avanzó apoyándose en los troncos de los árboles. La tormenta de la noche anterior había sido devastadora para aquel terreno. Las raíces salían al exterior, atravesando la tierra convertida en lodo,

como si buscaran desesperadas la luz solar que apenas tocaba el suelo, porque la frondosidad de las hojas frenaba los rayos en lo alto de sus copas. Si hubiera caminado por la selva del Amazonas podría compararlo con aquel sitio tan recóndito e inhóspito. ¿La vegetación que la rodeaba había crecido por la climatización de la zona o por la cercanía al mar? ¿Si continuaba por aquel camino se hallaría en lo alto de un acantilado? ¿Podría al fin saber cómo era la inmensa masa de agua salada, cómo olía y qué produciría en su piel el tacto del salitre? ¿Habría barcos navegando? ¿Y si encontraba un navío pirata? ¿Y si los tripulantes abandonaban la embarcación y andaban hacia la orilla levantando sus espadas proclamando a viva voz el inicio de una guerra con Londres? ¿Y si encontraba barcos de contrabando franceses?

La imaginación de Josh se desbordó. Empezó por preguntarse cómo sería el roce de la arena y terminó luchando con su machete en la proa de un barco francés. Su mano izquierda se colocó a la espalda mientras la derecha sostenía el arma y la agitaba en el aire, produciendo ligeros zigzagueos que parecían cortar el aire.

—¿Yo? ¿Qué quién soy yo? —gritaba al viento mientras intensificaba la fuerza de esa imaginara pelea—. ¡Soy su peor enemigo, milord!

Su abstracción fue tan real para ella que los mechones del cabello rubio se soltaron en varios de esos movimientos bruscos y se pegaron a su rostro por el sudor. Su camisa blanca mostraba surcos húmedos con formas irregulares, como si la llevase un campesino que había pasado toda la mañana labrando el campo. Agarró con fuerza el mango del puñal, lo dirigió hacia el cielo, dedicando a Dios la muerte de su imaginario contrincante, se arrodilló y, como si se transformara en un caballero medieval, agachó la cabeza en señal de respeto ante su rey.

De pronto, un ruido se escuchó tras ella, se giró sobre las rodillas y lanzó el cuchillo a baja altura. Cuando descubrió dónde se había clavado el arma, no supo reaccionar. Un hombre vestido con traje de montar, se inclinaba hacia delante para confirmar que sus ojos no lo engañaban y que, en efecto, tenía clavado un puñal en la bota derecha.

—¡Joder! —exclamó el joven cuando el dolor que le produjo la punta del arma atravesó ligeramente su piel y le corroboró que no se trataba de una alucinación—. ¿Qué has hecho, desdichada? ¿Por qué me has lanzado esto?

—¿Quién diablos sois? ¿Por qué me perseguís? —preguntó al tiempo que se levantaba.

El muchacho no prestó atención a las demandas de Josh ni al enojo que

ella presentaba al hablar. Lo único que hizo fue sentarse sobre el barrizal, sacar despacio la puntiaguda arma de su pierna, quitarse la bota y asegurar que una superficie circular roja se extendía por el pantalón blanco.

Josephine lo miró airada. Su rostro no expresaba arrepentimiento, aflicción o compasión por el dolor que debía de padecer el extraño que la había irrumpido en un acto tan privado. Estaba serena, como si hubiera construido un castillo de piedra con sus propias manos; se colocó las manos en el fajín marrón, exhibiendo una pose ruda, severa y orgullosa, tal como se presentaba su madre cuando hacía otro agujero en la ventana de su querido salón de costura.

Con la daga en la mano, Eric rajó el pantalón para averiguar el alcance de la herida. A pesar de la sangre, no era muy profunda. Por suerte, el material de la bota de montar había frenado el cuchillo. Aun así, no podía sonreírle a la loca que, antes de que la rama crujiera al pisarla, realizaba movimientos muy extraños, como si estuviera invocando al mismísimo diablo. Sin mirarla, se inclinó hacia la derecha, sacó del bolsillo un pañuelo y lo extendió y lo ató alrededor de la herida. No quería que la sangre se dispersara por el pantalón y presentarse en Herast Pond como si fuera un soldado regresando a su hogar después de veinte años de guerra.

—¿Está sordo? ¿Por qué no habla? —le recriminó ella—. Le he preguntado qué diablos hace en los territorios del vizconde de Devon.

—Las propiedades del vizconde terminan ahí. —Señaló con la mano derecha hacia el final del bosque—. Estas son mías —aseguró con rudeza—. Así que la sorda y la desorientada eres tú —declaró, alzando con suavidad el mentón para encararse a la demente.

Una vez que ambas miradas se cruzaron, los dos se quedaron en silencio y, por cómo se paralizaron sus torsos, también se olvidaron de respirar.

—¡Miente! —tronó Josh, despertándose del extraño trance que le había provocado contemplar un rostro tan hermoso en un hombre—. ¡Es un cazador furtivo! —soltó—. ¡El vizconde me advirtió que hallaría gente como usted! —continuó con ira.

—No —respondió el joven. Apoyó las palmas de sus manos en los troncos que tenía a ambos lados y se fue levantando. No podía amedrentarse ante una rata semejante, pese a que tenía un rostro tan bello que había perdido por unos instantes la razón. La solemnidad que le habían inculcado desde la cuna, su orgullo, su entereza y todo aquello que le proporcionó el mejor maestro que podía encontrar, su padre, brotó desde alguna parte de su cuerpo,

protegiéndole como si fuera un escudo—. Ahora mismo vas a acompañarme hasta mi hogar, sucia ratera, y una vez que el juez tenga conocimiento del ataque a mi persona, te encerrarán hasta que des las pertinentes explicaciones de este acto criminal. Te juzgarán y...

—¿Acto criminal? ¿Juzgar? —respondió Josh abriendo los ojos como platos—. ¡Usted ha querido asaltarme a traición! ¡Solo he hecho lo que cualquier mujer decente haría al ver peligrar su vida!

—¿Mujer? ¿Decente? —espetó Eric Cooper mirándola sin parpadear—. ¡No eres una mujer! ¡Eres una abominación de la naturaleza!

—¿Cómo se atreve a insultarme de esa forma? —vociferó caminando hacia él con actitud desafiante.

—¿Cómo te atreves a herirme y a declarar que he merecido que me apuñales? —le contestó él, mostrando una imagen algo ridícula, pues parecía que estaba jugando a la pata coja en vez de discutir verbalmente contra alguien que decía llamarse mujer, pero vestía como un hombre.

—Si estuviera en Londres, ahora mismo le desafiaría a un duelo —masculló Josh.

—¿Un duelo? ¿Crees que perdería el tiempo y arriesgaría mi honorabilidad por alguien como tú? ¡Antes te lanzo al Támesis! —exclamó fuera de sí.

—Usted —indicó, señalándole con el dedo inquisidor y parándose frente a él lo suficiente para levantar la barbilla y que sus ojos se encontraran de nuevo.

—¿Usted? —Eric posó ambas plantas sobre el suelo, soportando con dignidad el dolor. Enderezó el cuerpo y sonrió al ver que la joven apenas le llegaba al hombro—. Usted —repitió con sarcasmo la palabra que le ordenaba que utilizara para dirigirse a ella—, es un monstruo, una bestia salvaje que...

No terminó la frase, una mano de Josh impactó sobre su pómulo izquierdo con tal fuerza que le giró la cara hacia la derecha, haciendo que su cabello pelirrojo se moviese al compás de ese bofetón. Una vez que pudo mirarla de frente y eliminar de un plumazo toda esa nobleza y dignidad que proclamaba a viva voz, extendió las manos hacia ella, las posó sobre sus hombros y la zarandeó.

—¿Estás loca? ¿Por qué me has pegado? ¿Quién te has creído que eres?

—Josephine Moore —declaró con arrogancia. Le cogió las manos por las muñecas y se las giró hacia el lado contrario—, y usted es un engreído si piensa que podrá doblegarme con facilidad.

Eric, atrapado por las manos, sintiendo la punzada de dolor que le radiaba desde la herida hasta la frente, observó sin pestañear el rostro de la guerrera. Sus ojos, pese a ser marrones, se habían convertido en dos inmensas bolas de fuego. Su nariz, pequeña y respingona, se arrugaba para exhibir una sincera repulsión. Pero sus labios, aunque intentaban ser rudos y crueles, le parecieron delicados y suaves, como los que exhibían las jóvenes cándidas, aunque ninguna de las que había conocido podía superarla en voluptuosidad. Atraído como una mosca a la miel, obsesionado por averiguar qué sabor tendría la boca de una mujer tan extrañamente peculiar, separó los brazos, contrarrestando la fuerza que ella ejercía sobre sus muñecas y disminuyendo la distancia entre los dos. Con los ojos abiertos, para no perder detalle del impacto que le supondría aquello que se había propuesto hacer, inclinó su cabeza hacia la joven y la besó.

Josh se quedó inmóvil cuando los labios de aquel desalmado tocaron los suyos. Aún tenía las manos ocupadas con las suyas, por eso no podía darle otro bofetón. Pero podía echar la cabeza hacia atrás y retirarse. Sin embargo, no lo hizo. Se quedó quieta hasta que el joven, que lucía un cabello del mismo color que el de Madeleine, aunque sobre su frente tenía un mechón dorado, se apartó.

—Interesante... —dijo Eric con una voz muy distinta a la que había utilizado con anterioridad—, una virgen sola por mis tierras. Eso me parece bastante paradójico... —susurró divertido—. No me esperaba que, cuando esta mañana pedí a Dios una señal para afrontar el destino de mi vida, decidiera poner en mi camino a una joven como tú, Josephine Moore.

Al escuchar su nombre con aquel tono tan sensual, Josh despertó del trance inducido tras sentir, por primera vez, el calor de una boca masculina sobre la suya. Ofuscada y cabreada por haber permitido que una cosa tan absurda le hiciera perder algo tan importante como la prudencia, le giró con más fuerza las muñecas, hasta que el dolor fue tan insoportable que el osado borró la satisfacción que mostraba en su rostro, y lo lanzó hacia atrás. Cuando cayó sobre el lodo, Josh cogió la daga, le escupió y atravesó desesperada el bosque. No paró de correr hasta que encontró al caballo, que relinchó feliz al verla. Lo desató como pudo, porque le temblaban las manos, montó como si fuera una diestra amazona y cabalgó sin aminorar la intensidad del trote hasta que vio los tejados de Harving House.

## *Capítulo XXV*

Sus manos, hasta ahora laxas y dirigidas hacia el suelo, se alzaron despacio para colocarlas alrededor de su cuello. El beso se transformó, pasó de una suave colisión a un tornado lleno de pasión y deseo. Abrió lentamente la boca, permitiéndole el acceso a esa lengua voraz, hambrienta y ansiosa por saborear su interior. El gruñido del vizconde, satisfecho por la decisión que había tomado, le causó más placer que angustia. Extendió sus dedos y los dispersó sobre ese cuello rígido debido a la inclinación. No los mantuvo quietos, sino que les permitió averiguar el tacto de la piel masculina. Se hallaba en el paraíso. No por el ambiente, sino porque toda ella se había convertido en un lugar bello, repleto de calma, de tranquilidad y de bienestar.

Notó una fuerte presión en la espalda, él la ajustaba aún más a su cuerpo, convirtiéndolos en uno. Con los ojos cerrados, sintiendo cómo toda ella se liberaba y se transformaba en una nueva mujer, se acomodó a él, rindiéndose al delirio en el que se habían sumergido. Su lengua tocó con cierta timidez la del vizconde y ese contacto, ese mísero roce, le causó un impacto semejante al que podría provocar una estrella al chocar contra la tierra. Luces de colores visualizó bajo sus párpados y su cuerpo reaccionó con tanta sensualidad que, sin ser consciente de ello, sus caderas se frotaron sobre el abultado miembro masculino, haciendo que este aumentara aún más su tamaño, su excitación. Tomó aire por la nariz cuando él giró su cabeza hacia el otro lado. No apartó su boca de la suya, al contrario, la presionó tanto que, en la segunda embestida de esa lengua salvaje, saboreó el gusto de su propia sangre. Frunció ligeramente el ceño al creer que ese sabor lo apartaría de ella, pero ocurrió el efecto contrario. La lengua del vizconde atrapó las gotas que su herida emanó y las introdujo en el interior, como si le diera a beber el mejor elixir que pudieran encontrar. Las manos de él, hasta ahora colocadas en su cintura, bajaron despacio hasta que se colocaron sobre sus glúteos y entonces él la alzó como si su peso se asemejara al de una pluma. Con rapidez, entrelazó sus brazos en ese fuerte cuello y continuó aceptando el beso que no tenía fin.

El vizconde comenzó una marcha a través del jardín hacia algún lugar en el que seguirían manteniendo la intimidad que necesitan dos amantes

apasionados y sucumbidos por un deseo tan intenso, y que solo podría culminar con una entrega absoluta y sincera. Sus pies, entrelazados en la cintura del vizconde, fueron deslizándose con suavidad al sentir una fuerte presión en su espalda y al comprender que había dejado de andar. Abrió los ojos y observó los de él. Sus iris azules brillaban como dos inmensas bolas de fuego, sus pómulos, aquellas zonas que no escondían la espesa barba, mostraban el sonrojo propio de la pasión que ambos sentían. Se acomodó con los brazos enredados en su cuello, percibiendo el aliento caliente del hombre, que la miró con tanto deseo que el palpitar que se inició entre sus piernas se hizo angustioso, aterrador. Su boca se retiró con lentitud, como si el hilo que los unía se hubiera cortado y, justo cuando pensó que aquella locura había llegado a su fin, empezó a besarle el cuello, el lóbulo de la oreja que ella había tocado cuando vio su chaleco anaranjado, y la condujo de nuevo al paraíso en el que se había adentrado tras besarla...

—Anne... —susurró sin poder apartar la boca de su piel, oliendo con intensidad ese rastro que percibía en cada beso que le daba—. Eres...

Se quedó en silencio porque no encontró las palabras adecuadas para definir lo que ella le hacía sentir. Sin cesar de escuchar los gemidos de placer que Anne emitía al pegar sus labios en su cuerpo, apartó las manos de la cintura, donde las había colocado para bajarla con cuidado, y buscaron las de ella. Cuando las encontró, entrelazó sus dedos con los suyos, los levantó con brusquedad y los colocó sobre la cabeza de Anne, inmovilizándola al momento.

¡Dios! ¿Cómo podía sentirse tan atraído? ¿Qué clase de embrujo le había lanzado para no ser capaz de acordarse de un momento parecido?

Al ver la confusión en el rostro de Anne, tras hacer un movimiento tan violento, Logan colocó su pierna izquierda entre las de ella y la besó de nuevo, alejando de su mente cualquier pensamiento. Aquello solo iba a ser el principio de lo que ambos anhelaban...

Enloquecido por el sabor de su boca, le agarró con una mano las muñecas, dejándolas donde deseaba que permanecieran, y empezó a tocarla despacio. Temblaba. Para su deleite, ella temblaba de deseo al sentir la mano recorrer su cuerpo, aún cubierto por aquel horrible vestido marrón y que pronto arrancarían para tocar lo que necesitaba: su piel.

La marcaría. Sí, borraría cualquier huella que tuviera de Hendall y la llenaría con las suyas, haciendo desaparecer el rastro que nunca debió tener.

Mientras las yemas de sus dedos se habituaban al calor de Anne, su



lengua volvió a introducirse con fuerza en el interior de su boca, haciéndola sollozar de nuevo. Al escuchar que seguía aceptándolo y que su deseo aumentaba, se aventuró a continuar. Sus dedos dejaron de tocar el vestido para colocarse sobre el escote y muy despacio, dándole unos segundos para que se adaptara a sus caricias, metió la mano por debajo y atrapó el pecho izquierdo.

Apartó su boca de la de ella, pese a que escuchó un lamento de desconsuelo, y fue besándole la barbilla, el cuello, el escote...

—Voy a... —intentó decir, pero se quedó en silencio al advertir que Anne inclinaba su torso hacia él, consintiendo lo que había decidido hacer.

Con los ojos abiertos de par en par, contemplando cómo ella seguía demandando sus caricias, sacó la mano del pecho, que seguía agarrándolo, la colocó sobre el vestido y le desabrochó los cuatro botones. Una vez que solo quedó la tela de la camisola ante él, volvió a introducir esa mano, que temblaba porque ya añoraba el tacto del seno que había sostenido, y lo sacó.

Obnubilado, aturdido ante semejante visión, inclinó su rostro hacia el pecho y lo mordió, como si fuera una manzana a la que acababa de dar una gran mordida.

Anne echó la cabeza hacia atrás y gimió ante ese contacto tan atroz. No se quejaba por el dolor que le causaron esos dientes sobre la superficie de su seno sino porque, extrañamente, deseaba más.

—Lo... Logan... —murmuró, cerrando los ojos, sintiendo una ardua presión sobre esa parte de su cuerpo y disfrutando del placer que la recorría. Intentó mover las piernas, débiles por la pérdida de la fuerza ante la llegada de la pasión, pero lo único que consiguió fue rozar con una rodilla el sexo erecto de él.

—Ardo, Anne. Siento cómo mi cuerpo se quema como si estuviese dentro de una hoguera —confesó tras abandonar ese pecho y besar de nuevo el escote desnudo—. Noto mi piel ardiendo, quemándose...

—Logan... —susurró Anne al cruzar nuevamente las miradas.

—Sí —respondió él antes de devorar otra vez su boca.

El hecho de que ella abriera con timidez las piernas, le dio pie a que se colocara entre ellas. Su cintura se pegó al cuerpo de Anne y, sin pudor, le hizo comprender hasta qué punto estaba excitado, hasta qué forma lo había enloquecido y hasta qué nivel comprendía su pasión. Porque era así. Lo había convertido en un loco que solo deseaba vivir con ella, besarla cada vez que quisiera, tocarla cuando su cuerpo necesitara sentirla cerca y... hacerla suya hasta que la muerte le llegara.

«Ella es todo lo que necesito para vivir», la frase de su hermano haciendo referencia a su esposa apareció en su mente para confirmar que él, por muy inverosímil que pareciera, estaba sintiendo lo mismo. Anne debía ser solo y exclusivamente suya. Su pasado y el suyo habían desaparecido. Ahora debían centrarse en el futuro que debían construir... juntos.

En el momento en el que la mano izquierda alzó el vestido, buscando tocar aquella intimidad, que desprendía un olor muy hipnótico y que deseaba saborear para confirmar que la esencia de Anne era perfecta, escuchó un relincho. Con rapidez, apartó la mano, dejó de besarla y dirigió la mirada hacia el cielo. El caballo, al que reconoció de inmediato, volvió a emitir un escandaloso sonido.

—¡Josh! —exclamó apartándose bruscamente de ella.

—¿Josh? —preguntó Anne sin abrir los ojos, confusa y sintiendo un terrible escalofrío al dejar de sentir el calor de su gran cuerpo.

—Josephine acaba de llegar —informó—. Saldré a recibirla mientras te adecentas. No sería adecuado que nos encontrara de esta manera. Así que te recomiendo que, después de arreglarte, te pongas delante del caballete y continúes con ese dichoso retrato —ordenó con voz ruda, transformándose de nuevo en el aristócrata que realmente era.

De repente, el sonrojo brotado por la pasión se transformó en un sofoco producido por la vergüenza y la insensatez a la que sucumbió con desesperación. Con manos temblorosas, Anne metió su pecho descubierto bajo la camisola y se abrochó los botones. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia delante para que el vizconde no advirtiera su cambio de emociones. Entonces, cuando daba por hecho que ya estaba sola, que se había marchado, él regresó, se colocó frente a ella, le alzó con ternura la barbilla y, mirándola como solo podía hacer un enamorado, le dio un tierno beso.

—Si no te arrepientes de lo que acabamos de hacer, de lo que ambos hemos sentido al estar juntos, esta noche no eches el cerrojo de tu puerta —pidió antes de besarla de nuevo y salir de allí dando grandes zancadas.



Logan maldecía una y otra vez la inoportuna llegada de Josh. Había estado a punto de tocarla, de notar la excitación que ella desprendía entre sus

piernas y comprobar si lo necesitaba tanto como él, pero no tuvo tiempo... Al escuchar el relincho de Galeón advirtió con rapidez que el animal había cabalgado sin parar durante bastante tiempo. Algo le había sucedido a la muchacha y no podía demorarse en averiguar qué era. Si no controlaba la actitud de las hermanas de Anne, esta se centraría en ellas y lo dejaría en un segundo plano y, por ahora, solo quería ser lo único en la vida de la primogénita de las Moore.

Una vez que atravesó el gimnasio y pisó la galería, sus pasos no fueron lentos, estudiados y firmes, emprendió una ligera carrera hasta que llegó a la puerta principal. Allí encontró a la señora Donner que, como experta en la crianza de animales, acudió a la llamada desesperada del caballo.

—Lo sé —le dijo Logan cuando observó la pregunta en su rostro—, voy a ver qué ha sucedido.

—¡Oh, señor! ¡Qué no sea nada malo! —rogó la cocinera juntando las manos como si empezara a rezar y tocando con suavidad su boca.

Logan abrió la puerta y centró su mirada hacia el camino por el que debía aparecer Josh, en efecto, la forma de galopar de Galeón era desesperada, casi frenética. Con tranquilidad, pues no quería mostrarse intranquilo, bajó los peldaños y anduvo hacia la entrada de la verja, donde la recibiría y le preguntaría qué había ocurrido. Pero Josh no frenó al verlo allí parado, tiró de las riendas hacia la derecha y prosiguió la marcha hacia el establo. Entonces corrió detrás de ella, llamándola por su largo nombre, intentando aplacar al demonio que había visto en su mirada, pero ella estaba tan centrada en lo que deseaba hacer que no lo escuchaba. Se bajó del caballo igual que lo hacía él, levantando la pierna derecha sobre la cabeza del animal y, cuando ambas plantas tocaron el suelo, sacó algo que llevaba escondido bajo la silla de montar y caminó hacia el empleado que la aguardaba. Por cómo la luz del sol brillaba sobre el objeto que sostenía en su mano y los ojos que puso el sirviente al verla, no tuvo ninguna duda de que llevaba un puñal. Logan continuó corriendo y, al llegar a su lado, la cogió del codo para frenar ese avance.

—¿Qué diablos ha sucedido, Josh?

Pero ella no le contestó, sin dejar de apuntar al empleado, giró ligeramente la cabeza hacia él y le mostró, con más claridad, un rostro que lo dejó petrificado. Había llorado. Josh tenía en sus mejillas los surcos blanquecinos que dejaban las lágrimas al vagar por ellas, pero en un absurdo intento de apartárselas, se restregó el barro que poseían sus manos. Parecía un

deshollinador, aunque Pit, el niño al que le pagaba por limpiar el interior de sus chimeneas, no poseía fuego en sus ojos, sino motas de carbón.

—¡Voy a matarlo! —gritó Josh con el puñal apuntando al lacayo que le había ofrecido el caballo—. ¡Voy a degollarlo, tal como quiso hacerle! —tronó, señalando con la mirada al animal que, paradójicamente, era el ser más tranquilo de los que se encontraban frente al establo.

—Josh, por favor. ¿Dime qué ha sucedido? —perseveró al tiempo que dejaba de agarrarla del brazo y se colocaba entre el empleado y ella. Si seguía manteniendo aquella rabia, pronto saltaría sobre el asombrado trabajador y lo apuñalaría. Sin duda alguna, la sangre de las hermanas era más zíngara que Moore. ¿Cuántas veces fue testigo de disputas entre los miembros de su pueblo? ¿Cuántas veces observó cómo arrojaban los cadáveres en las afueras del asentamiento para que los animales devorasen los cuerpos sin vida? Muchas. Incluso la suya pudo haber sido una más si la mujer a la que llamó madre no lo hubiera salvado.

—¡Díselo! —aulló la muchacha con fuerza.

Logan miró por encima de su hombro izquierdo al empleado y descubrió que estaba tan confuso que su rostro perdió el color de la vida. Luego centró la mirada otra vez en Josh y advirtió que toda la ira contenida se transformaba en llanto. Pero, como buena soldado, quiso eliminar lo único que la hacía vulnerable y se las quitó con las mangas de su camisa, bastante sucia. ¿Se habría caído del caballo?

—¿Qué intenta decir, Pascual? —le preguntó girándose hacia el hombre—. ¿Tienes algo que explicarme? —Su tono, suave pero tan firme como una roca en mitad de un río, hizo que el empleado se encogiera.

—¡Ha querido matarlo! —respondió Josephine fuera de sí.

—¿Matarlo? —preguntó Logan con esa voz diabólica. Frunció el ceño y no apartó la mirada de Pascual—. Tiene que haber un error, ¿verdad? Porque ordené que nadie tocara a este animal y, que yo sepa, lo que ordeno en mis propiedades se cumple sin réplica.

—¿Eso cree? —espetó Josh entornando los ojos y dando un paso hacia delante, pero Logan la frenó al ponerle de nuevo una mano sobre su hombro derecho.

—Quiero que me expliques qué ha sucedido y por qué has vuelto de esta manera —pidió a Josh sin mirarla, manteniendo sus pupilas clavadas en el hombre que, por el movimiento que realizaba su cuerpo, tenía la intención de salir corriendo en cualquier momento.

—He encontrado la marca de ese intento de asesinato bajo su cuello —explicó Josh tomando aire de forma brusca.

—¿En Galeón? ¿Estás segura? —insistió él.

—Sí —contestó Josh limpiándose las últimas lágrimas con la parte delantera de la camisa—. Cuando paré en la parte norte que me indicó, el caballo se inquietó y al mostrarle el puñal, para que se sintiera seguro a mi lado, levantó las patas como si quisiera defenderse de una agresión. Cuando pude calmarlo, empecé a buscar lo que me temía y... —sollozó—, lo encontré.

—Bien. Voy a... ¡Ni se te ocurra hacerlo! —le gritó al empleado que caminaba hacia atrás para huir.

—Milord... Excelencia... No me quedó otra... No quise matarlo... Solo intenté defenderme cuando...

—¡Cállate! ¡No quiero oír ni una sola palabra más! —tronó.

Despacio, se apartó de Josh, se dirigió hacia el caballo, que estaba muy tranquilo, y se colocó frente a él. Este, al notar y ver la presencia de su amo, levantó la cabeza, movió las orejas y relincho feliz.

—Hola, Galeón. ¿Te has divertido con Josh? —habló con suavidad mientras ponía las manos sobre el húmedo cuello—. Ella dice que tienes una marca y quiero comprobar que es cierto —continuó diciéndole al tiempo que arrastraba sus palmas por el pelaje.

Después de meterse entre los cuartos delanteros del animal, que no se movía ni para respirar, notó el sobresalto de la marca. Era tan grande como las dimensiones de una de sus palmas y más rugosa que la textura de la corteza de un árbol. Se apartó del corcel, sintiendo cómo la ira de su sangre zíngara se adueñaba de su persona, caminó decidido hacia el empleado, que lo miraba con ojos repletos de miedo, se colocó frente al susodicho y levantó la mano derecha con la intención de abofetearlo.

—¡No! —se escuchó.



Después de quedarse parada frente al lienzo demasiado tiempo, decidió abandonar el jardín y averiguar el motivo por el que Logan se preocupó al escuchar el relincho de un caballo. Mientras caminaba por la interminable

galería y confirmaba que se habría perdido si la doncella no le hubiera explicado el camino, meditó sobre el momento tan especial que habían vivido juntos. No entendía muy bien cómo había pasado del odio a la pasión, de las ganas de matarlo a querer tenerlo pegado a su cuerpo siempre, sin contar con la locura que ambos sintieron al entrelazar las lenguas repletas de su propia sangre. Se volvieron tan dementes que parecían dos sedientos trastornados bebiendo agua de un pequeño charco de lluvia. Pero, aunque ese acto no era sensato, debía asimilar que algo extraño brotó desde su interior en el momento que la saboreó. Sintió calor, luego se congeló. Vio luces y más tarde apareció oscuridad. Escuchó el sonido del cantar de unos pájaros, aunque cuando él apartó la cabeza para girarla hacia el lado contrario, descubrió que reinaba el silencio y que solo se oían las forzosas respiraciones que ellos mismos hacían para poder tomar aire. ¿Qué había hecho su cabeza? ¿Por qué le mostraba cosas que no eran ciertas? ¿Por qué se entregó a él con tanto ardor? ¿La causa de tal entrega fue la pasión que brotó desde su interior al pintarlo? Se abstraía con facilidad cuando se colocaba frente a un nuevo lienzo, pero eso no era motivo para anhelar todo aquello que él podía ofrecerle. Se había alejado del mundo cuando observó su mirada penetrante, al escucharlo hablar con aquel tono tan seductor y embriagador. Su cuerpo reaccionó con rapidez, como si lo hubiera esperado toda la vida, como si su pasado se hubiera borrado ante aquellos ojos y aquella voz. Sin embargo, necesitaba asimilar con tranquilidad las emociones que habían despertado en su interior. No podía caer en otro error y, tal como iba, no solo tropezaría, sino que esta vez el agujero sería tan profundo que tardaría años en volver a ver la luz de un nuevo día.

«Si no te arrepientes de lo que acabamos de hacer, de lo que ambos hemos sentido al estar juntos, esta noche no eches el cerrojo de tu puerta». La voz del vizconde apareció de nuevo en su cabeza para recordarle las últimas palabras que le dijo antes de marcharse. ¿Estaba dispuesta a dejarle entrar? ¿Sería capaz de hacerlo? Por primera vez en su vida, el alma que guardaba bajo su pecho y la mente coincidieron, solo esperaba no errar y terminar como aquel día.

Tras mucho tiempo caminando, terminó el angustioso pasillo, salió al exterior y abrió los ojos como platos al contemplar la escena que se mostraba ante ella. Josh sostenía un puñal en la mano derecha y apuntaba con fiereza hacia el lugar donde Logan caminaba. Este, mostrando una solemnidad sin precedentes, se paró frente al empleado, levantó una mano y, deduciendo Anne qué ocurriría, corrió hacia ellos gritando que no lo hiciera.

—¡No! —gritó horrorizada—. Por favor, no lo haga delante de nosotras —rogó.

Cuando los oídos de Logan captaron el grito suplicante de Anne, extrañamente se relajó. Se quedó tan calmado que parecía haberse tomado diez tazas de melisa. De inmediato, bajó la mano y la pegó a su pierna derecha para que no sucumbiera de nuevo al deseo de abofetearlo.

—¡Vete! —tronó con una voz tan ruda y cruel que se asemejó al diablo—. ¡Vete ahora mismo de mis tierras! Y espero que la vida te lleve tan lejos que no coincidamos nunca, porque si eso sucediera... ¡pagarás con creces tu desobediencia!

Y el sirviente corrió como un galgo.

Josh, al escuchar el tono que utilizó el vizconde, se cuadró como si fuera un soldado y solo pudo relajarse cuando sintió el cuerpo de su hermana cerca, abrazándola. Pero no apartó la mirada de aquel malnacido hasta que se perdió de su alcance.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó en voz baja Anne.

—Galeón es un mestizo —respondió Logan, quien la había escuchado con claridad—. Su madre se escapó del establo al entrar en celo y se apareó con uno de los percherones que el barón de Sheiton guarda en sus tierras. Por eso tiene ese pelaje sobre las pezuñas y es muy diferente a los que guardo en el establo. Desde que nació, no fue bien recibido entre los otros caballos y, como he descubierto, tampoco fue aceptado por el cuidador —continuó explicando al tiempo que regresaba hacia ellas.

—Ese bastardo quería matarlo porque dice que los mestizos deben morir —alegó Josh ofreciéndole una mirada a su hermana que ella entendió con rapidez.

—Ya ha tenido su merecido —la consoló Anne tras besarle la frente—. El vizconde se ocupará de que no vuelva a menospreciar las mezclas de las sangres.

—Por supuesto —masculló Logan—. Y ahora, si me disculpan, voy a llevar a Galeón a los establos para que descanse. Mientras tanto, señorita Moore —se dirigió a Anne—, puede encargarse de su hermana. Cualquier cosa que requieran se lo facilitará la doncella o la señora Donner.

—Sí, milord —respondió Anne algo más calmada. Abrazó con más fuerza a Josh, la giró e intentó conducirla hacia la residencia, pero antes de que dieran varios pasos seguidos, la joven se apartó de su hermana y corrió hacia el vizconde, quien ya estaba junto al caballo, llorando amargamente.

—¿Qué? —preguntó desconcertado Logan al verla parada frente a él—. ¿Quieres decirme algo más que...?

No concluyó la pregunta porque Josh se lanzó hacia él, lo abrazó y, con el rostro sobre su pecho, continuó un agónico llanto.

—Siento lo que has padecido —dijo sin saber muy bien cómo actuar ante una situación semejante. Natalie apenas lloraba y cuando lo hacía él era el culpable de ese llanto y sus otros hermanos, con los que vivió en *Salved Children*, solían esconderse entre los brazos de sus madres.

—Gracias, Logan —sollozó Josh—. Gracias por lo que acaba de hacer —continuó la joven. Se apartó despacio del vizconde, se apartó las lágrimas con los puños de la camisa y levantó con suavidad el mentón—. Usted es tan buena persona que, incluso antes de conocernos, respetó los orígenes de los demás. —Esa afirmación dejó a Logan inmóvil—. Usted ya sabía qué significaba ser un mestizo y por eso siempre nos ha tratado con tanta consideración —concluyó, haciendo referencia al nacimiento del caballo y a la bondad de este por mantenerlo vivo.

—Josh..., creo que... —intentó decir el vizconde un tanto desconcertado por las palabras de la joven.

—¡Usted nos comprende! —exclamó antes de abrazarlo de nuevo y dejarse llevar por otro desconsolado llanto.

—Sí, Josh, os comprendo perfectamente —respondió, acariciando el cabello rubio y clavando sus ojos en Anne.

Cuando Anne iba a susurrarle un gracias, el carruaje en el que había viajado Elizabeth apareció. Una vez que este estacionó en la entrada, se abrió la puerta y salió en primer lugar Howlett.

—¡Qué día más espectacular! —exclamó Eli al bajar con la ayuda del joven—. Creo que jamás me he divertido tanto. Eres increíble, Howlett, y me has ayudado muchísimo. Te prometo que no sé qué habría hecho sin ti.

—Puede pedirle al vizconde que la acompañe siempre que lo desee, señorita Moore —respondió Howlett sin poder borrar la sonrisa que mostraba su boca—. Siempre estaré dispuesto y orgulloso de servir a una dama tan sofisticada.

Ruborizada por el comentario, Eli caminó hacia la puerta, pero cuando advirtió que sus hermanas y el vizconde estaban a su izquierda se giró y...

—¡Santo Cielo! ¿Dónde has estado, Josephine? Tienes un aspecto horrendo —dijo asombrada.



## *Capítulo XXVI*

Durante el almuerzo, Elizabeth no cesó de hablar del viaje y de todo lo que encontró en las diversas tiendas que había visitado. Tras ese inacabable monólogo, concluyó que el jardín se vería muy tosco con tan solo dos clases de flores y que por ese motivo terminó comprando cinco semillas diferentes. También le propuso al vizconde plantarlas esa misma tarde. Como era de esperar, Logan no se opuso a su deseo, al contrario, la animó para que no perdiera tiempo. Una vez que Eli escuchó esas palabras de apoyo, no pudo ocultar su felicidad y mantuvo una sonrisa de oreja a oreja durante el resto de la comida.

Frente a ella se encontraba Josephine en absoluto silencio y con la mirada perdida. Al igual que los demás, sus pensamientos estaban lejos del salón. Aunque intentó eliminarlo por completo de su mente, esta rehusaba a hacerlo y la imagen del descarado que la había besado sin su consentimiento aparecía en su cabeza una y otra vez, al igual que surgía, continuamente, el escalofrío que padeció al sentir sus labios. Recordar aquel momento solo hizo que la ira aumentara tanto que deseó hacer retroceder el tiempo para, además de lanzarle el puñal con más fuerza, abofetearle en el preciso instante en el que su boca impactó sobre la suya. ¿Por qué la besó? ¿Acaso interpretó en alguno de sus movimientos en la lucha imaginaria que podría hacerlo? ¿Pese a no desearlo mostraba la imagen de una mujer tan descocada como Eli? ¿Por supuesto que no! Ella era una guerrera y exhibía una actitud severa, fuerte y cruel. Sin embargo, el osado la besó sin tener en cuenta su horrible apariencia. ¿Sería un demente? ¿Estaría tan trastornado que no fue capaz de diferenciar una elegante dama de un soldado manchado de sudor y barro? ¿Habría hombres que no buscaban muchachas elegantes sino jóvenes desastrosas? Esas y mil preguntas más aumentaron la irritabilidad que sobrellevaba durante el regreso, de ahí que apareciera de aquel modo en la residencia. No pretendía proyectar sobre el criado que hirió a Galeón toda esa cólera, pero tenía tantas ganas de matarlo que lo imaginó en aquella figura asustada y desconcertada. Por ese motivo, si había que buscar un culpable a su desesperada actitud debía señalarlo a él. ¿Se podía odiar tanto a una persona? ¿Debía declararlo como

su enemigo más peligroso? Pues sí. Lo odiaba tanto que, si se lo encontrara de nuevo, le daría todos los golpes que no le propinó cuando apartó sus labios de ella. Al recordar de nuevo ese momento y la frialdad que sintió su boca al separarse, Josh se movió incómoda en el asiento.

—¿Estás bien? —le preguntó el vizconde al observarla tan inquieta—. ¿Sigues enfadada?

—Lo estaré toda la vida —aseguró sin pensar. Aunque no mintió. Jamás haría desaparecer de su cabeza la cólera que le causó aquel miserable joven de cabello cobrizo con un peculiar mechón rubio.

—Si lo deseas, cuando terminemos de almorzar, podemos ir al establo y comprobar que Galeón está en perfectas condiciones —comentó Logan para tranquilizarla, imaginando que su inquietud se debía a la situación que habían vivido con el empleado.

—No me gustaría robarle más tiempo —apuntó avergonzada por no ser capaz de relajarse ni de olvidarse del pelirrojo—. Como ya ha indicado, esta tarde acompañará a Elizabeth en el jardín.

—Puedo hacer ambas cosas —declaró él depositando la servilleta blanca sobre la mesa—. Te prometo que estoy capacitado —alegó con tono burlón.

—Howlett puede ocupar tu lugar, si no te opones —intervino Elizabeth, que por el brillo que mostraban sus ojos era obvio que le resultaba más agradable esa alternativa que la de escuchar mil quejas del vizconde, pues sabía que no le agradaban tales quehaceres.

—¿Eso quiere decir que me consideras inservible para hacer un mísero agujero en la tierra y meter dentro una de esas semillas? —le preguntó burlón.

—No... ya sabes que... —intentó decir Eli bastante avergonzada por la propuesta.

—Tranquila, no te preocupes, estaba bromeando. Seguro que Howlett es mejor compañía que yo; le agradecerá pasar la tarde a tu lado más que almidonar los trajes que he de ponerme los próximos días —respondió reclinándose sobre el respaldo del asiento sin borrar la sonrisa de su rostro.

Miró de manera furtiva a Anne y no le agradó descubrir que mantenía una pose rígida. No había hablado y apenas había comido. Se mantenía distante, tanto como Josh o él. ¿Estaría pensando en lo ocurrido en el jardín? ¿Se arrepentiría o estaría barajando la posibilidad de dejarle pasar a su habitación cuando llegara la noche? La segunda opción le resultó tan agradable y placentera que su cuerpo tembló de ansiedad. Sin embargo, hizo algo que no había hecho hasta el momento: reprimirse. Algo en su interior le gritaba que no

debía tratarla como a las demás, que era especial y que necesitaba demostrárselo. Pero... ¿qué significaba para él el término especial? ¿Que podría yacer con una mujer que, bajo su piel, tenía sangre tan zíngara como la suya? ¿Por eso se hallaba tan feliz? Dirigió la mirada a Eli, pues seguía hablando de las flores, luego a Josh, que continuaba con el ceño fruncido y finalmente regresó a Anne. ¿Qué tenía ella que la hacía tan irresistible? ¿Por qué su boca aún saboreaba su piel? ¿Era capaz de hechizar a un hombre con un miserable beso? ¿Hendall sintió la misma pasión que él había tenido en el jardín? ¿Se habría entregado a él con tanta facilidad? Ahora, el que fruncía el ceño era él. Odiaba ese pasado de Anne, lo odiaba tanto que deseó hacerlo desaparecer; esa noche, a la mañana siguiente o en cada momento que pudiera, lo conseguiría. Borraría todas las huellas de Dick y plantaría las suyas, igual que Elizabeth sembraría sobre aquella tierra inservible las semillas que compró. Y Anne florecería solo y exclusivamente para él. Lo único que debía calcular era la forma de hacerlo sin agobiarla y sin que ella pensara que sería otra amante más.

—Entonces, ¿habéis podido empezar el retrato? —Elizabeth abandonó el tema de las flores para que Anne reaccionara de una vez. Durante todo el almuerzo había permanecido en silencio y expresaba, con descaro, que la presencia del vizconde seguía incomodándola. ¿No era consciente de que Logan era un buen hombre y que hasta el momento solo había hecho cosas buenas por ellas? Si no cambiaba su actitud, esa misma noche hablarían a solas y la pondría en su lugar.

—Sí —contestó Anne sin levantar la mirada de su plato.

Apenas había tomado bocado de aquella succulenta comida y estaba segura de que la señora Donner le preguntaría el motivo y la regañaría, pero tenía el estómago cerrado. La visión del vizconde al levantar la mano para asestarle un bofetón al criado, pese a que se lo merecía por desobedecer una orden, la dejó tan confundida como asustada. Nunca imaginó que él pudiera adoptar una conducta tan severa, aunque no debía olvidar que era un aristócrata y que muchos de ellos se hacían respetar por la fuerza. En milésimas de segundo, el hombre adorable, pasional y seductor que había tenido cerca pasó a ser el villano más terrible del mundo.

—He de decir que me ha sorprendido la facilidad con la que tu hermana pinta —declaró Logan mirando a Eli—. Después de obligarme a posar de mil horrendas formas, se quedó callada, clavó sus ojos en el lienzo y se abstraigo del mundo que la rodeaba. Imaginé que esa actitud se debía a que no halló el

perfil hermoso de mi rostro, pero me equivoqué. Cuando me acerqué, ella ni siquiera notó mi presencia y observé la belleza de los trazos que realizaba. Confieso que me ha asombrado su talento. Había oído hablar del don que posee, pero me negué a confirmarlo hasta que lo he visto con mis propios ojos. —Esperaba que aquel comentario, aunque fuera un poco hiriente, la apartara de sus pensamientos y la hiciera participar en la conversación. No quería contemplar más tiempo su rostro afligido, como si se arrepintiera de lo que había sucedido entre los dos. Le urgía ver de nuevo a esa mujer apasionada que se abrazó a él y que se rendía a la lujuria.

—Ninguna de las clientas que ha tenido hasta el momento se ha quejado de su trabajo. Anne ha conseguido sacar la belleza de todas las mujeres que ha retratado, pese a que algunas de ellas eran tremendamente horrendas —apuntó divertida Eli.

—¡Elizabeth! —exclamó Anne levantando al fin el mentón.

—¿Estoy mintiendo? —replicó—. ¿Has olvidado a la hija de los Sharun? ¿Existe en el mundo una joven más desagradable para la vista? Sin embargo, tú supiste embellecer todos los rasgos que la afeaban. Pero he de declarar que, aunque esos atormentados padres quedaron muy satisfechos, debieron recriminar tu trabajo porque lo que hiciste no fue real.

—Esa muchacha tiene un buen corazón... —murmuró Anne mirando a Eli—. Y eso fue lo que yo plasmé en el lienzo. La belleza exterior no es eterna, como bien sabes. Lo que de verdad se mantiene con el paso del tiempo es lo que se guarda bajo el pecho.

—¡Bobadas! —respondió Eli añadiendo un gesto de desdén con la mano derecha—. Esa joven podrá ser muy hermosa de corazón, pero hasta ahora... ¿qué valeroso caballero se ha atrevido a pedirle un baile? Y eso que, según tengo entendido, sus padres aportarán una suculenta dote al audaz esposo. Pero cada vez que asiste a una fiesta permanece escondida en el rincón más alejado del salón y es incapaz de responder cuando se le pregunta.

—La timidez no es una desgracia —masculló Josh, acordándose de su hermana.

—Lo sé. Pero si se quiere lograr algo en la vida, hay que sacar agallas y pelear —manifestó Elizabeth con orgullo.

—No todo el mundo tiene tu descaro —le recriminó Josh—. Muchas nacemos con cierta...

—Si pretendes que me sienta culpable porque nuestra hermana pequeña se incluye en el grupo de muchachas tímidas y sin valentía, puedes guardar esa

lengua viperina dentro de tu boca. Madeleine es tímida porque aún no es capaz de aceptar la belleza con la que ha nacido. Cuando lo asuma, cambiará el carácter.

—¿Belleza? ¿Ahora dices que Madeleine es hermosa? ¡Por favor! —bufó Josh levantándose del asiento—. ¿Cómo puedes ser tan despiadada para hablar de esa forma? ¿Lo haces porque él está presente y quieres aparentar una imagen de ti misma que no te corresponde? —Señaló a Logan con el dedo—. Pues no continúes, la hipocresía no te sienta nada bien. He de decirle, vizconde, que desde que puedo oír con claridad, mi adorada hermana Elizabeth se ha reído de nosotras porque dice que el color de pelo de Madeleine es semejante al de las zanahorias y el mío al de la mujer más vieja del mundo.

—¿Yo? —espetó Eli abriendo los ojos como platos al tiempo que notaba cómo sus mejillas ardían por la vergüenza.

—Tú, sí. No te hagas la confundida, hermana, porque eso no está dentro del carácter descarado que posees —aseveró Josh cruzándose de brazos frente a la mesa y mirándola como si quisiera arrancarle aquel bonito tocado con florecillas rosas.

—¿Qué le pasa a tu color de pelo? —intervino Logan que, ante la nueva discusión familiar, también se cruzó de brazos.

—Dice que nací con la luna sobre mi cabeza —explicó Josh enfadada—. Y que tengo más aspecto de bruja que de muchacha cristiana.

—¿Por qué le dices eso? —le preguntó él a Eli enarcando las cejas.

—Yo... Yo... no le digo...

—¡Porque mi cabello no es rubio sino más bien blanco! —contestó Josh—. Según mi querida hermana, esto —apuntó cogiéndose la coleta y mostrándola a la vizconde— indica que soy vieja, aunque no haya cumplido los dieciocho, y por ese motivo solo se fijarán en mí los hombres octogenarios.

—Pues a mí me encanta tu cabello cuando lo llevas limpio —declaró Logan con tranquilidad—, y seguro que Madeleine es tan hermosa como cualquiera de vosotras.

—Gracias —comentó Josh, haciendo que toda esa rabia que sentía por la disputa se eliminara con tanta rapidez que perdió hasta la fuerza—. Es la primera vez que alguien dice algo bonito de mí —añadió tomando asiento de nuevo.

—Todas sois especiales —prosiguió Logan—. Cada una poseéis algo

que os hace únicas. ¿No crees que el mundo sería ridículo si todas las mujeres fueran iguales? A mí, particularmente, me dejan extasiado aquellas que poseen cabello oscuro y ojos marrones —confesó mirando de reojo a Anne a ver si se atrevía a regañarle por no cuidar sus palabras delante de unas jovencitas. Pero nada, seguía sin inmutarse—. Y espero que muchos hombres no posean los mismos gustos o me veré en la obligación de enfrentarme a ellos cuando encuentre a mi mujer —agregó suspicaz—. Estoy seguro de que vuestros futuros esposos os amarán tal como sois y alabarán vuestras diferencias.

—Yo no quiero un esposo —masculló Josh.

—¿Crees de verdad que mantendrás tu soltería eternamente? —preguntó el vizconde levantándose, acto que las hermanas imitaron al momento—. Pues te equivocas. No podrás alejarte del hombre que cada vez que te observe muestre la necesidad de tenerte entre sus brazos, de protegerte y de amarte hasta la muerte.

—Eso también se lo he dicho yo —afirmó Elizabeth extendiendo la mano para apoyarse en el brazo de Logan—. Pero no me escucha. Se ha propuesto convertirse en un soldado y...

—Y tú no deberías humillar a tus hermanas para sentirte superior a ellas —la interrumpió Logan a modo de regañina—. Recuerda que cada una posee objetivos diferentes y no debes poner zancadillas para lograrlos.

—Yo no me siento inferior a ellas —refunfuñó Eli.

—¡Oh, claro que no lo hace! Se siente tan extraordinariamente superior que se ha propuesto casarse con un aristócrata —comentó con tono mordaz Josh.

—¿Podéis parad de una vez? —intervino al fin Anne, quien caminaba junto a Josh—. Estáis ofreciendo un espectáculo bochornoso.

—Ya lo he zanjado —declaró Eli sin mirarlas—. Pero no soy yo quien persiste, tal vez deberías ordenarle a Josh que mantenga la boca cerrada pues, como buena soldado, jamás desobedecerá una orden.

—¡Te voy a arrancar ese moño! —gritó Josh lanzándose hacia su hermana.

Pero no la alcanzó, Logan se giró hacia la joven, paró ese salto que había dado hacia Eli, la empujó hacia atrás y se colocó en medio de las dos. Con los ojos abiertos como platos, pues no daba crédito a lo que se había formado en un santiamén, miró a Anne y esta mostraba el mismo asombro que él. ¿Cómo podían pasar de una conversación sobre absurdas flores a una pelea de tirones de pelo? ¿En qué momento la inocente charla pasó a una guerra? Con las

manos abiertas para que Josh no buscara la zona más apropiada para arrancarle a Eli su tocado floral, respiró hondo e hizo brotar la actitud de tutor que autoproclamó como suya.

—Tenéis un segundo para reconsiderar este inapropiado comportamiento antes de que decida castigaros —aseveró adoptando el tono de un padre—. Si no mostráis un arrepentimiento sincero, no saldréis de vuestras habitaciones hasta que se me olvide lo que acaba de ocurrir. ¿Eso es lo que deseáis, pasaros el resto de la semana recluidas en vuestras alcobas? —Miró primero a Eli y luego a Josh.

—No —respondieron al unísono.

—En ese caso, pedíos perdón —insistió el vizconde con voz ruda.

—Lo siento, Eli —dijo extendiendo la mano hacia ella.

—Perdóname, Josh —respondió aceptando ese gesto cordial y pacificador.

—Eso está mucho mejor —apuntó Logan apartándose de las hermanas—, y ahora, si necesitáis descansar, retiraos a vuestros aposentos.

—¿No puedo ir a los establos? —preguntó Josh con tristeza—. Quiero ver cómo está Galeón y, si continúa durante la tarde el buen tiempo, me gustaría sacarlo de nuevo.

—Puedes hacer lo que te plazca mientras no vuelvas a meterte en otro lío —convino él.

—¡Gracias! —exclamó feliz. Se acercó al vizconde y, antes de que pudiera reaccionar, le dio un beso en la mejilla—. ¡No me esperéis para tomar el té! —gritó entusiasmada corriendo hacia la puerta.

—¿Eli? —le dirigió la pregunta, enarcando la ceja derecha.

—Si aún puede acompañarme Howlett, me gustaría aprovechar las horas de luz para comenzar los arreglos del jardín.

—No hay problema. Dile a Kilby que informe a su sobrino del nuevo plan y no salgas de la casa sin su presencia. Espera, no te vayas, quiero pedirte una cosa más —dijo señalándola con un dedo.

—¿Sí? —preguntó con una actitud tan sumisa que Anne pensó, durante un momento, si lo que estaba observando era real o se trataba de otra de sus alucinaciones.

—Durante tu estancia en mi hogar, no quiero que vuelvas a decirle a Josh que es fea porque no lo es, ¿entendido? —aseveró con firmeza.

—No lo haré más, te lo prometo —respondió agachando la mirada.

—Bien, en ese caso, tú también puedes retirarte.

—Gracias —respondió. Hizo una leve reverencia y, murmurando palabras que solo ella oyó, abandonó la sala.

Silencio...

No sabía que amaba tanto el silencio hasta conocer a las hermanas. ¿Cómo podían ser tan volátiles? ¿Si eran más peligrosas que cien hombres recluidos en su barco! ¿Cómo afrontaba el pobre médico situaciones como la ocurrida? ¿Dios le habría bendecido con el don de la paciencia o con el de la sordera? Caminó despacio hacia su lado izquierdo, separándose de la inmóvil Anne, se acarició el rostro con angustia, se volvió hacia ella y la miró suplicante.

—¿Se comportan siempre así? —preguntó tras suspirar y colocar las manos a ambos lados de su cintura.

Anne lo contempló sin parpadear. Su rostro reflejaba no solo agonía, sino también desesperación. ¿Dónde estaba el hombre que levantó la mano al criado? ¿Y su rudeza? Nada de eso observó ya en él, parecía tan humano como el resto del mundo. Se llevó una mano a la boca para aplacar la carcajada que deseaba brotar ante esa visión tan angustiada, pero no pudo acallar el estruendo de su risa.

—Sí, siempre se comportan así —comentó entre largas respiraciones—. ¿Pensaba que le resultaría fácil convivir con nosotras? ¿Que seríamos tan dóciles como las mujeres que ha encontrado en su vida? —añadió divertida. Se habían esfumado. Los sentimientos apesadumbrados que soportó durante el almuerzo desaparecieron de inmediato al contemplarlo en la intimidad. Era tan vulnerable como ella y tan volátil como sus hermanas. Tal vez, solo tal vez, su actitud frente al sirviente tuvo una razón diferente a la de ensalzar su poder.

—¿Cómo controla tu padre estas situaciones? —quiso saber mostrando en sus gestos y en su tono de voz una exagerada angustia. Si por fin había roto el muro que había construido Anne durante el almuerzo, estaba dispuesto a que no lo levantara de nuevo. Necesitaba a la mujer que se escondía bajo aquella mirada esquiva.

—Debido al trabajo de mi padre, es mi madre quien las llama al orden —contestó al tiempo que descubría que él regresaba a su lado.

—¿Cómo lo logra? —preguntó colocándose frente a ella. Sus manos regresaron a su rostro y lo frotó desesperado.

—¿Mantenerlas calladas o firmes? —quiso saber. Sí, aquello era tan inverosímil como divertido. El gran seductor parecía abatido por la actuación de dos pequeñas muchachas. ¡Y eso que Mary se había quedado en casa! Él no



podía imaginar lo que se podía formar en su hogar cuando las cinco permanecían juntas.

—Ambas cosas —confesó extendiendo las manos hacia el suelo, como si se resignara ante una situación difícil de controlar. Pero si quería llevar a cabo el plan que había ideado en milésimas de segundo, necesitaba seguir mostrando desconcierto y desesperación. ¿No era la hermana mayor? ¿No ayudaría a Sophia en los momentos más difíciles? Pues eso era lo que debía darle a entender, que estaba viviendo el día más duro de su vida y que le urgía su auxilio. Una vez que ella estuviera a su lado, lucharía con todas sus armas de seducción para que regresara la mujer que estuvo en sus brazos y que jadeaba con sus caricias.

—No lo sé, tal vez mi madre posee el carácter adecuado para adoctrinar a sus cinco hijas, pero solo ella sabe la verdad.

—Anne... —dijo mirándola con ojos suplicantes.

—¿Sí, milord? —respondió adoptando con rapidez un trato cortés.

—Tienes que ayudarme —declaró aguantando la furia que le provocó escuchar cómo ella ponía otra vez distancia entre ambos.

—¿Ayudarle en qué? —dijo abriendo los ojos como platos.

—No podemos dejarlas solas. Mucho me temo que, pese a que me lo han prometido, buscarán un momento para enfrascarse en otra discusión y no me cabe la menor duda de que el tocado de Eli saldrá disparado de su cabeza —explicó con aparente aflicción.

—Si han dado su palabra, seguro que la cumplirán —las defendió como haría cualquier hermana mayor.

—Mi hermana Natalie también le hizo muchas promesas a Roger; en una de ellas le juró que jamás se casaría con el sobrino de Arthur Lawford. Y, ¿qué sucedió?

—Se casó con él... —murmuró Anne confundida al oírle hablar de un asunto tan privado.

—¡Exacto! —exclamó caminando hacia la salida—. Te necesito, Anne, mucho más de lo que puedas imaginar.

Esas palabras fueron más sinceras de lo que esperaba. Sin embargo, en el contexto en el que las había utilizado no le resultaron ni directas ni extrañas. Si su experiencia no le fallaba, Anne era de las personas que no eran capaces de negarse a ayudar a los demás y él sería el hombre más necesitado del mundo.

—Pretendía pasarme el resto de la tarde matizando el boceto... —alegó

clavando la mirada en el suelo y frotándose las manos.

—¡Perfecto! Le diré a uno de los criados que trasladen el caballete y todo lo que necesites al exterior. Mientras prosigues con el lienzo, yo vigilaré de cerca a esas dos fierecillas. —Se quedó parado en la puerta, esperando a que ella avanzara, pero no lo hacía. ¿Qué le ocurría? ¿No le apetecía acompañarlo? O quizás...

Meditando sobre ese posible quizás, que no había reparado en él porque su cabeza había estado centrada en cómo aplacar la discusión de las hermanas, Logan regresó a su lado, colocó bajo su barbilla un dedo y levantó el mentón de Anne con suavidad. Al ver que su rostro mostraba tanta confusión como antes, se acercó despacio y le dio un tierno beso en los labios.

—¿Qué te ocurre? —murmuró sin apenas separar su boca de la de ella—. ¿Qué te preocupa? ¿Te arrepientes de lo que hicimos en el jardín? ¿No quieres que esté a tu lado? ¿Por qué no me llamas Logan cuando estamos solos?

—¿No cree que nos hemos dejado llevar por una emoción absurda? —preguntó mirándolo a los ojos.

—¿Emoción absurda? —repitió permitiéndole captar en su tono de voz que esa descripción lo había herido—. No. No pienso que me haya dejado llevar por algo así. Creo que he demostrado la atracción que siento por ti y que no puedo ni quiero mantenerme lejos, aunque estés bajo mi protección —declaró con severidad.

—Pero... —susurró bajando el rostro, uno que se levantó al momento con la ayuda de la mano derecha de Logan.

—No hay peros, Anne. Me siento tan atraído por ti que hasta he sopesado la irracional idea de que me has embrujado. He de ser sincero contigo, desde que has aparecido en mi vida, haces que sea una persona diferente, una que olvide... —Al ver que ella tenía la intención de preguntarle a qué se refería, prosiguió mirándola a los ojos—. ¿Sabes por qué al final no golpeé a ese maldito criado?

—No... —murmuró.

—Porque escuché tu voz. Si no hubieras aparecido, le habría dado un buen escarmiento. Sin embargo, tenerte, escucharte y sentirte hace que recobre la cordura y aparezca en mí el hombre que verdaderamente soy.

—Y... ¿quién es? —insistió en averiguar mientras su corazón latía a un ritmo desenfrenado.

—Quédate conmigo y te lo demostraré. Tenemos veintiocho días para que lo averigües —le dijo separándose de ella lo justo para que tomara su brazo.

—No debe demostrarme nada. No pretendo...

—¿Qué no pretendes, Anne? ¿Hechizarme? Pues lo has hecho —comentó antes de cogerle una de las manos y entrelazar sus dedos con los suyos. Se los llevó a la boca y los besó con ternura—. Te prometo que dejaré mi alma al descubierto, que podrás ver el hombre que en realidad soy y, si no sientes aquello que ha nacido en mí, te dejaré marchar.

—¿Cómo puede decirme esas cosas? ¿Cómo se le ocurre perturbarme? ¿Cómo...?

Anne no finalizó su última pregunta, Logan la hizo callar con otro beso, aunque este no fue ni tierno ni dulce, sino apasionado, loco, descontrolado, lujurioso. Su cuerpo reaccionó con rapidez al calor de su boca, al movimiento de su lengua en su interior, a las caricias en su rostro con la mano que no entrelazaba la suya. Se sintió tan débil, tan frágil, que dudó si podría mantenerse de pie durante mucho tiempo.

—Digo esas cosas porque veo que tú me respondes con la misma intensidad —susurró entre jadeos—. Y ahora, mi querida Anne, si no quieres que te levante la falda de ese tosco vestido marrón y me deje llevar por la necesidad de hacerte mía, salgamos de aquí.

Muda y con la respiración agitada, Anne aceptó el brazo del vizconde. Caminó a su lado hasta que salieron al exterior, como si se fueran una pareja de recién casados que apenas puede separarse. Él abrió la puerta y la invitó a adelantarse. Una vez que se colocó en el balcón de fuera, una suave brisa calmó la abrasión que notaba en sus mejillas y la luz de los suaves rayos de sol le hizo cerrar levemente los ojos. Se llevó la mano derecha a la frente, utilizándola como visera, contempló su alrededor y se sintió extrañamente feliz. ¿Por qué su confesión le había causado tanto bienestar? ¿No entendía que lo único que lograría sería convertirse en otra amante del vizconde? ¿A eso aspiraba? En el momento en el que un extraño dolor apareció en su vientre, como si luchara contra esa nefasta idea, un ave graznó en el cielo. Levantó el rostro sin apartar la mano de su frente y se quedó sin aliento al descubrir que un inmenso cuervo los sobrevolaba.

—¿Me acompañas? —le pidió Logan, extendiendo de nuevo el brazo para que ambos bajaran los peldaños que les conducirían hacia la inmensa explanada verde.

—Sí —aceptó Anne sin dudar.

Mientras descendían juntos y él empezaba a hablarle sobre cómo encontró aquel lugar y la razón por la que lo adquirió, el cuervo siguió

volando sobre ellos y no desapareció hasta que, tres horas después, Anne y Logan regresaron a la residencia.

## Capítulo XXVII

El silencio volvía a reinar en el pasillo...

Anne se apoyó en la puerta de su habitación y suspiró. Habían pasado tres días desde que el vizconde le pidió que no echara el pestillo para dejarle pasar, pero él no se había presentado. La primera noche, mientras ella lo esperaba sentada sobre su lecho, llamaron a la puerta. Con el corazón latiendo en su garganta, pues pensaba que era él, caminó hacia la salida y, al descubrir de quién se trataba, tuvo una sensación extraña de alivio y tristeza. Elizabeth, después de pasar la tarde trabajando en el jardín, aparecía para agradecerle el cambio de actitud que mostró al vizconde durante la cena. «Sabía que al final te rendirías a su encanto», le dijo en mitad de la conversación. Y no tenía ni idea de cuánta verdad poseían sus palabras.

Durante el transcurso de esa tarde hablaron como si se conocieran desde la infancia. La conversación navegó entre la historia de cómo y por qué compró Harving House hasta su primer viaje en el barco, la tensión que padeció por ser el responsable de tantos hombres bajo sus órdenes y la satisfacción que notó al regresar. Luego continuó hablando sobre sus hermanos, incluso le narró miles de aventuras que vivieron siendo Natalie y él niños. La llegada de Evelyn a la vida de Roger y cómo su hogar se llenó de felicidad ante el inesperado nacimiento de Evah, la hija del marqués. Pero esa conversación amigable cambió cuando él intentó averiguar cosas sobre ella.

*—¿Por qué deseas marcharte a París? —La pregunta la sorprendió tanto que no supo qué responderle—. ¿Alguien te ha hablado sobre ella? —persistió mientras movía despacio el tallo de una margarita que había cortado del jardín.*

*Anne lo miró con cierta timidez. Debido al calor, se había quitado la chaqueta y mostraba una actitud demasiado íntima y relajada, pues se recostó sobre el asiento de piedra y estiró sus largas piernas.*

*—Sí —dijo al fin.*

*—¿Qué te contó para que quisieras vivir la agonía que supone hacer un viaje tan largo?*

—*Que allí encontraría la paz que busco. —Fijó de nuevo sus ojos en el lienzo y prosiguió dándole forma al contorno de las cejas ignorando el temblor de su mano. ¿Cómo podía ser tan diferente? En el jardín, mientras permanecían alejados de cualquier observador, se mostraba como el conquistador de mujeres que era. Sin embargo, en aquel momento, no había nada de seducción en sus gestos o palabras, sino complicidad, familiaridad y sencillez.*

—*¿Por la maldición? —preguntó antes de poner el pequeño tallo sobre sus labios, como si fuera un cigarrillo. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y cerró los ojos—. ¿Piensas que allí desaparecerá?*

—*No —contestó sin mirarlo.*

—*¿Entonces? ¿Por qué insistes en marcharte? —perseveró sin mover nada salvo su pecho al respirar.*

—*Una mujer debe labrarse un buen futuro si se niega a buscar un esposo que la mantenga —declaró con sinceridad.*

—*Entiendo... —murmuró antes de permanecer callado.*

*Cuando pensó que el tema había terminado, que él ya había deducido que su propósito era convertirse en la famosa retratista que su madre le indicó, se incorporó en el asiento para sentarse, la miró, como si hubiera sido testigo de un milagro, y le dijo:*

—*Es una ciudad muy libertina. ¿Lo sabías?*

—*No —respondió cortante.*

—*En ese caso, me alegro de que ese viaje se haya cancelado. Seguro que no te agradaría ver a hombres y mujeres entregándose a una fugaz pasión en cualquier rincón de las calles.*

*Ese atrevido comentario la dejó tan sorprendida que el carboncillo impactó sobre el suelo. Cuando se agachó a recogerlo, él ya estaba a su lado para ayudarla. Los dedos de la mano derecha sintieron las caricias de los suyos y no pudo evitar sentirse abrumada por ese tacto tan suave y delicado.*

—*Me habría muerto de pena si hubiera descubierto qué eres capaz de lograr en mí y me encontrara en la horrible obligación de abandonarte en un lugar tan lejano —le susurró mientras ambos se levantaban a la vez—. ¿Qué haría yo sin esos ojos marrones, sin poder oler el perfume de tu cabello o poder mirarte cada vez que lo desee?*

*Un golpe. Anne sintió un terrible golpe en el estómago. ¿Qué se proponía? ¿Enloquecerla con palabras melosas? ¿Así trataba a todas las*

*mujeres que habían pasado por su vida? ¿Y luego? ¿Qué sucedería después? ¿Y ella? ¿Cómo soportaría una vivencia parecida con el vizconde? Tenía que negarse a sentir, a desearlo, a anhelarlo, pero allí estaba, con un estupor parecido al que tendría una inocente muchacha cuando uno de sus pretendientes desea enamorarla con dulces y estudiadas frases.*

*—¿No recuerda que asesiné a los dos hombres que decidieron enamorarse de mí? —soltó la pregunta para defenderse de sus propias emociones. No podía contemplarlo con deseo, ni observarlo como si fuera el único hombre del mundo. Necesitaba recordarse que estaba maldita y que él podía terminar de la misma forma...*

*—No eran los apropiados —replicó con una sonrisa tan hermosa y atractiva que Anne no pudo apartar sus ojos de ella.*

*¿No le había dicho que estaba hechizado? Pues, amargamente, ella también lo estaba. Una extraña voz retumbó en su cabeza con tanta intensidad que pensó que le estallaría. No, no podía dejarse llevar por esa atracción, ni por ese salvajismo que le despertaba cada vez que la miraba. O adoptaba la postura correcta o terminaría desnuda en su lecho o en el de ella. Esa visión, que rápidamente proyectó su mente, le agradó tanto que un escalofrío la recorrió desde la punta de los dedos de los pies hasta la cabeza.*

*—¿Tienes frío? —preguntó sin escuchar la respuesta. Cogió su chaqueta, se colocó detrás de ella y se la puso sobre los hombros. Despacio, y tras echar un rápido vistazo a su alrededor para confirmar que todos estaban ocupados, le frotó los brazos y, justo antes de alejarse, le dio un beso en el cuello—. Sé muchas formas para que entres en calor, pero este no es el momento apropiado para demostrártelo.*

*Otro golpe en el estómago. Sin embargo, este fue acompañado de un angustioso escozor entre sus piernas. Sí, por supuesto, aquel pícaro intentaba seducirla hasta que le pidiera a gritos que le ofreciera todo aquello que le proponía, pero... ¿qué debía hacer? ¿Resistirse? ¿Luchar con todas sus fuerzas? ¿Por qué? Ya no era una jovencita virtuosa, hacía tiempo que había perdido la inocencia y, según su madre, pronto podría hacer lo que le antojase sin tener que dar explicaciones. Además, ¿no era ese uno de los motivos por los que deseaba marcharse a París? Sentirse viva, querida y enfrascarse en un torbellino de pasiones que aplacaran esa necesidad que renacía en ella con más fuerza. Su sangre zíngara había despertado y anhelaba justo lo que él quería darle.*

*Lo observó sentarse de nuevo y adoptar esa postura tan casual como familiar. ¿Qué pretendía?*

*—Fue en el segundo viaje que hice a esa ciudad —continuó hablando Logan—, cuando me hospedé en el burdel de la señora Gautier.*

*—¿Cómo dice? —preguntó ella sosteniendo con tanta fuerza el carboncillo que lo partió en dos.*

*—Que me hospedé en el burdel de la señora...*

*—¿Cómo es capaz de hablarme de una cosa tan íntima? —le recriminó.*

*—Te he dicho en el salón que voy a mostrar mi alma y dentro de ella se encuentra esa parte de mi vida. ¿Te escandalizas? No pensé que lo harías pues, como he descubierto, mantuviste una relación pasional con Hendall.*

*—No lo veo apropiado —masculló fijando sus ojos de nuevo en el lienzo y escondiendo detrás de este el bochorno de sus mejillas.*

*—Bien, si te escandaliza averiguar por qué me llaman Logan el conquistador, puedes hacerme tú las preguntas que veas oportunas —comentó divertido—. Aunque te aseguro que esa historia te gustaría.*

*—¿De verdad piensa que me haría feliz saber qué le hizo a esas mujeres? —espetó con indignación mientras colocaba sobre el lienzo sus manos y asomaba la cara por encima.*

*—¿Son celos lo que observo? —dijo aún más divertido y un tanto orgulloso. Se giró hacia ella, apoyó las plantas de sus zapatos en el suelo y le sonrió—. No imaginé que albergarías ese tipo de emociones hacia mí.*

*—No son celos —refunfuñó ocultándose de nuevo tras el cuadro—. Pero, sinceramente, sé que no me agrada ese tema.*

*—Bien, pues cambiemos de conversación... —propuso apoyando los codos sobre sus rodillas—. ¿Cómo fue tu infancia? ¿Siempre quisiste ser retratista? ¿Qué imagen te ha resultado más difícil? ¿Por qué te enamoraste de Hendall? ¿Nadie te informó que era un mujeriego y que sus empresas estaban en quiebra y que solo las sacaría a flote casándose con la hija de un buen hombre?*

*El cuerpo le temblaba. Podía sentir el movimiento alocado hasta de sus pestañas. ¿Ese era el propósito del vizconde? ¿Averiguar por qué se había prometido a Dick? ¿Con qué motivo? ¿Ridiculisarla? ¡Pues no lo iba a conseguir!*

*—Conocía la reputación de Dick —le aseguró con un tono de voz firme y contundente—, pero me juró que una vez que estuviéramos comprometidos*



su pasado quedaría atrás. ¿Usted no ha hecho esa promesa a ninguna de sus amantes? —le atacó.

—No, porque eso sería mentira y no me gusta engañar a las personas. Ellas siempre han sabido su posición y que no alcanzarían otra posibilidad —respondió con extrema contundencia.

—Y, aun así, ¿continuaron? —preguntó perpleja.

—¿No crees que merezco la pena? —replicó dibujando una gran sonrisa.

—No. He conocido muchos hombres más apuestos que usted. —Le mintió porque quería golpear su ego al igual que él hacía a su estómago cada vez que le hablaba de algo que no debía o le hacía sentir aquello que tenía prohibido.

—¿No? ¡Vaya! Me ha roto el corazón, señorita Moore. ¿Cómo podré recomponerlo? —comentó con aparente aflicción.

—Seguro que lo superará —murmuró escondiendo su sonriente rostro detrás del retrato.

—¿No tienes la sensación de que nos conocemos de toda la vida? —dijo al aire al tiempo que volvía a tumbarse sobre el asiento de piedra—. Porque yo sí. —Se mantuvo en silencio, pensativo, luego giró la cabeza hacia ella y buscó su mirada. No la halló, la mantenía escondida detrás de aquel grandísimo caballete—. ¿Sabes? Jamás he hablado con tanta tranquilidad con una mujer mientras intento aplacar la erección que guardo bajo mis pantalones.

Aquellas palabras le produjeron el tercer golpe en el estómago y una sensación tan placentera que notó cómo su cuerpo reaccionaba instintivamente. ¿Cómo podía ser tan granuja? ¿Acaso había descubierto que ella enloquecía con palabras y hechos descarados, esos que se asemejaban tanto a su sangre dominante? Porque, para cualquier zíngara que se preciara, halagos como esos causaban que su cuerpo hirviera.

Y justo cuando tenía pensado regañarle de nuevo, escuchó cómo el caballo, en el que cabalgó Josh durante toda la tarde, se acercaba.

—¡Es precioso! ¡Maravilloso! ¡Increíble! —exclamó Josephine premiando las hazañas del animal con fuertes caricias en el cuello.

—Bueno, también la jinete ha hecho una gran labor —comentó Logan levantándose de un salto. De pronto, el hombre canalla que había permanecido se alejó para convertirse en un responsable tutor—. La próxima vez debes recordar que Galeón salta mejor cuando la distancia es

*corta. Avanza demasiado rápido y afloja en mitad del trayecto —le explicó a la vez que acariciaba el mentón del caballo.*

*—Podría enseñarme, si eso no le hace perder demasiado tiempo —comentó Josh con ojos brillantes por la emoción.*

*—Buena idea. Si lo deseas, mañana después del desayuno podríamos dar un largo paseo. Allí arriba —le señaló el lado izquierdo, justo donde se encontraba una pequeña colina—, hay troncos caídos por la última tormenta. Ellos me servirán para enseñarte cómo hacerle saltar.*

*—¡Sí! ¡Sí! —gritó la joven llena de júbilo—. ¡Estaré encantada! ¿Qué piensas, Galeón? ¿Sí, de verdad? —dijo inclinándose hacia la tez del caballo como si estuvieran conversando—. Creo que a él también le agrada la idea.*

*—En ese caso, hazlo regresar a su cuadra y dale de comer y de beber. Tiene que reponer fuerzas para mañana.*

*—¡A sus órdenes! —contestó Josh llevándose la mano derecha a la frente antes de azuzar a Galeón.*

*—Es impresionante... —reflexionó Logan volviendo al asiento—. Te prometo que es la mujer más valiente que he conocido jamás. Estoy seguro de que, si hubiera nacido hombre, Gran Bretaña estaría a salvo de cualquier enemigo.*

*—Pero no lo es —comentó Anne sin apartarse del cuadro—, y ha de asumirlo tarde o temprano.*

*—Cierto —coincidió sin poder apartar la mirada de la joven—. No entiendo por qué desea mantener una conducta tan masculina, ¿es que odia la realidad?*

*—¿La de ser mujer? —quiso saber, el vizconde afirmó con un ligero movimiento de cabeza.*

*Metió el carboncillo en una talega que pendía del caballete y, al observar que la chaqueta se deslizaba entre sus brazos, introdujo las manos en las mangas. El calor que le proporcionó la prenda del vizconde y el perfume que emanaba a él la relajaron. Pero él no podía descubrir que también se sentía cómoda, aprovecharía ese momento para hacerle otra pregunta inapropiada. Por ese motivo, contuvo todos los músculos de su cara, se limpió las manos de carbón en uno de los paños que compró y avanzó por su lado izquierdo, justo en dirección contraria a la que se encontraba el vizconde.*

*—Debe comprender que la conducta que muestra no concuerda con su*

*naturaleza, aunque eso, en cierto modo, la hace más especial. Sin embargo, ha de ser consciente de que no puede lograr todo lo que aspira conseguir. Sin ir más lejos, la noche que pasamos bebiendo en la posada...*

*—Acto que estuvo fuera de lugar porque Josh no debió beber como si fuera un viejo bucanero —le interrumpió a modo de regañina.*

*—Pero he de confesar que nos vino muy bien a ambos —se defendió sin poder eliminar la sonrisa. Por fin salía a relucir la hermana protectora, al igual que ya empezaba a escuchar cómo su tono de voz no era tan esquivo. Le había asegurado que le mostraría su alma, solo esperaba que Anne hiciera lo mismo—. Ella me habló de sus sueños y tuve que explicarle que no serían reales.*

*—¿Qué le dijo? —preguntó girándose hacia él bruscamente y mostrando claras evidencias de terror en su rostro.*

*—Que los soldados no la verían como a una igual y que terminarían violándola —declaró sin miramientos.*

*—¿Por qué fue tan cruel?*

*—No fui cruel, Anne, sino sincero. Ella necesita que le hablen con claridad y que no la sigan engañando. Ya te he dicho que no me gusta mentir y menos a una joven como ella. —Su voz no vibró ni una sola vez. Expresando en cada palabra una acérrima franqueza.*

*Anne miró hacia la dirección que había tomado Josh, se frotó los brazos y, aunque era ilógico, al sentir el tacto de la chaqueta del vizconde se calmó de nuevo. Tal vez no había sido correcto que él le hablase de esa forma tan directa, pero no podía reprochárselo. Era la primera vez que alguien se dirigía a Josh con tanta sinceridad. Solo esperaba que ella no olvidara la parte más dura de ese sueño que se empeñaba en lograr.*

*—¿Qué le sucede a Madeleine? —le preguntó levantándose del asiento y caminando hacia ella. Solo paró de caminar cuando se colocó a su espalda.*

*—No le sucede nada. Ella es perfecta. Lo único que ocurre es que su timidez le impide hablar con otras personas que no seamos nosotros.*

*—Pues yo escuché su voz y he de admitir que me resultó angelical —manifestó sin moverse de su lado.*

*Logan inspiró hondo, captando todas las partículas invisibles que Anne desprendía de su perfume. Se perdía... Sí, estar tan cerca de ella le hacía perderse en un mundo que, hasta el momento, desconocía. Deseaba abrazarla, reconfortarla, susurrarle que él la ayudaría siempre y que no*

debía temer por lo que pudiera pasar entre ellos porque ni la maldición podría separarlos. Pero no era el momento, necesitaba más tiempo. Uno en el que ella descubriera quién era él en realidad y lo aceptara. ¿Que no le gustaba engañar? ¡Pues llevaba treinta y tres años mintiendo sobre su origen! ¿Qué pensaría ella si lo descubría? ¿Sería capaz de amar al zingaro y al vizconde? ¿O solo aceptaría al hombre que ostentaba un título nobiliario?

—Quizá, con el tiempo, encuentre una persona que la haga salir de la urna de cristal en la que ha decidido vivir —dijo Anne como reflexión sobre Madeleine.

—¿Y tú? ¿Saldrás alguna vez de la jaula en la que te has encerrado?

El aliento caliente del vizconde rozó la piel de su cuello causándole otro estremecimiento. Sin embargo, en esta ocasión, no se frotó los brazos, sino que los dejó caer. ¿Cómo podía derretir, con tanta facilidad, la frialdad que ella creó durante tantos años? ¿Anhelaba el contacto de un hombre o solo a él? ¿Por qué la abandonaba la entereza de la que se enorgullecía? ¿Qué tenía él de especial para admitir que lo había esperado toda la vida?

—Yo no estoy enjaulada, milord —respondió volviéndose hacia él.

Sus ojos, esos azulados iris la miraban con tanto deseo que se quedó inmóvil. Ese corazón que había mantenido aletargado durante muchos años latía desenfrenado y su mente, irracional cada vez que se encontraba frente a él, solo le gritaba que había llegado el momento de rendirse a lo evidente. Y, según esta, esa evidencia consistía en entregarse al hombre esperado. ¿Tendría su madre razón? ¿Los sueños serían verídicos? No, no podía ser. La persona que esperaba debía tener sangre zingara y el vizconde, salvo el color de su cabello, en todo lo demás mostraba su origen aristocrático. Entonces... ¿qué tendría a su lado? ¿Un idilio que finalizaría el mismo día que su contrato? ¿Eso era lo que deseaba?

—Lo estás —le aseguró acercando su boca a la de ella—, pero no tardarás en echar a volar, porque voy a ser el hombre que te abra la puerta de esa maldita jaula.

—¡Por el amor de Dios!

El grito de Elizabeth hizo que Logan saltara con rapidez hacia atrás y que Anne se pusiera rígida como una tabla. Ambos pensaron que los había descubierto, pero no fue así. La muchacha miraba hacia las faldas de su vestido mientras sacudía con furia las manchas de barro.

—¿Qué sucede? —le preguntó Anne saliendo a su encuentro.

—*¡La tierra es terriblemente mala! —exclamó horrorizada—. Howlett y yo debemos airearla bastante si queremos sembrar algo en ese terreno inerte.*

—*¿Airearla? ¿No te parece suficiente aire la brisa que tenemos durante la mañana? —preguntó jocoso Logan, quien había llegado hasta el lienzo y lo miraba como si estuviera estudiándolo.*

—*¡No me refiero a ese tipo de aire! —respondió divertida Elizabeth.*

—*¿A no? —contestó Logan enarcando ambas cejas, expresando de este modo su incertidumbre.*

—*Tenemos que hacer pequeños agujeros sobre la superficie para que el oxígeno atraviese la tierra. De este modo, las futuras raíces se mantendrán sanas y no se pudrirán.*

—*Pensaba que las hojas eran las que necesitaban oxígeno, no la raíz —prosiguió Logan acentuando el tono de perplejidad.*

—*Y es cierto —aseguró Eli quitándose el sombrero—. Sin embargo, se alimentan por la raíz y si esta no está sana, morirán.*

—*¿Le has explicado eso mismo al jardinero que pago una gran fortuna por cuidar este lugar? Sería conveniente informarle que necesita hacer pequeños agujeros por toda la finca —expuso con sarcasmo.*

—*¿Bromeas, verdad? —le preguntó Eli exhibiendo una gran sonrisa.*

—*¿Tú qué crees? —le respondió antes de extenderle el brazo para que ella lo tomara y regresaran al interior de la residencia.*

Durante esa noche, Josh no cesó de hablar sobre la magnífica tarde que había pasado con el caballo y Elizabeth de la buena relación con Howlett. Ambas estaban entusiasmadas y ansiosas de que llegara el nuevo día. Cuando se retiraron a sus alcobas, Anne las acompañó y se quedó esperando en la habitación la aparición de Logan, pero las horas pasaban y, salvo la escueta visita de Eli para conversar sobre su cambio de actitud, siguió sola hasta que se quedó dormida. Al día siguiente, cuando bajó a desayunar, Josh y el vizconde habían salido a dar el paseo que le prometió. Elizabeth continuó con su labor de labranza y ella se resguardó en una habitación, que Kilby le había preparado, para avanzar en el cuadro. Se pasó toda la mañana suspirando, recordando las sensaciones que había sentido al tenerlo cerca y añorándolo. Esto último la dejó bastante inquieta pues no llegaba a concluir si esa añoranza se debía a que había pasado la noche sola o que, realmente, empezaba a agradecerle su compañía, pese a comportarse con tanta osadía

cuando estaban solos.

¿De verdad quería hablarle de sus amantes? ¿Cómo era posible que conversara sobre ese tema tan privado sin importarle la opinión que le produciría? «¿No tienes la sensación de que nos conocemos de toda la vida?». Sí, la tenía, pero no debía confesar ese pensamiento con tanta facilidad. Primero debía asumir el motivo por el que se notaba tan distinta cuando estaba a su lado. Una vez resuelta esa cuestión, se centraría en las demás.

La tarde de ese mismo día fue muy parecida a la anterior. Mientras Eli proseguía con la plantación de las semillas, Josh cuidaba con mimo al caballo. El vizconde la acompañó a los establos, para seguir dándole consejos sobre una buena equitación. Ella, por el contrario, se quedó mirando el boceto sin saber cómo continuar. Era la primera vez que le faltaba inspiración. No podía avanzar, o tal vez no quería hacerlo sin que él estuviese a su lado. Llegó la hora de regresar y no había dado ni un mísero trazo nuevo. Todo seguía igual hasta que escuchó un tremendo grito. Al alzar su mirada y dirigirla hacia el lugar de donde procedía aquel aullido de felicidad, observó a Josh abrazando al vizconde con tanta fuerza que lo hubiera partido en dos si no hubiera poseído el porte tan fuerte.

—¡Me lo ha regalado! ¡Galeón es mío! —chillaba eufórica sin parar.

Por ese motivo, durante la noche, la única persona que la visitó fue ella, Josh. Estaba tan emocionada por la ofrenda del vizconde que no era capaz de conciliar el sueño.

Y llegó la mañana de ese día. Esperaba, deseaba y necesitaba que él permaneciera a su lado, que regresara ese hombre descarado y atrevido que utilizaba algún momento para hablarle con osadía o robarle un beso. Sin embargo, no permaneció en Harving. Según les anunció Kilby, el señor había tenido que salir para resolver ciertos asuntos administrativos. Anne no supo bien si la rabia que le sacudió en ese instante fue el tono que empleó el criado para hablarles o el hecho de que volviera a distanciarse de ella. Fuera lo que fuese, hasta que él apareció a la hora del almuerzo, tenía un humor de perros y estuvo a punto de romper el lienzo un millar de veces.

¿Por qué actuaba de esa manera? ¿No le dijo que desnudaría su alma? Entonces... ¿por qué prestaba más atención a sus hermanas que a ella? Salvo algunas miradas furtivas, durante los almuerzos y las cenas, no hubo nada más. Ni besos, ni palabras, ni roces intencionados. Frío. Parecía que se había convertido en un témpano de hielo. ¿Habría perdido el interés hacia ella? ¿Se habría dado cuenta de que no era una mujer apropiada para él?

Tras suspirar hondo y resignarse a lo evidente, regresó a su cama. Era la tercera noche y, como las anteriores, no pasaría nada entre ellos. Quizá se pensó mejor lo de su maldición y concluyó que lo mejor sería evitarla. Si era así, ahora no solo estaría confundida por las emociones que afloraban cada vez que lo observaba, con sus elegantes trajes o con esa sonrisa que les dedicaba a sus hermanas, sino también por ese deseo que aumentaba con las horas.

Despacio, se sentó sobre los pies de la cama, se lanzó hacia atrás y, con las manos extendidas sobre las almohadas, miró al techo. Tenía que centrarse en hacer su trabajo. No podía ocupar su mente con tonterías. Ya no era tan joven para llenar su cabeza de pájaros. Su pasado, ese que alguien le desveló al vizconde, era un muro que no podrían saltar pese a que aquella tarde ambos se dejaron llevar por una repentina pasión. Con los ojos cerrados, metió los dedos bajo las almohadas. Como bien decía Josh, el raso tenía un tacto tan suave que la invitaba a no salir de la cama nunca. Entonces, las yemas de su mano derecha tocaron algo. Sorprendida, se giró y colocó las rodillas sobre el colchón, levantó con rapidez esa almohada y se quedó mirando el papel que ponía su nombre durante bastante tiempo.

Él. Lo había escrito él. Esa forma de enlazar las oes o unir la a con la primera ene era suya. Con el corazón a mil, con las manos temblando, terminó cogiendo la nota.

*Mi querida Anne:*

*Perdóname por no acudir a tu habitación durante estas noches. Creo que, aunque lo he deseado con todas mis fuerzas, no debía hacerlo. Como te dije la primera tarde que pasamos juntos, eres especial y así quiero demostrártelo. Te he echado de menos porque me gusta mucho estar y charlar contigo. ¿Te he dicho que me siento tan tranquilo a tu lado que parece que te conozco de toda la vida? Sí, lo hice, pero ha transcurrido tanto tiempo que quiero repetírtelo cada vez que tenga la ocasión.*

*Que tengas un feliz sueño. Por supuesto, he de estar yo en él para que lo sea.*

*Si no consigues dormir, me encontrarás en nuestro jardín. Allí es donde he pasado estas dos noches, anhelando tu presencia y recordando el mejor momento de mi vida.*

*Tuyo,  
Logan*

## *Capítulo XXVIII*

¿Qué deseaba hacer? No tenía que pensar en si sería correcto o no acudir al jardín, lo adecuado era confirmar si quería ir en su búsqueda y aceptar todo lo que ocurriera entre ellos.

¿Qué le dictaba su corazón? Este no podía darle una respuesta sensata, pues latía con tanta fuerza que pronto saldría disparado de su pecho. ¿Y la parte de su cerebro que utilizaba la lógica, esa que Mary usaba desde que abría los ojos? No le hablaba, se mantenía tan en silencio que podía escuchar el canto de los grillos que había en el exterior. Solo le quedaba su instinto zíngaro y este le ordenaba, con más ímpetu que nunca, que dejara de poner tantas trabas y que corriera hacia él para entregarse en cuerpo y alma.

Con la emoción propia de una niña que está a punto de averiguar qué esconde su único regalo de cumpleaños, Anne guardó la nota de Logan donde la encontró, saltó de la cama, se puso la bata de seda negra y, sin hacer apenas ruido, salió de la habitación. ¿No lo había añorado? ¿No había querido estar a su lado? Pues tenía la oportunidad de recuperar el tiempo perdido, de disfrutar de esos besos que no le robó y sentir de nuevo la calidez que le ofrecían sus caricias.

Como si fuera un fantasma, bajó las escaleras y caminó por la extensa galería. Sus pies notaron el frío del suelo, pero tomaban con rapidez la temperatura que mantenía su cuerpo. ¿Todo a su alrededor le gritaba que hacía lo correcto o eran percepciones suyas? Porque no se encontró ni un solo criado, las luces permanecían apagadas y hasta sus hermanas decidieron no salir de sus aposentos para hablar con ella sobre el tema que les preocupara esa noche. Miró a través de las ventanas y, salvo la luz de la luna, que atravesaba las delgadas cortinas, nadie fue testigo de lo que pretendía hacer. Sí, tal vez el destino aprobaba su decisión.

Al llegar al edificio donde el vizconde realizaba sus habituales ejercicios físicos, respiró hondo, llenando los pulmones de ese aire tan masculino y que tanto la atraía. Era como un oso atolondrado por el olor de la miel de una colmena y que, aun sabiendo que las abejas lo atacarían al descubrir sus intenciones, no abandonaba su propósito de saborear ese succulento manjar.



Notando la suavidad de las baldosas, fue dando pequeñas pisadas hasta llegar a la puerta que daba paso al jardín. Sintió el latir de su corazón en la garganta, colocó la mano derecha sobre la manivela, la giró, abrió despacio y... lo vio. Tal como le había dicho, el vizconde la esperaba en el mismo lugar en el que permaneció al pintarlo. Su cabello suelto ondeaba al igual que la bandera de un barco. Su camisa clara se movía despacio sobre el ancho y fuerte pecho y sus pantalones, muy parecidos a los que utilizaba Josh, transformaban sus largas piernas en titánicas. Anne se llevó las manos al estómago, pues sentía de nuevo las alas de esos cuervos agitadas sin control, y lo miró anonadada. Le encantaba, la volvía loca de atar observarlo de aquella forma tan despreocupada, tan informal, tan salvaje. Si no conociera su verdadera identidad, no podría pensar en otra cosa que no fuera la palabra zíngaro. Su pose, su tranquilidad y ese equilibrio que se fusionaba con el entorno que lo rodeaba eran más propios de hombres selváticos que de estirados y controladores aristócratas. Pero no debía olvidar que él era un vizconde y que, en un futuro lejano, se convertiría en un marqués. Esa realidad suponía un enorme muro que jamás podrían derribar. Solo obtendría el remanso de la pasión durante un breve período de tiempo y después... borrarían de sus mentes los besos, las caricias, los jadeos que vivirían durante sus encuentros románticos. ¿No buscaba eso? ¿Sentirse viva y renacer de nuevo? Pues él estaba dispuesto a dárselo...

Apartando de su cabeza la tristeza que le proporcionaron esos pensamientos, bajó muy lentamente los cinco peldaños que la conducían hacia la pequeña explanada. Fue entonces cuando él notó su presencia. Se giró hacia ella y la miró con tanta admiración que Anne se sintió diminuta. ¿De verdad se emocionaba al verla? ¿Habría en esa mirada algo más que lascivia? ¿Su corazón también latía con fuerza cuando estaban juntos?

—Hola... —susurró extendiendo la mano hacia ella para que no se asustara y huyera al descubrir la felicidad y ansiedad que sentía por tenerla entre sus brazos, de besarla, de tocarla—. Ven, acércate. Quiero mostrarte el secreto más hermoso que guarda este jardín.

Sin poder negarse a esa petición, Anne se colocó a su lado. Logan le cogió la mano y, con un ligero movimiento, la colocó delante de él, pegando la espalda sobre su pecho, posó la barbilla sobre su cabello, que volvía a oler a flores silvestres, y la mantuvo unos segundos así, captando la calidez que había anhelado durante los días anteriores.

Dos noches. Había aparecido en la puerta de su habitación durante las

dos noches anteriores, pero no se atrevió a llamar. En la primera ocasión escuchó la voz de Elizabeth y en la segunda, la de Josephine. Al principio, pensó que Anne las convocó para que permaneciera alejado, sin embargo, tras oír las conversaciones que mantuvieron y apaciguar su ira, llegó a la conclusión de que estas habían aparecido para charlar sin previo aviso. De ahí que terminara por escribirle la nota. Si lo anhelaba tanto como él la extrañaba, acudiría a su llamada y, para su placer, ella respondió afirmativamente.

—Cierra los ojos —dijo con voz suave y melosa—, inspira el aire que nos rodea y escucha el silencio de la noche.

Eso mismo hizo. Cerró sus ojos, aunque reclinó aún más su cabeza sobre el torso del vizconde, apretó sus manos sobre los antebrazos fuertes y descubiertos, percibiendo el tacto del vello masculino, e inspiró el perfume al que hacía referencia.

—En Londres no podemos respirar esta fragancia tan exquisita —le susurró al oído—, ni ver con tanta claridad las estrellas que posee el firmamento.

—Lo siento —señaló Anne dibujando una gran sonrisa—, pero no puedo verlas porque me has dicho que cierre los ojos.

—No hace falta que los abras, yo te las puedo describir —murmuró tan cerca de su lóbulo derecho que sus labios lo tocaron al hablar—. Son brillantes, como pequeñas bolitas de fuego. Se esparcen por el inmenso cielo que tenemos sobre nosotros. Cuando la luz de sol nos ilumina, no podemos verlas, pero cuando llega la luna, se muestran en todo su esplendor. Algunas se agrupan para formar unas hermosas figuras. Las llaman constelaciones, aunque sigue sin agradarme esa palabra —continuó con esa voz aterciopelada—. De pequeño, mi hermano Roger me enseñó algunos nombres, pero no puedo nombrarte las ochenta y ocho que existen. —Sus dedos se extendieron a ambos lados de su cintura y comenzaron a acariciarla. Al notar cómo ella se estremecía, la abrazó con más fuerza y le dio un ligero beso en el cuello. Anne le respondió con un suspiro que él describió como el canto más hermoso que había escuchado—. Cuando viajo en el barco y no puedo dormir, porque tengo que resolver algún problema importante, subo a cubierta, me tumbo sobre el suelo y las cuento.

—¿Cuántas has llegado a contar? —preguntó arrimándose más a su cuerpo. Ese beso, tan buscado durante los días pasados, había llegado con tanta suavidad que la hizo suspirar de alivio.

Perfección. Esa era la palabra que definía con exactitud el encaje de

ambos cuerpos. Era tan alto, que ella parecía minúscula a su lado. Sus grandes y musculosos brazos rodeaban con facilidad su cuerpo y la acoplaban extraordinariamente a su torso y cintura. Notaba en la espalda las sosegadas vibraciones que realizaba en la respiración y, aunque le resultara extraño, era tranquila, calmada y tan apacible que eso mismo fue lo que le transmitió. Por ese motivo, en cuestión de segundos, se halló en un estado de relajación y de éxtasis inaudito. Su pasado, la maldición y toda la agonía que padeció antes de atravesar aquella puerta desaparecieron tan rápido que la sufrida y confusa Anne Moore murió en el primer paso hacia él, dando lugar a una nueva mujer llena de luz.

—Mil ochocientas cuarenta y nueve —respondió.

Al escuchar una cifra tan exacta, abrió los ojos, se giró hacia él y buscó en su rostro alguna señal de burla, pero no la halló. La seriedad era evidente, al igual que su veracidad.

—¿Por qué has llegado hasta ese número? —quiso saber. Extendió sus manos sobre el fornido pecho y luego apoyó el rostro, percibiendo el ligero cambio que había dado su respiración. Ya no era pausada sino nerviosa.

—Es el año en el que nací —respondió Logan, apoyando sus grandes manos sobre la espalda, percibiendo el suave tacto de la bata de Anne.

—Treinta y dos... —murmuró ella al hacer la cuenta de los años que él tenía, resolviendo que solo les diferenciaban cinco años. Muy pocos para aquellos que vivían un siglo, pero muchos para los que no superaban la adolescencia.

—Sí —contestó acariciándole la espalda de arriba abajo.

¿Cómo podía sentirse tan vivo cuando ella se mantenía de aquella manera? ¿Por qué deseaba confesarle tantas cosas que había guardado durante más de tres décadas? ¿Estaría asustado? ¿El hombre que había luchado con valor contra la furia del mar, quien utilizó su espada para sesgar la vida de aquellos salvajes que desearon robarle el barco, el amante que escapaba por los balcones ante la inesperada llegada del esposo, tenía miedo de que ella lo rechazara? No, no era el rechazo de Anne lo que le daba pavor, sino lo que su cuerpo le mostraba cuando se hallaba a su lado. Si alguna vez creyó alcanzar el éxtasis, se equivocó. Anne, con tan solo su presencia, con esa forma de apoyar su rostro sobre su pecho y sumirse bajo su protección, le hizo comprender que nada de lo que denominó felicidad era cierto. De nuevo, Roger tenía razón. Tal como le advirtió, cuando se encuentra a la mujer que te hace ser tú mismo, lo demás deja de existir. Y así la había recibido, tal como

era: un zíngaro. Un hombre que solo puede estar completo al tener contacto con la madre tierra.

—¿Te arrepientes?

La pregunta de Anne lo sacó de sus ensoñaciones. Agachó despacio el rostro, hasta que sus miradas se cruzaron, y observó cierta confusión en ellos.

—¿De vivir treinta y dos años? —respondió en broma—. Espero respirar muchos más. —No fue la contestación que ella esperaba, por eso agachó la cabeza, como si se avergonzara. Entonces las manos de él abandonaron la suave tela y las colocó a ambos lados de su cara, se la levantó, hasta que sus miradas se encontraron de nuevo y le habló, tan cerca de su boca que notaba el calor de su aliento rozar sus labios—. No puedo, ni podré, arrepentirme jamás de tenerte conmigo, Anne. Quiero dejarte bien claro que eres la única persona que necesito ahora y posiblemente... —Se quedó callado para no prometerle algo que ni él mismo podía asegurar. Sin embargo, ante esa batalla mental que libraba, solo su corazón quiso gritar las palabras que faltaban—. Siempre —le aseguró antes de besarla.

Anne sintió, a través de ese beso tan apasionado, desesperado y ávido, la añoranza que había tenido el vizconde, la misma que la suya. Era inconcebible que hubieran estado tantos años sin conocerse, que se hubieran odiado y que en un abrir y cerrar de ojos declararan que eran incapaces de separarse. ¿Todo era obra del destino, de Morgana o de ese poder zíngaro que bullía en ella al permanecer a su lado? Fuera la razón que fuese, se dejó llevar. Extendió las manos hacia ese cuello que había extrañado y lo acarició con las yemas de sus dedos. Ese pequeño roce causó un gemido ronco en el vizconde e, instintivamente, sus caderas se acercaron a él, para responderle que su placer era muy semejante al suyo.

—Que Dios se apiade de ti, Anne, porque hoy no voy a permitir que nadie nos interrumpa —declaró antes de cogerla por la cintura, como la vez anterior, y, entre sus brazos, la llevó hasta la zona del jardín con el césped recortado.

Sin dejar de besarla, sin poder hacer frenar sus manos, cesó la caminata en el lugar que deseó hacerle el amor desde el primer momento. Le prometió que era especial y aquello lo confirmaba. Ninguna mujer había ido a Harving House y, por supuesto, nadie había pisado aquella zona de la casa salvo él. Era su santuario y, después de hacerla suya, se convertiría en un lugar sagrado e íntimo para los dos. Con toda la delicadeza que pudo hallar en ese momento, la fue bajando hasta que sus pies descalzos tocaron la suave hierba.

—Anne... —susurró junto a su cuello al tiempo que sus manos, temblorosas por el deseo que recorría cada partícula de su cuerpo, desataban el lazo.

—Logan... —respondió ella mientras extendía los brazos hacia el suelo para que la bata de seda negra se desprendiera de su ardiente cuerpo con rapidez.

—Repite mi nombre, cariño —le pidió, deslizando pausadamente la prenda por sus hombros.

—Logan... —apenas pudo hablar a través de un murmullo.

—Eres tan perfecta, tan maravillosa... —continuó susurrándole.

Despacio, como si ella fuera una figura de porcelana que podría romperse en cualquier momento, Logan la fue acariciando. Primero sus dedos tocaron los brazos, haciendo que el vello se erizara a su paso. Continuó con el cuello, con el pequeño escote que mostraba el camisón y, sin poder apartar la mirada de ese rostro angelical, prosiguió con sus pechos. Al notar que los pezones se habían endurecido por él, volvió a gruñir de satisfacción y el deseo, acrecentándose en cada respiración, le nubló la vista. Era suya. Por fin Anne sería suya... Con una lentitud dolorosa, hizo que sus pulgares rodearan esos pequeños y duros montículos excitados por la pasión. Esos diminutos toques causaron una gran agitación en Anne y, para no caerse, sus manos se aferraron a sus corpulentos hombros. Al escucharla jadear, al ser testigo de ese fiero escalofrío, Logan la besó de nuevo con tanto ardor que la devoró. Su lengua bailó al compás de la de ella, entrando y saliendo de esa boca sensual, como si estuviera haciéndole el amor. Las grandes manos se aferraron aún más a esos montículos que abarcaban su palma. Los apretó, los exprimió como si fueran dos naranjas a las que debía sacarles el jugo. Ese acto perverso, hizo que ella se arqueara hacia él, haciendo que sus caderas, cubiertas con un fino camisón, rozaran las suyas, descubriendo de este modo que estaba tan excitado como ella. Duro, como una barra de acero, su sexo reclamaba aquello que ya marcaba como propio.

Sin dejar de besarla, sin dejar de saborearla e invadirla con su lengua, Logan apartó las manos de sus pechos y las fue bajando hasta colocarlas sobre las caderas. Una vez que sintió en sus dedos la textura de esa carne sensual que aún seguía oculta por la prenda, la apretó con la misma fuerza que oprimió sus pechos. Rudo. Por primera vez en su vida no era suave sino tosco, brusco.

—Logan... —volvió a nombrarlo con una voz tan suave que apenas era entendible.

—Sí, Anne. Lo sé. Voy a calmar tu necesidad y de este modo también saciaré la mía —le ronroneó en el oído.

Su lengua recorrió el largo y suave cuello, después siguió por ese pequeño escote y, mientras sus manos alzaban despacio el camisón, su boca apresó el pezón derecho sobre la tela. La presión de sus dientes sobre el botón erecto hizo que ella gimiera y echara la cabeza hacia atrás. Ese acto, ese comportamiento tan sumiso, provocó un gran estallido en Logan y su parte salvaje tomó fuerza. Con la voracidad de un hombre que había encontrado a la mujer con la que viviría eternamente, se apartó y terminó de quitarle esa prenda que impedía averiguar su verdadero tacto. El cabello oscuro de Anne se movió agitado al pasarle el camisón por la cabeza.

—Déjame que te mire —pidió al observar cómo ella extendía sus manos para ocultar ciertas partes de su desnudez—. No me robes este momento, cariño, porque lo he estado esperando desde que te conocí.

Sin retirar la mirada de esos ojos azules, atendió su petición. Anne retiró la mano de sus pechos y del triángulo de entre sus piernas. Debía sentirse una ramera, una mujer sin moralidad. Sin embargo, al contemplar la mirada hambrienta del vizconde, todos sus prejuicios desaparecieron. Hermosa. Eso era lo que expresaban los ojos de Logan. Que era la mujer más hermosa. Su corazón, alocado, descontrolado, casi abandonó su pecho para salir disparado hacia él y sus entrañas gritaron que necesitaban a ese hombre en su interior. Sin dudarle un solo instante, extendió las manos hacia la camisa, se la sacó del pantalón y con urgencia se la quitó. Al igual que había hecho ella, el cabello del vizconde bailó al desprenderse de esa prenda.

—Logan... —murmuró al descubrir una enorme cicatriz blanca que abarcaba desde su ombligo hasta el pecho izquierdo. Acercó la mano derecha hacia esa herida ya curada y la acarició.

—¡Dios, Anne! —exclamó echando la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo el placer de ese tacto recorría cada célula de su cuerpo—. Me gusta eso...

—¿Te gusta que te toque? —se atrevió a decir, convirtiéndose en una mujer descarada y segura de su poder de seducción.

—Sí —jadeó Logan al sentir otra vez aquellos suaves dedos recorriendo la marca que le recordaba quién era en realidad y lo que intentó hacerle su abuela cuando su madre murió desangrada en el parto. Gracias a la mujer que él llamó madre, solo quedaba en su piel el recuerdo de una pronta muerte.

—Y a mí me gusta hacerlo —respondió ella acercándose aún más.

Apoyó ambas manos sobre el torso desnudo y lo fue palpando hasta que

pudo describir la impresión de aquella ruda piel y la aspereza del vello que lo cubría. Escuchando los jadeos de Logan, colocó los pulgares en ambos pezones, tan erectos como su sexo, y los rozó.

—¡Joder! —exclamó con un aullido desesperado—. Sigue, Anne. Avanza por mi cuerpo...

Y eso fue lo que hizo. Acarició cada pulgada de piel de su torso y sonrió al notar cómo la respiración del vizconde se hacía más angustiada. ¿Nadie lo había acariciado? ¿Ninguna mujer había trazado con las manos su magnífica figura? Sintiendo dichosa, acercó la boca y reemplazó sus dedos por los labios. Entonces notó que las palmas de él se colocaron sobre su cabello, amasándolo, manoseándolo como si intentara liberarla de un peinado inexistente.

—Anne... —volvió a nombrarla, aunque esta voz utilizó un tono tan débil que la dejó perpleja.

No. Nadie lo había tocado de ese modo y ella estaba ardiendo en deseos de continuar. Su boca, que aún seguía sobre el esternón, fue bajando lentamente hacia el ombligo. Metió los dedos sobre la cinturilla del pantalón y, apoyándose en ella, continuó besándolo hasta que sus labios se abrieron para que la lengua ocupara su lugar. El sabor tan masculino de Logan la hipnotizó, la enloqueció hasta el punto de que sus rodillas desnudas tocaron el suelo. La barbilla, esa que siempre levantaba cuando quería mostrar orgullo, tocaba la excitación que seguía oculta bajo el pantalón. Quería, deseaba, necesitaba continuar y seguir adquiriendo en su boca aquel sabor tan varonil. Despacio, con una lentitud enloquecedora, sus manos dejaron la cinturilla para colocarse en el botón. Al desabrocharlo, su erección la recibió.

—¿Quieres matarme, verdad? —Logan se inclinó hacia ella para admirar esa visión tan perfecta de Anne. ¿Era una diosa? Porque así la definía en aquel momento. La diosa más maravillosa, más ardiente y... suya.

—Mi propuesta, querido vizconde, es saciar lo que ambos añoramos... —intentó decir mientras introducía sus manos bajo el pantalón, palpando el sedoso y duro miembro.

—Pues... adelante... Soy todo tuyo... —murmuró entrecortado. Cerró los ojos y se dejó llevar por las caricias suaves de Anne.

No quería comparar. No tenía por qué hacerlo, pero su mente no pudo pensar en otra cosa que no fuera hallar las diferencias entre el sexo del vizconde y el de Dick. Allí donde algunas veces encontró un miembro algo flácido, el de Logan estaba tan duro que su vagina se contrajo, como si

quisiera evitar la futura invasión.

—Anne... —musitó al notar los dedos acariciar el glande. Húmedo por la excitación, por el deseo, por la llegada de un sueño.

Anne bajó despacio el pantalón y las calzas hasta que se quedaron sobre las rodillas. Tal como había imaginado, no solo su sexo era robusto, sino que sus piernas eran dos barras de hierro forjado en el fuego del dios Hefesto<sup>(7)</sup>. Sus palmas abandonaron el duro falo y se posaron sobre las caderas masculinas. Salvaje y anonadada por todo aquello que le hacía sentir, la parte zíngara de Anne brotó de sus entrañas y, sin vacilar, lamió y saboreó ese glande mojado por la excitación. La respuesta de Logan apareció de inmediato. Apresó entre sus dedos el cabello de Anne y la incitó a que prosiguiera. Así hizo. Ella continuó besando y saboreando ese miembro masculino que, cuando lo metía en el interior de su boca, temblaba al igual que el resto del cuerpo.

—Sí... —susurró Logan, acercando sus caderas al rostro de Anne. Con los ojos aún cerrados, escuchando su propia respiración y la intensidad de su corazón, suspiró hondo, aceptando el placer que ella le ofrecía con la boca y con sus manos. Pero al percibir que ese estado de pasión lo llevaría a estallar antes de poder tomarla, tiró del cabello de Anne hacia atrás, abrió los ojos y le dijo—: Mi querida zíngara, acabas de marcar tu destino y no es otro que el de estar conmigo.

Atolondrada por ese comentario, se levantó, lo miró sin parpadear y, justo cuando iba a preguntarle el motivo por el que había dicho tal insensatez, Logan se quitó los pantalones y la tumbó con brusquedad sobre ese manto de hierba.

—Mi turno, querida —dijo antes de besarla con tanto fervor que su alma salió disparada por la boca hasta que él se alimentó con ella.

Con las manos recorriendo el cuerpo desnudo, Logan concluyó esa andadura sobre el triángulo que ella intentó ocultar. Con los dedos abrió los esponjosos pliegues, húmedos por la excitación, y buscó el clítoris. Cuando lo halló tan hinchado, no se demoró en asaltarlo. El cuerpo de Anne se retorció, se agitó tanto que parecía evitar esos roces violentos, duros y dominantes.

—Deliciosamente mía... —susurró Logan una vez que apartó esa voraz boca de ella. Metió un dedo en el interior de la vagina de Anne y, al encontrarla tan resbaladiza y prieta, volvió a besarla con ardor.

Esa invasión, que le resultó tremendamente placentera, hizo que ella arqueara las caderas hacia esa mano para que no cesara jamás. Y no paró.



Mientras el pulgar jugaba con su clítoris, un dedo entraba y salía hasta que la abrió tanto que terminó por introducirle dos.

—Logan... —sollozó Anne al notar cómo el cuerpo le ardía y le dolía, pues su necesidad de ser calmada aumentó a límites indefinibles.

—Quiero besarte, lamerte, saborear cada rincón de tu cuerpo —le aseguró al tiempo que besaba su pecho, su vientre, su ombligo y, cuando le abrió las piernas para tener una visión perfecta del sexo femenino, se relamió los labios—. Todo esto es mío —pronunció antes de que su lengua recorriera los resbaladizos pliegues.

Anne extendió las manos hacia la hierba y arrancó todas las que se enredaron entre sus dedos al notar la boca del vizconde. Cerró los ojos, alzó aún más las caderas y se arrastró por el placer que la boca masculina le ofreció. La mordió, absorbió toda su esencia, la penetró con la lengua tantas veces que perdió la poca sensatez que aún le quedaba. ¿Cómo podía convertirse en una loca, en una adicta a esas rudas mordidas, a esas caricias tan dominantes y posesivas?

—Logan..., por favor... —rogó al notar cómo su vientre ardía, cómo el dolor que sentía en su sexo era tan horrendo que no podía ser calmado salvo por su invasión.

Envuelto en una neblina de deseo, Logan abandonó la parte que había devorado hasta colocarse encima. Mientras con una mano acoplaba su sexo frente al de ella, la miró anonadado. Sus ojos brillaban como las estrellas del cielo nocturno y su aliento impactaba sobre su rostro para aumentar su temperatura.

—Anne..., dime que me deseas, que anhelas lo que voy a darte —le pidió al tiempo que apoyaba sus palmas sobre ambos lados del lujurioso rostro y la embestía por primera vez.

—Te deseo... y anhelo lo que me vas a ofrecer... —jadeó al sentir cómo la penetraba.

—Repite mi nombre. Quiero escucharlo cada vez que entre en tu cuerpo, cada vez que te haga temblar, cada vez que te muestre que eres... mía —demandó con un tono cargado de deseo y de algo que no había sentido nunca: ansiedad.

—Logan... Logan... —dijo sintiendo esos duros embates, esas invasiones dominantes y posesivas.

—¡Oh, sí, Anne! —gritó antes de besarla, antes de hacer que sus caderas se clavaran en las de ella, uniéndolos, convirtiéndolos en un solo ser.

Ese zíngaro que había obligado a mantenerse distante apareció tan salvaje y desesperado que apartó al vizconde, al hombre que había mostrado al mundo para transformarlo en el gitano que negó ser. Sin dejar de penetrarla, de entrar y salir de ella, sin poder apartar la boca de esos labios que lo recibían con avidez, Logan sintió cómo el cuerpo de Anne se agitaba al compás del suyo. Todo a su alrededor desapareció. Solo quedó una persona, un alma, una mujer: ella.

—¡Te deseo tanto! —exclamó mediante un grito cuando el clímax empezó a surgir.

—Y yo —le respondió, clavando las uñas en la espalda con tanta fuerza que atravesaron la ruda piel.

Entonces llegó. El cuerpo de Logan tembló al culminar, el verter su semilla en el interior de Anne, al llenarla de él, de su esencia, de su masculinidad, de vida. Con la respiración entrecortada y sin salir de ella, se apartó ligeramente para observarla. ¿Había dicho que era una diosa? Pues lo era. Anne era su diosa, la única que podría estar a su lado... siempre.

Una vez que la respiración se relajó, se tumbó a su lado y la abrazó con tanta fuerza que volvieron a ser uno solo.

—Eres... Yo... deseo... —intentó explicar el vizconde.

—Soy y seré una más —dijo ella sin mirarlo—. Lo que aquí ha ocurrido es... No quiero que...

—No digas nada. No quiero que estropeemos este momento con absurdas definiciones —le susurró él.

Logan le besó despacio el cabello. No hacía falta que le explicara nada. Él ya suponía qué iba a decirle, por ese motivo lo único que hizo fue abrazarla y reconfortarla. No debía temer por la maldición, ni mantenerse alejada de él al pensar que moriría como sus dos pretendientes. Necesitaban tiempo y estaba dispuesto a dárselo. Una vez que admitiera que entre ellos podía haber algo más que encuentros pasionales, le pediría que fuera suya para siempre. Solo esperaba que para conseguirla no tuviera que hacer alusión a su secreto...

## *Capítulo XXIX*

Durante la semana siguiente actuaron con mucha discreción. Mientras estaban acompañados de Elizabeth o Josephine, se mantenían distantes y sus conductas eran frías y un tanto huidizas. Apenas hablaban y cuando lo hacían, sus conversaciones fueron tan nimias que hasta sus hermanas resoplaban por el aburrimiento que les causaba oír temas tan absurdos.

Por las mañanas, Anne avanzaba en el retrato mientras que Logan no cesaba de quejarse del terrible pesar que sufría al permanecer inmóvil durante tanto tiempo. Hasta que no era salvado por alguna de las jóvenes Moore, seguía quejándose como un niño pequeño. Pero cuando se apartaba de su lado para acudir a la llamada de socorro de la oportuna hermana, Logan le dirigía una mirada tan ardiente que la hacía temblar y excitar al mismo tiempo. No había duda que el magnetismo que se había forjado entre ellos era tan irrompible como la hoja afilada de Excalibur y fraguaban esa relación cuando todos los habitantes de la casa se retiraban a sus alcobas. Si en algún momento pensaron que aquella fogosidad disminuiría con el paso del tiempo, erraron. Cada vez que se encontraban, cada vez que estaban solos, el vínculo entre ellos se hacía más fuerte, más sólido. Esta inesperada relación asustó muchísimo a Anne puesto que no había noche que no luchara contra sus nuevos sentimientos y sus deseos. ¿Por qué todo le resultaba tan difícil? ¿Por qué le dolía el pecho cuando pensaba que pronto llegaría el fin? ¿Sería capaz de olvidar sus besos, sus caricias, sus palabras y el tono tan solemne que utilizaba para expresarle que le pertenecía? Si no hubieran pactado que solo mantendrían un romance fugaz, admitiría, sin duda alguna, que sus gestos, sus hechos y esas frases que le susurraba cuando hacían el amor eran verdaderas. Porque, aunque no debía imaginar que serían reales, lo parecían. Además, tenía que ser sincera con ella misma y asumir que a su lado hallaba un bienestar que nunca sintió con Dick. Ahora entendía muchas cosas sobre la pasión y el deseo. No había comparación posible entre ellos. Mientras que Dick la utilizaba para su propio placer, el vizconde le ofrecía todo aquello que había añorado y esa era la razón por la que el miedo aumentaba... ¿Qué sucedería el día que ella partiese hacia Londres con sus hermanas? ¿Por qué

diablos no se comportaba tan frívolo como Dick?

—No entiendo por qué a la gente le gusta tanto contemplar el mar. —El comentario de Elizabeth la apartó de esas conclusiones tan terribles como bellas. La miró de soslayo y sonrió al verla afanarse en una incansable lucha por mantener el sombrerito inmóvil sobre su cabeza.

Aquella mañana, tal como les había prometido el vizconde la tarde anterior, hicieron una excursión a la playa. Pero Eli no paraba de quejarse desde que salieron. Josh, en cambio, parecía feliz e ilusionada. Caminaba por la orilla, con los pantalones marrones remangados hasta las rodillas y con los pies metidos en el agua. A su lado permanecía el vizconde. Anne desvió la mirada hacia ellos y los observó en silencio. Jamás imaginó que él pudiera comportarse de ese modo tan familiar y sencillo con ellas. Se había quitado la chaqueta, la corbata y el chaleco, dejándolos en el interior del carruaje. Su camisa blanca intentaba ocultar ese cuerpo esculpido por sus ejercicios y trabajos en el barco. Sus largas piernas vestidas con un pantalón de casimir negro mostraban la fortaleza propia de un hombre de su tamaño. Al igual que Josh, se remangó las perneras hasta las rodillas y su mano derecha sostenía los zapatos y calcetines para no dañarlos con el agua marina. Anne suspiró al ver cómo la suave brisa impactaba sobre él y cómo su cabello, recogido en una coleta, empezaba a soltarse para presentar una imagen tan salvaje como erótica. Ansió con todas sus fuerzas ser ella quien pasara a su lado, pero como habían hecho hasta el momento, si querían continuar con la relación que habían pactado, debían proseguir con el plan, que consistía principalmente en no exhibir el afecto que sentían y continuar viéndose en secreto.

—Según he escuchado, la sal es buena para la piel —comentó Howlett.

Al ayuda de cámara, tras crear un vínculo afectivo con Elizabeth, se le permitió acompañarla a todos los lugares que visitaba y, por supuesto, la playa también se encontraba dentro de sus nuevos quehaceres.

—¿Estás seguro de eso? —le recriminó Eli con mordacidad—. Porque jamás me he sentido tan sucia. He comido un sándwich repleto de asquerosa tierra, tengo el vestido, las medias y los zapatos manchados de arena, las prendas se pegan a mi cuerpo como si fuera un labrador que ha trabajado en el campo durante una intensa jornada veraniega, el viento me está estropeando el peinado y no puedo soportar este horripilante olor... —añadió haciendo una mueca de desagrado.

—Le aseguro que esto es mucho mejor de lo que parece —insistió Howlett sentándose a su lado para evitar que la brisa impactara sobre su

nueva amiga hasta arrancarle el bonito sombrero—. Si hubiera navegado, como he tenido que hacer yo, rodeada de hombres apestosos, gruñones y maleducados, seguro que tendría una percepción más favorable de esta excursión.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Eli horrorizada al imaginarse en un barco rodeada de malolientes marineros, cuyos únicos objetivos eran hacer sus necesidades fisiológicas desde la cubierta del navío.

—¿A que ya no le resulta tan horrible? —preguntó divertido el joven.

—¿Cómo pudiste soportarlo? —quiso saber Eli mientras luchaba por mantener limpia la falda de su vestido verde esmeralda.

—Bueno, el vizconde aceptó que permaneciera en su camarote el tiempo que estipulara necesario. Así que puede deducir que me pasé semanas enteras almidonando trajes que no solía ponerse —explicó con serenidad.

—¿Por qué dices que no solía ponerse? —se interesó Elizabeth que, cansada de luchar contra el viento, decidió quitarse de una vez por todas el sombrero.

—Porque los marineros no van vestidos. Por muy terrible que le parezca lo que voy a confesarle, ese tipo de hombres suelen ir medio desnudos —comentó divertido Howlett. —¿Medio desnudos? —soltó escandalizada Eli—. ¿El vizconde también se convertía en uno de ellos?

No era capaz de imaginarse a Logan adoptando una actitud tan poco apropiada para un caballero de su linaje. Que los demás actuaran de una forma salvaje podía asumirlo, pero... ¿un aristócrata, un futuro marqués? ¡Jamás! La clase alta debía mostrar su condición y su poder allá donde asistiera.

—¡Por supuesto! —respondió Howlett con una sonrisa pícar—. Cuando llegábamos a un nuevo puerto, todas las mujeres que lo contemplaban rezaban para que esa figura bárbara y aristocrática las eligiera como amantes.

—¡Howlett! —le reprendió Elizabeth—. ¿Cómo puedes tener una lengua tan atrevida? ¿No sabes que debes mantener en secreto lo que sucede en la alcoba de tu señor?

—No le he insinuado cuántas pasaron por los aposentos, mi querida señorita Moore —continuó con sarcasmo—, lo único que admito es que el vizconde tuvo una vida muy intensa...

Entre carcajadas, los dos dieron por finalizada la conversación y decidieron dar un paseo alejados del mar y de la arenisca. La única que no se rio por el comentario fue Anne, quien había apretado los puños y los había enterrado en la arena para que ninguno de los dos pudiera verlos. ¿Mujeres?

¿Cuántas habían visitado la estancia de Logan durante sus viajes? ¿Por qué iba semidesnudo? ¿No conocía la definición del término pudor? ¿Mostraba su hermoso cuerpo como si fuera un gallo rodeado de gallinas? Sus mejillas empezaron a enrojecerse y su pulso se aceleró. Celos. Por primera vez en su vida un ataque de celos se adueñó de ella. Odió a esas mujeres y le odió a él por ser un conquistador de corazones. «Eso es lo que eres, Anne Moore, otra mujer que se ha rendido a su poder de seducción. Sin embargo, has sido tú quien ha impuesto esa condición», se recordó. Sí. Eso era lo que habían acordado: dos amantes que viven y disfrutan de un tiempo de libertad y pasión hasta que llegase el fin.

Sin apartar los ojos del vizconde, suspiró hondo. En el fondo las entendía. Las odiaba con todas sus fuerzas, pero también las comprendía. ¿Quién no soñaría con yacer con un hombre que emanaba tanto poder como salvajismo? ¿Quién no desearía ser besada por esa boca o acariciada por esas fuertes manos? Y... ¿quién no esperaba gemir de placer cuando fuera poseída de esa forma tan brusca y feroz? Ninguna mujer debía privarse de un deleite semejante. Logan había nacido para amar y a eso mismo se dedicaba.

Justo cuando iba a apartar la vista de ellos, él la observó y, al contemplarla tan rígida y encolerizada, levantó la ceja izquierda en señal de pregunta. Pero Anne, en vez de apartar la mirada, como siempre hacía, la mantuvo fija, transmitiéndole a través de sus ojos la cólera que sentía y que no podía mermar con facilidad.

—Creo que va siendo hora de marcharse —comentó Logan a Josephine al percibir las dispares emociones de Anne. Se sentó sobre la arena y tras limpiarse los pies, se puso los calcetines y los zapatos. Se levantó, recolocó el pantalón y volvió a mirarla.

¿No le gustaba la playa? ¿No disfrutaba con las vistas de aquel hermoso lugar? Tal vez había errado al concluir que ella podría apreciar la belleza de aquella zona y, en vez de pasar una magnífica jornada, se hallaba sumida en un terrible pesar.

—¿Tan pronto? —gimoteó Josh, intentando que ese sollozo infantil la ayudara a hacerlo cambiar de opinión. Pero al observar la actitud del vizconde, se sentó, se puso las medias cortas y las botas—. Todavía no me ha explicado cómo venció a esos terribles asaltantes —insistió mientras se levantaba y se colocaba de nuevo a su lado.

—Es una historia bastante inapropiada para una jovencita de tu edad —dijo a modo de excusa mientras caminaba hacia Anne. Esta, al ver que se

acercaban, se levantó de un brinco, palmeó la falda de su vestido granate y se giró, dándoles la espalda. ¿Qué diablos le ocurría? ¿Qué había sucedido durante su escueta ausencia para que se sintiera tan incómoda?—. Además, el verdadero protagonista de ese momento fue Giesler. Si él hubiera venido te habría narrado ese atroz episodio...

En ese preciso instante, fue consciente de que habían pasado algo más de diez días y que no había tenido noticias de su amigo. ¿Qué le habría ocurrido para no responderle? ¿Seguiría atormentando la vida de aquellos hombres que habían humillado a Mary? ¿O se había mantenido en Londres porque no quería sufrir otro ataque como el que padeció en el hogar Moore? No, no podía tratarse de eso. En la misiva que le envió le dejó bien claro qué hermanas viajarían con Anne y le aclaró que la mujer que le lanzó aquellos tubos, como si fueran dardos venenosos, se quedaría en Londres. Entonces... ¿por qué no había acudido a su invitación?

—El señor Giesler es el hombre a quien apunté con mi arma, ¿verdad?  
—Josh, avergonzada al recordar lo que hizo aquel día, se puso las manos a la espalda y caminó junto al vizconde con la mirada clavada en el suelo.

—¿Por qué lo hiciste? —quiso saber Logan, sin poder apartar los ojos de Anne, quien caminaba decidida hacia el carruaje.

Ofendida, enfadada y bastante soberbia. Eso declaraba la extraña y repentina actitud de ella. Ahora, más que nunca, deseaba encontrar un hueco para hablarle y averiguar el motivo de esa conducta tan arrogante.

—Porque entró en nuestro hogar y no apartó la vista de Mary ni un solo segundo —manifestó a través de un largo bufido.

—¿Le habrías disparado? —preguntó dibujando una enorme sonrisa.

—¿Sabe que no fue capaz de apartar sus ojos del cuerpo de mi hermana?  
—resopló indignada—. Madre siempre le advierte que no debe salir de la habitación en camisón, pero ella no hace caso a nadie y esa mañana se presentó en lo alto de la escalera con una apariencia inadecuada.

—¿Quieres decir que...? —Se paró, la miró y se carcajeó.

¡Menudo truhan! Esa parte de la historia no se la contó, la guardó para él. Le dijo que ella le lanzó todo lo que halló a su alcance, pero se olvidó de narrarle el momento en el que descubrió la figura de la hermana en camisón. ¿Sería de seda transparente como los que utilizaba Anne? De ser así, ya adivinaba el motivo por el que Philip no había respondido ni aparecido. Estaría babeando como un perro detrás de la erudita Moore.

—Sí —respondió Josh visiblemente enojada—. Por mucho que le pedí

que dejara de mirarla, ese caballero no me hizo caso.

—¡Tenías que haberle disparado! —exclamó Logan antes de alborotarle ese cabello rubio tan claro.

—¿Usted cree? —le preguntó indecisa Josh.

—Sí que lo creo. Porque mucho me temo que él la seguirá viendo de esa forma tan poco decorosa el resto de su vida. Un hombre es incapaz de apartar de su mente la imagen de una hermosa mujer en camión —aseguró al tiempo que continuaba su camino hacia el carruaje.

—Pues la próxima vez le prometo que lo dejaré ciego —sentenció la muchacha, comentario que causó otra sonora carcajada al vizconde.



No se había equivocado, Anne estaba enfadada y no tenía ni la más remota idea del motivo. Una vez que los cinco se acomodaron en el interior del carruaje, ella no apartó la mirada de la ventana. Tres horas con el cuello tan estirado le causaría un terrible dolor. Pero no atendió ni contestó a las miserables preguntas que hizo. Fueron sus hermanas y Howlett quien, ante su silencio, respondieron a sus demandas. ¿Qué diantres ocurría? ¿Qué se había perdido mientras paseaba con Josh por la playa? ¿No le pareció correcto que se tomara esa pequeña libertad? Ella, mejor que nadie, debía de entender que entre la jovencita y él se había creado una relación afectiva muy semejante a la de hermandad. Además, su principal objetivo con Josh era que reconsiderase esos planes futuros que había tramado. De ahí que le hablara sobre las batallas y penurias que sufrió durante sus viajes. Sin embargo, Anne no parecía complacida, al contrario. Se mostró tan irascible que estuvo a punto de levantarse del asiento, cogerla de los hombros y gritarle qué demonios le ocurría.

—¡Al fin! —exclamó Elizabeth feliz al ver los tejados de Harving House—. Recuérdame que no vuelva a pisar una zona costera. Ha sido horrible...

—¿No te ha gustado? —espetó Logan intentando buscar alguna señal que le explicara si ese era el motivo por el que Anne se mantenía tan distante.

—¡No! —le respondió Eli con rapidez—. Prefiero mil veces la niebla pesada de Londres que la brisa húmeda y pegajosa de ese lugar.



—¡Pues yo estoy encantada! —intervino Josh cruzándose de brazos por el pecho—. Admito que al principio el bochorno me impidió respirar. Pero según pasó el tiempo, mi cuerpo se adaptó con facilidad.

—¡Hueles a pescado! —le recriminó Eli, tapándose la nariz con dos dedos—. ¿De verdad te gusta oler de esa forma?

—Salitre —la corrigió Logan—. Se llama salitre y os aseguro que es bastante beneficioso para la piel. En mis incontables viajes en barco, he expuesto mi cuerpo a esas cálidas brisas marinas y lo he endurecido tanto que, para clavarme un cuchillo, tendrían que ejercer una gran presión.

Las risas de Josh, Eli y Howlett llenaron el interior del carruaje, solo a Anne no le pareció graciosa esa explicación. Mientras los demás mostraban una actitud distendida, ella se arrimó aún más a la ventana, frunció el ceño y resopló como un caballo después de un largo paseo. Eso acentuó la sospecha de Logan sobre su ira. ¿Qué había dicho para que se enfadara tanto?

—Permita que la ayude, señorita —comentó el vizconde a Elizabeth cuando el carruaje estacionó en la entrada de la residencia. Extendió la mano y ella la aceptó encantada.

—Howlett, ¿me acompañas? —le preguntó al ayuda de cámara cuando bajó tras ella—. Necesito un buen baño para eliminar toda la arena que se ha metido bajo este dichoso vestido.

—Será un gran honor —comentó el muchacho—. Pero mi señor necesitará que...

—Puedes ayudarla. Aunque no entiendo por qué estoy pagando a una sirvienta si tú haces todo el trabajo —refunfuñó Logan con aparente enfado.

—¡Ella no tiene ni idea de cómo llenar una bañera! —comentó Howlett con horror—. Y si no fuera por el buen gusto de la señorita Moore, luciría una apariencia decrépita. ¿Puede creer que había decidido hacerle un trenzado en vez de un recogido bajo? ¡Eso es inconcebible si se ha de poner un sombrero!

Tras esa exposición, que dejó aún más clara la tendencia afeminada de Howlett, Logan mostró una enorme sonrisa y asintió, permitiéndole al empleado que se convirtiera en la dama de compañía de Elizabeth. ¿Quién temería de un hombre que sueña con prendas de seda y con peinados ideales?

—¿Josh? —le preguntó a la muchacha cuando apareció a su lado.

—Yo también me daré un largo baño. Luego, si no le importa, visitaré el edificio anexo. Quiero seguir practicando con la espada.

—¿No será mejor que primero practiques y luego te apees? No creo que Elizabeth soporte otro olor que no sea el que emana el jabón —apuntó

ocurrente.

—Viéndolo de ese modo... y como no quiero escucharla quejarse de nuevo... —dijo Josh con los ojos entornados—. Sí, será mejor que lo haga de esa forma. ¿Me acompañará? —añadió con entusiasmo.

—Hoy no puedo, tengo que aclarar un asunto muy importante. Pero si tienes algún problema, Kilby lo solucionará —dijo mirando de reojo a Anne, quien aún no había salido del interior del carruaje y continuaba mirando por la ventana, como si el viaje no hubiera llegado a su fin.

—Entonces... —Miró a su hermana, luego al vizconde y, sin pensar en nada salvo en la diversión que obtendría empuñando las gloriosas espadas españolas que Logan guardaba en un rincón del edificio, echó a correr hacia la entrada principal.

—¿Vas a quedarte el resto del día ahí dentro? —preguntó una vez que se quedaron solos.

—¿Existe otra alternativa mejor? —masculló sin mirarlo.

No. La rabia aún no había mermado. Tal vez disminuyó algo durante un breve período de tiempo, justo hasta que habló de la exposición de su cuerpo a la brisa marina. ¿Cómo podía ser tan bocazas?

—Hay varias... —comentó Logan, colocando sus manos a ambos lados de la puerta y reclinándose hacia ella para que el cochero no lo escuchara—. Tienes la opción de salir o... yo puedo entrar, cerrar esta dichosa puerta y ordenarle a mi chófer que recorra mis tierras mientras te hago el amor ahí dentro. ¿Cuál prefieres, querida?

—¡Oh, seguro que estarás bastante acostumbrado a hacer ese tipo de cosas en un lugar tan poco apropiado! —farfulló enojada. Se cruzó de brazos y mantuvo su cuerpo tan rígido que ninguna flecha conseguiría atravesarla.

Logan achicó sus ojos hasta convertirlos en unas diminutas líneas. ¿A qué venía ese comentario? Parecía que estaba... ¡No podía ser! ¡Ella no podía sentir celos! ¿A causa de qué? Nunca habló de ninguna mujer mientras se encontraba presente. Era más, todas habían desaparecido de sus recuerdos una vez que Anne se entregó a él. Entonces... ¿quién podría hablarle de ese tema? Su mente, en cuestión de segundos, sopesó todas las opciones posibles y, salvo el momento que Howlett permaneció con ellas, no había otra posibilidad... ¿Habría sido tan deslenguado que desveló en alguna conversación ciertos secretos que ni él mismo hizo públicos?

—¡Jeffry! —gritó al cochero.

—¿Milord? —preguntó este girando la cabeza hacia él.

—Deja el carruaje en esta zona de la entrada, ya lo meterás en el establo más tarde —le indicó sin apartar la mirada de Anne, quien se encogió de hombros al escuchar el tono de voz que empleó.

—Como desee —se apresuró a contestar el empleado. Bajó tan rápido como pudo y caminó hacia la puerta del servicio sin mirar atrás.

—Bien, querida. Ya estamos completamente solos. ¿Quieres que te demuestre la diversión que puedo ofrecerte ahí dentro? Como bien has declarado, tengo mucha experiencia en dar placer en un habitáculo tan poco apropiado —espetó colocando la planta del zapato de su pie derecho sobre la escalerilla de metal.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Anne antes de abrir la puerta de su lado y salir huyendo.

—¡Oh, sí! ¡Sí que se me ocurren millones de cosas que quiero hacerte! —clamó antes de atravesar el coche por el interior y correr detrás de ella hasta darle alcance.

## *Capítulo XXX*

—¡Suéltame! —gritó Anne cuando los brazos de Logan rodearon su cintura.

—¡Ni lo sueñes! —respondió alzándola del suelo y haciendo que sus pies y la falda de su vestido no pararan de agitarse en el aire—. Quiero averiguar el motivo por el que estás tan furiosa —dijo caminando hacia los establos.

—¿Furiosa? ¿Yo? ¡No es cierto! —Pero su tono de voz denotaba justo todo lo contrario.

Apresada entre los fuertes y robustos brazos, se afanó en apartarse de ese cuerpo que la quemaba, aunque sus pieles aún no se habían tocado. No obstante, cuanto más empeño realizaba para separarse, él más la aferraba hacia sí.

—No luches, querida... —le susurró al oído después de atravesar la entrada de las cuadras—. Esta batalla no podrás ganarla... —añadió reticente.

¿Batalla? ¿Pensaba que había emprendido una guerra contra él? ¡Pues se equivocaba! La única batalla que poseía solo tenía dos adversarios y estos eran la misma persona: ella. En efecto, su mente y su corazón luchaban entre sí para superar un sentimiento que no podía asumir, al igual que no debía admitir los repentinos celos que aparecieron al escuchar la vida libertina que tuvo antes de que ella apareciera. Y, para ser franca, tampoco podía imaginar que mantuviera ese estilo de vida una vez que ella se marchara. ¡Y ahí estaba la cuestión de esa terrible contienda! Querer, pero no poder. Porque no le cabía duda de que lo quería, aunque también era consciente de que no podía. ¿Cómo superaría otra muerte? ¡Y no sería cualquier muerte sino la de él! ¡El hombre que amaba! Esa afirmación le oprimió el pecho hasta dejarla sin respiración. ¿Cómo podía haberse saltado su primera norma? ¿No había tenido suficiente con Dick? ¿En qué parte de sus recuerdos quedaron aquellas lágrimas, los episodios de tristeza y el sentimiento de culpa?

—Anne... —dijo Logan notando cómo su respiración cambiaba drásticamente. Ya no era agitada sino entrecortada, como si estuviera llorando. ¿Le habría lastimado al cogerla tan fuerte? ¿Había sido tan bruto? Muy despacio, mientras se arrepentía de esa actitud tan bárbara, fue bajándola hasta

que ella se mantuvo de pie sin perder el equilibrio—. ¿Qué te sucede? —añadió. Anne le dio la espalda y él, para apaciguar la repentina tristeza, colocó sus manos con suavidad sobre sus hombros—. ¿Qué te he hecho?

—Nada. Tú no has hecho nada —comentó sintiendo la presión de esas grandes palmas sobre sus omoplatos.

—Pues si no he hecho nada, ¡mírame! —le pidió. Apretó sus dedos en el vestido de Anne, la giró hacia él y cuando observó las lágrimas vagar por el rostro se sintió el hombre más malvado de la Tierra—. Anne..., dime por qué lloras.

Apartó sus manos de los hombros y las posó con mucha ternura sobre sus mejillas, mojadas por esas lágrimas. Con una lentitud pasmosa, se las quitó con los pulgares. Esa muestra de afecto hizo que Anne lo mirara fijamente y, cuando advirtió la preocupación que sentía por ella, admitió con acritud que la guerra acababa de ganarla el corazón.

—Si Howlett ha comentado algo que te ha hecho daño, te juro que lo buscaré y le cortaré la lengua —aseguró con la voz de un hombre que surcaba los mares y que gobernaba un navío con más de cincuenta marineros.

—Howlett no tiene culpa de... —intentó explicar, pero justo en ese momento escuchó un ruido sobre ellos. Anne se encogió de hombros, como si esperara que algo impactara sobre su cabeza, pero nada sucedió salvo que él la atrajo hacia sí y la abrazó—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó sin apartar su rostro del pecho de Logan.

—Astennu —respondió sin separarse de ella—. Creo que él y su familia no han recibido con agrado nuestra repentina visita.

—¿Astennu? —repitió apartando la cara despacio.

Logan la giró, haciendo que los faldones de su vestido granate arrastraran el heno esparcido por el suelo, la reclinó sobre su pecho y, mientras que el brazo izquierdo volvía a rodear su cintura, alzó la mano derecha para señalarle hacia el techo del establo, justo donde unas aves se alineaban sobre una de las vigas de madera. Por un momento, los ojos de aquellos animales la miraron con desconfianza, pero al segundo movieron sus cuellos y graznaron como si aceptaran su presencia.

—Te presento a mi fiel amigo Astennu y a su querida familia —indicó con orgullo—. Como habrás deducido, Astennu es el más grande y el que tiene esa mancha blanca sobre su pecho —aclaró—. La que está a su lado es Honda, su pareja, y los otros tres son sus hijos: Fhas, Shadow y Kus.

—Cuervos... —susurró ella tan asombrada que no supo con certeza si la

palabra la había dicho correctamente.

—Sí, efectivamente, son cinco cuervos —corroboró—. Hay personas que les satisface criar halcones, águilas o palomas... Sin embargo, yo no tuve la oportunidad de pensar qué aves deseaba cobijar en Harving porque Astennu ya estaba aquí cuando aparecí y, sin pedirme permiso, decidió quedarse para siempre. —Esperó una pregunta, un comentario sobre lo extraño que le resultaba el hecho de que él se encariñara con ese tipo de animales que representaban tantas cosas siniestras, aunque Anne no dijo nada. Se mantuvo en silencio, con la mirada clavada en las aves y respirando tan rápido que cualquier persona concluiría que había atravesado sus tierras corriendo—. No te harán daño. Te aseguro que son muy dóciles y cariñosos —agregó mientras rodeaba su cintura con el otro brazo. La acercó más a él y le dio un suave beso en el cuello.

—Cariñosos... —repitió de manera automática.

—Nunca han herido a nadie a pesar de esa mirada tan fiera —persistió al notar que ella movía su cuerpo con intranquilidad—. Lo único que debes temer de ellos es escucharlos cantar. Les he gritado mil veces que no son ruiseñores, pero tienen tanto orgullo que no son capaces de admitirlo —alegó con tono burlón para que ella terminara relajándose. ¿Por qué le asustaban tanto los cuervos? ¿Habría sufrido algún ataque en su niñez?

—¿Cómo... Cómo...? ¿Por qué...? ¿Dónde lo encontraste? —terminó al fin de preguntar.

—Cuando compré Harving House estaba prácticamente destruida por el paso del tiempo. Su antiguo dueño no quiso reconstruirla porque, en el fondo, no sentía aprecio por este hermoso lugar. Tal vez le dolía recordar el tiempo que convivió aquí con su difunta esposa. Así que se marchó y la dejó completamente desatendida... Imagino que los padres de Astennu pensaron que sería el mejor lugar para anidar porque no hubo ningún humano durante muchos años. Sin embargo, el día que la adquirí decidí pasar toda una noche para calcular el deterioro de la estructura y sopesar a cuánto ascendería mi inversión. Mi inoportuna presencia debió espantar a esos tranquilos padres y lo abandonaron en el nido. No supe que existía hasta que, cansado de investigar, busqué una habitación de la casa en la que el techo no estuviera destruido. Tendí una manta sobre el mugriento suelo, coloqué mis brazos bajo la cabeza y clavé la mirada hacia arriba. Entonces fue cuando descubrí un enorme nido. Esta vivienda llevaba años deshabitada y era normal que los pájaros anidaran en las zonas donde su futura prole estuviera protegida de las

adversidades climáticas. Con la mirada clavada en ese nido, medité sobre todos los problemas que debía afrontar. Pasaron varias horas hasta que el sueño se apoderó de mí y cerré los ojos. Justo cuando estaba a punto de dormir, escuché un ruido. Me incorporé con rapidez y busqué al causante de ese sonido. Inspeccioné toda la casa con tesón, maldiciendo la posibilidad de que algunos roedores hubieran criado en los pocos muros firmes que soportaban la vieja casona. Puedo soportar las plumas de millones de aves, pero soy incapaz de tolerar a esos transmisores de epidemias —desveló con cierta repulsión—. Tras confirmar que no había nada y que tal vez había percibido el crujido de alguna de las viejas maderas que aún sostenían la vivienda, regresé a la habitación, me tumbé y el ruido se repitió. Miré de nuevo hacia el nido y en ese instante una ramita cayó al suelo. —Logan sonrió y suspiró hondo—. Trepé por el muro, que aún seguía agujereado, como si subiera por el mástil de mi barco. Cuando mis dedos lo alcanzaron, lo cogí con cuidado y... ¡allí estaba ese granuja! No tenía apenas plumas y estaba rodeado de tres huevos más. Me sentí muy culpable por haberlo separado de sus padres con tan poco tiempo de vida... —Se quedó callado. No era sensato confesarle también la empatía que notó al contemplarlo tan solo, tan abandonado y la terrible desesperación que percibió en el pequeño al no tener la protección de sus progenitores—. Una vez que lo dejé sobre el suelo, él me miró y abrió ese enorme pico que tiene esperando a que lo alimentara. En ese momento, algo extraño brotó en mí y, sin demorarme ni un mísero segundo, salí al jardín y busqué algo que pudiera servirle de comida. Te aseguro que la primera vez que tienes entre tus dedos un repulsivo gusano cortado en varios pedazos, no eres capaz de llevarte nada a la boca en varios días —señaló divertido.

—Y vivió... —concluyó Anne mediante un suspiro. ¿Cómo podía ser cierto? ¡Tenía que ser una alucinación! ¿Estaría loca? Porque solo así podía confirmar que ese dichoso animal era el que aparecía en sus sueños. La mancha en el pecho, el tamaño de sus alas, el brillo de su plumaje y... esos ojos. Pero su madre le había dicho que las zíngaras siempre veían cuervos sobre sus cabezas para dirigirlas hacia el hombre que esperaban. Sin embargo, no le habló sobre la exactitud entre el cuervo de sus sueños y el real.

—Así es —respondió girándola de nuevo hacia él—. Y formó su propia familia. Astennu se ha convertido en el protector de Harving mientras estoy ausente. Gracias a él y a su familia no tengo repulsivas alimañas viviendo por los alrededores y debido a las leyendas que existen sobre ellos, muy pocas

personas quieren invadir una propiedad en la que vive una familia de aves tan tenebrosas.

—Los zingaros suelen convivir en armonía con ellos y... —intentó decir.

—Anne, no solo los zingaros los respetan. Existen culturas que los veneran y explican miles de significados cuando descubren su presencia. En el caso de Astennu, decidió quedarse a mi lado porque aquí posee todo lo que desea para ser feliz —se excusó con rapidez.

Ella tenía razón. Los de su etnia adoraban a los cuervos porque, según la historia, la madre de los zingaros ordenó a esas aves que protegieran a los hijos que nacieran de su vientre. Y así se sentía cuando se encontraba en Harving House. Astennu volaba sobre él cada vez que salía a cabalgar por sus tierras. Él observaba lo que sus ojos no alcanzaban a ver y por las noches, cuando todo el mundo descansaba, su amigo se posaba sobre el quicio de la ventana, miraba hacia la inmensidad de las tierras y custodiaba sus sueños.

—Pero dejemos de hablar de ese bicharraco descarado —comentó antes de agitar los brazos para que las aves revolotearan por el interior del establo hasta que se marcharon. Cuando ya no hubo testigos que los observaran, le acarició con el anverso de su palma derecha la mejilla izquierda—. Quiero saber el motivo por el que hoy te has enfadado. ¿No te agradó el paseo? ¿Sentiste la misma repulsión que Elizabeth en la orilla de la playa? Pensé que te resultaría agradable, por eso os prometí...

Anne no le permitió terminar aquella absurda exposición, apoyó las puntas de sus zapatos sobre el suelo y le hizo callar con un beso. Al principio, Logan mostró cierta confusión por ese arrebató pasional, pero cuando sintió cómo los dedos de sus manos agarraban con fuerza las solapas de su camisa, atrayéndolo hacia su cuerpo, la abrazó y respondió a ese beso con una avidez feroz.

Ese sensual contacto se hizo más intenso cuando Anne abrió los labios, permitiéndole a su voraz lengua invadirla, devorarla. Su mente se quedó en blanco. Borró la historia de Astennu y el deseo de averiguar cuál había sido el motivo de su enfado. La deseaba. Sí, la deseaba tanto que todo a su alrededor desapareció salvo ella. Despacio, Logan dirigió sus manos hacia los botones del vestido de Anne y mientras su beso se hacía cada vez más intenso, más posesivo, fue desabrochándolos con urgencia. Debía poseerla, debía calmar su necesidad, debía hacerla suya tantas veces como pudiera, porque estaba decidido a marcarla, a sellarla con tanta fuerza que ella aceptaría, de una vez por todas, que estaban hechos el uno para el otro.



—Si llego a saber que la historia de ese dichoso cuervo te convertiría en una diosa apasionada, te la habría narrado mucho antes —le dijo al tiempo que deslizaba el vestido por sus hombros y besaba aquellas zonas de su piel que quedaban desnudas.

—No ha sido exactamente la historia de él... —murmuró Anne colocando sus dedos sobre la camisa para desabotonarla con arrojo.

Las ganas que Anne mostró por desnudarlo lo enloquecieron de tal forma que arrancó los botones del vestido aún sin desabrochar. Este cayó al suelo, haciendo levitar algunas ramas de heno.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué ha sido? —ronroneó antes de presionar sus dientes sobre el hombro izquierdo y morderlo hasta hacerle una gran marca.

—¡Tú! —exclamó al sentir esa mordida sobre su piel.

Anne echó la cabeza hacia atrás, deleitándose de ese acto tan salvaje. Cualquiera mujer recatada se habría apartado y le habría reprendido por dejar una marca de lo ocurrido entre ellos, pero ella no era una mujer recatada, era una zíngara que se lanzaba al abismo de una pasión sin precedentes. Su destino estaba marcado. Todas las señales lo apuntaban a él como la persona que esperaba. Sin embargo, pese a sus convicciones, todavía quedaba un punto que recordar: su origen. ¿Alguno de los ancestros de Logan habría sido zíngaro? ¿Cabía la posibilidad de que tuviera una mísera gota de sangre gitana?

—Anne... —susurró él cuando notó cierta tensión en ella—, te deseo tanto... te necesito... —Sus manos fueron bajando, al igual que su cuerpo. Se arrodilló y, ayudándola, le hizo levantar primero una pierna y luego la otra, dejándola con una camisola blanca tan transparente que pudo admirar esa figura femenina que adoraba—. Eres preciosa, mi amor —agregó a la vez que colocaba sus grandes palmas sobre las caderas y acercaba su rostro hacia ese vello oscuro con forma triangular entre sus ingles, que desprendía el perfume más hipnótico del mundo. Acercó su nariz a ese lugar anhelado e inspiró con fuerza, llenándose de ella, de su ardor, de su aroma sexual—. Moriré si no te tengo, si no te bebo, si no puedo... saborearte de nuevo.

Hechizada por esas palabras tan osadas, Anne posó sus manos sobre la mata de pelo negro de Logan, enredó los dedos en ella y lo atrajo aún más hacia esa parte que veneraba. Su respiración se agitó al sentir las manos de Logan sobre la prenda y cómo la hacía ascender con mucha suavidad por su cuerpo.

—Todo esto es mío, solo mío —aseguró una vez que apartó la camisola. Con una ternura muy controlada, le acarició las caderas, los muslos y las

piernas de arriba abajo, mientras su nariz seguía inspirando esa zona femenina que devoraría en breve. Despacio, levantó la pierna izquierda de Anne y la posó sobre su hombro, permitiéndose de este modo observar aquel delicioso sexo que ya brillaba por el deseo—. Pon tus manos en la pared, cariño, voy a saciar mi sed —indicó antes de poder acariciar con la palma derecha los pliegues voluptuosos y húmedos.

Anne, después de acatar su orden, lo miró embelesada y soltó un gemido al descubrir cómo lamía la mano que había recorrido su sexo. Su esencia... Él había decidido saborear todo el jugo que emanaba su deseo y no desperdiciaría ni una sola gota.

Cuando la lengua reemplazó la mano, cerró los ojos, abrió levemente la boca para poder respirar y clavó las uñas en la pared de madera. Loca. Sí, esa era la palabra que mejor la definía. Pero... ¿quién podría mantenerse cuerda mientras sentía cómo la lengua de su amado le producía tanto placer que era incapaz de mantenerse de pie?

—Estás tan húmeda, tan preparada para mí —apuntó Logan mientras reemplazaba la boca por sus dedos—. Te quiero así, Anne, aceptando mis caricias y respondiéndome con ese fervor que me transforma en un demente —añadió antes de volver a meterse entre las piernas.

Clavó sus dientes en los labios, escuchó cómo ella gritaba y sintió el temblor de ese cuerpo sometido a un frenesí continuo. La besó con pasión, extasiado al escuchar los murmullos que Anne realizaba mientras él lamía con ansia la entrada de su vagina, que se contraía y se dilataba por sus acometidas.

—Logan... —dijo de manera tan erótica que el sexo de él reaccionó con tanta intensidad que estuvo a punto de correrse.

¿Cómo era posible? ¿Qué tenía ella que no había encontrado en otras mujeres? Ninguna lo había puesto tan duro, tan excitado que, con el simple roce de sus calzas, podía alcanzar el clímax más arrebatador.

Desesperado, abrió más la boca y buscó con su lengua el clítoris. Al notarlo, al sentir esa pequeña prominencia rozarle la punta, jugueteó con él hasta que notó cómo el néctar de Anne bañaba sus labios, su barba...

—¡Oh, Logan! ¡Sí... Sí! —gritó ante la llegada de un orgasmo tan intenso como brusco—. ¡Sí! —volvió a clamar al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás para capturar todo el aire que pudiera llenar sus pulmones—. ¡Te quiero! ¡Maldita sea, te quiero... te necesito! —confesó y rectificó presa de la enajenación que le causó el frenesí.

Atolondrado por esa declaración, agarró con fuerza las piernas, queriendo dejar marcadas las yemas de sus dedos para siempre, y volvió a morderla con voracidad. «¡Por fin!», oyó en su cabeza. Sí, al fin oía lo que deseaba escuchar desde la primera noche que estuvo con ella. Solo esperaba que no fueran palabras provocadas por el delirio del deseo. Necesitaba que ella lo sintiera, como él ya lo hacía.

Despacio, tras dar su última lamida y recolectar todo ese delicioso néctar, se levantó, se colocó frente a ella y la besó. La mezcla que saborearon, esa pócima mágica, los llevó a un nirvana incapaz de describir. Anne rodeó con sus brazos su cuello y se acercó más a él. Cuando intentó alzarse, para que la llevara hacia algún lugar de aquel establo, Logan la giró bruscamente y la puso mirando a la pared en la que había clavado las uñas.

—Apoya las manos de nuevo... —le ordenó mientras volvía a subirle el camión.

—Logan... —le dijo intentando mirar qué hacía tras ella.

—Chist, relájate mi amor —respondió a la vez que su mano derecha regresaba a su sexo. Le abrió un poco más las piernas y, al observar que ella se apoyaba en la pared de madera tal como le había indicado, apartó la mano y la hizo regresar, pero esta vez no fue para proporcionarle una suave caricia sino una cachetada.

—¡Logan! —gritó Anne al sentir una extraña satisfacción en ese acto tan rudo.

—¿Más? —preguntó colocando su palma izquierda sobre la arqueada espalda.

—¡Sí! Por favor... Por...

Y volvió a hacerlo. Esta vez, cuando su palma tocó el sexo de Anne, no solo sintió cómo este ardía, sino que su flujo había aumentado. Con una ligera sonrisa, le frotó con la mano abierta y se deleitó al escucharla gemir. Perfecta. Anne era su pareja perfecta. Su zíngara, su mujer, su vida...

Tras varias cachetadas más, las piernas de Anne temblaron tanto que estuvo a punto de arrodillarse, pero él no se lo permitió. La agarró por las caderas y la sostuvo con una mano mientras que con la otra desabrochaba con rapidez el botón del pantalón.

—Voy a penetrarte... Voy a hacerte mía... ¿me escuchas? —apuntó colocando su pene, duro y rígido, en su abertura caliente y mojada.

—¡Sí! —tronó desesperada.

Logan la penetró con fuerza, sin miramientos, con rudeza. Extendió las

manos hacia ella hasta que se posaron en los hombros y la embistió una y otra vez. No fue sutil ni delicado, no quería serlo. Anne tenía que entender que sus sentimientos eran correspondidos y que ella no podía pertenecer a otro hombre. Ese pensamiento lo enloqueció, lo enfureció hasta el punto de que apretó los dedos sobre la suave piel. No. Ella no se alejaría de él. Ella viviría a su lado y no miraría a ningún otro porque solo debía mirarlo a él.

Centrándose en ese acto posesivo, en esa marca que ella llevaría en su interior de por vida, Logan volvió a penetrarla con desesperación, con afán. El cuerpo de Anne se agitó ante esas rudas embestidas, las piernas temblaban y las rodillas anhelaban tocar el suelo. Ambos sintieron cómo las pocas prendas que cubrían sus cuerpos se pegaban a ellos por el sudor causado por el delirio, por el esfuerzo, por la lascivia.

—¡Mía, Anne Moore! ¡Eres mía! —sentenció en su último embate, en su última acometida. Acto seguido, se corrió en su interior, esparciendo su esencia masculina en ella. Cerró los ojos y no vio oscuridad, sino miles de estrellas brillantes que iluminaban todo aquello que un día fue tenebroso—. Cariño... —susurró cuando su respiración empezó a relajarse—, yo también te quiero... —Salió de ella, la giró para ver su rostro apasionado y, antes de que Anne pudiera hablar sobre la idiotez que ambos habían confesado mientras se dejaban llevar por el deseo, la besó.

## *Capítulo XXXI*

Buscaba una palabra que definiera su estado de felicidad, pero no la encontró. Nada tan simple podía describir aquello que notaba en su interior. Su alma había dejado de sufrir, de castigarse, de maldecirse por llevar sangre gitana. Era la primera vez que se notaba tranquilo y seguro de sí mismo. Todos los pensamientos oscuros y sombríos habían desaparecido dejando en su lugar un bienestar inaudito. Miró a Anne, quien se había sentado en el otro extremo de la mesa, y sintió cómo el pecho se le agrandaba ante la emoción de tenerla a su lado. Le había dicho que lo quería, aunque intentó rectificar con rapidez esas palabras. Sin embargo, sabía que eran ciertas, que no había sido una consecuencia del acto pasional porque, al separar sus labios de los de ella, advirtió en sus ojos el conflicto entre el amor que le profesaba y la agonía de no alcanzarlo. Tenía miedo. ¡Pues claro que lo tenía! ¿Quién borraría de su mente la creencia de que la persona a quien amaba podía morir en cualquier momento debido a la maldición que soportaba desde su nacimiento? Pero él no terminaría como sus dos pretendientes. Él permanecería a su lado porque era la persona que había esperado: su zíngaro, su futuro esposo, el hombre que la amaría hasta que expulsara su último aliento de vida.

Ahora solo le quedaba afrontar la peor parte: no declararle quién era en realidad y que lo aceptara tal y como se había mostrado hasta el momento; no podía confesarle la verdad. Su estado de bienestar empezó a esfumarse al pensar en ello y su cuerpo se tensó como la cuerda de un violín. Debía seguir protegiendo el secreto, no era correcto desvelárselo. El tesón de tantos años y la lucha que había sobrellevado con el conde de Burkes saldrían a la luz y la gente volvería a rumorear sobre los escauceos amorosos del antiguo marqués de Riderland y cómo uno de sus vástagos pagaba el chantaje del viejo lord. ¿Qué ocurriría con sus hermanastros? No, no podía fallarles. Todo debía seguir igual. El amor de Anne debería ser para el vizconde de Devon y no para el hijo de una chiquilla zíngara que murió durante el parto.

Sin apartar la mirada de ella, se llevó la copa de vino hacia la boca y dio un pequeño sorbo. ¿Cómo lograría que aceptara su propuesta de matrimonio? Porque iba a pedírselo. Sí, antes de que partieran a Londres, Anne luciría un

hermoso anillo de pedida para que todo el mundo supiera que era intocable, inalcanzable.

—No sé cómo se adaptará Galeón a su nuevo hogar —comentó Josh, rompiendo el incómodo silencio que los cuatro mantenían durante la cena.

—¿Piensas llevártelo a nuestra casa? —preguntó atónita Elizabeth—. ¿No eres consciente de que nuestro jardín es bastante pequeño para él?

—Padre podría contratar a varios operarios para que realicen unas reformas en el exterior... —sugirió sin apartar la mirada del vizconde y de Anne. ¿Qué había ocurrido entre ellos? ¿Por qué los ojos de Logan brillaban de manera extraña al observarla? ¿Por qué las mejillas de su hermana mostraban un color escarlata tan intenso? ¿Habrían discutido de nuevo?

—¿Reformas? ¿Qué tipo de reformas? —espetó Eli achicando los ojos.

—Estaría bien que empezaran por reducirte el invernadero. A mi entender, ocupas demasiado espacio para plantar cuatro absurdas flores —declaró Josh centrándose en la conversación con Eli.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó horrorizada—. ¡Esa propuesta es inviable! ¡Y no son absurdas, son especies únicas! —sentenció antes de llevarse un trozo de carne a la boca y masticarlo con fuerza.

—Puedes dejarlo en Whespert —le propuso Logan—. Hay suficiente amplitud para él y tienes permiso para visitarlo cuando desees.

—Pero ¿cómo voy a cuidarlo en su propiedad? —preguntó abriendo los ojos como platos—. No sería correcto que permaneciera en su residencia tanto tiempo, ni que apareciera con asiduidad. La gente pensaría que...

—La gente no pensará nada, te lo aseguro —manifestó solemne. Por supuesto que nadie opinaría nada perverso cuando la futura vizcondesa de Devon fuera su hermana mayor.

Esa afirmación hizo que Anne contuviera el aliento y lo mirara fijamente. ¿Por qué le proponía a Josh una tontería semejante? ¿Qué estaría tramando para no ser consciente de los rumores que eso supondría? ¿Añadiría a su familia otro suculento escándalo y aún no se habían recuperado del anterior!

—Deberías dejarlo aquí hasta que encuentres un lugar en Londres —intervino Anne tras limpiarse los labios con la servilleta—. Seguro que padre podrá alquilar un establo en el que puedas atenderlo como desees. De este modo, no molestarás al vizconde.

—No será ninguna molestia —atajó Logan depositando la copa de vino sobre la mesa—. Estaré encantado de que nos visite.

¿Nos visite? ¿Había dicho delante de sus hermanas tal atrocidad? ¿Acaso

no entendía que sus palabras podrían ser malinterpretadas? Y, por la cara que pusieron las dos, lo habían hecho.

—Aunque su hermana pequeña se presente varias veces a la semana, no es correcta esa proposición. Como bien ha dicho Josh, todo el mundo hablaría de las numerosas apariciones en su residencia londinense —replicó con fingida tranquilidad, rezando para que desapareciera, de las cabezas de sus hermanas, cualquier inoportuna pregunta.

—No estaba pensando en Natalie, señorita Moore —alegó reticente. Se reclinó sobre el respaldo de su asiento, se cruzó de brazos y alargó ligeramente sus labios para mostrar una sonrisa socarrona.

—De igual modo, no creo que sea adecuado que, cuando los marqueses de Riderland estén presentes, Josh goce de libertad para acudir a su residencia —apuntó Anne tras tragar el nudo que se había formado en su garganta.

¿Era idiota? ¿Acaso estaba dando por hecho que estarían juntos como amantes? ¡Oh, claro que sí! Él ya había concluido que vivirían en su hogar por haberle declarado unas palabras tan absurdas. «Absurdas, pero ciertas», se dijo. Pero no. Ella no asumiría un papel tan denigrante por amor. Cuando regresara a Londres continuaría con su idea de marcharse a París. Allí, lejos de él, podría reestablecer su tranquilidad y no dejarse llevar por sentimientos irracionales.

—Tampoco hacía referencia a mi hermano y a su querida esposa —prosiguió con voz firme y sin desviar la mirada de ella.

Ante esa actitud tan segura, tan endiosada, Anne quiso coger su copa de vino y arrojársela, a ver si de esa forma dejaba de comportarse con tanto descaro. Sin embargo, justo cuando iba a alegar otra excusa, la puerta del comedor se abrió y apareció Kilby quien, por la palidez de su rostro y cómo apretaba la mandíbula, no era portador de buenas noticias.

—Milord, siento la interrupción, pero tiene visita e insiste en hablar con usted —explicó el mayordomo azorado.

—¿De quién se trata? —preguntó Logan levantándose con rapidez de su asiento.

—Lord...

—¡Por el amor de Dios! ¿Desde cuándo he de ser presentado formalmente a mi amigo! —tronó la voz de un hombre tras las espaldas de Kilby—. ¡Aparta! —ordenó al empleado. El caballero le dio un brusco empujón y accedió al salón. Una vez que el repentino visitante descubrió que Bennett permanecía junto a tres mujeres, quienes se habían levantado al verlo,

George sonrió ampliamente—. Buenas noches, señoras, perdonen mi...

—¡Laxton! —rugió Logan caminando con decisión hacia él—. ¿Cómo osas entrar en mi hogar de esta forma y asustar a mis invitadas?

—Discúlpame, querido *amigo* —pronunció la palabra amigo con mordacidad—. Tu fiel mayordomo no me explicó que tres hermosas damas fueran la causa por la que no podías atenderme. —Extendió la mano hacia Logan y, cuando este la aceptó, sintió cómo se la apretaba con fuerza. George sonrió ante esa sutil advertencia, pero no se dio por aludido. Agitó la mano para desprenderse de esa presión y se dirigió hacia la mesa—. ¿Quiénes son estas hermosas damitas?

—George, hablaremos del tema que te ha traído hasta aquí en mi despacho —declaró Logan apretando la mandíbula.

—No somos damas, milord —respondió Josh, cuadrándose como un soldado—. Somos las hermanas Moore, las pupilas del vizconde.

—¿Pupilas? —preguntó Laxton mirando de reojo a su amigo—. Ya entiendo... —Una sonrisa depravada apareció en su rostro, acentuando su expresión canalla y perversa.

—Haz el favor de seguirme. Como te he dicho, hablaremos tranquilamente en mi despacho —ordenó con el mismo tono con el que sofocaba un grave altercado entre sus marineros.

—Por supuesto —claudicó al final. Antes de girarse sobre sus talones para abandonar el salón, George repasó el cuerpo de Anne con descaro, gesto que provocó un extraño rugido en Logan. Luego continuó con Elizabeth, quien le devolvió la mirada sin pudor, con osadía, y terminó contemplando a la joven que se había dirigido a él. Una mueca de desagrado apareció en su rostro al observar sus vestimentas. ¿Realmente era una joven? Porque él dudaba que lo fuera... Solo le hacía falta un tupido bigote para recordarle a su antiguo profesor de latín—. Espero verlas en otra ocasión, señoritas Moore. Estaré encantado de hablar con ustedes largo y tendido... —Prolongó cada palabra como si estuviera silbando. Se despidió de ellas con un ligero cabeceo y se dejó acompañar por Logan. Una vez que este cerró la puerta, le dijo—: ¿Tres para ti? ¿Desde cuándo te has vuelto tan egoísta?

—No es lo que piensas —refunfuñó el vizconde, dando largos pasos hacia su despacho.

Necesitaba alejarse de allí lo antes posible porque no le cabía la menor duda de que Eli y Josh pondrían la oreja detrás de la puerta para escucharlos y no era adecuado que descubrieran la peculiar amistad que Laxton y él



mantuvieron en el pasado.

—Y... ¿qué es lo que pienso? —espetó sarcástico—. No dudo que son tus pupilas, pero... ¿las instruirás en el arte del amor, como hiciste conmigo? He de confesarte que fuiste el mejor profesor que he tenido. Ninguna de mis amantes se ha quejado de...

—¡Cierra esa maldita boca! —le ordenó airado—. ¡Estás hablando de las hijas del doctor Moore, no de rameras!

—Ya veo... —respondió una vez que cerró la puerta del despacho.

Observó cómo el vizconde se dirigía hacia su mesa de despacho, se colocó tras ella, como si fuera un honorable hombre de negocios, apoyó las palmas y lo miró como si quisiera estrangularlo.

—¿A qué has venido?

—Tranquilízate, Logan —indicó tomando asiento. Se desabrochó los botones de su chaqueta gris perla y se cruzó de piernas—. ¿No me vas a invitar a una copa? Lo que vengo a decirte es tan importante que deberías recompensarme con un buen brandy.

—Sírvelte tú mismo —respondió sin mermar las señales de desagrado que expresaba su rostro.

—Está bien... —dijo encogiéndose de hombros. Se levantó, caminó despacio hacia el decantador de brandy y se sirvió una generosa cantidad. Luego, sin borrar una sonrisa socarrona de sus labios, regresó al asiento.

—¿A qué has venido? —repitió Logan, sintiendo cómo la frustración le hacía perder los nervios.

—Relájate —ordenó George mirándolo sin parpadear—. Recuerda que yo no soy el enemigo...

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi, así que no puedo confirmar o negar tus palabras —dijo apretando tanto la mandíbula que podía desencajársela en cualquier momento.

—Estoy aquí, ¿verdad? Pues eso ha de responderte.

—Ve al grano... —le pidió apartando las manos de la mesa.

Tal como había hecho Laxton, Logan caminó hacia el decantador de bebida, cogió la copa más grande que tenía sobre la bandeja y la llenó hasta rebosar. Luego se la llevó a la boca y se la bebió de un trago. Repitió la acción antes de regresar a su asiento.

—Esta mañana he visitado a mi tío y hemos mantenido una charla bastante subida de tono —expuso con voz misteriosa, mientras fijaba sus ojos de color miel sobre el líquido ambarino—. Dado que has aparecido de manera

repentina y secreta cree que has regresado para... deshacer lo que ha hecho durante tu ausencia.

—He regresado porque tenía que hacerlo —masculló Logan sentándose bruscamente sobre su asiento—. Las hermanas Moore necesitaban mi ayuda y se la ofrecí.

—¿A cuál de ellas en especial? —soltó después de chasquear la lengua al saborear el buen brandy de su amigo.

—A la mayor... —confesó antes de terminarse la bebida de un trago. Miró hacia el cristal vacío y percibió un ligero temblor en su mano. Miedo. Por primera vez desde aquel día, el miedo al viejo Burkes aparecía de nuevo.

—Así que Rose se ha convertido en pasado, ¿verdad? ¡Lástima! Era la más hermosa de todas —divagó tocándose la barbilla, observando como su camarada de noches de desenfreno fruncía el ceño.

—Rose jamás me interesó como esposa —desveló sin querer.

—¿Esposa? —soltó George abriendo los ojos como platos—. ¿Tú te has enamorado hasta ese punto? —apuntó incrédulo.

—¿Acaso no tengo corazón? —contraatacó.

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto que lo tienes! —respondió divertido—. Lo único que sucede es que lo sometiste a un letargo gélido durante los años en los que ambos disfrutábamos.

—¿Vas a enumerarme cuántas noches y con cuántas mujeres hemos estado? —refunfuñó.

—¡No! —respondió como si le horrorizara—. ¡A mi tío le daría una apoplejía si rompiera nuestra promesa! —añadió con tono punzante.

—¿Puedes decirme, de una vez por todas, a qué debo tu visita? —intentó concretar. Aunque ya se temía lo que iba a decirle, necesitaba que fuera al grano. Cuanto antes conociese el problema que se avecinaba, antes podría hallar una solución.

—Mi tío insiste en recordarte el acuerdo.

—No lo he roto. Me he mantenido lejos de ti desde que nos descubrió.

Sabía que tarde o temprano alguien delataría su presencia en Harving, aunque no podía señalar a nadie con seguridad. Salvo el día que fue al administrador para firmar el contrato de cesión de Galeón, no había salido de sus lindes... Entornó los ojos y contuvo el aliento. ¡Por supuesto! ¿Cómo no lo pensó aquel día? ¿Cómo no se adelantó? Porque estaba tan obsesionado por Anne que no reparó en aquel pequeño detalle. Elizabeth se marchó con uno de sus carruajes y con Howlett. ¡Todo el mundo conocía al parlanchín y extraño

ayudante! Y tampoco es que él intentara pasar desapercibido con esos atuendos tan extravagantes. Tendría que obligarle a que se vistiera con un saco, rasposo y sucio.

—Créeme que aún me siento culpable por ello. Si hubiera adivinado el propósito de ese crápula... —Por primera vez desde su llegada, George hizo desaparecer la expresión burlona de su rostro para transformarla en ferocidad. Apretó la mandíbula y arrugó la frente. Sus ojos marrones se ensombrecieron y sus respiraciones se hicieron pausadas, hondas, como si la maldad le causara un estado de tranquilidad peligrosa.

—Ninguno de los dos reparó en la inquietud de la sirvienta ni en su insistencia por mirar hacia la puerta —intentó restarle importancia, sin embargo, la tenía más de lo que deseaba aparentar.

Aquel día, supo que se había convertido en la miserable marioneta del viejo conde. Solo su tenacidad en negar la historia de aquellos que lo miraron con repulsión e insistieron en hacerla pública le salvó.

—Si no hubieras querido ayudarme...

—No atraigamos fantasmas pasados —le cortó Logan—. Dime el motivo por el que has aparecido porque estoy seguro de que tu tío no te habrá hecho venir aquí para recordarme el pacto. Habría enviado a uno de sus sirvientes con el sello de su honorable título en el anverso. Así que dime, ¿qué se propone esta vez?

—Quiere que te entregue esto en persona —dijo sacando un sobre del bolsillo de su chaqueta gris perla.

—¿Qué es? —preguntó el vizconde de forma arisca.

—Es una invitación. Este sábado había preparado una fiesta íntima y, al saber que te alojabas en Harving, ha decidido *incluirte* en su lista de honorables y respetables asistentes. —Enfatizó esa palabra sarcásticamente para dejarle claro que era una obligación y que no podía rechazarla.

—¿Qué quiere ahora?

—¿Tú qué crees? —espetó tirando el sobre sobre la mesa de Logan como si le quemara.

—No está en venta —aseveró levantándose velozmente, como si de repente recordara que se había dejado una olla de agua hirviendo sobre la lumbre.

—Lo sé, pero ese viejo testarudo no quiere morir sin firmar ese miserable contrato de compra —comentó con pesar.

Logan le dirigió una mirada inquieta e incrédula. ¿George seguía sin

conocer lo que verdaderamente ocurrió cuando Burkes lo encerró, junto con el juez y el cura, en la biblioteca? ¿El viejo no le habló de esa reunión? No, por supuesto que no. George no le creería y divulgaría ese falso rumor en todos los eventos sociales a los que asistiera y... ¿qué sucedería al final? Que alguien zanjaría ese chisme de manera fulminante: el mismísimo marqués de Riderland. Aun así, ¿qué les sucedería a sus hermanastros? ¿Qué heridas causarían esos malditos rumores a su querida Natalie? Él no podía poner en peligro la vida de toda su familia por no haber reprimido ciertas fantasías sexuales.

—Y, si no muere en paz, tú no adquirirás su ansiada herencia —dijo mordaz a la afirmación anterior.

Logan miró a quien fue un buen amigo de juergas y concluyó que aún seguía obsesionado por agradar a ese bastardo conde. Sin embargo, las marcas que habían aparecido alrededor de sus ojos denotaban dolor, agonía y desesperación. ¿Estaría esperando el momento de librarse de él? ¿Rezará para que su tío muriese antes de que él cumpliera los veinticinco? Era duro desear que alguien falleciera, pero el conde se lo tenía merecido por deshonorar un acto de bondad, como el de acoger al hijo de su hermana, que murió junto a su marido en un trágico accidente; la verdadera finalidad de Burkes era convertir al sensible, cariñoso y tierno joven en un ser despiadado y cruel. Logan pensó, inútilmente, que lo liberaría a través del placer, pero erró. Solo esperaba que algún día una mujer hiciera regresar al niño que una vez fue y que olvidara todas las enseñanzas del viejo ogro.

—¿Ves? En el fondo sigues leyendo mis pensamientos —señaló antes de levantarse y dar por concluida la reunión. Su tío le había permitido acudir a Harving para que le entregara la invitación y eso mismo había hecho. Ahora debía regresar si no quería sentir la furia sobre su espalda.

—Harving no está en venta ni antes, ni ahora, ni en un futuro —manifestó solemne—. Tengo pensado convertirla en mi segunda vivienda.

—¿De verdad? —la respuesta le sorprendió tanto que regresó sobre sus pasos.

—Sí —afirmó Logan con seguridad.

—Pues, siendo así, no te quedará más remedio que presentarte con ella...

—¡De ningún modo! ¡Tu tío no se acercará a Anne! —bramó, apretando tanto sus manos que notó cómo las uñas se clavaron en su palma.

—¿Por qué no? ¿No quieres deshacerte de una vez por todas de él? Además, sabes que como las descubra hará todo lo posible por destruirlas.

¿Qué les sucederá a las respetables y honradas hijas del doctor Moore cuando todo el mundo hable de lo que *posiblemente* haces en esta residencia? Se armará tal escándalo que tendrás que vender Harving por muchísimo menos de lo que cuesta.

—¿Me exiges que asista, aunque no lo desee? —espetó dando un paso hacia él.

—Te exijo que te comportes con sensatez. Si de verdad has soñado con alcanzar un futuro decente, deberías centrarte en lo más importante —declaró señalándole con el dedo inquisidor.

—Que es... —masculló.

—Si apareces en la fiesta con ellas y haces correr la voz de que Harving House se convertirá en tu segunda vivienda, a mi tío no le quedará más remedio que asumir su derrota —aseveró sin dudar.

—¿Por qué voy a involucrar a las hermanas Moore en esto? Es algo que debo zanjar de una vez por todas con ese bastardo. Así que puedo presentarme mañana mismo en su residencia y...

—¿No vas a contraer matrimonio con una de ellas? Pues lo adecuado sería que te acompañara para atestiguar tus palabras.

—No quiero que Anne descubra lo que hicimos y sé que tu tío estará encantado de explicarle lo que ocurrió ese día —refunfuñó.

—¿No sabe nada? —preguntó incrédulo George.

—¡No! —respondió desesperado—. ¡Y no quiero que lo descubra!

—¿No ha escuchado nada sobre tu vida de libertinaje?

—No está sorda... —resopló—. Y su hermana es muy amiga de la mía, así que...

—Entonces no se sorprenderá de nada. ¿Qué libertino que se precie de serlo no montaría una orgía con su mejor amigo?

—No sé si a ella le gustaría oír sobre ese tipo de actos... sexuales —reflexionó volviendo hacia la mesa. Cogió el vaso, lo observó durante unos segundos y lo dejó de nuevo sobre el escritorio. Caminó hacia el aparador, giró la llave y abrió las puertas de madera que escondían varias botellas de brandy. Sacó dos, las colocó sobre el mueble y, tras descorchar la primera, regresó a su asiento.

—¿Sabes? Desde un principio supe que tu romance con Rose no terminaría en boda —señaló George antes de coger la otra botella e imitar a Logan.

—¿De verdad? —le preguntó Logan achicando los ojos. Empinó el frasco

de licor y dio un largo trago—. ¿Y cuándo concluiste tan solemne apreciación?

—Lo imaginé cuando la compartimos por primera vez —explicó con tranquilidad, con el tono de camarada que siempre habían tenido hasta aquel maldito día—. Si hubieras tenido un mínimo sentimiento de posesividad hacia ella, no te habrías mantenido sentado en aquella silla mientras Rose gritaba mi nombre al poseerla. Seguro que ahora no podrías compartir a tu futura esposa con nadie, ¿me equivoco?

Esa pregunta le nubló la mente. ¿Compartir a Anne? ¡Antes muerto que ver cómo otro hombre la tocaba! Pero... ¿y si ella huía cuando descubriese las perversiones que hizo con sus amantes? Podía dejarle claro que siempre habían sido consentidas y que él no estaba dispuesto a hacerlo más. Sin embargo, para llegar a ese punto tendría que hablarle sobre sus orígenes, su sangre zíngara, de lo que sucedió con el conde, de la vida de sus hermanastros, del chantaje, del pago que realizaba al bastardo de Burkes para que mantuviera los labios sellados... ¿Qué haría Anne después de escucharlo?

—Dime, Logan, ¿compartirías a tu esposa? —repitió George después de beber de su brandy.

—No —claudicó antes de vaciar algo más de un tercio de esa botella en un solo trago.

## *Capítulo XXXII*

No volvió a salir de su despacho durante el resto de la velada, incluso una vez que la visita abandonó Harving House una hora después de su atropellada entrada. Cuando la puerta del comedor se abrió, las tres se giraron hacia ella esperando la presencia de Logan, pero en su lugar apareció Kilby. Este excusó la ausencia del vizconde alegando que tenía unos asuntos muy importantes que resolver. Pero Anne sabía que mentía. Aquel hombre lo había alterado, solo hacía falta recordar el rostro de enojo que exhibió al verlo para confirmar esa suposición. ¿Quién era aquel individuo? ¿Por qué Logan mantuvo una agria tensión cuando accedió al comedor? Anne caminó de un lado para otro de su habitación al tiempo que se frotaba las manos. Su vello se erizó de nuevo advirtiéndole de que algo malo estaba a punto de ocurrir. Pero... ¿qué sería? ¿Cómo podía ella luchar contra aquello que no conocía ni entendía?

Caminó hasta los pies de la cama y se sentó por decimoquinta vez. ¿Era adecuado confiar en lo que le dictaba el corazón? ¿Debía bajar y hablar con él? ¿Su presencia le ayudaría a superar aquello que lo inquietaba? ¿Una amante podría ejercer ese rol? No. Ese sería el cometido de una esposa... Esa reflexión le hizo llevarse las manos al rostro y frotárselo con angustia. Odiaba esa idea. Le encolerizaba pensar que algún día Logan tendría que casarse y que todo lo vivido entre ellos desaparecería como el humo. ¿Sería correcto dejarse llevar por las señales que le enviaba su Madre Creadora? Los sueños cesaron cuando llegó a Harving House y Astennu era el mismo cuervo que aparecía en todas sus visiones. Solo le faltaba escuchar la canción que sonaba durante sus paseos por el bosque y que Logan confirmara que un antepasado suyo fue zíngaro. ¿Qué posibilidad había de que sucediera todo aquello para no seguir dudando de que era su hombre?

Un ruido originado detrás de su puerta la hizo levantar con rapidez. Su corazón latió desesperado y el pulso se le aceleró al imaginar que se trataba de Logan. Escuchando tan solo su agitada respiración permaneció de pie mirando hacia la entrada hasta que, transcurrido un tiempo, dedujo con tristeza que no la visitaría. ¿No tenía la intención de presentarse? ¿Había decidido apartarla de su lado? ¿Habría reconsiderado su relación tras la aparición de

aquel hombre? ¿Por qué? ¿Quién era él?

Un enorme pesar se apoderó de ella y el corazón se le oprimió. ¿Por qué la confusión le suscitaba tanto dolor? ¿No le había dejado claro que todo se acabaría cuando ella se marchara? ¿No se había enfadado al escucharlo decir nos visite? Sí, se había enfurecido al oírle expresar esas dos palabras delante de sus hermanas, pero también se había llenado de gozo. El hecho de que Logan pensara que su relación seguiría una vez que partiera de Harving la entusiasmó, sin embargo, debía ser consciente de que sus padres no aceptarían que se convirtiera en la amante del vizconde. ¡La matarían! Sí, no admitirían jamás una humillación semejante, aunque hubieran aceptado que pronto sería libre de escoger su modo de vida. La obligarían a que se casara con él y, por muy agradable que le resultara la idea, no podía aceptarla, pues esa decisión lo mataría.

Se llevó las manos al pecho y se agarró con amargura el camisón mientras unas lágrimas mojaban sus mejillas. Estaba enamorada y ese estado de amor le hacía desear algo que no alcanzaría jamás. Su posición no podía cambiar. Si de verdad quería estar a su lado, tenía que conformarse con ser su concubina y rezar para que no la sustituyera por otra antes de finalizar el año.

Miró de reojo la cama, esa en la que habían hecho el amor durante las noches pasadas, y suspiró. ¿Sería capaz de dormir sin él? ¿Podría cerrar los ojos sin averiguar qué le sucedía? No. ¡Por supuesto que no! Pese a ser consciente de que entre ellos no habría posibilidad de nada, salvo un idilio temporal, ella no podría tumbarse sobre aquel cómodo colchón sin importarle el motivo por el que se había escondido. Si el vizconde tenía algún problema intentaría ayudarlo, aunque solo fuera una mísera amante.

Segura de lo que iba a hacer, alargó los dedos hacia el respaldo de la silla, donde estaba su bata negra de seda, se la puso y caminó decidida hacia la salida.

Todo estaba en silencio y la oscuridad la ayudaba a mantenerse resguardada. Se agarró al pasamanos de la baranda y bajó la escalinata con tanto sigilo que no hizo crujir ni un solo peldaño de madera. Una vez que llegó al recibidor, observó los grandes ventanales y, a través de las delgadas cortinas, contempló el movimiento de las copas de los árboles. Estas se agitaban como en sus sueños... Desconcertada, apartó la mirada de los cristales, se giró hacia el lado derecho y prosiguió su andadura hasta que se quedó frente a la puerta del despacho. Todavía seguía cerrada, como si intentara obstruir el paso de otra inoportuna visita. Pero ella no era



cualquiera...

Con mucha lentitud, notando los latidos de su corazón en la garganta, alargó la mano hacia la manivela y la giró. Si hubiera chirriado la puerta él la habría descubierto, pero los criados del vizconde eran tan eficientes que engrasaban las bisagras con asiduidad. Por ese motivo pudo entrar sin ser escuchada.

La única luz que había en el interior la producían las llamas del fuego de la chimenea. Apenas distinguió la decoración del despacho. Lo único que contempló con claridad fue la gran alfombra que permanecía junto a la lumbre y a él... Logan se hallaba sentado en un sillón, con los codos apoyados sobre el escritorio y mirando lo que atesoraba sobre este. Se había quitado la chaqueta del traje azul escarlata que tan imponente lució durante la cena y llevaba los picos de la camisa hacia arriba, indicación de que tampoco llevaba puesta la corbata. Unos despeinados mechones negros ocultaban el rostro masculino que tanto adoraba. Se giró despacio hacia la puerta y la encajó sin hacer apenas ruido, solo el suficiente para que él levantara la cabeza y la descubriese.

—¿Qué haces aquí?

El tono tan rudo que utilizó para hablarle le hizo pensar que había cometido un error. Sin embargo, sus ojos expresaban todo lo contrario: mostraban tanta satisfacción y bienestar que ella fortaleció su decisión.

—No podía dormir —respondió mientras caminaba hacia él.

Se quedó parada frente a la mesa y observó todo aquello que había sobre esta; una multitud de hojas se esparcían sobre la superficie y vislumbró también que más de una estaba manchada de licor. Miró de reojo la botella que había a su lado y frunció el ceño al hallarla prácticamente vacía. ¿Se había emborrachado? ¿Ese era el motivo por el que no apareció por su alcoba? Y, ¿por qué abusó del alcohol si durante los días que llevaban en Harving House apenas había tomado dos copas fuera de las comidas?

—Podías haberle pedido a la señora Donner que te preparara una de esas infusiones calmantes que guarda en la cocina. Seguro que eso te habría mantenido tumbada sobre el colchón hasta el amanecer —comentó arrastrando las palabras.

—¡Estás borracho! —soltó cruzándose de brazos—. ¿Por qué?

—¿Porque he bebido más de lo que puedo soportar? —soltó mordaz—. Por si no lo sabes, amor mío, cuando se ingiere tanto licor, el...

Logan enmudeció de repente al ver cómo ella descruzaba sus brazos y,

sin apartar los ojos de él, extendía su mano derecha hacia la botella. Colocó sobre su labio inferior la boca de esta y le dio un pequeño trago.

—A este juego también puedo participar yo —aseguró antes de hacer que su garganta ardiera por la ingesta de ese licor al que no estaba acostumbrada a tomar. Aguantando las lágrimas que le ocasionaron el escozor y la repentina tos, lo contempló sin parpadear mientras permitía que varias gotas resbalaran desde su boca hasta su pecho—. Tienes que decirme dónde guardas más porque necesitareé otra igual que esta para poder alcanzarte. —Bebió de ella hasta que no quedó nada en el interior y después la colocó en su lugar.

A Logan se le desencajó la mandíbula al observar cómo el líquido se deslizaba por su piel hasta que, maravillosamente, terminó sobre el escote que mostraba la bata. Quiso levantarse, arrojarse sobre ella y recorrer con su lengua el camino por donde habían transitado esas dichas gotas de brandy, pero todavía era consciente de que su lamentable estado solo le causaría problemas. Una vez que la besara, querría más y eso desencadenaría una explosión de emociones que lo convertirían en un ser malvado. Antes de hacerle el amor debía asegurar su decisión de ser honesto con ella. Necesitaba hablarle de su pasado y de lo que había pensado hacer en un futuro próximo; si el destino era benévolo con él, Anne no se marcharía.

—¿Vas a decirme de una vez por todas dónde puedo encontrar una maldita botella? —espetó furiosa ante su pasividad.

¿Qué diablos le había ocurrido? Su vizconde, el que había conocido durante las últimas semanas, se habría levantado, la habría cogido en brazos y, tras apartar de un manotazo todo lo que estuviera sobre la mesa, le habría hecho el amor con tanta pasión que sus cuerpos se habrían fundido. Ese pensamiento, y las imágenes que aparecieron en su mente, le endurecieron los pezones y la excitó tanto que abrió la boca, inconscientemente, para jadear.

—¡Ahí! —respondió con voz entrecortada, señalándole el decantador que se hallaba sobre el mueble.

Estaba preocupado. De eso no le cabía la menor duda. Aquella inesperada visita lo había perturbado. ¿Qué había ocurrido durante la hora que conversaron? Miró a Logan y meditó si sería conveniente indagar sobre el tema que lo inquietaba. Tal vez se estaba precipitando, quizás solo necesitaba un poco de soledad para enfrentarse a lo ocurrido. Sin embargo, justo cuando empezaba a dudar sobre su actuación, por su cabeza pasaron cientos de imágenes de él: el día de la fiesta, cuando levantó la copa y enarcó su ceja izquierda preguntándole en silencio el motivo por el que lo miraba, el día que

apareció con lord Giesler en su casa, su desmayo, la charla que mantuvieron mientras Mary se distanciaba de ellos gracias a ese regalo; el momento en el que habló con Madeleine a través de la cortina, su comportamiento paternal con Josh, el beso que le dio cuando la descubrió frente a la puerta de aquella cochambrosa alcoba de la posada, el instante en el que él apareció en su habitación y le dijo que cerrara el pestillo si no quería que volviera a visitarla, el encuentro en el jardín, las noches abrazados en su dormitorio, escuchando cómo respiraba sobre su cabeza, notando la paz y tranquilidad que sentía a su lado... ¡Por supuesto que debía averiguar qué diantres le había sucedido! ¿Cómo iba a abandonar al hombre del que estaba locamente enamorada? ¡Jamás! Pelearía con uñas y dientes por hacer volver a ese intrépido hombre que osaba besarla, tocarla y amarla allá donde le apeteciera.

¡Qué Dios se apiadara de ella y de toda su familia! Porque iba a luchar por él...

Con los ojos del vizconde clavados en ella, condujo sus manos hacia el lazo de la bata y lo desató mientras se dirigía hacia esa zona del despacho, sacudió ligeramente los hombros hasta que la prenda se deslizó por sus brazos con tanta suavidad que sintió cómo el vello se erizaba en respuesta a esa delicada caricia. Si aquella actitud sensual no hacía que Logan saltara del asiento, nada lo conseguiría.

—Entonces... tu embriaguez la ha provocado... —empezó a decir con una voz tan sumamente erótica que le temblaron las manos.

Tuvo que respirar hondo para poder concentrarse en llenar una de las copas que había sobre la bandeja de plata y no derramarla por el tembleque. Antes de girarse y enfrentarlo, se bebió de golpe esa generosa cantidad de licor y se sirvió otra. Terminaría más borracha que Logan, pero le daba igual cómo acabara esa noche. Lo único que le importaba era cómo la finalizaría él.

—¿La ha provocado? —preguntó Logan a su espalda.

¡Ni mil barriles de brandy lo habrían tumbado después de observar la silueta del cuerpo de Anne a través de ese camisón transparente!

Cuando ella dejó caer la bata al suelo, contoneó las caderas al sensual ritmo de sus pasos, las puntas de su cabello oscuro rozaron con erotismo sus caderas y la luz de las llamas atravesaron ese camisón, mostrándole una figura seductora y erótica. En ese momento, su sexo reaccionó veloz y el corazón se le paralizó. Ella era puro magnetismo, deseo, lujuria y... amor. La parte racional de su cerebro, aquella que le recordaba sin cesar el problema al que debía enfrentarse, desapareció y todo el alcohol que transitaba por sus venas

se evaporó al aumentar su temperatura. Anne lo hacía arder, lo convertía en un inmenso fuego. ¿Un hombre podía fallecer al desear tanto a una mujer? Porque él estaba dispuesto a morir si ella no calmaba su sed.

Anne sonrió al escucharlo detrás de ella. Su respiración ya le indicaba que estaba excitado, pero lo confirmó cuando él pegó la cadera a sus nalgas. Ese era su hombre... siempre dispuesto a darle placer y a mantenerse completamente erecto por ella. Por lo menos ya había eliminado de sus pensamientos la terrible angustia de que no la deseaba. Ahora le quedaba averiguar por qué le había trastornado tanto la presencia del hombre.

—Eso me gustaría saber... —dijo tras depositar la copa sobre el aparador. Extendió sus manos hasta que encontró las de Logan, entrelazó sus dedos con los suyos y se los alzó hasta colocarlos sobre sus pechos. Una vez que las fuertes palmas masculinas los rodearon, los presionó como solía hacer. En ese momento, su cadera cobró vida propia acercándose peligrosamente a él y su boca jadeó de placer.

—No es una historia agradable... —murmuró Logan acercando sus labios al hombro derecho de Anne. Abrió la boca, sacó la lengua y lamió esa zona de piel como si estuviera saboreando un helado, aunque esta vez no sintió frío sino calor, mucho calor.

—Si fuera agradable no te habrías encerrado en este lugar, ¿verdad? —siseó mientras colocaba sus manos sobre las hercúleas piernas y las acariciaba hasta sentirlas temblar.

—Anne... —dijo con tono ahogado, como si un nudo en la garganta le impidiera hablar.

—Logan... —replicó situando su mano derecha sobre el grueso bulto que escondía bajo el pantalón—. Estás tan excitado por mí...

Si esas palabras la enloquecían cuando ella las escuchaba, esperaba que provocaran el mismo efecto en Logan.

—Sí... —confirmó acercando más su pelvis a esa mano traviesa para que no cesara de tocarlo—. Sabes que no puedo resistirme a ti —confesó antes de depositar sus labios sobre el cuello y besarla sin parar.

—¿Acaso te he pedido que lo hagas? —preguntó dándose la vuelta. Cuando observó la tristeza que desprendían aquellos hermosos ojos azules, se quedó sin respiración. ¿Qué había sucedido para que Logan se sintiera tan vulnerable?

—Aunque me lo pidieras... no podría hacerlo —le respondió él antes de asaltar su boca.

Como si estuvieran a punto de morir de hambre y lo único que pudiera salvarlos de la muerte fuera devorarse, Logan invadió, sometió y se apoderó de la boca de Anne al tiempo que ella le respondía con la misma necesidad y pasión. Las manos del vizconde se posaron sobre las nalgas y la atrajo más hacia sí, dejándola pegada desde los muslos hasta el pecho. Ambos cuerpos se acoplaron como si fueran dos esencias perfectas en el interior de una habitación sin salida.

Las manos de Anne recorrieron despacio su ancha espalda, continuó por el pecho, desabrochó los botones de la camisa, lo acarició con las palmas abiertas y, cuando se sació de tocarlo, estas descendieron despacio hasta la cintura del pantalón.

—Quiero liberarte de todo aquello que daña tu corazón —dijo ella antes de besar la zona de su pecho que lo protegía—. Quiero arrebatártelo para que nadie pueda herirte jamás.

—Es tuyo... —jadeó Logan al sentir sus labios sobre el pezón izquierdo.

—¿Estás seguro?

Al notar cómo él afirmaba con un ligero movimiento de cabeza, se apartó lo suficiente para observar si le mentía. Cuando confirmó la veracidad de sus palabras, metió la mano en el pantalón y acarició con las yemas su rígido y húmedo sexo.

—Sí... —susurró cerrando los ojos para dejarse llevar por la sensación de placer que le causaban el tacto de esos delicados dedos—. Te pertenece...

Entonces, justo cuando lo tenía sumido en un estado de frenesí, se apartó de él, como si estuviera poseída por un espíritu diabólico. Esquivó su corpulenta figura y se alejó lo suficiente para contemplar su reacción; el rostro de Logan mostró una mezcla de desconcierto y miedo.

—Si de verdad ese corazón me pertenece, necesito que seas sincero y me cuentes por qué diablos te has encerrado en este lugar durante más de cuatro horas. Tiempo que, a juzgar por el olor que desprendes y por la cantidad de licor que he descubierto en la botella, lo has pasado bebiendo —le exigió como si fuera una esposa encolerizada por haber esperado la llegada de su amado esposo frente a la entrada de su hogar mientras le caía un diluvio.

—Prometo que te lo contaré todo después de hacerte el amor. Ahora mismo soy incapaz de pensar en otra cosa salvo poseerte... —dijo al tiempo que se apartaba la camisa de un solo tirón. Luego hizo lo mismo con el botón del pantalón, se los bajó hasta los pies. Con unas rápidas sacudidas se quitó los zapatos, se despojó de todas las prendas y se mostró completamente

desnudo—. ¿No sientes piedad por tu loco enamorado? Mira cómo me has puesto...

—Calmaré tu necesidad cuando tú aplaques la mía —aseveró solemne para que no le quedara ninguna duda de que no era un farol. Estaba dispuesta a averiguar qué le pasaba y no pararía hasta lograrlo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó dándose por vencido.

—¿Quién era ese hombre?

—Lord Laxton.

—¿Qué quería de ti?

—Ha venido a informarme de que su tío, el conde de Burkes, continúa con la idea de comprarme Harving House. —Estaba a punto de agachar la cabeza cuando notó que Anne se movía. Clavó sus ojos en ella y se agrandaron al ver lo que hacía—. ¿Vamos a jugar a esto, querida?

—Sí —respondió acariciándose los pechos sobre el camisón—. ¿No te gusta la idea de premiarte cada vez que respondas a mis preguntas? —añadió con el tono erótico que había adoptado desde que entró.

—Me resulta... placentera —contestó con un largo suspiro—. Pregunta lo que desees —agregó colocando su mano derecha sobre su sexo.

—¿Por qué quiere comprártela? —soltó Anne sin dejar de manosearse. Debía llevarlo hasta un estado de agitación tan inmenso que no pudiera mentirle. Necesitaba averiguar la verdad y afrontarla juntos, como lo haría un matrimonio.

—Porque desea agrandar su patrimonio. —Al ver que esa afirmación no le parecía correcta, pues Anne dejó de tocarse, añadió—: Quiere que se la venda a cambio de seguir guardando un secreto.

—¿Un secreto? —repitió sorprendida.

—Sí —apuntó con un halo de tristeza.

—¿Qué secreto? —perseveró ella. La mano de Logan se apartó de su sexo y ahora caía laxa hacia el suelo, por eso decidió continuar con su juego. Caminó hacia atrás hasta que su trasero tocó la mesa, se apoyó sobre ella, se levantó el camisón dejando a la vista su pubis y abrió ligeramente de piernas—. ¿Qué más?

—Laxton y yo nos conocimos hace unos cinco años. Después de ser presentados y de conversar sobre su vida, me apiadé de él —prosiguió sin poder apartar los ojos de esa flor sexual que, a juzgar por cómo brillaba, estaba mojada.

—Ajá. —Lo premió de nuevo. Su mano derecha se colocó sobre su sexo

y lo acarició hasta que surgieron unos seductores sonidos que expresaban con descaro la excitación que ella sentía al tocarse.

—George y yo tenemos una amistad... especial —habló entrecortado, asfixiado por la imagen de Anne. Aquella figura erótica solo reafirmaba que era la mujer más maravillosa que había visto durante su vida. Sin embargo... ¿soportaría la verdad? ¿Qué pensaría de él cuando le desvelara su oscuro pasado?

—¿A qué te refieres con amistad especial? —quiso saber Anne introduciéndose uno de sus dedos. Cuando notó la presión, jadeó, lo miró desvergonzada y se acarició los labios con la lengua. Debería sentirse como una furcia, pero no fue así. Lo que percibía era un inmenso poder sobre Logan. Uno que liberaría al hombre que amaba de esa cárcel a la que se había obligado a permanecer.

—Laxton se convirtió en mi compañero de... perversiones —suspiró hondo. Estaba tan hipnotizado por los jadeos de ella que era capaz de correrse con tan solo mirarla—. Ya sabes la fama de libertino que llevo sobre mis espaldas...

—¿Real o inventada?

—Real —dijo mirándola con tanto arrepentimiento que el corazón de Anne se partió en mil pedazos.

¿Por qué se lamentaba de lo que hizo en el pasado? ¿Acaso actuó así para resguardarse de alguna herida? ¿Un desamor, quizá?

—¿Y? —insistió sacando ese dedo invasor para extender sobre sus voluptuosos labios el flujo que emanaba.

—¿Qué quieres que te explique? —gritó al tiempo que se acariciaba con desesperación el cabello.

—¿La verdad! ¡Quiero la verdad! —respondió Anne apartándose las manos del cuerpo. Se cruzó de brazos y lo miró sin parpadear. Tenía que insistir. Estaba a punto de lograr su propósito y, aunque sospechaba que no le agradaría aquello que iba a escuchar, lo soportaría por él.

—¿La verdad? —espetó enarcando las cejas. Una sonrisa sombría apareció en sus labios y sus ojos se ensombrecieron.

—Sí.

Anne ya no se encontraba frente a un amante tierno y cariñoso, sino ante la presencia de un fantasma. ¿Qué habría sucedido en el pasado para que se transformara en un ser sin alma?

—Pues la verdad no es otra que he compartido a mujeres —desveló

entornando los ojos y cambiando la risa de sombría a trémula.

—¿A tus amantes? —preguntó dejando caer el camisón hacia sus pies.

—Sí —dijo rotundo.

—¿Las obligaste a hacerlo? —soltó Anne llevándose las manos hacia la boca—. ¿Les ordenaste que lo hicieran?

—¡Jamás! —afirmó Logan con rapidez—. Ellas estaban más que dispuestas a ser compartidas con otros hombres. Te aseguro que soñaban con yacer con varios amantes a la vez.

—¿Entonces? Si ninguna de ellas se quejó cuando las compartiste, ¿qué te angustia? ¿El conde quiere desvelar tu secreto? ¿Por eso dices que te chantajea? —perseveró con angustia. Conocía esa doble moralidad aristocrática. Todo el mundo hablaba sobre ello y, aunque ese tipo de relaciones serían un succulento rumor, no le cabía duda de que Logan no sería el primer noble que practicaba ese tipo de inmoralidad.

—George y yo cometimos un grave error.

Logan se giró sobre sí mismo y caminó hacia la chimenea. La luz de las llamas iluminó su cuerpo. Su áspero y rizado vello, que dibujaba una hermosa y seductora línea desde su pecho a la pelvis, la amplitud de sus hombros, las grandiosas y fuertes piernas, los rudos músculos de sus brazos y su sexo, aún rígido por la excitación, se presentaban ante ella con absoluta voluntad. Logan desnudaba su cuerpo, ahora faltaba que también desnudara su alma.

—¿Cuál? —quiso saber. Pese a que su juego requería cierta distancia, Anne no podía mantenerse alejada de él. Con paso muy lento, se aproximó a Logan hasta que su nariz pudo inspirar esa fragancia masculina que la aturdió. Muy despacio, colocó sus manos sobre la espalda y lo acarició con la punta de sus dedos—. ¿Cuál fue vuestro error, Logan?

—Incluir a una sirvienta del conde en nuestras perversiones. —Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y contuvo la respiración al percibir el tacto de esas suaves yemas sobre su piel.

—¿Qué sucedió? —Añadió su boca a esas suaves caricias.

Sus labios besuquearon despacio diferentes zonas de la robusta espalda, originando unos sonidos tan sugerentes que, durante unos instantes, Logan se mantuvo en silencio para deleitarse con ellos.

—El conde siempre ha sido un hombre muy estricto. Desde que falleció su esposa, ninguna mujer ha ocupado su lugar. Adoptó una moralidad religiosa tan severa y rigurosa que no es capaz de consentir ciertas libertades. Lógicamente, desde que acogió a George bajo su protección, intentó educarlo



bajo esa dura ética, de ahí que descubriera con rapidez que su sobrino y la sirvienta tenían un idilio. Airado, encolerizado por no haber adoctrinado bien a su sobrino, el conde ideó un plan para someterlo por la fuerza a sus deseos. Su magnífico propósito resultó más fructífero de lo que esperaba... —Logan apretó los labios con tanta fuerza que palidieron. Su cuerpo, totalmente tenso, se irguió como lo haría un hombre que espera con honor la llegada de la muerte. Sin embargo, el hecho de que Anne continuara besándolo con tanta devoción le hizo relajarse hasta el punto de convertirse en un charco de hielo fundido. Tragó saliva, fijó sus ojos en el fuego y prosiguió—: Hasta ese día, me avasalló con una infinidad de succulentas propuestas de compra, pero las rechacé todas porque nunca he querido deshacerme de este hogar. Ya te comenté en el establo que la reconstruí con mis propias manos y todo lo que has encontrado en su interior lo obtuve a través de un gran esfuerzo. —Las palmas de Anne subían y bajaban sin descanso y él sintió que esos ligeros movimientos seguían apaciguando su inquietud. ¿Cómo podía estar ella a su lado escuchando tal atrocidad? ¿Por qué no lo dejaba solo con su sufrimiento? Tal vez había una pequeña posibilidad de estar juntos—. El mismo día que di por concluida la restauración, apareció George enfurecido. Su tío lo había castigado de nuevo por haberse saltado una de sus tantas normas. Nada podía tranquilizarlo, ni siquiera las dos botellas de brandy que ingirió mientras me relataba la humillación y el dolor que sintió al ser azotado delante de los sirvientes. Luego me confesó que Burkes había abandonado su hogar para compartir otra noche de moralidad con el juez Clarke y con el párroco Madden. Entonces, tuve la brillante idea de preguntarle si la doncella estaría dispuesta a ofrecernos una velada divertida. La emoción que George mostró en su rostro corroboró mi decisión. Laxton solía evadirse de todos sus problemas e inquietudes después de una tórrida sesión de sexo y te prometo que aquella noche lo necesitaba...

—¿Y... lo hicisteis?

El tono de voz de Anne no expresó odio, ni repugnancia, ni tan siquiera un leve sentimiento de odio. Lo que transmitió en su pregunta fue tristeza. La misma que una madre mostraría al descubrir que sus hijos han realizado una travesura que les acarrearía un grave problema. Esa actitud hizo que Logan se fortaleciera y que abandonara todo el pesar que le causaba su oscura revelación. Quizá sí que había una posibilidad para que ella perdonara todo aquello que hizo en el pasado, pero... ¿soportaría toda la verdad?

—Sí, lo hicimos y ambos caímos en la trampa que ideó el conde

—desveló con rudeza—. En mitad de la orgía, cuando ambos poseíamos a la mujer, se abrió la puerta de la habitación y tres pares de ojos nos observaron: los del conde, los del juez y los del párroco.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizada Anne.

—Sí, eso mismo gritó el párroco al descubrir lo que hacíamos allí dentro —comentó sarcástico.

—¿Qué pasó después? —se interesó ella aferrándose a esa fuerte cintura con más ímpetu, intentando mostrar con ese acto de cariño que, pese a todo, seguiría apoyándolo.

—Burkes ordenó a su sobrino que se retirara a su alcoba y me obligó a mantener una reunión con los otros testigos. Cuando me adecenté y accedí a la biblioteca, custodiado por su mayordomo, empezó a insultarme y a culparme de la inmoralidad de George. Puso al juez y al párroco en mi contra, aunque tampoco tuvo que esmerarse mucho en hacerlo. Ellos ya me habían sentenciado a muerte desde que nos vieron a los tres en la habitación. Entonces, después de escuchar todas sus acusaciones, intenté defenderme... —Volvió a suspirar y a fijar sus ojos sobre la lumbre—. El párroco Madden sacó a relucir la vida libertina de mi padre y los rumores sobre los vástagos que engendró. El juez Clarke se unió a esas acusaciones. Me señaló con el dedo y me advirtió que indagaría sobre mi verdadero origen porque, según había escuchado, el fallecido marqués de Riderland y la difunta marquesa firmaron la partida de mi nacimiento quince años después de que yo naciera. El párroco también añadió su versión de esa extraña dejadez, según la cual, la marquesa jamás pronunció mi nombre cuando acudía a su parroquia para confesar sus pecados. Parece ser que el único nombre que salía de su boca era el de Charles, el hijo que murió con valentía para salvar a unos pobres niños de un hogar pasto de las llamas.

—Recuerdo esa noticia... —susurró Anne apoyando una mejilla en la amplia espalda—. Mi madre no cesaba de hablar de lo ocurrido y de ensalzar el heroísmo de tu hermano.

—¿Mi hermano? —soltó Logan apartándose bruscamente de ella—. ¡Ese no era mi hermano!

—Logan... —susurró mirándolo con tal tristeza y piedad que a él se le encogió el corazón.

—¡No, no lo era! —aseguró contundente—. ¿Sabes quién era en realidad ese hijo del demonio? ¡Un demente! ¡Un perturbado! ¡Él fue quien provocó el fuego! ¡Él quería ver a todos los hijos ilegítimos de su padre calcinados en el

incendio! Y entre esos bastardos estaba yo... —confesó antes de agachar la mirada y fijarla en el suelo.

—¿Qué?! —preguntó abriendo los ojos como platos. Se llevó las manos temblorosas hacia el pecho para aplacar los veloces latidos de su corazón. Las piernas empezaron a perder fuerza y todo a su alrededor comenzó a moverse. Se mareaba y se asfixiaba porque tampoco podía respirar. ¿Logan era un hijo ilegítimo del marqués? ¡Imposible!

—Que soy un engendro, Anne. Soy un hijo no deseado... —continuó con firmeza—. ¿Nunca has escuchado las historias de mi padre? —Ella negó con la cabeza al tiempo que caminaba hacia atrás. Cuando sintió en las plantas de los pies la suavidad de la alfombra colocada frente a la chimenea, flexionó las rodillas hasta que estas se posaron sobre el tapiz—. Pues el muy condenado sometía a todas las mujeres que deseaba a su placer. En mi caso, tuvo el terrorífico atrevimiento de aceptar la propuesta que los padres de mi verdadera madre ofrecieron para que pudieran permanecer en una de sus tierras, rica para el cultivo y la caza. ¿Sabes quiénes llevan una vida nómada? ¿Puedes hacerte una idea de quién pudo ser mi madre?

Anne agachó la cabeza y se abrazó a sí misma con fuerza. No podía ser verdad lo que oía. ¿Logan estaba mintiendo! Pero... ¿con qué propósito? ¿El de tenerla? ¿Por qué? ¿No perdía él más que ella desvelando ese hecho? Muy despacio, levantó la barbilla y al observar el rostro de Logan se quedó sin respiración. No vio nada que le indicara que mentía. La expresión de esa triste y agónica mirada declaraba que decía la verdad. ¿No había deseado desnudar su alma? Pues allí estaba. El hombre que amaba le confesaba su pasado. Uno que ella nunca se habría imaginado pero que soñó en más de una ocasión. Ahora la última pieza de ese puzle incompleto se hallaba en su mano, solo faltaba que pudiera encajarla con las demás.

—Veo que no quieres responderme... ¿tanta repulsión sientes al confesarte que soy el hijo de una zíngara? ¿Solo amas al vizconde? —soltó a través de un rudo gruñido.

—¿De verdad crees que puedo sentir repulsión al conocer tu verdadera procedencia? ¡Yo?! —gritó fuera de sí—. ¿Has olvidado la sangre que corre por mis venas? —se aventuró a atacarle, alzándose con tal bravura que le dolieron los tendones de su cuerpo.

—Lo siento, no quería... —murmuró inclinando su cabeza hacia el suelo, mostrándose tan sumiso que Anne quiso sacarlo de ese estado de abatimiento con un grandioso bofetón.

—¡No soy yo quien ha renegado de sus orígenes! ¡No soy yo la que ha mentido!

—Yo... Yo no quería hacerlo —aseguró levantando al fin su rostro hasta que ambas miradas se cruzaron—. Te juro por mi vida que desde el primer momento quise hacer público quién fue mi madre, pero Roger lo impidió.

—¿Por qué? ¿Es él quien rechaza tus orígenes gitanos? ¿Te obligó a guardar silencio? ¿Por eso el difunto marqués firmó tu partida de nacimiento? ¿Tu grandioso hermano no quería que mancillaras su honorable título?

—¡No! —bramó caminando hacia ella hasta que estuvieron tan cerca que el calor del cuerpo de Anne, originado por la cólera, calentó el suyo, helado por ese ataque de bravura.

—¡No te entiendo, Logan! —exclamó llevándose las manos al rostro para frotárselo con desesperación—. ¡De verdad que no entiendo la actuación de los aristócratas! ¿Qué pretendía? ¿Por qué no dejó que desvelaras quién eras? ¿Qué repercusión tendría que apareciera otro hijo ilegítimo? ¡Hay cientos!

—Destrozaría todo aquello que hizo... —apuntó con suavidad.

—¿Te refieres a su acomodada vida social? —soltó en voz alta.

—¡No! ¡Roger siempre luchó contra todos los beneficios que le otorgaría el título de marqués!

—Entonces... ¿qué fue? ¿Qué sigues ocultando, Logan? —dijo con contundencia.

Lentamente, Logan buscó las manos de Anne, que temblaban debido a su estado de furia, entrelazó sus dedos con los suyos, los subió hasta colocarlos sobre sus labios y los besó uno a uno.

—Cuando Roger era un crío descubrió algo tan macabro que se obligó a alejarse de sus padres. Tanto el marqués como la marquesa lo dieron por muerto y educaron a Charles, su gemelo, para que un día ostentara el título —empezó a narrar mientras posaba las manos de Anne sobre su pecho, para que su respiración y los latidos de su corazón confirmaran la veracidad de la historia—. Cuando regresó, muchos años después, los marqueses aunaron fuerzas para aniquilarlo, pero gracias a la piedad de su mayordomo consiguió sobrevivir. Desde ese día, juró destruir a sus padres y solo hubo una manera de hacerlo.

—¿Cuál? —Era la primera vez que los ojos de Logan brillaban a causa de las lágrimas. Había regresado ese hombre vulnerable que encontró en el despacho. Sin embargo, no lo dejaría solo. Esta vez ella estaba a su lado para ayudarle a luchar contra esos demonios que lo atormentaban.

—Con los pagos de sus viajes, reunió la suficiente fortuna para construir la residencia que se destruyó por el fuego. Allí permanecimos más de treinta hijos bastardos durante mucho tiempo. Él nos mantenía protegidos de la marquesa.

—¿La marquesa conocía las infidelidades de su marido? —preguntó con asombro.

—Sí, porque muchas de las mujeres que mantuvieron relaciones con él aparecían meses después portando sobre sus brazos el fruto de sus escarceos.

—¿Qué hizo ella? —La expresión que mostró Logan se endureció y sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en las mismísimas alas de Astennu—. ¡No me digas que los mató! —soltó sin pensar.

—Sí. Hasta que Roger pudo salvarnos, ella sesgó la vida de esos niños para mantener a salvo su matrimonio.

—Entonces... Ocurrió... Charles averiguó... y quiso mataros a todos para que... —intentó decir, pero las conclusiones que surgían en su cerebro eran más rápidas que su habilidad para hablar y fue incapaz de articular una frase completa—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó antes de romper en llanto.

—Tranquila, Anne —intentó calmarla abrazándola con fuerza—. Muchos pudimos salvarnos gracias a Roger y él logró, con la ayuda del duque de Rutland y del barón de Sheiton, construir otra residencia en la que pudimos vivir.

—¿Cuál es tu historia, Logan? —preguntó apartándose del rostro de su amado para mirarlo y acunarlo entre sus manos—. ¿Qué le sucedió a tu madre? ¿Fue ella quien te llevó hasta Roger?

—No. Ella no pudo llevarme porque murió en el parto —declaró con voz estrangulada—. Era una niña cuando se quedó embarazada, apenas había cumplido catorce años y no soportó el parto. Su madre...

—Tu abuela —le corrigió.

—No puedo denominarla de ese modo, Anne. ¿Ves la cicatriz de mi pecho? —Ella dirigió la mirada hacia esa marca y, tras apartar una mano de ese rostro compungido, la acarició despacio—. Intentó matarme. Tal vez lo hubiera conseguido si la mujer que me crio no la hubiera seguido hasta el bosque donde, después de rajarme con una daga y confirmar que mi sangre haría llamar a las fieras para que me dieran fin, me abandonó. Shara sabía que al regresar a la colonia conmigo en brazos sufriría la ira de esa dañina mujer, pero no le importó. Tuvo que someterse a un duro castigo por atreverse a desafiar a la hechicera; lo asumió con entereza durante seis años, hasta que

observó que todos los miembros del clan también eran crueles conmigo. Nos alejamos de la colonia y vagamos hasta que un vizconde nos acogió. Ella se convirtió en una sirvienta y yo era el triste bastardo de un hombre al que nadie conocía. Solo supe que el marqués de Riderland era mi verdadero padre cuando Shara enfermó. Antes de morir, siguió luchando por mi vida y no exhaló su último aliento hasta que Roger le juró que a su lado estaría a salvo.

—Y cumplió su palabra —murmuró Anne abrazándolo con fuerza.

—Sí —aseveró Logan dejándose abrazar, permitiéndose al fin sentir algo de calma en su inquieta alma—. Tengo que seguir protegiendo el secreto, Anne. No puedo destrozarme todo lo que Roger hizo por nosotros. Debo asumir la condena que yo mismo me he ganado con el conde. Si continúo pagando todo aquello que me pide, si de una vez por todas le vendo Harving House... mis hermanos no sufrirán más humillaciones y el trabajo de Roger seguirá resguardado.

—¡Maldito hijo de furcia! —tronó Anne al recordar el chantaje del conde. Se apartó de Logan y comenzó a deambular por el despacho—. ¡Quiero matarlo! ¡Quiero estrangularlo con mis propias manos! —declaró alzando sus brazos y entrelazando los dedos como si de verdad el cuello del viejo Burkes estuviera entre ellos—. No se dará por vencido, ¿verdad? ¡Quiere verte humillado y destruido! —bramó—. ¡Pues no lo conseguirá! ¡Ese cerdo no sabe quiénes somos las Moore! Voy a escribirle una carta a mi madre y le pediré que se presente lo antes posible. Seguro que entre todas podremos tramar un plan que pueda destrozarlo. Por nuestras venas corre sangre malvada, muy malvada —alegó entornando los ojos—. ¿Sabes quién fue mi abuela? ¡Jovenka! ¡Una zíngara que esterilizaba la tierra que tocaban sus pies!

—Anne..., por favor... piensa un poco, cariño. No podemos enfrentarnos a él. No solo peligrará la reputación de mis hermanos, sino que vuestra familia se verá involucrada en esta atrocidad. ¡No voy a arrastraros a vosotros también! ¡He de aceptar mi culpa!

—¡Tu culpa! ¿Cómo declaras esa tontería, Logan Bennett, vizconde de Devon, hermano del idolatrado marqués de Riderland? ¿Crees que tu hermano te daría una palmadita en la espalda y apoyaría esa decisión? ¿Dónde está esa sangre zíngara que baña tus venas? ¿Has renegado tanto de ella que ya no existe en ti?

—¡No! ¡Por supuesto que no! —bramó—. Pero... ¿qué puedo hacer?

—¡Luchar! —gritó levantando el puño derecho—. Como han luchado todos nuestros ancestros.

—Y, ¿cómo quieres que lo hagamos, querida? ¿En la fiesta? —alegó mordaz.

—¿Qué fiesta? —realizó la pregunta con voz sosegada, como si de repente toda esa furia se desprendiera de su cuerpo de golpe.

—George me ha traído una invitación que no puedo rechazar —masculló—. También me ha dicho que si alguien descubre vuestra presencia en Harving los rumores sobre mis perversiones aparecerán de nuevo y vosotras...

—Quedaremos deshonradas —terminó la frase Anne apretando con ímpetu los puños—. ¿Qué tienes pensado hacer? ¿Qué quieres que hagamos?

—Le he dicho a Laxton que mi prometida...

—¿Prometida? —lo interrumpió—. ¿Qué prometida?

—¡Tú! ¿Quién va a ser si no? —soltó dando unas enormes zancadas hacia ella—. Sabes que te quiero, Anne, que deseo casarme contigo pues, como has descubierto, esa maldición que tanto temes se romperá conmigo.

—Casarnos... —murmuró agachando el rostro. Sorprendiéndose por la magnitud que originaba esa simple palabra dentro de ella.

—¿No quieres hacerlo? ¿No me amas como yo te amo? —preguntó, notando cómo otro nudo aparecía en su garganta.

—Sí que te quiero, Logan. Y te puedo asegurar que, después de saber quién eres en realidad, las ganas de convertirme en tu esposa han aumentado.

—¿Entonces? ¿Qué te impide hacerlo? —perseveró, alzándole con dos dedos la barbilla.

—No sé si podré darte lo que necesitas... —declaró mirándolo a los ojos.

—¿Y qué, según tú, necesito? —espetó arqueando sus oscuras cejas.

—Yo no puedo... Jamás lograría... No sería capaz de...

—Anne —susurró rozándole con la boca esos labios temblorosos—. ¿Qué no podrías, mi amor?

—Yo no podría meter a otro hombre en mi cama —declaró aterrorizada.

—¡Ni yo lo voy a consentir! ¡Eres mía, Anne Moore! ¡Solo mía! —tronó antes de someterla a un beso tan posesivo que no le quedó ninguna duda de que su futuro esposo no la compartiría con nadie.

## *Capítulo XXXIII*

Al día siguiente, después del desayuno, Logan convocó a todo el servicio en el comedor. Por la inquietud que expresaban sus rostros, Anne supuso que se encontraban inquietos por la aparición del sobrino del conde. Sin embargo, la incertidumbre se transformó en júbilo al escuchar la noticia de su compromiso. No parecían sorprendidos sino aliviados, algo que intrigó a Anne. ¿No habían logrado mantener en secreto la relación? Mucho se temía que no, porque las expresiones de alegría de la señora Donner le dieron a entender que fueron, en más de una ocasión, testigos mudos de su romance. Josh se abrazó a Logan y después la besó una infinidad de veces. La única persona a la que parecía no agradarle la noticia fue Elizabeth. Cuando esta se levantó de su asiento y abandonó la sala, Logan la siguió con paso firme.

—No hagas nada —le indicó Josh cuando intentó levantarse del asiento—. Debes dejarlos solos. Eli necesita asimilar que tú has logrado alcanzar su idílico sueño.

Ese comentario la entristeció. Ella jamás imaginó que se convertiría en la esposa de un aristócrata y ni mucho menos que un día sería una marquesa. En su caso, solo deseaba alejarse de su familia para no herirla más. ¿Por qué el destino era tan caprichoso? ¿Cómo diablos consiguió unirlos? ¿Alguna vez pensó que amaría a un zíngaro con mezcla de sangre azul? Esa pregunta la hizo sonreír. No, por supuesto que jamás soñó casarse con un hombre que escondiese el salvajismo propio de los gitanos y tampoco imaginó que fuera tan apasionado...

Transcurrido un largo tiempo, Logan regresó al salón sosteniendo el brazo de Elizabeth. La mirada de ella había cambiado y su actitud, también. Una vez que se acomodó en el asiento, pusieron el plan en marcha.

—No podemos aparecer sin una carabina —intervino Elizabeth después de escuchar el estudiado relato del vizconde—. Eso les haría pensar que estás mintiendo.

—Tienes razón —resopló Logan—. No es adecuado que asistáis sin una presencia respetable —agregó mordaz.

—¿Qué os parece, milord, si transformamos a la señora Donner en una tía



lejana de las señoritas Moore? Yo podría convertirme en su hijo y ella ser una viuda.

Cuando Howlett, quien no había cesado de dar palmaditas desde que escuchó que el vizconde se casaría con Anne, ofreció esa alternativa, todas las miradas se clavaron en él.

—Es una idea fantástica —admitió Logan—. ¿Qué le parece, señora Donner? ¿Le gustaría convertirse en la tía de estas adorables muchachas?

—Milord, me sentiría muy honrada de asumir ese papel, pero no sé si podré convencerles tal como lo desean. Mis manos están... —intentó decir, alargando las palmas hacia su señor.

—Eso no será un problema —terció Elizabeth—. Las damas siempre cubren sus manos con guantes de seda.

—Pero tampoco sé bailar, además, si alguien intenta mantener una conversación culta conmigo... —murmuró inquieta.

—Sobre el tema del baile, no se preocupe, puede fingir que se siente fatigada por la edad —respondió de nuevo Elizabeth—. Y sobre las conversaciones..., he de confesarle que ningún caballero se atreverá a preguntarle su opinión sobre un tema importante. Estoy segura de que hablarán sobre el tiempo, sobre la fiesta tan espléndida que ha ofrecido el anfitrión, sobre los deliciosos manjares con los que obsequiará a sus invitados y la magnífica repercusión social que obtendrá el conde cuando acabe la noche.

—¿Tan predecibles somos? —espetó Logan burlón. Se cruzó de brazos y se apoyó de manera descuidada sobre una esquina de la chimenea.

—La aristocracia es demasiado simple, cualquier persona podría hacerse pasar por uno de ellos si adopta ese necio comportamiento —replicó elevando la barbilla y mirándolo sin parpadear.

Ante esa afirmación tan grosera, Anne miró a Elizabeth como si quisiera aniquilarla, pero la carcajada de Logan le hizo borrar ese maquiavélico deseo.

—¡Tienes razón, Eli! ¡Somos tan simples que cualquiera puede hacerse pasar por uno de nosotros! —agregó el vizconde sin dejar de reír, se descruzó de brazos y caminó hacia la muchacha para darle un tierno beso sobre el bonito peinado que lucía esa mañana.

Cuando el ambiente se hizo más fluido y relajado, Logan y Anne les informaron a todos sobre sus nuevos quehaceres y se pusieron manos a la obra. Howlett y Elizabeth se encargaron de instruir a la cocinera. Aunque en más de una ocasión se escucharon los gritos desesperados que la pobre mujer

producía al someterse a los mandatos del ayuda de cámara. Josh, muy a su pesar, tuvo que visitar, junto con Anne, a una modista para que le confeccionara un vestido. La primera vez que ella vio a la intrépida Moore luciendo una prenda tan femenina, no supo concretar si expresaba más horror el rostro de la dependienta o el de su hermana.

*—¿Dónde podré ocultar la daga? —comentó mientras observaba la tela, los volantes y los encajes.*

*—No tendrás que llevar nada. Recuerda que vamos a una fiesta y que nuestro cometido es mostrar un carácter afable y educado —alegó Anne con tono firme.*

*—La liga es ideal para una daga corta —le susurró la dependienta al oído mientras le arreglaba el volante del hombro derecho—. Tengo clientas que me piden ciertas sujeciones en las medias...*

Esa revelación, y la complicidad que le ofreció la modista, hizo que Josh se relajara y que terminara pidiéndole dos buenas *sujeciones* para sus piernas.

Marco, el administrador, también se unió al plan. El propósito de este era custodiar a las hermanas mientras el vizconde se reunía con el conde. Pese a que permanecerían protegidas por la señora Donner y Howlett, Logan no deseaba que el juez o el párroco intentaran acercarse a ellas para llevar a cabo alguna sutil treta. Necesitaba controlarlo todo...

Lo más divertido de aquellos días fue el momento en el que este se presentó a Elizabeth y a su fiel compañero. Los ojos de ambos se agrandaron tanto que podían salirse de las cuencas. Marco mostró una figura solemne con un traje hecho a medida y a la última moda, que ensalzaba sus rasgos españoles tan exóticos. Como era de suponer, Eli adoptó su típico comportamiento seductor hasta que descubrió que se trataba de un simple administrador. Sin embargo, el interés del ayuda de cámara hacia él aumentó, dejando bastante claro que deseaba seducirlo. A pesar de que Logan procuró mantenerlo apartado de él, Howlett buscaba absurdas excusas para llamarle la atención y el vizconde, al notar que Marco no lo evitaba, sino que anhelaba calmar todas las inquietudes de su empleado, desistió en su propósito. ¿Quién era él para luchar contra el amor de dos enamorados?

Durante las noches, y pese a que la señora Donner había decidido no bailar en la fiesta, Kilby insistió en mostrarle la belleza de la danza. En esos momentos, todos descubrieron que el mayordomo sentía cierta atracción por la

cocinera y que ocultó hasta que la mano izquierda del fiel empleado se posó sobre la cintura de la mujer con determinación.

Todo estaba preparado. Ni un solo detalle se había quedado sin revisar. Solo faltaba que la velada saliera tal como habían planeado.

—¿Nerviosa? —le preguntó Logan a Anne una vez que se acomodaron en el carruaje. La observó como si fuera su mayor tesoro, su diosa, y sonrió al ver que decidió ponerse todos los complementos que poseía de color naranja. Parecía que sus pendientes, el collar y la pulsera, que brillaba cada vez que movía la muñeca, eran sus amuletos de la suerte.

—¿Tú no lo estás? —respondió mirándolo sorprendida.

—Voy a dar por zanjada una extorsión que sufro desde hace varios años, voy a luchar por salvaguardar el honor de mi familia, voy a presentar a mi futura esposa en sociedad y tengo que sacaros de allí sanas y salvas, ¿eso debería inquietarme? —soltó suspicaz.

—No, por supuesto que no —aseguró Anne dibujando una amplia sonrisa—. Un zíngaro jamás se doblegaría ante unos problemas tan nimios.

—Tú lo has dicho, querida, tú lo has dicho... —declaró Logan antes de notar cómo la mano izquierda de Anne apretaba una de las suyas y cómo la pulsera naranja los unía aún más.



—¿A esto llama hogar? —tronó Elizabeth cuando salió del carruaje con la ayuda de Howlett, quien después regresó rápidamente con Marco. La muchacha alzó la mirada hacia la residencia del conde y abrió los ojos de par en par. Austero, ruin, ridículo y vulgar fueron las palabras que aparecieron en su cabeza al contemplar aquel terreno—. Ahora entiendo el motivo por el que quiere comprarte Harving House. Este lugar es tétrico y angosto. ¿No es capaz de invertir algo de su suculenta fortuna para reparar el jardín? ¡Las flores están marchitas! —agregó furiosa.

—Es la primera vez que voy a decir esto, Eli, así que escúchalo bien —accedió Josh, peleándose con la falda vaporosa de su vestido de seda verde esmeralda—. Tienes razón. Esto es abominable hasta para mí. Jamás he visto un lugar tan repulsivo. ¿El conde quiere hacer lo mismo con Harving House? Porque estoy segura de que la abandonaría a su suerte...

—Lo que pretende es adquirirla por menos de lo que cuesta —masculló Logan—, y luego venderla por el triple.

—¿No se lo permitirá, verdad? —preguntó horrorizado Howlett—. He tardado muchísimo en encontrar esas suaves y elegantes cortinas de oveja irlandesa como para que ese crápula las convierta en trapos de cocina.

—No —respondió Bennett con firmeza—. El conde no logrará su propósito. Por ese motivo estamos aquí, para consolidar mi negativa.

—¿De verdad cree que explicándole que se casará con Anne y que desea usarla como segunda vivienda le hará cambiar de opinión? —preguntó Josh que, sin apartar la vista del vizconde, colocó furtivamente las manos a ambos lados de sus muslos para asegurarse que las dagas se hallaban en su lugar.

—Estoy segura de que el conde se dará por vencido cuando le explique que una futura marquesa, quien dará a luz a unos seis fuertes y robustos hijos, necesitará esta residencia para educarlos bajo la moralidad adecuada. Recordad que ese hombre piensa que Londres es una ciudad abocada a una catástrofe social por la perversión de sus habitantes —apuntó Anne, extendiendo la mano hacia Logan para calmar esa inquietud que decía no tener—. Debéis rehusar cualquier conversación sobre virtud, economía, orígenes zingaros, la popularidad de nuestro padre y, si alguien os pregunta el motivo por el que no ha venido, tenéis que indicar que...

—Que ha acudido a un congreso importantísimo para su carrera profesional y que nuestra madre hizo llamar a tía Gerthudies y a nuestro querido primo para que nos acompañaran en este viaje —recitó Josh con aburrimiento.

—¿Preparados? —preguntó Logan justo antes de pisar el primer peldaño de la escalera de piedra agrietada que los conduciría hacia la entrada principal.

—¡Sí! —respondieron todos al unísono.

El mayordomo del conde los recibió minutos después de que él llamara a la puerta. Dos sirvientes fueron los encargados de recoger sus abrigos. Luego, estos caminaron raudos por la galería de la izquierda. Logan miró a Marco y le hizo una señal con la cabeza. El administrador lo entendió con rapidez y se situó en el lado derecho, custodiando la entrada de las mujeres. Respiró hondo para calmar ese estado de agonía que no quería mostrarle a Anne, acomodó la mano de ella sobre el antebrazo y se situaron en la entrada del salón hasta que otro sirviente los anunció.

Definir aquel grupo de *trotamúsicos* como orquesta era darle una

categoría demasiado alta. Los cuatro hombres colocados en una esquina no lograban tocar al compás, pero a los asistentes no debió de importarles ese desacompañado ritmo pues estaban muy ocupados mirando la desastrosa decoración que les rodeaba. El conde ya había dado a entender con el descuidado exterior lo que podían encontrar en el interior, pero ninguna hermana imaginó aquel horror. Una cosa era cierta, los suelos brillaban y la lámpara de cristal que pendía del techo permitía que la luz de las velas, que desprendían un putrefacto olor a ternero muerto, iluminara el salón. Logan miró de reojo a Anne y esta le sonrió. No había duda de que el conde había preparado esa ceremonia con rapidez. Tal vez incluso el mismo día que su sobrino le entregó la nota. Posiblemente, pensó que el vizconde no se atrevería a aceptarla y, ante su respuesta afirmativa, ordenó a sus pocos sirvientes que prepararan aquella pantomima con urgencia. Casi con certeza, aquellos cuatro músicos no lo fueran en realidad y se trataran de empleados que, durante tres días, aprendieron a soplar un instrumento de viento y a romper las cuerdas de un triste violín. Sí, era la posibilidad más acertada...

Josephine fijó sus ojos en las cuatro paredes del salón y contuvo el aliento al descubrir que las siete gigantescas pinturas tenían el mismo rostro. Cambiaban los fondos y las formas de sus vestidos negros, pero el semblante serio, rígido e implacable se presentaba en todas. No entendía cómo los invitados podían charlar con tranquilidad mientras siete pares de ojos fieros los observaban como si quisieran lanzarles un rayo fulminante. Inconscientemente, se llevó las manos hacia las dagas y las acarició. No dudaría ni un solo segundo en utilizarlas si sus vidas peligraban...

Elizabeth notó cómo la señora Donner apretaba los dedos en su brazo y tiraba de ella para decirle algo. Una vez que confirmó que nadie las miraba, inclinó la cabeza hacia la mujer.

—¿Cómo voy a hablar sobre los temas que me sugirió? —le murmuró aterrada—. No se trata de una gran ceremonia, el salón es tétrico y creo que la comida nos hará enfermar. Jamás he conocido un conde con tanta ruindad y miseria. Los trajes de los sirvientes están remendados varias veces, la madera no está debidamente tratada, así que estaremos rodeados de carcoma; los candelabros, las bandejas y la cubertería tampoco serán de plata, las copas en las que beben los escasos treinta invitados no brillan y ese olor... —Arrugó ligeramente la nariz—. ¿Se les habrá quemado la cena?

—Puede hablar del tiempo —sugirió Eli, centrándose en no reír. Extendió el abanico e intentó calmarse con el frescor que este le proporcionó.

Era cierto lo que argumentaba la señora Donner. Nada de lo que había en aquel lugar era digno de un conde salvo que estuviese arruinado y ese no era el caso, pues quería comprar Harving House. Tragó saliva cuando observó las cortinas. ¿De qué siglo eran? La roña que mostraban y las hebras de los bajos indicaban que no solo habían permanecido en aquel lugar durante muchos años, sino que también habían sido testigos de una dura guerra.

—¿Del tiempo? —repitió la señora Donner.

—Recuerde que pronto vendrán más lluvias y esas pobres flores al fin recibirán algo de agua.

—¿Agua? —preguntó tirando aún más de ella—. No tendremos la desgracia de que llueva mientras permanezcamos en esta sala, ¿verdad? Porque no me cabe la menor duda de que ese avaro conde no ha reformado los tejados de esta porqueriza y tendremos que tomar un rancio vino mientras esquivamos el agua de las goteras.

La carcajada de Elizabeth sonó por encima de la estridente música. Ese acto risueño y repentino captó la atención de los invitados y todos clavaron sus miradas en ellos. Logan y Marco irguieron sus grandes y fuertes figuras. Josh se llevó de nuevo las manos hacia el lugar donde escondían las dagas y Anne, tras mirar a Elizabeth con intriga, suspiró hondo y bajó las escaleras junto a su prometido.

—Lo siento... —se disculpó.

Era la primera vez que no controlaba su comportamiento en un encuentro social, pero el comentario de la cocinera había sido tan ocurrente que no pudo aguantar la carcajada. Sintiendo aún las miradas sobre ella intentó ocultarse entre Howlett y Josh.

—Lord Devon, ¡cuánto me alegro de verlo! —exclamó el conde dibujando una pérfida sonrisa. Caminó hacia ellos, levantó la mano derecha y esperó a que este la aceptara.

—Lord Burkes... —respondió Logan, separándose de Anne para aceptar el hostil saludo—. El honor es nuestro. Gracias por invitarnos a su hogar.

—¿Cómo iba yo a privarme de su presencia y la de su... prometida? —espetó mirando a Anne con los ojos entornados.

—Señorita Moore, le presento al conde de Burkes. —Logan colocó su mano izquierda sobre la parte baja de la espalda de Anne con la misma determinación que Kilby puso la suya en la señora Donner. Aquel acto de posesión debió dejar claro que no mentía y que la conversación que mantuvo con George era cierta. Pero él sabía que el conde no se rendiría tan fácilmente,

¿en qué momento de la ceremonia mostraría su verdadera personalidad?

—Encantada, milord —saludó Anne haciendo una gentil reverencia.

—Igualmente, señorita Moore. Imagino que ellas serán sus encantadoras hermanas, ¿verdad? He oído hablar de las hijas Moore. —Tras sus palabras, sus ojos negros se clavaron en la señora Donner y una sonrisa maligna se dibujó.

—En efecto, ellas son mis hermanas, mi tía viuda, la señora Yenkis, y mi primo, el señor Yenkis. Espero que la información que ha obtenido de nosotras le haya agradado.

—Sí, tanto como la que he escuchado de su padre —aseguró el conde sin borrar esa sonrisa perniciosa—. Según mis fuentes, no tardará mucho en lograr ser uno de los diez médicos más importantes de Londres.

—¿Acaso aún no lo es? —preguntó Anne con rapidez al escuchar un gruñido de Josh. Dio gracias a su madre creadora de que no llevara ninguna arma guardada, porque estaba segura de que lo habría matado en ese momento.

—Mucho me temo que no, señorita Moore —respondió tosco el conde.

—Pues entonces, recemos para que nuestras súplicas sean escuchadas por nuestro Dios y algún día lo consiga —dijo con aparente consternación mientras se persignaba.

—¿Son religiosas? —le preguntó Burkes abriendo los ojos como platos.

—Acérrimas, milord. Nuestros queridos padres han sabido educarnos bajo la magnificencia que supone nuestra religión y he de confesarle que aquí nos sentimos muy desoladas. Desde que llegamos a Harving House, mi prometido ha estado tan ocupado con sus quehaceres administrativos que no hemos podido asistir a ninguna misa. Por suerte, mi querida tía ha velado por nuestra paz espiritual. Aunque he de confesarle que no es lo mismo...

—La entiendo perfectamente —comentó el conde extendiéndole el brazo para que pudiera acompañarlo—. Y sus padres... ¿han aceptado con agrado el compromiso con el vizconde? —preguntó cuando dieron algunos pasos.

—¡Por supuesto! —exclamó con aparente azoramiento—. ¿No cree, milord, que este matrimonio será bastante fructífero para nosotros? —agregó en voz baja, como si estuviera desvelándole un secreto.

—Ya entiendo... —respondió Burkes con una amplia sonrisa—. Sus padres son muy inteligentes, señorita Moore.

—Encomendémonos a Dios para que sigan siéndolo con mis otras cuatro hermanas —dijo con fingida aflicción.

—¿Su padre ha de casar a cinco hijas? —espetó el viejo abriendo los

ojos como platos. Ahora entendía la desesperación del médico por unir a la mayor de sus hijas con un vizconde. Gracias al título que ostentaría ella en un futuro, el resto podría encontrar con rapidez un buen esposo.

—Exacto, milord. ¿No le gustan los niños? —preguntó aleteando las pestañas.

—Mi querida esposa, que Dios la tenga en su gloria, intentó darme varios, pero por desgracia todos ellos murieron al poco de nacer —desveló con tristeza.

—Lo siento mucho —respondió Anne dándole una ligeras palmaditas sobre el brazo.

—Yo también —aseguró antes de conducirla hacia el lugar del salón donde se encontraban el párroco y el juez.

Si quería llevar a cabo su plan, debía centrarse en la prometida. Ningún hombre dejaría a su futura esposa en las garras de su enemigo. El vizconde se obsesionaría tanto con custodiarla que dejaría desprotegidas a las dos hermanas. Entonces, lord Norfolk elegiría a la más vulnerable...

—Creo que debió presentársela cuando llegó a Harving House —comentó Marco a Logan, quien, al observar esa conducta tan afable entre el conde y Anne, empezó a relajarse.

—Si no lo conociera como lo hago, pensaría que Anne lo ha encandilado, pero mucho me temo que se trata de un espejismo. Esa alimaña la someterá a todo tipo de interrogatorios hasta que logre su objetivo —comentó apretando la mandíbula.

—¿Que será...? —añadió Marco.

—Humillarla —aseveró antes de caminar hacia ellos.

Ya era hora de borrar los temores del pasado y enfrentarse de una vez a ese presente y futuro que deseaba vivir con Anne.



## Capítulo XXXIV

—¿Qué debemos hacer? —le preguntó Josephine a su hermana cuando se quedaron solas.

—Lo normal en este tipo de celebraciones es que la anfitriona nos presente a los demás invitados para relacionarnos y charlar, pero como ella está muerta...

—Te prometo que si se presenta frente a nosotras me desmayo —la interrumpió Josh mirando de nuevo los tenebrosos cuadros. ¿Había pensado que aquellos ojos la observaban? Pues seguía confirmando esa suposición.

—Será mejor que nos dirijamos hacia el fondo de la sala, donde han colocado la mesa con las bebidas y los exquisitos aperitivos.

—¿Exquisitos? —espetó la cocinera entornando los ojos. Para que los otros invitados no descubrieran la repugnancia que expresaba su rostro, extendió el abanico y empezó a agitarlo, pero Elizabeth la regañó con la mirada al ver que lo meneaba con tanto brío.

—No tenemos la obligación de comer, aunque sería recomendable que mováis la boca de vez en cuando como si masticarais. El anfitrión puede sentirse ofendido si no aceptamos su ofrenda.

—¿De verdad piensa que me preocupa lo que piense de mí ese huraño? —intervino sarcástico Howlett—. No quiero levantarme mañana enfermo y tener que pasarme el viaje de regreso a Londres suplicando al cochero que estacione mil veces durante el camino.

—Debimos insistirle en que esperara unos días más —apuntó Eli refiriéndose a la decisión del vizconde de partir al alba—. Mañana seremos incapaces de levantarnos temprano. Las ceremonias suelen durar muchísimo...

—Eso sería en una fiesta *de verdad*, pero... ¿acaso no ve lo que yo contemplo? —insistió Howlett mientras intentaba que Josh caminara sin tropezarse con las faldas del vestido y siguiera manteniendo la espalda recta.

—Pues a mí no me importa levantarme temprano para volver... —murmuró Josh con melancolía—. Os prometo que me he sentido muy feliz cabalgando con Galeón por estas tierras, pero anhelo a Madeleine. Nunca

imaginé que el vínculo entre nosotras fuera tan fuerte.

—No se preocupen, estoy segura de que el señor Kilby y el resto del servicio tendrán todo preparado para partir al alba. Nunca he conocido a un mayordomo tan eficiente —apuntó la señora Donner abanicándose de nuevo.

—Es que mi tío es un hombre muy especial —le dijo Howlett en voz baja y sonrió al observar el azoramiento que ese comentario le causó a la cocinera.

—¿Podemos acelerar un poco el paso? —les pidió Elizabeth. Miró hacia el fondo de la sala y sonrió tímidamente al descubrir que los ojos de un apuesto caballero la observaban en silencio. ¿Quién sería? ¿Por qué la contemplaba de esa forma tan descarada? Intrigada por averiguarlo, agarró con más fuerza el brazo de la señora Donner y la arrastró.

—Lo siento, pero yo no voy a probar ni un solo bocado de eso —comentó con repugnancia la mujer.

—Por lo tanto, lo más sensato es que se aleje de aquí. Si observa hacia su derecha, verá los asientos que han colocado para que las mujeres solteras y las de avanzada edad puedan sentarse durante la velada —le informó.

—¿A eso le llaman asientos? —espetó la cocinera abriendo los ojos como platos—. Los caballos de nuestro establo se tumban sobre balas de heno más cómodas que eso.

—Tal vez esa sea la razón por el que nadie se ha sentado por ahora... —señaló Elizabeth mordaz mientras continuaba mirando al extraño hombre.

—Pero debemos hacerlo —intervino Josh—. Dado que ninguna de las dos queremos bailar, será mejor que nos retiremos de aquí para que no empiecen a murmurar sobre nuestra extraña actitud, ¿verdad, Eli?

—Sí, Josh.

—Pero no quiero dejarla sola... —apuntó la cocinera con cierto nerviosismo—. El señor ha...

—No estaré sola, señora Donner. Howlett me acompañará en todo momento.

—Está bien —claudicó la fingida tía mientras Josh se agarraba a su brazo para dirigirse hacia esos asientos.

—Sé lo que pretende —le susurró Howlett al oído—, y no me parece bien.

—Solo quiero saber quién es y por qué me mira tanto... Quizá nos hallamos conocido en el pasado...

—¿Y no lo recordaría? —espetó Howlett enarcando una de sus cejas rubias—. Me extrañaría mucho que un hombre como ese desapareciera de su

mente.

—A veces creo que te he permitido demasiadas licencias hacia mi persona... —manifestó Eli cogiendo una de las bebidas que había sobre la mesa.

—¿También le permitirá a ese caballero ciertas licencias? —preguntó tras girarse para observar a Marco conversando con el grupo de hombres que rodearon al vizconde y a su prometida.

—Que me roben un par de besos sería muy interesante —aseveró Elizabeth mirando de nuevo al extraño, quien levantó su copa para ofrecerle un silencioso brindis.

Josh estaba muy inquieta. Pese a que se había sentado con la señora Donner y habían charlado sobre lo que harían una vez que regresaran a Londres, nada podía calmarla. Deseaba poner fin a la velada y que llegara el amanecer con prontitud. Suspiró hondo, entrelazó las manos sobre su falda y clavó sus ojos en la ventana más grande, esa que conduciría hasta el jardín. ¿No podía levantarse y caminar con sigilo hasta aquella zona del salón sin que nadie la observara? Porque deseaba huir, escapar de todos y sentir esa libertad que le proporcionaba la naturaleza. Sin duda alguna, su sangre zíngara la incitaba a no seguir los protocolos sociales y reivindicaba la esencia de su origen. Miró de reojo a la señora Donner y el semblante de esta expresaba la misma angustia que ella.

—¿Le apetecería salir al balcón? —preguntó esperanzada.

—¿Será correcto? No sé si deberíamos abandonar el salón sin el permiso del vizconde —comentó dudosa.

—No nos alejaremos durante mucho tiempo, se lo aseguro, solo el suficiente para respirar un aire que no desprenda olor a humedad —agregó levantándose del asiento.

—Si usted lo dice —terminó aceptando la cocinera.

Pero justo cuando ambas se dirigían hacia ese ventanal que las liberaría de la presión que soportaban, dos mujeres se colocaron en su camino. La más alta, vestida de riguroso luto, sonrió, la otra, quien lucía un tosco vestido marrón, mostró un semblante tan rudo como el que Josh había observado en el retrato. ¿Tendrían algún parentesco?

—Buenas noches, somos la señora Clarke y la señora Madden. Disculpen que no nos hayan presentado, pero nuestros maridos —manifestó mirando al grupo de hombres que hablaban con el vizconde y con Anne— han estado tan ocupados que no han tenido la decencia de presentarnos formalmente.

—Suele ocurrir en eventos tan importantes como este —comentó la cocinera rezando que su comentario fuera acertado—. Soy Gerthudies Yenkis, hermana del doctor Moore, y ella es mi sobrina, Josephine Moore.

¿Debía extender la mano para saludarlas? ¿Habría hecho bien en añadir el nombre de la joven? Sin saber muy bien qué hacer o si había hablado incorrectamente, esperó a que ellas dieran el primer paso; cuando advirtió que sus manos seguían en el mismo sitio, ella agarró con fuerza el abanico.

—He escuchado que su hermano está trabajando mucho para convertirse en un buen médico —apuntó aguda la mujer del vestido marrón.

—¿No tienen buenos médicos aquí? —soltó la supuesta tía al escuchar cómo la respiración de Josephine se aceleraba.

—¡Por supuesto! —exclamó la señora Clarke con rapidez—. El doctor Phoeby es un buen profesional.

—Entonces, él mismo podrá explicarle si la fama que mi hermano ostenta en Londres es merecida o no —señaló impertérrita.

—No queríamos ofenderla, señora Yenkis. Solo deseábamos confirmar que, si algún día viajamos a Londres y, desafortunadamente, enfermamos, estaremos a salvo con los cuidados de su hermano —intervino la señora Madden.

—Les aseguro que no tendrán ninguna queja. Él puede sanarlas de cualquier enfermedad —señaló con tono severo.

—Tía, me había prometido que...

Justo cuando Josh iba a recordarle que momentos antes pretendían salir del salón, enmudeció al ver cómo una figura masculina, caminando con la ayuda de un bastón, se dirigía hacia ellas. Ese pelo cobrizo, el mechón rubio sobre la frente, los ojos color zafiro y la gloriosa boca no habían desaparecido de su mente... Su cuerpo se enderezó como si fuera un soldado presentándose ante un superior. Su corazón empezó a latir con tanta fuerza que notaba los latidos en la garganta y el pulso acelerado le impidió mantenerse quieta. Se agarró con más fuerza al brazo de la señora Donner y empezó a hacer algo que no había hecho desde que era una niña: rezar a su madre creadora.

—Buenas noches, señoras—. Eric Cooper las saludó con tanta caballerosidad que la señora Clarke y la señora Madden se sonrojaron como si fueran dos inocentes niñas. Les besó la mano y a continuación esperó tranquilo a que alguna de ellas le presentara a las invitadas.

—Buenas noches, de nuevo, lord Cooper —respondió al final la esposa del juez—. Le presentó a la señora Yenkis y a su sobrina, la señorita Moore.

—Encantado... —Al ver que la señora Yenkis temblaba tanto que no era capaz de extenderle la mano para que pudiera besarla, como lo había hecho con las otras, juntó las plantas de los pies y la saludó con un solemne movimiento de cabeza—. Es un verdadero honor conocerla en persona, señora Yenkis. Le aseguro que aún sigo consternado tras escuchar el episodio tan dramático que padeció días antes de viajar hasta aquí —soltó con tono impresionado—. Jamás imaginé que una mujer tuviera tantas agallas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó la esposa del cura con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—Muchas gracias por su elogio, milord. Pero como comprenderá, no quiero revivir aquella situación de nuevo. Como bien dice mi querido hermano, es mejor olvidar todos los problemas para que nuestro cerebro no enferme —resolvió la mujer con aparente tranquilidad, aunque el timbre de su voz denotaba todo lo contrario—. Además, no es apropiado conversar sobre ese horrible momento delante de mi inocente sobrina. Josephine, querida, te presento a lord Cooper, hijo del...

—Barón de Sheiton —terminó la frase Eric, pues sabía que ella no lo conocía de nada, pero había estado atenta a cómo se dirigía la esposa del juez a él—. Señorita Moore... —se refirió a Josh esperando el saludo que había anhelado desde que la vio entrar.

—Milord —dijo ella colocando sus manos a ambos lados del vestido. Hizo una reverencia propia de una dama instruida y, cuando volvieron a cruzarse las miradas, ambos desprendían fuego por los ojos. Los de Josh emanaban rabia, sin embargo, los de Eric desprendían deseo.

—¿Podría contarnos su historia, señora Yenkis? —insistió la señora Clarke.

—No debería —titubeó la cocinera—. De verdad que no sería agradable para mi sobrina. Mi hermano cuida mucho todo aquello que escuchan sus hijas y no le agrada averiguar que he quebrantado una de sus severas normas educativas —alegó la señora Donner adoptando, finalmente, el papel que fingía ser.

—Puedo ayudarla en eso, si así lo desea —accedió Eric mirando a la cocinera con severidad—. Estoy más que dispuesto a invitar a su sobrina a un refresco mientras usted explica a estas encantadoras señoras cómo se liberó del hombre que intentó agredirla cuando regresaba de una reunión culinaria ofrecida por la asociación de mujeres.

¡Lo sabía! ¡Él lo sabía! Josh contempló el rostro desencajado de la

señora Donner y cómo apretaba los labios para no gritar. Aquel desalmado sabía quién era ella. ¿Cómo? ¿Dónde la había conocido? ¿Por qué diablos estaba allí? ¿Quería humillarla por haberle abofeteado y herido?

—Pero... no sería adecuado que... —balbuceó la cocinera esperando un milagro que la salvase de esa situación.

—No tenga miedo por la integridad de su sobrina —declaró la señora Madden—. Lord Cooper, pese a su juventud, es un verdadero caballero. Su benevolencia, honorabilidad y esa educación moral tan firme y severa, que ha obtenido de su querido padre, afianza una caballerosidad que muy pocos hombres pueden alcanzar. Es una lástima que nadie nos informara de su asistencia, milord, seguro que Ginger, mi hija, podría haberlo entretenido. El pobre ha estado deambulando por el salón hasta que al final Hester y yo nos hemos acercado —les comentó a la cocinera y a Josephine como si fuera un horror que él hubiera estado algo más de veinte minutos solo.

—Gracias, pero le aseguro que los rumores sobre mi persona se han idealizado —respondió Eric con humildad, haciendo que las dos esposas suspiraran.

¿Otra madre con hija casadera? ¿Hablando, además, de una posible amistad delante de Josh? Eso no le agradó. Aunque no le pareció desafortunado que evocaran su buena conducta y su caballerosidad. Así la pequeña guerrera, a quien no había reconocido vestida de mujer, admitiría que sus besos no habían sido previsibles y estudiados como lo haría un libertino.

—¡Para nada! —exclamó la señora Clarke—. Milord, ¿acaso la historia del cazador también es una invención? Porque puedo ver cómo sigue necesitando el bastón para poder andar.

—¿Cazador furtivo? —soltó al fin Josh, que se había obligado a apretar los labios y no sacar las dagas para hacerle con ellas unos bonitos dibujos en el impecable traje gris.

—Fue solo una leve disputa —manifestó Cooper visiblemente incómodo.

—¡Pero qué humilde es! —insistió la esposa del juez—. He de aclararles que hace unos días, lord Cooper cabalgaba por sus terrenos cuando descubrió a un cazador. Entonces, pese a que peligró su vida, luchó contra él. Por ese motivo ha de llevar el bastón. Ese malvado le lanzó una daga antes de huir —explicó la esposa del párroco.

—¡Qué tragedia! —exclamó Josh con los ojos abiertos de par en par—. Debí sufrir un pavor muy semejante al que padeció mi tía —agregó con

inquina.

—Le puedo asegurar que no sentí miedo en ningún momento —aseveró Eric con tono áspero—. Sabía que ganaría la batalla.

—¿Batalla? Acaba de decir que fue una miserable disputa entre un cazador furtivo y usted —apuntó mordaz.

—Iba desarmado —masculló Eric—. Mi contrincante podía haberme matado con esa daga.

—¡Qué horror y qué valiente! Seguro que ya no cabalgará solo por sus tierras. Mucho me temo que tendrá que ir siempre custodiado por un siervo si desea evitar que lo asalte de nuevo ese cazador —continuó con ese tono punzante.

—Pues la verdad, señorita Moore, es que sigo cabalgando solo por mis tierras —recalcó—. De hecho —dijo dando un paso hacia ella, pese a la cara de sorpresa que las tres mujeres exhibieron ante tal osadía—, he visitado el lugar en el que tuve la disputa los siguientes días a la misma hora.

—¿Quiere encontrárselo de nuevo, milord? ¿No tiene miedo a que la próxima vez que lo encuentre desee terminar lo que empezó? —espetó ella levantando el mentón con orgullo.

—Aunque ese cazador pretenda atemorizarme, no lo conseguirá. Continuaré acudiendo a esa zona mientras ambos permanezcamos en Brighton. Le aseguro, señorita Moore, que nadie puede arrebatarme lo que es mío —declaró solemne.

—¿Seguimos hablando de tierras o de honor? —contraatacó Josh sin disminuir su entereza comprendiendo el sentido de sus palabras.

—¿Acaso el honor y la posesión deben separarse? Se puede luchar con honor y valentía por aquello que uno decide que le pertenece. Podemos utilizar una espada, una daga, un cañón... o la habilidad de hablar para demostrar que nuestros pensamientos o deseos son inquebrantables —declaró como si fuera ese militar que supera en rango a Josh.

—Como le ocurrió a ese cazador —intervino la señora Clarke.

—En efecto —aseveró Eric retrocediendo ese paso indebido—. Pero como bien he dicho antes, dejé muy claro mis intenciones. Solo espero que ese cazador escuche alguna vez que no cesaré de luchar hasta que asuma el destino que sellamos ese día.

Josh tragó saliva y contuvo la respiración. ¿Estaba comprendiendo bien el doble sentido? ¿Estaba declarándole una guerra en la que él sería el vencedor? ¿Quería doblegarla? ¡Ella no era ninguna tímida damisela! Si no

comprometiera a su hermana y al vizconde, cogería las dagas y le clavaría las puntas en la garganta antes de que las cotorras, que ensalzaban su respetuoso comportamiento y querían emparejarlo con alguna muchacha casadera, parpadearan una sola vez. Tenía la intención de preguntarle sobre qué sellaron aquel día, cuando Marco se dirigió hacia ellas. El suspiro de alivio de la señora Donner dejó sorprendidas a las fieles esposas; sin embargo, lord Cooper ni pestañeó. Sus ojos color zafiro seguían clavados en ella, como si deseara leerle el pensamiento.

—Señoras..., milord —les saludó correctamente el administrador—. Siento mucho la interrupción, pero he de informar a la señora Yenkis y a la señorita Moore que el carruaje las espera en la entrada.

—¿Se marchan tan pronto? —preguntó la señora Clarke fingiendo aflicción, aunque estaba deseando dar por concluida la conversación y dirigirse a su esposo para comentarle la extraña actuación de lord Cooper con la joven de cabellos pálidos.

—Mañana mismo regresamos a Londres y no sería conveniente que trasnocháramos —apuntó la señora Donner visiblemente aliviada.

—Josephine, deben marcharse ahora mismo. Elizabeth está en el carruaje con Howlett. Su hermana padece un terrible dolor de cabeza y quiere regresar cuanto antes —le susurró Marco al oído.

—Sí, por supuesto —aseguró mirando de reojo al administrador. Volvió la mirada hacia lord Cooper, sonrió y declaró—: Ha sido un verdadero placer conocerle, milord. Le recomiendo, encarecidamente, que desista en su empeño de enfrentarse de nuevo con ese cazador. Seguro que la próxima vez que se encuentren estará más armado y podría lanzarle dos dagas en vez de una. —Le hizo una reverencia, miró a las dos mujeres, sonrió más ampliamente y añadió—: Buenas noches, señoras. Les agradezco la compañía. He disfrutado muchísimo de la charla.

—Sí, eso mismo —corroboró la señora Donner—. La comida ha sido exquisita, el lugar es maravilloso y seguro que todo el mundo hablará de la magnífica fiesta que ha ofrecido el conde.

Eric se quedó callado con los ojos clavados en Josh y fue consciente de que había dejado de respirar cuando aparecieron los primeros signos de asfixia. Contuvo el aliento cuando observó al administrador del vizconde susurrándole a Josh al oído. En ese instante, y pese a la fama de muchacho racional que desplegaba, deseó levantar el bastón y golpearle en la cabeza, pero se contuvo.



Había logrado mucho más de lo que se había propuesto cuando escuchó que las hermanas Moore asistirían a la pequeña reunión del conde Burkes. Aunque no lo habían invitado, se presentó sin avisar. Lógicamente le abrieron las puertas sin objeción alguna cuando anunció quién era. ¿Algún anfitrión se atrevería a negarle el paso al hijo del barón de Sheiton? ¡Por supuesto que no! Luego, cuando entró y no la vio, perdió las esperanzas de encontrarla, pues recordó que Josh sería tan joven que aún no se habría presentado en sociedad.

Justo cuando había dejado la amarga copa y determinó regresar a su hogar, su corazón salió disparado al escuchar el título del hermano del marqués. Se mantuvo distante. No podía levantar sospechas sobre sus verdaderas intenciones. Pero cuando escuchó que la prometida del vizconde presentaba al ayuda de cámara como su primo, se quedó paralizado y la inquietud aumentó al descubrir que sucedía algo. ¿De verdad que nadie dudó de esa versión? ¿Ninguno de los presentes conocía al sirviente del vizconde? Porque en Londres hablaban sin cesar de su extravagante vestimenta y sobre su conducta tan poco masculina. Concluyendo que el vizconde mentía al anfitrión y a los invitados por un motivo importante, decidió vigilarla y se mantuvo oculto hasta que aquellas dos arpías se le acercaron.

—¿Milord? —Eric parpadeó varias veces, sonrió y buscó con la mirada a la mujer que le había hecho la pregunta—. ¿Se encuentra cansado? ¿Quiere tomar asiento?

—Sí, me siento bastante agotado. Creo que he estado demasiado tiempo de pie y la pierna vuelve a dolerme. —Esperó a que las mujeres se despidieran correctamente y salió del salón sin tan siquiera preguntar por el anfitrión.

Apoyado en su bastón, caminó hasta llegar al gran recibidor. Josh, el administrador y la supuesta tía aún permanecían frente a la puerta de la entrada, esperando a que los sirvientes les devolvieran sus abrigos. Sin dudarle un solo segundo, se dirigió hacia ellos. Cuando el empleado del vizconde lo observó, se cuadró como si se acercara el mismísimo rey.

—Lord Cooper, ¿qué desea? —preguntó Marco inquieto.

—Quiero hablar un minuto con la señorita Moore —dijo con firmeza.

—Milord, mi sobrina y yo...

La señora Donner cerró la boca al este levantar un dedo hacia ella. ¿Cómo podía un joven de menos de dos décadas de vida ser tan solemne?

—Le concedemos un minuto, milord. Nuestro carruaje nos espera y no debemos demorarnos —accedió Marco cogiendo a la cocinera del brazo para

dejarlos solos.

Eric se mantuvo callado hasta que los dos empleados, sin dejar de cuchichear, los dejaron solos. Luego clavó la mirada en Josh y sonrió al observarla tan intranquila y enojada.

—¿Qué se propone? ¿Piensa que puede hacer todo lo que se le antoje? —le recriminó ella.

¿Por qué Marco no la había excusado? ¿Por qué no fue capaz de rechazar el deseo de aquel impertinente? ¿Tanto respeto mostraba y exigía un muchacho que, posiblemente, no había alcanzado los veinte años?

—No sé qué espectáculo han querido ofrecer al conde, pero a mí no me han engañado —aseveró mirando hacia la puerta, asegurándose de que estaban solos y que nadie los escucharía.

«E inteligente», pensó Josh al alzar el mentón y escucharlo con esa determinación.

—No es de su incumbencia —contraatacó.

—¿Están en peligro? ¿El conde quiere hacerles daño? —espetó achicando los ojos hasta convertirlos en dos finas líneas—. Si es así, puede confiar en mí.

—¿Igual que esa pobre gente sobre su historia del cazador? —le recriminó.

—Lo he hecho para protegerla —comentó ultrajado—. Si hubiera contado la verdad...

—Todo el mundo se habría reído de usted, ¿verdad? ¿Quién no lo haría al escuchar que el honorable, honrado e intrépido lord Cooper fue, en realidad, herido por la daga de una mujer? —incredó satisfecha.

—¿Quiere que rectifique mi historia? ¿De verdad piensa que lo hice para evitar posibles burlas hacia mi persona? —Caminó hacia ella hasta que su torso pudo tocarla cuando respiraba. Inspiró ese olor a flores silvestres que desprendía y observó el brillo de ese cabello albino.

—¿Qué otro motivo hay, milord? —perseveró orgullosa.

—El de protegerla. Si hubiera contado lo que ocurrió en realidad, su honradez solo se habría salvado mediante un matrimonio y... ¿estaría dispuesta a casarse conmigo sin permitirme la diversión de cortejarla? —Los dedos de su mano derecha se colocaron sobre la mejilla de Josh y la acarició despacio, captando la tersura de la hermosa piel.

—No... —balbuceó Josh, anonadada por la sensación tan maravillosa que sentía con ese roce. Necesitaba separarse del hombre que la convertía en

gelatina, en una mujer diferente, pero le resultaba muy difícil distanciarse. Había puesto sus manos sobre las dagas cuando se había girado para encararse al odioso prepotente, pero mientras sentía la suave caricia, lo único que deseaba era colocarlas alrededor de su cuello, atraerlo hacia ella y besarlo—. ¡Ha hecho lo correcto, milord! —comentó cuando notó un extraño calor en un lugar prohibido para ella—. Muchas gracias. —Con rapidez, se giró hacia la salida, se cubrió los hombros con el abrigo y abrió la puerta.

—Esto no se acaba aquí, Josephine Moore. Nos veremos muy pronto —aseveró antes de que ella echara a correr.

## *Capítulo XXXV*

Anne seguía hablando sobre los planes que su prometido y ella habían programado tras casarse cuando observó que Marco se unía de nuevo al grupo. Sus hermanas ya estaban a salvo, solo quedaba que el conde, quien se había ausentado sin ofrecer ninguna excusa, regresara de donde estuviese y zanjara de una vez por todas el maldito tema con Logan. ¿Cuándo podrían salir de aquel horrendo lugar?

—Es una decisión muy acertada —le aseguró el párroco—. Aquí obtendrán la educación adecuada para convertirse en hombres y mujeres respetables. Solo la buena fe puede encauzarlos por el buen camino.

—En efecto —intervino el juez—. Sus hijos vivirán tranquilamente en Brighton, fuera del alcance de esa inmoralidad londinense que pudre las calles de la ciudad —añadió con repulsión.

—Me alegra que nuestras opiniones sean tan afines —convino Anne después de tomar un sorbo de la avinagrada bebida que guardaba su copa—. No me gustaría disgustar a mi padre. Él siempre nos ha educado con mucha atención y cuidado.

—¿Milord? —El mayordomo se dirigió directamente a Logan, pero esa intervención hizo que todos se silenciaran y lo miraran expectantes—. Lord Burkes desea reunirse con usted en su despacho —aclaró.

—¿Ahora? —preguntó Anne con aparente aflicción, como si no hubiera entendido que el conde solo requería la presencia de su prometido—. No quiero abandonar tan pronto una conversación tan interesante. Es la primera vez que converso con personas tan racionales...

—Tranquila, querida, te concederé tu deseo. Señores, ¿protegerán a mi prometida mientras averiguo qué desea nuestro conde? —preguntó Logan a quienes lo sentenciaron mientras calmaba el fingido desasosiego de Anne con unos suaves golpecitos sobre el brazo—. Solo vivo para agradecerla y consentirla...

—No se preocupe, milord, la señorita Moore estará a salvo con nosotros —le aseguró el juez con solemnidad—. Además, todavía no hemos hablado sobre la celebridad del doctor Moore. Necesitamos saber cómo ha logrado

convertirse en un médico tan afamado.

—¡Lo es, se lo aseguro! —exclamó Anne separándose de Logan para que se marchara de una vez—. Antes de que partiésemos de Londres, la asamblea de médicos le pidió una exhaustiva investigación sobre el *Ensayo de las fiebres* que publicó John Huxham en mil setecientos cincuenta. Y estoy segura que logrará acabarla en breve. Mi padre es un hombre muy concienzudo y han hecho muy bien encomendándole ese importante estudio.

Al escuchar cómo Anne hacía referencia al libro que le regaló a Mary estuvo a punto de soltar una enorme carcajada, pero no era el momento de expresar a los demás lo orgulloso que se sentía de ella. Era mejor que siguiera engatusándolos con su casta y sutil labia para que los dos miserables terminaran besándole sus bonitos pies.

Cuando los presentes se centraron en la conversación que había iniciado Anne, se separó de ella lentamente y le pidió a Marco que no se alejara de su lado. Tras confirmarle este que no se le acercaría ni una araña, se giró sobre sus talones y caminó, custodiado por el mayordomo, hasta la puerta del despacho de Burkes. Intentó entrar sin llamar, pero el criado se plantó frente a él y le *sugirió* que esperase a ser anunciado. Estuvo a punto de apartarlo de un empujón, pero retuvo esa ira con rapidez. No debía provocar otro escándalo puesto que esta vez no solo él saldría perjudicado. Tras aceptar la sutil petición del sirviente con un ligero cabeceo, retrocedió varios pasos, colocó las manos en su espalda y esperó. Por un momento, solo por un instante, creyó escuchar una voz masculina que no se correspondía con la del conde o con la del mayordomo, pero esa idea la apartó con rapidez de la cabeza, puesto que los fieles amigos del viejo Burkes se encontraban en el salón con Anne; George, a quien pensó que encontraría en la fiesta, había tenido que marcharse *precipitadamente* hacia la residencia de una tía política. Logan sabía que era mentira. Su amigo estaría encerrado en alguna habitación de la residencia. Tal vez el maldito Burkes regresó a sus antiguos castigos purgatorios: el de encadenarlo en el sótano hasta que estuviera casi muerto de hambre y de sed. Pensar que su amigo podría necesitar su ayuda y que él no podía hacer nada para salvarlo, le generó tanta rabia que deseó romper lo poco que tuviese el conde de valor en aquella horrible vivienda. Aún seguía sin entender por qué George no se liberaba de la vida cruel que padecía. ¿Tanto le importaba el título que estaba dispuesto incluso a morir?

—Mi señor ya puede atenderlo —comentó el mayordomo una vez que abrió la puerta.

Logan tomó aire, caminó hacia la entrada...

—¡Adelante, Devon! ¡Pasa de una maldita vez! ¡No puedo pasarme toda la noche aquí dentro, tengo invitados a los que atender! —tronó el conde.

Después de dirigirle una mirada feroz, Burkes se sentó en su sillón, cogió una copa y se la llenó hasta el borde. Mientras tanto, Logan accedió al despacho sin cesar de mirar a su alrededor. No comprendió muy bien por qué había tardado tanto tiempo en recibirlo y el motivo por el que ahora le urgía despacharlo. ¿Habría bebido más de la cuenta?

Justo cuando se colocó frente a él, esperando de pie a que le indicara que podía tomar asiento, escuchó un leve ruido a su espalda. Como si notara que iban a asestarle una puñalada, se giró con rapidez, pero no encontró a nadie. Tan solo se movió con suavidad la cortina del ventanal que conducía al jardín. Confuso, pues su sangre zíngara le advertía sobre la presencia de otra persona, se volvió hacia el conde y observó que su anciano rostro mostraba más cólera y más frustración que segundos antes.

—Estarás muy satisfecho, ¿verdad? —le increpó el viejo Burkes—. Te has presentado en mi hogar mostrando una honorabilidad que no posees y arropado por una mujer con la que jamás soñaste.

—La señorita Moore... —intentó decir

—¡No busques excusas, ni te escondas en la buena fe de esa increíble mujer! ¡Sé quién eres en realidad!

—No he respondido a su invitación para que me insulte. Le pido respeto. He venido hasta aquí por propia voluntad, para dejarle claro que no voy a venderle Harving House —aseveró liberando al zíngaro y apartando al vizconde.

—¡Maldito seas! —clamó levantándose del asiento de un salto—. ¿Cómo puedes presentarte en mi hogar pidiendo respeto? ¡Eres un bastardo! ¡El hijo de un demonio!

—Si tan seguro está de sus palabras, denúncieme de una vez —dijo colocando las palmas de sus grandes manos sobre la mesa.

—¡Lo haré! ¡Porque solo un hombre que esconde un pasado turbio acepta un chantaje! —contraatacó.

—No admití su soborno para que cesara de indagar sobre mi pasado, Burkes. Lo hice porque me sentía culpable de haber inducido a su sobrino hacia el camino inapropiado. Ambos éramos muy jóvenes cuando ocurrió aquel desafortunado incidente e imagino que los dos hemos pagado nuestro castigo con creces —manifestó solemne.

—¿Castigo? ¡Te pudrirás en el infierno, Devon! ¡Como hizo tu padre!  
—bramó.

—Estoy seguro de que será el próximo lugar en el que nos encontraremos. Y si no tiene nada más que decirme, me retiro. Necesito apartar a mi prometida de este repulsivo lugar. No quiero que su decencia sea corrompida por ninguno de sus insolentes invitados —declaró dándose la vuelta.

—Vigila bien tu espalda, Devon. Aún me quedan muchos años de vida y pienso emplear cada día, cada hora y cada minuto en buscar la manera de destruirte —le amenazó fuera de sí.

—Buena suerte, Burkes —se limitó a decir antes de salir.

Tras cerrar de un golpe la puerta, Logan suspiró hondo. No le cabía ninguna duda de que el conde no se daría por vencido y cumpliría su palabra. Pero no quería pensar en ello. En lo único que debía centrarse era en dar por concluida la velada y llevarse a Anne lo antes posible de allí. Por suerte, al amanecer partirían hacia Londres, hacia la liberación, hacia la vida que deseaba tener a su lado; si el viejo Burkes persistía en indagar sobre sus orígenes, actuaría con propiedad. Posiblemente, había llegado el momento de contarle a Roger la verdad y afrontar con valentía la furia titánica de su hermano. Quizá, cuando le relatara la agonía que había padecido durante todos estos años, admitiría que había sufrido lo suficiente como para no darle una inmensa paliza. Aunque no estaba muy seguro de que fuera tan benévolo con él después de todo...

—Querida, hemos de irnos —comentó Logan una vez que se unió a ese grupo de viejos reprimidos.

—¿Tan pronto? —espetó el cura—. Todavía no ha terminado de explicarnos el motivo por el que cree que los partos son tan peligrosos si no se mantiene una higiene apropiada.

Logan miró a Anne desconcertado. ¿Esos temas no eran más propios de Mary? ¿Acaso también le interesaba la medicina y ese interés lo mantenía en secreto? Tal vez Anne no solo poseía la habilidad por la pintura, sino que ocultaba una multitud de cualidades que, por supuesto, descubriría cuando se casaran.

—Concluiré anunciándoles que miren bien las manos del médico que atienda a sus esposas. Deberían cubrirlas con guantes o lavarlas con bastante jabón —declaró Anne antes de aceptar la mano de Logan.

—Buenas noches, señores. Ha sido un placer volver a verlos y les

agradezco que hayan custodiado a mi futura esposa. Seguro que no olvidará una noche como la de hoy —apuntó el vizconde con el respeto y solemnidad que conllevaba su futuro título.

—Esperamos con expectación su próxima visita, señorita Moore. Ha sido un verdadero placer hablar con una mujer que entiende a hombres como nosotros —admitió el párroco justo antes de besarle la mano.

Pese a la educada despedida de Logan, el juez y el párroco le dedicaron un escueto cabeceo y alargaron su despedida con ella. Anne les sonrió, como si no hubiera reparado en ese desprecio, mientras pensaba que había sido muy mala idea enviar a Josh de regreso a Harving. Si su hermana hubiera contemplado ese desaire hacia Logan habría buscado algo con el que cortar sus lenguas viperinas.

Una vez finalizados los interminables elogios hacia ella, ambos, acompañados de Marco, abandonaron con urgencia la residencia del conde.

—¿Todo bien? —preguntó el administrador refiriéndose al encuentro con el conde.

—Por ahora —respondió Logan ayudando a Anne a subir—. Pero no cesará en su empeño. Manténme informado de todo lo que creas que es sospechoso. No quiero que eludas ningún detalle, aunque lo califiques de nimio. Preséntate en Harving con asiduidad, contrata varios sirvientes para que observen movimiento en el interior y que saquen los caballos de las cuadras todos los días. Quiero que todo el mundo tenga claro que la residencia no ha sido abandonada y que piensen que no tardaremos en regresar.

—Lo haré —aseveró Marco antes de estrecharle la mano—. ¿Puedo pedirle un favor? —añadió dudoso.

—Por supuesto, sabes que puedes pedirme lo que desees. —Sin embargo, el rostro afable de Logan cambió cuando su empleado se acercó a él para susurrarle algo al oído.

—Dígale a Howlett que esperaré con ansiedad noticias tuyas y que no descansaré en paz hasta que tenga su carta sobre la mesa de mi despacho —declaró.

—Se lo diré —confirmó antes de subir al carruaje.

Se acomodó en el asiento y esperó a que el cochero cerrara la puerta. Marco seguía inmóvil y su rostro, siempre risueño, exhibía demasiada preocupación. Logan lo observó hasta que el carruaje emprendió la marcha, sin dejar de preguntarse qué lo había inquietado tanto y por qué parecía que le ocultaba algo importante. Tal vez fuera el tono de voz que Marco utilizó para



hablarle o ese gesto que hizo para que Anne no lo escuchara. Fuera lo que fuese, algo le decía que se le había escapado algún detalle importante, pero... ¿qué sería? Las hermanas habían estado todo el tiempo vigiladas y él había protegido a Anne durante la velada. Entonces, ¿por qué intuía que las noticias que esperaba de Howlett no tenían nada que ver con el romance que habían iniciado?

—¿Te ha gustado mi actuación? —le preguntó Anne después de hacer girar varias veces su pulsera sobre la muñeca.

—¡Ha sido espléndida! —respondió él centrándose al fin en ella—. Les has causado una gran impresión al conde y a esos ineptos. Hasta yo mismo he creído que eres una mujer virtuosa.

—El conde... ¿también? —espetó dudosa.

—Sí, querida, el conde también —aseguró extendiendo sus manos para coger las suyas.

—¿Dejará de chantajearte? —perseveró.

—Por ahora eso creo. Pero ha jurado que empleará los años que le queden de vida para destruirme.

—Pues si quieres que su final llegue pronto, la mejor opción será que rompamos nuestro compromiso y que lo seduzca hasta que me proponga suplantarle como pretendiente. De este modo, la maldición se ocupará de él...

—¿Quieres romper nuestro compromiso para cambiarme por ese vejestorio? —soltó tirando de ella—. No, querida, no haremos tal insensatez. He tardado mucho tiempo en encontrarte y en lograr que me ames como para que todo ese esfuerzo no se vea recompensado con lo que deseo.

—¿Y... qué deseas? —preguntó encajando sus caderas sobre las de su futuro esposo.

—Convertirte, de una vez por todas, en mi mujer —le aseguró antes de poner las manos a ambos lados de su rostro y atraerla hacia su boca para darle un beso apasionado y feroz.

## Capítulo XXXVI

### Seis días después...

Roger seguía manteniendo un comportamiento hermético. A Logan no le cabía ninguna duda de que continuaba enfadado por haberle contado la relación de amistad con George, lo que sucedió aquella noche y el chantaje del conde. Supuso que aquella misma tarde le propinaría una paliza que no olvidaría en años, pero su hermano actuó de manera extraña: salió de su despacho, dejándolo solo con Evelyn, y no regresó a su hogar hasta la hora de la cena. Le resultó muy triste e incómodo permanecer a su lado durante la velada sin que le dirigiera la palabra. Comió y bebió en silencio, como si no existieran ni él ni su esposa. Una vez que concluyó la cena, se levantó, le dio un beso a Evelyn y le susurró en voz alta que ya era hora de que *la visita* se marchara.

*—Debes darle tiempo —le comentó su cuñada cuando lo acompañó hasta la salida.*

*—Dile que lo he hecho para protegeros, que mi intención no era herirle y que...*

*—Tranquilo —lo calmó Evelyn con un suave beso en la mejilla—, Roger terminará comprendiendo tu decisión.*

*—Por favor, recuérdale también que deseo que me acompañéis al hogar de los Moore pasado mañana. Me gustaría que vosotros...*

*—Iremos, te lo prometo —dijo Evelyn antes de regresar a su hogar.*

No esperaba que, pese a las palabras de su cuñada, Roger aceptara su petición. Por ese motivo, cuando lo vio bajando las escaleras de Lonely Field acompañado de su esposa, brotó un pequeño halo de esperanza. Pero toda esa ilusión se desvaneció cuando no lo saludó. Ayudó a Evelyn a meterse en el carruaje, se subió él y cerró la puerta de un golpe. Logan, sin poder ni tan siquiera respirar por la tristeza que lo embargaba, rodeó el carruaje y accedió al interior por la otra puerta.

Y así se encontraban, dirigiéndose hacia la casa de los Moore y

separados por el cuerpo de Evelyn. ¿Cuánto tiempo seguirían así? ¿Debía darse por vencido? ¿Cómo iba a imaginar un futuro sin la presencia de su hermano?

—Roger, por favor, escúchame. No podemos seguir así. Te prometo que actué de ese modo porque pensé que hacía lo correcto —comenzó a decir Logan mientras observaba con pesar cómo su hermano seguía mirando por la ventana, ignorándole.

—Dile a ese imbécil que no me trate con tanta familiaridad, no se la merece —expuso mediante un gruñido.

—Logan, dice tu hermano que...

—¿No eres capaz de dirigirte a mí directamente? ¿Tan decepcionado estás? ¿O se trata de repulsión?

—¿Repulsión? —tronó Roger girándose hacia Logan con tanta brusquedad que Evelyn dio un pequeño brinco en el asiento—. No, no es repulsión sino decepción —ladró—. Me siento decepcionado porque no has tenido el valor suficiente para confesarme lo que te sucedió aquella noche y me enerva descubrir que aceptaste un chantaje que ha durado, ¿cuánto? ¿Dos años?

—Te juro que lo hice para salvaros —respondió Logan alzando también la voz, perdiendo la poca paciencia que tenía—. ¿Cómo iba a poner en peligro el esfuerzo que has hecho por nosotros durante tanto tiempo?

—*Va te faire foutre!* <sup>(8)</sup> —gruñó el marqués.

—Por favor... deberíais tranquilizaros un poco —intervino Evelyn al escuchar la expresión en francés de su esposo—. Recordad que nos dirigimos hacia el hogar de los Moore y no sería adecuado que os presentarais tan enojados. Pensarán que no estamos conformes con la propuesta de matrimonio.

—¡Y no estoy conforme! —aseguró Roger—. Esa mujer necesita un buen hombre y esto... —señaló con el dedo a su hermano—, ¡no lo es!

—Roger, cariño, seguro que Logan pensó que estaba obrando de forma correcta. Sabes que te adora tanto que haría cualquier cosa para salvaguardar...

—¿De forma correcta? ¿Evelyn, de verdad estás defendiendo a este mentecato? —tronó el marqués acribillando a su hermano con una mirada asesina.

—Me sentía... avergonzado —comentó Logan a través de un largo suspiro. Se frotó el rostro con desesperación y miró al suelo—. No deseaba

desvelarte mi secreto porque no puedo soportar que la persona a quien quiero y respeto me grite que soy igual que mi padre.

—Roger jamás habría hecho tal insensatez. —La marquesa intentó consolarlo con sus tiernas palabras—. Por si no lo recuerdas, antes de que Colin lo obligara a casarse conmigo, tu hermano era el mayor libertino de Londres y estoy segura de que, durante sus noches de soltero, participó en bacanales semejantes.

—No estamos hablando de mí —masculló el marqués reclinándose de nuevo en el asiento.

—Lo sé, pero quiero aclararle que no estás en condiciones de reprocharle ni de juzgarle nada, pues fuiste igual o peor que él —agregó Evelyn mirando a Logan con complicidad.

—No estoy enfadado por lo que hizo, sino por su falta de confianza —aseveró Roger—. Si no me hubieras ocultado lo que ocurrió, podría haberte ayudado ese mismo día.

—¿Cómo podrías liberarme de esa situación, Roger? —manifestó el vizconde alzando de nuevo la voz—. ¡Ese hombre es intocable!

—¿Quién te ha dicho a ti esa tontería? —masculló. Ante el silencio que Evelyn y Logan ofrecieron, prosiguió—: Por si no lo sabes, la esposa de Burkes alumbró a siete hijos que fallecieron al poco de nacer. Según mis informadores, en su último parto, después de que el vástago también muriera, la encerró en el sótano para darle un escarmiento. Pero el muy desgraciado no reparó que ella se desangraba y necesitaba con urgencia la atención de un médico. Cuando Burkes pensó que el castigo había llegado a su fin, ordenó a un sirviente que la sacara, pero era demasiado tarde, la condesa ya estaba muerta.

—¡Dios mío! —exclamó aterrorizada Evelyn, llevándose las manos hacia la boca.

—En ese momento, Burkes ordenó que la trasladaran a sus aposentos y que una doncella revisara su cuerpo en busca de señales que indicaran que había estado enclaustrada, pero no hallaron ni una sola marca —continuó explicando el marqués.

—¿Nada? ¿Esa pobre mujer no luchó por mantenerse viva en aquel sótano? —preguntó atónita Evelyn.

—No —respondió Roger moviendo la cabeza ligeramente de un lado y a otro—. Creo que llegó a la conclusión de que solo la muerte la liberaría de su marido y se rindió a ella —agregó con tristeza.

—¿Por qué nadie lo denunció? ¿Por qué salió impune de ese asesinato si era sospechoso? ¿Por qué sabes esa versión de la historia? —preguntó Logan sin dar crédito a lo que escuchaba. ¿No era lo mismo que sufría George? ¿Él también deseaba hallar la muerte para finalizar su calvario?

—Porque sus grandes y honorables amigos, el juez Clarke y el párroco Madden, esos que fueron testigos de tu depravación, aseguraron que visitaron al conde durante los tres días siguientes y exaltaron la actitud comprensiva, cariñosa y piadosa del conde hacia su esposa. Además, ¿quién daría crédito a la versión de un sirviente que fue despedido?

—¡Maldita sea! —clamó Logan dando un puñetazo en la pared del carruaje—. ¡Maldita sea!

—Si hubieras tenido las suficientes agallas para explicarme lo que te sucedió, no habrías sufrido una extorsión. Esa actitud tan sumisa solo acentuó sus sospechas y afianzó la decisión de arruinarte —manifestó Roger, observando cómo la espalda de su hermano se tensaba—. Pero la situación está resuelta. Ese bastardo se mantendrá alejado de cualquier miembro de mi familia si no quiere terminar sus años entre rejas.

—¿Por qué dices que está resuelta? —intervino Evelyn.

—Ayer mismo recibí una carta del propio Burkes en el que me pide disculpas por su inapropiada conducta y que acatará mi mandato en breve. Espero que no tarde mucho en darle a tu administrador todo lo que te robó.

—¿Estás diciendo que...? ¿Cuándo...? —espetó Logan abriendo los ojos como platos.

—La misma tarde que me lo contaste. Por eso salí de mi despacho con tanta urgencia, no quería que partiera el último carruaje que se dirigía hacia Brighton sin que un mensajero le hiciera llevar a ese malnacido mi carta —le explicó con calma—. Espero que asumas que esa fortuna será nuestro único regalo de bodas. No te mereces ni un miserable chelín más —agregó sarcástico.

—¡Deberías despojarme de todo! ¡Deberías repudiarme y lanzarme a la calle como un perro! —exclamó entre sollozos.

—Has actuado mal, pero esto te hará más fuerte en el futuro —comentó Evelyn tocándole el hombro para ofrecerle su apoyo.

—Pero fue un insensato —persistió el marqués—. La madurez no solo se demuestra con la actitud que uno mantiene para enfrentarse a los problemas. Un hombre maduro piensa, razona, acude a su familia y confía en ella.

—Sin embargo, todo se ha resuelto y debemos centrarnos en el futuro

—intervino de nuevo Evelyn—. Y recuerda que tú a su edad tampoco pensabas ni razonabas. Solo buscabas, entre las mujeres que te rodeaban, aquellas que se levantarán con más rapidez la falda de su vestido.

—¡Evelyn, para esas comparaciones de una vez! Tienes que admitir que su actuación me ha herido y que jamás olvidaré su traición —aseveró Roger enojado.

—Sí que lo olvidarás, cariño. Como yo olvidé que, después de casarnos, me abandonaste durante siete largos meses —apuntó suspicaz.

—¡Evelyn! —tronó de nuevo el marqués—. ¿De qué lado estás? ¿No recuerdas nuestros votos matrimoniales?

—¡Oh, sí, claro que me acuerdo de ellos! —expresó sonriente—. Y los he cumplido todos. Pero no puedo consentir que esta tontería rompa vuestra relación. Logan actuó de ese modo porque pensó que era lo correcto y tú te marchaste porque...

—*Enfer, ma femme!*<sup>(9)</sup> —dijo desesperado Roger.

—Lo siento... —murmuró Logan—. Lo siento mucho.

Ambos lo miraron sin parpadear por la sorpresa que les causó escucharlo decir esas palabras. No habían oído esas palabras en boca de Logan desde el día del incendio, cuando él lloraba sin consuelo y le pedía perdón a Roger por no haber protegido a Natalie y a su madre. Evelyn volvió la mirada hacia su esposo, frunció el ceño y movió la cabeza hacia Logan. ¿No iba a consolarlo? ¿No iba a perdonarlo?

—La próxima vez que tengas un problema, habla conmigo. Sabes que puedes confiar en mí —dijo el marqués después de suspirar hondo—. Como bien ha dicho Evelyn, nada de lo que hagas puede escandalizarme porque antes de casarme te aseguro que hice cosas peores.

—¡Eso no es lo que quería escuchar! —bramó Evelyn.

—¿Ah, no? Pensé que las arrugas de tu frente indicaban que le confesara lo perverso que fui...

—¿Qué voy a decirle a Anne? —los interrumpió, frotándose de nuevo el rostro—. ¿Cómo va a casarse con un hombre que en vez de proteger a su familia la puso en peligro?

—De los errores se aprende, Logan, y eso nos hace más fuertes —le aseguró Roger antes de extender la mano derecha para firmar la paz—. Recuerda que no estás solo, que no solo cuentas con mi ayuda, sino también con la de todos nuestros hermanos.

—Te juro por mi vida que así lo haré —aseguró Logan aceptando esa

ofrenda de paz.

—Bueno, y ahora que todo se ha aclarado entre vosotros, necesito que me resuelvas la duda que tengo desde que te he visto aparecer —dijo mirando a su cuñado.

—¿Cuál? —preguntó él expectante.

—¿Por qué diablos te has puesto un chaleco tan horrendo? ¿Cómo ha permitido Howlett esa decisión tan horrible?

—¿No te gusta el color naranja? Porque a mí me encanta... —respondió Logan antes de soltar una grandiosa carcajada.



—¿Cómo se te ocurre ponerte ese vestido tan espantoso en un día tan importante? —tronó Sophia cuando Anne bajó las escaleras y se reunió con ella en el recibidor—. ¿No te dije que lo tirarás? ¡Quítatelo de inmediato, Anne Moore! El vizconde puede pensar que no tenemos la solvencia suficiente para comprarte uno.

—No se preocupe por eso, madre —respondió Anne cogiéndola del brazo para llevarla de una vez por todas al salón donde las esperaba el resto de la familia—. Al vizconde le agrada verme con este vestido y le aseguro que no pensará en si es la segunda o la tercera vez que lo luzco, sino cuánto tiempo tardará en quitármelo.

—¡Anne Moore! —exclamó con aparente rubor. Se paró en seco y la miró fijamente—. ¿No recuerdas con quién hablas? ¿De verdad piensas que he de saber esas cosas?

—No se convierta, de repente, en una madre púdica. El otro día, cuando le conté todo lo que hice durante mi estancia en Harving House y el motivo por el que no temo casarme con Logan, no se ruborizó —apuntó con ironía Anne.

—Lo único que pretendía era averiguar el motivo por el que habíais regresado sin haber acabado el retrato y decidida a casarte con él —comentó abochornada—. Que te explayas en tu narración, no es problema mío.

—Entonces, ¿no le pareció correcto que le informara que el vizconde es el zingaro que romperá la maldición? —perseveró tirando de nuevo de su madre.

—Sí, esa parte admito que me agradó. ¿Quién hubiera pensado que el

difunto marqués mezcló su sangre azul con la gitana?

—Ni se imagina qué sucedió... —apuntó Anne cuando accedieron al salón.

—¿Qué? ¿Qué ha sucedido? —preguntó ansioso Randall, pues había escuchado solo las dos últimas palabras. Caminó hacia ellas, se frotó el rostro, arrastrando las gafas hasta la frente, y añadió—: ¿No me digas que ya no quieres casarte con el vizconde? ¿Por qué? ¿No crees que será un buen esposo? ¿Tienes miedo? Es normal después de todo lo que te sucedió, pero creo que él no morirá antes de llegar al altar, tengo un palpito que me indica...

—Tranquilícese, padre —le interrumpió Anne separándose de su madre. Le dio un suave beso en la mejilla a su padre y agregó—: Sigo queriéndome casar con el vizconde. Le prometo que es el hombre que he esperado toda mi vida y no lo voy a dejar escapar.

—Gracias a Dios... —suspiró aliviado el médico—. No sabes cómo me alegra escucharte decir que al fin estás preparada para convertirte en una esposa. Te prometo que lo único que deseo es veros felices y protegidas por buenos hombres.

—Entonces... ¿todo el entusiasmo que ha mostrado desde que le di la noticia no tiene nada que ver con el hecho de que me convertiré en una vizcondesa y que eso ayudará a mis hermanas? —espetó sarcástica.

—Para nada —negó rotundo—. Siempre he sabido que tarde o temprano encontraréis un buen esposo. Lo único que deseo es que seáis tan felices como lo soy yo con vuestra madre —aseguró esperando que su timbre de voz no delatara que ella tenía razón.

Una vez que ella se casara con el vizconde, sus hijas serían aceptadas en sociedad y encontrarían al fin a sus futuros maridos. Aunque seguía pensando que a Josh y a Madeleine no les resultaría tan fácil. ¿Qué hombre aceptaría a una guerrera como esposa? Y, ¿quién podría hacer desaparecer la timidez de la pequeña pelirroja?

—¡Ha llegado! ¡Logan ya está aquí! —gritó exultante Josh dando pequeños saltitos frente a la ventana—. ¡Y viene acompañado por los marqueses de Riderland!

—¡Dios mío! —exclamó Sophia nerviosa—. ¿Sabías que también asistirían? —Miró a Anne como si acabara de pasar una estrella fugaz frente a sus ojos.

—Sí —respondió sacudiéndose las faldas del vestido.

Estaba nerviosa. Quería causarles una buena impresión a las personas



más importantes en la vida de su futuro esposo. ¿Serían afables con su familia? Logan insistió en que eran personas gentiles, cariñosas y bastantes humildes, pero... ¿no se arrepentirían del compromiso cuando averiguaran las conductas imprevisibles de sus hermanas?

—¿Por qué no nos dijiste nada? Habríamos preparado... Habría comprado... —balbuceó Sophia muy preocupada, maldiciéndose de nuevo por no haber previsto que Anne mostraría su verdadero ser a través de su vestido de color naranja.

—Por eso mismo no te lo comenté, madre. Quiero que conozcan a mi familia tal como son. Sin engaños o falsas apariencias —recalcó. Miró a sus hermanas y entornó los ojos al no encontrar a Elizabeth—. ¿Dónde está Eli? ¿Todavía no ha terminado de arreglarse?

—No bajaré —respondió su madre—. Sigue con jaqueca y no sería apropiado que permaneciera aquí con ese aspecto tan demacrado.

—¿Continúa excusándola! —exclamó Anne enfadada mientras se colocaba junto a Mary, Josh y Madeleine—. ¿Maddy va a luchar contra su timidez para permanecer a mi lado en un día tan importante y ella no es capaz de soportar un miserable dolor de cabeza? ¡Basta ya, madre! ¡Deje de disculparla! ¿Cree que no sé qué le ocurre? —bramó—. ¡Pues debe aceptarlo de una vez!

—No es eso —intervino Randall—. Eli se siente muy feliz por tu próximo compromiso, pero ya sabes que...

—¿Qué hago, señor Moore? —le preguntó Shira, rompiendo bruscamente la discusión que se había creado en unos momentos tan inapropiados—. Están acercándose a la entrada y he de recibirlos.

—No les hagas esperar —comentó Anne a Shira con rudeza—. Mi futuro prometido estará tan impaciente como yo por sacarme de aquí.

—¡Anne! —recriminó su madre—. ¡No quiero que pienses eso de tu hermana!

—No me haga recordarle todo lo que hizo antes de marcharnos... —masculló antes de respirar hondo, calmarse y esperar la entrada de su hombre.

Que la madre creadora se apiadara de Elizabeth en algún momento de su vida, porque ella no le perdonaría jamás el dolor que le había provocado un día tan importante.

—El marqués y la marquesa de Riderland —anunció Shira con voz temblorosa—. Perdón, y también está el vizconde de Devon —añadió,

sonrojándose al momento tras su nefasta presentación.

Sus padres se acercaron a recibirlos y tras los adecuados saludos, caminaron hacia ellas. Anne intentaba respirar con tranquilidad, pero le resultaba imposible hacerlo. Llevaba cuatro días sin verlo, solo había tenido noticias de él a través de las cartas que le entregaba Howlett, quien visitaba a Elizabeth con asiduidad. Lo último que Logan le había escrito fue que la quería y que esperaba desesperado que llegara ese día.

—Milady, ella es Anne, mi hija mayor. La siguiente es Mary y las dos pequeñas son Josephine y Madeleine. —Según las iba nombrado, ellas saludaban a la marquesa con una esmerada reverencia.

—Encantada de conocerlas, señoritas —indicó Evelyn reparando en la tonalidad del vestido de la futura prometida de su cuñado. ¡Ahora entendía la decisión de llevar un chaleco de ese color! Los dos, a través de un detalle tan pequeño, aceptaban quiénes eran en realidad.

—Igualmente —respondieron al unísono.

—Solo si ella continúa aceptándome —se escuchó decir a Logan, comentario que hizo que todas las miradas se centraran en él.

—Creo que sí —contestó Randall, subiendo las gafas por el puente de la nariz con un dedo—. Por lo menos, hace cinco minutos esa fue su respuesta. Pero ya ha conocido a mis hijas, milord, y sabe que son muy volátiles.

—Entonces, con su permiso, se lo preguntaré en persona —declaró antes de dirigirse a ella.

Las piernas de Anne temblaban, el corazón latía con tanta rapidez que le atravesaría el pecho y la puerta cerrada del salón. Estaba allí: su hombre, su zíngaro, acercándose a ella con su elegante traje, con su chaleco naranja y con el cabello recogido, para pedirle formalmente esa unión que ellos habían sellado noches antes mediante un pequeño ritual gitano. Debía hacer lo correcto, lo que le correspondía por ser un aristócrata, pero esa apariencia desaparecería cuando ambos vivieran en Whespert. Ella no le permitiría que en aquel lugar siguiera mostrando una apariencia que no le correspondía; quería al Logan zíngaro, salvaje y apasionado, aunque de puertas para fuera tuviera que comportarse como el vizconde de Devon, hermano del marqués de Riderland.

—Señorita Moore —dijo él arrodillándose frente a ella—, ¿me haría el gran honor de aceptarme como marido?

—¡Sí! —exclamó Josephine—. ¡Te acepta!

—¡Josephine Moore! —tronó Sophia, azorada por la inapropiada

intervención de su cuarta hija.

—Ella es la joven que practica el arte de lanzar cuchillos, ¿verdad? —le preguntó la marquesa a Sophia.

—Sí, milady, ella es... —convino con cierta angustia.

—En ese caso, si a usted le parece correcto, Josephine podría conocer a mi hija Evah. También es bastante diestra con las armas. El otro día, John, un buen amigo de mi esposo, le enseñó a utilizar el arco y la verdad es que...

—¿Anne? —le preguntó Logan mostrándole un anillo.

Como era de suponer, el vizconde buscó entre las joyerías de Londres una alianza que reflejara la esencia zíngara de Anne y, por la cara que ella puso al verla, supo que el esfuerzo había merecido la pena.

—¡Sí! —gritó Anne antes de lanzarse a sus brazos y escuchar cómo ese acto tan poco adecuado produjo una repentina tos a su padre.

—Te quiero, Anne Moore —dijo él mientras deslizaba el anillo por su dedo. La miró a los ojos y prosiguió en voz baja—. Y te juro, cariño mío, que no solo te salvaré de la maldición, sino de todos los peligros a los que debemos enfrentarnos.

Cuando Madeleine escuchó las mismas palabras que había oído en su visión, se llevó las manos al pecho y suspiró. Pronto, muy pronto todas sus hermanas encontrarían a sus futuros esposos y ella... Ella al fin dejaría de ser la tímida Madeleine...

# *Epílogo*

## **Ocho meses después...**

Logan caminaba por su despacho de un lado a otro con las manos en la espalda. Miraba de vez en cuando el reloj de la pared y resoplaba al advertir que el tiempo no transcurría con la rapidez que deseaba. ¿Cuánto podía durar un parto? ¿Anne lo soportaría? ¿Randall y Mary podrían ayudarla si se complicaba?

—Tranquilízate de una vez —le dijo Roger después de expulsar el humo del puro por la boca. Por suerte para él, Evelyn le permitía fumar en ocasiones especiales y la llegada de su primer sobrino lo era—. Recuerda el nacimiento de Evah. Fueron unas horas interminables, pero cuando tengas a tu hijo en brazos...

—¿Hijo? —intervino Philip, quien no paraba de tamborilear los dedos de su mano izquierda en la mesa del despacho—. ¿Cómo sabes que será un niño? ¿No recuerdas que hay dos alternativas? —espetó mordaz.

—Será un niño —aseveró Logan con seguridad. Lo había visto en una visión, al igual que vio a Evah cuando apenas tenía diecisiete años. Pensó que con los años y el rechazo a ser un gitano esas visiones zíngaras desaparecerían, pero no fue así. La misma noche de bodas soñó que un pequeño diablo de cabellos negros le gritaba papá y él lo abrazaba con fuerza—. Y se llamará Roger Bennett Moore —añadió mirando a su hermano, esperando su reacción.

—Bonito nombre —respondió él con voz estrangula por la emoción y con los ojos brillantes—. Solo espero que no continúe con la maldición de los Bennet.

—¿La de libertino? —volvió a hablar Giesler—. ¿Quieres convertir a la siguiente generación Bennett en unos hombres honorables y castos? ¿No recuerdas los seductores movimientos de pestañas o cómo suspiraban cuando caminabas entre un grupo de mujeres? ¿Qué harán esas futuras viudas sin un Bennett en su cama? —comentó con exageración mientras movía su vaso de brandy.

—Seguro que habrá otros libertinos que las complazcan —señaló Logan dibujando una gran sonrisa.

Solo esperaba que su amigo no hablara sobre la educación que les ofrecería a sus hijos, pues no los tendría. En sus visiones, su buen amigo tenía cuatro hermosas niñas igualitas a su madre. ¿Philip no se horrorizó cuando escuchó que el señor Moore debía de casar a cinco? ¿No se había mofado de la angustia del médico? ¿Cuántas veces se burló de la desesperada tarea de encontrarles un esposo? Pues por todo eso, la vida lo castigaría con un séquito de meninas.

—Si los Bennett se retiran, los Giesler ocuparán su lugar. —Se acercó a su amigo para darle una palmada en el hombro—. Pero no digas que no te lo advertí.

—¿El qué? —espetó Logan enarcando las cejas negras.

—El que tus chicos no sepan qué esconden las mujeres bajo la falda y los míos sean capaces de desvestir a una mujer en menos de diez minutos —añadió Philip dibujando una enorme sonrisa.

—No me cabe la menor duda de que tus hijos tendrán esa habilidad muy desarrollada —declaró el vizconde mirando a su hermano, quien conocía qué daría a luz la esposa de Philip.

—¡Brindemos por los futuros Bennett y Giesler! —gritó Roger levantando la copa. Tanto Logan como Philip secundaron el brindis—. Esto solo acaba de...

—¡Ha nacido! —tronó Josh abriendo la puerta de golpe, interrumpiendo la frase del marqués—. ¡Es un niño! ¡Un precioso niño! ¡Voy a decírselo a los demás! —continuó vociferando mientras se giraba y se alejaba del despacho.

Logan miró a su hermano y luego a Philip. Estaba feliz, emocionado y se sentía el hombre más dichoso del mundo. Por fin había nacido su hijo y su mujer... Sin esperar los típicos abrazos, salió de la sala y subió las escaleras de tres en tres.



Cuando Logan accedió a la alcoba, una repentina emoción de placer y bienestar lo poseyó. Evelyn llevaba al niño en brazos hacia la ventana. Mary le apartaba la prenda que lo cubría para confirmar que tenía todos los dedos

de las manos, de los pies, que respiraba con normalidad... Randall estaba llorando y Sophia lo abrazaba para consolarlo, hasta Elizabeth acompañaba a su hermana en un momento importante para ella, aunque seguía manteniéndose alejada de todos y luciendo uno de esos vestidos propios de las institutrices. Logan no entendía el motivo por el que había adoptado un comportamiento tan estricto, pero parecía que, gracias a eso, iba superando ciertos miedos.

Se apoyó en el marco de la puerta y observó la bonita estampa familiar. Nunca imaginó que las palabras de su hermano fueran tan exactas. No solo había aumentado su amor por su esposa, sino que también se fortalecieron los vínculos con toda la familia y aquel momento era una muestra de ello. Como bien le dijo Roger en más de una ocasión, el instinto de protección transformaba a un hombre en una bestia que no dudaba en ofrecer su vida por salvar a su familia. Él la daría, por cada uno de los miembros que estaban en la habitación, en el salón, en la cocina, en su despacho y en el jardín.

Estaban todos. Ni un solo hermano deseó perderse el nacimiento del siguiente Bennett, quien sería nombrado marqués de Riderland y llevaría con orgullo su apellido, pues las huellas que dejó su bisabuelo desaparecerían. Ya se encargarían Roger y él de lograrlo...

—Pasa, no te quedes en la puerta —le dijo Anne al descubrirlo parado en la entrada—. Tu hijo te espera.

—Mi hijo puede esperar un poquito más. —Logan contuvo las lágrimas causadas por la emoción y caminó hasta su esposa—. ¿Estás bien? —le preguntó tras darle un suave beso en los labios.

—Sí, muy bien —respondió alargando la mano izquierda para que no temiera sentarse a su lado—. Pero he cambiado de opinión sobre tener seis hijos. Creo que con dos tendremos suficiente —añadió apoyando la cabeza sobre el torso de su marido.

—Roger, Samuel y Philip —enumeró Logan.

—¿Tres varones? ¿De verdad? ¿No puedes cambiar esas visiones? —insistió nerviosa.

—No —negó Logan—. Darás a luz a tres preciosos hijos igualitos a mí —añadió con orgullo.

Y, en ese momento, Anne se persignó y se encomendó a su madre creadora.

## *Avance de El deseo de Mary*

Mary se acomodó en el asiento y observó de reojo a su acompañante. Parecía tan preocupada que deseó decirle algo que pudiera calmarla. Sin embargo, ella no poseía el don de tranquilizar a las personas sino el de curarlas.

—Discúlpeme por haberla sacado de su hogar a estas horas tan inapropiadas, pero su madre, después de explicarle lo que sucede, ha insistido en que usted es la mujer adecuada para atenderlo.

—No ha sido ninguna molestia, al contrario, me siento muy honrada de poder ayudarla —respondió Mary añadiendo al comentario un leve movimiento con su mano enguantada—. Estaré encantada de averiguar qué enfermedad posee su marido e indicarle el tratamiento apropiado.

—¿Mi marido? —espetó Valeria abriendo los ojos de par en par—. No es mi esposo quien está enfermo sino mi hermano.

—Lo siento, he debido entender mal a mi madre —comentó Mary, ruborizándose al momento—. A veces, cuando me emociono, no escucho con atención.

—No se preocupe, a mí también suele ocurrirme. Creo que es muy común en las mujeres inteligentes seleccionar aquello que nos interesa.

Ante ese comentario, Mary soltó una sonora carcajada. Cuando se recuperó, volvió a clavar la mirada en la señora Reform y esperó a que le desvelara el nombre de su hermano, pero ella se mantenía en silencio.

—Y, ¿a quién debo asistir? —preguntó al fin.

—Tal vez lo conozca, señorita Moore.

—Mary, por favor, llámeme Mary.

—Gracias, pues lo dicho, Mary, posiblemente haya oído hablar sobre él porque es un hombre bastante conocido en esta ciudad. Trabajó en Scotland Yard durante algunos años, pero cuando estaba a punto de obtener un cargo importante, se negó a hacerlo y decidió convertirse en marinero —alegó con pesar mientras observaba cómo Mary seguía negando con la cabeza.

—Le confieso que soy una mujer poco sociable. Apenas salgo de mi casa y cuando lo hago no tengo entre mis propósitos relacionarme con las personas que me encuentro, salvo si he de sanarlas —matizó con agudeza.

—Entiendo... —apuntó Valeria más intrigada todavía. Si la muchacha no lo conocía, ¿por qué su hermano no cesaba de nombrarla cuando le subía la fiebre? Extendió la falda del vestido para que no se arrugase, luego posó ambas manos sobre su regazo y miró a la joven sin pestañear—. Pero creo que sí que conoce a mi hermano —insistió.

—Si me dice el nombre, puedo responderle con más certeza —declaró Mary con tono cansado.

¿A qué venía tanto misterio? ¿Acaso el hermano de aquella mujer era un expresidiario? ¿Habría cometido crímenes? ¿Sería el mismísimo Frankenstein?

—Mi hermano es Philip Giesler —declaró al fin Valeria.

En ese preciso instante, Mary notó cómo se le desencajaba la barbilla.



## *Nota de la autora*

Espero que te haya gustado la novela y que me perdones por haberte dejado con tantas preguntas rondándote la cabeza. Voy a aclarar algunas antes de que me asaltes.

En primer lugar, *El deseo de Mary* es la siguiente historia de las hermanas Moore. Los protagonistas serán Mary Moore y Philip Giesler. Si no recuerdas bien este último personaje te informo que lo encontrarás, como un adolescente, en *Mi amada pícara*.

En segundo lugar... ¿qué le habrá ocurrido a Elizabeth? Solo decirte que en el prólogo de su libro, el tercero, averiguarás lo que le sucedió, nada bueno la verdad.

La cuarta novela es la historia de Josh. Todavía no sé cómo lo hará, pero Eric está empeñado en enamorarla...

Y el quinto será el de Madeleine. ¿Quién será ese caballero que la ayudará a superar su timidez? ¡Sorpresa! Lo averiguarás cuando lo leas...

Por cierto, no os preocupéis por George Laxton, pues también tendrá su historia. Pese a ser un personaje secundario, estoy segura de que me preguntaréis qué le ocurrirá y si podrá liberarse de la maldad de su tío. Ese será el sexto libro de la serie: *La hija del duque*.

También quiero aclarar que es cierto que una bañera, calentada a gas, salió volando con su bañista en el interior. Os voy a pegar el fragmento que me tuvo más de veinte minutos carcajeándome. Está en la página [Cuirosfera.com/Historia del baño](http://Cuirosfera.com/Historia%20del%20ba%C3%B1o): «Sin embargo, unas décadas después, en 1868, el inglés Benjamin Maugham inventó el baño de agua caliente a gas, y todo hacía pensar que el baño se haría popular, pero desafortunadamente un día hizo explosión el calentador y envió a bañera y bañista al otro lado de la habitación, donde aterrizaron sumidos en la perplejidad. La gente no quiso oír hablar de semejante artilugio y prefirió comprar el agua caliente que se vendía a domicilio».

¡¡Por eso Mary no quería meterse dentro de una tina sin llevar el camisón!!

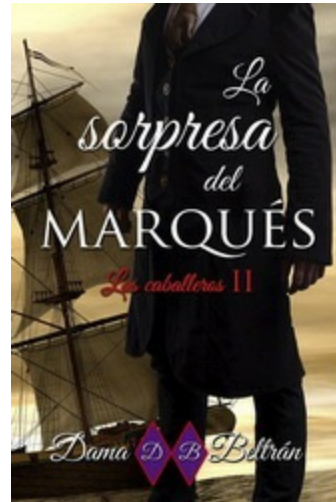
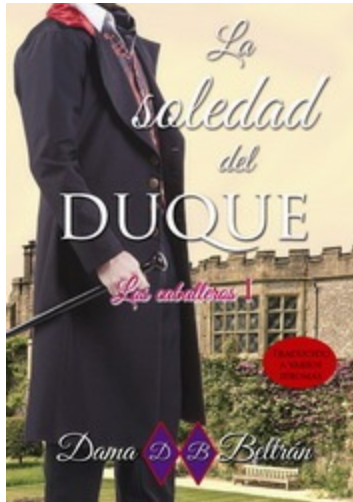
P.D.: Para que luego digan que las autoras no estudiamos cada detalle que ofrecemos. En mi caso, leo e indago muchísimo para hacer más real mis novelas.

Sin más, darte las gracias por leerme y espero que estés tan ansiosa como yo por saber qué les ocurrirá a Mary Moore y a Philip Giesler.

Me encontrarás en:

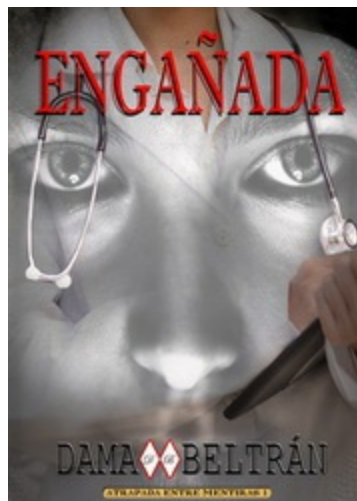
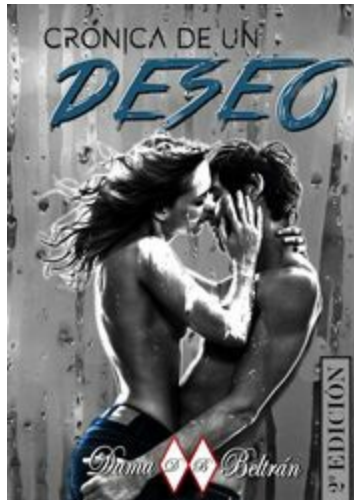
- Facebook: <https://www.facebook.com/damabeltran.creadoradenovelas>
- Fan Page: <https://www.facebook.com/autoradamabeltran/>
- Fan Group: <https://www.facebook.com/groups/2495602860664008/>
- Twitter: [@EscritDamaBeltr](#)
- Instagram: [@dama.escritora](#)

# *Serie Los Caballeros*



[A la venta en Amazon y disponibles en Kindle unlimited](#)

## *Libros independientes*



[A la venta en Amazon y disponibles en Kindle unlimited](#)

(1) ¡Ojos de Diablo!

(2) ¡Por todos los mares del mundo!

(3) ¡Una bruja!

(4) ¡Asno! ¡Tonto!

(5) ¡Maldita gente!

(6) Así llamó Alejandro Magno a su caballo.

(7) Hefesto es el dios griego del fuego y la forja, protector de los herreros, los artesanos, los escultores, los metales y la metalurgia.

(8) ¡Qué te jodan!

(9) ¡Diablos, esposa!